

Jodi Piccolitt

¿Qué harías si tu pequeña empezara a hablar con Dios?

El mundo de Faith



Por segunda vez en su matrimonio, Mariah White encuentra a su marido en la cama con otra mujer, y Faith, su hija de siete años, presencia el incidente. Después del repentino divorcio, Faith empieza a confiarse a una amiga imaginaria. Al principio, Mariah no hace demasiado caso, pero cuando Faith empieza a recitar pasajes de la Biblia, a desarrollar estigmas y a curar milagrosamente, Mariah se pregunta si su hija está realmente viendo a Dios.

Jodi Picoult

El mundo de Faith



Título original: *Keeping Faith*
Jodi Picoult, 1999
Traducción: Blanca Rissech, 2008

Revisión: 1.0
Fecha

Para Laura Gross

*Hace diez años creíste en mí tan firmemente que acabaste
convenciendo al mundo editorial de que valía la pena
arriesgarse conmigo.
Para que podamos celebrar otros cuarenta o cincuenta años
de trabajo conjunto y amistad.
¿Ves por qué no podía dedicarle el libro al padre Pío?*

Menciones

Cuando investigaba para escribir este libro, alguien me echó de su oficina. Pronto entendí que el simple hecho de tratar el concepto de Dios en una conversación podía enfurecer a la gente. Si a eso le añadía el argumento de mi libro, el conflicto era total. Así pues, por su ausencia de prejuicios al considerar mis ideas a pesar de sus fuertes creencias religiosas, me gustaría dar las gracias a las siguientes personas: la rabí Lina Zerbarini, Herman F. Holbrook, el padre Ronald Saunders y el padre Andrew F. Kline. Una mención también a mis médicos, siempre disponibles, el doctor James Mulas y el doctor Spencer Greene. Gracias a Nancy Veresan y a Kim Keating, quien ha ido más allá de sus funciones como experta en temas legales y cuyas aportaciones a mis libros son muy valiosas. Sólo espero que esté lista para el siguiente. Y a los varios profesionales de psiquiatría que consiguieron que mis personajes y mi caso ante los tribunales se hicieran realidad, un sincero agradecimiento: Dra. Tia Horner, Dr. Burl Daviss y Dr. Doug Fagen. Mi gratitud también para Sarah Gross, por responder a mis preguntas de correo electrónico con tanta celeridad. Gracias a Jane Picoult y Laura Gross por sus perspicaces comentarios como primeras lectoras; a Beccy Goodhart por su esmerada edición y por ayudarme a entregar mi obra maestra antes de que ella entregara la suya; a Camille McDuffie, quien sé que hará lo imposible para que la gente lea este libro. Y, finalmente, mi agradecimiento para Kyle, Jake y Samantha Van Leer... y para su papá, Tim, por todos esos baños y esos cuentos a la hora de dormir sin mí, para que pudiera escribir.

Prólogo

10 de agosto de 1999

En circunstancias normales, Faith y yo no habríamos estado en casa cuando mi madre nos ha llamado y nos ha invitado a ver su flamante ataúd.

—Mariah —exclama mi madre, claramente sorprendida cuando descuelgo el teléfono—. ¿Qué haces ahí?

—La tienda de comestibles estaba cerrada —suspiro—. Se habían disparado los rociadores antiincendios en la sección de las verduras y al de la tintorería se le ha muerto alguien de la familia.

No me gustan las sorpresas. Yo funciono siempre con listas. De hecho, a menudo me imagino que mi vida es como una carpeta de anillas en septiembre, con los separadores y las etiquetas cuidadosamente colocados, todo aún en su sitio. Atribuyo todo esto a mis estudios de arquitectura y al ferviente propósito de no parecerme a mi madre de mayor. Con este fin, sigo una rutina cada día de la semana. Los lunes me centro en la estructura de las casas de muñecas en miniatura que construyo. Los martes creo los muebles. Los miércoles los dedico a hacer recados; los jueves a limpiar la casa, y los viernes a atender las emergencias que surgen durante la semana. Normalmente los miércoles recojo las camisas de Colin de la tintorería, voy al banco y hago la compra. Me queda el tiempo justo para llegar a casa, guardar la comida y llevar a Faith a la clase de *ballet* de la una. Pero hoy, debido a circunstancias ajenas a mi control, dispongo de más tiempo.

—Bueno —dice mi madre, con su tono característico—. Parece que estás

destinada a venir a verme.

Faith se planta de un salto frente a mí.

—¿Es la abuela? ¿Lo ha comprado?

—¿El qué?

Son las diez y ya me duele la cabeza.

—Dile que sí —dice mi madre al otro extremo de la línea de teléfono.

Echo un vistazo a la casa. Hay que aspirar la alfombra; pero, entonces, ¿qué haré el jueves? Un aguacero típico de agosto golpea los cristales de las ventanas. Faith coloca su suave y cálida mano sobre mi rodilla.

—De acuerdo —le digo a mi madre—. Ahora vamos.

Mi madre vive a unos cuatro kilómetros, en una vieja casa de piedra que todo el mundo en New Canaan llama el Cabo Gingerbread. Faith la ve casi cada día y se queda con ella después del colegio los días que yo trabajo. Podríamos ir andando si el tiempo no fuera tan desapacible. Nada más entrar en el coche recuerdo que me he dejado el monedero en la encimera de la cocina.

—Espera —le digo antes de salir y encogerme bajo las gotas de lluvia como si pudiera fundirme.

En cuanto entro, suena el teléfono.

—¿Diga?

—Oh, estás en casa —responde Colin.

Al oír la voz de mi marido, el corazón se me acelera. Colin es jefe de ventas de una pequeña empresa que fabrica señales luminosas para salidas de emergencia y ha estado en Washington D. C. durante dos días formando a un nuevo representante. Me llama a menudo porque tenemos un vínculo tan estrecho que no podemos soportar estar separados.

—¿Estás en el aeropuerto?

—Sí, atrapado en Dulles.

Me enrolló el cable del teléfono en el brazo, leyendo entre las vocales de sus palabras todas las otras cosas que no se atreve a decirme en público: *Te quiero. Te echo de menos. Eres mía.* Al fondo, una voz incorpórea anuncia la llegada de un vuelo de United.

—¿Faith no tiene natación hoy?

—Tiene *ballet*, a la una.

Espero un momento.

—¿Cuándo llegarás a casa? —añado cariñosamente.

—En cuanto pueda.

Cierro los ojos, pensando que no hay nada como un abrazo después de una ausencia, nada como colocar la cara sobre la curva de su hombro y llenarme los pulmones con su aroma.

Cuelga sin decir adiós, lo cual me hace sonreír. Así es Colin, hombre de pocas palabras.

Deja de llover de camino a casa de mi madre. Al pasar por delante del campo de fútbol que está a la salida del pueblo, los vehículos se amontonan sobre el estrecho arcén de la carretera. Un arco iris perfecto adorna el exuberante césped del campo de juego. Continúo conduciendo.

—¿Es que no han visto nunca un arco iris? —pregunto mientras acelero.

Faith baja la ventana y saca la mano. Después mueve los dedos delante de mí.

—¡Mamá! —grita—. ¡Lo he tocado!

De manera instintiva, le miro la mano. Tiene los dedos extendidos y rayados de rojo, azul y verde. Por un segundo, se me corta la respiración, pero luego me acuerdo de que hace sólo una hora estaba sentada en el suelo del comedor con las manos llenas de rotuladores Magic Markers.

El mueble principal del salón de mi madre es un sofá modular poco atractivo de plástico de color piel. Intenté convencerla de que un par de butacas orejeras de cuero quedarían mejor, pero se rió.

—¡Cuero! —dijo—. Eso es para *gentiles de pura cepa*.

No quise insistir más. En primer lugar, yo tengo un sofá de piel. Y en segundo lugar, me casé con un *gentil de pura cepa*. Al menos no lo ha cubierto con otro plástico protector, como hacía mi abuela Fanny cuando yo era pequeña.

Pero hoy, al entrar en el comedor, ni siquiera reparo en el sofá.

—Vaya, abuela —susurra Faith, claramente impresionada—. ¿Hay alguien ahí dentro?

Se arrodilla y da unos golpecitos a la caja de caoba bien encerada.

Si las cosas hubieran ido según lo previsto, ahora yo, seguramente, estaría escogiendo melones, llevándomelos a la nariz para catar su madurez y dulzura, o pagando al señor Li 13 dólares con 40 centavos a cambio de siete camisas Brooks Brothers perfectamente almidonadas.

—Madre —le digo—. ¿Por qué tienes un ataúd en el comedor?

—No es un ataúd, Mariah. ¿No ves el cristal que tiene encima? Es una mesa-ataúd.

—Una mesa ataúd.

Mi madre coloca su tazón de café sobre el cristal para corroborar sus palabras.

—¿Lo ves?

—Tienes un ataúd en tu comedor.

Soy incapaz de superar este asunto tan espinoso.

Se sienta en el sofá y apoya las sandalias en la superficie de cristal.

—Bueno, eso ya lo sé, cariño. Lo he escogido yo.

Me llevo las manos a la cabeza.

—Lo del doctor Feldman fue solo una revisión y ya sabes lo que dijo: si te tomas los medicamentos para la tensión religiosamente, quizá vivas más que todos nosotros.

Se encoge de hombros.

—Será una cosa menos que tengas que hacer cuando llegue el momento.

—¡Por el amor de Dios! Esto es por lo de la residencia de ancianos que mencionó Colín, ¿verdad? Pues te juro que él sólo pensó que...

—Cariño, tranquilízate. No pretendo irme al otro barrio tan pronto; sólo necesitaba una mesa. Me gustó el color de la madera. Y vi un reportaje en el canal de televisión Twenty/Twenty sobre un hombre de Kentucky que los hacía.

Faith se tumba de espaldas al lado del ataúd.

—Podrías dormir aquí dentro, abuela —sugiere—. Serías como Drácula.

—Tienes que reconocer que han hecho un trabajo de muerte —dice mi

madre.

En más de un sentido. La madera de caoba es de una belleza exquisita, como un mar brillante y suave. Las ensambladuras y los biseles están bien hechos y definidos, y las bisagras brillan como faros.

—Era una ganga —añade mi madre.

—No me digas que has comprado uno de segunda mano.

Mi madre aspira hondo y mira a Faith.

—Tu mamá tiene que relajarse un poco.

Durante años, mi madre me lo ha dicho de una forma u otra, pero no puedo olvidar que la última vez que me relajé casi tuve una crisis nerviosa.

Mi madre se arrodilla con Faith en el suelo y juntas levantan los tiradores de latón del féretro. Sus rubias cabezas (la de mamá teñida y la de mi hija de un tono muy claro) están tan juntas que no puedo decir dónde acaba una y dónde empieza la otra. Con sus juegos consiguen que el ataúd se mueva unos pocos centímetros hacia ellas. Contemplo el hueco allanado que deja su estela en la alfombra y luego intento disimularlo todo lo que puedo con la punta de mi zapato.

Colin y yo somos más afortunados que la mayoría de las parejas. Nos casamos jóvenes, pero aún seguimos juntos, a pesar de algunos baches importantes en el camino.

Pero también hay química. Cuando Colin me mira, sé que no está viendo los quince kilos de más que gané tras el embarazo ni mi pelo blanco. Imagina que mi piel es suave y firme, que llevo el pelo largo y que mi cuerpo es de colegiala. Me recuerda en mi mejor momento porque, como dice de vez en cuando, soy lo mejor que puede recordar.

Cuando a veces salimos a cenar con sus compañeros, que han coleccionado esposas para exhibir, me siento afortunada de estar con alguien como Colin. Me pone la mano en la cintura, que no está tan bronceada ni es tan delgada como la de algunas de las jóvenes modelos, y me presenta orgulloso.

—Ésta es mi mujer —dice.

Y yo sonrío. Es todo cuanto he querido ser.

—Mamá.

Ha empezado a llover de nuevo. La carretera comienza a inundarse y nunca he sido una conductora demasiado segura de mí misma.

—Chis. Tengo que concentrarme.

—Pero, mamá —insiste—. Es muy, muy importante.

—Lo que es muy, muy importante es que llegemos a clase de *ballet* sin matarnos.

Por un segundo, reina un maravilloso silencio. Entonces Faith empieza a golpear con los pies la parte trasera de mi asiento.

—Pero no tengo las mallas —lloriquea.

Viro bruscamente hacia el arcén, me paro y me vuelvo para mirarla.

—¿No las tienes?

—No. No sabía que íbamos a ir a clase después de visitar a la abuela.

Siento que me sube la sangre al cuello. Estamos a unos cinco kilómetros de la academia de *ballet*.

—Por el amor de Dios, Faith. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Acabo de darme cuenta de que vamos a *ballet*.

Golpeo el volante con la mano. No sé si estoy enfadada con Faith, con el tiempo, con mi madre o con los malditos rociadores antiincendios de la tienda de comestibles, pero entre todos han conseguido fastidiarme el día.

—¡Vamos a *ballet* todos los miércoles después de almorzar!

Regreso a la carretera y doy media vuelta, haciendo caso omiso de la punzada de culpabilidad que siento y que me dice que estoy siendo demasiado dura con ella, que sólo tiene siete años. Faith empieza a gritar entre sollozos.

—¡No quiero volver a casa! ¡Quiero ir a *ballet*!

—Sólo vamos a recoger tus mallas y luego iremos a *ballet* —digo, apretando los dientes.

Llegaremos veinte minutos tarde. Me imagino los ojos de las otras madres observándome mientras meto prisa a Faith y la obligo a irrumpir en medio de una clase que ya ha empezado. Madres que han conseguido que sus hijos lleguen a clase a tiempo a pesar de esta inundación, madres que no tienen que esforzarse mucho para que parezca fácil conseguirlo.

Vivimos en una granja que tiene un siglo, y que linda a un lado con un

bosque y al otro con una pared de piedra construida a conciencia. Tenemos casi tres hectáreas de terreno, pero casi todo lo ocupa el bosque que queda detrás de la casa. Estamos cerca de la carretera, de manera que, por la noche, las luces de los coches que circulan pasan por encima de nuestras cabezas como faros. La granja está llena de atractivas contradicciones: un porche hundido al lado de ventanas prefabricadas recién compradas, una bañera antigua con hidromasaje, Colin y yo. La carretera baja y vuelve a subir hacia el final, cerca de casa. Cuando giro, Faith grita encantada.

—¡Papá está en casa! Quiero verlo.

Yo también quiero verlo siempre. Seguro que ha tomado el primer vuelo para poder almorzar en casa antes de volver a la oficina. Pienso en las otras madres que ya estarán en el aparcamiento de la academia de *ballet*, y luego en ver a Colin, y de repente llegar veinte minutos tarde merece mucho la pena.

—Diremos hola a papá, y luego cogerás las mallas y nos iremos.

Faith irrumpe en la casa como una corredora de maratón dispuesta a romper la cinta en el último tramo.

—¡Papá! —grita.

Pero no hay nadie en la cocina ni en el comedor, sólo el maletín de Colin cuidadosamente colocado sobre la mesa como prueba de que está aquí. Oigo correr el agua por las viejas tuberías.

—Se está duchando —le explico.

Faith se dirige inmediatamente hacia las escaleras.

—¡Espera! —grito siguiéndola, segura de que lo último que quiere Colin es que Faith lo sorprenda desnudo en la habitación. Corro tras ella y consigo llegar a la puerta cerrada del dormitorio principal antes de que Faith pueda girar el pomo.

—Déjame entrar primero.

Colin está junto a la cama, con una toalla alrededor de la cintura. Cuando me ve en la puerta, se queda helado.

—Hola —le digo, sonriendo mientras me dirijo hacia sus brazos—. Qué sorpresa, ¿verdad?

Apoyo la cabeza bajo su barbilla y él me rodea la cintura con las manos. Miro a Faith y asiento con la cabeza.

—Entra. Papá está vestido.

—¡Papá! —grita, lanzándose sobre Colin a la altura de la ingle.

Es algo de lo que nos hemos reído a menudo y que ahora hace que se agache un poco para protegerse, aunque no deja de abrazarme.

—Hola, bomboncito —dice.

Pero continúa mirando por encima de la cabeza de Faith, como si esperara a otro niño que estuviera escondido. Sale vapor por debajo de la puerta cerrada del baño.

—Podemos ponerle un vídeo —susurro, acercándome a Colin—. Si quieres que alguien te frote la espalda, claro.

Pero en vez de contestar, Colin se desprende con torpeza de los brazos de Faith, que le rodean la cintura.

—Cariño, quizá deberías...

—¿Qué debería?

Todos nos volvemos hacia la voz que proviene del baño. La puerta se abre de par en par y deja al descubierto a una mujer empapada y goteando, medio envuelta en una toalla, una mujer que había supuesto que las palabras de Colin iban dirigidas a ella.

—Oh, Dios mío —dice, ruborizándose, al tiempo que retrocede y cierra la puerta.

Me doy cuenta de que Faith sale corriendo de la habitación, de que Colin va tras ella y de que el agua de la ducha deja de correr. Me flaquean las rodillas y acabo sentada en la cama, sobre el edredón circular de matrimonio que Colin me compró en Lancaster, Pensilvania, después de que la mujer menonita que lo había hecho a mano le dijera que el símbolo de un matrimonio perfecto era un círculo infinito.

Me cubro la cara con las manos. «Oh, no. Está ocurriendo de nuevo», pienso.

Libro primero
EL ANTIGUO TESTAMENTO

Uno

Mientras dormimos recorren invisibles la tierra millones de criaturas espirituales, día y noche.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Hay algunas cosas de las que no me gusta hablar.

Como cuando tenía trece años y tuve que llevar a mi perra para que la sacrificaran. O como cuando en el instituto me arreglé para ir al baile de gala del colegio y me senté en la ventana a esperar a un chico que nunca vino. O de cómo me sentí cuando conocí a Colin.

Me cuesta reconocer que sabía desde el principio que no estábamos hechos el uno para el otro. Colin era una estrella del fútbol en la universidad; su entrenador me contrató para que le diera clases de francés. Me besó (con timidez, franqueza y erudición) porque sus compañeros de equipo le habían desafiado, y a pesar de la confusión y la vergüenza, me sentí como en el cielo. Entiendo perfectamente por qué me enamoré yo de Colin, pero lo que nunca he entendido es lo que hizo que él se enamorara de mí.

Me dijo que cuando estaba conmigo se convertía en alguien distinto, en una persona que le gustaba más que el deportista de trato fácil o el buen amigo del círculo estudiantil. Me dijo que yo hacía que se sintiera admirado por lo que

era en vez de por lo que había hecho. Le contesté que yo no era para él, que no era suficientemente alta ni deslumbrante ni sofisticada. Pero él lo negaba, y quise creerlo.

No me gusta hablar de lo que ocurrió cinco años más tarde, cuando demostré que tenía razón.

No me gusta hablar de cómo evitaba mirarme a los ojos mientras planeaba encerrarme.

Abrir los ojos me supone un esfuerzo hercúleo. Hinchados y granulados, parecen estar resueltos a permanecer cerrados, prefiriendo no arriesgarse a ver algo más que pueda acabar con todo. Pero hay una mano sobre mi brazo, y quizá sea de Colin, así que consigo abrirlos lo suficiente como para apreciar la luz, dura como una astilla.

—Mariah —me tranquiliza mi madre, apartándome el pelo de la frente—. ¿Te sientes mejor?

—No.

No siento nada. Sea lo que sea lo que el doctor Johansen le haya recetado por teléfono me hace sentir como si hubiera un cojín de espuma de unos ocho centímetros de grosor a mi alrededor, una barrera que se mueve conmigo y es capaz de alejar lo peor.

—Bueno, hay que levantarse —dice mi madre, con tono prosaico.

Se inclina hacia adelante e intenta levantarme de la cama.

—No quiero ducharme —respondo, intentando acurrucarme como una bola.

—Yo tampoco —gruñe ella.

La última vez que entró en la habitación quiso arrastrarme al baño para colocarme bajo un chorro de agua fría.

—Te vas a sentar, maldita sea, aunque hacerlo vaya a mandarme pronto a la tumba.

Eso me hace pensar en su mesa ataúd y en la clase de *ballet* de Faith a la que nunca pude llevarla hace tres días. Me aparto de sus garras y me cubro el rostro, derramando nuevas lágrimas que se deslizan por mi cara como si de cera fundida se tratara.

—¿Qué hago mal?

—Nada, a pesar de lo que ese cretino quiere hacerte creer.

Mi madre coloca sus manos sobre mis ardientes mejillas.

—Esto no es culpa tuya, Mariah. No podrías haberlo evitado. Colin no se merece ni el suelo que pisa.

Escupe sobre la alfombra para demostrarlo.

—Y ahora siéntate para que Faith pueda entrar.

Eso sí que me hace reaccionar.

—No puede verme así.

—Pues cambia de actitud.

—No es tan fácil.

—Sí lo es —insiste mi madre—. Esta vez no estás solo tú, Mariah. ¿Quieres desmoronarte? Bien, pero hazlo después de haber visto a Faith. Sabes que tengo razón porque de lo contrario no me habrías llamado hace tres días para que viniera y cuidara de ella.

Mirándome fijamente, suaviza la voz.

—Tiene un padre que es un idiota y te tiene a ti. Ya me dirás tú lo que debes hacer...

Por un segundo dejo que la esperanza entre a hurtadillas por las grietas de mi armadura.

—¿Ha preguntado por mí?

Mi madre duda.

—No... pero eso no significa nada.

Cuando se va a buscar a Faith, coloco correctamente las almohadas que tengo detrás de la espalda y me seco la cara con una punta del edredón. Mi hija entra en la habitación, arrastrada por la mano de mi madre. Se detiene cerca de la cama.

—Hola —digo, radiante como una actriz.

Por un momento disfruto viéndola, con su coleta torcida, el agujero en el que antes tenía un incisivo y su esmalte rosa Tinkerbell desconchado en las uñas. Observo sus piernas de potro y cómo dobla los brazos y convierte con terquedad su bonita boca arqueada en una línea recta.

—¿Quieres sentarte? —pregunto mientras doy unas palmaditas sobre el colchón a mi lado.

No responde; casi ni respira. Con una punzada de dolor me doy cuenta de que sé exactamente lo que está haciendo, porque yo misma lo he hecho. Te

convences de que si te quedas inmóvil, si no haces ningún movimiento brusco, los demás tampoco lo harán.

—Faith...

Alargo la mano, pero se da media vuelta y sale de la habitación.

Parte de mí quiere seguirla, pero otra parte aún más poderosa no puede reunir el valor.

—¿Por qué sigue sin hablar?

—Tú eres su madre. Descúbrelo tú.

Pero no puedo. Si hay algo que he aprendido, es que conozco mis propios límites. Me pongo de lado y cierro los ojos, esperando que mi madre entienda que quiero que se vaya.

—Ya verás —dice en voz baja, colocando la mano sobre mi cabeza—. Faith te ayudará a superarlo.

Le hago creer que estoy dormida. No digo nada cuando la oigo suspirar. O cuando observo, con los ojos entornados, cómo se lleva de mi mesita de noche un cúter, una lima para las uñas y un par de tijeras de bordar.

Hace años, cuando descubrí a Colin en la cama con otra mujer, esperé tres noches y luego intenté suicidarme. Colin me encontró y me llevó al hospital. Los médicos de urgencias le dijeron que habían podido salvarme, pero no era cierto. De algún modo, esa noche me perdí. Me convertí en otra persona, una persona de la que no quiero saber nada, una persona que sin duda no reconocería. No podía comer, ni hablar, ni aunar suficiente energía para apartar la manta de mi cuerpo y salir de la cama. Tenía la mente helada con un pensamiento único. Si Colin ya no me quería, ¿por qué debía quererlo yo?

Cuando Colin me dijo que iba a ingresarme en el hospital Greenhaven, lloró. Se disculpó. Sin embargo, nunca me cogió de la mano, nunca me preguntó lo que quería, nunca me miró a los ojos. Dijo que tenían que hospitalizarme porque no podía quedarme sola.

Aunque no estaba sola. Estaba embarazada de varias semanas de Faith. Yo sabía que estaba conmigo, sabía que existía antes de que llegaran las pruebas y los médicos modificaran el tratamiento para adaptarse a las necesidades de una mujer embarazada y suicida. En ese momento no le dije a nadie lo del

embarazo; dejé que lo descubrieran, y me llevó años reconocer que lo hice porque esperaba poder tener un aborto natural. Me había convencido de que era Faith, una pequeña bola de células en mi interior, la razón por la que Colin se había ido con otra mujer.

Sin embargo, creo que mi madre no se equivoca al decir que Faith evitará que me hunda en una depresión tan profunda de la que no podría salir. Después de todo, Faith ya lo ha hecho con anterioridad. De algún modo, durante esos meses en Greenhaven, estar embarazada se convirtió en una ventaja más que en un inconveniente. La gente que no escuchaba lo que tenía que decir cuando ingresé se paraba para comentar que me crecía la barriga, que tenía las mejillas encendidas. Colin se enteró de lo del bebé y volvió a mí. La llamé Faith, un nombre *poco judío* según mi madre, porque necesitaba creer en algo desesperadamente.

Me siento con la mano sobre el auricular del teléfono. En cualquier momento, me digo a mí misma, Colin me llamará y me dirá que fue un ataque de locura. Me suplicará que no lo culpe por este pequeño acto de insensatez. Si *yo* no puedo entender algo así, ¿quién puede?

Pero el teléfono no suena, y poco después de las dos de la mañana oigo un ruido fuera. «Es Colin —pienso—. Ha vuelto».

Voy corriendo al baño e intento desenredarme el pelo; tengo los brazos rígidos y me duelen de no haberlos usado. Me trago un tapón de elixir bucal. Luego corro hacia el descansillo con el corazón laténdome violentamente.

Está oscuro. No hay nadie; nada. Bajo cautelosamente por la escalera y miro por los cristales laterales que enmarcan la puerta principal. Abro la puerta con cuidado y rechina, y luego salgo al viejo porche.

Creía que era mi marido que volvía a casa y sólo son un par de mapaches hurgando en el cubo de basura.

—¡Fuera! —les grito, moviendo las manos.

Colin normalmente los atrapaba con una trampa Hav-A-Heart, una jaula rectangular con una puerta con palanca que no hería al animal. Los oía al quedar atrapados y los llevaba al bosque que hay detrás de la casa. Luego regresaba, con la jaula vacía y limpia, sin rastro de que allí hubiera habido un

mapache.

—Abracadabra —decía—. Ha desaparecido.

Vuelvo a entrar, pero en vez de subir las escaleras contemplo la luna reflejada en la mesa encerada del comedor. En el centro hay una réplica en miniatura de la alquería. La hice yo; me dedico a esto. Construyo casas de ensueño; no con cemento ni pladur ni vigas en doble T, sino con ejes no más grandes que un palillo de dientes y trozos de satén que me caben en la palma de la mano; mi mortero es el pegamento Elmer. Aunque muchas personas piden una réplica exacta de sus casas, también he creado mansiones prebélicas, mezquitas árabes y palacios de mármol.

Construí mi primera casa de muñecas hace siete años en Greenhaven, con palillos Popsicle y papel rugoso de colores, mientras otros pacientes hacían barcos de papel y otras figuras de papiroflexia. Incluso en ese primer intento había un lugar para cada mueble, una habitación para satisfacer a cada personalidad. Desde entonces he construido casi cincuenta más. Me hice famosa después de que Hilary Rodham Clinton me pidió que hiciera la Casa Blanca para regalársela a Chelsea cuando cumpliera dieciséis años; con todo, con el Despacho Oval, la porcelana expuesta en las vitrinas y una bandera cosida a mano de Estados Unidos en el Edificio Ejecutivo. Los clientes me lo han pedido, pero no hago muñecas para las casas. Un piano, por pequeño que sea, es siempre un piano, pero una muñeca con una cara perfectamente pintada y las extremidades delicadamente acabadas está, en el fondo, hecha de madera.

Agarro una silla y me siento, tocando con cuidado el techo inclinado de la miniatura de la alquería, los pilares que sostienen el porche, las pequeñas begonias de seda en las macetas de terracota. Y sobre la mesa del comedor en miniatura se encuentra una réplica aún más pequeña de esta casa de muñecas.

Con un movimiento rápido del dedo cierro la puerta principal de la casa de muñecas. Paso el pulgar por las ventanas del tamaño de un sello, cerrando los postigos. Los sujeto con los pestillos infinitesimales; coloco las begonias bajo el columpio del porche liliputiense para protegerlas. Cierro bien toda la casa, como si tuviera que soportar una tormenta.

Colin llama cuatro días después de marcharse.

—No quería que pasara esto.

Supongo que se refiere a que Faith y yo no tendríamos que haberlos interrumpido. Supongo que no le quedaba otra elección. Pero por supuesto no lo digo.

—Lo nuestro no va a funcionar, Mariah. Lo sabes.

Cuelgo el teléfono mientras aún está hablando, y me tapo la cabeza con la manta.

Hace cinco días que Colin nos ha dejado y Faith sigue sin hablar. Deambula por la casa como un gato silencioso, jugando con sus juguetes, escogiendo vídeos y mirándome siempre con recelo.

Mi madre es la única que consigue penetrar en su silencio para entender que Faith quiere avena para desayunar o que no puede alcanzar la casa de Playmobil de la estantería de arriba o que necesita beber agua antes de acostarse. Me pregunto si tienen un idioma secreto. No la entiendo; no quiere comunicarse, y en general me recuerda a Colin.

—Tienes que hacer algo —repite mi madre—. Es tu hija.

Biológicamente, sí. Pero Faith y yo tenemos poco en común. De hecho, podría haberse saltado una generación y provenir directamente de su abuela, con la que la une un estrecho vínculo. Son igual de fantasiosas y las dos son tan resistentes como el caucho, por eso resulta tan raro ver a Faith andar con cara mustia.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

Mi madre mueve la cabeza.

—Juega a algo con ella. Id a pasear. Como mínimo, podrías decirle que la quieres.

Me vuelvo para mirar a mi madre, deseando que todo fuera tan sencillo. He querido a Faith desde que nació, pero no como se espera que una madre ame a su hija. Faith fue un alivio. Después de querer tener un aborto natural y tomar Prozac durante meses, estaba segura de que nacería con tres ojos o un

labio leporino. Pero con el parto, fácil y normal, nació un bebé al que no podía hacer feliz, como si mi castigo por pensar lo peor de ella fuera desconectarse antes de que tuviéramos la oportunidad de establecer un vínculo. Faith padecía cólicos; me mantenía despierta toda la noche y se amamantaba con tanta venganza que me cogían retortijones en el estómago en cada toma. Sin dormir e inquieta, la tumbaba en la cama a veces, contemplaba su cara sabia y redonda, y pensaba «¿Qué narices hago contigo?».

Me imaginé que el sentimiento maternal sería algo que saldría de forma natural, del mismo modo que me subió la leche, con un poco de dolor y de manera imponente al principio, pero que ahora forma parte de mí para bien o para mal. Esperé pacientemente. Qué más daba si no sabía utilizar un termómetro rectal con mi hija. Qué más daba si intentaba cubrirla y la manta no quedaba nunca bien ajustada. «Cualquier día de éstos —me decía—, me levantaré y sabré lo que estoy haciendo».

Fue poco después del tercer aniversario de Faith cuando dejé de esperar. Por la razón que sea, nunca seré una madre por instinto natural. Observo cómo las madres de muchos niños los colocan fácilmente en su sitio en el coche, mientras que yo tengo que comprobar el cinturón de Faith tres veces, sólo para asegurarme de que realmente está bien sujeto. Oigo cómo las madres se inclinan para hablar con sus hijos, e intento memorizar las cosas que dicen.

La idea de intentar llegar al fondo del tozudo silencio de Faith me revuelve el estómago. ¿Qué ocurrirá si no puedo hacerlo? ¿En qué tipo de madre me convertirá eso?

—No estoy preparada —contesto con evasivas.

—Por el amor de Dios, Mariah. Tienes que superarlo. Vístete, péinate, compórtate como una mujer normal y, antes de que te des cuenta, ya no estarás actuando.

Mi madre mueve la cabeza.

—Colin te ha dicho durante diez años que estabas loca y has sido tan tonta que te lo has creído. ¿Qué sabrá él de crisis nerviosas?

Coloca una taza de café delante de mí; sé que considera que es un triunfo que esté sentada delante de la mesa de la cocina, en vez de escondida en la cama. Cuando me ingresaron, mi madre vivía en Scottsdale, Arizona, donde se había mudado después de la muerte de mi padre. Cogió un vuelo para venir a

verme después de que intentara suicidarme y regresó a su casa cuando estuvo segura de que ya no había peligro. Por supuesto, no se esperaba que Colin me internara en un hospital. Cuando mi madre descubrió lo que había hecho, vendió el apartamento, regresó aquí y se pasó cuatro meses tratando de anular el mandato judicial para que pudieran darme el alta.

Jamás ha pensado que Colin hubiera hecho bien mandándome a Greenhaven, y nunca lo ha perdonado. En cuanto a mí, bueno, no lo sé. A veces pienso, como mi madre, que no tendría que haber decidido cómo me sentía yo, por muy insensible que estuviera en ese momento. Y a veces recuerdo que Greenhaven era el único lugar en el que me sentía bien, porque allí no se esperaba que la gente fuera perfecta.

—Colin es un imbécil —dice mi madre sucintamente—. Gracias a Dios que Faith se parece más a ti.

Me da una palmadita en el hombro.

—¿Recuerdas cuando ibas a quinto y volviste triste a casa porque habías sacado sólo un aprobado en el examen de matemáticas? ¿Y que lloraste como si te fuéramos a torturar, aunque en el fondo no nos importaba? Hiciste todo lo que pudiste. Eso es lo que cuenta. Lo intentaste, que es más de lo que puedo decir hoy de ti.

Mira por la puerta abierta hacia el suelo del comedor, donde Faith está pintando con lápices de colores.

—¿Aún no has aprendido que educar a un niño es un trabajo constante?

Faith coge el lápiz naranja y garabatea con fuerza sobre el papel rugoso de colores. Recuerdo cómo el año pasado, cuando estaba aprendiendo las letras, garabateaba una larga sarta de consonantes y me preguntaba qué había escrito. «Frzwwlkg», le decía y, para mi sorpresa, la hacía reír.

—Pues ve —añade mi madre, empujándome hacia el salón.

Lo primero que hago es tropezar con la caja de lápices.

—Lo siento.

Cojo los lápices a puñados y los vuelvo a colocar en la lata de galletas Oreo que utilizamos para guardarlos. Cuando acabo, me inclino hacia atrás, apoyándome sobre los talones, y me encuentro a Faith contemplándome fríamente.

—Lo siento —digo de nuevo, aunque no me refiero a los lápices.

Como Faith no responde, miro el papel sobre el que ha estado pintando. Un murciélago y una bruja, bailando alrededor del fuego.

—Vaya, este dibujo es muy bonito.

Me llega la inspiración; cojo el dibujo y me lo acerco.

—¿Me lo puedo quedar y colgarlo abajo, en mi taller?

Faith inclina la cabeza, coge el dibujo y lo rompe por la mitad. Luego se dirige hacia las escaleras corriendo y cierra la puerta de su habitación de un portazo.

Mi madre entra, secándose las manos con un trapo de cocina.

—Mira qué bien ha ido —digo secamente.

Se encoge de hombros.

—No puedes cambiar el mundo de la noche a la mañana.

Cogiendo una mitad del dibujo de Faith, paso los dedos por encima de la superficie cética de la bruja.

—Creo que me estaba dibujando a mí.

Mi madre me lanza el trapo de cocina, que me cae, inesperadamente frío, sobre la nuca.

—Piensas demasiado —responde.

Esa noche, mientras me cepillo los dientes, me miro en el espejo. No soy fea, o eso aprendí en Greenhaven. Los celadores, las enfermeras y los psiquiatras te examinan si estás desaliñado y te quejas; además, la gente se fija en una cara bonita y quiere hablar y responder a una cara bonita. En Greenhaven me corté el pelo, y lo llevaba ondulado y de color miel; y me maquillaba más para realzar el verde de mis ojos. Dedicué más tiempo a mi aspecto físico durante esos pocos meses que en toda mi vida.

Suspirando, me inclino hacia el espejo y me limpio un resto de pasta de dientes que me ha quedado en la comisura de los labios. Cuando Colin y yo nos mudamos a ésta alquería, reemplazamos el espejo que había en el baño. El viejo estaba rajado en una esquina (mala suerte, dije yo). El nuevo espejo no sabíamos dónde colgarlo. Un poco más de un metro y medio era la altura perfecta para mí, pero no para Colin. Unos treinta centímetros más alto que yo y larguirucho, se rió cuando sujeté el espejo por primera vez en el aire.

—¡Madre mía! —dijo—. Casi no puedo verme ni el pecho.

Así que pusimos el espejo donde podía verlo Colin. Yo me ponía de puntillas para verme toda la cara. Casi nunca estuve a la altura.

A medianoche oigo cómo las sábanas hacen frufrú. Una corriente de aire, una suave solidez está pegada a mí. Me doy media vuelta y rodeo a Faith con los brazos.

—Así es como debería ser... —me susurro a mí misma, y dejo que mi garganta se hinche antes de poder acabar mi idea. Me rodea con los brazos como si fueran parras. Su pelo, debajo de mi barbilla, huele a infancia.

Mi madre me decía a menudo que a la hora de la verdad siempre sabes a quién acudir, que ser una familia no es un concepto social, sino un instinto.

La franela de nuestros camiones se pega. Froto la espalda de Faith en silencio, temiendo decir algo que pueda estropear este bonito momento, y espero hasta oír cómo respira regularmente antes de dormirme yo. Esto, esto sí lo puedo hacer.

El pueblo en el que vivimos, New Canaan, es suficientemente grande como para tener su propia montaña y lo bastante pequeño como para encontrar chismorreos hasta en el último rincón de los escaparates de madera desgastada. Es un pueblo de granjas y terrenos al aire libre, de gente sencilla que vive codo con codo con profesionales de Hanover y New London que desean que su dinero rinda más en el sector de la inmobiliaria. Tenemos una gasolinera, un viejo local de recreo y una banda de música folk de Kentucky. También tenemos un abogado, J. Evers Standish; paso por delante de su oficina un millón de veces cuando voy en coche por la carretera 4.

Seis días después de que Colin se haya ido, abro la puerta principal para encontrarme al suplente del *sheriff* en el porche, que me pregunta si soy la señora Mariah White. Lo primero que hago es pensar en Colin (¿habrá tenido un accidente de coche?). El *sheriff* se mete la mano en el bolsillo y saca un sobre.

—Lo siento, señora —dice.

Y se va antes de que pueda preguntarle nada.

El primer acto de un divorcio se llama libelo. Es un papelito que, en tu

mano, tiene el poder de cambiar toda tu vida. No sabré hasta meses más tarde que New Hampshire es el único estado que aún lo llama libelo, en vez de denuncia o demanda, como si parte del proceso, por muy amigable que sea, implique un desaire a tu personalidad. Junto con la nota hay un papel que dice que se me notifica la demanda de divorcio. Treinta minutos más tarde estoy sentada en la sala de espera de la oficina de J. Evers Standish, con Faith acurrucada en la esquina con un tren de juguete destartalado. No me la habría traído, pero mi madre estará fuera toda la mañana (fuera, dijo, para prepararnos una sorpresa a ambas). La puerta de detrás de la recepcionista se abre y sale una morena alta y refinada, que me tiende la mano.

—Soy Joan Standish.

Me quedo boquiabierta.

—¿Es usted?

Durante años, al pasar por delante del edificio, me había imaginado que J. Evers Standish era un hombre y un vejstorio.

La abogada se ríe.

—La última vez que lo comprobé, era yo.

Mira a Faith, que está absorta creando un túnel para el tren.

—Nan —le pide a la recepcionista—. ¿Podrías vigilar a la hija de la señora White?

Como si un hilo tirara de mí, sigo a la abogada hacia su oficina.

Lo gracioso es que no estoy disgustada. Ni mucho menos tan disgustada como estuve la tarde que Colin se marchó. Hay algo en este libelo que me parece completamente desmesurado, como una broma que pronto acabará. Algo de lo que Colin y yo nos reiremos cuando se apaguen las luces y nos abracemos dentro de unos meses.

Joan Standish me explica lo que es el libelo. Me pregunta si quiero ver a un terapeuta o si quiero que me informe de algún programa para que me deriven a un especialista. Me pregunta lo que ocurrió. Habla de sentencias de divorcios, de declaraciones juradas financieras y de custodia, mientras dejo que la sala gire a mi alrededor. Parece imposible que una boda te pueda llevar un año de planificación y que un divorcio termine en seis semanas, como si durante todo el matrimonio los sentimientos se hubieran consumido hasta tal punto que pudieran esparcirse con un soplo airado.

—¿Cree que Colin querrá la custodia compartida de su hija?

Miro a la abogada.

—No lo sé.

No me puedo imaginar a Colin viviendo sin Faith. Pero tampoco puedo imaginarme a mí misma viviendo sin Colin.

Joan Standish entorna los ojos y se sienta detrás de su escritorio, delante de mí.

—Espero que no le importe que le diga esto, señora White —empieza a decirme—. Parece un poco... apartada de todo el asunto. ¿Sabe? Es una reacción muy frecuente. La gente niega que se ha iniciado un proceso legal y deja que todo la arrolle. Sin embargo, le puedo asegurar que no hay duda alguna de que su marido ha iniciado el proceso judicial para disolver su matrimonio.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—¿Qué? —me pregunta—. Si la voy a representar, tendrá que confiar en mí.

Miro mi regazo.

—Es que... bueno. Ya pasamos por todo esto, más o menos, con anterioridad. ¿Qué ocurrirá con todo... esto... si decide volver?

La abogada se inclina hacia adelante, colocando los codos sobre las rodillas.

—Señora White, ¿de veras que no ve ninguna diferencia entre antes y ahora? ¿Le hizo daño la última vez?

Asiento.

—¿Le prometió que cambiaría? ¿Regresó con usted?

Sonríe con dulzura.

—¿Solicitó el divorcio la última vez?

—No —murmuro.

—La diferencia entre entonces y ahora es que esta vez le ha hecho un favor —dice Joan Standish.

Nuestros asientos para el circo están en la primera fila.

—Mamá —pregunto—. ¿Cómo has conseguido estas entradas?

Mi madre se encoge de hombros.

—Me acuesto con el maestro de ceremonias —susurra, riéndose de su propio chiste.

Ésta era la sorpresa que nos preparaba ayer; fue a Concord *Ticket Master* a comprar tres entradas para el Circo de los Ringling Brothers, que actuaba en Boston. Argumentó que Faith necesitaba algo que pudiera emocionarla lo suficiente como para volver a hablar. Y cuando se enteró de lo del libelo, dijo que debía considerar el viaje a Boston una celebración.

Mi madre llama a un hombre que vende helados y le compra uno a Faith. Los payasos están en las distintas casetas que hay. Reconozco a algunos (¿podrían ser los mismos después de tantos años?). Uno con la cara blanca y la sonrisa azul se inclina sobre la baja mampara que tenemos delante. Señala sus tirantes, de puntitos, y luego la camisa de Faith, que también es de puntitos, y aplaude. Cuando Faith se sonroja, el payaso pronuncia sordamente la palabra «hola». Faith lo mira sorprendida y luego le responde, igual de silenciosa.

El payaso mete la mano hasta el fondo de su bolsillo y saca un lápiz de maquillaje. Sujeta el mentón de Faith con una mano y con la otra le dibuja una sonrisa enorme sobre los labios. Le pinta unas notas musicales en el cuello y le guiña el ojo.

Se aleja de la mampara dando brinco, dispuesto a entretener a más niños, y luego se vuelve de nuevo en el último instante. Antes de que pueda esquivarlo, me alcanza. Noto que tiene la mano fría cuando la coloca sobre mi mejilla, para pintarme una lágrima debajo del ojo izquierdo, azul oscura y llena de dolor.

Aunque no lo recuerdo, cuando era pequeña intenté trabajar en el circo.

Mis padres me llevaban a Boston Garden todos los años cuando los Ringling Brothers venían al pueblo y me quedo corta si digo que me encantaba. Las semanas antes del espectáculo me despertaba a medianoche con el pecho palpitándome por los saltos mortales y los ojos cegados por las lentejuelas y con las sábanas oliendo a tigres, ponis y osos. Cuando estaba en el circo, educaba a mis ojos para que no pestañearan, consciente de que se acabaría tan

rápido como el algodón de azúcar que se fundía con el calor de mi boca.

Cuando cumplí los siete años, quedé fascinada con la Chica Elefante. La hija del maestro de ceremonias, reluciente y segura, caminaba sobre la trompa de un enorme elefante, del mismo modo que yo a veces me dirigía al tobogán del patio de recreo. Se sentaba agarrándose con los muslos al grueso e hirsuto cuello del elefante y me miraba fijamente mientras daba vueltas por la pista central. «¿No desearías ser como yo?», decía en silencio.

Ese año, como todos los demás, mi madre me hizo levantar diez minutos antes del intermedio para evitar las colas en el baño. Me arrastró hasta el servicio de señoras, entramos las dos a la vez y se cernió sobre mí como un demonio, sujetándome mientras me agachaba para hacer pipí.

—Ahora espera hasta que haya acabado —dijo cuando acabé.

Mi madre me cuenta que nunca crucé la calle sin darle la mano, que nunca me acerqué a una cocina con el fuego encendido; incluso de niña, nunca me metí pequeños objetos en la boca. Pero ese día, mientras mi madre estaba en el lavabo, me escabullí por debajo de la puerta y desaparecí.

No lo recuerdo. Tampoco recuerdo cómo conseguí pasar por delante de los guardias de seguridad de abrigo verde, cruzar la puerta y entrar en el gran solar en el que estaban las caravanas del circo. Por supuesto, no recuerdo cómo el maestro de ceremonias acabó anunciando mi nombre para ver si me encontraban, ni cómo los murmullos de que había una niña perdida se habían propagado como la pólvora ni cómo mis padres se habían pasado el espectáculo buscándome por los pasillos. No puedo recordar la cara pálida de la mano del circo que me encontró, que dijo que había sido un milagro que no me hubieran pisoteado o corneado. Ni me puedo imaginar lo que mis padres pensaron, al descubrirme acurrucada entre los colmillos letales de un elefante que estaba durmiendo, con el pelo enmarañado con paja y esputo, y su trompa rodeando mis hombros como el brazo de un viejo amor.

No sé por qué cuento esto; quizá para demostrar que, al igual que el color de los ojos y la estructura ósea, podría ser que los milagros se transmitan por la línea de sangre.

La Chica Elefante ha crecido. Por supuesto, no puedo estar segura de que se trate exactamente de la misma persona, pero aquí hay una mujer vestida con lentejuelas, y con el mismo pelo pelirrojo y los mismos ojos sabios que los de

la niña que recuerdo. Lleva a una cría de elefante por la pista central y le tira una pelota lila; saluda majestuosamente al público y deja que el elefante salude por encima de su hombro. Entonces de las cortinas laterales aparece una niña, una niña pequeña tan igual que la del pasado que me pregunto si el tiempo no pasa debajo de la carpa principal. Sin embargo, luego observo cómo la Mujer Elefante ayuda a la niña a montar sobre el animal por la pista y me doy cuenta de que son madre e hija.

Ambas cruzan una mirada, una mirada que hace que yo mire a Faith. Le brillan tanto los ojos que puedo ver las lentejuelas de la Niña Elefante reflejadas en ellos. De repente el payaso que estaba aquí antes se inclina sobre la mampara, gesticulando como un loco ante Faith, quien asiente y se lanza desde la barandilla a sus brazos. Nos saluda con cara expresiva mientras se dirige resueltamente a formar parte del gran espectáculo que hacen antes del intermedio. Mi madre se mueve hacia el asiento de Faith.

—¿Lo has visto? Oh, sabía que tendríamos que haber traído la cámara.

Y luego, con un golpe de luz y voz resonante, los artistas y los animales del circo desfilan por las tres pistas. Miro intentando encontrar a Faith.

—¡Allí! —dice mi madre—. ¡Eh! ¡Faith!

Señala a mi hija más allá del maestro de ceremonias y los tigres enjaulados; está montada delante de la Mujer Elefante, sobre una bestia de colmillos enormes.

Me pregunto si las otras madres sienten cómo se les remueve el interior al ver a sus hijos crecer y convertirse en las personas que ellas tanto habían querido ser. Los reflectores se mueven sobre la muchedumbre y, a pesar de la ovación y la fanfarria, puedo oír a mi madre desenvolviendo a escondidas un caramelo de dulce de azúcar y mantequilla de Brach en el fondo de su bolso.

Un perro entrenado, asustado por algo, salta de los brazos de un payaso vestido con una falda larga y clásica. El perro corre a gran velocidad entre las piernas del maestro de ceremonias, por encima de la cola de satén de un trapecista y justo delante del elefante de Faith, lo que lo hace bramar y levantar las patas delanteras.

Por más que viva cien años, nunca olvidaré el momento en el que vi cómo Faith caía sobre el serrín, cómo se me hincharon los tímpanos por el pánico borrando cualquier sonido y cómo el payaso que se había hecho amigo de mi

hija se dirigía hacia ella, sólo para chocar contra el malabarista, lo cual hizo que se le cayeran los cuchillos de las manos y los tres filos brillantes cayeran y cortaran la espalda de Faith.

Faith está tumbada inconsciente, bocabajo, en una cama de hospital en Mass General; es tan pequeña que casi no ocupa ni la mitad del colchón. Le gotea una sustancia intravenosa en el brazo para protegerla de infecciones, dice el médico, aunque está tranquilo porque las laceraciones no han sido profundas. Sin embargo, le han tenido que poner veinte puntos. Tengo la mandíbula tan agarrotada de apretarla que un escalofrío me recorre el cuerpo, y mi madre debe de saber lo cerca que estoy de desmoronarme, porque habla bajito con una enfermera, toca el pelo de Faith y me saca de la habitación.

No hablamos hasta que llegamos a una pequeña estancia donde se almacena material, de la que se apropia mi madre. Empujándome contra el estante de sábanas y toallas, me obliga a mirarla a los ojos.

—Mariah, Faith se encuentra bien. Faith se recuperará.

Entonces me deshago en lágrimas.

—Fue culpa mía —sollozo—. No pude evitarlo.

No digo lo que estoy segura que mi madre también está pensando, que no sólo estoy llorando por los cuchillos que cortaron a Faith, sino por deprimirme después de que Colin me dejara, quizá incluso por escoger a Colin como marido.

—Si hay algún culpable, soy yo. Yo compré las entradas.

Me abraza con fuerza.

—No se trata de ningún castigo ni de pagarte con la misma moneda, Mariah. Lo superarás. Ambas lo haréis.

Entonces me agarra por el brazo.

—¿Te he contado lo de la vez que casi te mato? Fuimos a esquiar cuando tenías unos siete años y te escurriste del telesilla mientras yo me colocaba bien los palos. Estabas allí colgada, a unos seis metros del suelo, y yo te cogía por la manga de tu anorak. Todo porque no presté atención.

—No es lo mismo. Fue un accidente.

—Y esto también —insiste mi madre.

Salimos del almacén y volvemos a la habitación de Faith. Las palabras que los psiquiatras utilizaron en Greenhaven para describirme me dan vueltas en la cabeza: «Compulsiva e idealista, sensible al rechazo, poca confianza en sí misma, tendencia a compensar en exceso y a ser catastrofista».

—Debería tener otra madre. Alguien que fuera buena con estas cosas.

Mi madre se ríe.

—Ella te tiene por algún motivo, cariño. Espera y verás.

Después de decirme que va a buscar café, se dirige hacia la puerta.

—El hecho de que otros padres tengan una gran seguridad no significa que esté bien. Los que tienen miedo de fastidiarla, Mariah, son los que se preocupan porque quieren que las cosas sean perfectas.

Cierra la puerta con un suspiro. Me siento en la cama de Faith y resigo el borde de la sábana. «Si no me puedo quedar con Colin —pienso—, por favor, deja que me quede con ella».

No me doy cuenta de que he hablado en voz alta hasta que mi madre entra con el café.

—¿Con quién estás hablando?

Me sonrojo, avergonzada de que me hayan pillado negociando con una máxima autoridad. En realidad no creo en Dios. Cuando era pequeña, mi familia no era religiosa, y de adulta, lo único que tengo es una sana dosis de escepticismo, y por lo visto el impulso de suplicar a pesar de ello cuando necesito ayuda de verdad.

—Con nadie. Sólo con Faith.

Mi madre me coloca el café en la mano. La taza está tan caliente que me quema la palma, e incluso después de dejarla en la mesita de noche me sigue doliendo la piel. En ese instante, Faith abre los ojos.

—Mamá —carraspea.

El corazón me da un vuelco. Su primera palabra después de semanas es toda para mí.

Dos

*Es cierto que mucha gente cree en Dios,
pero también había mucha gente que creía
que la Tierra era plana.*

IAN FLETCHER, *The New York Times*,
14 de junio de 1998

17 de agosto de 1999

Ian Fletcher está en medio del infierno. Camina por el nuevo telón de fondo del decorado, pasando la mano por los conductos de gas que producirán la llama y las cumbres dentadas de las rocas. Raspa un poco de azufre con el pulgar, pensando que no es tan bueno como debería ser.

—Es demasiado amarillo. Parece un druidico círculo *new age*.

El encargado del decorado mira al productor adjunto.

—Creo, señor Fletcher, que lo del fuego y el azufre tenía que ver con el olor.

—¿Con el olor? —dice Ian, con el ceño fruncido—. ¿Qué diablos quiere decir?

—Es azufre, señor. Ya sabe, lo quema y apesta.

Ian lanza una mirada de odio al encargado del decorado.

—Dígame —responde en voz baja y amenazadora—. ¿Cuál es la gracia de

conseguir un efecto especial relacionado con el olor en un medio visual como la televisión?

El hombre se encoge.

—No lo sé, señor Fletcher, pero usted...

—¿Yo qué?

—Querías fuego y azufre —responde una voz que proviene de un enredo de cámaras y micrófonos que está justo a la izquierda—. No culpes al muchacho de tus propios errores.

Al oír la voz del productor ejecutivo, Ian suspira y se pasa la mano por el pelo, grueso y negro.

—¿Sabes, James? La única cosa que me hace pensar que quizá exista un ser superior es la forma con la que te las apañas siempre para llegar en el peor momento.

—Eso no es Dios, Ian. Eso es la ley de Murphy.

James Wilton entra en el círculo de azufre y mira a su alrededor.

—Por supuesto, redescubrir la religión sería una manera de subir los índices de audiencia.

Le entrega a Ian un fax con las últimas cifras de Nielsen.

—Mierda —murmura—. Ya te dije que con CBS no íbamos bien. Tendríamos que volver a iniciar las negociaciones con HBO.

—Los de HBO no querrán verte ni en pintura si continúas siendo el antepenúltimo del *ranking*.

James rompe un trozo de azufre y se lo coloca debajo de la nariz.

—¿Así que esto es azufre, eh? Mira tú por dónde siempre me lo había imaginado como una gran chimenea negra.

Ian mira distraídamente el nuevo decorado.

—Bueno, vale. Haremos otro.

—¿Cómo? —exclama James, con sequedad—. ¿Y con qué lo pagaremos? ¿Con el gran dividendo adicional de tu contrato pendiente con Nike o quizá con la futura donación de la Coalición Cristiana?

Ian entorna los ojos.

—No hace falta que seas tan cínico. Sabes que hace seis meses, cuando hicimos los programas especiales, conseguimos unos índices de audiencia increíbles en Nielsen por la hora en la que salíamos.

James se aleja del decorado, obligando a Ian a seguirlo.

—Eran programas especiales y quizá eso fuera lo atractivo. Tal vez un programa semanal no tenga ese toque de novedad.

Se da la vuelta para mirar a Ian, con el rostro serio.

—Me encanta lo que haces, Ian. Sin embargo, los ejecutivos de las cadenas no son capaces de prestar atención durante demasiado rato. Y *tengo* que presentarles un ganador.

James coge el fax de las manos de Ian y lo arruga hasta que parece una pelota de papel.

—Ya sé que va en contra de tu naturaleza, pero ahora sería un buen momento para empezar a rezar.

Aunque innumerables periodistas se lo habían pedido, Ian Fletcher se negaba a identificar los incidentes de su vida que le impedían creer en Dios. De hecho, no sólo reconocía haber nacido no creyente, sino que se ganaba la vida intentando convencer al mundo de que todos nacemos no creyentes y que la fe es algo que sutilmente nos enseñan a aceptar (como beber leche de vaca o aprender a hacer pipí en el orinal) porque está socialmente reconocido. La religión, sostenía, es una panacea maravillosa. La comparación despreocupada de Ian de los católicos devotos con los niños pequeños que creen que es la tiritita lo que cura la herida se debatió con vehemencia en las páginas de tribuna de *The New York Times*, en *Newsweek* y en *Meet the Press*. Preguntaba por qué si los judíos eran los Elegidos continuaban siendo el blanco de las persecuciones. Preguntaba por qué los católicos eran los únicos que habían visto a la Virgen María en fuentes y neblinas matutinas. Preguntaba cómo podía haber un Dios si había niños inocentes que eran violados, mutilados y asesinados. Cuanto más franco era, más gente quería escuchar. En 1997 su libro *God Who?* fue número uno en la lista de *bestsellers* de no ficción del *New York Times* durante veinte semanas. Lo invitaron a casa de Steven Spielberg y a participar en varios debates y mesas redondas de la Casa Blanca sobre distintos temas culturales. En julio de ese mismo año un número de la revista *People* que tenía a Ian Fletcher en portada se vendió en veinticuatro horas. Una de sus charlas en Central Park atrajo a más de cien mil

espectadores. Y en septiembre de 1998, Fletcher se reunió con algunos ejecutivos de varias cadenas y se convirtió en el primer «teleateísta» del mundo.

Fundó una empresa, Pagan Productions, siguiendo el ejemplo de los reverendos Billy Graham y Jerry Falwell, y luego creó un programa. Las enormes pantallas de televisión detrás de él mostraban imágenes de destrucción masiva (bombas, minas terrestres, guerras civiles) mientras el acento del sur inconfundible y conmovedor de Ian desafiaba el concepto de un ser supremo y bondadoso que permitía que las cosas llegaran tan lejos. Tenía una larga lista de seguidores y se ganó la reputación del Orador de la Generación del Milenio, esa generación de cínicos americanos que no tenían ni el tiempo ni las ganas de confiar su futuro a Dios. Era testarudo, presuntuoso y cabezota, con lo cual se ganó al sector comprendido entre los dieciocho y los veinticuatro años. Era muy culto (tenía un doctorado en Teología por Harvard), lo que hizo que las personas nacidas en la época del *boom* de natalidad le prestaran atención. Pero sin duda el gran atributo de Ian Fletcher, el que se ganaba la simpatía de las mujeres de todas las edades y lo convertía en alguien con un don innato para la pequeña pantalla, era su atractivo físico.

Dos horas más tarde Ian irrumpe en la oficina de su productor ejecutivo.

—¡Ya lo tengo! —se jacta, inconsciente de que James le está haciendo un ademán con la mano para que se calle porque está hablando por teléfono—. Es perfecto. Te harás rico.

Al oír eso, James mira a Ian.

—Ahora te llamo —dice al auricular, mientras cuelga—. Bien, soy todo oídos. ¿Cuál es el gran plan?

Los ojos azul intenso de Ian brillan y sus manos están ocupadas dibujando diagramas que interrumpen su entusiasmo. Tiene exactamente el mismo aspecto de orador enfadado y enérgico que atrajo a James la primera vez, como si se tratara de la voz de un país espiritualmente perdido.

—¿Qué haces si eres un telepredicador de los estados ultraprotestantes y tu índice de audiencia cae en picado?

James considera la pregunta.

—Te acuestas con tu secretaria o extorsionas a alguien.

Ian pone los ojos en blanco.

—Incorrecto. Llevas tu programa a la calle.

—¿Quieres decir con la caravana? ¿Con la Winnebago?

—¿Por qué no? —dice Ian—. Piénsalo, James. Los pastores de finales de siglo consiguieron más feligreses al volver a reunirse con la gente de a pie. Instalaban una tienda de campaña en medio de la nada y hacían que ocurrieran milagros.

James entorna los ojos.

—Me cuesta imaginarte en una tienda de campaña, Ian. Tu idea de vivir sin comodidades quiere decir ir al hotel Four Seasons en vez de ir al Plaza.

Ian se encoge de hombros.

—Soluciones desesperadas para tiempos desesperados. Vamos a visitar a las masas, querido amigo. Crearemos el primer antirrenacimiento del mundo.

—Si los telespectadores no sintonizan tu programa en casa, Ian, ¿por qué iban a hacerlo si estás en Kansas?

—¿Es que no lo entiendes? Ésa es la trampa. En vez de hacer que los cojos tiren sus muletas y que los ciegos recuperen la vista, voy a destapar los engaños. Voy a acabar con todos esos supuestos milagros. Ya sabes, es como ir a Lourdes con los científicos y demostrar que la estatua no está llorando, que se trata de vaho. O como encontrar una razón médica de por qué un tío que está en coma durante diecinueve años de repente se levanta como nuevo —explica, inclinándose hacia adelante sonriendo de oreja a oreja—. La gente cree en Dios porque no tiene ninguna otra explicación de por qué ocurren las cosas, pero yo puedo cambiar eso.

Despacio, James sonrío.

—¿Sabes? —reconoce—. Creo que no es una mala idea.

Ian extiende la mano para coger el periódico que está en la esquina de la mesa de James. Le da una sección a su productor y luego coge la suya y abre las páginas, cual alas de un gran pájaro.

—Llama a tu secretaria y que se vaya pitando al quiosco. Necesitamos el *Globe*, el *Post* y el *L. A. Times* —ordena Ian—. Ayer alguien vio la cara de Jesús en la *pizza* que se comió para cenar. Ahora sólo tenemos que

encontrarlo.

30 de agosto de 1999

Colin White lleva un traje y está sentado en el banco de un parque, observando cómo las madres y las niñeras persiguen a los pequeños por entre los columpios. Su bocadillo de ensalada de huevo sigue en el envoltorio de plástico, intacto. Sin darle siquiera un mordisco, lo aplasta y lo vuelve a meter en la bolsa de papel marrón de la charcutería.

Esa niña, la que está en las barras, se parece un poco a Faith. Tiene los mismos rizos, aunque el pelo un poco más oscuro. Siempre llega hasta el tercer travesado, luego resbala y cae al suelo. Colin recuerda a Faith haciendo lo mismo; practicando y practicando hasta que podía cruzarlo todo. Quiere acercarse más, pero sabe que no puede. En estos tiempos que corren, creerían que se trata de un pedófilo, no de un hombre que simplemente echa de menos a su hija.

Se pasa las manos por el pelo. ¿En qué narices estaba pensando? La verdad es que no pensó en nada cuando decidió llevar a Jessica a su casa esa tarde. Pueden pasar muchas cosas para no ir a una clase de *ballet*; tendría que haber sabido que Faith y Mariah podrían haber regresado a casa de improviso. Han pasado tres semanas y no puede dejar de recordar las miradas de Faith y Mariah cuando Jessica salió del baño. Recuerda cómo lo miró Faith, directamente a la cara, cuando finalmente la alcanzó en su habitación, como si fuera suficientemente mayor para no creerse las excusas que se estaba inventando.

También había hecho daño a Mariah, pero vivir con una mujer que se niega a aceptar que su matrimonio tiene problemas acaba afectando hasta a un santo. Cada vez que había intentado que Mariah se enfrentara a los hechos, Colin acababa temblando, temiendo volver a casa algún día y encontrársela al borde del suicidio. Al principio empezó a salir con Jessica sólo para tener a alguien a quien confiarse.

Y ahora lo quiere.

Colin cierra los ojos. Está hecho un lío.

La niña de las barras se balancea en el último travesaño y acaba a unos pocos centímetros de Colin, levantando una nube de polvo.

—¡Oh! —dice, sonriéndole—. Perdón.

—No pasa nada.

—¿Puedes atarme el cordón del zapato?

Sonríe. Si hay algo que ha aprendido de los niños es que para ellos los adultos son intercambiables. Cualquiera que tenga una edad similar a la de tu padre puede encargarse de ese tipo de cosas. Se inclina sobre los cordones de sus zapatillas, percatándose de que de cerca esa niña es más pequeña que Faith, no tan delgada, inconfundiblemente diferente.

La niña sube por la corta escalera que se encuentra en un extremo de las barras.

—¡Mírame! —grita, ingenuamente orgullosa—. Esta vez lo conseguiré.

Colin se da cuenta de que aguanta la respiración mientras la niña se balancea colgada de su brazo izquierdo, luego del derecho, alcanzando los travesaños de metal y tensando los nudillos al agarrarlos; se trata de un trecho increíble y él está seguro de que luego le dolerá. Continúa mirando, hasta que ve que ha llegado sana y salva al otro lado.

Para tener siete años, sabe muchas cosas. Sabe que las orugas de la mariposa monarca viven en hojas de algodoncillo, que las medias nunca aprietan tanto como las mallas y que «Ya veremos» siempre significa «No». Ha aprendido suficientemente del mundo para darse cuenta de que es un lugar de adultos y de que la única manera de poder intervenir es hablando al final de sus frases y actuando de un modo tan similar al suyo que acaban por *escuchar*. Sabe que en *cuanto* se queda dormida los ojos cerrados y cosidos de su osito se abren totalmente. Sabe que la verdad puede provocar un dolor agudo en la cuenca de los ojos y que el amor a veces te hace sentir como si alguien te estrangulara.

También sabe, aunque todos intentan ocultárselo, que aún están hablando sobre ella. Hace tres días que Faith ha vuelto del hospital y está en casa, aunque aún le cuesta llevar camiseta. Cada vez que lo hace, siente que los cortes se le abren y le sangran, y está preocupada porque piensa que en

invierno o bien se morirá de frío o bien se desangrará hasta quedarse en los huesos.

Durante el día la abuela viene y juega a cartas, y no le importa nada que Faith sólo lleve pantalones cortos. Su madre se sienta en el sofá y mira la espalda de Faith cuando cree que nadie la está observando, como si Faith no pudiera sentir el peso de sus ojos. Cuando la abuela se va después de cenar, a veces conversan con enormes lapsos de tiempo en silencio, de manera que parece que entre las frases de Faith y las de su madre pasen horas.

Esta noche Faith está jugueteando con los guisantes de su cena cuando llaman al timbre. La abuela levanta las cejas, y su madre se encoge de hombros. Son así; pueden hablar sin pronunciar ni una palabra, porque se conocen muy bien. Sin embargo, con Faith y su madre el silencio es de otro tipo; es el silencio provocado por no conocerse bien. Faith observa cómo su madre se dirige hacia la puerta principal, y en cuanto la pierde de vista, coge los guisantes con el tenedor y los esconde debajo de su muslo.

—¡Oh! —dice su madre, con voz esperanzada—. Has llegado justo a tiempo para cenar.

—No puedo quedarme —oye Faith que responde su padre.

Se agarrota y siente cómo revientan los guisantes bajo su muslo. Ha visto a su padre una vez desde Ese Día. Fue al hospital con un gran osito de peluche, el más horrible que había visto en su vida, y mientras estuvo sosteniéndole la mano y le estuvo hablando no dejó de imaginarse a esa mujer que había salido del baño como si viviera en casa. No sabe por qué se estaba duchando allí a media tarde, ni por qué eso hizo que su madre llorara. Solo sabe que todo lo ocurrido tenía un color concreto, como los garabatos de un lápiz que se ha vuelto loco y sale de la página, el mismo color negro azulado que a veces se imaginaba cuando estaba acostada en la cama y podía oír, a través de las paredes, a sus padres peleándose.

Su padre se dirige a la cocina y la besa en la frente.

—¡Hola, bomboncito!

Finge que no mira su espalda del mismo modo que lo hace su madre.

—¿Cómo está mi pastelito?

Faith lo mira y se pregunta por qué sólo utiliza nombres de comida para llamarla.

—¡Dios mío, Mariah! —dice su abuela, poniéndose en pie—. ¿Cómo has podido dejarlo entrar?

—Es por Faith. Tenía que hacerlo.

—Bueno, porque es por Faith... —dice la abuela resoplando.

Se acerca más a su padre y por un momento Faith se pregunta si la abuela le pegará un puñetazo en ese mismo instante. Pero sólo le empuja en un costado con el dedo.

—Adiós, Colin. No te necesitamos.

—Déjame en paz, Millie, ¿vale?

Su madre reaparece con un plato.

—Toma —dice, como cantando—. No pasa nada.

—Mariah, no puedo quedarme. Ya te lo he dicho.

—Es sólo una cena.

—Tengo otros planes.

—Pues cancelalos. Estaría bien que Faith...

—Jessica me está esperando en el coche —dice él, firmemente—. ¿Vale?

Faith se aleja corriendo de la voz de su padre y se cobija bajo el brazo de su abuela. Su madre desfallece sobre una silla y el plato cae haciendo un gran estruendo, lo que provoca que los guisantes se derramen por la mesa como si de un dibujo de puntos se tratara. La mandíbula de su padre se mueve de manera extraña, sin que salgan palabras de su boca.

—Sólo quería ver a mi hija. Lo siento —dice finalmente.

Luego toca el hombro de Faith y se va.

—¡Dios santo, mamá! ¿Por qué has tenido que decir eso?

—¡Porque tú no lo hubieras dicho jamás!

—No necesito tu ayuda —dice la madre de Faith, llevándose las manos sobre la cabeza—. Vete.

Faith empieza a dejarse llevar por el pánico. Ella tampoco quería que su padre estuviera allí, pero sólo porque sabía que todo acabaría en una escena como ésa. Una vez en el colegio su profesora llenó un cuenco con agua y espolvoreó pimienta encima. Luego vertió jabón de lavavajillas en un lado y la pimienta se fue volando. Por alguna razón, cuando Faith piensa en su madre y su padre, siempre le viene a la mente esa imagen.

—Faith —dice su abuela—. Creo que tendrías que dormir en mi casa esta

noche.

—De ninguna manera. Se queda aquí —responde su madre, negando también con la cabeza.

—¡Maravilloso!

Faith intenta entender qué es tan maravilloso. Quiere ir a casa de su abuela. Su madre estará con cara mustia y le pondrá una película de vídeo. En casa de su abuela siempre duerme en la habitación de los invitados, con una máquina de coser terriblemente negra en la esquina y la caja de botones y el pequeño cuenco de terrones de azúcar sobre la mesita de noche.

Pero entonces su abuela dice adiós y su madre murmura algo sobre la psicología inversa y se quedan ellas dos solas, con todos los platos sobre la mesa. Durante mucho tiempo Faith mira a su madre. Está sentada con la cabeza entre las manos, tan quieta que la niña piensa que se ha quedado dormida. Insegura de lo que tiene que decir o hacer, Faith le da un empujón.

—¿Quieres jugar a algo?

Cuando su madre la mira, Faith piensa que nunca ha visto tanta tristeza en su vida. A excepción quizá de la tortuga del zoo de San Diego de hace dos veranos, que levantó su gran cabeza y miró directamente a Faith, ordenándole que la ayudara a volver al lugar en el que había estado en su día.

La voz de su madre es aflautada y quebradiza.

—No puedo.

Sale de la habitación, dejando a Faith tras ella preguntándose, una vez más, qué palabras mágicas podrían hacer que su madre se quedara cerca.

Mariah siempre ha creído que tendría que haber una red de enamorados no correspondidos, similar a Alcohólicos Anónimos, dedicada a ayudar a los que están heridos y con el corazón roto. «Seguro que somos muchos —piensa—, y esta gente se beneficiaría de un sistema de compañeros en los momentos en los que pillas a tu amor rodeando con el brazo a otra mujer, o cuando llama pero no quiere hablar contigo, o cuando ves en sus ojos que ya ha empezado a olvidarse de ti». Se imagina cómo sería tener el nombre de un buen samaritano que hablara por teléfono como una amiga de séptimo, que te dibujara una diana con su cara, que te aliviara el dolor.

Sin embargo, se limita a mirar fijamente la tarjetita de visita con el número de busca de su psiquiatra. No puede llamar a no ser que se trate de una emergencia, y en su caso eso seguramente sería el profundo deseo de cortarse las venas de las muñecas o colgarse del perchero del armario. Quiere hablar con alguien, pero no sabe con quién. Su madre es su amiga más íntima, pero la acaba de mandar a casa. Las otras mujeres que conoce tienen maridos que trabajan con Colin; son parejas que seguramente salen a cenar con él y con Jessica. Siente cómo algo amargo le sube por la garganta. No está bien que esa mujer le haya robado el marido, sus amigas y toda su vida anterior.

Mariah tiene que hacer muchas cosas. Debería comprobar que Faith esté bien, darle los antibióticos, cambiarle el vendaje de los puntos antes de que se acueste. Debería llamar a su madre y disculparse. Como mínimo, tendría que recoger la mesa de la cena.

Sin embargo, se limita a contemplar la cama. Pasa la noche imaginándose que cae en las hondonadas y los arroyuelos del colchón, como si Colin y Jessica hubieran dejado literalmente su huella en él. Tira del edredón y se construye una especie de nido en el suelo. Amontona las sábanas encima y se tumba, recordando la cara de Colin como la vio en su día en la estrecha cama de su dormitorio universitario. Permanece totalmente quieta, inconsciente de las lágrimas que brotan sin previo aviso, como un géiser, una fuente termal con el poder de sanar.

Su madre está llorando tanto como para quedarse sin aliento, y Faith lo sabe. Es un sonido silencioso pero, como ocurría con las peleas de sus padres, no se puede ocultar con la almohada. Le entran ganas de llorar a ella también. Faith quiere llamar a su abuela, pero recuerda que desconecta el teléfono a las siete de la tarde para que los de *telemarketing* no la molesten, así que se hace un ovillo sobre la cama, sin camiseta, abrazando el viejo oso que huele a champú Johnson para niños.

Se queda así mucho rato, y luego sueña con una persona que lleva un camisón largo y blanco y que está sentada delante de ella. Inmediatamente (le han advertido que no se habla con extraños) retrocede.

—Faith —dice la persona—. No tengas miedo.

Tiene el pelo largo y oscuro, y los ojos tristes y oscuros.

—¿Te conozco?

—¿Quieres conocerme?

—No lo sé.

Faith se muere de ganas de tocar el camisón de la extraña. No ha visto nunca nada igual. Parece tan suave que podrías caerte en él y no encontrar la salida jamás.

—¿Eres una amiga de mi mamá?

—Soy tu guarda.

Piensa en la respuesta un momento, tratando de comprender si una persona que nunca has visto en tu vida puede meterse en ella sin previo aviso.

—¿Con quién estás hablando?

De repente la madre de Faith está en la puerta, con los ojos rojos e hinchados y sujetando un tubo de Bacitracin.

Sorprendida, Faith mira a su alrededor, pero la extraña (y el sueño) se ha ido.

—Con nadie —responde, volviéndose para que su madre pueda curarle los puntos.

Dos noches más tarde Mariah se levanta con un sobresalto. Camina descalza por el pasillo, consciente incluso antes de llegar a la habitación de su hija de que no está allí.

—¿Faith? —susurra—. ¡Faith!

Tira del edredón de la cama vacía y abre el armario. Mira en el cuarto de baño y luego baja estrepitosamente por las escaleras para comprobar si está en el cuarto de juegos o en la cocina. Siente punzadas en la cabeza y le sudan las manos.

—¡Faith! —grita—. ¿Dónde estás?

Mariah piensa en las historias que lee en los periódicos, de niños abducidos de sus propias casas a altas horas de la madrugada. Se imagina cien horrores distintos que existen justo al otro lado de la calle. Luego ve un destello plateado por la ventana.

Fuera, en el jardín, Faith gatea con cautela por el travesaño que conforma

la parte superior del columpio, a unos tres metros del suelo. No es la primera vez que lo hace y que se mueve como si fuera un felino, y no es la primera vez que Mariah se queda aterrada, segura de que caerá.

—¿Te importaría decirme lo que estás haciendo aquí a estas horas de la madrugada? —dice Mariah en voz baja, para no asustarla.

Faith mira hacia abajo, sin sorprenderse de haber sido descubierta.

—Mi guarda me lo ha pedido.

Aunque Mariah imaginaba que se inventaría alguna excusa, no esperaba oír eso.

—¿Tu *qué*?

—Mi guarda.

—¿Qué guarda?

—Mi amiga.

Faith sonríe abiertamente, mareada por la verdad de su afirmación.

—Es mi amiga.

Mariah intenta recordar las caras de las amiguitas de Faith. Sin embargo, no ha ido nadie a casa desde que Colin se marchó, porque las familias se aferran a la tradición de Nueva Inglaterra de no cotillear sobre las desgracias del vecino, por si son contagiosas.

—¿Vive por aquí?

—No lo sé —dice Faith—. Pregúntaselo.

De repente Mariah siente un pinchazo en el pecho. Desde Greenhaven se imagina que su mente es como unas piezas de dominó de cristal, capaces de ser derribadas con un soplo de aliento en la dirección correcta. Se pregunta si la disociación de la realidad tiene una base genética, como el color del pelo o la tendencia a engordar.

—¿Tu... tu amiga está aquí ahora?

—¿Tú qué crees? —responde Faith, resoplando.

Es una pregunta trampa.

—¿Que sí?

Faith se ríe y se sienta, montando a horcajadas sobre el travesado y balanceando los pies.

—Baja antes de que te hagas daño —la regaña Mariah.

—No me haré daño. Me lo ha dicho mi guarda.

—Perfecto... —murmura Mariah, subiéndose a uno de los columpios para poder alcanzar a su hija.

Al acercarse a ella, puede oír a Faith canturreando bajito la melodía de la canción infantil *Pop Goes the Weasel*—. «Pero del fruto del árbol... que está en medio del jardín...».

—Entra en casa —dice Mariah con autoridad—. Ahora mismo.

Cuando finalmente ha metido a su hija en la cama, Mariah se percata de que a Faith se le está curando la espalda porque, por primera vez desde el accidente en el circo, ya puede llevar camisón.

Salvo por el hecho de que la Barbie de la doctora Keller está calva, a Faith le gusta jugar con sus juguetes. Hay pelotas de goma, una casa de muñecas y lápices de colores con forma de patos, cerdos y estrellas. Pero la Barbie le da miedo. Tiene unos agujeritos negros donde debería estar el pelo y muy mal aspecto. Faith se acuerda del día en el que se le cayó su muñeca Baby Go Potty y se le partió el pecho, dejando al descubierto una bomba y unas pilas, en vez del corazón que se había imaginado que tenía.

Aunque, en general, a Faith le gusta ir a ver a la doctora Keller. Al principio pensaba que quizá le pondrían alguna inyección o que incluso le harían esa prueba en la que te meten un tubo muy largo por la garganta, pero la doctora Keller sólo la observa jugar y a veces le hace preguntas. Luego se va a la sala donde la está esperando su madre, y Faith aún puede jugar sola un rato más.

Hoy la doctora Keller se sienta en una silla y escribe en su cuaderno. Faith coge un títere, uno con una corona de reina, y luego deja que se deslice por su mano. Mete las manos en un recipiente lleno de lápices de colores y deja que éstos se escurran entre sus dedos. Luego camina por la habitación y mira fijamente la Barbie calva. La coge y se la lleva a la casa de muñecas.

No es una casa de muñecas bonita, no es como las que hace mamá, pero no le importa porque cuando Faith se acerca demasiado a una de las casas de muñecas de su madre, siempre la regañan, y si consigue sacar una minisilla o toquetear una alfombra trenzada en miniatura, piensa que la romperá sólo por *respirar* de forma incorrecta. Esta casa de plástico de la doctora Keller es sin

duda para niños, para que alguien juegue con ella. No es sólo para exponerla.

Ken y otra Barbie, con pelo, están metidos en el pequeño cuarto de baño de la casa de muñecas. Ken está boca abajo en el lavabo. Faith lo coge y lo lleva a la habitación. Lo aplasta contra la Barbie con pelo, sujetándolo con fuerza. Luego coge la Barbie calva y la apoya contra la pared de la habitación para que mire.

La doctora Keller arrastra la silla para acercarse a la casa de muñecas.

—Hay mucha gente en esta habitación.

Faith la mira.

—Es un padre, una madre y otra madre.

—¿Dos madres?

—Sí. Ésta es la que besa —dice, tocando la muñeca que está entre los brazos de Ken.

—¿Y la otra?

—Ésta es la que llora —responde Faith, acariciando con dulzura la cabeza calva de la segunda Barbie.

—¿Que estás qué?

Por la cara que pone Jessica, Colin sabe inmediatamente que ha cometido otro error.

—Pensaba que estarías contento —responde, llorando.

Por más que lo intenta, Colin no sabe qué hacer. Está seguro de que Jessica espera que haga o diga algo apropiado, pero sólo puede pensar en ese momento hace años, cuando los médicos de Greenhaven le dijeron que Mariah había dado positivo en la prueba del embarazo.

Después de un momento, rodea a Jessica con los brazos.

—Lo siento. Estoy contento.

Jessica se alegra.

—¿De veras? —dice con voz temblorosa.

—Te lo juro —responde asintiendo.

Jessica se mueve mientras lo abraza y se enrolla alrededor de Colin como si de una enredadera salvaje se tratara.

—Sabía que dirías eso. Sabía que lo verías como una segunda

oportunidad.

«¿Para qué?», piensa, y luego se da cuenta de que Jessica está hablando de crear una familia. Le sonríe cuando deja denotar el estrangulamiento repentino en la garganta. Los ojos de Jessica brillan cuando le coge la mano y la coloca sobre su vientre plano.

—Me pregunto a quién se parecerá —dice con dulzura.

Colin intenta imaginarse la cara de la criatura que pueden haber creado. Cierra los ojos, pero sólo es capaz de ver a Faith.

Mariah se yergue refunfuñando después de haber atado las zapatillas de Faith con un doble nudo. Es jueves, el día de pasar la aspiradora, de devolver los libros a la biblioteca, de comprar maíz a los agricultores y, ahora, de ir a ver a la doctora Keller.

—Bien, vamos.

—Mamá —dice Faith—. También tienes que at rselos a ella.

Suspirando, Mariah se agacha de nuevo y finge atar los cordones de los zapatos de la amiga imaginaria de Faith.

—Mamá, lleva hebillas.

Al poco rato, Mariah se levanta.

— Estamos listas ahora?

Pasa por delante de su hija, coge el bolso y abre la puerta principal. Cuando Faith est  fuera, Mariah espera un momento, para que su guarda también pueda salir por la puerta.

Faith esboza una sonrisa y le da la mano a Mariah de camino al coche.

—Dice que gracias.

Mariah no habría escogido nunca a la doctora Keller para que fuera su psiquiatra, porque es tan organizada que Mariah siempre acaba comprobando si se ha dejado algo en el coche (sus llaves, su cartera, su confianza). Además, la doctora Keller también es muy guapa (joven, con el pelo del mismo color cálido que el lomo de un zorro y unas piernas que siempre recuerda cruzar). Mariah aprendió hace años que no quería hablar con alguien así. El doctor

Johansen era de los suyos (bajo, de aspecto cansado y suficientemente humano como para que a Mariah no le importara desvelar sus errores). Sin embargo, había sido el doctor Johansen quien había sugerido que Faith viera a alguien que la ayudara a entender el divorcio. Mariah quería que Faith viera al doctor Johansen, pero éste no trataba a niños. Le recomendó a la doctora Keller, e incluso llamó a su consulta para que Mariah pudiera verlo en seguida.

Mariah no quiere reconocer, ni siquiera reconocerse a sí misma, que es la causa de las alucinaciones de Faith. Después de todo, los médicos de Greenhaven no le pudieron asegurar que el Prozac no perjudicaría al bebé que llevaba en sus entrañas. Y no pudieron decirle cómo podía perjudicarlo.

Mariah se obliga a mirar a la doctora Keller.

—Me preocupa esa amiga imaginaria.

—No debe preocuparle. Es perfectamente normal, e incluso es sano.

—¿Es sano y normal hablar con alguien que no está? —pregunta Mariah, levantando las cejas.

—Totalmente. Faith ha creado a alguien que le da apoyo emocional las veinticuatro horas del día.

La doctora Keller saca un papel con un dibujo del archivo de Faith.

—Llama a su amiga su guarda, lo cual sólo refuerza la conducta (ahora tiene a alguien que la protege para que esto no vuelva a ocurrir otra vez).

Mariah coge el papel y sonríe al ver el sencillo dibujo de una niña rubia. Es Faith; lo sabe por el vestido lila de flores amarillas que Faith llevaría todos los días del año si la dejaran. Se ha dibujado el pelo con unas trenzas que parecen serpientes soleadas, y le está dando la mano a otra persona.

—Ésta es su amiga —dice la doctora Keller.

Mariah mira fijamente la imagen.

—Se parece a Casper, el simpático fantasma.

—Podría serlo. Si Faith evoca una imagen mental de esta persona, es probable que sea algo que haya visto en otro sitio.

—Casper con pelo —corrige Mariah, recorriendo con el dedo el cuerpo blanco y flotante y el casco marrón alrededor de la cara—. Un guarda.

—Lo importante es que a Faith le va bien.

Mariah suspira profundamente y se lanza al vacío.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunta en voz baja—. ¿Cómo sabe que esa

amiga no es alguien a quien realmente oye en su cabeza?

La doctora Keller se detiene un momento. Mariah se pregunta cuánto sabe de su hospitalización, cuánto le ha contado el doctor Johansen.

—En primer lugar, yo no lo clasificaría como una alucinación porque eso implicaría que su hija también tiene episodios psicóticos, y no me ha mencionado ningún cambio en su comportamiento que me haya hecho pensar algo así.

—¿Qué tipo de cambios? —pregunta Mariah, aunque sabe muy bien cuáles son.

—Drásticos. Problemas con el sueño. Temporadas espantosas. Agresión. Cambios en los hábitos de alimentación. Si va andando por ahí a las tres de la madrugada y dice que su amiga le ha dicho que tenía que subirse al tejado de la casa.

Mariah recuerda a Faith gateando por la estructura del columpio a medianoche.

—No —miente Mariah—. No he visto nada parecido.

—Entonces no se preocupe —responde la doctora Keller, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué hago si quiere que su amiga se meta en la cama con ella? ¿O que coma en la mesa con ella?

—Sígale el juego. No le dé importancia, y con el tiempo Faith se sentirá suficientemente segura como para dejar que su amiga se vaya.

«Que baje la guardia con su guarda», piensa Mariah, y casi sonrío.

—Hablaré de nuevo con ella de su amiga, señora White, pero he visto cientos de casos así, y en el noventa y nueve por ciento de ellos a los niños no les pasaba nada.

Mariah asiente, pero se pregunta qué le ocurrió a *ese uno por ciento*.

Colin sonrío al vicepresidente de operaciones de la cadena de hogares de ancianos.

—Será sólo un minuto —dice, abandonando la oficina despreocupadamente para hurgar en el maletero de su coche.

Es difícil vender una maldita luz de emergencia cuando salen chispas al

encenderla. Por suerte, Colin tiene otra en el maletero; podrá decir que la otra tiene el cableado defectuoso debido a la fabricación en la planta de Taiwán.

La luz de muestra está enterrada en el fondo de una caja. Con los dientes apretados, Colin mete la mano por un lado, sintiendo un cable que revela que allí está la señal, pero al extraerlo saca sólo un pequeño pasador.

No sabe cómo ha llegado a su caja de muestras. Recuerda la última vez que vio a Faith con el pasador, centelleante y plateado sobre su cascada de pelo claro. Faith guarda los pasadores y las gomas del pelo en una vieja caja de cigarrillos que el abuelo de Colin le regaló a él en su día.

Olvidándose del vicepresidente del hogar de ancianos, olvidándose de la luz de emergencia que ahora cuelga de la caja como un robot roto, Colin pasa el pulgar por el borde del pasador.

Ha ido al obstetra con Jessica. Ha escuchado el latido del nuevo bebé, pero le resulta muy difícil fingir estar emocionado por ese hijo aún por nacer cuando ha hecho las cosas tan mal con el que ya tiene.

Ha intentado llamarla, y una vez incluso la vio en el patio del colegio desde una cierta distancia, pero siempre se echa atrás antes de ponerse en contacto con ella. El hecho es que no sabe qué decirle. Cada vez que piensa que ha encontrado la disculpa, recuerda cómo lo miró Faith cuando fue a verla al hospital después del accidente del circo, en silencio y crítica, como si incluso en su limitada experiencia supiera que no había estado a la altura. Ser padre, Colin lo sabe, no es un bonito anuncio de la compañía de telecomunicaciones AT&T; no es la simple hazaña de lanzar una pelota en un campo verde o de trenzar el pelo. Es conocer todas las palabras del cuento de antes de acostarse *Goodnight Moon*. Es levantarse de repente a medianoche antes de oírla caer de la cama. Es observarla dando vueltas con el tutù mientras se te va la cabeza hacia el futuro y te preguntas cómo será bailar con ella el día de su boda.

Es mantener la ilusión de ser el que manda, aunque te has sentido impotente desde el momento en el que te sonrió desde el nido de grajo que era tu brazo mecedor.

Piensa tanto en Faith estos días que no puede imaginarse cómo pudo sacársela de la cabeza y cometer el error monumental de acostarse con Jessica en su propia casa.

Colin suspira profundamente. Quiere a Jessica y tiene razón: ha llegado el momento de reinventarse. Así que se promete algo en silencio. Esta vez será un mejor padre y se asegurará de que Faith recoja los frutos de la nueva página que va a escribir. Se dice a sí mismo que en cuanto reorganice su vida regresará a por Faith. Le compensará.

—Señor White —dice el ejecutivo del hogar de ancianos impacientemente desde la puerta—. ¿Podemos continuar?

Colin se da media vuelta y se mete el pasador en el bolsillo. Coge la nueva muestra y lanza una diatriba con mucha labia sobre su energía y el ahorro monetario que supone, preguntándose cómo alguien que se gana el pan ayudando a que la gente huya sin ningún percance no puede ver la salida en su propia vida.

6 de septiembre de 1999

Millie Epstein coge su Coca-Cola *light* y se sienta al lado de su hija en el sofá del comedor.

—Bueno, podría ser peor. Podría haberse imaginado que su guarda era un soldado británico con un gran sombrero peludo, y se habría quejado de que no cabía en la parte trasera del coche.

Mariah se pasa la lata de refresco por la frente.

—Tiene que empezar el colegio la semana que viene. ¿Qué ocurrirá si los otros niños se burlan de ella?

—¿Es eso lo que te preocupa? Vamos, Mariah. Tiene siete años. La semana que viene se le habrá olvidado.

Mariah roza con el labio el borde afilado de la lata.

—Yo no lo olvidé —dice en voz baja.

Su madre reacciona en el acto.

—Tú estabas bien. Colin te hizo creer que estabas como una cabra, pero lo único que te pasaba es que estabas un poco pachucha.

—Sufrí una depresión clínica, mamá.

—Que no es lo mismo que pensar que un alienígena está emitiendo mensajes de radio en tu cerebro.

—No he dicho que fuera esquizofrénica —responde Mariah, volviéndose.

—Cariño —dice Millie, tocando el hombro de su hija—. Cuando tenías cinco años tú también tuviste un amigo imaginario. Un niño que se llamaba Wolf, quien según tú dormía a los pies de tu cama y te decía que tenías que intentar no comer verduras a toda costa.

—¿Y se supone que esto tiene que hacerme sentir mejor?

A Mariah le empieza a doler la cabeza. Coge el mando y enciende el televisor de su madre. Sólo hay telenovelas, que no soporta, un publibreportaje, y un programa de Martha Stewart. Mira qué dan en los canales del satélite menos utilizados y acaba decidiéndose por una comedia de situación.

—No, pon lo otro —dice Millie, cogiendo el mando—. Me gusta su acento.

Mariah frunce el ceño al ver el episodio del programa antievangélico de Ian Fletcher, que se contonea como un pavo real al andar. Acento, venga ya. Seguramente se lo habrán enseñado. Nunca ha entendido el llamamiento filosófico a las masas de ese hombre, pero en realidad nunca le ha interesado lo suficiente la religión como para querer considerar su alternativa.

—Creo que la gente mira su programa porque cree que sí continúa hablando así, Dios le arrojará un relámpago durante una emisión en directo y permitirá que el mundo entero vea cómo se fríe.

—Eso es muy propio del Antiguo Testamento —dice Millie, bajando el sonido—. Quizá recuerdes más de la escuela hebrea de lo que imaginaba.

—¿Fui a la escuela hebrea? —pregunta Mariah, sorprendida.

—Por un día. Tu padre y yo pensamos que intentaríamos ser convencionales contigo. Algunos de tus amigos iban a la escuela dominical, así que...

Millie empieza a reírse.

—Regresaste a casa y dijiste que preferías ir a *ballet*.

A Mariah no le sorprende. Cuando era una niña su relación con la religión era puramente social; era el tipo de judía cuya familia sólo iba al templo los días más señalados, y además solo para ver lo que llevaban los demás. Mariah recuerda que veía a Papá Noel en el centro comercial y quería poder subir a su regazo. Recuerda que el día de Navidad, cuando todo el mundo estaba de

celebración, su familia iba al restaurante chino a cenar y luego al cine, donde eran los únicos en toda la sala.

Nadie se sorprendió cuando se casó con un episcopalista.

Mariah no recuerda las clases de *ballet*, pero sabe que aún puede colocar los pies en las cinco posiciones básicas; y, en cambio, sería incapaz de recitar los diez mandamientos.

—No lo sabía.

—¡Oh! —exclama Millie—. ¡Está de gira! ¡Está recorriendo toda América! El martes estuvo en New Paltz.

—¿Tiene New Paltz una gran población atea? —pregunta Mariah, riéndose.

—No, todo lo contrario. Estuvo allí porque en una iglesia afirmaban que tenían una estatua que lloraba sangre. Resultó ser un depósito de piedra caliza o algo así.

En la parte inferior de la pantalla aparece un mensaje: HOULTON, MAINE, ¡EN DIRECTO! La cámara toma panorámicas, enfocando camisetas adornadas con LA RAMA DE LA VIDA: EL ÁRBOL DE JESÚS. Luego muestra un primer plano de Ian Fletcher, enmarcado en la puerta de una caravana.

—Qué hombre más guapo —susurra Millie—. Mira qué sonrisa tiene.

Mariah no levanta la vista de la guía de televisión que está hojeando.

—Sí, sí —dice—. Seguro que se lo está pasando en grande.

Ian no se ha sentido tan desdichado en toda su vida. Tiene fiebre y está sudando, el dolor de cabeza lo va a matar, y ya odia Maine, por no decir toda Nueva Inglaterra. Y lo peor es que no va a poder descansar después de terminar la emisión. Su productor no ha querido reservarle un hotel decente, alegando que un tío que quiere embarcarse en una gira con la gente de a pie tiene que estar dispuesto a permitir que sus mocasines italianos toquen el suelo. Así que, por guardar las apariencias, el equipo de producción de Ian está hospedado en el Houlton Holiday Inn, mientras Ian tiene que pasar la noche al aire libre en una caravana que no es más que un montón de chatarra con pretensiones.

No revelará que el alojamiento es de vital importancia para un hombre que

no puede dormir por la noche, así que se limita a merodear, agotado. Su insomnio es sólo asunto suyo, pero se alegrará muchísimo cuando todo ese ridículo espectáculo de Cristo acabe. El próximo engaño que desentrañe estará situado cerca del Ritz-Carlton.

Cuando James le da la señal, sale de su caravana Winnebago olvidado de la mano de Dios, mientras varios reporteros se le aproximan. Se abre camino entre ellos y pisa un cacharro de leche vacío que alguien se ha dejado.

—Como seguramente sabrán, estos últimos días se ha planteado si Houlton Maine es realmente el escenario de un milagro religioso —dice Ian, señalando el pequeño grupo de devotos apiñados delante del manzano desgarrado de los McKinney—. Según William y Bootsie McKinney, la mañana del veinte de agosto, después de una fuerte tormenta, Jesús se les apareció en una rama partida de este árbol.

Ian se dirige hacia el árbol. En realidad, los anillos del árbol y las suaves líneas de la savia seca se parecen un poco a un semblante de ojos oscuros y de mentón alargado. Como las imágenes convencionales de Jesús, si se cree en eso. Ian coloca la palma de la mano justo en medio de la imagen a propósito, tapándola.

—¿Hay aquí una cara? Quizá. Pero si los McKinney no hubieran sido católicos beatos ni hubieran ido a misa con frecuencia, ¿habrían visto a Jesús? ¿O habrían dicho que se parecía a Orville Redenbacher o al tío abuelo Samuel?

Espera que la gente asimile su sugerencia antes de continuar.

—¿Es un milagro religioso realmente inexplicable y divino? ¿O se trata de un encuentro fortuito de lo que nos han programado en la mente con lo que queremos ver?

Ante el grito ahogado de una de las monjas, el párroco de Houlton da un paso al frente.

—Bueno, señor Fletcher —dice el padre Reynolds—. Existen casos documentados de milagros religiosos que incluso la Santa Sede ha aprobado.

—¿Cómo la aparición de la Virgen María en un charco del metro de México hace unos años?

—No creo que eso haya sido aprobado aún.

—Vamos, padre —responde Ian, resoplando—. Si fuera la Virgen María y

quisiera aparecer en público, ¿escogería el brillo aceitoso de un andén de metro? ¿No puede usted aceptar que quizá esto no sea lo que le parece?

El párroco se toca el mentón con los dedos.

—Yo sí puedo —dice despacio—. ¿Y usted?

Ante las risitas disimuladas de la muchedumbre, Ian se da cuenta de que ha perdido la fuerza inicial. Maldita televisión en directo.

—Señoras y señores, me gustaría presentarles al doctor Irwin Nagel, del Campus Forrestal de la Universidad de Princeton. ¿Doctor?

—La madera está compuesta de varios tipos de células de xilema, así como de vasos que transportan materiales y refuerzan el tallo del árbol — explica el profesor—. El supuesto dibujo de aquí dentro es sólo un proceso natural de la xilema. Cuando el árbol envejece, las capas más internas dejan de transportar alimento y se obstruyen con resina, caucho y tanino, se endurecen y se oscurecen. La cara que vieron los McKinney en realidad es sólo una acumulación de depósitos en la madera más vieja del árbol.

Ian asiente cuando su productor se coloca a su lado.

—¿Qué te parece?

—No sé si se lo han tragado —susurra James—. Aunque me ha gustado lo del metro.

El doctor Nagel de repente levanta unas grandes tijeras de podar de aspecto peligroso.

—Bien, los McKinney me han dado permiso para hacer esto —dice mientras selecciona al azar una rama y la corta a trozos.

La pálida savia parece brotar y al poco rato quedan claramente marcadas las líneas de los anillos del árbol.

—Bueno. Esto se parece a Mickey Mouse.

Ian da un paso al frente.

—El profesor quiere decir que la aparición de la cara de Cristo es, literalmente, una casualidad de la naturaleza. Lo que ocurrió no es extraordinario para un árbol de este tamaño y esta edad.

Sin pensarlo, Ian coge un rotulador negro de su bolsillo y dibuja una forma en el interior expuesto del árbol.

—Roddy —le dice a un reportero conocido—. ¿Qué es esto?

—La luna —responde el hombre, entornando los ojos.

Ian señala al padre Reynolds.

—Un cuenco.

—Un semicírculo —dice el profesor Nagel.

Ian coloca el tapón en el rotulador, haciendo un clic audible.

—La percepción es muy poderosa. Yo digo que esto no es la cara de Jesús. Es mi opinión. Puede ser o no ser verdadera; no lo puedo demostrar, y tienen derecho a dudar de lo que les digo. Del mismo modo, cuando Bill McKinney y el padre Reynolds dicen que esto es la cara de Jesús, se trata sólo de otra opinión; una opinión que tampoco se puede demostrar. No importa si el papa está de acuerdo con ellos, o el presidente, o el mundo entero. Es sin duda lo que ven, pero puede o no ser un hecho. Y si no me creen a mí, ¿cómo pueden creerlos a ellos?

—¿Sabes? Aunque la mitad de las veces ni siquiera entiendo lo que dice, sigo pensando que es genial —comenta Millie—. Mira al sacerdote. Está casi de color lila.

Mariah se ríe.

—¿Podemos apagar la tele, mamá? ¿O es que ahora dan el programa de Jerry Springer?

—Muy graciosa. Es un poeta, Mariah. Escúchalo.

—Está utilizando el guión de otra persona —dice Mariah, mientras Ian Fletcher levanta una Biblia y empieza a leer con mucho sarcasmo.

—Pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, Elohim ha dicho: «No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis».

Faith entra en la sala en ese momento y se sienta en el sofá.

—Conozco ese poema.

Lo gracioso es que el verso bíblico también le suena a Mariah, aunque no puede entender por qué. Hace años que estudió la Biblia, y que ella sepa, Faith ni siquiera ha visto una. Ella y Colin pospusieron la educación religiosa de su hija indefinidamente, ya que ninguno de los dos podía considerarla sin sentirse hipócrita.

—Entonces la serpiente dijo a la mujer...

Faith murmura algo en voz baja. Temiéndose lo peor, Mariah cruza los

brazos.

—¿Qué has dicho, jovencita?

—No moriréis.

Cuando las palabras abandonan la boca de Faith, Ian Fletcher las repite por la tele, y luego coge una manzana del árbol de los McKinney para darle un mordisco grande y provocador. Entonces Mariah recuerda cuándo ha oído los versos de Fletcher con anterioridad: sólo unos días antes, cuando Faith estaba jugando en el columpio a altas horas de la madrugada, tarareándolos en voz baja. Sólo unos días antes, cuando Faith (que no ha ido nunca a una iglesia o a un templo en su corta vida, que no ha ido nunca ni a la escuela dominical ni a la hebrea) estaba cantando del Libro del Génesis como si de una canción para saltar a la comba se tratara.

Los hombres y las mujeres que trabajan en Pagan Productions en Los Ángeles se mantienen a una distancia prudencial de Ian Fletcher, asustados por sus arrebatos temperamentales, por su capacidad de manipular las palabras y por su instinto de supervivencia. Si el señor Fletcher no está en lo cierto sobre Dios, no quieren que les echen al infierno con él el Día del Juicio Final. Les pagan bien por respetar la intimidad de su jefe y por rechazar con firmeza las peticiones de entrevistas. Por este motivo, nadie ajeno a Pagan Productions sabe que Ian se marcha todos los martes por la mañana, sin decir adónde va.

Por supuesto, la gente que trabaja con él baraja mil hipótesis: tiene una cita permanente con una querida; asiste a un aquelarre; llama al papa que es, sin saberlo sus seguidores, un socio silencioso de Pagan Productions. A veces, como se hacen apuestas, los empleados más valientes han intentado seguir a Ian cuando desaparece en su *jeep* negro. Consigue perderlos a todos de vista serpenteando por la autopista de Los Angeles. Uno jura que lo siguió hasta el aeropuerto, pero nadie lo cree. Al fin y al cabo, ¿dónde se puede encontrar un vuelo de ida y vuelta para regresar a tiempo para editar la misma noche?

Hoy, martes por la mañana, cuando Ian empieza su programa antirrenacentista con la gente del Árbol de Jesús, una gran limusina negra se coloca al lado de la Winnebago. Ian está discutiendo con James y varios productores asociados sobre las reacciones de la prensa a sus recientes

comentarios.

—Me tengo que ir —dice Ian, aliviado al ver llegar el coche.

Tiene que gestionar bien el tiempo y hacer alguna concesión, porque esta semana sale de Maine y no de Los Angeles.

—¿Tienes que irte? —pregunta James—. ¿Adónde?

—A un sitio —responde Ian, encogiéndose de hombros—. Perdona, pensé que te había dicho que hoy me iría más temprano.

—No me lo dijiste.

—Bueno, volveré esta noche. Podemos acabar entonces.

Coge su maletín y su chaqueta de piel y cierra de un portazo.

Exactamente dos horas y media más tarde cruza el umbral de un pequeño edificio de obra vista. Se mueve por los pasillos con la confianza de alguien que ya ha estado allí antes. Algunas de las personas con las que se cruza en su camino a la sala de juegos —equipada con mesas de roble, televisores y sofás de tela cretona— asienten. Ian se dirige a una mesa que está en una esquina, ocupada por un hombre. Aunque hace calor en la sala, Michael lleva un suéter de escote redondo con una camisa Oxford con cuello de botones. Sus manos revolotean sobre un montón de cartas, que va girando una a una.

—Reina de diamantes —murmura—. Seis de picas.

Ian se sienta en una silla a su lado.

—Hola —dice en voz baja.

—Rey de corazones. Dos de picas. Siete de corazones.

—¿Qué tal estás, Michael? —pregunta Ian, acercándose.

Los hombros de Michael se balancean de lado a lado.

—¡Seis de tréboles! —dice firmemente.

—Seis de tréboles, amigo —responde Ian, suspirando.

Se aleja un poco. Observa cómo giran las cartas una tras otra: roja, negra, roja, negra. Michael gira un as.

—¡Oh, no! —dice—. Un as.

—En la manga —termina Ian.

Por primera vez, Michael e Ian se miran a los ojos fugazmente.

—Un as en la manga —repite Michael, mientras se dispone a continuar contando cartas.

Ian se sienta en silencio hasta que ha pasado exactamente una hora desde

su llegada, no porque Michael haya advertido su presencia, sino porque sabe que Michael se daría cuenta si se marcha unos pocos minutos antes de lo estipulado por la rutina.

—Nos vemos la semana que viene, amigo —murmura Ian.

—Reina de tréboles. Ocho de corazones.

—Vale —dice Ian, tragando con fuerza.

Sale del edificio y empieza su viaje de vuelta a Maine.

Faith acaba de descubrir hace poco que si cierra mucho los ojos y luego los frota muy fuerte con la punta de los pulgares ve cosas: pequeñas estrellas y círculos de color azul verdoso que se imagina que son sus iris, como si hubiera algún espejo en sus párpados que hiciera que esta visión fuera posible. Y si tira de la punta de las pestañas, ve una ráfaga de rojo, el color que ella asocia a la ira. Lo ha hecho muchas veces, pero ayer, que empezó el colegio, las cosas no fueron muy bien. Willie Mercer le dijo que sólo los bebés llevan una fiambra de la Sirenita, y cuando le susurró algo a su guarda, intentando ignorarlo, Willie se rió y dijo que estaba loca de remate. Así que cerró los ojos para no verlo, y una cosa llevó a la otra, y antes de que se diera cuenta la enfermera de la escuela estaba llamando a casa para decir que Faith no dejaba de frotarse los ojos, que debía de ser conjuntivitis.

—¿Te duelen los ojos, Faith? —le pregunta ahora la doctora Keller.

—No, aunque todos piensan que sí.

—Sí, tu madre me ha contado lo que pasó ayer en el colegio.

Faith parpadea, mirando los fluorescentes con los ojos entornados.

—No estaba enferma.

—Vale.

—Me gusta hacerlo. Veo cosas. Inténtalo —la desafía, levantando el mentón.

Para su sorpresa, la doctora Keller se quita las gafas y se frota los ojos como hace ella.

—Puedo ver algo blanco. Parece la luna.

—Es el interior de tu ojo.

—¿De veras? —pregunta la doctora Keller, poniéndose las gafas de nuevo

—. ¿Estás segura?

—Bueno, no —reconoce Faith—. ¿Pero no crees que quizá los ojos ven lo que pasa incluso cuando los tienes cerrados?

—No veo por qué no. ¿Ves a tu amiga cuando tienes los ojos cerrados así?

A Faith no le gusta hablar de su guarda, pero la doctora Keller se ha quitado las gafas y se ha frotado los ojos, y Faith no se lo hubiera imaginado nunca.

—A veces —dice Faith tan bajito como puede.

La doctora Keller la mira atentamente, algo que casi nadie se molesta en hacer. Normalmente cuando Faith habla, su madre sólo dice «¿Ah, sí?» y «¿De veras?», pero en realidad está pensando en mil cosas distintas mientras Faith intenta contarle algo. Y la señora Grenaldi, su profesora, nunca mira a nadie a los ojos. Sólo mira por encima de las cabezas de los niños, como si todos tuvieran piojos trepando por el pelo.

—¿Hace mucho que conoces a tu amiga?

—¿Qué amiga? —pregunta Faith, aunque sabe que no puede burlar a la doctora Keller.

La psiquiatra se inclina hacia adelante.

—¿Tienes otros amigos, Faith?

—Sí, claro. Juego con Elsa y Sarah y con Gary, cuando mi madre me obliga, pero Gary se limpia los mocos en mi ropa cuando piensa que no lo veo.

—Me refiero a otros amigos como tu guarda.

—No —responde Faith, pensativa—. No conozco a nadie más como ella.

—¿Está aquí con nosotras ahora?

—No —dice Faith, mirando alrededor, incómoda.

—¿Habla contigo tu guarda?

—Sí.

—¿Te dice alguna vez cosas que te asustan?

—No, me hace sentir mejor —responde Faith, moviendo la cabeza.

—¿Te toca?

—A veces —explica Faith, cerrando los ojos y frotándoselos con los pulgares—. Me sacude por la noche para despertarme. Y me abraza mucho.

—Eso suena muy bien —dice la doctora Keller—. Seguro que eso te gusta.

Avergonzada, Faith asiente.

—Dice que soy a quien más quiere.

—Pero ¿es sólo amiga tuya? ¿No es amiga de nadie más?

—Oh, no —dice Faith—. Tiene muchos amigos más, pero ahora no los ve tanto. Le pasa lo mismo que a mí. Yo antes iba siempre a casa de Brianna, pero ahora va a otro colegio y no puedo jugar tanto con ella.

—¿Te cuenta cosas tu guarda sobre sus otros amigos?

Faith repite algunos nombres.

—Jugó con ellos hace mucho tiempo, pero ahora ya no.

La doctora Keller está muy callada. Es raro; normalmente hace preguntas, preguntas y más preguntas, hasta que Faith quiere taparse los oídos. La niña observa las manos de la doctora, que tiemblan un poquito, como temblaban las de su madre cuando se tomaba las pastillas.

—Faith —dice finalmente la doctora Keller—. ¿Es...? ¿Te gusta...?

Respira profundamente y continúa.

—¿Has rezado alguna vez para tener una amiga así?

Faith arruga la nariz.

—¿Qué es rezar?

Por la luz de sus ojos, Mariah sabe que la doctora Keller está a punto de conseguir que Faith mejore sustancialmente, o quizá ya lo haya hecho; es difícil decirlo, porque Faith está jugando tranquilamente al otro lado de la ventana de observación. La doctora Keller se sienta en la mesa e invita a Mariah a hacer lo mismo.

—Hoy Faith me ha mencionado algunos nombres: Herman Joseph, de Steinfeld. Elizabeth, de Schonau. Juliana Falconieri —comenta la doctora Keller, mirando a Mariah.

—Creo que no conocemos a ningún Herman. ¿Y esta Schonau cerca de aquí? —pregunta Mariah, encogiéndose de hombros.

—No, señora White —dice en voz baja la doctora Keller—. No lo está.

Mariah se ríe, nerviosa.

—Bueno, quizá se invente los nombres. Quiero decir que si ha conseguido crear una amiga imaginaria...

Deja que su voz se apague y siente cómo empiezan a sudarle las manos, aunque no sabe por qué está nerviosa.

La doctora Keller se frota las sienes.

—Son nombres muy complicados para que una niña de siete años se los invente de manera espontánea. Además, no se los ha inventado. Son, fueron, personas que existieron.

—Quizá sea algo que estén aprendiendo en clase. El año pasado Faith era una experta en la selva tropical —explica Mariah, aún más confundida.

—¿Va a un colegio religioso?

—Oh, no. No somos católicos.

Mariah sonríe vacilante.

—¿Por qué?

La doctora Keller se sienta en el borde de su escritorio, delante de Mariah.

—Antes de casarme y de trabajar como psiquiatra me llamaba Mary Margaret O’Sullivan de Evanston, Illinois. Recibía la comunión todos los domingos, me organizaron una gran fiesta para mi confirmación y fui a una escuela religiosa hasta que me aceptaron en Yale. En mi colegio aprendí sobre Herman Joseph, Elizabeth y Juliana. Son santos católicos, señora White.

Mariah está estupefacta.

—¿Y? —pregunta porque no sabe qué más le dirá.

La doctora Keller empieza a caminar de un lado a otro de la habitación.

—No creo que hayamos estado escuchando a Faith con atención. Su *guarda*... las palabras... se parecen.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que su hija ve a Dios —dice rotundamente la doctora Keller.

Tres

*El espíritu vive en sí mismo, y en sí mismo
puede hacer un cielo del infierno, o un
infierno del cielo.*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

20 de septiembre de 1999

En Greenhaven había una mujer que creía que la Virgen María vivía en su oreja.

—Mejor —nos decía—. Así me susurra profecías.

A veces invitaba a las enfermeras y a los médicos y a los otros pacientes a mirar. Cuando me tocó a mí, me acerqué tanto que por un segundo noté el pulso de una de las membranas rosas internas.

—¿La has visto? —me preguntó.

Y yo asentí, sin saber muy bien quién de nosotras parecía más loca.

Faith ha pasado tantos días en el colegio como en casa, y hace dos semanas que no adelanto mis casas de muñecas. Pasamos más tiempo en el hospital que en casa. Ahora, gracias a una resonancia magnética, a un escáner TC y a una serie de análisis de sangre, sabemos que Faith no tiene un tumor cerebral ni un problema de tiroides. La doctora Keller ha consultado con sus compañeros el caso de Faith.

—Por un lado, casi todas las alucinaciones psicóticas de los adultos están relacionadas con la religión, el gobierno o el demonio —me ha explicado—. Por otro, Faith se comporta de una manera totalmente normal, y no muestra ningún indicio de comportamiento psicótico.

Quiere darle a Faith Risperdal, un fármaco antipsicótico. Si su amiga imaginaria desaparece, se habrá encontrado la solución. Y si no lo hace, bueno, ya desaparecerá cuando la encontremos, si conseguimos encontrarla.

Faith no puede estar hablando con Dios, lo sé, pero al momento siguiente me pregunto «¿Por qué no?». Han ocurrido cosas sin precedentes con anterioridad. Además, una buena madre defendería a su hija, por muy extraña que fuera la historia. Sin embargo, si empiezo a decir que Faith ve a Dios y que no está loca, todos pensarán que la loca soy yo. Otra vez.

Para darle a Faith el medicamento tengo que machacar la pastilla con la mano de mortero y mezclarla con pudín de chocolate para enmascarar el sabor. La doctora Keller dice que los antipsicóticos funcionan rápido y que, a diferencia del Prozac y el Zoloft, con el Risperdal no tenemos que esperar ocho semanas para ver el efecto. Mientras tanto, tenemos que esperar y ver qué ocurre.

Faith está durmiendo, acurrucada de lado debajo de su edredón de la Sirenita. Parece una niña normal y corriente. Debe de saber que estoy aquí, porque se despereza, se vuelve y abre los ojos. Están vidriosos por el Risperdal. Siempre se ha parecido a Colin, tiene sus rasgos, pero ahora mismo se parece a mí.

Por un instante me remonto a los meses que pasé en Greenhaven y observaba cómo cerraban la puerta detrás de mí, luego oía cómo la cerraban con llave, sentía el pinchazo del sedante en el brazo y me preguntaba por qué Colin, un psiquiatra de emergencias e incluso un juez estaban hablando sobre mí, cuando yo tenía tantas cosas que decir.

Sinceramente, no sé qué sería peor en este caso: descubrir que Faith está mentalmente enferma o que no lo está.

—Dormir —repite Faith como un loro—. D-O-R-M-I-R.

—Excelente.

Con el segundo curso, ha llegado la ortografía.

—Guardar.

—G-U-A-R-D-A-R.

Coloco la lista sobre la mesa de la cocina.

—No te has equivocado ni una vez. Deberías ser *tú* la profesora.

—Podría serlo —dice con confianza—. Mi guarda dice que todos tenemos algo que enseñar.

Al oír eso, me quedo helada. Hacía dos días que Faith no mencionaba a su compañera imaginaria y estaba empezando a creer que el antipsicótico se merecía un reconocimiento.

—¿Cómo?

Me pregunto si puedo localizar a la doctora Keller en el busca, si dejará de darle el fármaco basándose en mis convincentes observaciones.

—¿Tu amiga aún anda por aquí?

Faith entorna los ojos, y me doy cuenta de que no ha estado hablando de su guarda por una razón muy importante: sabe que la ha metido en líos.

—¿Por qué quieres saberlo?

Pienso que la respuesta de la doctora Keller sería: «Porque quiero ayudarte». Y luego pienso que la de mi madre sería: «Porque si es importante para ti, quiero conocerla». Pero para gran sorpresa mía, las palabras que me salen de la boca son sólo mías.

—Porque te quiero.

La respuesta parece sorprender a Faith tanto como a mí.

—Ah, vale.

Alargo las manos para coger las suyas.

—Faith, hay algo que quiero contarte.

La niña abre los ojos sorprendida, expectante.

—Hace mucho tiempo, antes de que nacieras, estuve triste por algo. En vez de contarle a la gente cómo me sentía, empecé a actuar de un modo distinto. Como una loca. Hice algo que asustó a mucha gente y por culpa de eso me mandaron a un sitio en el que realmente no quería estar.

—¿Te refieres a una especie de... cárcel?

—Sí, más o menos. Ahora no importa. Quiero que sepas que no está mal estar triste. Lo entiendo. No tienes que comportarte de otra manera para que

entienda que estás triste.

A Faith le tiembla el mentón.

—No estoy triste. No me comporto de otra manera.

—Bueno, no siempre habías tenido a esa guarda.

Las lágrimas que se habían estado formando en sus ojos se derraman.

—Crees que me la he inventado, ¿verdad? Como la doctora Keller y los niños del colegio y la señora Grenaldi. Crees que lo estoy haciendo para llamar la atención.

De repente, se detiene con un suspiro profundo.

—¿Y ahora tendré que ir a esa cárcel por ello?

—No —insisto, abrazándola—. No irás a ningún sitio. Y no estoy diciendo que te la hayas inventado, Faith; no estoy diciendo eso. Sólo quería contarte que una vez estuve tan triste que mi mente me hizo creer algo que no era cierto; eso es lo único que estoy diciendo.

Faith hunde la cara en mi hombro mientras mueve la cabeza.

—Es real. *De verdad.*

Cierro los ojos y me paso el pulgar por el puente de la nariz para alejar el dolor de cabeza. Bueno, paciencia. Me levanto y cojo una fuente, la de las galletas que le he dado esa tarde. Cuando me dirijo a la cocina, Faith tira de mi camisa.

—Quiere decirte algo.

—¿De veras?

—Sabe lo de *Priscilla* y te perdona.

La fuente que tengo en las manos se cae al suelo.

Cuando tenía ocho años, tenía tantas ganas de tener una mascota que empecé a recoger distintos animalitos (ranas, tortugas e incluso, una vez, una ardilla roja) y los metía en casa a escondidas. Fue la tortuga caminando sobre la encimera de la cocina quien finalmente cambió la suerte. Ante la posibilidad de coger salmonela, mi madre llegó a casa un día con una gatita, que sería mía si prometía liberar a las otras criaturas.

Llamé a la gatita *Priscilla*, porque era el nombre de la princesa protagonista del libro que estaba leyendo esa semana. Dormía conmigo sobre

mi almohada y colocaba su cola sobre mi ceja como si de un sombrero de castor se tratara. Le daba la leche de mis platos de cereales. La vestía con ropa y gorras de muñecas y calcetines de algodón.

Un día decidí que quería bañarla. Mi madre me había explicado que los gatos odian mojarse y que prefieren limpiarse a lametazos y no acercarse al agua. Sin embargo, también me había dicho que a *Priscilla* no le gustaría que la envolvieran en mantas y la pasearan en un cochecito de bebé de juguete, y se había equivocado. Así que una tarde soleada, cuando estaba jugando en el jardín trasero, llené un cubo con agua y llamé a la gata. Esperé hasta que mi madre se alejó lo suficiente y luego metí a *Priscilla* en el cubo.

Se resistió. Me arañó y se retorció, y aun así conseguí mantenerla en el agua, convencida de que sabía lo que le convenía. Le froté el pelaje con una pastilla de jabón que había robado del baño de mis padres. Le lavé a conciencia todas las zonas conflictivas de las que mi madre siempre me había hablado. De hecho, presté tanta atención que me olvidé de dejarla respirar.

Le conté a mi madre que *Priscilla* seguramente se había caído en el cubo, y como estaba llorando tanto me creyó. Sin embargo, durante años sentí esos huesos moviéndose bajo el flácido pelaje. A veces, mientras duermo, aún siento un pequeño peso en la palma de la mano al que me gusta acariciar.

Jamás he tenido otro gato. Y no se lo conté a nadie.

—Mariah —me dice mi madre, mirándome confusa—. ¿Por qué me lo cuentas precisamente ahora?

Miro hacia la habitación de invitados de mi madre, donde Laith está jugando con una caja de botones.

—¿Lo sabías?

—¿Si sabía el qué?

—Lo de *Priscilla*. Que la ahogué.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. Me acabo de enterar.

—¿Y papá?

Mi mente está calculando. Laith sólo tenía dos años cuando murió mi padre; ¿podría recordar algo con esa edad?

—Mariah, ¿te encuentras bien? —me pregunta mi madre, poniéndome la mano en el brazo.

—No, mamá, no. Estoy intentando entender cómo puede mi hija saber un secreto que jamás en mi vida he compartido con nadie. Estoy intentando entender si estoy sufriendo una crisis o si Laith se está volviendo loca o si...

Me callo, avergonzada de lo que estoy a punto de reconocer.

—¿O si qué?

Miro a mi madre y luego hacia el pasillo, donde se oye la voz de Faith. No es algo que pueda decir por las buenas, como otras madres fanfarronean de lo bien que sus hijos solucionan los problemas de matemáticas o nadan de espaldas. Hay que pensarlo. Se cruza un límite y se obliga a la persona que escucha a reaccionar.

—O si Faith está diciendo la verdad —susurro.

—¡Por el amor de Dios! —exclama mi madre, frunciendo el ceño—. Está claro que estás sufriendo una crisis.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan difícil de aceptar que quizá Faith esté hablando con Dios?

—Pregúntale a la madre de Moisés.

—¡No la crees! ¡No crees a tu nieta! —exclamo.

Mi madre mira hacia el pasillo para asegurarse de que Faith sigue ocupada.

—¿Podrías bajar la voz? —sisea—. No he dicho que no crea a Faith. Sólo me reservo la opinión.

—Pero creíste en mí. Me defendiste incluso cuando intenté suicidarme, cuando Colin y un juez y todo el personal de Greenhaven dijeron que tenían que internarme.

—Eso fue diferente. Fue un incidente aislado, y además era mi palabra contra la de Colin —explica Millie, levantando las manos—. La gente aún sigue matando en nombre de la religión, Mariah.

—¿Así que si estuviera viendo a Abraham Lincoln o a Cleopatra la cosa sería distinta? El concepto de Dios no es una palabrota, mamá.

—Podría serlo —dice mi madre.

23 de septiembre de 1999

En el correo de esa tarde recibo la factura de la luz, del teléfono y el divorcio.

El sobre parece oficial; está sellado con la dirección del palacio de justicia del condado de Grafton y lleno de documentos. Lo abro con el pulgar y me corto con el papel. Así, en seis semanas, se acaba mi matrimonio. Pienso en algunas tradiciones de otras partes del mundo que me han contado (los indios americanos dejan el zapato de un hombre fuera de un tipi; los árabes dicen «Me divorcio de ti» tres veces) y de repente no me parecen tan tontas. Intento imaginarme a Colin y su abogado de pie delante del juez, en una reunión de la que no sabía nada. Me pregunto si tengo que guardar el papel en la caja fuerte, al lado de mi licencia matrimonial y mi pasaporte, pero es difícil imaginar tantos años metidos en un trozo de papel tan pequeño.

De repente siento que el corazón no me cabe en el pecho. Durante años he hecho lo que Colin quería. Actué como las mujeres que en su día había observado desde lejos: llevando chaquetas de lana clásicas y vestidos con estampados, invitando a los hijos de sus compañeros a merendar y decorando con guirnaldas el mantel en Navidad. Me convertí en alguien de quien pudiera sentirse orgulloso. Era su *mujer*, y si ya no lo soy, no sé qué ser.

Intento imaginarme a Colin con su ropa de fútbol de la universidad. Intento verlo cogiéndome de la mano el día de nuestra boda. Lo intento pero no lo consigo, porque las imágenes son demasiado borrosas o demasiado distantes para hacer justicia al recuerdo. Quizá sea eso lo que ocurre con los desengaños amorosos. Quizá reescribes tu pasado para que las historias que te cuentas a ti misma se conviertan en una leyenda, para que no sucedan nunca los accidentes. Sin embargo, sólo tendré que mirar a Faith para saber que me estoy engañando a mí misma.

Echo las cartas sobre la mesa de la cocina con desdén. Lo peor de los finales es que sabes que luego te espera la abrumadora tarea de volver a empezar.

—Que Dios me ayude —digo, cubriéndome la cara con las manos.

Y me echo a llorar.

—Mamá —dice Faith, corriendo hacia la cocina—. ¡Hay un libro sobre mí!

Baila a mi alrededor mientras corto zanahorias para cenar.

—¿Podemos ir a buscarlo? ¿Podemos?

La miro, porque hace tiempo que no la veo tan animada. Al principio, el Risperdal la había atontado y se movía muy lentamente. Sin embargo, estos últimos días parece que su cuerpo se ha recuperado de los efectos secundarios.

—No lo sé. ¿Quién te ha hablado del libro?

—Mi guarda —responde mientras siento ese retortijón conocido en mi interior.

Faith coge el taburete que está debajo de la pizarra de borrado en seco donde me apunto las cosas y con suma concentración garabatea I. I. Soerbeh.

—Éste es el hombre que lo escribió. ¿Podemos ir?

Miro las zanahorias, extendidas como palitos de Mikado sobre el cortafiambres, y el pollo, desnudo y ruborizado por el pimentón, esperando sobre el horno. La biblioteca del pueblo está solo a diez minutos.

—Vale. Coge el carnet de la biblioteca.

Faith está tan emocionada que siento una punzada de culpabilidad, porque con esto quiero que vea que su mente le está jugando una mala pasada. Cuando compruebe que I. I. Soerbeh no existe quizá crea que tampoco existe su guarda.

Por supuesto, este autor no se encuentra en los archivos; ni en el catálogo de fichas informatizado de la biblioteca, ni tampoco en el viejo y polvoriento catálogo de la estantería.

—No lo sé, Faith. No creo que lo encontremos.

—En el colegio, la bibliotecaria dice que, como nuestro pueblo es pequeño, a veces tenemos que pedir libros prestados a las bibliotecas de otras escuelas. Y podemos hacerlo si rellenamos un papel. ¿Se lo podemos pedir a la bibliotecaria de aquí?

«Complácela», pienso. Dándole la mano, me acerco a la bibliotecaria infantil.

—Buscamos un libro escrito por I. I. Soerbeh.

—¿Es un libro infantil?

—Va sobre mí —asiente Faith.

—Bueno, supongo que has comprobado los catálogos. No es un autor que me suene... —dice la bibliotecaria, sonriendo.

De repente, se detiene, tocándose la barbilla.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré ocho dentro de diez meses y medio.

La bibliotecaria se agacha hasta llegar a la altura de Faith.

—¿Cómo sabes que existe ese libro?

—Alguien me mostró el nombre y lo escribí —responde Faith, lanzándome una mirada.

—Ah —dice la bibliotecaria, cogiendo un trozo de papel de su mesa—. Daba clases a niños de primero. Es normal que a esa edad se inviertan las letras.

Escribe el nombre del autor al revés.

—Bueno, creo que esto tiene más sentido.

Faith mira la palabra con los ojos entornados y la pronuncia.

—¿Qué significa HEBREOS?

—Creo que el libro que estás buscando está justo aquí —dice la bibliotecaria, sacando una Biblia de la estantería de los libros de referencia.

La abre por el libro de Hebreos, en el capítulo once, y le guiña el ojo.

—¡Sí! —se felicita Faith al ver las letras de su nombre—. ¡Va sobre mí!

Miro fijamente la página. Hay cuarenta versículos; todos sobre lo que ya se ha cumplido gracias a la fe, que es lo que significa el nombre de Faith.

Faith empieza a leer, atascándose con las palabras.

—Es pues la fe la sus... sus...

—Sustancia.

—La sustancia de las cosas que se esperan —repite—. La demostración de las cosas que no se ven.

Mientras continúa, cierro los ojos e intento encontrar una explicación válida. Faith puede haber visto el texto antes o puede haber visto su nombre entre otras palabras desconocidas, pero ni siquiera tenemos una Biblia en casa.

Siempre he envidiado a la gente que cree fervientemente en una religión, a la gente que puede enfrentarse a una tragedia rezando y sabiendo que todo irá

bien. Aunque no suene muy científico, está bien poder cargar las responsabilidades y el dolor sobre los hombros de otro que los tenga más anchos.

Si me hubieran preguntado hace un mes si creía en Dios, habría dicho que sí. Si me hubieran preguntado si quería que mi hija creciera con la misma creencia, habría dicho que sí. Sin embargo, no estaba dispuesta a enseñársela.

Yo no le había enseñado ese texto.

—Dile a tu Dios... —susurro—. Dile que creo.

Que yo sepa, antes de que ocurriera todo esto, Faith me había preguntado sólo una vez por Dios. Tenía cinco años y acababa de aprender la Jura de la Bandera en el colegio.

—Bajo Dios... —me recitaba, y luego se detuvo—. ¿Qué es Dios?

Dudé por un momento, intentando encontrar la manera de explicarlo sin mencionar las diferentes religiones o, en realidad, a Jesús.

—Bueno —dije, pensando en palabras que entendería—. Dios es como el ángel más grande de todos los ángeles. Él está arriba, en el cielo, viviendo en un lugar llamado paraíso. Y su trabajo es observarnos y asegurarse de que estamos bien.

—¿Es como un gran canguro? —preguntó Faith después de meditar un instante.

—Exactamente —respondí, relajada.

—Pero has dicho «él» —señaló Faith—. Y todas mis canguros han sido chicas.

Aunque me cuesta oír a la doctora Keller decir que Faith tiene alucinaciones psicóticas sobre Dios, aún me cuesta más encontrar una explicación alternativa. Estas cosas no les ocurren a las niñas pequeñas, me digo a mí misma durante una noche en blanco, hasta que me doy cuenta de que no tengo derecho a opinar de esa forma. Quizá se trate de una fase que se vive a los siete años, como buscar monstruos debajo de la cama o enamorarse de los Hanson. A la mañana siguiente dejó a Faith con mi madre y me voy en

coche hasta la biblioteca Baker de la escuela universitaria de Dartmouth. Allí hago algunas preguntas a la bibliotecaria sobre libros que traten las percepciones que tienen los niños de Dios y luego me dirijo hacia el oscuro laberinto de estanterías hasta que doy con el libro que me ha recomendado. Espero encontrarme un libro del doctor Spock o algún tratado de educación infantil, pero, sin embargo, me encuentro con el libro de Butler *Vidas de los santos*.

Decido abrirlo, imaginándome que podré reírme un rato antes de ir a buscar el libro del doctor Spock, pero antes de darme cuenta me he pasado el día entero leyendo sobre la joven Bernadette Soubirous de Lourdes, Francia, quien en 1858 habló con la Virgen María varias veces. Sobre la pequeña Juliana Falconieri, del siglo XIV, quien vio a Cristo y permitió que éste le diera unas guirnaldas de flores. Sobre otros niños visionarios en Fátima. Sobre muchos niños, algunos tan jóvenes como Faith, algunos igual de laicos, quienes sin embargo fueron elegidos.

Empiezo a garabatear apuntes en el cuaderno que guardo en mi bolso. De todos los visionarios de los siglos XIII, XIV e incluso XIX, los que vieron a una mujer describieron a la Virgen María con un manto azul. Los que vieron a alguien con un vestido blanco, sandalias y pelo largo y negro (los que lo llamaban Dios) se referían todos a un hombre.

Todos menos Faith.

—¿Qué tal ha ido todo? —susurro cuando regreso a casa de mi madre.

—Bien —dice ella en voz alta—. No está durmiendo.

—Me refiero a si ha estado... ya sabes... viendo cosas.

—Ah, ya. A Dios.

La empujo y me dirijo a la cocina, donde arranco un plátano, separándolo de sus hermanos, y empiezo a pelarlo.

—Sí, eso.

—Es sólo una fase. Ya lo verás —responde mi madre, encogiéndose de hombros.

Muerdo un trozo de plátano y me lo trago.

—¿Y si no lo es, mamá? —le pregunto, tragando con fuerza—. ¿Y si no se

le pasa nunca?

—La doctora Keller encontrará otro fármaco que funcione —responde mi madre, sonriendo con dulzura.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a... ¿y si es real?

—Mariah, ¿qué estás diciendo? —pregunta mi madre, dejando de limpiar la encimera.

—Ya ha ocurrido otras veces. Hubo otros niños que vieron... cosas. Y los sacerdotes católicos y el Papa o alguien lo autentificaron.

—Faith no es católica.

—Bueno, eso ya lo sé. Ya sé que nunca hemos sido religiosos, pero me pregunto si es algo que puedes escoger —explico, respirando profundamente—. No estoy segura de que tú, yo y una psiquiatra seamos las personas adecuadas para juzgarlo.

—¿Y quién debería hacerlo? —pregunta mi madre, poniendo los ojos en blanco de repente—. Oh, Mariah. No irás a llevarla a un sacerdote, ¿verdad?

—¿Por qué no? Ellos tienen experiencia con apariciones.

—Querrán una prueba; una estatua que lllore o algún parapléjico que se levante y empiece a caminar.

—Eso no es cierto. A veces creen en la fuerza de la palabra de una criatura.

—¿Y desde cuándo eres una experta en otras religiones que no sean la judía? —pregunta mi madre con una sonrisa burlona.

—Esto no tiene nada que ver con la religión.

—¿Ah, no? ¿Y con qué tiene que ver entonces?

—Con mí hija —digo con voz temblorosa mientras las lágrimas me brotan de los ojos—. Hay algo distinto en ella, mamá. Algo de lo que la gente empezará a susurrar y a señalar con el dedo. No es una marca de nacimiento que pueda esconder bajo un jersey de cuello alto y fingir que no está allí.

—¿Y cómo te va a ayudar hablar con un sacerdote?

No lo sé. No tengo ni idea de lo que estoy esperando (¿alguna especie de exorcismo? ¿alguna confirmación?). De repente, recuerdo con total claridad una imagen de hace unos años, cuando aguardaba en una esquina que el semáforo se pusiera en verde, segura de que todos podían ver mis cicatrices escondidas bajo las mangas, de que todos sabían que era sutil e

irrevocablemente distinta de los demás. No quiero que mi hija pase por eso.

—Sólo quiero que Faith vuelva a ser normal —digo.

—De acuerdo. Haz lo que tengas que hacer, pero quizá no deberías empezar por la iglesia —responde mi madre, mirándome directamente a los ojos.

Hurgando en su viejo fichero repleto de tarjetas, saca una de ellas. Está amarillenta y muy estropeada (o se ha utilizado mucho o hace largo tiempo que está olvidada).

—Es el rabino del pueblo. Tanto si quieres reconocerlo como si no, tu hija es judía.

El rabí Marvin Weissman.

—No sabía que fueras al templo.

—No voy —responde, encogiéndose de hombros—. Digamos que acabó en mis manos.

—Bien, lo llamaré a él primero, aunque no estoy segura de que vaya a creerme. En todos los libros que he leído hoy, no he encontrado a ningún judío con una visión religiosa —digo, metiéndome la tarjeta en el bolsillo.

—¿Y no crees que eso significa algo? —pregunta mi madre, rascando el borde de la encimera con la uña del pulgar.

Aunque he pasado por delante del templo de New Canaan muchas veces, nunca he entrado. Está oscuro y huele a humedad. Cristales de colores alargados y finos dispuestos en forma de *collage* flanquean las paredes a intervalos regulares, y un tablón de anuncios de una escuela hebrea está alegremente decorado con los nombres de los estudiantes. Faith se estremece y se acerca a mí.

—No me gusta este lugar. Es horripilante.

En el fondo, estoy de acuerdo con ella, pero le aprieto la mano.

—No es horripilante. Mira esas ventanas tan bonitas.

Faith mira las ventanas y vuelve a mirarme de nuevo.

—Sigue siendo horripilante.

Al otro extremo del pasillo se oyen unos pasos que se aproximan. Un hombre y una mujer dan largas zancadas por la entrada, sin dejar de discutir.

—¿Es que no puedes decir nada agradable? —grita la mujer—. ¿O es que siempre quieres salirte con la tuya para hacerme quedar como una idiota?

—¿Acaso crees que quiero hacerte enfadar? —ruge el hombre—. ¿Eh?

Sin percatarse de que Faith y yo estamos allí, recogen sus chaquetas, que están colgadas en una salita. Faith no puede dejar de mirar a la pareja.

—No hagas eso —le susurro—. Es de mala educación mirar fijamente a la gente.

Sin embargo, sigue mirándolos, con los ojos abiertos, tristes y extraños, como en trance. Me pregunto si está recordándonos a Colin y a mí, si las peleas que intentábamos amortiguar detrás de la puerta cerrada de la habitación conseguían llegar a sus oídos. La pareja sale por la puerta, con la ira uniéndolos palpablemente, como si estuvieran dando la mano con fuerza a su único hijo.

De repente aparece el rabí Weissman; lleva una camisa de cuadros y vaqueros. No es mayor que yo.

—Señora White. Faith. Siento llegar tarde. Tenía otra cita.

La pareja enfadada. ¿Estarían allí por algún tipo de terapia matrimonial? ¿Era eso lo que hacían las otras parejas cuando su matrimonio se estaba desmoronando?

Como sigo sin decir nada, me mira de manera burlona.

—¿Va todo bien?

—Sí —contesto asintiendo con la cabeza, aunque en realidad me ha pillado—. Es que esperaba encontrarme con un rabino con una barba larga y gris.

—Creo que ha visto *El violinista en el tejado* demasiadas veces. Lo que ve es lo que hay —dice, pasándose la mano por las mejillas, suaves y afeitadas.

Coloca un caramelo en la mano de Faith y le guiña el ojo.

—¿Por qué no pasamos al santuario?

El santuario. Sí, por favor.

La sala principal del templo tiene vigas altas y el techo acanalado, los bancos bien colocados, como si de dientes se tratara, y un púlpito cubierto con un rectángulo de terciopelo azul. El rabino se saca una cajita de lápices de colores del bolsillo de su camisa y se los da a Faith, con unas hojas de papel.

—Voy a enseñarle algo a tu madre. ¿Vale?

Faith asiente mientras saca los colores. El rabino me lleva a la parte trasera de la sala, desde donde podemos ver a Faith y también tener intimidad.

—Así que su hija habla con Dios.

Dicho tan directamente, me hace sonrojar.

—Eso creo, sí.

—¿Y por qué ha venido a verme?

¿Es que no era evidente?

—Bueno, solía ser judía. Quiero decir que me educaron de esa forma.

—¿Entonces se ha convertido?

—No. Digamos que dejé de practicar y luego me casé con un episcopalista.

—Sigue siendo judía —dice el rabino—. Puede ser una judía agnóstica o una judía no practicante, pero judía al fin y al cabo. Es como formar parte de una familia. Tienes que fastidiarla muchísimo para que te repudien.

—Mi madre dice que Faith también es judía. Técnicamente. Por eso estoy aquí.

—Y Faith habla con Dios.

Es la mínima expresión del movimiento, pero asiento con la cabeza.

—Señora White —dice el rabino—. ¿Y qué?

—¿Y qué?

—Muchos judíos hablan con Dios. El judaísmo asume una relación directa con Él. El tema no es si Faith habla con Dios... sino si Dios habla con Faith.

Le comento la cita del Génesis que Faith cantó como si de una canción infantil se tratara, lo del capítulo de la Biblia. Le cuento lo de mi gata ahogada, la historia que nadie más conocía. Cuando acabo, el rabí Weissman prosigue la conversación.

—¿Le ha dado Dios algún mensaje a su hija? ¿Alguna sugerencia para acabar con el mal en el mundo? —pregunta.

—No. Ella no le ha dicho nada por el estilo.

El rabino se detiene.

—¿Ella?

—Eso es lo que dice Faith.

—Me gustaría hablar con su hija —me dice el rabí Weissman.

Una media hora después de haber dejado al rabino con Faith en el santuario, viene a buscarme a la entrada del templo.

—Maimónides intentó explicar la «cara» de Dios —me dice como si estuviéramos en medio de una conversación—. No es una cara real porque eso haría que Dios no fuera mejor que un hombre. Es una presencia, una sensación de que Dios es consciente. Del mismo modo que Él nos crea a su propia imagen, nosotros también le creamos a nuestra propia imagen, para que tenga sentido en nuestras cabezas. Según el Midrash, hubo varios momentos en los que Dios se reveló con una forma. En uno de ellos, la travesía del mar Rojo, Dios apareció como un joven guerrero y héroe. En el Sinaí Dios apareció como un juez anciano. ¿Por qué se asemejaba Dios a un juez en el Sinaí y no en el mar Rojo? Porque en el mar Rojo la gente necesitaba a un héroe. Un anciano no hubiera encajado.

Me mira.

—Pero por supuesto, usted esto ya lo sabe.

—No. Es la primera vez que lo oigo.

—¿De veras? —me escudriña el rabí Weissman—. Le pedí a Faith que me dibujara al Dios que ve.

Me entrega una hoja de papel, pintada por un lado. Estoy segura de que no me impresionará, porque al fin y al cabo ya he visto cómo dibuja Faith a su amiga imaginaria. Sin embargo, esa imagen es distinta. Es una mujer vestida de blanco sentada en una silla, meciendo a diez bebés en sus brazos; bebés negros, blancos, rojos y amarillos. Aunque el dibujo es tosco, la cara de esa madre se parece bastante a la mía.

—¿Me está diciendo que cree que Dios se parece a mí? —le pregunto finalmente.

—Yo no digo nada, pero quizá la otra gente sí diga algo —responde el rabí Weissman, encogiéndose de hombros.

Vestido con un traje italiano impecable, el pelo bien peinado y esos modales tajantes, el doctor Grady de Vries, experto en esquizofrenia infantil, no parece el tipo de hombre que pueda pasarse casi tres horas sentado en el

suelo al lado de Faith, jugando con la Barbie calva. Sin embargo, he estado sentada delante de la ventana de observación viendo precisamente eso. Después de un rato, él y la doctora Keller entran por la puerta contigua a la oficina de la psiquiatra.

—Señora White —dice la doctora Keller—. El doctor De Vries quisiera hablar con usted.

—¿Quiere las buenas noticias o las malas? —me pregunta el doctor De Vries, sentándose en una silla delante de mí.

—Las buenas.

—No le daremos más Risperdal a Faith. Su hija no está psicótica. Llevo más de veinte años estudiando la psicosis en los niños. He publicado libros y artículos sobre el tema y me han llamado a juicio en calidad de experto. Bueno, supongo que ya me entiende. Faith es, en todos los sentidos menos en uno, una niña de siete años mentalmente sana y bastante feliz.

—¿Cuáles son las malas noticias?

El doctor De Vries se frota los ojos con el pulgar y el índice.

—Que Faith oye algo y habla con alguien. Sabe demasiadas cosas, y por su edad y su entorno no podemos atribuirlo a un producto de su imaginación. Sin embargo, no se trata de una enfermedad física y tampoco parece ser algo mental.

Mira a su colega.

—Con su permiso, le pediré a la doctora Keller que presente este caso la semana que viene en un simposio psiquiátrico, para ver si nuestros compañeros pueden darnos alguna respuesta.

Por el cristal de observación veo a Faith lanzar un muñeco al aire. Cuando toca el fluorescente, se ríe e intenta hacerlo de nuevo.

—No lo sé... no quiero que se convierta en una especie de mono de feria.

—No estará presente, señora White. Y el caso se expondrá de forma anónima.

—Si lo hacen, ¿descubrirán cuál es su problema?

Ambos especialistas intercambian una mirada.

—Eso esperamos, señora White —dice él—. Pero quizá se trate de algo que no podamos solucionar.

Cuatro

Hay más fe en una duda honesta que en la mitad de un credo.

ALFRED, LORD TENNYSON

27 de septiembre de 1999

Cuando a Allen McManus lo destinan a cubrir simposios, lo considera una oportunidad para poder dormir seis horas más. De vez en cuando se congregan suficientes médicos intelectualoides como para que merezca la pena mandar a un corresponsal de *The Boston Globe*. No importa que Allen McManus esté escribiendo obituarios casi siempre; acaban mandándolo a él. Es obvio que su jefe de redacción se percata de la conexión: la mayoría de esas horribles conferencias son lo suficientemente aburridas como para matar a alguien.

Allen se repantiga en una silla del final del auditorio. Ya ha escrito el nombre del simposio, que calcula es suficiente para llenar las dos líneas que le dedicarán al evento. Está a punto de taparse la cara con el sombrero para echarse una siesta cuando una joven atractiva que se dirige al podio despierta su curiosidad. Después de todo, y a pesar de su profesión, aún no está muerto. La mayoría de los ponentes de esos simposios son viejos asquerosos malhumorados que le recuerdan o a su padre o al cura de su infancia en Southie, quien solía golpearle en los nudillos cuando no estaba a la altura

como monaguillo. Se endereza, interesado por lo que lo rodea por primera vez ese día.

La mujer es esbelta y delgada, y se coloca el acicalado pelo detrás de las orejas mientras sitúa sus notas sobre el podio.

—Buenos días. Soy la doctora Mary Keller.

Allen observa cómo mira sus notas, vacilante.

—Señoras y señores, puesto que estoy a punto de presentar un tema poco ortodoxo, no leeré la presentación que tenía preparada —dice—. En vez de eso les contaré dos estudios de casos. El primero es una paciente corriente, de siete años, que su madre trajo a mi consulta en busca de tratamiento. El sujeto ha desarrollado una amiga imaginaria, una amiga a la que se llama su Dios. El segundo estudio de caso ocurrió hace unos treinta años.

La doctora Keller cuenta la historia de una niña que iba a un colegio privado religioso y a quien obligaban a arrodillarse durante horas y horas a modo de penitencia. Cuenta que un día esa niña de cinco años sintió como si algo se moviera a su lado, algo cálido y sólido, pero que al volverse no vio nada.

—La pregunta que les lanzo hoy es la siguiente —continúa la doctora Keller—. Si no existe ningún componente físico de delirio ni ningún marco diagnóstico en el que constatar que el comportamiento puede atribuirse a una enfermedad mental generalmente aceptada, ¿qué nos queda como diagnóstico?

Allen ve cómo los médicos de la fila que tiene delante se mueven sutilmente. «Madre mía —piensa, imaginándose lo que pretende—. Menudo suicidio; esta mujer va a acabar con su carrera profesional».

—Si la enfermedad física y mental quedan descartadas, ¿está en manos de un psiquiatra autenticar el comportamiento y decir que, posiblemente, el delirio sea en realidad una visión?

Lentamente, dirige una mirada al incrédulo público.

—La razón por la cual hago esta pregunta es porque sé seguro que al menos uno de los dos sujetos dice la verdad, por no decir los dos. Lo sé porque la niña que se arrodillaba en la capilla y sintió... algo indescriptible... era yo. Y porque treinta años más tarde, en mi propia oficina con otra niña como sujeto, lo he sentido de nuevo.

Allen McManus aparta la mirada de la doctora Keller, sale por la parte de

atrás del auditorio y llama a su editor.

En la puerta de embarque Colin observa cómo Jessica comprueba los billetes por enésima vez. Parece una ejecutiva que se dispone a viajar, con su traje hecho a medida y su maletín con el portátil; como Colin. Viéndolo, nadie diría que cuando termine la conferencia de ventas diez días más tarde se casará al estilo Las Vegas y celebrará su luna de miel durante una semana.

—¿Estás emocionado? —susurra, apoyándose sobre él—. Porque yo sí lo estoy.

—Yo... bueno, tengo que ir al lavabo.

Colin le sonrío y se dirige al servicio de caballeros. No sabe cómo se siente con respecto a su boda en Las Vegas. Con un juez de paz de poca monta, un imitador de Elvis dándoles una serenata y regateando ramos a cinco dólares, será considerablemente distinta de su boda con Mariah.

Ha sido idea de Jessica. Tenían que ir a Las Vegas de todas formas para la conferencia.

—Además —se había reído, frotándose el abdomen—. Imagínate las historias que podremos contar.

Ahora se pregunta si su matrimonio con Mariah se habría roto si se hubiera casado con ella en la capilla *Light of the Moon*, en Las Vegas, en vez de hacerlo en St Thomas, Virginia, con más pompa y solemnidad que en una boda real. Si hubiera estado dispuesto a bailar (¿cómo se llama el baile judío de las bodas? ¡la *hora*!) o a romper un vaso con los pies, si no hubiera creído que sólo él tenía razón, quizá sus diferencias no habrían sido insalvables. En realidad, Colín se culpa de lo que le ocurrió a su ex mujer. Le pidió que se doblegara tanto a sus deseos que acabó rompiéndose.

En vez de ir al servicio de caballeros, Colin se sienta en un cubículo de teléfono estrecho y llama a su antiguo hogar.

—Mariah —dice cuando ella responde.

Hay un momento de pausa.

—Colin.

Aunque intenta no hacerlo, puede notar el hilo de deleite que envuelve su voz. Le incomoda; siempre lo ha hecho. ¿Quién en su sano juicio quiere ser el

salvador de otra persona?

Colin presiona la frente contra la pared metálica de la cabina e intenta encontrar las palabras para lo que tiene que decir.

—¿Cómo está la espalda de Faith? —acaba preguntando.

—Mucho mejor. Ya lleva camisas.

—Me alegro.

Tras la siguiente pausa, de repente Colin recuerda lo incómoda que se siente Mariah con los silencios en una conversación. Siempre prefiere apresurarse a intervenir, a decir cualquier cosa, antes que soportar el silencio. Sin embargo, ahí está, con la boca cerrada, como conteniéndose de contar un secreto tanto como él.

—¿Estás bien? —pregunta ella finalmente.

—Sí. Me voy a Las Vegas a una conferencia.

—Oh —dice bajito, de manera inexpresiva.

Colin sabe lo que quiere decir con esa palabra: «¿Cómo puede ser que tu vida continúe?».

—Supongo que entonces quieres hablar con Faith —prosigue Mariah.

—¿Sería...? ¿Te importa?

—Eres su padre, Colin. Claro que no me importa.

Oye un ruido, y antes de que Colin pueda decirle nada más, Faith ya ha cogido el teléfono.

—Hola, papá.

—Hola, bomboncito.

Se enrolla el cable telefónico en el brazo, como si de una serpiente de metal se tratara.

—Quería decirte que voy a estar fuera algunas semanas.

—Siempre estás fuera.

Colin se da cuenta de que tiene razón. Debido a la cantidad de veces que tiene que viajar por su trabajo, sus recuerdos de Faith (y seguramente los que Faith tiene de él) casi siempre están relacionados con adioses o reencuentros.

—Pero siempre te echo de menos.

—Yo también —responde Faith, sorbiéndose la nariz y devolviéndole el teléfono a Mariah.

—Perdona —se disculpa Mariah—. Estos días está un poco imprevisible.

—Bueno, es normal.

—Sí.

—Es sólo una niña.

—Sí. Estoy segura de que se alegra de que la hayas llamado.

Colin se maravilla de lo extraños que suenan los dos: en otros tiempos las palabras de Mariah le habían avasallado; no paraba de hablar sobre los recibos de la tintorería y las reuniones del colegio y las rebajas de la tienda de comestibles; en realidad nunca la había escuchado, nunca se había fijado en esas palabras, hasta que un día se dio cuenta sorprendido de que estaba enterrado hasta el cuello con la arena de su matrimonio. Se pregunta cómo se puede pasar en un abrir y cerrar de ojos de hablar sin cesar, dejando caer palabras como si de calderilla se tratara, a eso, donde incluso la conversación más benevolente lo deja a uno seco.

—Bueno... ¿quieres algo más? —pregunta Mariah, dudando un breve momento antes de continuar—. ¿Querías hablar también conmigo?

Hay tantas cosas de las que hablar: la boda, cómo le va a Mariah y lo raro que es estar a kilómetros de distancia y aun así sentir como si pudiera ver lo que ocurre por una pared alta y gruesa.

—No, no quería nada más —contesta Colin.

29 de septiembre de 1999

Ian paga a tres personas sólo para que lean los periódicos de las principales ciudades de Estados Unidos y Europa. Todas las mañanas, a las ocho, esos ayudantes acuden a su oficina para informarle de dos eventos místicos dudosos. Dos semanas antes de su campaña antirrenacimiento, están reunidos en el reducido espacio de la Winnebago por la mañana.

—Veamos —dice Ian, mirando a David, su empleado más joven—. ¿Qué estás investigando?

—Una gallina de dos cabezas y una mujer de setenta y cinco años que ha dado a luz.

—Vamos, hombre —se mofa Ivonne—. El récord lo tiene la mujer esa de Florida.

—¿Tenéis algo mejor? —pregunta Ian, a quien tampoco le gusta demasiado la historia.

—Círculos misteriosos en los sembrados de Iowa.

—No quiero meterme en eso. Creer en Dios y en alienígenas son dos cosas completamente distintas. ¿Wanda?

—Existe una fuente de luz extraña en el fondo de un pozo de Montana.

—Serán restos de radiactividad. ¿Algo más?

—Bueno, sí. En Boston se celebró un simposio de psiquiatras bastante emocionante.

—Menudo oxímoron —dice Ian, sonriendo abiertamente.

—Sí, ya lo sé. Parece ser que una psiquiatra lanzó la idea de que si un delirio no se puede desmentir puede ser real.

—Esa mujer me gusta. ¿A qué delirio se refería exactamente?

—La psiquiatra tiene una paciente, una niña, y piensa que puede estar viendo a Dios.

—¿De veras? ¿Y quién es la niña? —pregunta Ian, sintiendo que su cuerpo empieza a hervir de emoción.

—No lo sé. Los psiquiatras no desvelan nombres en esos simposios. Sus pacientes sólo son «el sujeto».

»Pero te puedo proporcionar el nombre de la psiquiatra —responde Wanda, dándole a Ian un trozo de papel que se saca del bolsillo de sus vaqueros.

—La señora Mary Margaret Keller —lee Ian—. Así que no pudo desmentir un delirio, ¿eh? Seguro que ha hecho que unas cincuenta personas como ella examinen a la niña. Lo que necesita es alguien como yo.

Cuando llaman a la puerta, el rabí Weissman levanta los ojos de sus libros. Refunfuñando, se da cuenta de que son las diez. Toca otra sesión de terapia matrimonial con los Rothman.

Por un segundo considera la idea de fingir que no está allí. No hay nada que le moleste más que escuchar a los Rothman lanzándose insultos con una fuerza tan corrosiva que teme que lo alcancen a él también en el tiroteo. Entiende que un rabino tiene que intentar ayudar a los miembros de su

congregación, pero eso no es una terapia matrimonial, piensa, moviendo la cabeza. Eso es más bien una sesión de práctica de tiro al blanco.

Con un suspiro, el rabí Weissman fuerza una sonrisa y abre la puerta de su oficina; se sorprende al ver a Eve y Herb Rothman besándose en la entrada.

Se separan con un frenesí de disculpas incómodas. El rabí Weissman mira con incredulidad a la pareja cuando acercan sus sillones antes de sentarse. Ese hombre no puede ser el mismo que la semana pasada llamó a su mujer bruja maquinadora nacida para exprimirle el dinero ganado con el sudor de su frente. Esa mujer no puede ser la misma que la semana pasada dijo que la próxima vez que su marido regresara a casa oliendo a harén le cortarían su *miembro* a medianoche.

—¿Y bien? —dice, levantando una ceja inquisidora.

Los dedos de Eve aprietan los de su marido.

—Ya lo sé —dice con timidez—. ¿No es maravilloso?

—Es mejor que maravilloso —se entusiasma Herb—. No es que no lo apreciemos, rabino, pero Evie y yo ya no necesitamos sus servicios.

—Éste es el tipo de rechazo que me gusta. ¿Qué ha ocurrido? —pregunta el rabí Weissman, sonriendo.

—No ha sido algo en concreto —reconoce Eve—. Empecé a sentirme de otro modo.

—Yo también —dice Herb.

Si el rabino no recuerda mal, en la última reunión tuvo que separar a la pareja como si de dos boxeadores se tratara para evitar que se agredieran físicamente. Los Rothman hablan unos minutos más, le desean suerte al rabino y abandonan la oficina. El rabí Weissman los mira fijamente, meneando la cabeza. Sin duda, eso es obra de Dios. Incluso Él hubiera dicho que el matrimonio Rothman había llegado demasiado lejos para reconciliarse.

Estaba claro que no había sido algo que hubiera dicho *el rabino*; se habría acordado seguro de algo tan importante. Lo habría anotado en un *Post-it* o en su calendario, pero no había ningún apunte de la semana pasada en la agenda; nada de nada.

Sólo ve anotada la hora de la reunión, y debajo, a las once de la mañana, el nombre de la pequeña Faith White.

A medianoche Faith se levanta con los puños cerrados. Las manos le duelen bastante y lloriquea, como cuando Betsy Corcoran la desafió a agarrarse al asta de la bandera el día más frío del invierno pasado y la piel casi le quedó congelada y pegada al metal. Se da la vuelta y mete las manos debajo de la almohada, donde las sábanas aún están frías.

Sin embargo, eso tampoco la ayuda. Se mueve un poco más, preguntándose si debería levantarse y hacer pipí ahora que está despierta o quedarse sentada y esperar a que las manos dejen de dolerle. Aún no quiere acudir a su madre. Una vez se levantó a medianoche porque creía que sus pies tenían el tamaño de una sandía y sentía un hormigueo, pero su madre le dijo que sólo era un pequeño calambre, como si tuviera agujas en los pies, y que volviera a la cama. Sin embargo, Faith no vio ninguna aguja en el suelo ni clavada en la planta del pie.

Se da media vuelta otra vez y ve a su guarda sentada en el borde de la cama.

—Me duelen las manos —lloriquea mientras las levanta para que las inspeccione.

—Pronto dejarán de dolerte —responde su guarda, inclinándose para mirar.

Al oír eso, Faith se siente mejor. Es como cuando tiene fiebre y su madre le da las pastillitas que hacen que el dolor de cabeza desaparezca. Faith observa cómo su guarda le levanta la mano izquierda primero, y luego la derecha, y las besa justo en medio de la palma. Sus labios están tan calientes que Faith se sobresalta y las retira. Cuando las mira, lo puede ver: el beso de su guarda impreso sobre la piel en un círculo rojo. Creyendo que es pintalabios, Faith intenta borrarlo con el pulgar, pero no se va.

Su guarda dobla los dedos de Faith con cuidado, hasta cerrarle las manos en forma de puño. Faith se ríe; le gusta la idea de sujetar con fuerza un beso.

—¿Ves cuánto te quiero? —le dice su guarda.

Y Faith sonrío hasta que vuelve a dormirse.

30 de septiembre de 1999

A Ian le gustaría poder decir que es su sexto sentido por desvelar un engaño lo que lo lleva directamente a Faith White, pero no es verdad. Como cualquier otro experto en panificación, sabe que la mejor manera de mantenerse informado es no tener todos los huevos en una misma cesta; así que después de que la doctora Keller se niegue a entrevistarse con él, pone en marcha el plan B.

En media hora encuentra el almacén del hospital local y consigue un par de uniformes quirúrgicos limpios. Luego instruye a Ivonne con la información pertinente en diez minutos y la observa entrar por las puertas correderas de cristal del hospital, vestida para mezclarse con el entorno.

Regresa quince minutos más tarde, radiante.

—Fui directamente a la enfermera encargada de la programación de las resonancias y le dije que la doctora Keller no había recibido los informes de la paciente de siete años. Y va ella y dice: «¿Oh, Faith White?». Y lo consulta en el ordenador y me dice que los mandaron hace una semana. Faith White — repite Ivonne—. Así de sencillo.

Ian ya se ha puesto en marcha y está pasando el dedo por la larga lista de Whites de la guía telefónica. Saca su teléfono móvil del bolsillo y llama al primer nombre de la lista.

—Hola. ¿Puedo hablar con la madre de Faith? Oh. Disculpe.

Lo repite dos veces más, sin éxito, y luego le salta un contestador.

—Éste es el contestador de Colin, Mariah y Faith. Por favor, deja tu mensaje.

Ian rodea la dirección con un círculo y mira a sus empleados.

—Bingo.

New Canaan no es un pueblo fácil para circular. A excepción de la calle principal, que acaba en ambos extremos en la carretera 4, no hay demasiadas cosas que destaquen. El colegio, la comisaría, la peluquería, el hospital y el Donut King son como los centinelas que te comunican que estás en New Canaan. Sin embargo, hay que saber moverse por las estrechas callejuelas que hay entre los trigales o por los caminos sinuosos que suben por Bear Mountain

para encontrar las alquerías y las viejas casas de madera en las que viven los vecinos de New Canaan.

Los miembros de la Orden de la Gran Pasión se arremolinan en Donut King. Cansados e irritables por haber andado a campo traviesa desde Sedona, parecen más motivados a encontrar los servicios más cercanos que el nuevo Mesías, el objetivo que los ha llevado a New Canaan. El hermano Heywood, su líder, camina por la calle principal, observando un terreno que pertenece a una granja de vacas Holstein. New Canaan, piensa. La tierra de la leche y la miel. Sin embargo, a decir verdad, no tiene ni idea de si ha guiado a su rebaño al lugar correcto. El Mesías podría estar también en Nueva Inglaterra, Nueva York o New Brunswick. De su bolsillo, saca un montón de piedras con signos de escritura escandinava antigua y las tira al suelo, que está sucio. Cuando se agacha para tocar una de ellas con el pulgar, una ráfaga de grava y polvo casi lo asfixia.

La Winnebago que aparece por la esquina casi volando hace que el hermano Heywood tropiece y se caiga hacia atrás. Se levanta y se protege los ojos del sol, intentando leer el número de la matrícula; no es que quiera denunciarle, porque sigue una filosofía no intervencionista desde hace ya unos años, pero las viejas costumbres nunca mueren. Sin embargo, su mirada no se centra en la matrícula azul, sino en la llamativa bola de fuego que adorna la puerta trasera de la pequeña caravana.

El hermano Heywood mete de nuevo las piedras en su caftán y de su segundo bolsillo extrae rápidamente un par de prismáticos plegables.

—IAN FLETCHER —lee—. LABÚSQUEDA DE LA VERDAD.

Uno tendría que ser de otro planeta para no conocer el nombre de Ian Fletcher. Su cara aparece en una valla publicitaria justo a las afueras de Sedona, y su programa está en todas partes. En cierto modo, a Heywood le gustaría ser un teleateo, dispuesto a rebelarse contra el sistema y enfrentarse al público en nombre de la religión; sólo que las expectativas del hermano Heywood acerca del resultado final son considerablemente distintas de las de Ian Fletcher.

En cualquier caso, sabe a qué se dedica Fletcher, y ha oído hablar de su gira antievangélica por el país. Sólo se le ocurre un motivo para que Ian Fletcher esté en New Canaan, New Hampshire; quizá la orden no haya

caminado en balde después de todo. Tras asegurarse de que nadie lo ve, el hermano Heywood levanta los prismáticos y traza mentalmente el camino hacia una alquería blanca lejana, el lugar en el que la Winnebago se detiene finalmente.

Los jueves por la mañana Mariah ve la serie «Agnes de Dios», y por eso sale a comprar la comida más tarde. Cuando se dirige al colegio para recoger a Faith, el maletero está lleno de comida. Suena la campana, y Mariah se coloca donde siempre, al lado del gran arce que se encuentra en la zona de la clase de primero, pero Faith no aparece. Espera hasta que todos los niños hayan salido corriendo de la escuela y luego se dirige hacia la oficina de recepción del colegio.

Faith está acurrucada en el abultado sofá lila que se encuentra al lado de secretaría, llorando, con los leotardos rotos a la altura de las rodillas, la trenza despeinada y el pelo pegado a las mejillas empapadas de lágrimas. Esconde los puños en las mangas de la camisa. Se limpia la nariz con la tela de la manga.

—Mamá, no quiero volver al colegio.

Mariah siente cómo se le encoge el corazón.

—Pero si el colegio te encanta —dice, arrodillándose para tranquilizar a Faith y para evitar que la mirada curiosa de la secretaria del colegio recaiga sobre ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se burlan de mí. Dicen que estoy loca.

Loca. Llena de una justificada furia, Mariah rodea a su hija con el brazo.

—¿Por qué iban a decir eso?

—Porque me han oído hablar con... ella —responde Faith, levantando los hombros.

Mariah cierra los ojos y hace un llamamiento en silencio (¿a quién?) para solucionar la situación, y rápido. Le dice a Faith que se mantenga erguida y agarra su mano enfundada para llevársela del colegio.

—¿Sabes qué? Quizá mañana, sólo mañana, puedas quedarte en casa y no tengas que venir al colegio. Tú y yo podemos hacer cosas juntas todo el día.

—¿De verdad? —exclama Faith, levantando la mirada para mirar a su madre.

—A veces yo también tenía vacaciones especiales con la abuela —

responde Mariah, asintiendo.

Tensa la mandíbula cuando recuerda cómo lo llamaba su madre: el día de la enfermedad mental.

Cruzan las carreteras sinuosas de New Canaan en coche, y Faith empieza a contarle, desordenadamente, lo que ha ocurrido en el colegio. En la entrada de su casa, Mariah baja la ventanilla y recoge el correo, percatándose de la cantidad de coches que hay aparcados en la calle. «Serán excursionistas u observadores de aves que se dirigen al campo desde la carretera. Normalmente vienen aquí». Sigue conduciendo hacia su casa y ahora se da cuenta de la multitud que rodea la misma.

Hay camionetas y coches, y hasta una Winnebago grande pintada.

—¡Vaya! —dice Faith, maravillada—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé —responde Mariah firmemente.

Apaga el motor y baja del coche; hay una veintena de personas. Inmediatamente, los *flashes* se empiezan a disparar y comienzan a arrojarle preguntas como jabalinas.

—¿Está su hija en el coche? ¿Está Dios con ella? ¿Usted también ve a Dios?

Cuando la puerta de Faith se abre, las preguntas se detienen. Mariah observa cómo su hija sale del vehículo y se queda de pie, nerviosa, sobre el camino de tejas de pizarra que lleva a la casa. Hay una docena de hombres y mujeres con caftanes que inclinan la cabeza cuando Faith los mira. Detrás, un poco apartado, se distingue un hombre fumando un cigarro. A Mariah le suena la cara. Sorprendida, se da cuenta de que lo ha visto en la televisión; Ian Fletcher está apoyado en su manzano silvestre.

De repente, Mariah sabe exactamente lo que está sucediendo. De algún modo la gente se ha enterado de lo que le ocurre a Faith. Mareada, rodea a su hija por los hombros con el brazo y la guía hasta el porche. Entran en casa y cierra la puerta con llave.

—¿Por qué están aquí? —pregunta Faith, mirando por los cristales laterales de la puerta.

Su madre la aparta de golpe para que no puedan verla.

—Vete a tu cuarto y haz los deberes —le ordena Mariah, frotándose las sienes.

—No tengo.

—¡Pues invéntatelos! —la regaña Mariah.

Luego se dirige a la cocina y coge el teléfono, sintiendo cómo las lágrimas se agolpan en su garganta. Tiene que llamar a la policía, pero primero marca otro número. Cuando su madre responde después de dejar sonar el teléfono dos veces, Mariah suelta el primer sollozo.

—Ven, por favor —dice, colgando el auricular inmediatamente.

Se sienta delante de la encimera de la cocina, con las palmas abiertas sobre la fría formica. Cuenta hasta diez. Piensa en la leche, los melocotones y el brécol del maletero del coche; seguro que están empezando a estropearse.

Ian Fletcher es muy bueno haciendo su trabajo. Es implacable, está motivado y es resuelto. Por esta razón, mira fijamente a la niña, su siguiente sujeto, y la observa salir del coche.

Sin embargo, en seguida se concentra en la mujer que está al lado de Faith White. Su mirada temerosa, su elegancia inconsciente, ese gesto instintivo de proteger a su hija con el brazo; todo llama la atención de Ian. Es menuda y delgada, con el pelo de color oro. Lo lleva hacia atrás, lo que deja al descubierto su cara pálida y sin maquillaje; seguramente sea la cosa más natural y bonita que Ian haya visto desde su visita a las cataratas en América del Sur. No es clásicamente bonita, no es perfecta, pero de algún modo eso sólo hace que aún sea más interesante. Ian mueve la cabeza para concentrarse. Sale de fiesta con modelos y estrellas de la gran pantalla; no debería sentir atracción por una mujer con cara de ángel.

¿De ángel? El mero pensamiento es traicionero, ridículo. Es culpa de la maldita Winnebago, decide. Pasar la noche en una cama plegable de espuma, en vez de en un colchón de hotel de lujo, está empeorando su insomnio hasta el punto de que no puede pensar con claridad, hasta el punto de que cualquiera con un par de cromosomas X le resulta atractivo.

Ian se centra en Faith White, que camina bajo el brazo de su madre. Sin embargo, luego comete el error de mirar hacia arriba, y se encuentra con la mirada de Mariah White. Fría, verde, enfadada. «Que empiece la batalla», piensa Ian, poco dispuesto e incapaz de apartar la mirada hasta que ella cierra

la puerta con fuerza.

—Díganme algo, que no sea la existencia de Dios, en lo que creamos ciegamente —desafía Ian, levantando la voz como si de un llamamiento a las armas se tratara, ante un grupito de gente que se ha reunido para escuchar.

Al saberse de la presencia de Ian, aún han llegado más mirones, además de varios miembros de la prensa.

—¡No hay nada! ¡Nada de nada! Ni siquiera el sol que sale todos los días. Sé que estará allí, pero es algo que puedo demostrar científicamente —continúa, apoyándose en la baranda de una plataforma de madera erguida precipitadamente al lado de la Winnebago para los instantes mediáticos de ese tipo—. ¿Acaso puedo demostrar que Dios está aquí? No.

Observa a la gente por el rabillo del ojo; está susurrando e incluso quizá se esté preguntando qué lo ha empujado a ir a ver a esa milagrosa Faith White.

—¿Saben qué es la fe? ¿Qué es la religión? —pregunta, mirando fijamente a los miembros vestidos de color escarlata de la Orden de la Gran Pasión, reunidos todos en un mismo punto, con el ceño fruncido—. Es una *secta*. ¿Cómo accedemos a la religión? Nuestros padres nos lavan el cerebro cuando tenemos cuatro o cinco años y somos más receptivos a ideas fantásticas. Nos dicen que tenemos que creer en Dios, y lo hacemos.

Ian levanta una mano en dirección a la alquería de los White.

—¿Y ahora la palabra de una niña que, permítanme que les diga, está justo en la edad de creer en hadas, duendes y el conejo de Pascua, les basta y los convence? —dice, dirigiéndose a la muchedumbre con una mirada premeditada—. Se lo volveré a preguntar: ¿en qué más creemos ciegamente?

Ante el profundo silencio, Ian sonrío.

—Bien, pues dejen que los ayude. La última cosa en la que creyeron con una convicción absoluta e impertérrita fue... Papá Noel —concluye, levantando las cejas—. Por muy imposible que pareciera, por muchas pruebas que demostraran lo contrario, cuando eran niños querían creérselo y se lo creyeron. Aunque la comparación parezca un poco rudimentaria, no es tan distinto de creer en la existencia de Dios. Ambos nos ayudan si nos hemos portado bien y trabajan sin ser vistos. Ambos dependen en gran medida de la

ayuda de criaturas míticas, duendes en un caso y ángeles en el otro.

Ian centra la mirada en uno de los miembros de la secta, en un reportero local y en una madre que abraza a un niño.

—¿Y por qué no creen en Papá Noel hoy? Porque crecieron y se dieron cuenta de que era imposible. Papá Noel pasó de ser un hecho a ser una historia realmente buena, una de esas historias que hay que transmitir a los hijos. Como la historia de Dios que sus padres les contaron cuando eran niños —explica, dudando luego un instante, para que el silencio se haga más denso antes de proseguir—. ¿Es que no pueden ver que Dios también es un mito?

Millie Epstein cierra la puerta de su coche bruscamente. Parece que la preciosa alquería antigua de Mariah está infestada de lunáticos. Al menos hay veinte personas arremolinándose en la entrada, algunas de ellas suficientemente descaradas como para pisotear el césped que bordea el porche. Entre el grupo distingue un puñado de personas que lleva unos camiones rojos raros, unos cuantos curiosos del pueblo y dos camionetas con letras brillantes a ambos lados que indican que son de la televisión y sus correspondientes reporteros. Millie los aparta de su camino hasta llegar al porche, donde encuentra al jefe de policía.

—Thomas —le dice—. ¿Qué clase de circo es éste?

—Acabo de llegar, señora Epstein. Parece ser, según los reporteros que hay allí, que hay un grupo que dice que su nieta es Jesús o algo así. Y luego hay otro tío que dice que no sólo Faith no es Jesús, sino que Jesús no existe — responde el jefe de policía, encogiéndose de hombros.

—¿Podemos hacer que salgan del césped de Mariah?

—Estaba a punto de dar la orden —reconoce—. Pero sólo puedo apartarlos hasta la carretera. Es un lugar público.

Millie contempla al grupo.

—¿Podemos hablar con Faith? —grita un reportero—. ¡Que salga!

—¡Sí!

—¡Que salga también su madre!

Los gritos aumentan y, horrorizada, Millie no puede hacer más que escuchar. Luego cruza los brazos a la altura del pecho y mira fijamente a la

muchedumbre.

—Esto es propiedad privada. No deberían estar aquí. Y están hablando de una niña. Una *niña*. ¿De veras van a creer a una niña de siete años?

De la primera fila de la muchedumbre surge el sonido de alguien que aplaude, lenta y deliberadamente.

—La felicito, señora —dice Ian Fletcher, alargando las palabras—. Acaba de pronunciar una afirmación racional en medio de un torbellino. Sorprendente.

Aparece en el campo visual de Millie y continúa caminando hacia adelante hasta que ella se da cuenta de que es Ian Fletcher, el del programa de televisión, pero por muy guapo que sea y por muy meliflua que sea su voz, sabe que cometió un terrible error al juzgarlo atractivo en su día. Millie ha sacudido a la muchedumbre con un atisbo de duda, para que tenga algo de lo que alimentarse que no sea su nieta. Sin embargo, ese hombre... ese hombre disipa las dudas para que todos coman de la palma de su mano.

—Le sugiero que se vaya —dice Millie firmemente—. Mi nieta no es de su incumbencia.

Ian Fletcher le dedica una sonrisa.

—¡No me diga! ¿Así que no cree a su propia nieta? Supongo que sabe que una niña que dice que habla con Dios es únicamente eso... una niña que dice que habla con Dios. No existen ni florituras ni milagros. Aquí sólo hay un grupo de miembros serviles de una secta de muy escasa reputación; seguro que eso no es suficiente para ponerse histérico, ¿verdad?

Sus palabras recorren el cuerpo de Millie y la dejan paralizada en el porche.

—Señora, es usted una mujer de las que me gustan.

Millie entorna los ojos y abre la boca y luego, llevándose la mano al pecho, cae al suelo a los pies de Ian.

Mariah abre la puerta y se arrodilla ante su madre.

—¡Mamá! —grita, sacudiendo los débiles hombros de Millie—. ¡Llamen a una ambulancia!

Se disparan unos cuantos *flashes*. Ignorándolos, Mariah se inclina sobre

Millie, colocando la oreja cerca de la boca de su madre. No siente su aliento ni nota ningún movimiento revelador. Es su corazón, es su corazón; lo sabe. Sujeta con fuerza la mano de su madre, segura de que si la suelta, aunque sea un poquito, la perderá.

Al poco rato, llega la ruidosa ambulancia por la entrada, esparciendo gravilla y acercándose todo lo que puede, puesto que están las camionetas y camiones de los medios y la Winnebago. Los miembros del servicio de emergencias corren hacia las escaleras del porche. Uno aparta con cuidado a Mariah y el otro empieza a hacerle la resucitación cardiopulmonar.

—¡Oh, Dios mío! —susurra Mariah con un hilo de voz—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

«Oh, guarda. Guarda. Oh, mi guarda». En el escondite en el que ha estado acurrucada desde que ha salido de la casa, Faith mueve la cabeza. Su llamamiento se parece tanto al de su madre que por primera vez se da cuenta de lo que ha estado diciendo todo ese rato.

Ian observa cómo Mariah White discute con el personal del servicio de emergencias con lágrimas en los ojos, porque no permiten que Faith vaya con ellas en la ambulancia. El jefe de la policía intercede, prometiéndole que llevará a su hija al hospital en cuanto lleguen refuerzos para mantener a la gente fuera de su propiedad. Con las manos en los bolsillos, observa cómo desaparece ruidosamente la ambulancia.

—Buen trabajo —dice el productor ejecutivo de Ian, sobresaltándolo y tendiéndole las llaves de un coche—. Toma. Esta noche seguro que saldrá tu reportaje.

Por acosar a una anciana hasta que ha sufrido un paro cardíaco.

—Bueno —responde Ian—. ¿Qué más puedo pedir?

—¿A qué esperas?

—De acuerdo —reacciona Ian, cogiendo las llaves y cediendo rápidamente ante los deseos de James.

Busca el BMW del productor con la mirada. Ni siquiera se molesta en llamar al cámara, porque sabe que no les permitirán entrar en el hospital.

—¡Cuida bien de mi Winnebago! —le grita mientras se marcha corriendo.

En la sala de espera de emergencias mira la televisión; dan unos dibujos animados que se ven borrosos. No hay ni rastro de Mariah White. Faith llega diez minutos más tarde acompañada de un joven policía. Se sientan a unas cuantas filas de distancia, y de vez en cuando Faith se vuelve para mirar a Ian.

Es realmente desconcertante. Ian no suele tener remordimientos de conciencia y normalmente su trabajo no le deja tiempo para meditar. Al fin y al cabo, la gente a la que suele disgustar es rematadamente religiosa, de la Iglesia Bautista del Sur, a la que él mismo perteneció en su día; según Ian, esa gente está tan ocupada tragándose su dosis diaria de Jesús que necesita aparecer ahogándose con su santurronería de vez en cuando. Una vez una mujer se desmayó justo en medio de sus discursos en Central Park, pero eso no es exactamente lo mismo. Lo que le ha ocurrido a la abuela de Faith White, de la que ni siquiera sabe su nombre, en parte es por algo que ha dicho él, algo que ha hecho él.

«Es sólo una historia para tu programa —se dice a sí mismo—. No la conoces, y es tu programa».

El localizador del policía suena. Lo comprueba, luego se dirige a Faith y le pide que no se mueva. De camino a los teléfonos, el policía se detiene ante el mostrador de la enfermera de la recepción y le habla en voz baja, sin duda pidiéndole que vigile a la niña un segundo.

Cuando Faith se vuelve para mirarlo fijamente de nuevo, Ian cierra los ojos. Luego oye una vocecita.

—¿Señor? —le dice, de repente sentada a su lado.

—Hola —responde Ian después de un momento.

—¿Está muerta mi abuela?

—No lo sé —reconoce Ian.

Faith no contesta y, con curiosidad, Ian la mira. Está acurrucada contra el brazo de la silla, melancólica. No ve a alguien tocado por Dios, sino a una niña pequeña asustada.

—Bueno —dice incómodo, intentando aliviarla—. Seguro que te gustan las Spice Girls. Yo las *conocí*.

—¿Se ha caído mi abuela por su culpa? —pregunta Faith, ignorando su comentario.

—Creo que sí, Faith. Y lo siento mucho —responde Ian, sintiendo cómo se

le encoge el estómago.

—No me cae bien —concluye Faith, apartando la mirada.

—No voy a hacerte daño.

Espera que se vaya o que el policía la reclame, pero antes de que ocurra eso, Mariah White sale de emergencias, con los ojos rojos, buscándola. Su mirada encuentra a Faith y la niña salta de la silla para abrazar a su madre. Mariah mira fríamente a Ian.

—El policía... estaba... —explica Ian, tropezando con sus palabras y gesticulando hacia el pasillo.

—Apártese de mi hija —replica.

Rodeando a Faith con el brazo, desaparece por las puertas de vaivén de emergencias.

Ian observa cómo se van y luego se acerca a la enfermera de la recepción.

—Supongo que la madre de la señora White no ha sobrevivido...

—Supone bien —responde la enfermera sin levantar la vista del papeleo.

Lo que ocurre con la tragedia es que te golpea de repente, con toda la fuerza y la furia de un huracán. Mariah sujeta la mano de Faith con fuerza mientras están junto al cuerpo de su madre. El cubículo de emergencias está vacío, ya no hay personal médico; una amable enfermera ha retirado los tubos y las agujas del cuerpo de Millie para que la familia pueda despedirse de ella. Mariah ha decidido dejar entrar a Faith. No quiere hacerlo, pero sabe que es la única manera de que la pequeña la crea cuando le diga que su abuela ha muerto.

—¿Sabes qué significa que la abuela ha muerto? —dice Mariah con la voz entrecortada.

Antes de que Faith pueda responder, Mariah empieza a llorar. Se sienta en una silla al lado del cuerpo de su madre, cubriéndose la cara con las manos. No presta atención al chirrido que se oye al otro lado de la camilla. Cuando levanta la mirada, Faith ha conseguido arrastrar la otra silla plegable al lado de la camilla. Se pone de pie sobre la silla, presionando su mejilla sobre el pecho de Millie, con los brazos rodeando torpemente el cuerpo de su abuela.

Por un momento, Mariah siente cómo se le erizan los pelos de la nuca, y se

los toca con la palma de la mano. Sin embargo, no aparta la mirada ni un momento de Faith: ni cuando la niña se levanta apoyándose con los codos, ni cuando pone las manos a ambos lados de la cara de Millie y la besa en la boca, ni cuando los brazos de Millie se levantan rígidos, lentamente para abrazar a su nieta y recuperar su preciada vida.

Cinco

Un niño que contiene levemente el aliento y siente la vida en cada miembro, ¿qué puede saber de la muerte?

WILLIAM WORDSWORTH

30 de septiembre de 1999

Han pasado muchas horas desde que mi madre ha resucitado, pero aún no puedo dejar de temblar. Me siento en la sala de espera de emergencias mientras el mismo médico que había firmado su certificado de defunción ahora la somete a una batería de exámenes y confirma con cautela que está sana. Coloco las manos debajo de los muslos y finjo que es totalmente normal que una mujer que había ingresado cadáver ahora camine por los pasillos del hospital.

El médico quiere que mi madre pase la noche en el hospital bajo observación.

—De ninguna manera —insiste ella—. Corro y salto, y no me cuesta nada. Ojalá siempre estuviera así de sana.

—Mamá, no creo que sea tan mala idea. Has tenido un paro cardíaco.

—Estaba *muerta* —subraya el médico—. En la facultad de medicina había gente que contaba historias de cadáveres que se levantaban en el depósito

cuando se disponían a cerrar la cremallera de sus bolsas. Siempre había querido vivir una experiencia así.

Cuando mi madre y yo intercambiamos una mirada, se aclara la garganta.

—Queremos hacerle un cardiograma, una tomografía computarizada, otras pruebas varias y comprobar su medicación para el corazón.

—Para asegurarse de que no soy un vegetal, vamos —responde mi madre, resoplando.

—Para asegurarme de que no tenga una recaída —la corrige el médico—. Deje que llame a una enfermera para que la lleve en una silla de ruedas a planta.

—Muchas gracias, pero puedo caminar —dice mi madre, levantándose con un brinco.

El médico se dispone a marcharse, aún moviendo la cabeza. Me apresuro y le toco la manga, indicándole que quiero hablar con él fuera del cubículo.

—¿Está bien de verdad? ¿No tendrá algo mal en el sistema nervioso o algo así, y acabará comatosa en una hora?

—No se lo puedo decir —reconoce el médico, mirándome con aire pensativo—. He visto a pacientes en el quirófano con un paro cardíaco escupir y volver en sí, a gente en coma durante unos meses despertarse y empezar a caminar como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, le aseguro que su madre estaba clínicamente muerta, señora White. Los del servicio de emergencias lo constataron en su informe; qué narices, yo mismo lo constaté en mi informe. No sé si se trata de una recuperación temporal porque no he visto nada igual en mi vida.

—Entiendo —le digo, aunque no entiendo nada.

—Su corazón no presenta ninguna lesión. Por supuesto, queremos hacerle más pruebas, pero ahora mismo parece tan fuerte como el de un adolescente. No lo puedo explicar, señora White, así que ni siquiera lo intentaré —concluye, tocándome el brazo.

—¿Vas a parar de una vez? —dice mi madre, apartando el brazo de apoyo que le ofrezco—. Estoy bien.

Sale de emergencias, delante de mí y de Faith. La enfermera de la

recepción se santigua. Al miembro del servicio de emergencias que había conducido la ambulancia, que ahora está cotilleando con la enfermera mientras se toma un bollo, se le cae el vaso de polietileno lleno de café al suelo.

—Perdone —dice mi madre, deteniendo a una interna—. ¿Dónde están los ascensores?

La mujer señala en una dirección y mi madre me mira de nuevo.

—¿Y bien? ¿Vas a quedarte ahí como un pasmarote?

Al dirigirse a la entrada, pasa justo por delante de Ian Fletcher, que nos mira con tal incredulidad que, por primera vez durante horas, me río.

Mientras hurgan y pinchan a mi madre, Faith y yo nos sentamos en la sala de espera de planta. Faith está pálida y parece cansada; tiene unas ojeras enormes y moradas. No me percató de que he hecho la pregunta en voz alta hasta que levanta la carita.

—Hice lo que querías —me susurra.

—Tú no has tenido nada que ver con la mejoría de la abuela, ¿vale? —respondo, tragando saliva con fuerza.

—Se lo pediste —murmura Faith—. Te oí.

—¿Se lo pedí *a quién*?

—A Dios. Dijiste: «Oh, Dios. Dios. Oh, Dios mío» —responde Faith, frotándose la nariz en el hombro de la camisa—. Y ella te oyó. Me dijo lo que tenía que hacer para que te sintieras mejor.

Inclino la cabeza y miro fijamente las zapatillas de mi hija. Una está desabrochada, con los cordones colgando sobre la tela del calzado, como los de cualquier otro niño. Sin embargo, mi hija habla con Dios. Parece ser que mi hija acaba de hacer un milagro.

Lucho contra el impulso de romper a llorar. Todo esto es sólo una pesadilla y antes de que me dé cuenta Colin me sacudirá y me dirá que me dé media vuelta y continúe durmiendo. Se supone que los niños deben ir al colegio, jugar en los columpios y pelarse las rodillas. Lo que me está pasando solo ocurre en las películas de la tele, en las novelas; no es lo de todos los días, lo de una vida normal y corriente.

—¿Qué es esto? —pregunto, al frotar distraídamente con el pulgar un callo

que Faith tiene en la palma de la mano.

—Es de las barras del patio —responde Faith, escondiendo las manos en su regazo.

—No es de... —empiezo a preguntarle, pensando cómo puedo plantearle la cuestión—. No es de tocar a la abuela, ¿verdad? ¿Te dolió?

—No. Fue como bajar por una montaña rusa —responde Faith, moviendo la cabeza y mirándome confundida—. Mamá, ¿no querías que la abuela estuviera bien?

La rodeo con mis brazos, deseando que pudiera volver a mi interior para protegerla de lo que sin duda le aguarda.

—Oh, Faith. Claro que lo quería. Claro que *quiero*. Es sólo que me asusta un poco que hayas podido hacerlo.

Le acaricio el pelo y los hombros.

—A mí también me asusta un poco —susurra Faith.

Mujer muerta resucita

1 de octubre de 1999, New Canaan, N. H. Ayer, aproximadamente a las 15.34 h., Mildred Epstein murió. A las 16.45 h. se levantó y preguntó qué estaba haciendo en el hospital.

Epstein, de cincuenta y seis años, había ido a visitar a su hija en New Canaan cuando, según los testigos, se llevó la mano al pecho y cayó al suelo. Los miembros del servicio de emergencias que acudieron al lugar de los hechos le hicieron la resucitación cardiopulmonar durante más de veinte minutos, pero no consiguieron reanimarla. El doctor Peter Weaver dictaminó que estaba muerta al llegar al Centro Médico Connecticut Valley. «No he visto nada igual en mi vida —contó Weaver a los reporteros anoche—. A pesar de que muchos testigos y el personal de urgencias corroboran el suceso, las pruebas no revelan que el corazón de la señora Epstein presente ninguna lesión, ni mucho menos que estuviera parado durante más de una hora».

Nuestras fuentes indican que Epstein sufrió un paro cardíaco después de discutir acaloradamente con Ian Fletcher, el teleateo conocido por negar la existencia de Dios. Estaba preparando un programa sobre la controversia relacionada con la nieta de Epstein, puesto que se afirma que la niña se ha estado comunicando con Dios. No conseguimos hablar ni con la señora Epstein ni con el señor Fletcher.

—Oye, esto no cuenta —dice Ian, estirándose en su silla—. Cuando dije marisco fresco, no me refería a pasta con atún de lata.

—Era esto o Donut King —sonríe James—. Rosquillas o atún de Chicken of the Sea.

Ian se estremece.

—¿Sabes cuánto pagaría por un buen trozo de carne de ternera ahora mismo?

—Seguro que puedes robar una vaca de la granja que está al otro lado de la carretera. Hay tantas que me juego lo que quieras a que nadie las tiene contadas —responde James, limpiándose la boca con la servilleta—. Como mínimo estás en un restaurante.

—Eso es como decir que viajar en una Winnebago es como ir de safari.

—No; es como volver a reunirse con la gente de a pie, o al menos eso me dijiste hace varias semanas.

El productor se inclina hacia adelante.

—Vamos, Ian. Te estás volviendo a recuperar. El programa «NBC Nightly News» emitió tus imágenes con la abuela palmándola en la granja cada sesenta minutos en las ediciones de última hora —explica James, levantando su taza de café—. Tengo una corazonada con esta historia. La niña es el gancho. La gente no cree que se esté inventando esa historia, con lo cual todo será más espectacular cuando finalmente descorras las cortinas.

—Supongo que vale la pena sufrir el alojamiento de tercera clase —responde Ian, sonriendo débilmente.

—Míralo de esta forma: si esta historia te devuelve la fama, no tendrás que volver a mirar una versión revisada de la Biblia nunca más —dice James, cogiendo la cuenta y riéndose mientras saca su tarjeta de crédito—. Cuando era niño me gustaba ir de *cámping*. ¿Tú no fuiste nunca?

Ian no contesta. La infancia de James seguramente fue muy distinta de la suya.

—Oh, olvidaba que tú nunca has sido un niño.

—Pues no —responde Ian, sonriendo—. Surgí totalmente formado de la mente de mi productor ejecutivo.

—En serio, Ian. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Siete años? Y lo único que sé de ti es que antes de empezar en la radio te doctoraste en esa

universidad tan mala de Boston.

—Esa universidad tan mala de Boston tuvo el buen criterio de dejar que te fueras a estudiar a instituciones como Yale —responde Ian, sintiendo el pinchazo del desasosiego y fingiendo bostezar—. Estoy destrozado, James. Es mejor que regrese a la vieja alquería.

—¿Tú? ¿Cansado? ¡Imposible! —exclama James, levantando una ceja.

Por un momento Ian se pone tenso. ¿Cómo podía saber James lo de su insomnio? ¿Cómo podía saber que la última vez que Ian recuerda haber dormido más de unas horas seguidas fue hace varios años? ¿Es que lo había visto James abandonar la Winnebago por la noche y caminar por los bosques, los llanos o las praderas del infierno en el que se encontrara atrapado?

—Te sientes acorralado —deduce James—. Por eso intentas cambiar de tema.

Ian se relaja, sintiendo que su vida privada está a salvo.

—Voy en serio, Ian. Te lo pido como amigo. ¿Cómo eran tus padres? ¿Cómo creciste?

«De la noche a la mañana», piensa Ian, pero no lo dice. Se separa de la mesa.

—Me muero por una rosquilla —responde, colocándose la máscara en su lugar con una sonrisa—. ¿Te apuntas?

3 de octubre de 1999

Afortunadamente, la policía ha obligado a Ian Fletcher, a los miembros de esa extraña secta y a la cincuentena de curiosos que han aparecido a salir de nuestra propiedad. Desafortunadamente, eso no los aleja demasiado. La carretera es un lugar público y está solo a unos dos kilómetros de la casa, así que podemos verlos por la ventana y ellos también pueden vernos a nosotras.

No he dejado que Faith juegue en el jardín, aunque está inquieta y quejica. Si vociferan cuando *yo* salgo fuera un segundo, ¿qué le harían a *ella*? Incluso espero a que sea medianoche para sacar la basura, para que puedan recogerla sin que los reporteros me asedien. Paso por delante de los columpios y por debajo de los robles que delimitan el bosque.

—Daría lo que fuera por saber lo que está pensando.

Doy un brinco. Detrás de la cabeza encendida de una cerilla está Ian Fletcher. Enciende el cigarro y lo sujeta entre los dientes, inhalando.

—Podría hacer que lo detuvieran —le digo—. Está invadiendo mi propiedad.

—Ya lo sé, pero no creo que lo haga.

—Se equivoca —respondo, dirigiéndome inmediatamente hacia la casa, dispuesta a llamar a la policía.

—No lo haga. Sólo quería preguntarle por su madre... —explica en voz baja, haciendo un ademán hacia el montón de coches que están en la carretera — de una forma discreta.

—¿Qué quiere saber de ella?

—¿Está bien?

Sin apartar mi mirada de él, asiento.

—Aunque no gracias a usted.

¿Tal vez es mi imaginación o Ian Fletcher acaba de ruborizarse?

—Sí, lo siento. No debería...

Duda y luego sacude la cabeza.

—¿No debería qué?

Tiene los ojos brillantes y ardientes; aguanta mi mirada.

—Simplemente no debería. Eso es todo.

—¿Una disculpa de Ian Fletcher? Debería haberla grabado.

Pero inmediatamente se va y el único rastro de que ha estado allí es la colilla encendida de su cigarro a mis pies.

4 de octubre de 1999

Al día siguiente voy al hospital, donde el doctor Weaver quiere volver a someter el corazón de mi madre a una prueba. Para gran sorpresa mía, me la encuentro esperando en la sala de planta con Ian Fletcher.

—Mariah —dice como si hubiéramos quedado para tomar el té—. Éste es el señor Fletcher.

Sujeto la mano de Faith con tanta fuerza que grita.

—Ya nos conocemos. ¿Podría perdonarnos un segundo? —pregunto, llevando a mi madre a un lado y arrastrando a Faith—. ¿Puedes decirme qué está haciendo aquí?

—Tranquilízate, Mariah. Si sigues así, serás tú la que tendrá un ataque al corazón. He sido yo quien ha invitado al señor Fletcher —dice, deteniéndose para sonreírle y asentir con la cabeza—. Así tendrá su historia y se largará de nuestras vidas. Deja que filme lo que quiera; no tengo nada que esconder.

—¿Qué te hace pensar que no te colgará la etiqueta de zombi o vampiro y que no se quedará merodeando de todas formas? —pregunto, frotándome el caballete de la nariz.

—Porque lo sé.

—Oh, genial. Eso me lo aclara todo —respondo, apretando aún más la mano de mi hija—. Faith tampoco lo quiere aquí.

—Está reaccionando a tus vibraciones, querida.

—No tengo vibraciones. Las vibraciones no existen.

—Y Dios tampoco existe, ¿verdad? —dice mi madre, sonriendo inocentemente.

—De acuerdo —concluyo—. Monta tu patético espectáculo. Si quieres que Ian Fletcher esté aquí, allá tú. Sin embargo, no hablará ni conmigo ni con Faith, y no pienso pisar la sala de reconocimiento hasta que se lo dejes claro.

Ian Fletcher está junto a su equipo de cámaras y su productor ejecutivo en una esquina de la sala de reconocimiento. Promete limitar su investigación a mi madre y con engreimiento saca un formulario de consentimiento firmado por ella, y otro firmado por el hospital para poder filmar cuando le pregunto si dispone de los permisos correspondientes. Ordena que se muevan unas camillas y que se disponga la iluminación de otra forma, y frunce el ceño cuando aparto a Faith del alcance de la cámara. Estoy de pie al lado del director del hospital para supervisar la filmación, ambos ejerciendo de guardianes. Cuando Fletcher mueve a su cámara para que se incline por encima del hombro del médico y conseguir un primer plano del parte médico, interrumpo.

—Eso es confidencial.

—Como todo este procedimiento, señora White. Su madre ha firmado un contrato que dice que podemos grabar con una unidad móvil lo que deseemos.

—No me importan sus deseos.

—Qué pena —responde Ian Fletcher, mirándome y sonriendo lentamente.

Me alejo, preguntándome qué ha ocurrido con el atento caballero de la noche anterior. ¿Acaso tiene una cara televisiva y otra privada?

Con los brazos cruzados, observo cómo el cámara de Ian Fletcher enfoca el cardiograma y la prueba de esfuerzo de mi madre con el *zoom*.

—Señora Epstein —dice finalmente el doctor Weaver—. Tiene la constitución de una joven de dieciocho años. Quizá viva más que yo.

Se dirige a Ian, obviamente encantado con los quince minutos de fama.

—¿Sabe?, soy un hombre de ciencias, señor Fletcher. Sin embargo, no existe ninguna explicación científica, que no sea un trasplante de corazón, que justifique el drástico cambio de los resultados de las pruebas rutinarias de la presión sanguínea y de las pruebas de esfuerzo de la señora Epstein de hace un mes y de hoy. Por no hablar, por supuesto, del fenómeno de la... resucitación.

Una lenta gratificación empieza a invadirme, en parte porque se ha dado validez a la salud de mi madre y en parte porque me siento bien venciendo a Ian Fletcher. Lo miro triunfante, justo a tiempo para verlo susurrar algo al cámara, quien se da media vuelta para filmar a mi madre y también a Faith, que está justo detrás de ella.

Está sentada en la esquina, pintando un talonario de recetas médicas.

—No —susurro, pasando inmediatamente a la acción—. ¡Ella no!

Grito y me interpongo entre el cámara y mi hija, ocupando su campo de visión, de tal manera que tropieza hacia atrás.

—¡Dame esa cinta! ¡Dame esa cinta ahora mismo! —grito, intentando alcanzar la cámara mientras el hombre la levanta por encima de su cabeza.

—¡Dios santo, señor Fletcher! —dice, pidiendo ayuda—. ¡Quítemela de encima!

—Señora White —dice Ian Fletcher, dando un paso al frente con las palmas hacia arriba e intentando tranquilizarme—. Cálmese.

—No me diga lo que tengo que hacer —respondo, volviéndome hacia él. Por el rabillo del ojo, veo al cámara aún filmando.

—¡Dígale que apague ese maldito trasto!

Ian asiente ligeramente y el cámara baja el aparato. La tensión abandona mi cuerpo y me siento muy débil. Me aparto de Faith, temblando, y cuando

levanto la vista, veo a mi madre, a Ian Fletcher, al director del hospital y al médico que me miran fijamente, estupefactos.

—No —consigo decir, aclarándome la garganta—. He dicho que *no*.

Después de que Fletcher se haya ido, una enfermera se marcha con Faith para buscar una pegatina y me deja sola con mi madre mientras se viste.

—Es mi culpa —dice—. Pensé que si invitaba a Fletcher nos desharíamos de él más rápidamente.

—Pues no hemos tenido tanta suerte —murmuro.

Esperamos en silencio a que Faith regrese, cada una con su sensación de culpabilidad.

—Mariah, ¿sabes lo que cuentan de cuando te mueres?

—¿Cómo? —respondo, mirándola.

—Lo de la luz brillante y todo eso. Lo del túnel —explica, jugueteando con una cutícula en su pulgar, de repente incapaz de mirarme—. No es así.

—¿Ah, no? —digo, tragando saliva porque tengo la boca seca como un desierto.

—No vi ninguna luz. Ni ángeles. Vi a mi madre —me cuenta, volviéndose y mirándome con los ojos brillantes—. Oh, Mariah. ¿Sabes cuánto tiempo hacía? La última vez que la vi fue hace veintisiete años. Fue como un regalo poder ver todas esas cosas que ya había olvidado: sus uñas mordidas, el color de la raíz del pelo que había crecido y estaba sin teñir... incluso las arrugas de su cara. Me sonrió y me dijo que aún no podía marcharme.

De repente, mi madre entrelaza sus dedos con los míos.

Cuanto más envejecemos, menos nos tocamos. De niña, solía subir a su regazo; de adolescente, rehuía su mano cuando intentaba colocarme bien el cuello de la camisa o arreglarme el pelo; de adulta, incluso un abrazo de despedida rápido me parecía demasiado sensiblero, demasiado lleno de cosas que aún no queríamos decir.

—Siempre me he preguntado por qué se supone que Dios es un padre —susurra—. Los padres siempre quieren compararte con algo. Las madres son las que te quieren incondicionalmente, ¿no crees?

Faith regresa con cuatro pegatinas en la camisa. Decidimos que espere con mi madre en la entrada del hospital mientras yo voy a buscar el coche, que está aparcado lejos de la zona de estacionamiento limitado.

Cuando me dirijo hacia allí, oigo unos pasos.

—Siempre me estoy disculpando —dice Ian Fletcher, colocándose a mi lado.

—Eso es porque mete la pata con frecuencia —le contesto—. Quiero esa cinta.

—Sabe que no puedo dársela, pero tiene mi palabra de que no utilizaré ninguna escena en la que esté Faith.

—Su *palabra* —resoplo—. También me dio su palabra de que no la filmaría.

—Oiga, no tendría que haberla filmado sin su permiso. Ya se lo he dicho.

Empiezo a caminar.

—¡Oiga! ¡Oiga! —dice, sujetándome el brazo cuando me dispongo a marcharme—. ¿Puede esperar un segundo?

Soltándome rápidamente, como si se hubiera quemado, mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Quiero decirle algo. No creo lo que afirma de su hija, ni lo de la supuesta resurrección, y voy a demostrar que está equivocada, pero respeto lo que ha hecho en la sala de reconocimiento —explica, aclarándose la garganta—. Es una buena madre.

Me quedo boquiabierta. Me doy cuenta de que últimamente he estado tan ocupada actuando guiada por mi instinto para proteger a Faith que no he tenido tiempo para preguntarme si lo que hago está bien. Ese hombre, ese hombre horrible que ha irrumpido en nuestra vida sin que nadie lo haya invitado, ese hombre que no me conoce de nada piensa que soy la persona que siempre he querido ser: una leona ferozmente fiel, una madre natural.

No sé si reír o llorar. Sin duda sé mejor que nadie que las circunstancias pueden transformarte en otra persona. Pienso en las mujeres corrientes que han movido coches de dos toneladas para salvar a pequeños atrapados, en las madres que se han interpuesto en el camino de una bala que iba dirigida a su hijo sin dudar ni un segundo. Quizá ahora sea una de ellas, pero volvería a ser la indecisa de antes si de ese modo Faith pudiera recuperar la normalidad en

su vida.

—¿Señor Fletcher?

Espero que me mire a los ojos; cree que le daré las gracias, pero lo que en realidad le doy es una bofetada con todas mis fuerzas.

Seis

El que no está conmigo está contra mí.

LUCAS 11,23

6 de octubre de 1999

La abuela de Ian fue una mujer conservadora y testaruda que llevó la religión a cuestas como si de un chaleco salvavidas se tratara.

«Gracias a Dios que soy una mujer cristiana», decía a modo de letanía a los demás cuando descubrió que su marido la había dejado por una camarera más joven que ella, o cuando se enteró de que la propiedad en la que vivía se había vendido para construir una tienda de ropa.

Y luego, cuando parecía que Dios no la auxiliaba, sacaba una botella de *whisky* americano a hurtadillas que guardaba en la cisterna del baño del piso de abajo para compensar el abandono.

El miasma de la Iglesia Bautista del Sur en el que se había criado Ian distaba mucho del escepticismo yanqui. En el sur, las comunidades se creaban alrededor de sus iglesias. Allí, la religión tenía a sus habitantes agarrados por el cuello y la valía de un hombre se medía por la casa de Dios que frecuentaba. A decir verdad, Ian se siente bastante mejor con los yanquis, para quienes la religión es algo secundario, y no un elemento primordial en la vida. En el norte hay lugar a dudas... o al menos eso creía Ian hasta ver la reacción

ante la muerte y la resurrección de Millie Epstein.

Ha podido ver el historial de Millie Epstein gracias a un contacto interno. Tres profesionales médicos distintos constataron que había muerto, pero Ian la había visto con sus propios ojos vivita y coleando hacía poco.

Su índice de audiencia está creciendo de nuevo, pero la subida durará menos que un cubito en verano si no consigue añadir leña al fuego. Sin embargo, no cree que deba centrarse en Millie Epstein. Se cubre la cara con las manos y piensa en el siguiente paso. Ian ha aprendido que todo el mundo tiene un secreto de familia, algo que la gente no quiere que se descubra. Él lo sabe mejor que nadie.

Allen McManus acaba de desenvolver un pastelito cuando la línea personal de su teléfono empieza a sonar.

—¿Sí? —gruñe, cogiendo el auricular.

Le ha dicho a su mujer que no le llame cuando está en la oficina. Dios santo, es el único lugar donde consigue estar en paz.

—¿Conoce a Lázaro? —pregunta una voz baja e impostada que obviamente no es la de su mujer.

—¿Quién narices es usted?

—¿Conoce a Lázaro? —repite la voz—. ¿Quién más tenía intereses en juego?

—Mira, tío, no sé de qué... —replica, cuando oye cómo cuelgan el teléfono—. Lázaro. ¡Me cago en diez!

Debe de ser una broma de Halloween, porque está a la vuelta de la esquina y como Allen firma sus artículos, todos saben que escribe la sección de necrológicas. Sin duda, si algún bromista quiere jugar con la idea de despertar a los muertos, llamará a Allen. Aparta el incidente de su mente, pero entra un fax por la línea del departamento de la sección de necrológicas. Con un suspiro, se dirige a la máquina (será algún famosillo cuya muerte se ha publicado en la agencia Associated Press) y entorna los ojos al ver la imagen granulada de una mujer debajo del nombre de *The New Canaan Chronicle*, un pueblo del que jamás ha oído hablar: «MUJER MUERTA RESUCITA».

Lázaro.

Allen vuelve a sentarse. Ojalá pudiera acordarse de lo que dice exactamente la Biblia sobre Lázaro. Ni siquiera sabe si ha leído esa historia en concreto en la Biblia. Se asoma al pasillo para hablar con una compañera.

—Barb, ¿tienes una Biblia?

—Sí, claro. Justo al lado del corrector —responde, riéndose—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que has visto a Dios?

—Olvídalo —dice con el ceño fruncido.

The New Canaan Chronicle. Un periódico de poca monta que no ha leído en la vida, pero con la historia sobre una mujer que resucita en ese pequeño pueblo.

Esa psiquiatra también era de New Canaan.

Allen echa una ojeada al artículo por segunda vez. Escondido en el cuarto párrafo, encuentra lo siguiente: «... la nieta de Epstein... se ha estado comunicando con Dios».

Dios santo. ¿Cuántos niños más de ese pueblo podían encajar con la descripción de la doctora Keller? Allen analiza la situación. Se trata de la historia de una niña que ve y habla con Dios, y que de repente puede hacer milagros. Seguro que algo así es noticia de portada en New Hampshire.

«¿Quién más tenía intereses en juego?».

Eso es lo que le había preguntado la voz del teléfono. Está claro que quien salía ganando con la resurrección era Millie Epstein... a menos que no se tratara de una resurrección. Allen mira el artículo de nuevo. Ese tipo, Ian Fletcher, también anda por allí, lo cual significa que él también piensa que hay algo que no encaja. Entonces la pregunta es: ¿quién saca provecho de ese falso milagro? La niña; pero los niños a esa edad siempre tienen un representante que organiza las actividades.

En ese caso, seguramente sería la madre.

7 de octubre de 1999

Poco después de las cinco de la mañana Mariah oye cómo se abre la puerta de la entrada. Salta de la cama y baja las escaleras corriendo. Coge un paraguas del perchero de la entrada, lo blande como si fuera un bate y busca al intruso

entre las sombras.

—¡Vamos! —grita—. ¿Quieres fotos? ¿Quieres una exclusiva? ¡Sal y da la cara, cabrón!

Pero nada ni nadie se mueve. Echando pestes, baja el paraguas y por los cristales laterales de la puerta ve fugazmente a Faith, descalza y en camisón, que pasea una muñeca con un cochecito por el césped.

Mariah mira hacia el séquito que se encuentra en la carretera. La secta de Arizona está dichosamente dormida en un extremo de la pared de piedra y los reporteros que durante el día han estado esperando que Faith saliera brillan por su ausencia. De hecho, la única persona que está observando a su hija es Ian Fletcher, ojeroso y serio, de pie delante de la puerta de su Winnebago.

—Hola, mamá —la saluda Faith—. ¿Quieres jugar conmigo?

—Tus pies... ¿no tienes frío? —pregunta Mariah, sin fuerzas para regañarla.

—No. Se está muy bien aquí fuera. ¿Verdad que sí? —pregunta Faith dulcemente, inclinándose sobre el cochecito y tapando con una sábana a la muñeca.

Salvo que la muñeca se está moviendo. Mueve los pequeños puños entre la niebla matutina; debajo de la mata de rizos se aprecia una llaga grande y circular. Faith levanta al bebé y lo abraza, pegándolo a su mejilla.

—¡Qué niño más bueno!

Entonces Mariah ve a una mujer enjuta escondida detrás de un fresno que está al otro lado de la entrada. Lleva un pañuelo en la cabeza y no deja de mirar al niño, aunque no hace ningún gesto para arrebatárselo a Faith.

Faith coloca el bebé en el cochecito de nuevo y se lo lleva hacia la trona que ha sacado al césped, donde finge darle trozos de fruta de juguete. El bebé sonríe y mueve los pies, golpeando las patas de la trona. Se ríe tan fuerte que un fotógrafo se despierta y apunta a Faith con la cámara, sacando fotografías a una velocidad vertiginosa.

Mariah, superado el estupor inicial, sale al porche y se dirige corriendo hacia su hija.

—Cariño, creo que ahora tenemos que volver a casa.

—Oh, ahora empezaba a divertirme —responde Faith, entornando los ojos al ver el sol abrirse camino en el horizonte.

—Ya lo sé. Quizá salgamos más tarde —responde Mariah, tocándole el pelo.

Al decir esto, su mirada divaga por la muchedumbre dispersa hasta recaer en la cara impassible de Ian Fletcher. En todo ese tiempo no se ha movido, no ha hecho nada más que observar. Mariah se obliga a mirar a Faith de nuevo.

—Creo que ahora tienes que devolver el bebé a su madre.

Faith levanta al bebé con cuidado y presiona los labios sobre la llaga de la frente. Camina hasta el fresno y devuelve el bebé a su madre, que está sollozando. Es obvio que la mujer quiere decirle algo a Faith, pero no encuentra el aliento para hacerlo. Faith le toca suavemente la mano que mece la cabeza del bebé.

—Tráigamelo de nuevo para jugar con él otro día.

La mujer asiente y se seca las lágrimas. Faith le da la mano a su madre; Mariah está abrumada por la sensación de dar la mano a alguien que no conoce de nada. ¿Cómo puede ser que Faith creciera en su interior, que sintiera cómo se abrió camino para salir al mundo, que le hubiera dado un hogar durante siete años y que no hubiera sospechado lo que se le avecinaba?

Está a punto de llegar al porche con su hija cuando ve a Ian Fletcher caminando descaradamente por la entrada. Trae el cochecito de plástico, la trona de juguete y la cestita con las frutas y verduras. Mariah le arrebató los juguetes.

—Discúlpenos —dice fríamente.

Retrocede, mirando a Faith.

—Ojalá pudiera.

Después de la inesperada aparición de Faith White, Ian regresa a la Winnebago. Está más seguro que nunca de que no se equivoca ahora que la ha visto jugar como cualquier otro niño de siete años. Está claro que la cabecilla es la madre. En cuanto apareció, la niña se detuvo: la sanadora había llegado para sanar. Por alguna razón, Mariah White es el cerebro que se halla detrás de ese espectáculo.

Ian conoce a los charlatanes; son hombres y mujeres con una gran capacidad para engañar. Normalmente lo hacen por dinero o por la fama, pero

en ese caso hay algo que no encaja. Los ojos de Mariah parecen los de una víctima, no los de una estafadora; es como si prefiriera que todo eso no estuviera ocurriendo.

Bueno, deben de ser una buena actriz, eso es todo. La belleza puede ser un buen disfraz, porque distrae. La pureza de sus rasgos, marcados por el sueño, las maravillosas piernas cruzando el jardín para llegar hasta su hija... es un cebo; son artificios, como los milagros de su hija. Si Faith White ve a Dios y resucita a los muertos, Ian es cura.

8 de octubre de 1999

—Le presento al rabí Daniel Solomon —le dice el rabí Weissman a Mariah.

El hombre que lleva una camiseta teñida le tiende la mano y sonríe.

—Me gusta pensar que mi nombre se parece al de ese sabio rey por algún motivo.

Mariah ni siquiera esboza una sonrisa. Con el brazo, alcanza a Faith, escondida detrás de su cadera mientras mira a hurtadillas a los extraños.

—Soy el líder espiritual de la Congregación Beit Am Hadash de Boulder —dice Solomon.

Mariah mira la camiseta y observa que lleva el pelo recogido en una coleta. «Bueno —piensa—. Si tú eres un rabino, yo soy la reina de Inglaterra».

—Beit Am Hadash significa la casa de un nuevo pueblo —explica el rabino—. Mi congregación forma parte del movimiento de renovación judía. Nos inspiramos en la cábala y en las tradiciones budista, sufí y de los indígenas americanos.

Se detiene para mirar al rabí Weissman.

—Nos gustaría saber más cosas de Faith.

—Mire —dice Mariah—. No creo que tenga nada que contarles.

No quería dejar entrar a los rabinos, pero le pareció inhumano dejarlos fuera en el porche. Mariah manda a Faith a jugar para que no pueda oír la conversación.

—La última vez que lo vi, rabí Weissman, quedó muy claro que Faith no le había impresionado. Pensó que yo la obligaba a comportarse de una manera

concreta, como si la forzara a actuar.

—Sí, lo sé —responde el rabí Weissman—. Y sigo sin estar convencido, pero me atreví a llamar al rabí Solomon porque después de que abandonó la sinagoga, señora White, ocurrió algo muy extraño. Una pareja que tenía problemas conyugales se reconcilió.

—¿Qué hay de extraño en eso? —pregunta Mariah, sintiendo una punzada de dolor en el pecho al permitir por un instante que su mente piense en Colin.

—Créame. Eran irreconciliables, hasta el día que usted me visitó con su hija —dice Weissman, abriendo las palmas de las manos—. No me estoy explicando demasiado bien. Después de leer el artículo en el periódico sobre su madre pensé que quizá haya gente que crea que existe una conexión entre la reconciliación de esa pareja y Faith. Me recordó a lo que dijo el rabí Solomon en un consejo rabínico hace ya un par de años. Hablábamos de lo que diría Dios a un profeta hoy en día. Yo dije que llevaría un mensaje; ya sabe, que la paz llegará a Israel o que ésta es la manera de ganar a los palestinos; algo que su hija no oye en sus conversaciones con Dios. Sin embargo, el rabí Solomon fue de la opinión de que un mensaje divino no tenía que ver con encontrar al diablo sino con cómo trata el hombre al hombre. El divorcio, el abuso infantil, el alcoholismo. Los males sociales. Eso es lo que Él quiere que solucionemos.

Mariah lo mira sin comprender. El rabí Solomon se aclara la garganta.

—Señora White, ¿puedo hablar con Faith?

Mariah mira al hombre, intentando formarse un juicio sobre él.

—Sólo unos minutos —le permite Mariah, reticente—. Y no la moleste.

Se dirigen hacia el cuarto de los juguetes. El rabí Solomon se arrodilla, para ponerse a la misma altura que Faith.

—Me llamo Daniel. ¿Puedo contarte una historia?

Faith se protege con cautela detrás de la cadera de Mariah, asintiendo tímidamente.

—La gente que viene a mi templo cree que antes de que existieran las cosas existía Dios. Y Dios estaba tan... bueno... tan *lleno* que para crear el mundo sólo se encogió un poco para que cupiera.

—Dios no hizo el mundo —interrumpe Faith—. Fue una gran explosión. Lo he aprendido en la escuela.

—Ah, yo también aprendí eso, y me gusta pensar que quizá fue Dios quien

provocó esa explosión, que Dios estaba observando cómo ocurría desde algún sitio lejano. ¿Crees que podría haber pasado así? —pregunta el rabí Solomon, sonriendo.

—Supongo.

—Bien, como decía, Dios inspiró para dejar espacio libre para el mundo llenando recipientes con energía y luz y colocándolos en el nuevo espacio. Sin embargo, durante la creación, los recipientes no pudieron soportar toda la energía y se rompieron, y todas las chispas de luz de Dios que iban en esos recipientes se esparcieron por el universo. También cayeron trozos de recipientes rotos, que se convirtieron en las cosas malas del mundo; se llaman *clipot*. Mis amigos y yo creemos que nuestra misión es limpiar el mundo, deshacernos de las cosas malas, y reunir todas las chispas de luz que están esparcidas para devolvérselas a Dios. Así, cuando bendigas la mesa y comas pollo kosher el sabbat, quizá se liberen las chispas santas del pollo. Si haces un *mitzvah* para otra persona, o sea, si la ayudas un poco, se liberan más chispas.

—No seguimos el kosher —le dice Mariah al rabí Solomon—. No somos judíos tradicionales.

El rabino tira de su camiseta y sonríe con ironía.

—Yo tampoco, señora White, pero la cabala, el misticismo judío, puede explicar por qué una niña que jamás ha ido a un templo ni ha pronunciado una oración puede estar más cerca de Dios que otra persona. Nadie puede levantar todas esas chispas por su cuenta. De hecho, a veces la capacidad de encontrar chispas está tan oculta en el interior que se deja de pensar que Dios existe; hasta que llega otra persona con tanta luz en su interior que sólo puedes ver la tuya propia, y cuando las dos personas están juntas esa luz es aún mayor —explica, tocando la cabeza de Faith—. Quizá Dios esté hablando con Faith por todas las personas con las que estará.

—¿Usted cree? —pregunta Mariah en voz baja, casi asustada de decirlo—. ¿Ni siquiera ha hablado con ella y ya piensa que dice la verdad?

—Soy un poco más abierto que el rabí Weissman, la pareja a la que estaba ayudando... bueno, podría ser una coincidencia con la visita de su hija, pero quizá no lo sea y Faith tenga las respuestas. Si Dios tuviera que aparecer en 1999, no creo que fanfarroneara o predicara. Creo que Él sería tan discreto

como ha sugerido su hija.

—No es Él. Es Ella. Dios es una chica —interrumpe Faith tirando de la manga del rabino.

—Una chica —repite cuidadosamente Solomon.

—Sí, según Faith, Dios es una mujer. ¿Puede explicar *eso* el misticismo judío? —pregunta Mariah, cruzándose de brazos.

—De hecho, la cabala está fundada sobre la premisa de que Dios es tanto un hombre como una mujer. La parte femenina, *Shekhinah*, es la presencia de Dios. Es lo que se rompió cuando todos los recipientes se hicieron añicos. Tiene sentido que Faith esté viendo a una mujer. La presencia de Dios es lo que la hace capaz de curar y lo que hace que la gente se reúna a su alrededor. Lo que puede estar viendo es un reflejo de sí misma.

Mariah observa cómo Faith se rasca la rodilla, indiferente, y luego plantea la pregunta que se ha guardado en su interior.

—Boulder está muy lejos, rabí Solomon. ¿Por qué está aquí?

—Me gustaría llevarme a Faith a Colorado conmigo, para saber más cosas de sus visiones.

—De ninguna manera. Mi hija no es un espectáculo.

—¿De veras? —pregunta el rabino, mirando por las ventanas que muestran lo que hay delante de la casa.

—No los he invitado —dice, cerrando los puños y mirando a Faith—. Yo no pedí que esto ocurriera.

—¿Que ocurriera el qué, señora White? ¿Dios? —pregunta, moviendo la cabeza—. *Shekhinah* no va donde no la quieren. Hay que estar abierto a la presencia de Dios para que aparezca. Quizá por este motivo le esté costando tanto todo esto.

Sus ojos son como el ámbar, y conservan el pasado.

—¿Qué le ha ocurrido, Mariah, para luchar tanto por no ser judía? —pregunta dulcemente.

Recuerda una vez cuando de pequeña fue a la iglesia, con una amiga, y se sorprendió porque Jesús supuestamente amaba a todo el mundo, incluso a la gente que cometía errores. En cambio, para que el Dios judío te amara, tenías que hacerte digno de él. Mariah se pregunta, no por primera vez, por qué una religión que se enorgullece de ser abierta te lo pone tan difícil.

De repente, la abrume la idea de tener a los dos rabinos en su casa.

—No soy judía. No soy nada —responde, mirando a Faith—. No somos nada. Creo que tendrían que marcharse.

—¿Pensará en algunas de las cosas que he dicho? —le pregunta el rabí Solomon, tendiéndole la mano.

—No lo sé. Cuando miro a mi hija, no veo la presencia de Dios, rabí Solomon. Cuando la miro, no pienso que está llena de luz divina. Sólo veo a alguien que cada vez está más disgustada con lo que ocurre a su alrededor —explica Mariah, encogiéndose de hombros.

—Es gracioso. Eso es lo mismo que dijeron muchos judíos hace dos mil años sobre Jesús —responde el rabí Solomon, irguiéndose.

10 de octubre de 1999

La última cosa que hace el padre Joseph MacReady antes de ataviarse con sus vestiduras es cambiarse las botas de vaquero magulladas por los zapatos negros de sacerdote de suela blanda. Prevé que la iglesia estará llena. La misa de primera hora de los domingos en New Canaan suele estar a rebosar, puesto que la mayoría de los católicos del pueblo prefieren perder un par de horas de sueño durante el fin de semana y descansar el resto del día en sus jardines o en los campos de golf de las ciudades vecinas. «Hoy —piensa— puede ser el día». Se agarra a la mesa con las manos y levanta la mirada hacia el fresco de la crucifixión. Piensa en ese momento hace años cuando vagaba por el campo y de repente se dio cuenta de que podría haber llevado su Harley hasta el Pacífico y aun así no llegar a ninguna parte.

Ahora, después de décadas de dar misa, reza antes de cada sesión por encontrar una señal que le indique que tomó la decisión adecuada, una señal que le indique que Dios está con él. Mira fijamente el crucifijo otro segundo, esperando, pero como en los últimos veintiocho años, no ocurre nada.

El padre MacReady cierra los ojos un momento, intentando reunir al Espíritu Santo antes de entrar en la iglesia con su congregación.

Hay ocho personas.

Claramente sorprendido, sube al altar y empieza la misa, mientras la

cabeza le da vueltas. No se le ocurre ninguna razón por la que su rebaño haya menguado de ochenta a ocho personas en una semana. Procede con la eucaristía y el sermón a toda prisa, sobresaltando al monaguillo, quien normalmente empieza a moverse inquieto sólo empezar la misa. Después del último «Amén», se apresura a quitarse las vestiduras y se dirige hacia las puertas traseras de la iglesia para decir adiós a los pocos fieles. Sin embargo, cuando llega allí, la mitad ya están en el aparcamiento.

—Marjorie —le dice a una anciana cuyo marido había muerto el año anterior—. ¿Adónde va esta mañana con tanta prisa?

—Oh, padre —dice mientras le aparecen los hoyuelos en las mejillas—. A la casa blanca.

Ahora está aún más confundido.

—¿Se va a Washington?

—No, no. Voy a ver a esa niña, Faith White, la que ve a Dios. No quería perderme la misa por ella.

—¿Qué ocurre con esa niña?

—¿No ha leído el *Chronicle* esta semana? La gente dice que Dios habla con ella. Incluso ha obrado algunos milagros. Me han dicho que hizo que una mujer resucitara.

—¿Sabe? —dice el padre Joseph, pensándolo mejor—. Creo que la seguiré.

Mariah hace girar el cilindro de cerezo en el torno, observando cómo los trozos de madera vuelan como serpentinas al tocar el material con la herramienta de esculpir. Será la cuarta pata de la mesa del comedor de Queen Anne de la casa de muñecas que está construyendo en ese momento. Recorre su taller con la mirada, donde el trío de patas intrincadamente tallado descansa al lado del tablero de mesa oval en miniatura.

Hoy no es el día de hacer muebles. De hecho, no debería estar trabajando, al menos, según el calendario que se ha autoimpuesto. Pero estos días no se ha hecho nada según su programa. Ayer se pasó el día en el hospital para que le dieran el alta a su madre, después de que los expertos sometieron su corazón a más de una semana de pruebas y exámenes. Mariah quería que su madre se

quedara en la alquería, pero Millie no lo había aceptado.

—Estás a cinco minutos —le dijo a Mariah—. ¿Qué puede ocurrir?

Mariah había acabado cediendo, a sabiendas de que podía engatusar a su madre para que pasara al menos algunos días con ellas si le decía que Faith necesitaba compañía. Había ayudado a su madre a reinstalarse en casa; cuando vieron la mesa ataúd, ambas se detuvieron de golpe, incómodas. Sin que su madre rechistara, lo dejó fuera, en el garaje; ojos que no ven, corazón que no siente.

Hoy Mariah se dedica a recuperar el tiempo perdido. Se saca una regla del bolsillo superior y examina la pata sobre el torno. No está bien por dos milímetros; tendrá que volver a empezar. Suspirando, se deshace de la madera y en ese momento llaman a la puerta.

Es un sonido inesperado; nadie se ha atrevido a traspasar la barrera policial que está en el extremo de la entrada. Quizá sea el cartero con un paquete o la camioneta de reparto de aceite.

Abre la puerta y encuentra a un sacerdote.

—¿Por qué lo ha dejado pasar la policía? —pregunta, tensando la boca.

—Ventajas de la profesión —reconoce el padre Joseph, sereno—. Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana, o al menos coloca a un agente de policía católico en su entrada.

—Padre —dice Mariah, cansada—. Gracias por venir. Incluso puedo entender por qué quiere estar aquí, pero...

—¿De veras? Porque no estoy seguro de que yo mismo lo entienda —interrumpe, riéndose—. St. Elizabeth estaba vacía esta mañana. Parece ser que su hija es una competencia feroz.

—No lo hace a propósito. No creo que estemos preparadas para otro ataque religioso —dice Mariah—. Vinieron unos rabinos el viernes a hablar sobre el misticismo judío...

—¿Sabe lo que dicen del misticismo? Que empieza con «mist» de misterio y acaba con «cismo» de cisma.

—Ni siquiera somos católicas —responde Mariah, sonriendo.

—Eso me han dicho. Son episcopalistas y judías, ¿verdad?

—Exactamente. ¿Por qué iba a interesarle Faith? —pregunta Mariah, apoyándose contra el marco de la puerta.

Joseph se encoge de hombros.

—¿Sabe? Cuando fui capellán en Vietnam, conocí al Dalai Lama. Eramos varios y antes de conocerlo pasamos mucho tiempo hablando de lo que deberíamos darle de comer, de beber y de cómo deberíamos llamarlo. «Su Santidad» fue lo que alguien propuso, aunque también era así como llamábamos al papa, y permítame que le diga que discutimos mucho sobre ese tema. Pero ¿sabe qué, señora White? El Dalai Lama tenía una energía tal a su alrededor... era algo que nunca había sentido antes. Bueno, no es católico, pero no descartaré la posibilidad de considerarlo una figura de una profunda iluminación espiritual.

—Cuidado, padre. Eso puede ser razón de excomunión —bromea Mariah mientras le aparece un hoyuelo en la mejilla.

—Su Santidad está muy atareado como para preocuparse por mis transgresiones —responde, sonriendo.

Hay algo tan secular en él que, en otras circunstancias, Mariah cree que le pediría a ese extraño que se sentara y tomara un café con ella.

—Padre...

—Joseph. Joseph MacReady —la corrige, sonriendo—. A sus pies.

—Me gusta usted —le dice Mariah—, riéndose.

—Usted también a mí, señora White.

—Sin embargo, creo que ahora debería irse —concluye, dándole la mano, consciente de que aún no ha preguntado ni ha mencionado a Faith ni una sola vez—. Si lo necesito, lo llamaré a la iglesia, pero nadie ha demostrado que haya ocurrido un milagro.

—Sí, sólo de palabra, pero Mateo, Marcos, Lucas y Juan también se limitaron a decir lo que vieron.

—¿De veras cree que Dios podría hablar a través de una niña? ¿Y técnicamente una niña judía? —pregunta Mariah, cruzándose de brazos.

—Por lo que me han contado, señora White, no es la primera vez que lo hace.

11 de octubre de 1999

—Mueve esa hoja un pelín a la derecha —dice el productor, inclinando la cabeza hacia el plano del monitor.

Las luces que han dispuesto el electricista y el director de iluminación obligan a Teresa Civernos a entornar los ojos y a cubrir instintivamente los ojitos de Rafael con la mano. Él se la aparta y por milésima vez ese mismo día se jacta de la fuerza y coordinación de su hijo. Abrazándolo con fuerza, le coloca los labios sobre la suave e intacta piel de la ceja.

—Estamos listos, señora Civernos.

Esa voz dulce como la miel pertenece a Petra Saganoff, la reportera estrella de «Hollywood Tonight!».

Al fondo, el productor mira la escena.

—¿Puedes acercarlo un poco más al bebé? Eso es. Perfecto —concluye, dando el visto bueno con la mano.

—Recuerda lo que le voy a preguntar, ¿verdad? —pregunta Petra Saganoff mientras la maquilladora le hace los últimos retoques en la cara.

Teresa asiente y mira nerviosa la segunda cámara, que está centrada en ella y en su bebé. Se obliga a recordar que fue idea suya, no de ellos. Iba a sacar una novena a san Judas en *The Globe*, pero se dio cuenta de que había otra manera de llegar a más gente. Su primo Luis trabajaba en Los Angeles con la Warner Bros., donde estaba el estudio de «Hollywood Tonight!». Salía con la chica encargada del vestuario de Petra Saganoff. Teresa le había pedido que preguntara si podía salir por la televisión para contar su historia y veinticuatro horas después de que dieran el alta a un Rafael totalmente sano en el Hospital General de Massachusetts, Petra Saganoff ya estaba en el pequeño apartamento de Teresa en Southie, pregrabando un fragmento para emitirlo más tarde.

—Tres, dos, uno... y... —dice el cámara, señalando a Petra.

—Su bebé no siempre estuvo tan sano, ¿verdad?

Teresa siente cómo se ruboriza. Petra le ha pedido que no se ruborice. Debe recordarlo.

—Sí. Hace sólo unos días Rafael era un paciente pediátrico de sida en el Hospital General de Massachusetts. Contrajo el virus con una transfusión de sangre al nacer. La semana pasada estaba pálido y lánguido; tenía aftas, neumonía y esofagitis. Su recuento de células CD4 era de quince —explica

Teresa, sujetando al bebé con más fuerza—. Su médico me dijo que moriría en un mes.

—¿Y qué ocurrió entonces, señora Civernos?

—Me enteré de algo. Bueno, de alguien. Existe una niña en New Hampshire de quien se dice que habla con Dios. Mi vecina visita lugares sagrados y sitios así, y me preguntó si quería ir con ella. Pensé que no tenía nada que perder —responde Teresa, alisando el pelo de su hijo—. Rafael tenía fiebre cuando llegamos allí; estaba caminando con él antes del amanecer cuando esa niña, que se llama Faith, salió al jardín. Llevaba un cochecito de juguete y me preguntó si podía jugar con mi hijo. Lo paseó y se rió con él y fingió darle de comer durante una hora.

Teresa mira a la pantalla, con lágrimas en los ojos.

—Lo tocó. Lo besó aquí, donde tenía una llaga abierta. Luego regresamos a Boston y, al día siguiente, los médicos no lo reconocían. Se le curaron las llagas de la noche a la mañana. Sus infecciones desaparecieron. Su recuento de células T4 era de veintidós mil —explica, sonriendo satisfecha a Petra—. Me dijeron que era médicamente imposible, y luego que Rafael ya no tenía el sida.

—¿Me está diciendo que a su hijo le curaron el sida, señora Civernos?

—Eso creo —dice Teresa, acariciando la cabeza de Rafael con su mejilla—. Dios ha tocado a esa niña, a Faith. Es un milagro. No tengo palabras para expresar lo mucho que se lo agradezco.

El productor hace un gesto al cámara, que deja de grabar. Petra golpea suavemente el cigarrillo por la boquilla de plata mientras cuchichea con su productor; ambos están dando la espalda a Teresa.

—Sí —dice, riéndose de algo que ha dicho Petra—. Acabas rodeado de locos.

—No es broma. Esto ha ocurrido de verdad —responde Teresa, al oírlo.

—Sí, claro —sonríe Petra—. Y yo soy la Virgen María.

—Es cierto. Resucitó a su propia abuela.

Furiosa, Teresa se levanta y coge su gran bolso de piel. Hurga para encontrar la dirección de New Canaan y el camino que trazaron con su vecina en un mapa de New Hampshire doblado intrincadamente, y se lo tira a la famosa presentadora.

—Vaya y pregúnteselo usted misma —le dice, dando media vuelta, dirigiéndose al baño con Rafael y encerrándose allí hasta que oye que Petra Saganoff y su séquito se han ido.

12 de octubre de 1999

En el avión, Ian se coloca los auriculares para sintonizar las noticias que se ofrecen durante el vuelo. Con un suspiro de satisfacción, se centra en la pantalla que hay en clase preferente.

Sin embargo, en vez de ver la CNN, Ian sólo ve a Petra Saganoff, el máximo exponente de talento de programas insulsos.

—Por el amor de Dios —dice, haciendo una señal a la asistente de vuelo—. ¿No tienen nada más?

—Lo siento, señor. Ponemos la cinta que nos dan —responde, moviendo la cabeza.

Ceñudo, Ian se quita con un movimiento brusco los auriculares y los mete en el bolsillo del asiento que tiene delante. Se inclina para coger su maletín, imaginándose que como mínimo podrá repasar las cifras de los últimos índices de audiencia para saber dónde se sigue más su programa. Al sentarse de nuevo, se fija en la mujer a la que está entrevistando Petra Saganoff.

Le recuerda vagamente a alguien.

Revuelve el montón de papeles que tiene en las manos y... *el bebe*. Ian mira la pequeña pantalla y se fija en el bebé que la mujer tiene en brazos, que está pataleando y moviéndose. Coge los auriculares de los que se había desembarazado.

—Se le curaron las llagas... Sus infecciones desaparecieron...

Al oírlo, Ian de repente recuerda dónde ha visto a la mujer. En el jardín de la alquería de New Canaan, mientras observaba cómo Faith White paseaba a su hijo en un cochecito de juguete.

Ian tensa el músculo de la mandíbula. ¿Ahora no sólo resucita a los muertos sino que también cura el sida?

—Dios ha tocado a esa niña... —oye decir a la mujer.

—Mierda —murmura Ian.

Debería coger el siguiente vuelo y volver. Debería organizar una campaña y doblar sus esfuerzos. Debería desenmascarar esa ridícula serie de curas milagrosas de Faith White.

Sin embargo, sabe que no lo hará y que, como había planeado, continuará su viaje para ver a Michael antes de regresar a New Canaan.

Se obliga a concentrarse de nuevo en los papeles que tiene en el regazo, pero sólo consigue imaginarse un par de manos girando cartas: roja, negra, roja, negra. En la pantalla, el bebé enfermo de sida que estaba moribundo dos días atrás está riendo y animado en los brazos de su madre.

Una pregunta cruza por su cabeza sólo un instante, aunque Ian aún puede oírla resonar en los oídos, como una nota larga que un coro ha dejado de cantar: «¿Y si esta vez estoy equivocado?».

13 de octubre de 1999

Con la intensa concentración de una niña de siete años, Faith llena la bolsa de lona que su madre normalmente lleva a la biblioteca con las cosas que necesita para huir. Es decir, su osito de peluche, una muda de bragas y una caja de galletas saladas Ritz que ha robado de la despensa. También su Certificado de Socia de Superamiga de Wonder Woman y un anillo de plástico brillante que encontró en el cajón de arena del parque y que siempre ha creído que es un poco mágico. Espera hasta oír cómo su madre abre el grifo de la ducha en el baño, y luego sale sigilosamente de su cuarto.

Se pone una chaqueta verde oscuro, leotardos de color dorado, un jersey de cuello alto lila y un par de guantes rojos de lana, para esconderse las manos.

Faith baja de puntillas por la escalera. En realidad, no está huyendo, porque llamará a su madre en cuanto descubra dónde hay un teléfono. Se sabe el número de memoria, y si alguien las está escuchando, cambiará la voz como hace a veces el Inspector Gadget y le pedirá que vaya al cine en el que vieron *Tarzán* porque, ¿quién va a imaginarse *eso*? Y luego huirán, las dos solas, y quizá también la abuela, y dejarán a todos esos tontos sentados en el jardín de casa.

Al salir por la puerta corredera, es tan silenciosa como una luciérnaga.

«Bueno, ¿adónde narices va ahora?».

Por una vez, el insomnio de Ian sirve para algo. Mirando fijamente por la ventana de la Winnebago, ve un destello brillante que desaparece en el bosque que rodea la propiedad de los White. Sale de la caravana, abriendo la puerta con sigilo. Al acercarse al perímetro del bosque, echa a correr, intentando afinar sus sentidos para seguir a Faith, cuyos pies suenan como la nieve al caer sobre el suelo.

Allí. Ve el destello que lo incita a seguirla de nuevo, y se da cuenta de que es como una luz reflectante. Es un triángulo. La luna se refleja en su chaqueta o sudadera; es un tipo de dispositivo de seguridad de L. L. Bean.

—¡Oye! —dice en voz baja.

Faith se queda inmóvil. Se da media vuelta, lo descubre y echa a correr de nuevo. Con un salto veloz, Ian la alcanza y se tira al suelo, para que Faith caiga sobre el colchón de su cuerpo; al hacerlo, la deja sin respiración. La agarra más fuerte y ella le da patadas en las espinillas.

—¡Basta ya! —le dice, sacudiéndola—. Me estás haciendo daño.

—¡Tú también me estás haciendo daño! —grita Faith.

—Si te suelto, ¿saldrás huyendo? —pregunta Ian, dejando de apretar tanto.

Cuando ella niega con la cabeza, muy seria, la suelta. Rauda, Faith se pone en pie y huye hacia el bosque.

—¡Maldita sea!

La sigue y la agarra por la manga del forro polar, como si sacara del agua un pez enfadado y en apuros.

—Me has mentado.

—No —dice Faith, quedándose sin fuerza—. No lo he hecho.

Ian se da cuenta de que están hablando de cosas distintas.

—¿No es un poco tarde para estar jugando fuera?

—Estoy huyendo. No me gusta este sitio.

Ian siente cómo se le encoge el pecho. El fin, se recuerda a sí mismo, justifica los medios.

—¿Y a tu mamá no le importa que te vayas?

—Se lo diré. Lo prometo —responde Faith, bajando la cabeza y luego mirando a su alrededor—. ¿Sabes dónde hay un teléfono?

—En mi bolsillo. ¿Por qué?

—Para llamar a mi madre cuando llegue allí —responde, mirando a Ian como si fuera muy, muy estúpido.

Ian se limpia la mano en el abrigo, sintiendo el bulto de su móvil. Por fin tiene algo con lo que negociar.

—Si quieres llamar a tu madre cuando llegues donde sea que vayas, tendrás que llevarte mi teléfono. Y yo no voy a ningún sitio sin mi teléfono —explica, deteniéndose para asegurarse de que sigue la lógica—. Además, no deberías estar merodeando sola en la oscuridad.

—No debería ir a ningún sitio con extraños —responde Faith, mirando al suelo.

—¿No he estado suficiente tiempo por aquí como para que no me consideres un extraño? —dice Ian, riéndose.

—Mi mamá dice que eres una amenaza —responde Faith después de reflexionar un momento.

—¿Lo ves? No dice que soy un extraño —aclara, sacando el móvil y luego metiéndolo de nuevo en el bolsillo—. ¿Trato hecho?

—Supongo —murmura Faith.

Empieza a caminar con Ian a su lado. Ian piensa en todas las cosas que no tiene (los equipos de sonido y de cámara, sobre todo), pero una entrevista extraoficial es mejor que nada. Si descubre dónde está la trampa, la desvelará públicamente al día siguiente.

Han caminado sólo unos pocos minutos cuando Faith, sin aliento, se sienta sobre un tronco podrido. Le sorprende; pensaba que los niños tenían más resistencia. Intenta ver su cara con la luz de la luna que se filtra entre los árboles; parece pálida y fantasmal.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dice bajito—. Sólo estoy cansada.

—Deberías estar acostada. ¿Cómo has despistado a tu madre?

—Se está duchando.

Ian se sorprende.

—Una vez huí de casa, cuando tenía cinco años. Me escondí debajo de la

lona de la barbacoa durante tres horas antes de que me encontraran.

—Eso no es huir.

Su voz parece tan cansada, tan impregnada de sabiduría, que Ian siente de nuevo una punzada de culpabilidad.

—¿No te gusta ser... importante para tanta gente?

—¿Te gustaría a ti? —le responde Faith, mirándolo como si estuviera loco.

Bueno, en el fondo, sí le gustaría... por eso quiere aumentar su índice de audiencia, pero hay que reconocer que no todo el mundo persigue ese objetivo. Sin duda alguna, no una niña manipulada por las maquinaciones de otra persona. Se pregunta si puede convertir a Faith White en su aliada.

—Oye, ¿puedes ayudarme? —pregunta Ian, sacando una baraja de cartas de su bolsillo (el solitario a veces lo ayuda a pasar la noche)—. Estoy preparando un truco y no sé si lo hago bien.

Baraja las cartas y luego le pide que escoja una. Faith la saca del mazo; le resbalan las manos con los guantes.

—Bueno, ¿recuerdas la carta que has cogido? ¿Estás segura? Vuélvela a meter por ahí en medio.

Riendo, Faith hace lo que le piden. Ian da las gracias en silencio al tío Beauregard por enseñarle el único truco de magia que tuvo ganas de aprender. Baraja las cartas extraordinariamente bien, haciendo que pasen de una mano a otra, y luego le dice a Faith que dé un golpecito encima de la baraja.

—Es el siete de diamantes —le anuncia—. Ésa es tu carta.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta Faith, levantándola al tiempo que deja escapar un grito ahogado.

—Te contaré el secreto de mi magia si tú me cuentas el secreto de la tuya —le dice.

—Yo no sé hacer magia —responde la niña con expresión de derrota.

—Oh, yo no estoy tan seguro de eso —dice Ian, sentándose al lado de Faith y juntando las manos entre las rodillas—. Por ejemplo, ¿cómo curaste a tu abuela?

Puede sentir cómo se enfurece Faith.

—Ya no quiero saber cómo haces tu estúpido truco de cartas.

—¿Sabes? He conocido a otras personas que pensaban que podían curar.

Algunas eran sólo hipnotistas y convencían a los enfermos de que se encontraban mejor, cuando en realidad sus cuerpos no lo estaban. Otras realmente sí consiguieron que la gente se sintiera mejor, con un tipo de electricidad que tenían en la piel.

—¿Electricidad?

—Sí, una carga, como la descarga que te da a veces la tele cuando la tocas. ¿Sabes?

—Tócame —dice Faith, levantándose y alargando las manos, desafiante.

Lentamente, sin dejar de mirarla, Ian se acerca.

—Tienes que quitarte los guantes.

—No puedo —responde Faith con rapidez, escondiendo las manos detrás de la espalda.

Ian se encoge de hombros. «Lo sabía», piensa.

—No puedo de verdad —suplica Faith.

Hace mucho tiempo que Ian tuvo siete años. Intenta recordar lo que funcionaba en el recreo.

—Mentirosa.

—¡*No soy una* mentirosa! —insiste Faith, inquieta—. ¡Pídeme otra cosa!

—Vale.

Ian no está jugando limpio (por Dios, está engañando a una niña de siete años), pero en el fondo no se lo conoce por ser demasiado justo. Tiene a Faith justo donde quiere: volcada y entusiasmada, tan desesperada por tener la oportunidad de demostrar lo que vale que se equivocará y revelará la estratagema.

—Pídeme otra cosa —le implora de nuevo.

Ian piensa en todo lo que quiere saber: quién está implicado en el engaño, quién se beneficiará, cómo consiguieron burlar al personal médico. Sin embargo, cuando abre la boca, lo que pregunta le sorprende incluso a él.

—¿Qué aspecto tiene Dios?

Los labios de Faith se separan para iniciar la respuesta.

—Dios... —empieza, y luego se desmaya.

Con rapidez de reflejos, Ian alarga los brazos y sujeta a la niña antes de que se golpee la cabeza con el tronco, una roca o la raíz del árbol.

—Faith —dice, sacudiéndola suavemente—. ¡Despierta!

La tumba en el suelo con cuidado y comprueba su pulso. Aparta unas hojas de su cara.

Luego, al limpiarse las manos con la gabardina, se da cuenta de que están manchadas de sangre.

Con el corazón latiéndole violentamente, Ian comprueba su propio pecho y sus costados. Está bien, y ha examinado por encima el torso de Faith y no está herida. Su mirada recae sobre los guantes rojos, brillantes sobre la suciedad musgosa y las hojas esparcidas.

Con cuidado, le quita uno.

—¡Mierda! —resopla.

Coge a Faith en brazos y corre tan rápido como puede hacia Mariah White.

Mariah se está envolviendo el pelo mojado con la toalla cuando llaman al timbre; se abrocha el albornoz por la cintura y baja volando la escalera. Son las diez y media de la noche, por el amor de Dios. Su niña está durmiendo. ¿Quién se atreve a molestarlas a esa hora?

Al tocar el pomo, la persona al otro lado empieza a golpear más fuerte. Con la mandíbula tensa, Mariah abre la puerta de par en par. Mira fijamente a Ian Fletcher dispuesta a atacar, pero todas sus bravatas desaparecen cuando se percata de que Faith está sin fuerzas entre sus brazos.

—Oh... —dice la voz temblorosa de Mariah mientras se aparta para que Ian pueda entrar.

—Estaba en el bosque —explica Ian, observando cómo Mariah toca las sienes y las mejillas de Faith—. Está sangrando. Tenemos que llevarla al hospital.

Mariah se tapa la boca, ahogando un sollozo. Dobla la manga de Faith, esperando encontrar un corte en la muñeca, pero Fletcher le quita el guante.

—¡Vamos! —le dice—. ¿A qué espera?

—A nada...

Mariah sube corriendo al primer piso y se viste con lo que ya había puesto en el cesto de la ropa sucia. Coge el bolso y las llaves del coche a toda prisa del colgador que está al lado de la puerta de la entrada.

Al otro lado del jardín la mayoría de los reporteros se mueven curiosos; se

han levantado de su aburrida operación de vigilancia para ver ni más ni menos cómo Ian Fletcher llevaba a la niña a la casa. Las cámaras ya están grabando, las bombillas de los *flashes* empiezan a dispararse como petardos, y además se oye la cantinela de siempre de la gente que pide ayuda a voces a la inconsciente Faith.

Mariah abre la puerta trasera del coche para Ian, quien sin intercambiar ni una palabra sube al coche con Faith, meciéndola en su regazo. Mariah se coloca en el asiento del conductor, con las manos temblorosas sobre el volante, e intenta dar marcha atrás en la entrada sin atropellar a ninguno de los espectadores, que insisten en tocar el coche mientras pasa.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —pregunta Mariah, cruzando su mirada con la de Ian por el retrovisor.

—No lo sé.

Ian aparta el pelo de Faith de su frente; Mariah se percata del gesto.

—Creo que ya estaba herida cuando la encontré.

Mariah coge la curva grande de la colina. ¿Ha intentado suicidarse Faith? No le pregunta a Ian Fletcher lo que quiere saber: «¿Por qué estaba con ella? ¿Por qué no acudió mi hija a mí?».

Irrumpe en la entrada de emergencias del Centro Médico Connecticut Valley. Deja el coche en la curva y precede a Ian mientras se dirige hacia el edificio, hacia la enfermera de la recepción. Mariah está dispuesta a luchar para que den a Faith prioridad, pero la enfermera ve a la niña inconsciente y la sangre en el abrigo de Ian e inmediatamente pide una camilla y llama a un médico. Se llevan a Faith corriendo y Mariah casi no puede alcanzarlos.

No piensa en pedirle a Ian que la siga, pero no se sorprende cuando lo ve a su lado. Mariah casi no se da cuenta de cómo se balancea su cuerpo cuando cortan el resto del guante de la mano de Faith, de cómo alarga Ian los brazos para sujetarla.

—¿Constantes vitales?

—Presión: diez y seis; pulso débil.

—Analicemos la sangre. Quiero el tipo, un hemograma completo, un análisis toxicológico, los electrolitos.

—¿Cómo se llama? —pregunta el médico, mirando el formulario de Faith.

Mariah intenta hacer que su voz se oiga, pero no puede hablar.

—Faith —dice Ian.

—Bien, Faith —dice el médico a unos pocos centímetros de su cara—. Despiértate, cariño, hazlo por mí.

Mira a la enfermera.

—Ve a buscar vendas —le ordena, mirando luego a Mariah.

—¿Se ha tomado alguna pastilla? ¿Ha bebido algo de debajo del fregadero?

—No —susurra Mariah, asustada—. Nada de eso.

—Estaba sangrando cuando la encontré. Llevaba los guantes, así que al principio no me di cuenta, y luego se desmayó —explica Ian, aclarándose la garganta y mirando luego su reloj—. Hará una media hora.

—No hay síntomas ni de Kernig ni de Brudzinski —aclara un residente, pasando las manos por el pie de Faith.

—A mí esto no me parecen pinchazos —dice una enfermera.

El médico de turno se coloca al lado de Faith y empieza a apretarle el brazo.

—La hemorragia no se detiene. Quiero saber qué opina un cirujano especialista.

—¿Es usted el padre? —pregunta, mirando a Ian.

—Soy un amigo —responde éste, negando con la cabeza.

A Mariah le parecen buitres, lanzándose sobre el cuerpecito de Faith para intentar conseguir el trozo que queda intacto. Una enfermera levanta la mano derecha de Faith, apretando con fuerza el brazo, sobre la arteria axilar, y por un segundo Mariah aprecia un ápice de luz pasando por la herida, un pequeño y nítido túnel que le atraviesa la palma de la mano.

De repente, Faith patatea, agarrando al residente por el mentón.

—¡Noooo! —grita, intentando apartar sus brazos de las enfermeras que le están pinchando—. ¡No! ¡Me duele!

Mariah da un paso al frente, pero siente la mano de Ian sobre su hombro.

—Saben lo que están haciendo —murmura mientras el médico intenta calmar a Faith.

—¿Cómo te has hecho daño en las manos, Faith? —le pregunta.

—No me he hecho daño. No me he hecho daño en las... ¡Ay! Empezaron a sangrar de repente y las tiritas no se quedaban pegadas y... ¡Basta! ¡Mamá!

¡Haz que paren!

Haciendo caso omiso de Ian, Mariah corre hacia la camilla, colocando la mano sobre el muslo de su hija antes de que se la lleven.

—¡Salga de aquí! —grita el médico, con una voz apenas perceptible con los gritos de Faith.

Pero cuanto más la separan de Faith, más se intensifican los sollozos; pasan unos instantes antes de que se percate de que es ella quien está llorando, abrazada a Ian.

Existe una paz insular en los hospitales a medianoche, como si más allá de los gemidos, los suspiros y los pitidos silenciosos, la gente que aún deambula por los pasillos o que está sentada al lado de las camas estuviera unida por un mismo propósito. Puedes coincidir con una mujer en el ascensor e, inmediatamente, sentir su pena. Puedes estar de pie al lado de un hombre en la máquina expendedora de cafés y saber que acaba de tener un bebé. Quieres saber más sobre la historia de un extraño; sientes una conexión con esa gente, aunque en circunstancias normales te la cruzarías por la calle sin prestar atención.

Mariah e Ian están de pie como centinelas a los pies de la cama de Faith en el pabellón pediátrico. Duerme plácidamente, y sus manos vendadas desaparecen entre las sábanas blancas.

—Bastoncillos —murmura Ian.

—¿Cómo?

—Sus brazos parecen los bastoncillos que se usan para limpiar las orejas, porque están como hinchados al final.

Mariah sonríe, un movimiento tan insólito en esas últimas horas que siente cómo se le descompone la cara al hacerlo. Faith se da media vuelta y encuentra una nueva postura; Ian señala hacia la puerta, levantando las cejas interrogativamente. Mariah lo sigue y empiezan a caminar por el pasillo, pasando por delante del parloteo de la zona de las enfermeras y del ascensor.

—No le he dado las gracias por haberme traído a mi hija —dice, cruzándose de brazos y sintiendo frío de repente—. Y por no haber sacado su cámara para hacer fotos de Faith cuando ocurrió.

—¿Cómo sabe que no lo hice? —le pregunta Ian, mirándola fijamente.

Mariah tiene la boca y la garganta secas. Recuerda a Ian en el asiento trasero del coche, sujetando a Faith.

—Lo sé —dice.

Se han detenido delante de la zona de maternidad, donde los recién nacidos, envueltos en colores pastel, están uno al lado del otro, como si se tratara de productos alimenticios colocados en la estantería de una tienda de comestibles. Un bebé saca la mano de debajo de la sábana y despliega sus dedos como si fueran pétalos. Mariah no puede evitar reparar en que su palma es nueva, rosada y está entera.

—¿Usted cree?

Ian mira fijamente a los recién nacidos al tiempo que habla con ella. No es una pregunta que debería responder; no es un tema que haya que debatir con Ian Fletcher quien, a pesar de su comportamiento caballeroso de esa noche, seguirá siendo el enemigo mañana. Sin embargo, ha habido una conexión esas últimas horas, algo que le hace pensar en las arañas que colocan su fino hilo de seda a distancias increíbles, algo que le hace preguntarse si debe una respuesta a Ian.

—Sí. No sé lo que está viendo Faith, no sé por qué lo ve, pero creo que está diciendo la verdad.

—Me refiero a si cree en Dios —puntualiza Ian, moviendo la cabeza casi imperceptiblemente.

—No lo sé. Ojalá pudiera decir que sí. Ojalá fuera tan fácil.

—Pero tiene sus dudas.

—Como usted —dice Mariah, mirándolo.

—Sí, pero la diferencia es que si pudiera escoger, querría creer. Y yo no —responde, colocando la palma de la mano contra el cristal que tiene delante y mirando fijamente a los bebés—. Dicen que El crea a los hombres y a las mujeres, pero se puede observar, con el microscopio, cómo se fertiliza un óvulo. Cualquiera puede coger una mini cámara y observar cómo se dividen las células o se forma un corazón. Puedes ver cómo ocurre. ¿Y dónde está Dios?

Mariah piensa en el rabí Solomon y su camiseta *hippy*, negociando un camino entre la Biblia y la teoría del *Big Bang* para Faith.

—Quizá en el simple hecho de que ocurre.

—Pero estamos hablando de pruebas científicas —responde Ian, volviéndose.

Mariah considera las circunstancias que la llevaron a Greenhaven.

—A veces puedes ver cómo ocurren cosas delante de tus narices y aun así llegar a conclusiones erróneas.

Se miran fijamente por un momento. Mariah es la primera en parpadear.

—Seguramente querrá volver a casa. Duerma un poco.

Ian se da un masaje en el cuello y sonrío débilmente.

—Pues sí que quiero —añade, aunque no se mueve.

Mariah analiza a Ian Fletcher como mujer: su pelo negro y sedoso, tan liso que se le clava en la frente; su mano extendida sobre el cristal; la luz detrás de sus ojos azul claro.

—¿Qué era? —pregunta de buenas a primeras.

—¿Quiere decir antes de reencarnarme en un capullo? —pregunta Ian, riéndose.

—No —responde Mariah, ruborizándose—. Antes de ser ateo. Seguro que nació siendo algo; episcopalista, metodista o católico.

—Bautista. Bautista del Sur.

—Tiene voz para serlo —dice Mariah antes de poder autocensurarse.

—Pero no el estómago —añade Ian, apoyando el hombro contra el cristal y cruzándose de brazos—. No me gustó la idea de Cristo.

—Quizá tendría que haber probado con el judaísmo o el islam.

—No, no tiene que ver con lo del Mesías. Es la idea de que un padre, incluido Dios, pueda hacer sufrir a su hijo intencionadamente —explica, mirando fijamente a los bebés, acurrucados en fila—. No puedo rendir culto a alguien que permite que ocurra eso.

Mariah está tan sorprendida que se queda sin habla. Dicho así, ¿cómo puede alguien estar en desacuerdo? Intenta encontrar una respuesta, pero Ian le sonrío y eso dispersa todos sus pensamientos.

—Le diré en lo que creo —le revela dulcemente—. Creo que Faith se pondrá bien.

Se inclina hacia adelante y roza a Mariah en la mejilla con un beso antes de marcharse por el pasillo.

Siete

Todo aquel infierno se vino abajo.

JOHN MILTON,
El paraíso perdido

15 de octubre de 1999

Dos días más tarde Faith sigue en el hospital. En mi opinión, está bien, a excepción de las heridas abiertas de las manos; aunque, según ella, ya no le duelen. El doctor Blumberg, el cirujano, ha reunido a un grupo de expertos para poder diagnosticar a Faith. No puede darnos una respuesta clara y no quiere darle el alta hasta tenerla.

He intentado hablar con Colin, pero su buzón de voz sólo dice que se ha ido, sin especificar adónde. Lo he llamado varias veces, pero siempre oigo lo mismo.

Mi madre piensa que debería preocuparme por Faith y no por Colin. Ha pasado el día aquí con nosotras y quiere saber por qué tengo tanta prisa por marcharme a casa. En el hospital, al menos, los reporteros y los fanáticos religiosos no pueden ver a Faith.

Cuando he ido a casa para ducharme y cambiarme, he comprobado que la gente sigue allí; he visto la secta y también la Winnebago, aunque no hay ni rastro de Ian Fletcher. No me sorprende. Lo que sí me sorprende es que en sus

intervenciones televisivas en directo no haya hablado de las heridas de Faith.

—Mamá —lloriquea mi hija—. ¡Es la tercera vez que te llamo!

—Perdona, cariño. No te he oído —respondo, sonriendo.

—No, estás demasiado ocupada poniéndote melancólica —murmura mi madre.

—¿Qué quieres, Faith? —le pregunto, ignorando el comentario.

—Un polo, de fresa.

—Vale.

En vez de molestar a una enfermera, me dispongo a buscarlo en la nevera que está al final del pasillo. Cuando abro la puerta, me encuentro a Ian Fletcher discutiendo con un policía que está colocado estratégicamente para que los medios que puedan haber burlado la seguridad del hospital no acosen a Faith.

—Fe digo la verdad —reclama Fletcher—. Pregúntele y me dejará entrar.

—¿Qué me tiene que preguntar?

—Quería ver a la paciente —dice, sonriendo y señalándome un ramo de rosas.

—Mi hija no está despierta ahora mismo.

En ese preciso instante se oye la voz de Faith a través de la puerta entreabierta.

—¡Mamá! ¿Quién hay ahí? —pregunta, escabulléndose de la cama y sonrojándose al ver a Ian Fletcher—. Creo que tengo que darte las gracias por llevarme a casa la otra noche.

—No hace falta. Los caballeros como yo siempre estamos buscando a damiselas en peligro —responde Fletcher, abriéndose paso para llegar a la habitación y darle las rosas a Faith.

Faith se ríe y mi madre coge las rosas.

—¡Qué bonitas! —exclama—. Faith, ¿dónde quieres que las pongamos?

Encogiéndome de hombros para pedir disculpas al policía, regreso a la habitación del hospital y cierro la puerta.

—Aún no he conocido a ninguna mujer que no tenga debilidad por las flores —dice Ian.

—A mi madre le hacen estornudar —responde Faith.

—Pues lo tendré en cuenta —dice Fletcher, mirándome—. ¿Qué tal está?

—Mucho mejor.

—Sí —dice sin dejar de mirarme—. Tiene muy buen aspecto.

Nos interrumpe mi madre, al pasar entre nosotros con un jarro lleno de rosas. Lo coloca en la mesita de noche e Ian se sienta en el borde de la cama.

—¿Te han dicho cuándo puedes volver a casa?

—Aún no —respondo.

—Quiero volver ahora —dice Faith—. Aquí huele mal.

—Huele a hospital —corroborra Ian—. Como si alguien siempre estuviera limpiando los servicios.

—¿Has estado alguna vez en un hospital?

—Sí, pero no porque yo estuviera enfermo —responde mientras el rostro se le ensombrece—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

Me mira y señala el pasillo. Asintiendo en silencio a mi madre, lo sigo. «Ya sé qué me contará ahora —me digo a mí misma—. Ahora es cuando me dirá que a pesar de su comportamiento ejemplar y las rosas amarillas, me prepare para ver a los cámaras listos para grabar el éxodo de Faith del hospital».

—¿Qué quiere?

Estamos muy cerca, cada uno apoyado contra un lado distinto del marco de la puerta.

—En realidad... —empieza Ian, aclarándose la garganta.

—Señora White. Me alegro de que esté aquí. Me gustaría hablarle sobre Faith. ¿Por qué no me acompaña y nos sentamos al final del pasillo?

El sonido de la voz del doctor Blumberg me sobresalta. De algún modo, sé que son malas noticias; los médicos siempre quieren contar algo malo cuando te invitan a sentarte. Si Faith estuviera bien, habría ido directamente a la habitación. Me dirá que Faith tiene cáncer, que le quedan tres semanas de vida, que de alguna manera es culpa mía. Sí hubiera sido una madre más competente, me habría percatado de algo antes; un bulto detrás del oído, que el corte de la rodilla se le curaba muy lentamente.

—Mariah —me pregunta Ian en voz baja—. ¿Me permite acompañarla?

Mira hacia el pasillo por el que el médico ya ha empezado a caminar, y luego me mira a mí de nuevo. Me pregunta mil cosas, me pilla en mis peores momentos, pero a la vez me ofrece su brazo para que no me tiemblen tanto las

piernas. No debería estar al tanto de esto, pero estuvo con Faith cuando ocurrió; ha visto todo lo que hay. Necesito tanto apoyo que no razono bien.

—De acuerdo —susurro aturdida mientras empezamos a caminar juntos.

A mí lado, Ian está jugueteando con algo, pero no lo miro. No quiero ver si es una cinta o una libreta. Me cuesta mantener los ojos al frente, pero cuando el doctor Blumberg le pide a Ian que le preste el bolígrafo, despierta mi interés. Saca un paquete envuelto en un plástico de su bolsillo.

—¿Ven este bollo?

Es un bollo relleno de cereza y queso. El doctor Blumberg coge el bolígrafo de Ian y atraviesa el pastelito, por el envoltorio transparente y por todo el relleno, hasta llegar al otro lado después de atravesar la segunda capa de plástico.

—Éste es un buen ejemplo de traumatismo penetrante, de herida por punción —explica, devolviendo el bolígrafo a Ian, goteando y pegajoso, y señalando el agujero en el centro del bollo—. ¿Ven cómo ha quedado el bollo? ¿Ven cómo la capa de queso se mezcla con la de cereza? El relleno de cereza está rezumando. Un traumatismo penetrante en la mano desgarrar y deforma el tejido. Se aprecia piel desgarrada alrededor o en el interior de la herida, y los coágulos de sangre y el tejido dañado de las zonas contiguas cubren la herida. A menudo encontramos hematomas o huesos hechos añicos.

El doctor Blumberg me mira.

—Pero las heridas de su hija no son así.

—Quizá no fueran... traumatismos penetrantes —sugiero.

—Oh, sí que lo son. Atravesaron la palma limpiamente. Y la palabra clave aquí es «limpiamente». Las radiografías que tengo en mi oficina muestran unas heridas pequeñas perfectamente redondas, unos agujeritos perfectamente redondos en el tejido y los huesos... pero sin traumatismo.

—¿Y eso es bueno? —pregunto, completamente perdida.

—Es inexplicable, señora White. Me he pasado los últimos dos días, como bien sabe, consultando con mis compañeros el diagnóstico de Faith. Todos pensamos que no hay forma de que un objeto entre por un lado de la palma de la mano y salga por el otro lado sin causar daños importantes, o como mínimo sin rasgar tejido.

—Pero estaba sangrando y se desmayó por eso.

—Lo sé —dice el doctor Blumberg—. Sin embargo, las manos le sangraban lentamente. Al contrario de la laceración, no había perdido tanta sangre como para justificar la pérdida de conocimiento. Las heridas de su hija actúan como perforaciones... pero no lo parecen.

—No lo entiendo.

—¿Ha leído alguna vez algún caso de alguien que ha sufrido un traumatismo en la cabeza y de repente puede hablar en japonés o francés sin problema alguno? —pregunta el médico—. Se abren la cabeza contra un poste de teléfono y por algún motivo pueden entender un idioma que antes desconocían. No es algo que se vea todos los días, pero ocurre, y médicamente es muy difícil de explicar.

Respira profundamente.

—Después de considerar el caso con atención, varios médicos y yo mismo pensamos que quizá Faith se hiciera daño en las manos con algo... o que simplemente le empezaron a sangrar.

—Está autenticando estigmas —dice Fletcher, silbando bajito a mi lado.

—No estoy diciendo que éste sea el diagnóstico concluyente por ahora —insiste el médico con vehemencia.

Ahora intervengo yo:

—¿Estigmas?

El doctor Blumberg duda, obviamente incómodo.

—Como sabe, supuestamente los estigmas son réplicas de las heridas de la crucifixión de Cristo, señora White, casos médicamente inexplicables en los que la gente sangra por las manos, los pies y los costados sin presentar ningún traumatismo en el cuerpo. A veces acompañan al éxtasis religioso. A veces esas heridas desaparecen y vuelven a aparecer; a veces son crónicas. Se dice que casi siempre son dolorosas. Parece ser que hay varios casos históricos en los que los médicos han llegado a este diagnóstico.

—¿Me está diciendo que mi hija...? No.

Faith no está en éxtasis religioso, o lo que sea. ¿Y por qué iba a tener las heridas de la crucifixión si no sabe lo que eso significa? Me encojo de hombros.

—Esos casos históricos... ¿cuándo han ocurrido?

—Hace cientos de años —reconoce el doctor Blumberg.

—Estamos en 1999 —digo—. Esas cosas ya no ocurren. Se ha demostrado científicamente que esos fenómenos son falsos con las radiografías y las pruebas de carbono.

Miro a fan Fletcher.

—¿No es así?

Pero por primera vez no dice nada.

—Quiero ver las manos de Faith —declaro.

Asintiendo, el doctor Blumberg se levanta y se dirige de nuevo a la habitación de mi hija.

—Cariño —digo alegremente mientras sigo al médico y cruzo la puerta de vaivén—. El doctor quiere examinarte.

—¿Y luego podré irme a casa?

—Ya veremos.

Me sitúo junto al doctor Blumberg mientras desovilla las gruesas vendas. Se las han cambiado a diario, pero después de lo que ocurrió con Faith en emergencias, el personal médico hace lo posible para evitar que pueda ver las heridas. Tirando de la gasa con cuidado con unas pinzas, el médico enciende un flexo que está al lado de la cama y cambia de posición para que Faith no pueda ver las heridas. Retira las últimas vendas de la mano derecha de mi hija.

Tiene sólo un par de milímetros de ancho, pero el agujero está ahí. La piel que rodea los bordes es de color lila y está magullada; se ven como flechas de sangre seca radiando hacia afuera. Faith dobla los dedos y, dentro, puedo ver el destello de un hueso fino como una aguja, aunque la herida ya no sangra.

El doctor Blumberg explora los bordes de la herida. De vez en cuando Faith se estremece, y en un momento dado el médico se aparta sin darse cuenta y Faith consigue ver su propia herida. Levanta la mano a la altura de la cara, mirando por el agujerito de luz que viene del otro lado, mientras todos contenemos la respiración.

Entonces empieza a gritar.

El doctor Blumberg llama a una enfermera e Ian Fletcher y mí madre forcejean para mantener a Faith en la cama.

—Faith —la tranquilizo—. No pasa nada. El médico te curará.

—Mamá, ¡tengo la mano agujereada! —grita.

Una enfermera llega corriendo a la habitación con una bandeja de polietileno y una jeringa. El doctor Blumberg coge el brazo de Faith con fuerza y clava la aguja en su enjuto bíceps. Después de un momento de forcejeo, se queda sin fuerzas.

—Lo siento —murmura el médico—. Creo que debería continuar en el hospital y sugiero que vaya al departamento de psiquiatría.

—¿Cree que está loca? —digo, levantando la voz como una histérica—. Ya le ha visto la mano. No se lo está inventando.

—No he dicho que esté loca, pero el cerebro es un órgano muy poderoso. Puede hacer que una persona enferme tanto como un virus. Y, sinceramente, desconozco el protocolo para este tipo de situaciones. No sé si la mente puede hacer que el cuerpo sangre.

—Tiene sólo siete años. ¿Por qué iba a querer hacer eso? —digo con los ojos anegados en lágrimas.

Me siento al lado de Faith en la cama del hospital, alisándole el pelo mientras se le relajan las facciones por el sueño. Abre la boca y le sale una burbuja entre los labios. A mis espaldas oigo cómo el médico habla en voz baja con mi madre. Oigo cómo la puerta se abre y se cierra dos veces.

Las niñas pequeñas sueñan con ser princesas, con tener ponis, con llevar joyas y vestidos de baile. No sueñan con sangrar sin motivo alguno, sólo para ser como Jesús.

La voz de Ian Fletcher suena tranquilamente a mi lado.

—Una vez entrevisté a una monja —dice—. Tenía setenta y seis años; era una carmelita. Había estado en el claustro desde que tenía once años. Según la reverenda madre, la hermana Mary Amelia había sido bendecida con estigmas.

Lentamente, me vuelvo para mirarlo a los ojos.

—Todo el mundo pensaba que era un milagro, hasta que descubrí un corchete utilizado para arrancar puntos en el dobladillo del hábito de la hermana Mary Amelia. La línea que separa el éxtasis y la locura religiosa parece ser muy sutil.

«Crees que es autoinfligido». No tengo que pronunciar las palabras; sabe lo que estoy pensando.

—Las manos de la hermana no tenían nada que ver con las de Faith.

—¿Qué quiere decir?

—Que esto es distinto. Eso es todo —responde, encogiéndose de hombros.

Bien mirado, Allen McManus cree que el trato le beneficia. Una *pizza* de salchichón a la pimienta y un paquete de seis cervezas para el joven Henry, quien trabaja a tiempo parcial en la producción de *The Globe*, para que a cambio acceda al ordenador y consiga entrar en el sistema para conseguir información privilegiada sobre la familia White.

—¿Por qué estás tardando tanto? —le pregunta Allen, moviendo con cautela una prenda de deporte sudada para poder sentarse en el borde de la cama de la habitación de Henry.

—Mi módem sólo tiene 28,8 Kbps —dice Henry—. Tranquilízate, tío.

Sin embargo, Allen no puede tranquilizarse. Cuanto más sabe, más inquieto está. Últimamente ha estado recordando citas del Apocalipsis, historias horribles que les contaba la hermana Thalomena en quinto sobre pecadores que iban al infierno. Hace años que no se ha confesado ni comulgado; la religión para Allen siempre estará marcada por la bestialidad de las monjas que le dieron clases en el colegio privado religioso. Sin embargo, el catolicismo está profundamente arraigado en él y esa niña le ha hecho reconsiderar sus opciones. ¿Y si todos esos años hubiera estado equivocado? ¿Cuántos avemarias y padrenuestros tendría que rezar como castigo por haberle dado la espalda a Dios?

De repente, la pantalla del ordenador empieza a mostrar información sin parar.

—Compras con tarjeta de crédito. Ésta es la tarjeta de la señora.

Allen se inclina hacia adelante. Muchas tiendas de comestibles, tiendas de ropa infantil, un par de compras por catálogo de L. L. Bean. Nada sospechoso.

—Madre mía. Incluso lo liquidan todo a final de mes.

—Ella sí. Veamos qué hace el marido.

Los dedos de Henry planean sobre el teclado, y se detienen cuando aparece en la pantalla una tarjeta *American Express*. Lentamente, silba.

—Parece que al señor White le gusta alternar cuando se va de viaje. Mira esto. Lily's Palace of Dancing.

—Bueno, engaña a su mujer. ¿Y qué? —responde Allen, gruñendo.

La infidelidad normalmente no te lleva a querer que tu hija sea un falso Mesías. Haces algo así para quedar mejor o llamar la atención, o porque estás

como una cabra.

—¡Bingo! —grita Henry—. La búsqueda legal ha dado con un nombre. Es de los archivos del Departamento del Estado de New Hampshire. Los tribunales archivan todos los mandamientos judiciales y chorradas así; archivan casi cualquier cosa que caiga en las manos de un juez. Aquí parece que el señor White intentó encerrar a su señora. No, me corrijo: parece que lo consiguió.

—Déjame ver —dice Allen, sentándose y mirando la página—. ¡La madre de Dios! La encerró en un hospital psiquiátrico.

Mira por encima la sentencia que internó a la mujer en Greenhaven, y las repetidas vistas de Millie Epstein para intentar que dieran el alta a su hija.

Henry se tumba en la cama, quitándose un trozo de salchichón que tiene entre los dientes.

—El mundo está lleno de tarados, tío.

Sin embargo, Allen ya no lo está escuchando. Un hospital psiquiátrico. Esto sí que tiene sentido. Las niñas de siete años no empiezan a hablar con Dios por las buenas; alguien las incita a hacerlo. Y alguien que se ha pasado de la raya una vez, piensa, puede hacerlo de nuevo.

Levantándose de la silla, Allen mete la mano en una bolsa de papel para coger una cerveza Rolling Rock y le lanza otra a Henry.

—Guay —dice Henry—. ¿Qué estamos celebrando?

—El ateísmo —responde Allen, sonriendo lentamente.

De alguna manera ha corrido la voz por todo el hospital de lo que le ha pasado a Faith. Las enfermeras llegan con el pretexto de controlar a Faith, pero acaban sentándose a su lado y hablando con ella y, en un caso, incluso dándole una medalla de san Judas para que la sujetara con sus manos enguantadas un momento.

Faith parece no saber qué hacer. Cuando está despierta, responde educadamente a las preguntas sobre el colegio y sobre sus películas favoritas de Disney; cuando está dormida, esos extraños le tocan el pelo y las mejillas, como si ese pequeño contacto pudiera protegerlos.

Mi madre ha estado nerviosa todo el día.

—Esto no significa nada —le explica a cualquiera que escuche—. Estigmas, estigmas... ¿Los judíos han esperado al Mesías cinco mil setecientos años y ahora vamos a empezar a creer en Jesús?

En un momento dado, cuando Faith está dormida, me lleva a un rincón.

—¿No te molesta lo que está ocurriendo con Faith?

—Pues claro que me molesta —le susurro con vehemencia—. ¿Crees que quiero que pase por todo esto?

—Me refiero a esta cosa católica. ¡Católica! ¡Por el amor de Dios! Y toda esta gente paseando por aquí como si Faith fuera una especie de santa.

—Que sangre por las manos no la convierte en católica.

—Espero que no —responde mi madre, asintiendo enérgicamente.

Esta tarde ocurre algo bueno: mi madre está en la cafetería, buscando gelatina para Faith, cuando el padre MacReady entra por la puerta.

—Charlotte —le dice a la enfermera que está cepillando a Faith (y recogiendo pelos cuando piensa que no la veo)—. ¿Cómo está? ¿Y los niños?

—Estamos bien, padre —dice la enfermera—. Supongo que se ha enterado de lo que está ocurriendo, ¿no?

—Uno de los voluntarios del hospital trabaja en administración en la iglesia —responde el sacerdote, esperando a que la enfermera se vaya y sentándose luego en la silla que ha dejado vacía—. Hola, soy el padre MacReady.

—¿Por qué llevas esa cosa blanca en el cuello? —pregunta Faith.

—Es una camisa especial que indica que trabaja en una iglesia —le explico.

—Pensé que era el padre de alguien —responde Faith, frunciendo el entrecejo.

—Sí, es verdad que confunde —dice el sacerdote, sonriendo y levantando con suavidad la mano vendada de Faith—. Me han dicho que hablas con Dios. A mí también me gusta hacerlo.

—¿También ha hecho que te dolieran las manos?

Miro fijamente a Faith. No sabía que ese Dios suyo le contaba lo que le sucedería. Hasta ahora no se me había ocurrido preguntárselo.

—No, Faith —responde el sacerdote—. Dios no ha hecho que me dolieran las manos.

Me parece percibir cierto pesar en su voz.

En ese preciso instante entra mi madre con una bandeja de gelatina de limón.

—Hoy no había gelatina de color rojo, Faith, pero... ¡oh!

Su mirada recae sobre el sacerdote.

—Ya empezamos —dice con amargura.

—Usted debe de ser la señora Epstein —deduce el padre MacReady—. Es un placer conocerla.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —responde mi madre, frunciendo los labios.

—¡Mamá!

—Bueno, digo la verdad. Ahora vivo la vida al momento y no voy a tratar de quedar bien con un hombre que quiere convertir a mi nieta.

—Créame, no tengo ninguna intención de convertir a su nieta.

—¡Claro que no! Porque cree que ya está casi hecho, con lo de la sangre de las manos. ¡Estigmas! ¡Madre de Dios!

—Mamá, ¿puedes vigilar a Faith y ayudarla con la gelatina? —le pregunto, poniendo los ojos en blanco y cogiendo al sacerdote por el codo.

—Sí —contesta mi madre—. Y mientras tanto aprovecha para desembarazarte de él.

En cuanto el padre MacReady y yo estamos en el pasillo, me disculpo.

—Lo siento. Mi madre no lo está llevando muy bien.

—¿Y usted?

—Aún me estoy haciendo a la idea de que Faith habla con Dios y ahora ocurre esto, que es aún más increíble, y no consigo entenderlo.

—Los estigmas, si eso es lo que tiene, son un regalo —dice el padre MacReady, sonriendo.

—Pues menudo regalo. Le duelen constantemente y la han convertido en una especie de espectáculo.

Ahora entiendo por qué la palabra «estigma» significa «señal en el cuerpo» y también «deshonra».

—Hay millones de personas que dirían que su hija ha recibido una bendición.

—Pues ella no cree que sea una bendición —respondo avergonzada y con

voz temblorosa—. ¿Sabe que se puso guantes cuando le ocurrió? Le dio vergüenza enseñarme que estaba sangrando.

—No sé mucho de estigmáticos, pero sé que no muestran sus heridas a la gente. Las esconden —dice el padre MacReady, interesado con ese detalle.

Después de un momento de silencio, dejo de andar. Hemos caminado hasta el final del pabellón de pediatría, y estamos en la zona de neonatos, donde estuve con Ian Fletcher.

—Tengo que confesarle algo.

—Eso es lo que quiere hacer la gente conmigo normalmente.

—Una vez me colé en un confesonario.

—¿Una confesión sobre un confesonario? —se ríe el padre MacReady.

—Sólo tenía diez años. Quería ver cómo era, pero creí que saltaría alguna alarma o algún sensor que denotaría que no era católica.

—No, son los protestantes los que tienen la buena tecnología —responde, apoyándose contra la pared y sonriendo abiertamente—. De hecho, siempre he admirado a los judíos por su falta de confesión. Dígaselo a su madre, por cierto.

—Lo haré.

—Verá, un pecador católico confiesa, reza unas cuantas oraciones y queda libre de culpa. En cambio, los judíos llevan la culpa a rastras como si de camellos se tratara, para siempre. ¿Qué sistema cree que es más disuasorio? —explica el padre MacReady, adoptando luego una expresión más grave y dándose media vuelta—. No sé si Dios está hablando con Faith, señora White, pero me gustaría creerlo. No me importa lo que digan otros clérigos; nunca he creído que el espíritu provenga de la religión. Proviene de nuestro profundo interior y atrae a la gente hacia nosotros, que es precisamente lo que hace su hija. Es cierto que no se trata ni del día del Juicio Final ni hay ningún lago de fuego delante de la plaza del ayuntamiento ni ningún Libro de la Vida con una lista de nombres. Se trata de una niña judía con heridas que pueden ser estigmas, y además parece ser que ve a un Dios femenino. Pues tengo que decirle que no me parece tan sorprendente, aunque mis superiores seguramente no estén de acuerdo. Quizá se trate de la idea que tiene Dios de ganar la lotería: la mejor manera de llegar a muchas personas distintas para que le rindan culto; de hecho, para que todas ellas le rindan culto.

—Pero Faith nunca dijo que quisiera hacerlo —digo—. No es la salvadora de nadie ni una mártir. Es sólo una niña asustada.

—También es la hija de Dios, Mariah —añade el padre MacReady, mirándome largo rato.

—¿Sabe? Ahí es donde se equivoca —concluyo, cruzándome de brazos para disimular que estoy temblando.

El padre MacReady cierra la puerta que se encuentra entre la casa del párroco y sus dependencias privadas. Camina lentamente hacia la cocina y se sienta delante de la mesa rayada, mirando cómo un fino rayo de luz juega con las motas de polvo. Se lo piensa mejor y se levanta para coger una botella de cerveza de la nevera. No suele beber en exceso, pero le apetece servirse su cerveza de la cena ahora, a media tarde.

Lo peor de todo es que al padre MacReady realmente le cae bien Mariah White.

Sin embargo, también ama realmente su iglesia.

—No se lo estoy haciendo a ellas —murmura—. Lo estoy haciendo *para* el resto de la gente.

Luego se acaba toda la cerveza.

En los muchos años que ha sido sacerdote ha asesorado sobre visiones dos veces. La primera fue en Vietnam, con un soldado que decía que la Virgen María se le había aparecido en la jungla. La segunda vez fue mucho más inquietante. Se trataba de una chica de dieciséis años de un barrio pobre que afirmaba que el Espíritu Santo la había fecundado. Ese día el padre MacReady llamó a las autoridades, que esperaron sin respirar hasta el día que la chica dio a luz a un bebé normal y corriente, con un ADN que se correspondía con el del director de la coral recientemente contratado.

Jamás se ha enfrentado a un caso de estigmas.

Con un suspiro, saca un libro desgastado que está debajo del teléfono en una estantería y busca el número de la cancillería de Manchester.

Del Boston Globe, 17 de octubre de 1999

La madre de la visionaria está «mentalmente desequilibrada».

New Canaan, N. H. Si lo ves, vendrán.

Éste debería ser el lema de la niña de siete años de New Canaan que supuestamente ve a Dios. Los piadosos y los fisgones se han ido en manada al pequeño pueblo de New Hampshire para ver fugazmente a la niña que puede hacer milagros.

Sin embargo, la raíz de estas visiones celestiales puede ser mucho más terrestre de lo que se imaginan estos curiosos. Algunas fuentes nos han revelado que la madre de la niña fue hospitalizada a causa de una enfermedad psiquiátrica hace varios años. Un psiquiatra que antes trabajaba en la institución privada Greenhaven, quien desea mantenerse en el anonimato, ha confirmado que Mariah White fue paciente en Burlington, Vermont, durante cuatro meses en 1991. Al preguntarle sobre la naturaleza de su enfermedad, el psiquiatra no quiso hacer ningún comentario.

Según el doctor Josiah Hebert, jefe del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Harvard, algunos de los delirios psicóticos más comunes entre los adultos están relacionados con la religión.

«Aunque la señora White tuviera alucinaciones sobre Dios cuando estuvo enferma, su hija no tiene por qué experimentar lo mismo —ha afirmado el doctor Hebert—. Sin embargo, en una relación normal entre padres e hijos, la aprobación de los padres es esencial, y los comportamientos para conseguirla son infinitamente distintos. Lo que tenemos quizá no sea el caso de una visionaria, sino el de una niña que intenta atraer la atención de su madre desesperadamente».

Al preguntarle sobre los supuestos milagros obrados por la niña, el doctor Hebert le ha quitado importancia a estos fenómenos, que considera «eventos más allá de la lógica y de la ciencia».

En cuanto a la publicidad que se está dando a las visiones de la niña, Hebert recomienda prudencia.

«No hay que creer las afirmaciones de una niña sin examinar su educación y formación, que en este caso puede ser más anormal que paranormal».

Cuando menos me lo espero, el rabí Daniel Solomon se escabulle entre mis defensas.

Acabamos de llegar a casa, puesto que el doctor Blumberg le ha dado el alta a Faith esta misma tarde; Faith se ha ido a la cama y estoy lavando los platos de la cena cuando llaman a la puerta. Estoy tan sorprendida de que el

rabí Solomon haya conseguido burlar a la policía que está fuera que me aparto y lo dejo pasar antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Tiene los ojos desorbitados y está desaliñado; su larga coleta está despeinada y lleva un *dashiki* atado a la cintura. Nervioso, toquetea una sarta de cuentas de color ámbar que cuelgan de su cuello.

—Lo siento —dice—. Supongo que debe de ser una mala hora...

—No, no —murmuro, señalando su ropa—. Es lo menos que puedo hacer por alguien que consigue aguantar el acoso de las masas de ahí fuera.

Se mira la camisa y los vaqueros llenos de barro como si estuviera sorprendido de encontrárselos en ese estado.

—No nos llaman el Pueblo Elegido porque sí —bromea, mirando hacia las escaleras.

—Está durmiendo —digo, notando cómo mi rostro se tensa inmediatamente.

—De hecho, he venido a verla a usted. ¿Recibe *The Boston Globe*? —¿El periódico?— pregunto como una boba.

¿Habrá tenido la osadía de hablar públicamente de Faith? Con enfado, cojo la copia que él me tiende. Allí, en la página cuatro, hay un titular que me mira a la cara: «La madre de la visionaria está “mentalmente desequilibrada”».

Si uno oculta algo del pasado, se pasa cada minuto del futuro construyendo una pared para que el monstruo resulte más difícil de ver. Te acabas convenciendo de que la pared es robusta y gruesa, y cuando un día te levantas y el horrible monstruo no te viene a la cabeza inmediatamente, te concedes la libertad de fingir que se ha ido de verdad. Sin embargo, sólo he conseguido que ahora me resulte todo más doloroso, y me doy cuenta de que la pared de cemento en realidad es tan transparente como el cristal, y el doble de frágil.

Me siento, hundida, en las escaleras.

—¿Por qué me ha traído esto?

—Tarde o temprano lo habría visto. Cuando lo leí, pensé que traerlo aquí en persona sería un *mitzvah*. Me imaginé que sería más fácil recibir malas noticias de un amigo.

¿Un *amigo*?

—Me hospitalizaron —me oigo a mí misma reconocer—. Mi marido me

ingresó después de que intentara suicidarme, pero no estaba psicótica como dice este... idiota de Hebert. Nunca tuve alucinaciones sobre Dios, y seguro que no se las transmití a Faith.

—Jamás he pensado que lo hiciera, señora White.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —pregunto amargamente.

El rabí Solomon se encoge de hombros.

—Existe una teoría que dice que hay treinta y seis personas en cada generación que realmente son gente honrada. Se llaman *lamed vavnik*; *lamed* significa «treinta» y *vav* «seis». Normalmente son personas tranquilas, amables, a veces incluso indoctas; o sea, son similares a su niña. No se hacen notar. La mayoría de la gente no los conoce, pero existen, señora White. Hacen que el mundo siga su curso.

—Lo dice como si supiera a ciencia cierta que Faith es una de ellas.

—Sé que el mundo ha existido durante mucho tiempo. Y sí, me gustaría creer que Faith es una de ellas —responde mientras, arriba, el reloj del pasillo repica—. ¿A usted no?

Monseñor Theodore O'Shaughnessy no consigue encontrar un momento para devolver la llamada al padre MacReady hasta la noche siguiente. Ha estado ocupado desenmarañando varias pesadillas administrativas en su pequeña diócesis: supervisando las desgracias fiscales de los colegios privados religiosos y los hospitales católicos, investigando primas de seguros competitivas y dedicando un tiempo excesivo a un desagradable juicio sobre un sacerdote de Manchester y un grupo de preadolescentes en un retiro del verano de 1987. Se sienta en su butaca de orejas preferida, de piel agrietada color marrón, coge el trozo de papel con el mensaje del padre MacReady y marca el número.

—¡Joseph! —dice jovialmente cuando el sacerdote responde al otro lado de la línea—. Soy monseñor O'Shaughnessy. Hacía bastante que no hablábamos, ¿verdad?

De hecho, hace muchísimo. Monseñor tiene una cara en mente, pero no sabe si pertenece al padre MacReady de New Canaan o al padre MacDougal de New London.

—Me han dicho que quería hablarme de una misión.

—No, padre. De una *visión*.

—Ah. Creo que Betty es un poco mayor para hacer de secretaria. En realidad, no oye casi nada, pero no podría soportar que se marchara. ¿Así que se trata de una visión? ¿Cómo una aparición?

Una cosa es una misión, como por ejemplo construir casas para la ONG Hábitat para la Humanidad, que incluso podría contrarrestar la mala prensa que tiene la diócesis con el juicio del abuso sexual, y otra es esto, que... bueno, sólo empeorará la situación.

—¿Qué tipo de visión?

—Hay una niña en el pueblo, una niña de siete años, que según parece ve a Dios —explica MacReady, dudando un momento y antes de proseguir—. Técnicamente es judía.

—Entonces no es nuestro problema —dice monseñor, muy aliviado.

—Quizá presente también estigmas.

Monseñor O'Shaughnessy piensa que su semana ya ha sido demasiado dura.

—¿Sabe lo que haremos? Llamaré al obispo Andrews. Esto queda fuera de mi alcance.

—Pero...

—No hay peros que valgan —dice monseñor magnánimamente—. Será un placer.

Cuelga antes de que el padre MacReady pueda decirle que Dios, para Faith White, es una mujer. Espirando con fuerza, Joseph vuelve a colocar el teléfono en su sitio y piensa que, después de todo, quizá no esté tan mal haberlo omitido.

17 de octubre de 1999

Lo que más le gusta a Colin White de Las Vegas es que sus calles siempre están vivas. Como representante, ha estado en Washington, Seattle, St. Paul y San Diego. Todas estas ciudades quedan muertas a medianoche, pero Las Vegas vibra como si fuera una arteria; te abduce, te seduce.

Lo que menos le gusta a Colin White de Las Vegas es que no puede dormir bien por la noche. No sabe si es porque la ciudad está llena de vida al otro lado de la ventana del hotel, con las luces de neón de los casinos creando una especie de día artificial, o porque no puede acostumbrarse a que su nueva mujer se mueva en la cama durante toda la noche. O porque está pensando en Faith, en cómo la ha dejado colgada, en qué tipo de padre lo convierte eso.

Deja a Jessica disfrutando de su sueño y se va al salón contiguo de la *suite*, permitiendo que sus ojos se adapten a la oscuridad. Hay una manzana medio mordida de la cesta de frutas de obsequio sobre el brazo del sofá. Suspirando, Colin se hunde entre los cojines y muerde el corazón, royéndolo mientras apunta al televisor con el mando a distancia.

Están dando una telepromoción para ir de vacaciones a New Hampshire. Colin mira fijamente la estela de colores otoñales y el perfil de Man in the Mountain, con sus empinadas pistas de esquí. Con una punzada de añoranza, deja la manzana y se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas.

Sabe que disgustaría a Jessica y por eso no lo hace, pero él acortaría la luna de miel. Hay muchas cosas que tiene que solucionar de su vida anterior antes de continuar con la nueva. Le gustaría disculparse con Mariah porque jamás tendrían que haber vivido juntos. Le gustaría sentir el peso de Faith en sus brazos y oler el dulce perfume de su pelo cuando la arroja en la cama. Le gustaría ser capaz de decir la palabra «familia» sin sentir un nudo en el estómago.

Por la tele muestran una vista aérea del hotel Mount Washington.

Colin coge el teléfono y marca su antiguo número antes de darse cuenta de que en New Hampshire son las cuatro y media de la mañana. Cuelga. Seguro que Faith ahora está durmiendo.

La conocida sintonía del programa «Hollywood Tonight!» inunda la pequeña habitación. Es normal que den esta porquería a medianoche. Se tumba en el sofá y cierra los ojos, abriéndolos sólo un poquito cuando oye la voz de Petra Saganoff. Quizá esté cansado, pero no muerto.

Su voz tomada lo envuelve como una sábana, mientras un titular azul brillante llena la pantalla: ¿LA SANTA MÁS JOVEN?

—Como pueden ver, hoy estamos *in situ*, tras la historia que empezó la semana pasada con Rafael Civernos, el bebé que tenía el sida y que fue

milagrosamente curado después de jugar con una niña en el jardín que tengo justo detrás de mí —dice Saganoff.

Entornando los ojos, Colin intenta entender qué le resulta tan familiar de Petra Saganoff; no es algo concreto.

—«Hollywood Tonight!» ha descubierto que la taumaturga de siete años ha tenido que ser hospitalizada debido a una dolencia misteriosa e inexplicable —continúa mientras cambia la secuencia para mostrar fotografías de vidrieras de colores—. Durante siglos, los santos cristianos han manifestado éxtasis religioso con estigmas, heridas médicamente imposibles de explicar en las manos, los costados y los pies, similares a las de Jesús en la cruz.

La voz en *off* de la periodista empieza a arrullar a Colin.

—Se trata de una prueba más que hay que añadir a la larga lista de pruebas de que Dios ha tocado de algún modo a esta niña de New Hampshire —explica Petra Saganoff de nuevo en pantalla, de pie delante de una pared de piedra repleta de gente con mantas, sacos de dormir, flores, rosarios y cámaras—. Como puedes ver, Jim, la aceptación pública de las afirmaciones de la niña crece hora tras hora. Ahora mismo hay más de doscientas personas que conocen sus visiones y milagros y, de algún modo, quieren ponerse en contacto con ella.

La pantalla vuelve a mostrar a la presentadora de «Hollywood Tonight!».

—¿Sabes algo sobre el estado de salud de la niña hasta la fecha?

—Sabemos que ha regresado a casa y ya no está en el hospital, Jim. Ahora veremos si esta diminuta sanadora podrá curarse a sí misma. Petra Saganoff, New Hampshire, «Hollywood Tonight!».

Colin se sienta porque de repente entiende el motivo de que todo le resulte tan familiar: Petra Saganoff está en el extremo derecho de la entrada de su casa.

18 de octubre de 1999

—¿Sabes qué? —interrumpe Ian, dejando a David con la palabra en la boca—. No me importa una mierda. Lo único que sé es que tu trabajo es decirme lo que ocurre en las páginas del *Boston Globe* y has conseguido pasar por alto

este chisme crucial.

Va subiendo el tono de voz con cada palabra, y ahora tiene al joven David acorralado contra la puerta de la Winnebago. Coge el periódico del día anterior de la mano temblorosa de su ayudante, lo mira frunciendo el ceño y David sale huyendo de la caravana.

Ian se sienta en el incómodo sofá y lee por encima el pequeño artículo otra vez, buscando algo nuevo. Es un artículo que debería llenarlo de felicidad, porque hurga indirectamente en la credibilidad de Faith sin que él quede como un periodista sensacionalista. Allen McManus lo había hecho mejor de lo que Ian esperaba, no sólo porque había accedido a los archivos del mandamiento judicial del tribunal que encerró a Mariah, sino también porque había obtenido la confirmación de un psiquiatra de que Mariah había sido la paciente de un hospital psiquiátrico. Si se tratara de otro caso, Ian estaría llamando a McManus para invitarlo a participar en una rueda de prensa improvisada, y le sugeriría sutilmente otras maneras de poder calumniar a la familia White.

Sin embargo, Ian no deja de preguntarse por qué narices llamó anónimamente a la oficina de McManus.

Cierra los ojos y golpea la cabeza contra la pared de la Winnebago, intentando recordar cuándo se le ocurrió tramar ese plan. Ah, sí. Cuando Millie Epstein resucitó. Bueno, es excusable porque fue algo muy gordo. Para ser sincero, lo ha hecho cientos de veces. En su opinión, cuantas más dudas siembras, más seguidores recoges. El problema no es que motivara al reportero a seguir un rastro, sino que lo motivó a seguir el rastro de Mariah White.

La verdad es que le gusta. Sabe que no debería gustarle; sabe que interfiere con su juicio, pero no puede evitarlo. Si se tratara de atracción física, podría superarlo, pero va más allá. A veces ha deseado que Mariah no estuviera implicada en el caso, porque al final va a ser quien resulte herida. Este nuevo sentimiento lo hace estar muerto de miedo.

Una llamada a la puerta interrumpe sus pensamientos. Ian la abre, esperando encontrarse a un David arrepentido implorando por su puesto, pero se encuentra con alguien que no ha visto jamás. Es un hombre de mediana edad, con un poco de barriga y poco pelo, de color rubio. Lleva una chaqueta de béisbol que luce una mancha cerca de la cremallera.

—¡Hola! Veo que es uno de mis seguidores —dice el extraño.

Ian se mira la mano, que sigue agarrando el artículo del *Globe*.

—Allen McManus —dice el hombre, tendiendo la suya—. Es un honor conocerlo. He venido a continuar la historia y he visto la Winnebago, y... ¿qué más puedo decir? Supongo que nos interesa el mismo caso. Los genios pensamos igual.

—Y usted no lo es —responde Ian, ignorando la mano del hombre.

—Pero usted...

Le da la mano a McManus con fuerza, como si estuviera saludándolo con normalidad, aunque en realidad le está haciendo daño.

—Trabajo solo —le dice Ian descaradamente—. Y si algún día se atreve a insinuar que estoy de algún modo relacionado con toda esta basura que está publicando, encontraré tantos trapos sucios suyos que su jefe no le permitirá ni escribir el alfabeto, por no decir la sección necrológica.

Luego, con gran satisfacción, le cierra la puerta en las narices.

Cuando tenía siete años, Constantine Christopher Andrews se cosía trozos de alambre de espino en los forros de la ropa porque se imaginaba que la única manera de salir del barrio en el que había nacido y en el que probablemente moriría era hacer suficiente penitencia para que Dios reparara en él. Su madre, quien nunca se molestó en aprender inglés después de llegar en barco desde Sicilia, siempre supuso que se haría sacerdote (tenía esa premonición por el antojo en forma de cruz que tuvo en la barriga desde su nacimiento). Constantine creció escuchando lo de su inmediata ordenación tan a menudo que también él acabó aceptándolo como un hecho.

Amaba el catolicismo. Era una dosis semanal de color, brillo y grandeza en un gueto de inmigrantes muy pobre. Su dedicación fue debidamente recompensada, y subió los niveles de la jerarquía católica hasta tal punto que, en los últimos quince años, ha ejercido de obispo. Hace cinco años quiso retirarse, pero el papa no se lo permitió. Hace mucho tiempo que no se mezcla con los católicos de a pie, mucho tiempo que la religión para él sólo significa facilitar las cosas para poder recaudar fondos en las grandes campañas; tanto que cuando monseñor O'Shaughnessy ha llamado con la historia de una

supuesta estigmatizada, por un momento se ha quedado de piedra.

—¿De qué estamos hablando? —pregunta exasperado, porque aceptar esa llamada lo hará llegar tarde al desayuno del Museo Italiano, donde habrá algunos de los hombres de negocios católicos más ricos de Manchester—. ¿De las manos, los pies y los costados?

—Creo que sólo son las manos —dice monseñor—. Según parece la niña es judía.

—Bueno, pues ya está. Que los rabinos se encarguen de ella.

—Podrían, pero la prensa ya ha centrado su atención en la pequeña. Según el padre MacReady, hay unos trescientos católicos practicantes que ya han visitado su casa —explica, aclarándose la garganta—. También se habla de una supuesta resurrección.

—¿La prensa, dice?

El obispo Andrews considera la situación. Uno de los fenómenos que ha podido apreciar desde que es miembro de la jerarquía católica es que las donaciones a la Iglesia son mucho más frecuentes cuando se promueve la fe con unas buenas relaciones públicas. Si obtiene su objetivo de recaudación de fondos antes de diciembre, quizá consiga poder ir a jugar al golf a Scottsdale.

Desde hace mucho desea ser el obispo de una gran ciudad como Boston, y no de una pequeña y pobre diócesis del sur de New Hampshire.

—Este año he mandado a tres candidatos a St. John. Tendrían que analizar ellos el asunto para no tener que mandar a un sacerdote con este fin.

—Muy bien, Excelencia. Se lo comunicaré al padre MacReady.

El obispo cuelga el teléfono y luego llama al párroco del seminario de St John en Boston; habla del partido de los Celtics un rato antes de tratar el tema que le interesa, con el mismo encanto calculado que suele utilizar para estrechar la mano de la gente con entusiasmo fingido. En menos de diez minutos, el párroco ya le ha dado un nombre, que Andrews apunta en un trozo de papel y pasa a su ayudante. Cuando abandona su oficina, piensa si tomará gofres o tostadas, y ya ni se acuerda de la niña con estigmas.

Faith sabe que no va a ser un buen día porque su madre ha preparado crepes de plátano para desayunar. En general, le gustan las crepes, pero los

plátanos calientes huelen a pies y no puede evitar pensar que está comiendo calcetines sudados. A la hora de desayunar eso basta para hacer vomitar a cualquiera. Debe de haberle dicho a su madre miles de veces que no le gustan las crepes de plátano, pero ella casi nunca recuerda nada de lo que le dice. Faith se plantea si realmente emite sonidos cuando habla o si el volumen está alto sólo en el interior de su cabeza.

—Mamá —dice, sentándose a la mesa—. Quiero otra cosa.

Sin hablar, su madre se mueve sigilosamente y retira las crepes de plátano. Faith se queda boquiabierta. Cuando su madre se molesta en sacar algo más que la caja de cereales para desayunar, quiere decir que ha dedicado tiempo y esfuerzo a cocinar y que Faith tiene que comerse lo que haya en el plato, sin rechistar. La niña observa cómo su madre tira las crepes al triturador de basura y le da al interruptor distraídamente.

—¿Y qué se supone que tengo que comer?

Su madre pestañea.

—Oh —dice, volviendo a la tierra—. No lo sé. ¿Avena?

Sin esperar la aprobación de Faith, abre un paquete, lo vierte en un tazón y luego añade agua del grifo. Faith oye cómo su madre coloca el tazón sobre la mesa y lo olisquea. *Plátano*.

—Seguro que papá no me obligaría a comer algo tan asqueroso —murmura.

—¿Qué has dicho? —pregunta su madre, volviéndose de repente.

—Que si viviera con papá, no me obligaría a comer esto —responde Faith, levantando la barbilla.

Su madre tiene los ojos rojos y húmedos, y su voz es tan débil que a Faith le duele oírla. Inmediatamente, se siente como si le hubieran dado una patada en el estómago. Observa cómo su madre traga con fuerza, como si la avena con plátano se le hubiera quedado atascada en la garganta.

—¿Quieres vivir con papá?

Faith se muerde el labio. Quiere a su padre, es cierto, pero con su madre es distinto; es más fácil, está más involucrada y, después de tantos años de vivir al margen de su vida, Faith no está dispuesta a ceder ni un preciado segundo.

—Lo que quiero es quedarme aquí —dice Faith con cuidado.

Le encanta cuando su madre acorta a toda prisa la distancia que las separa para alcanzar a Faith y rodearla con sus brazos, y lo que le gusta aún más es que su madre mete el codo en la avena con plátano.

—Maldita sea —dice, sonrojándose—. Supongo que tendré que prepararte otra cosa.

—Supongo.

Observa cómo su madre se limpia la manga y moja una esponja.

—No se me da demasiado bien —dice mientras empieza a limpiar la mesa.

Los pegotes de avena resbalan por el borde de la mesa; unos caen sobre el regazo de Faith y otros en el suelo. Observa cómo el pelo de su madre le tapa la cara hasta la altura del pequeño hoyuelo que tiene en la mejilla, como si de una cortina se tratara. De pequeña, Faith tocaba la mejilla de su madre y esperaba a que se le hundiera el dedo en el hoyuelo al sonreír. Le encantaba; era como entrar en la sonrisa de su madre.

—Lo haces muy bien —le dice Faith, levantándose tímidamente de la silla para besar el cuello de Mariah.

El padre MacReady mira de reojo al sacerdote que está en el asiento del pasajero de su viejo Chevrolet y piensa que tener un título en psicología pastoral no es lo que te hace un experto. El padre Rourke, recién salido del seminario de St. John, aún está muy verde. Es tan joven que seguramente ni siquiera había nacido cuando el padre MacReady estuvo en Vietnam. Estar en Boston, metido en un seminario, lo convierte en la típica persona encerrada en su torre de marfil. No sabría asesorar ni a un feligrés.

Por supuesto, el padre MacReady no dice nada de todo esto.

—¿Qué lo hizo estudiar psicología pastoral? —dice afablemente, girando hacia la carretera que lleva a casa de Mariah White.

El padre Rourke cruza las piernas, mostrando un calcetín y una sandalia que salen de debajo de sus pantalones negros.

—Mi facilidad para tratar con las personas, supongo. Creo que habría sido psiquiatra si no hubiera sentido con tanta fuerza mi vocación.

Y la profunda necesidad de contárselo a todo el mundo.

—Bueno, no sé qué le ha explicado el párroco de Faith White.

—No mucho —dice Rourke—. Sólo que estoy aquí para comprobar su salud mental.

—Quiero que sepa que ya lo han hecho unos psiquiatras laicos.

—¿Se da cuenta de que la posibilidad de que esta niña sea una verdadera visionaria en el fondo es inexistente? —pregunta Rourke, moviéndose en su asiento.

—¿Nunca ve el vaso medio lleno? —dice el padre MacReady, sonriendo.

—Cuando se trata de la mente, medio lleno es muy distinto de totalmente lleno.

El padre MacReady aparca en el campo que está delante de la entrada de los White, entre una caravana y un grupo de ancianas sentadas en sillas plegables. El sacerdote del seminario mira a su alrededor, boquiabierto.

—¡Vaya! Tiene bastantes seguidores.

Hablan un rato con el policía que vigila la entrada, otro feligrés, gracias a Dios, quien deja pasar al padre MacReady cuando le dice que tiene una cita con la señora White.

—¿Es cierto que tenemos una cita? —le pregunta Rourke mientras se dirigen a la casa.

—No exactamente.

El padre MacReady se acerca a la puerta principal y llama. De repente, ven la cara de un duendecillo que los mira desde los cristales laterales de la puerta. Oyen cómo se descorren los pestillos y alguien gira la llave en la cerradura; luego la puerta se abre de par en par.

—Están mejor —dice Faith, levantando las manos a los sacerdotes para que las examinen—. Mira, sólo necesito tiritas.

—Son tiritas de los Picapiedra. ¡Qué chulas! —dice el padre MacReady, silbando.

—No puedo hablar con vosotros —interrumpe Faith, acordándose de repente al ver al segundo sacerdote y escondiendo las manos detrás de la espalda.

—Bueno, ¿podemos entonces hablar con tu mamá?

—Está arriba, duchándose.

—El padre MacReady me estaba contando lo mucho que le gustó hablar

contigo cuando estuviste en el hospital, y yo también querría hacerlo — interviene Rourke, dando un paso al frente.

El padre MacReady se da cuenta de que Faith está dudando. Quizá lo de la psicología pastoral no esté tan mal después de todo.

—Faith, tu madre me conoce. Seguro que no le importará.

—Bueno, no sé qué voy a hacer ahora con todos esos juguetes que he traído —dice Rourke, mirando al padre MacReady.

Faith frota el pomo de la puerta con la manga, dejándolo bien pulido.

—¿Juguetes? —pregunta.

Estoy arriba. Acabo de secarme el pelo con la toalla cuando oigo voces masculinas.

—¡Faith!

Me visto rápidamente y bajo corriendo por las escaleras con un nudo en el estómago.

La encuentro sentada en el suelo con el padre MacReady y otro sacerdote desconocido, que utiliza un lápiz verde para rodear con un círculo las respuestas de lo que obviamente es una prueba de evaluación psicológica. Apretando los dientes, pienso que voy a llamar al jefe de policía para que mande a un agente protestante.

—Faith, no debías abrir la puerta.

—Es culpa mía —responde el padre MacReady—. Le dije que a usted no le importaría.

Duda y luego asiente en dirección al segundo sacerdote.

—Éste es el padre Rourke, del seminario de St. John de Boston. Ha venido hasta aquí para conocer a Faith.

Me arden las mejillas de la decepción.

—¡Cómo ha podido hacerme esto! Creía que estaba de nuestro lado.

El padre MacReady abre la boca para disculparse, pero no lo deajo.

—No. No piense que podrá decir algo para arreglar la situación, porque no podrá.

—Mariah, no tuve elección. Existe un procedimiento que hay que seguir en la Iglesia católica, y...

—¡No somos católicos!

—No, no lo son, pero su hija ha llamado la atención de muchos católicos y la Iglesia quiere asegurarse de que no los lleva por el mal camino —explica el padre Rourke, levantándose lentamente.

Me vienen a la cabeza imágenes de crucifixiones y de mártires muriendo en la hoguera.

—Mariah, no le estamos haciendo fotos —continúa el padre MacReady—. No vamos a anunciar la marca de cereales que toma Faith para desayunar en las noticias de la tarde. Sólo queremos hablar un poco con ella.

—No pasa nada, mamá. De veras —dice Faith, levantándose y dándome la mano.

Miro a mi hija y luego a los sacerdotes.

—Les doy treinta minutos —digo con firmeza.

Luego me cruzo de brazos, me siento a su lado y me preparo para ser testigo de la entrevista.

El padre Rourke podría coger sus pruebas diagnósticas y sus borrones de tinta y regresar a casa en el siguiente tren. No necesita un análisis computerizado para saber que Faith White no es una niña sin contacto con la realidad y que su comportamiento no es el de una psicótica.

Mira brevemente al padre MacReady, coge una fuente decorativa llena de M&M's que hay sobre la mesita para servir el café y escoge los caramelos amarillos para metérselos en la boca. La madre casi no ha movido ni un músculo en veinte minutos. Rourke está perdido. La niña no está mentalmente enferma, y tampoco parece ser especialmente problemática desde el punto de vista religioso. No es que vaya alardeando de lo que Dios le ha contado, como le ocurrió con esa mujer a quien tuvo que examinar en Plymouth. De hecho, en realidad Faith White no dice nada.

Intentando calcular su siguiente acción, Rourke se saca el rosario del bolsillo y lo mueve con los dedos distraídamente.

—Oh —dice Faith en voz baja—. Es muy bonito.

—¿Quieres verlo? —pregunta el sacerdote, mirando fijamente los abalorios pulidos.

Faith asiente, pasándose el rosario por la cabeza como si fuera un collar.

—¿Se pone así?

—No. Es para rezar a Dios.

Al ver a Faith confundida, Rourke prosigue.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

—Te has equivocado —lo interrumpe Faith, riéndose.

—¿Con qué me he equivocado?

—Dios es una madre —responde Faith, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo dices?

—Una señora. Dios es una señora.

Rourke enrojece. ¿Un Dios femenino? Eso sí que no. Mueve la cabeza hacia la señora White, quien levanta las cejas y se encoge de hombros. El padre MacReady es la pura imagen de la inocencia.

—Oh —dice MacReady—. Me olvidé de comentarlo...

Pasadas las diez de la noche, llaman a la puerta. Esperando no despertar a Faith, bajo con dificultad las escaleras y al abrirla me encuentro con Colin.

Está horrible. Tiene una parte del pelo aplastado, como si hubiera dormido de ese lado, su gabardina está arrugada, y tiene los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño. Aprieta los labios con desaprobación, dibujando una especie de corte fino con la boca.

Mira por encima del hombro las furgonetas y los coches aparcados en el campo de trigo que está al otro lado de la carretera, iluminados por la luna llena. Faith baja medio dormida por las escaleras y se desliza hasta la puerta, a mi lado, rodeándome la cintura con los brazos.

Cuando Colin la ve, se pone en cuclillas y le tiende una mano. Faith duda y luego se esconde detrás de mí.

—En el nombre de Dios —dice firmemente—. ¿Qué le has hecho a mi hija?

—De hecho, es gracioso que me lo preguntes así —responde Mariah.

Colin se controla todo lo que puede para no empujarla y poder tocar a su

hija. No sabía con qué iba a encontrarse exactamente. Es obvio que esos programas de televisión baratos enmascaran la verdad, como cuando en el tabloide *The National Enquirer* pegaron la cabeza de Elizabeth Taylor en el cuerpo de Heather Locklear. Colin esperaba descubrir que quizá Faith se había quemado la palma de la mano en la estufa o que tal vez se había caído de la bicicleta y le habían cosido unos puntos. Existen muchas maneras de explicar un mal plano de las manos ensangrentadas de una niña.

Sin embargo, había reservado un billete para el primer vuelo que saliera de Las Vegas, se había peleado con Jessica para poder marcharse y había viajado todo el día en avión y en coche de alquiler para llegar a su antigua casa y encontrar la entrada vigilada por la policía, y repleta de santuarios, tiendas de campaña y multitudes de curiosos.

—Voy a entrar —dice con firmeza.

Faith se aleja de su madre y se marcha a toda prisa por las escaleras.

—No lo creo. Ahora ésta es mi casa.

Colin necesita un minuto para calmarse. ¿Mariah diciéndole que no? Se mueve hacia adelante, pero la mano de Mariah lo detiene.

—Va en serio, Colin. No me obligues a llamar a la policía.

—¡Adelante! —grita, frustrado—. ¡Total! ¡Están al otro lado de la maldita entrada!

Está cansado, malhumorado y abrumado. Cuando inició el divorcio, le dio a ella la custodia de Faith sin pensarlo dos veces. Nunca se imaginó que Mariah sería un obstáculo cuando estuviera listo para introducir a Faith otra vez en su nueva vida. Era justa, y cuando no lo era, era fácil convencerla.

Era.

—Mira —dice con tranquilidad—. Cuéntame sólo qué le ha ocurrido a Faith en las manos.

—No es tan fácil —responde Mariah, mirándose los pies descalzos.

—Pues haz que lo sea.

Duda y luego abre más la puerta para que Colin pueda pasar.

Después de meter a Faith en la cama de nuevo, se lo explico todo a Colin: la amiga imaginaria, las medicinas para la psicosis, el desfile constante de

sacerdotes y rabinos y la resurrección de mi madre. Por un momento, se limita a mirarme fijamente; luego se echa a reír.

—Casi me lo he tragado.

—No es ninguna broma, Colín.

—O sea, que piensas que Faith tiene una especie de línea directa con Dios —dice, riéndose de nuevo—. Siempre ha tenido una gran imaginación, Rye, ya lo sabes. ¿Recuerdas la vez que convenció a toda la clase de párvulos para que pensara que al salir al recreo estarían en Disney World?

Me cuesta concentrarme. Siento cómo me inunda la ira poco a poco, y noto el rencor al pensar que Colin cree que puede volver aquí de nuevo y empezar a ordenar, cuando renunció claramente a hacerlo hace unos meses. Sin embargo, también tengo otras emociones. El mero hecho de estar en la misma habitación con él aún me parece una fiesta para los ojos, como si mi cuerpo supiera lo que desea y quisiera tocarlo antes de poder convencer a mi cabeza de que haga lo mismo. Siento una especie de tornado en lo más profundo de mi estómago; un tornado que gira suponiendo que ha regresado para quedarse y que me absorbe el juicio con su vórtice.

Observo el movimiento de la boca de Colin, oigo cómo me llama por mi apodo y me pregunto si soportaré vivir tan cerca de él sabiendo que ya no me quiere.

—No sé qué ha ocurrido, pero la situación está descontrolada. ¿Te parece normal que no pueda ir al colegio? ¿Y que haya tanta gente durmiendo bajo los rododendros creyendo que nuestra hija...?

Chasquea los dedos debajo de mi nariz.

—¡Eh! ¿Me estás escuchando?

Contemplo sus largos dedos. A pesar de que nos hemos divorciado, Colin sigue llevando la alianza.

Luego me percató de que no es la que yo le regalé.

—Oh —dice él, sonrojándose—. Esto.

Se cubre la alianza con la palma de su otra mano.

—Bueno, me he casado. Con Jessica.

Cuando muevo la cabeza, mi imagen de Colin se reconfigura. No es un dios ni un recuerdo bonito; es sólo alguien a quien jamás entenderé.

—Te has casado con Jessica —repito lentamente.

—Sí.

—Te has casado con Jessica.

—Rye, lo nuestro nunca habría funcionado. Lo siento mucho, muchísimo.

—¿Que nunca habría funcionado? ¿Cómo lo sabes, Colin, si yo era la única dispuesta a intentarlo? —pregunto, volviendo a sentir una ira incontrolable. —Sí, estabas dispuesta, pero yo no, Rye.

Intenta alcanzarme la mano, pero yo la aparto y la coloco entre las rodillas.

—Sí estabas dispuesto a intentarlo de nuevo, Colin, pero no conmigo.

—No, contigo no —responde, apartando la mirada, incómodo—. Pero eso ahora no importa.

—¿Que no importa? Dios mío, ¿y qué es lo que importa?

—Faith. Esta vez no se trata de ti. Siempre lo cambias todo para que hablemos de *tu* problema y de *tus* cosas.

—¡Claro que se *trataba* de mí! —le grito—. ¿Cómo puedes decir que Greenhaven no se trataba de mí?

—¡Porque no estamos hablando de Greenhaven! ¡Por el amor de Dios! ¡Estamos hablando de nuestra hija! —responde, pasándose la mano por el pelo—. Eso ocurrió hace ocho años, Dios santo. Hice lo que pensé que tenía que hacer. ¿Es que no me perdonarás nunca?

—Parece que no —susurro.

—Lo sé —dice Colin después de un momento—. Lo siento.

—Yo también.

Alarga los brazos y me dirijo hacia ellos. Con objetividad, me maravillo de cómo se puede conocer tan bien el cuerpo de alguien, incluso después de una separación; es como un país en el que has estado de pequeño y al que luego regresas años más tarde; estás vigilante frente a lo desconocido pero tienes la sensación de saber dónde pisas.

—Nunca quise hacerte daño —murmura en mi pelo.

Quiero decirle lo mismo, pero me sale todo al revés.

—Nunca quise amarte.

Sorprendido, Colin se retira, con una triste sonrisa.

—Así que de eso se trata, ¿no? —dice, tocándome la mejilla—. Sabes que tengo razón, Rye. Faith no se merece esto.

Entonces entiendo por qué ha venido: no para hacer las paces conmigo, sino para llevarse a mi hija.

De repente, recuerdo cómo, hace años, a veces me levantaba a medianoche y le preguntaba algo ridículo como: «¿Qué Cracker Jacks te gustan más, los cacahuetes o las palomitas?»; «si tuvieras que ser un día de la semana, ¿cuál te gustaría ser?». Y otras cosas por el estilo, como si fuera una concursante de «The Newlywed Game». Colin se cubría la cabeza con la almohada y me preguntaba por qué quería saberlo. Ahora entiendo que estaba almacenando las respuestas, como una ardilla, para reconocerme algún mérito: no sabía que Colin se acostaba con otra mujer, pero sí que le gustaban las yemas de los huevos rotas, que el olor de la cola del papel pintado le marea y que si pudiera aprender un nuevo idioma, escogería el japonés.

Ahora será Jessica quien aprenda estas cosas. Jessica tendrá a *mi* marido y a *mi* hija.

Faith no se merece esto, ha dicho Colin.

«Yo tampoco», pienso.

Al imaginarme que no puedo quedarme con Faith, mi corazón da un vuelco.

De repente me siento con tantas fuerzas que sería capaz de mover una montaña, barrer con una sola mano a toda la gente que ha robado mi vida privada y llevarme a Faith a un lugar en el que nadie pueda tocarla al pasar, coger la pelusa de lana de sus jerséis o hurgar en su basura.

Tengo fuerzas para reconocer que quizá soy una buena madre, teniendo en cuenta la situación, y sin duda tengo fuerzas para reconocer que, por primera vez en mi vida, deseo que Colin se vaya.

—¿Sabes? —le digo—. Si Faith me dijera que está segura de que el cielo es naranja, lo consideraría, porque si lo dice, por algo será, y yo la escucharé.

—¿De verdad crees que habla con Dios y resucita a los muertos y todas estas chorradas? Es de locos —añade Colin, más tranquilo.

—No, no lo es. Y yo tampoco estaba loca —respondo, levantándome—. Tomaste la decisión de darme la custodia de Faith. El día de Acción de Gracias la verás, pero hasta entonces no quiero saber nada de ti, Colin.

Voy hasta la puerta y la abro; Colin necesita un rato para recuperarse de la sorpresa del rechazo. Se dirige enérgicamente hacia la salida.

—No sabrás nada de mí —dice en voz baja—. Sabrás de mi abogado.

A pesar del nuevo valor encontrado, tiemblo durante horas después de que Colin se haya marchado. Apago todas las luces del piso de abajo y deambulo de habitación en habitación, intentando encontrar un lugar cómodo. Finalmente, me siento a la mesa del comedor y jugueteo con cautela con los postigos de la alquería en miniatura que hice hace años. Ahora no es una reproducción exacta. El papel pintado del lavabo ha cambiado, Faith tiene una cama en vez de una cuna, y (por supuesto) ahora es la residencia de dos y no de tres.

Estoy enfadada con Colin por lo que ha hecho, por su amenaza. La cólera me lleva hacia arriba, y ando por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación de Faith; deambulo como un fantasma. ¿Iba en serio? ¿Luchará para llevarse a Faith?

Ganará él; estoy segura. No tengo ninguna posibilidad. Y si no se la lleva Colin, será otra persona: otro representante de la Iglesia católica, el reportero del popular programa nacional que ha hecho que Colin viniera corriendo u otros miles de personas que también han visto la emisión y quieren una parte de mi hija.

Entro de puntillas en la habitación y me tumbo al lado de Faith, sobre la estrecha cama, mirando fijamente la forma de su mejilla y de su oreja. ¿Por qué nunca nos damos cuenta de lo valioso que es algo hasta que estamos a punto de perderlo?

Faith se mueve, se da media vuelta y parpadea.

—Huele a naranjas —dice medio dormida.

—Es mi champú —respondo, arrojándola—. Duérmete de nuevo.

—¿Está papá aún aquí?

—No.

—¿Volverá mañana?

Miro a Faith y me decido. No es lo que quiero hacer, pero no tengo elección.

—No puede —contesto—. Porque tú y yo nos iremos.

Ocho

Ian Fletcher es un hombre destinado a ir al infierno, (a no ser que consiga demostrar que no existe antes de llegar allí).

Página de opinión, *The New York Times*,
10 de agosto de 1999

19 de octubre de 1999

—Quiero que sepas que estoy en contra —dice Millie.

—Yo no —afirma Faith mientras Mariah le cierra la cremallera de la chaqueta—. Pienso que es guay ser una espía.

—No eres una espía. Eres una fugitiva.

—¿Estás lista? —pregunta Mariah, soltando el extremo de la cremallera.

Sabe que Faith lo está; lo ha estado desde las seis de la mañana, cuando le ha explicado lo que iba a ocurrir. Por supuesto, se lo ha expresado con palabras relacionadas con el suspense y la aventura, para que Faith se sienta como una joven Indiana Jones y no como una niña a la que esconden. Hasta ahora la aventura ha estado a la altura de las expectativas de Faith (subir sigilosamente al coche con poco más que una mochila cada una, conducir cuarenta y cinco minutos hasta el centro comercial y mezclarse entre la multitud para perder de vista a dos tenaces reporteros que las habían seguido

hasta allí). Sin duda, los reporteros vigilarán su Honda, esperando a que aparezcan las tres, pero cuando Millie se dirija al aparcamiento para regresar a casa en coche, Mariah y Faith ya se habrán cambiado de ropa y estarán cogiendo un taxi en el otro extremo del centro comercial para ir al aeropuerto.

Ahora todo lo que tiene que hacer es decir adiós.

Mariah mira a su madre por el espejo del lavabo. Millie se dirige hacia ella y le rodea la cintura con el brazo.

—No tienes que dejar que te ahuyenten —dice en voz baja.

—No lo hago, mamá —responde Mariah, tragándose el nudo que tiene en la garganta—. Quiero jugar con ventaja.

No puede soportar la idea de dejar a su madre atrás; no sólo por su reciente problema de corazón, sino también por el simple hecho de que Millie es la mejor amiga de Mariah, además de ser su madre. Sin embargo, incluso Millie estaría de acuerdo: «Haz lo que tengas que hacer para retener a Faith». Dicho así, tan claro, Mariah no puede dejarse arrollar (de nuevo) por la gente y las circunstancias que están fuera de su control.

No le ha contado a su madre lo de la amenaza de la custodia de Colin ni tampoco le ha dicho dónde quiere ir. De este modo, cuando los abogados se pongan en contacto con ella (o los reporteros, o Ian Fletcher), su madre no se verá obligada a mentir. Mariah se da media vuelta y rodea a Millie por el cuello con los brazos.

—Te llamaré en cuanto pueda.

—¡Vístete, abuela! Vamos a perder el taxi —dice Faith, metiéndose entre ellas.

—Cariño, la abuela tiene que quedarse aquí —explica Mariah, tocándole el pelo.

—¿Aquí?

—Bueno, aquí no; pero en casa para vigilar... las cosas.

Las palabras no le hacen mella.

—La abuela tiene que venir con nosotras —insiste Faith.

Mariah no le ha contado a Faith esa parte del plan, precisamente por ese motivo; sabe que es lo único por lo que no proseguiría la aventura.

—Faithete —interviene Millie, agachándose—. Me encantaría subir al taxi para ir de viaje contigo, pero no puedo.

—Porque alguien tiene que conducir el coche hasta casa, ¿no? —dice después de un momento—. ¿Pero vendrás luego?

—Pues claro que sí —responde Millie, mirando a Mariah.

Cierra la cremallera de la mochila llena de ropa de recambio de Faith y luego ayuda a su nieta a ponérsela a la espalda.

—Pórtate bien —añade, besando a Faith en la frente.

Observa cómo Mariah coge a Faith de la mano y se la lleva de los servicios; Faith se vuelve en el último momento para mandarle un beso. Luego Millie se sienta en los servicios, imaginándose miles de cosas que podrían ir mal ahora que Mariah y Faith han huido, imaginándose miles de cosas que podrían ir mal aunque no lo hicieran.

Malcolm Metz extiende las competentes manos sobre la superficie de su pulida mesa.

—A ver si le entiendo, señor White. Renunció voluntariamente a la custodia de su hija hace diez semanas, pero ahora quiere que viva con usted y su nueva esposa.

Colin asiente. Intenta no sentirse amedrentado por las oficinas de Walloughby, Krieger y Metz; le resultaron mucho menos intimidantes hace seis meses, cuando se encargó de instalar nuevas *luces de emergencia* en todo el edificio. Por supuesto, en ese momento sólo estaba allí por trabajo; esta visita es mucho más personal, y ahora hay mucho más en juego.

—Así es.

Estudia a Metz detenidamente, desde el pelo canoso cortado al rape hasta sus mocasines italianos. Conocido por su carácter ganador, Metz es una especie de leyenda del litigio en New Hampshire.

—¿Y por qué este cambio de opinión? —pregunta el abogado, uniendo las puntas de los dedos de ambas manos y dando golpecitos.

—¿Porque mi ex mujer está loca? ¿Porque mi hija está contra mí? ¿Porque me preocupa su bienestar? Elija usted mismo —responde Colin, sintiendo cómo algo empieza a arder en su interior.

Metz ya ha oído eso en otras ocasiones. En realidad, tiene una comparecencia ante el tribunal dentro de menos de dos horas como abogado

de una conocidísima esposa de un mafioso en un caso de divorcio, y preferiría mil veces estar en los servicios para ejecutivos perfeccionando su comportamiento ante las cámaras que sin duda estarán presentes. Podía ganar un caso de custodia de ese tipo con los ojos cerrados.

—¿Qué ha hecho su ex mujer para poner en peligro a su hija?

—¿Ha oído hablar de la niña que ve a Dios?

—¿Es ésa su hija? —pregunta Malcolm, dejando de golpear la mesa con los dedos.

—Sí. No —dice Colin, suspirando—. Mierda. Ya ni lo sé. Hay unas doscientas personas en la entrada de la casa y todas creen que Faith se ha convertido en una especie de profeta, y le sangran las manos y... Dios santo.

Mira a su abogado.

—Ya no es la niñita que dejé.

Malcolm extrae silenciosamente un cuaderno amarillo del cajón de su escritorio. El potencial de cobertura mediática de ese caso es extraordinario, mucho más que el de la media mediocre de New Hampshire. Destapa un bolígrafo y decide hincarle el diente a la situación.

—Usted cree que podría velar mejor por los intereses de la niña y que vivir con su madre, tal como está la situación, afecta negativamente a su hija.

Colin asiente.

—¿Podría decirme por qué no pensó esto hace sólo cuatro meses?

—Mire, le voy a pagar un anticipo de veinte mil dólares y quinientos dólares la hora, así que no tengo que explicárselo todo. Quiero estar con mi hija y la quiero ahora. Me dijeron que podría ayudarme, y eso es lo que espero de usted.

Malcolm sostiene la mirada de su cliente durante un momento.

—¿Quiere usted la custodia?

—Sí.

—¿A toda costa?

Colin no tiene que preguntarle a Metz lo que eso implica. Sabe que la manera de demostrar que es mejor padre que Mariah es hacer que ella parezca peor. Cuando el juicio acabe, Mariah no sólo perderá a Faith, sino también su amor propio.

Se mueve incómodo. No es lo que quiere, pero no tiene demasiada

elección. Como cuando tomó la decisión de ingresar a Mariah; el fin justifica los medios. Ahora, como entonces, sólo le preocupa la seguridad de alguien a quien quiere.

De repente, recuerda una imagen dolorosa de la noche en la que Mariah intentó suicidarse (había sangre en todas partes, su nombre aún borbotando en los labios). Se obliga a pensar en Faith y en cómo se escondió anoche.

—Quiero recuperar a mi hija —repite Colin con firmeza, autoconvenciéndose—. Haga lo que tenga que hacer.

El martes pasado Ian Fletcher cogió un avión en Manchester, un pequeño aeropuerto que intentaba ser bastante más cosmopolita de lo que realmente era. En realidad, fue una pesadilla. No sólo retrasaron su vuelo a Kansas City, sino que además carecía de zona vip para pasar el rato mientras esperaba, así que tuvo que esconderse durante casi una hora en los servicios para evitar que lo reconocieran. Esa semana volaba desde Boston; el viaje en limusina hasta el aeropuerto era más largo, pero el vuelo sería bastante menos estresante.

—¿Señor? ¿Con qué compañía viaja?

—American Airlines —responde Ian, inclinándose hacia adelante al oír la voz del conductor.

Alarga la mano para coger su maletín mientras la limusina se mete en un hueco junto al bordillo, firma el recibo de la tarjeta de crédito y entrega la carpeta sujetapapeles de nuevo al conductor sin abrir la boca. Cabizbajo, gira a la derecha, hacia los ascensores que sabe que lo llevarán al club VIP, donde podrá esperar en una sala apartada hasta que anuncien su vuelo.

Mariah está delante del panel de salidas, mirando la lista de destinos. Hay tantos lugares; ¿cuál escoger? No hay un destino mejor que otro, porque vayan donde vayan, tendrán que empezar de cero.

—¿Mamá? —pregunta Faith, tirándole del brazo—. ¿Podemos ir a Las Vegas?

—¿Qué sabes tú de Las Vegas? —dice Mariah, esbozando una sonrisa.

—Papá fue allí una vez, y vi por la tele que cuando pulsas botones, te cae

un montón de dinero.

—Bueno, no es exactamente así. Tienes que tener mucha, mucha suerte. Además, no veo ningún vuelo para Las Vegas en el panel.

—Entonces, ¿adónde vamos?

Buena pregunta. Mariah pasa la mano sobre el bolso, calculando cuánto dinero lleva. Dos mil dólares en metálico; Dios santo, se siente como una tarjeta de crédito con piernas, pero sabe que no puede dejar rastro de papeles. Era todo el dinero que había podido llevarse del banco local sin previo aviso. Si son frugales, ella y Faith podrían pasar desapercibidas por un tiempo. Si consiguen burlar a los medios, quizá el interés por Faith vaya menguando.

Sin pasaporte, está limitada a Estados Unidos. Hawai; siempre ha querido ir a Hawai, pero seguro que los billetes serán extremadamente caros y acabarán con su presupuesto. Mariah recorre las columnas de información con los ojos de nuevo. Hay un vuelo a Los Ángeles al mediodía y otro a Kansas City, Missouri, a las once y cuarto.

Lleva a Faith a la cola en la que se pueden comprar billetes sin reserva, decidiendo que su destino será simplemente el avión que primero abandone el aeropuerto.

Al embarcar, Mariah da gracias a Dios de que la historia de Faith aún no sea de ámbito nacional; de este modo, la mayoría de las personas con las que se encuentran (la asistente de vuelo, el hombre amable que se ofrece para colocar sus mochilas en el compartimento superior), cuando las miran, ven sólo a una madre y a su hija, en vez de a un par de fugitivas de los medios.

Faith sólo ha ido en avión dos veces; una vez de bebé cuando murió su abuelo y otra cuando toda la familia fue a Washington, D. C., de vacaciones. Salta en su asiento, estirando el cuello como si de una grúa se tratara para poder ver mejor lo que ocurre en primera clase, que está justo delante de ellas.

—¿Qué hay allí? ¿Por qué los asientos son de un color distinto?

—Allí es donde se sientan los hombres de negocios y la gente que tiene mucho dinero. Pagan más para sentarse allí.

—¿Por qué no pagamos para sentarnos allí?

—Porque... —responde Mariah, mirando exasperadamente a su hija mientras la asistente de vuelo deshace el nudo de la cortina azul para proteger la zona de otras miradas—. Porque no.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo cinco, cuatro, cinco, seis a Kansas City...

Ian corre hacia la puerta y entrega su tarjeta de embarque.

—Señor Fletcher —dice la representante de la aerolínea—. Su programa me gusta mucho.

Ian asiente bruscamente y se apresura a subir al avión, entregando a la asistente de vuelo su abrigo y sentándose en su butaca.

—Buenos días, señor Fletcher. ¿Desea beber algo antes de despegar?

—Bourbon, solo.

Hay otros tres pasajeros en primera clase; es un incordio, pero no una tragedia. Habría sido peor si uno de ellos se hubiera sentado a su lado. La asistente de vuelo regresa con su licor. Este vuelo semanal, como todo lo relacionado con visitar a Michael, es una rutina. Deja el vaso y cierra los ojos, dejándose arrastrar por un sueño en el que las cartas caen, primero rojas y luego negras, rojas y negras, en una sucesión sin fin.

—Tengo que hacer pipí —dice Faith.

Mariah suspira. El carrito de las bebidas está justo detrás de ellas, bloqueando el camino hacia los servicios de la parte trasera. Faith no podrá aguantarse hasta que las asistentes de vuelo hayan terminado con las bebidas. Mira hacia la cortina azul de primera clase.

—Ven.

Lleva a Faith por el corto y estrecho pasillo, esperando poder llegar al pequeño lavabo antes de que la asistente de vuelo les llame la atención por estar donde no deben.

—Hazlo aquí —dice, casi arrastrando a Faith al cubículo—. No te olvides de cerrar la puerta para que se encienda la luz.

Entonces se apoya contra la pared zumbante del avión y observa a su alrededor para ver cómo es la primera clase.

Y se encuentra a sí misma mirando fijamente a Ian Fletcher.

«Oh, Dios mío. No se puede escapar de un avión». Mariah empuja a Faith hacia sus asientos en cuanto sale del lavabo, evitando la mirada de Fletcher en todo momento. Cierra los ojos con indignación. Debía de haber... ¿cuántos?, ¿cincuenta vuelos?... que salían del aeropuerto de Logan a esa hora, y se las había apañado para escoger a ciegas el avión que llevaba a Fletcher, la persona más interesada en conocer su paradero.

Luego lo entiende: no se trata de un encuentro fortuito. De algún modo, Ian Fletcher ha conseguido seguirlas hasta el aeropuerto. No sabe por qué no acaba con eso y por qué no entra arrollando en la clase turista y le dice que se la ha jugado. Quizá ahora mismo esté concertando una cita en Kansas City con el productor y los cámaras con uno de esos dispositivos de videoconferencias.

Siente cómo las lágrimas le oprimen la garganta. Su maravilloso plan se ha acabado antes empezar.

Cuando Mariah White huye como un conejo asustado hacia la parte trasera del avión, Ian considera durante un buen rato la posibilidad de llamar a James Wilton y dirigir la jauría hacia el zorro; incluso saca la tarjeta de crédito y lee las instrucciones para utilizar el sistema de videoconferencias, pero luego recuerda por qué no puede hacerlo. Lo último que quiere es que los medios estén a pocos kilómetros de Michael.

Mariah White no lo sabe, pero le lleva tanta ventaja como él a ella.

Ian termina su *bourbon* y hace una señal a la asistente de vuelo para que le lleve otro. La manera más fácil de salir de esa situación es seguir la corriente de lo que sin duda está pensando Mariah: que las ha seguido desde New Canaan hasta el aeropuerto de Boston. De lo contrario, se preguntará por qué está en un avión que se dirige a Kansas City. Una cosa es que él sepa todos sus secretos, y otra muy distinta, que ella sepa los suyos. Ahora tendrá que cambiar los planes.

A Ian se le ocurre algo. ¿Qué pasaría si pudiera observar a Faith de cerca en uno de sus espectáculos de curación? ¿Qué pasaría si escogiera tan cuidadosamente al objetivo de su supuesto milagro que el único resultado posible fuera el fracaso? La abuela y la mujer del niño con sida podrían haber

actuado, pero nadie sabe mejor que Ian que Michael no forma parte de la farsa... y que a Michael no pueden curarlo.

Lo único que tiene que hacer es jugar con sus sentimientos, para que acepten hacerle el favor de intentar curar a Michael. Cuando Faith White trate de llevar a cabo el engaño, él verá muy de cerca y en primera persona cómo lo hace todo. El anonimato de Michael quedará protegido y Mariah White no dirá nada para no desvelar su paradero.

Ian deja de pensar en la absurda imagen de Faith colocando las manos sobre Michael como si de un teatro de variedades coreografiado por su madre se tratara para pensar en esa imagen que tanto ha ocultado y que tanto le duele cuando aflora: Michael mirándolo a los ojos, Michael alargando los brazos para alcanzarlo por voluntad propia y Michael dándole palmadas en la espalda mientras lo abraza.

Lo más seguro es que acabe viendo a Mariah White deshaciéndose en excusas absurdas como que la luna no está en la fase adecuada para explicar por qué su hija no puede curar a un autista.

Si Ian creyera en el destino, pensaría que ha sido éste el que ha traído a las White a ese avión. Sin embargo, para él es una oportunidad caída del cielo, una oportunidad que podría convertirse en una historia única en la vida. Sólo tiene que hechizar a Faith y a su madre para que piensen que un hombre cínico como él podría no ser el enemigo, podría depositar sus esperanzas en una niña con el supuesto poder de curar, podría apoyarlas y también podría quedar destrozado cuando Faith finalmente fracase.

Pero ¿estaría actuando realmente?

Mariah no se sorprende cuando baja del avión y se encuentra a Ian Fletcher esperándola, y tampoco se sorprende cuando la ignora por completo para concentrarse en Faith.

—Hola —dice, alargando las palabras y agachándose hasta llegar a su altura—. ¿También habéis venido en este avión?

—¡Señor Fletcher! —exclama Faith, abriendo los ojos.

—El único e incomparable —responde, levantándose y asintiendo a Mariah—. Señora.

—Estamos aquí por una boda. La de mi prima. Se casa esta noche — explica Mariah, apretándole la mano a Faith a modo de advertencia.

Habla demasiado alto, con frases entrecortadas, y da explicaciones sin que Fletcher se las pida; se estrangularía a sí misma.

—¿De veras? Es la primera vez que sé de alguien que se casa el martes por la noche.

—Es... parte de su religión —responde Mariah, haciendo un mohín.

—Vaya con la religión —apunta Ian, sonriendo a Faith—. Para celebrar que nos hemos encontrado, ¿qué te parece si compramos un helado?

Faith, obviamente emocionada con la idea, mira a Mariah.

—No tenemos tiempo —dice Mariah.

—Pero si no tenemos ninguna...

—¡Faith! —la interrumpe su madre, suspirando luego—. De acuerdo. Compremos un helado.

Ian las dirige hacia una cafetería del aeropuerto. Pide un cucurucho para Faith y Coca-Cola para él y Mariah.

—Faith, tu mamá y yo queremos hablar. ¿Qué te parece si te tomas el helado en esa mesa de allí?

Cuando Faith se va, Mariah intenta llamarla, pero Ian la detiene, colocando la mano sobre su brazo. Por un momento, Mariah no puede respirar, no puede moverse, hasta que la retira.

—Deje que se vaya. Desde aquí la ve bien y está a casi tres mil kilómetros de las personas que la persiguen.

—También podemos alejarnos de usted. No puede detenernos —responde Mariah, volviéndose desafiante.

—¿Va a llamar a la policía? Lo dudo. Sería una prueba documental, y algo me dice que no quiere dejar un rastro de este tipo —dice, sonriendo con tristeza—. ¿Me creería si le dijera que estoy aquí por otro motivo, que no estoy aquí ni por usted ni por Faith? No lo creo. La verdad, señora White, es que la admiro, y me gustaría darle un consejo.

—Le dijo el lobo a Caperucita —murmura Mariah.

—¿Cómo dice?

—Nada.

—Bueno, lo que quería decirle es que todas las precauciones son pocas.

¿Ha pensado dónde dormirán?

Negándose a que se inmiscuya en sus planes, Mariah aprieta la mandíbula.

—Supongo que en un motel —continúa Ian despreocupadamente—. Sin embargo, tarde o temprano entenderá que quedarse un tiempo con una niña pequeña en un motel lóbrego es de lo más sospechoso. Podría ir de motel en motel, pero sería muy duro para Faith; así que lo mejor sería fiarse de un amigo de la zona, aunque supongo que no tiene demasiados, o arrendar un apartamento barato. Lo que ocurre, señora White, es que cualquier casero decente querrá referencias, y es difícil darlas si lo que busca es el anonimato. Por no hablar de cómo alquilará un coche, si no quiere dejar constancia para la posteridad de su carnet de conducir y su tarjeta de crédito.

Harta, Mariah se dispone a marcharse. Al diablo con Ian Fletcher. Al diablo con Kansas City. Existen al menos cien vuelos de enlace que despegarán esa tarde; lo único que tiene que hacer es burlarlo una vez más. Se dirige hacia Faith, pero él la agarra de la muñeca y la retiene.

—La encontraré —susurra, leyéndole la mente—. Y lo sabe.

Inmóvil, Mariah busca con los ojos todas las posibles salidas: el pasillo, los servicios.

—Dijo que me daría un consejo.

—Así es; creo que tiene que estar con un conocido mientras se quede en la ciudad.

—Espere; deje que piense en todas las amigas de la hermandad que tengo en Kansas City —responde Mariah, riéndose con fuerza.

—Me refería a mí —dice Ian en voz baja—. Creo que debería quedarse conmigo.

—¿Está loco? —pregunta Mariah después de mirarlo fijamente durante largo rato.

Tiene los ojos azules como una piscina que invita a zambullirse en ella.

—Puede que lo esté, señora White —reconoce—. Porque si no lo estuviera, le habría contado a mi productor lo de las manos de su hija de la semana pasada; habría visto un montón de cámaras esperándola al bajar del avión, en vez de verme sólo a mí; y me habría pasado el vuelo pensando cómo destapar su paradero, en vez de pensar que por una vez podría hacer lo correcto y ayudarla a huir.

Ian mira a Faith.

—Es una tapadera imposible de imaginar. El último sitio al que irían a buscarla... es a mi lado.

—A menos que ya lo hubiera contado.

La mirada de Mariah es impávida. Le resulta imposible confiar en ese hombre, a quien sólo ha conocido por su gran interés en la jugosa historia de Faith. Sin embargo, no puede criticarlo por lo que ha dicho. Por muy tempestuosa y vengativa que sea la imagen pública de Ian Fletcher, en privado, normalmente ha sido compasivo; aunque huir de los ojos de la prensa para acabar en casa de Fletcher es como saltar directamente de la sartén al fuego.

No le ha soltado la muñeca, y su pulgar le roza la cicatriz.

—Tiene mi palabra de que no revelaré su escondite y de que tendrá intimidad —dice, sonriendo—. ¿Qué es peor, Mariah? ¿Bueno por conocer... o malo conocido?

Se lo están tragando. Ian se siente casi mareado del alivio cuando Mariah se dirige a Faith y le cuenta lo del cambio de planes. Sigue recelosa, pero no pasa nada. Que piense que le esconde algo, si quiere. Después de todo, es cierto, aunque no es lo que Mariah White cree. Para que Faith acabe queriendo ir a conocer a Michael (y para que su madre lo permita), Ian tendrá que poner todo su empeño y actuar mejor que Tespis.

Cuando regresa con su hija a rastras, Ian se fija de nuevo en sus rasgos. Son las contradicciones lo que lo atraen: unos ojos sorprendentes y verdes, aunque hinchados y cansados; una boca dulce, aunque rodeada de arrugas talladas por el dolor.

—Bien —dice, dubitativa—. ¿Tiene una casa aquí?

Al oír eso, Ian casi se ríe. No viviría en ese estado aunque fuera el último lugar de la tierra.

—Deme una hora y la tendré.

En un concesionario Avis alquila un coche, que paga con la tarjeta de crédito de la empresa Pagan Productions. Mariah se queda en un segundo plano al lado de unos teléfonos, poco dispuesta a arriesgarse a ser vista por alguien que más tarde pueda identificarlas, a ella o a Faith. Cuando regresa

con las llaves en la mano, Ian mira su reloj y frunce el ceño. Le queda menos de una hora para ir a ver a Michael.

—¿Sabe adónde vamos? —pregunta Mariah cuando giran hacia la interestatal.

—Hacia el oeste. He pensado que será mejor salir de la ciudad.

Y estar más cerca de Lockwood.

—Conduce como si conociera el camino.

—Vengo aquí bastante, por negocios —miente Ian—. Hay un rincón en Ozawkie donde alquilan cabañas en el lago Perry. Nunca he dormido allí, pero habré pasado por delante del cartel unas cien veces. He pensado que podríamos ir allí y probar.

—¿Podremos ir a nadar?

—Mamá no te dejará nadar con este frío, pero supongo que no se enfadará si un día vamos a pescar —responde Ian, sonriendo abiertamente por el espejo retrovisor.

Al poco rato giran y pasan por delante de las marismas que abarcan el área de Missouri a Kansas. Mariah mira por la ventana y contempla las rastrojeras en las que hace poco han cosechado maíz. Faith tiene la nariz pegada al cristal.

—¿Dónde están las montañas?

—En casa —murmura Mariah.

Mariah mira las chozas destrozadas de Camp Perry y se dice a sí misma que no puede ser que los mendigos elijan serlo. Ella y Faith podrían haber encontrado un alojamiento más lujoso pero, como había dicho Fletcher, también les hubieran seguido el rastro más fácilmente. Lo observa dirigirse a la oficina del administrador y llamar a la puerta; luego sube un peldaño y mira por la ventana. Cuando nadie responde, se encoge de hombros y se dirige al coche.

—Parece que...

—¿Puedo ayudarlo? —pregunta una ancianita que parece un reyezuelo, abriendo la puerta de la oficina del administrador.

—Sí, señora; sí puede —dice Fletcher, derrochando encanto—. Mi esposa y yo queríamos alquilar una de sus bonitas casas.

¿Esposa?

—Este año ya hemos cerrado —dice la mujer—. Lo siento.

—Seguro que una buena cristiana como usted podría hacer una excepción para difundir la obra del Señor —añade Fletcher, mirándola un momento.

Mariah casi se ahoga al oírlo.

—Mamá —susurra Faith desde el asiento trasero—. ¿Por qué habla tan raro?

—Chis. Está actuando. Es como si estuviéramos viendo una obra de teatro —contesta Mariah, inclinándose hacia atrás.

—Jesús me dijo que lo recogiera todo el uno de octubre —dice la mujer.

—Pues qué lástima, señora —responde Ian, sacudiendo la cabeza—. Porque me dijo que escuchara su voz justo aquí, en Camp Perry.

Se mueve hacia adelante, tendiéndole la mano.

—Disculpe, tendría que haberme presentado antes. Soy Harry Walters, un pastor de Louiseville. Ella es mi maravillosa esposa, Maybelle, y mi hija Frances.

—Frances es un bonito nombre —dice la mujer—. Es el nombre de soltera de mi tía.

—Nosotros pensamos lo mismo.

—¿Dice que es pastor? —pregunta la mujer, ladeando la cabeza.

—Sí, y además me gusta la música. Soy el director del Greater Kentucky Hymn Sing, y este año el Señor me ha pedido que cree algunas canciones nuevas en su nombre.

—He estado en esas reuniones para cantar himnos. Siempre lo he visto como una ofrenda de cánticos de júbilo.

—Amén, señora —dice Fletcher.

—Bueno, ¿quién soy yo para interponerme en el camino del Señor? No le puedo prometer una limpieza diaria, pero supongo que puedo encontrar algunas sábanas —dice la mujer, llevándose las manos a la cabeza.

Regresa a la oficina del administrador, seguramente para buscar una llave.

Ian Fletcher se dirige a Mariah y a Faith y hace una reverencia casi imperceptible. Mariah no puede evitar echarse a reír. ¡Menudo tío! Se acerca al coche y le abre la puerta.

—Maybelle, cariño —dice, sonriendo ampliamente—. Parece que he

conseguido que tengamos un hogar temporal.

—¿Maybelle? No podrías haber escogido Melissa o Marion o...

—Me gusta Maybelle. Suena... estúpido.

Mariah lo mira ferozmente y luego se dirige al asiento trasero.

—Vamos, Faith.

—Frances —interrumpe Ian.

—Lo que sea.

Ayuda a Faith a colocarse la mochila mientras la viejecita sale de la oficina del administrador.

—Pueden instalarse en el *bungalow* número siete. Me acuesto a las nueve y no me importa si es a Jesús a quien le canta. Procure no hacer ruido a esa hora.

Se da media vuelta y los deja para que vayan a su cabaña.

Al cruzar el umbral, Ian se convierte en otra persona.

—Por Dios. ¿Es que murió alguien aquí el verano pasado?

Mariah, de pie en la entrada, no puede criticar su observación. Para llamar rústica a esa cabaña se necesitaba mucha imaginación. Una alfombra andrajosa y trenzada con muchas manchas adorna el suelo. Más allá de la sala principal hay dos puertas, una que da a un lavabo del tamaño de un armario y otra que corresponde al único dormitorio. Hay una mesita para servir el café y un sofá de tela de cuadros raída sobre el que se encuentra un surtido de Tupperwares de distintos colores cubiertos de polvo.

—Esto es asqueroso —dice Faith, frunciendo el ceño—. No quiero quedarme aquí.

Mariah se obliga a sonreír inmediatamente.

—Es una aventura. Es como ir de campamento, pero con camas —explica, asomándose para ver el dormitorio—. Bueno, uno de nosotros tendrá cama.

—Usted y Faith pueden dormir en ella. Yo me arriesgaré con las enfermedades contagiosas del sofá —contesta Ian, resoplando.

Se sienta pesadamente e inclina la cabeza hacia adelante, moviendo los hombros en silencio. Por un momento, pasmada, Mariah piensa que puede estar llorando, pero luego suelta una carcajada y echa la cabeza hacia atrás.

—Dios mío, si mi productor pudiera verme ahora —dice, secándose los ojos—. La Winnebago es un palacio comparado con esto.

Al mencionar a su productor, Mariah se percata de lo que la ha tenido inquieta todo ese rato. La aterroriza que los reconozcan, aunque ella y Faith aún no son caras conocidas. Sin embargo, Ian Fletcher es una persona muy popular, una celebridad, y se ha dirigido al mostrador de Avis sin que sus seguidores se abalanzasen sobre él y ha fingido ser el pastor Harry Walters y no lo han reconocido.

—¿Cómo puede ser? —pregunta en voz baja—. ¿Cómo puede ser que no lo conociera?

—Ésta es la zona más conservadora de todo Estados Unidos, querida. Aquí la gente se reúne para cantar himnos y las ancianitas quieren complacer a Jesús, pero no hay demasiados ateos. No hace falta que me esconda, porque digamos que mi programa no es una de las prioridades televisivas de estos creyentes —responde Ian, sonriendo.

—No podía saber sólo mirando a la anciana que nunca había visto su programa —arguye Mariah, levantando la ceja.

—Me juego lo que sea a que no.

—¿Por qué? ¿Porque es mayor? ¿Porque consiguió engatusarla? —dice Mariah, molesta ante tanta certeza y cruzándose de brazos.

—No, señora White —concluye Fletcher, inclinándose hacia adelante y encendiendo el viejo televisor, que muestra una pantalla con nieve—. Porque no tiene cable.

Cuando Ian llega a Lockwood, lleva una hora y diecisiete minutos de retraso. Ha dejado a Mariah y a Faith en la cabaña con la excusa de comprar comida en el supermercado. Ahora se dirige a toda prisa hacia la sala de juegos, donde suele encontrar a Michael. Se asoma por la puerta y ve a Michael sentado aún en su rincón habitual, echando cartas.

La oleada de alivio que siente al ver que Michael lo ha esperado queda atenuada por el amargo hecho de que no tiene ningún sitio al que ir.

—Hola.

Ian entra y coge una silla. Las gotas de sudor le resbalan por las sienes, pero sigue con el abrigo puesto. Conoce la rutina; primero Michael tiene que saludarlo.

Cae una carta roja. Luego una negra. Ian se frota la sien con el cuello del abrigo.

—Tres treinta —dice Michael en voz baja.

—Ya lo sé, amigo. Llego una hora y... veinte minutos tarde.

—Son las cuatro y cincuenta y uno. Veinte segundos. Veintidós segundos. Veinticuatro...

—Ya sé qué hora es, Michael —responde Ian, enfadado y quitándose el abrigo.

—Tres treinta. Tres treinta el martes. A esa hora viene Ian —dice Michael, empezando a balancearse suavemente en su silla.

—Chis, Michael, lo siento. No permitiré que vuelva a ocurrir —explica Ian, reconociendo las señales de advertencia y moviéndose despacio con las manos en alto hacia Michael.

—¡Tres treinta! —grita Michael—. ¡Tres treinta el martes! ¡No el lunes ni el miércoles ni el jueves ni el viernes ni el sábado ni el domingo! ¡El martes, el martes, el martes!

El arrebato desaparece tan rápidamente como ha aparecido. Aparta su silla de Ian, hacia la esquina de la sala, con los hombros encorvados sobre la baraja de cartas.

—Ha llegado tarde.

Ian se da media vuelta y encuentra a uno de los psiquiatras que viene diariamente a Lockwood de pie, a unos pocos centímetros de distancia.

—Ya me lo ha dicho —le responde Ian, haciendo una mueca.

—Michael tiene un don para eso, ¿verdad? —dice el médico, riéndose—. ¿Le retrasaron el vuelo?

—No. Me retrasé por el camino.

—Bueno, en su mundo no hay lugar para los errores. No se lo tome como algo personal.

Ian llama al hombre cuando quiere irse.

—¿Qué cree que ocurriría si regresara mañana? ¿O un par de días más tarde?

—¿Quiere decir en otro momento que no sea martes a las tres treinta? —dice el psiquiatra, mirando a Michael en la esquina—[^]. Creo que se pondría furioso de nuevo.

Ian asiente y mira hacia otro lado. Él también lo cree, o sea que tiene siete días, exactamente, para conseguir que Faith White esté allí con él.

Suspira y coloca una silla justo detrás de Michael. Ian puede verle la coronilla, salpicada de canas, y eso lo deprime. ¿Qué tipo de vida ha tenido ahí, durante tanto tiempo?

«Una vida mejor de lo que cabía esperar». La vocecilla de su cabeza es una absolución. Lockwood es un centro de asistencia, a un paso de un hogar para minusválidos y bastante mejor que un manicomio. Quizá un día Michael pueda vivir por su cuenta, pero hasta entonces ése es el mejor cuidado que puede comprar con dinero.

Con cansancio, Ian mira su reloj, y se sienta en silencio lo que le queda de hora porque, aunque Michael no le hable directamente, es consciente del rato que Ian se queda. Observa cómo se balancea, como un metrónomo, y se pregunta cómo un hombre como él, que no puede ver la Biblia ni en pintura, se ha convertido en el guardián de su hermano.

Cuando Ian regresa a la cabaña, el sol ya se ha puesto. Aún nervioso por el arrebato de Michael, anda por el camino de grava distraídamente, entra, y se queda pasmado. La pequeña sala de la cabaña está iluminada con velas y la mesa de la cocina está cubierta con un tapete de cuadros. Los cubiertos de plata limpios están colocados en su sitio sobre la mesa junto a los platos desconchados. Mariah ha cambiado de lugar algunos muebles para esconder las manchas de agua del suelo de madera y las grietas sospechosas de las paredes. No es el tipo de habitación al que está acostumbrado, pero es casi... acogedora.

Mariah y Faith están heladas en el sofá, como dos ciervos deslumbrados por los focos de un coche. Al poco rato, Mariah se levanta y se frota las palmas de las manos en los muslos.

—Bueno, como tenemos que estar aquí un tiempo... —dice, dejando que su voz se apague.

La mirada de Ian recae sobre Faith y el viejo juego de dados Yahtzee que hay sobre la mesita para servir el café delante de ella. La niña se hace un ovillo, escondiendo la cara, y agita los dados con la mano ahuecada. Ian lucha

contra el impulso de sentarse a su lado, quitarse los zapatos y colocarse descalzo al lado de los cubiletes del Yahtzee.

—¿... del coche?

Pasa un momento antes de que Ian se percate de que Mariah le está hablando a él. ¿Qué dice del coche? Refunfuñando, recuerda la excusa por la que se había ido: los comestibles.

—Bueno, aún no he ido —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Ahora mismo voy.

Ian huye rápidamente, antes de que Mariah pueda preguntarle dónde ha estado todo ese rato, antes de que se desmorone y se lo cuente.

Empieza a llover cuando se aleja de la cabaña. Por el espejo retrovisor observa a Mariah en la puerta; su silueta está marcada por la luz amarilla de las velas. ¿De dónde habrá sacado esas velas? ¿Y el juego de mesa? ¿Y todo lo demás? A Ian le tiemblan las manos al volante mientras intenta recordar el camino hacia el supermercado más cercano. Las alfombras deshilachadas, los juegos viejos, la mujer que lo espera; todo inunda su mente. Se obliga a hacer una lista mental de lo que comprará (leche, zumo, huevos, cereales, refrescos y macarrones), producto tras producto, para desplazar la inquietante idea de que su vida hasta ahora, a pesar de todo el lujo, dista mucho de ser tan buena como eso.

Su madre no hace más que saltarse los trozos buenos. Faith no sólo no tiene cuentos para ir a dormir (a pesar de lo que diga su madre, la revista *Reader's Digest* no cuenta), sino que además su madre es incapaz de contar una versión memorizada de Caperucita Roja sin equivocarse.

—Es una cesta con comida —apunta Faith—. Para la abuelita. ¿Recuerdas?

—Sí.

Su madre no deja de mirar hacia la puerta. Faith supone que es porque tiene hambre. Ian Fletcher tenía que traer la cena, pero no hay señales de él, y todo lo que Faith ha comido son un puñado de galletas Tic-Tacs del bolso de Mariah. Si cierra los ojos y se concentra en no escuchar la voz de su madre, puede oír cómo le borbotea el estómago, igual que los saltos de agua de la

presa de New Canaan.

—Así que Caperucita Roja llega a la puerta y llama, y el lobo...

—Aún no toca lo del lobo —se queja Faith—. Tiene que comerse a la abuela primero.

—Por Dios, Faith; si te lo sabes tan bien, ¡cuéntatelo tú misma!

Cuando se estaba poniendo el camisón, Faith había dicho algo así como que esperaba que Dios pudiera encontrarla allí en Kansas, y su madre se había enfadado y le había ordenado que bajo ningún concepto, de ninguna manera, hablara de Dios delante de Ian Fletcher. Ahora su madre ni siquiera quiere arroparla en la cama. Faith se da media vuelta. No quiere que nadie la vea llorar.

—Vale —murmura.

Siente la mano de su madre sobre su brazo.

—Lo siento. No tendría que haberte hablado de ese modo.

—Bueno.

—No, no ha estado bien. Tengo hambre y estoy cansada, pero no es tu culpa —le explica su madre, frotándose los ojos con las manos y suspirando—. Ahora mismo no estoy para contar cuentos, Faith. ¿Vale?

—Vale —murmura.

—Gracias —le dice su madre, sonriéndole y besándole el pelo.

Cuando se levanta, Faith la coge por la manga.

—Esto no me gusta.

La voz se le entrecorta, lo cual la avergüenza, pero no puede evitarlo, y antes de poder detenerlas, se deshace en lágrimas.

—Huele raro, no tienen el Canal Disney y no hay nada para comer.

—Ya lo sé, cariño, pero el señor Fletcher nos traerá algo.

—¿Y por qué está aquí? ¿Por qué tenemos que quedarnos con él?

De repente, su madre parece tan triste que Faith desea no haber hecho esa estúpida pregunta.

—Ya nos iremos —dice su madre—. Si lo de vivir con el señor Fletcher no funciona, cogeremos un avión para ir a otro sitio. A Las Vegas, quizá.

Faith se tranquiliza. Siente cómo su madre se acurruca detrás de ella y le recuerda a una hamaca de su jardín; se acuerda que la primera vez que se recostó en ella pensó que el tejido de cuerdas se desenmarañaría, pero al final

consiguió sujetarla.

—Quizá tengamos suerte —responde Faith, bostezando.

—Quizá sí —asiente su madre, rodeándola fuertemente con los brazos.

Primero, huele el humo. Unas torres gemelas de fuego se levantan hasta donde le alcanza la vista, conformando unos puntos negros ante sus ojos, pero sabe que tiene que atravesarlas. Sus padres, Dios santo, están ardiendo... Primero mete la cabeza en el calor, ignorando el dolor que le sube por los brazos y las piernas, y que se le despelleja la piel de la espalda. Se le hinchan los ojos con el calor y el hollín, pero puede ver cinco dedos, el contorno de una mano, y estira el brazo hacia ella; desliza su palma sobre la de la otra mano y agarra una muñeca. Pira de ella. Ahora caen, libres, y acaba en el suelo solo para descubrir que está agarrando con fuerza a su hermano. A su hermano, a quien nadie puede tocar, quien no soporta ser tocado, quien contempla las manos de Ian sobre sus hombros y grita con fuerza, con fuerza, con fuerza...

—Señor Fletcher.

Se mueve repentinamente, sudado; las sábanas están en el suelo. Mariah White está arrodillada al lado del espantoso sofá, tocándole el brazo.

—Tenía una pesadilla.

—No era una pesadilla —insiste Ian, aunque su voz sigue ronca.

No era una pesadilla, porque para eso hay que dormir un rato y es casi imposible que Ian se quede dormido. Se aparta de ella y se acurruca en un extremo del sofá, secándose el sudor de la cara con la camiseta.

Era obvio que no podía quedarse en Kansas City y fingir que todo iba bien. La ciudad sólo le guarda recuerdos podridos. Aunque funcione su estratagema y Faith vea a Michael, es inevitable que su estancia allí le deje secuelas.

Mariah le ofrece un vaso de agua del grifo. Con manos temblorosas, Ian lo coge y bebe a grandes tragos. Luego la sigue con los ojos hasta la encimera, donde había dejado los comestibles no perecederos. Al regresar la noche anterior, la puerta del pequeño dormitorio estaba cerrada y le habían dejado sábanas y mantas sobre el sofá. Había pensado que, en vez de empezar a hacer

ruido con los armarios y despertar a las White, era mejor hacerlo por la mañana. Luego había sacado una libreta y había anotado cuatro ideas para el programa de la semana siguiente. Es lo último que recuerda, hasta encontrar a Mariah White a su lado.

—Decía algo sobre un fuego —dice con vacilación.

—Seguro que decía muchas cosas.

—No lo sé. Acabo de salir.

—No habré despertado a su hija, ¿verdad?

—Faith duerme como un lirón —responde Mariah, negando con la cabeza.

—Entonces permíteme por haberla despertado.

—Bueno, en realidad no me ha despertado —dice con una sonrisa en los labios—. Seguro que este colchón fue un instrumento de tortura en otra vida.

—Seguramente lo utilizaron para acabar con los prisioneros que no sucumbían con este sofá —añade Ian, riéndose.

Sus ojos se encuentran con los de Mariah.

—Voy a comprobar que Faith esté bien —dice ella en voz baja.

—De acuerdo. Y lo siento.

Mariah recoge las sábanas enmarañadas del suelo y las lanza al aire para que ondeen sobre Ian y caigan sobre su regazo como un susurro. Luego tira con rapidez y sin problemas de la esquina de satén de la manta y la sube para arroparlo. Es un movimiento simple e instintivo, una rutina que las madres se saben de memoria, pero aun así Ian aguanta la respiración hasta que se aleja, porque no quiere romper el hechizo.

—Buenas noches, Ian —dice.

El asiente, incapaz de pronunciar palabra. Observa las pequeñas y suaves curvas de sus talones descalzos mientras andan por el suelo y mira cómo cierra la puerta del dormitorio. Luego coge su bolígrafo y su cuaderno de nuevo y sonrío porque se percata de que, por primera vez, Mariah White ha utilizado su nombre de pila.

New Canaan, New Hampshire

Millie se está volviendo loca. ¿Tan difícil es que Mariah llame, aunque sea

desde un teléfono público, para decir que están bien? Ella ha cumplido su parte del trato; ha conducido el coche hasta casa y se cuida de la alquería en su ausencia, pero se le está acabando el tiempo y lo sabe. Todos la han visto salir del coche sola. Tarde o temprano, cuando Faith y Mariah no aparezcan, empezarán a hacer preguntas.

Millie se levanta de la cama, descorre las cortinas y ve las pequeñas hogueras encendidas con hornillos y las luces portátiles de los cámaras de los reporteros de televisión. ¿Acaso es su imaginación o el número de personas es casi el doble hoy?

Millie se levanta que los de «Hollywood Tonight!» aún están ahí; a diferencia de la mayoría de los reporteros de televisión, que cuentan con tres o cuatro personas para sus transmisiones diarias, Petra Saganoff parece necesitar ocho o diez, además de luces, maquilladores y hombres que llevan máquinas que hacen Dios sabe qué. Millie preferiría que Petra Saganoff no estuviera. Puestos a escoger reportero, le gustaría más ver a Peter Jennings, ese periodista tan guapo que lleva un chaleco tipo safari cuando se desplaza a los sitios.

Es mejor que Faith y Mariah se hayan ido. Tal y como están las cosas en la entrada de su casa, pronto necesitarán a otro policía para mantener el orden. A Mariah ya le incomodaba un puñado de personas; ¿cómo reaccionaría ante *eso*? Con un suspiro, Millie regresa a la cama. Apaga la luz, pero luego la vuelve a encender y levanta el auricular del teléfono que hay sobre la mesilla para comprobar que la línea funciona; por si acaso.

Lago Perry, 20 de Octubre de 1999

Mariah se sorprende al ver que Ian se va poco después del desayuno.

—Tengo que ganarme la vida —dice, cogiendo las llaves del coche y saliendo por la puerta como si pasar otro momento en su compañía fuera demasiado doloroso para soportarlo.

No ha mencionado su pesadilla, y Mariah decide que debe de ser la razón por la que sale corriendo: la vergüenza no puede descansar fácilmente sobre los hombros de un hombre como él.

—¿Por qué *él* sí puede salir —se queja Faith—, y *nosotras* tenemos que quedarnos en este horrible lugar donde no hay nada que hacer?

—Quizá salgamos a dar un paseo. Encontraremos un teléfono y llamaremos a la abuela.

El comentario llama la atención de Faith.

—¿Y entonces vendrá aquí?

—Dentro de poco, quizá. Ahora necesitamos que vigile nuestra casa.

—Hay mucha gente vigilando nuestra casa. No hace falta que ella también lo haga —responde Faith, echándose más cereales en su tazón.

Mariah está de pie frente a la ventana cuando Ian se marcha. Se ha llevado el coche pero pueden ir andando hasta la ciudad para llamar a un taxi, regresar al aeropuerto y coger otro vuelo. Cuando les ofreció su protección, Mariah se había imaginado que sus buenas intenciones en el fondo eran mucho más egoístas: ¿qué mejor manera de observar a Faith que vivir casi en la misma habitación? Pero como sabía que Ian vería de Faith sólo lo que ella quisiera, había consentido el trato. Sin embargo, había esperado que se pegaría a ellas como una lapa.

Pero ahora parece que casi... confíe en ellas.

Observa a Faith llevarse el tazón de cereales a la boca para beberse el resto de la leche y empieza a regañarla por sus modales, pero luego se detiene. Con todas las normas que tiene que cumplir ahora que se están escondiendo, esa pequeñez se puede pasar por alto.

Había reflexionado sobre los peligros a los que Faith tendría que enfrentarse si vivían con Ian Fletcher, pero no sobre aquéllos a los que tendría que enfrentarse ella. No había tenido en cuenta que era mucho más fácil odiar a un personaje de televisión que a un hombre normal y corriente. Ver los zapatos de Ian colocados bajo el sofá, sus papeles sobre la mesita para servir el café, o ir al lavabo y oler la débil mezcla de cedro y jabón que impregna su piel lo convierte en alguien de carne y huesos. Ha pasado de ser un icono cultural de dos dimensiones con un deseo clarísimo de poner en evidencia a Faith a ser alguien con sentimientos, dudas e incluso pesadillas.

Si Ian Fletcher es capaz de confiar en ellas y dejarlas solas, ¿no puede Mariah confiar en él y creer que alquilar esa cabaña no ha sido un acto egoísta sino generoso?

Se da media vuelta y mira a Faith.

—Vistámonos. Nos vamos.

A Ian le parte el corazón comprar ropa en Kmart. Un hombre que lleva trajes de Armani y zapatos de Bruno Magli no debería verse obligado a comprar vaqueros y zapatillas deportivas en la sección de rebajas, pero sabe que tiene menos posibilidades de ser reconocido por un empleado de ojos apagados que por un vendedor de una tienda de ropa más exclusiva. Está en la caja, detrás de una madre con tres niños que gritan porque quieren un caramelo, mirando la colección de objetos de su cesta.

—¿Ha encontrado todo lo que necesitaba? —pregunta el empleado.

Reina una feliz tranquilidad; la madre ha sucumbido y se lleva a los niños, quienes sumergen los dedos en paquetes de M&M's. Impulsivamente, Ian coge otro de la estantería y lo coloca sobre el mostrador de la caja, para Faith.

—Eso creo.

Al oír su voz, una mujer lo mira. Lo mira con los ojos entornados, intentando relacionar la voz cansina del sur con la cara. Por un momento, Ian piensa que se acabó el anonimato... pero luego la mujer continúa mirando productos. Debe de haber decidido que es alguien que se le parece. Después de todo, ¿cómo iba a estar el ilustre Ian Fletcher en Kmart?

—Oh, esto me encanta —dice la mujer, levantando un conjunto de camiseta y mallas con un Piolín serigrafiado delante—. Le compré uno igual a mi hija.

Ian lo ha cogido para Faith. La noche anterior se había percatado de que seguramente no llevaban demasiado en las mochilas, y necesitarían ropa para esa estancia inesperada tanto como él. Desgraciadamente, las tallas infantiles lo confunden. No aprecia la diferencia entre una talla y otra.

Comprar ropa para Mariah es más fácil. Sólo tiene que imaginarse por dónde le llega, lo anchas que son sus caderas y lo pequeña que es su cintura, y emparejar su figura con la de una de las muchas mujeres con las que ha salido. Aunque tiene un cuerpo muy bonito, se da cuenta de que en el carrito sólo mete vaqueros anchos, camisetas de franela y sudaderas demasiado grandes; o sea, cosas que la tapen y no lo distraigan.

—En total son 123 dólares con 39 —dice el empleado.

Ian abre la cartera y saca un montón de monedas de veinte. Lleva las bolsas hasta el coche de alquiler y luego saca el móvil para llamar a su productor.

—Aquí Wilton.

—Bueno, menos mal que tú sí estás ahí —bromea Ian.

—¿Ian? Por Dios. Me estaba volviendo loco. ¿Puedes decirme dónde coño estás?

—Perdona, James. Ya sé que te dije que regresaría anoche, pero he tenido... una emergencia familiar.

—Creía que no tenías familia.

—Oye, voy a estar ocupado algún tiempo.

Ian da golpecitos sobre el volante con los dedos; sabe que no hay nada que James pueda hacer. Sin Ian, no hay programa.

—¿Cuánto tiempo es algún tiempo? —dice James al poco rato.

—Ahora mismo no lo sé, pero no podré estar para el programa del viernes. Tendrás que repetir alguno.

Ian percibe cómo James se enoja.

—Vaya, genial, Ian, porque acabamos de anunciar que el próximo programa será en directo. Y aquí hay unos noventa reporteros, además de varios abonados a canales nacionales, que se mueren por ser los primeros en saber algo más del caso. Quizá le pida a uno de ellos que te sustituya.

—Sí, claro; inténtalo con Dan Rather. Me imitó muy bien en «Saturday Night Live» una vez —responde Ian, riéndose.

—Me alegro de que estés de tan buen humor, pero no te van a quedar ganas de reír cuando dejen de emitir tu programa.

—James, relájate antes de que te dé algo. Faith White ni siquiera está allí, ¿vale?

—¿Y cómo lo sabes? —pregunta James después de un momento de silencio.

—Tengo mis fuentes. Además, sólo estoy haciendo lo que me pediste: seguir los casos en la calle.

—¿Me estás diciendo que estás con ella? —pregunta James, aspirando.

—Te estoy diciendo que sólo porque no esté a un metro de ti no significa que no esté siguiendo el caso.

Mira el reloj. Dios santo. Mariah y Faith podrían haber cruzado ya medio Missouri, pero tenía que arriesgarse. Aprendió hace tiempo que la mejor manera de atrapar una mariposa es quedarse quieto, para que escoja posarse sobre tu hombro.

—Tengo que irme, James. Te llamaré de nuevo.

Antes de que su productor pueda protestar, Ian cuelga el teléfono y vuelve a meterlo en el bolsillo de su abrigo. Luego se dirige a Camp Perry, lo bastante despacio como para poder ver a una mujer y una niña que quizá hayan decidido marcharse por su cuenta.

Mariah está sudando. Aunque hace fresquito, Faith se ha negado a continuar caminando después de andar unos dos kilómetros por la carretera, así que ha tenido que llevar a su hija auestas hasta la gasolinera. Luego ha llamado a casa a cobro revertido y ha hablado con su madre, mientras Faith se quejaba porque quería un caramelo.

—¿Qué estás con *quién*? —le ha preguntado su madre.

—Ya lo sé, ya lo sé; pero ahora nos marcharemos.

Mariah acababa de ver el número de un servicio de taxis local colgado en la pared de la cabina del teléfono público.

—Te llamaré cuando hayamos encontrado un lugar en el que instalarnos.

Mientras habla con el taxista, siente cómo la invade un sentimiento de culpabilidad. Ian Fletcher sólo ha tenido atenciones para con ellas hasta ahora. De algún modo, podría ser que la crueldad de su personaje televisivo fuera sólo un papel.

Aun así, no va a quedarse para descubrirlo.

Faith está sentada en el suelo, toqueteando bichos muertos, cuando Mariah cuelga. El taxi llegará dentro de diez minutos.

—¿Qué estás haciendo? Te vas a ensuciar.

—Quiero un caramelo. Tengo hambre.

—Toma. Compra lo que puedas con esto —dice Mariah, hurgando en su bolsillo para encontrar cincuenta céntimos.

Se seca el sudor de la frente y observa cómo Faith escoge un paquete de cacahuets y se los da al señor que está detrás del mostrador. Sonríe a Mariah

y ella le devuelve la sonrisa.

—No es de por aquí —dice el hombre.

—¿Por qué dice eso? —pregunta Mariah, sintiendo náuseas.

—Porque conozco a casi todo el mundo de la ciudad y a usted no —dice, riéndose—. ¿Ha encontrado taxi?

Seguramente haya oído la conversación. Mariah siente cómo la cabeza le da vueltas.

—Sí... bueno, mi marido tenía que hacer un recado; quedamos que nos recogería aquí después de mi llamada, pero creo que mi hija tiene fiebre y quiero volver al motel... así que cogeremos un taxi.

—Le diré que se han marchado, cuando venga a buscarlas por aquí.

—Se lo agradezco —dice Mariah, dirigiéndose hacia la puerta y deseando que se acabe la conversación de una vez—. Cariño, ¿por qué no esperamos fuera?

—Buena idea —dice el hombre, aunque Mariah no lo haya incluido en la invitación—. Un poco de aire fresco me vendrá bien.

Resignada, Mariah sale por la puerta de cristal de la gasolinera y se queda de pie al lado de un surtidor, protegiéndose los ojos del sol para ver si por la carretera viene algo que se parezca remotamente a un taxi. Sin embargo, de la dirección opuesta llega un coche a toda velocidad y se detiene a pocos centímetros de donde están.

Ian sale por el asiento del pasajero, contentísimo de haber visto a Mariah y a Faith.

—Hola —saluda, sonriendo a Mariah—. ¿Quieren que las lleve a casa?

—Espero que haya traído rosas, caballero —dice el empleado de la gasolinera—. Porque está metido en un lío.

Ian continúa sonriendo, perplejo, pero sólo puede pensar en lo que le había dicho Faith una vez, que a su madre las rosas le hacen estornudar. Antes de que Mariah pueda detenerla, su hija se sube al asiento trasero y ve el montón de bolsas en el suelo.

—¿Qué es esto?

—Regalos. Para ti y tu mamá.

Faith saca el conjunto de mallas de Piolín, un paquete de pasadores y una sudadera con corazones en el cuello. Luego saca también una camisa que, por

el tamaño, es obviamente para Mariah.

¿Es eso lo que ha estado haciendo esa mañana? ¿Comprarles ropa?

—Supongo que no necesitarán el taxi —dice el empleado—. Llamaré a la empresa.

—Se... se lo agradezco mucho —consigue decir Mariah.

Ian saluda al hombre con la mano y luego sube al coche. Mariah se sienta en el asiento delantero.

—Supongo que querían pasear un poco por la ciudad —dice serenamente—. Las he visto por casualidad al pasar.

—Me alegro, porque estaba cansada de tanto caminar —añade Faith, metiendo baza desde atrás.

Mariah intenta leer entre líneas y encontrar una acusación en sus palabras, intenta convertirlo en el hombre que se había imaginado que era. Ian la mira.

—Por supuesto, puedo regresar solo con Faith si aún quiere caminar un poco más.

—No —le dice, a Ian y a sí misma—. Así ya está bien.

New Canaan, New Hampshire, 22 de Octubre de 1999

Algunos culpan al taxista que llevó al joven padre Rourke a la estación de tren; otros dicen que sin duda fue un reportero que figoneaba. El caso es que, meses más tarde, nadie recuerda con claridad cómo se ha corrido la voz de lo que decían los archivos del cura que había visitado a la niña; pero de repente la gente que está delante de la casa de Mariah White sabe que el Dios que ve Faith White es una mujer.

Un reportero de la agencia Associated Press ha escrito un artículo de tres párrafos que se ha publicado en todos los periódicos, desde Los Ángeles hasta Nueva York. Jay Leño ha hecho un monólogo irreverente sobre un Jesús femenino preocupada por establecer una moda con la corona de espinas. Un nuevo grupo de devotos ha llegado a la propiedad de los White, permitiendo que su consternación por la ausencia de Faith sólo enfríe ligeramente su entusiasmo. Hay ya unas cien mujeres de universidades católicas y asociaciones eclesióásticas de mujeres que enseñan en colegios privados

religiosos. Algunas han luchado para que las ordenen sacerdotisas pero no lo han conseguido. Armadas con Biblias y textos de la feminista Naomi Wolf, han desarrollado una pancarta pintada apresuradamente que dice SOCIEDAD DE LA MADRE DIOS, y cantan en voz alta el padrenuestro al unísono, cambiando los pronombres allí donde hace falta. Sostienen pósters con fotos retocadas para que parezcan postales cristianas y otros en los que se lee ¡VAMOS, CHICA!

Están unidas y gritan, como si de un equipo de *hockey* femenino se tratara, aunque la mayoría de los otros seguidores que acampan no las consideran peligrosas.

Sin embargo, no saben que la Sociedad de la Madre Dios tiene otros cien miembros distribuidos por las ciudades de la costa Este que reparten folletos con su padrenuestro enmendado y el nombre y la dirección de Faith White.

Manchester, N. H., 22 de Noviembre de 1999

—En nombre de san Francisco, ¿qué es esto? —pregunta el obispo Andrews, retrocediendo ante el folleto rosa como si de una serpiente de cascabel se tratara—. ¿Madre Nuestra que estás en los cielos? ¿Quién ha escrito esta porquería?

—Es un nuevo grupo católico, Excelencia —dice el padre DeSoto—. Son defensoras de una supuesta visionaria de New Hampshire.

—¿Por qué me suena eso?

—Porque hablé con monseñor O'Shaughnessy de ella hace una semana. El padre Rourke, el psicólogo pastoral de St John, le mandó este informe por fax.

El obispo Andrews no se ha leído el informe. Se ha pasado la mañana desfilando en la fiesta de antiguos alumnos del colegio privado religioso Papa Pío XII en un Ford de época delante de una banda de percusión enorme que le ha dado un dolor de cabeza del que no puede librarse. El padre DeSoto le entrega el informe.

—«Sin duda alguna, ausencia de comportamiento psicótico...». Es demasiado imparcial —murmura Andrews.

Luego coge el teléfono y marca el número del seminario de Boston.

Un Dios femenino. ¡Por todos los santos!

¿Por qué ha mandado a un psicólogo pastoral cuando sin duda se trata de un caso para un teólogo?

Lago Perry, Kansas, 22 de octubre de 1999

Por la tarde, Ian y Faith están jugando a las cartas cuando Mariah se queda dormida en el sofá. Hace un momento ha hablado con ellos y ahora, poco después, está roncando. Ian observa cómo su cuello se inclina hacia un lado y oye los suaves ronquidos de su garganta. Dios santo, qué envidia siente al verla dormida de esa manera... a plena luz del día...

Faith baraja las cartas y consigue lanzarlas al aire.

—¡Mira! —dice, apresurándose para recogerlas con voz estridente. —
¡Chis! —dice Ian, mirando hacia el sofá—. Tú mamá está durmiendo.

Sabe que si Faith está cerca, en la misma habitación, Mariah no descansará más que unos pocos minutos.

—¿Qué te parece si vamos fuera? —susurra.

—No quiero volver a jugar en la hierba otra vez. Ya lo he hecho esta mañana —responde Faith, haciendo una mueca.

—Te prometí que iríamos a pescar.

Ian recuerda haber visto una vieja caña acumulando polvo en el cobertizo que está al lado de la oficina del administrador.

—Podríamos ir.

Faith mira a Ian y luego a su madre.

—No creo que me deje.

«Claro que no», piensa Ian. Faith podría mostrarle las manos sin querer.

—Vamos, será una excursión rápida. Si no se entera, no le importará —dice, levantándose y estirándose—. Bueno, yo sí voy.

—¡Espera! Tengo que ponerme los zapatos.

Ian se encoge de hombros, fingiendo que no le importa tener o no compañía. Sin embargo, será la primera vez que esté sólo con Faith White, exceptuando la noche en la que la encontró sangrando. Hay tanto que quiere saber de ella que ni siquiera sabe por dónde empezar.

Hace frío y el sol se pone lentamente en el cielo. Camina con las manos

metidas en los bolsillos, silbando bajito, simulando que no se da cuenta de lo mucho que está resollando Faith para mantener su ritmo. Coge la caña de pescar y una pequeña pala de jardinería y se dirige al lago.

Se agacha cerca de unas aneas y le da a Faith la pequeña pala.

—¿Quieres cavar tú o lo hago yo?

—¿Para encontrar gusanos?

—No, para encontrar un tesoro enterrado, si te parece. ¿Qué crees que vamos a utilizar como cebo?

Faith coge la pala y hace un tímido intento de cavar en la gruesa hierba del pantano. Ian se fija en las tiritas que aún lleva en las manos, una en el exterior y la otra en el interior de cada mano. Evidentemente, ha estudiado casos de supuestos estigmatizados, porque en su profesión hay que conocer a la competencia. Recuerda haber leído lo dolorosas que en teoría son las heridas, aunque nunca se lo ha creído. Aun así, le arrebató la pala a Faith.

—Déjame a mí —dice bruscamente.

Desentierra un trozo de hierba, despegándolo como si del cuello cabelludo se tratara, y varios gusanos lilas moviéndose rítmicamente en la suciedad quedan al descubierto.

—Qué asco —dice Faith, arrugando la nariz.

—No si eres un róbalo grande.

Mete unos cuantos gusanos en una bolsita de plástico y acompaña a Faith hacia la pasarela.

—Ve por allí y llévate la caña.

La encuentra sentada, con los pies descalzos colgando sobre el agua.

—Si tu mamá te ve así, le da un ataque.

—Sólo lo descubriría si tú le dijeras que he venido aquí contigo, pero entonces estaría demasiado enfadada *contigo* para gritarme a *mí* —apunta Faith, mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Entonces supongo que somos cómplices —dice Ian, ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Sabes cómo lanzar la caña? ¿Te ha llevado alguna vez tu padre a pescar?

—No. ¿Y el tuyo?

Al oír eso, la mano de Ian se detiene sobre la de Faith. La pequeña mira con los ojos entornados; tiene la cara parcialmente oculta por algunas

sombras.

—No —dice Ian—. Creo que no.

Se coloca detrás de la niña; pone los brazos alrededor de los de Faith y agarra sus manos. Tiene la piel cálida y tremendamente suave; nota cómo sus omóplatos chocan contra su pecho.

—Así —explica, echando la caña hacia atrás y dejando que el sedal vuele.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, a esperar.

Se sienta al lado de Faith mientras la niña hurga con la uña del pulgar en las ranuras de las tablas de la pasarela. Levanta la cara hacia el sol poniente y cierra los ojos; Ian queda hipnotizado con el pequeño latido que aprecia en el hueco de su garganta. Hay un silencio entre ellos que casi no quiere romper, pero su curiosidad es más fuerte.

—Seguidme —dice en voz baja y observando su reacción—. Y os haré pescadores de hombres.

—¿Cómo? —pregunta Faith, mirándolo.

—Es un dicho antiguo.

—Es una tontería. No se pescan hombres.

—Tendrías que preguntárselo a Dios algún día —le sugiere Ian, inclinándose hacia atrás y protegiéndose los ojos con su antebrazo para poder mirarla a hurtadillas.

Faith frunce el ceño y está casi a punto de decir algo, pero luego se detiene y toquetea la madera de la pasarela de nuevo. Ian se mueve hacia adelante, esperando una confesión, pero lo que Faith tuviera que decirle desaparece con una sacudida repentina de la caña y su grito de deleite. Le muestra cómo enrollar el sedal para sacar del agua a su presa, un pez precioso que seguro que pesa más de un kilo y medio. Luego desengancha el róbalo y le abre la boca para que Faith pueda sujetarlo.

—¡Oh! —dice en voz baja, mientras la cola de pez golpea su estómago. «Es una preciosidad», piensa Ian, sonriendo. Le brilla el pelo con los reflejos del último sol de la tarde y tiene la mejilla sucia; cuando la mira, no ve al sujeto que debe analizar para su programa, sino simplemente a una niña pequeña.

El pez empieza a mover la cola, luchando por la libertad.

—Mira cómo... ¡oh! —grita Faith, soltando el róbalo.

Es la última cosa que Ian ve antes de que Faith pierda el equilibrio y caiga al agua helada.

Mariah se despierta y se encuentra con su peor pesadilla: Ian Fletcher ha desaparecido con Faith. Incorporándose de golpe en el sofá, grita el nombre de su hija, aunque sabe por la tranquilidad que reina en la pequeña cabaña que se han ido. Hay una baraja de cartas esparcida sobre la alfombra, como si se la hubiera llevado de repente, como si se la hubiera llevado por la fuerza.

Tendrá que llamar a la policía; es un sacrificio, pero en realidad no es nada si de este modo Faith regresa a casa a salvo. Con el corazón latiéndole violentamente, Mariah corre hacia afuera, tan alterada que no se da cuenta de que el coche aún está delante de la cabaña. Se dirige corriendo hacia la oficina del administrador, el teléfono más cercano, maldiciéndose por haber puesto a Faith al alcance de Ian Fletcher. Al volver a la esquina, aprecia dos siluetas en el lago, una alta y otra pequeña. Con gran alivio, Mariah se detiene de golpe; le tiemblan las rodillas. Ahueca las manos y las coloca alrededor de la boca para llamarlos pero entonces, delante de sus narices, Faith se cae al lago.

«¡Oh, mierda!». Eso es lo único que se le ocurre a Ian antes de que el agua se trague a Faith y se oiga el eco del grito de Mariah. El agua está congelada y no sabe si la niña sabe nadar; lo peor es que no puede saltar y cogerla porque podría caer sobre ella y hundirla aún más. Es consciente de que a lo lejos Mariah está bajando a toda prisa por la cuesta, gritando, pero con gran concentración mira fijamente el agua turbia hasta que aprecia una mecha pálida plateada ondeando bajo la superficie. Salta unos pocos centímetros a la izquierda de donde ha visto el pelo de Faith, abre los ojos en el infierno arenoso y enreda los dedos en una madeja sedosa.

Puede verla; tiene los ojos abiertos y aterrorizados, la boca abierta, y empuja con las manos la parte inferior de la pasarela bajo la que se ha quedado atrapada. Arrastrándola por la coleta, libera a Faith de golpe y la

saca del agua. Faith se arrastra sobre la madera, intentando recuperar el aliento; con la mejilla sobre las tablas, escupe agua.

Ian está subiendo a la pasarela cuando Mariah los alcanza y recoge a Faith entre sus brazos, tranquilizándola y mimándola. Ian se permite respirar y por primera vez pensar en lo que podría haber ocurrido. Se percata de que está empapado y temblando. Tras mirar a Faith para asegurarse de que está bien, se levanta y se dispone a marcharse hacia la cabaña para cambiarse.

—¡No te muevas!

La voz de Mariah, temblorosa por la ira, la detiene. Ian se vuelve y se aclara la garganta para hablar.

—Se pondrá bien —consigue decir—. Sólo ha estado bajo el agua unos pocos segundos.

Sin embargo, Mariah no está dispuesta a dejarlo así.

—¿Cómo te atreves a traerla aquí sin mi permiso?

—Bueno, yo...

—¿Estabas esperando a que me quedara dormida para llevártela con un... un caramelo y hacerle preguntas a diestro y siniestro? ¿Has conseguido ya tu preciada cinta? ¿O has olvidado sacártela del bolsillo al saltar al agua?

Ian siente cómo los labios se le separan de los dientes para emitir un gruñido involuntario.

—Para que lo sepas, lo único que le he preguntado a tu hija es si su padre la había enseñado a lanzar el sedal. No he grabado ni una maldita palabra de nuestra conversación. Ha sido un accidente que se cayera al lago y se quedara atrapada bajo la pasarela. Lo único que he hecho ha sido salvarla.

—¡Se ha quedado atrapada bajo la pasarela porque la has traído aquí! ¡Podrías haberla empujado tú!

A Ian le brillan los ojos por la cólera. ¿Así es como le da las gracias por haber salvado la vida de la niña? Da un paso hacia atrás, respirando con fuerza.

—¡O ella podría haber caminado sobre las aguas! —dice con desprecio.

Mucho después de que Mariah ha dado una sopa caliente a Faith, la ha bañado y acostado, Ian aún no ha regresado a la cabaña. No para de dar

tumbos y de mirar la nieve del televisor obnubilada. Quiere disculparse. Seguro que ahora que ambos han tenido tiempo de tranquilizarse sabrá que hablaba el miedo y no ella, pero preferiría decírselo en persona. Después de todo, si Faith se hubiera paseado sola por la pasarela, podría haberse caído con la misma facilidad... y haberse ahogado.

Espera a que su hija duerma profundamente y luego se sienta en el borde de la cama. Mariah toca la mejilla de Faith; está caliente como un melocotón maduro. ¿Cómo hacen las otras madres para vigilar a sus hijos? ¿Cómo cierran los ojos sabiendo que no ocurrirá nada en ese momento? Estar en una agua tan fría podría haber tenido consecuencias mucho más graves, pero Faith parece estar perfectamente.

Por si sirve de algo, el Dios de Faith no la ha sacado del agua; lo ha hecho Ian. Mariah tiene que estarle agradecida como mínimo por eso.

Ve la luz de los faros moviéndose por el pequeño dormitorio. Sale de la habitación y se dirige hacia la puerta principal de la cabaña, esperando a que Ian entre. Sin embargo, al cabo de cinco minutos todavía no ha entrado. Mira por la ventana y, tras comprobar que el coche está aparcado, abre la puerta.

Ian está sentado a sus pies. Estaba recostado contra la puerta.

—Lo siento —dice Mariah, ruborizándose.

—Tranquila, no es un buen sitio para sentarse.

Miran el cielo oscuro, el porche podrido, la pintura que se desconcha de la puerta... hacia cualquier sitio para no mirarse.

—Me refiero a que lo siento *de verdad*.

—Bueno, yo también. No es la primera vez que he hecho algo con Faith sin tu permiso —explica Ian, frotándose la nuca—. Aunque lo de la pesca le gustó. Se quedó hasta el final.

Los dos se imaginan a Faith con ese róballo, lo cual construye una especie de puente entre ellos. Luego Mariah se sienta al lado de Ian, dibujando distraídamente un círculo con el polvo del suelo del porche.

—No estoy acostumbrada a tenerla fuera del alcance de mi vista —reconoce—. Me cuesta mucho.

—Eres una buena madre.

—Seguramente seas el único que lo piensa —dice Mariah, meneando la cabeza.

—Lo dudo. Estoy seguro de que la niña que está ahí dentro también lo piensa —responde, apoyándose contra la pared de la cabaña—. Supongo que yo también te debo una disculpa. Me puse nervioso; por eso te dije que Faith tendría que haber caminado sobre las aguas.

Mariah piensa en esas palabras.

—¿Sabes? —dice finalmente—. Tengo tantas ganas de que no sea una especie de... mesías como tú.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que esté a salvo. Y quiero que sea mía —dice, respirando profundamente.

Ninguno de los dos expresa en voz alta lo que les pasa por la cabeza: que quizá esos dos deseos no puedan hacerse realidad.

—¿Está durmiendo?

—Sí —responde Mariah, mirando hacia la puerta de la cabaña—. Se ha ido a la cama muy tranquila.

Observa cómo Ian dobla una rodilla y coloca allí una muñeca, y se pregunta cómo sería ese momento si no lo hubiera conocido a raíz de una guerra de convicciones religiosas, sino porque se le hubiera caído el monedero en el supermercado o porque le hubiera cedido su asiento en el autobús. Su mente divaga hacia un territorio que no ha explorado a propósito; se centra en las ondas negras de su pelo y el azul brillante de sus ojos, recordando la noche en el hospital, cuando la besó en la mejilla.

—¿Sabes? —le dice en voz baja—. Incluso en las guerras mundiales había un alto al fuego en Navidad.

—¿Cómo?

—Hagamos una tregua, Mariah —dice Ian, con la voz deslizándose sobre su nombre como si de una cascada se tratara—. Me refiero a que, mientras estemos aquí, podríamos concedernos el beneficio de la duda.

Ian le sonríe.

—Seguramente no sea tan horrible como crees que soy.

—No te subestimes —contesta Mariah, devolviéndole la sonrisa.

Él se ríe, y en ese momento Mariah se percata de que si Ian Fletcher intimida cuando tiene el ceño fruncido, cuando baja la guardia resulta aún más amenazador.

A medianoche, cuando Faith y Mariah están profundamente dormidas, Ian entra en su dormitorio. Se queda de pie delante de la cama con toda la gravedad de un hombre que se encuentra al borde de un precipicio. Mariah tiene a Faith entre sus brazos, como si se tratara de un preciado ingrediente para una receta. Tienen el pelo entrelazado sobre la almohada. Desde donde él se encuentra, no parecen dos personas distintas, sino diferentes encarnaciones de una misma.

Esa noche ha ido mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta el arrebato en el lago. La tregua le dará un poco más de tiempo para que Mariah quiera confiar en él, y por supuesto él tendrá que actuar como si confiara en ella, lo cual en cualquier caso le resulta fastidiosamente sencillo. A veces, ella parece a cualquier otra madre, y Faith se parece a cualquier otra niña; hasta que se añade Dios a la situación.

Lago Perry, Kansas, 23 de octubre de 1999

A la hora del desayuno, Faith está sentada al lado de Ian en la mesa y observa a su madre en la encimera.

—Esta mañana podéis escoger entre Cheerios, Cheerios... o, si lo preferís, Cheerios —dice Mariah alegremente.

—Pues tomaré Cheerios.

El señor Fletcher le sonrío a su madre e inmediatamente Faith sabe que algo ha cambiado. Es como si el aire fuera más fácil de respirar.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Ian.

—Bien —responde Faith, antes de estornudar.

—No me extrañaría que se hubiera resfriado —le dice su madre al señor Fletcher, quien a su vez asiente.

Mariah coloca un tazón de cereales delante de Faith.

—Dale vitamina C. Es lo mejor para combatir un resfriado.

—Eso es un cuento de viejas, como lo de llevar una ristra de ajos colgada al cuello.

Faith mira a uno y luego al otro y se pregunta cómo pudo acostarse anoche

y levantarse esa mañana y, en ese poco rato, perderse cómo el mundo se ha puesto patas arriba. La última vez que había visto al señor Fletcher y a su madre juntos, se gritaban tanto que le había dolido la cabeza.

Siguen hablando de medicinas y de enfermar, como si Faith no estuviera en la habitación. En silencio, se levanta y cruza la cocina, arrastrando un taburete hacia la encimera. Alcanza un tazón del estante de en medio del armario y lo coge. Lo llena de Cheerios y lo coloca delante de un sitio vacío que hay en la mesa.

—Bueno —dice el señor Fletcher—. Como mínimo no has perdido el apetito.

—No es para mí; es para Dios —responde Faith, mirándolo, desafiante.

Su madre deja la cuchara en el tazón haciendo un ruido metálico. Faith observa cómo los dos adultos se miran durante mucho rato, como si se tratara de un concurso de mirarse fijamente y ver quién deja de hacerlo primero. Mariah incluso parece sujetarse al borde de la mesa, esperando a que el señor Fletcher hable.

Después de un momento, Ian alcanza la jarra de leche y la deja en el otro extremo de la mesa.

—Toma —le dice tranquilamente, comiéndose una cucharada de sus Cheerios—. Por si a Ella no le gustan sin leche.

24 de octubre de 1999

La noche siguiente Ian está tumbado en el sofá, escribiendo en una libreta, mientras Mariah está sentada en la mesa de la cocina. El aroma embriagador de la cola de contacto flota en el aire de la habitación y, aunque no puede ver sus manos, sabe que está ocupada pegando algo. Un trabajo ingrato, piensa. Todo en esa maldita cabaña se cae a pedazos.

De repente, Mariah se estira, y al hacerlo la silueta de sus pechos se dibuja en una de las camisetas de franela sin forma. Mira a Ian y le sonríe con vacilación.

—¿Qué estás haciendo?

—Escribo ideas generales para el programa.

—Oh. No sabía que aún siguieras con eso.

Se sonroja con sus propias palabras, porque se puede leer claramente entre líneas: no sabía que pudieras ser amable y hacernos enfadar a la vez.

—Tengo que ganarme la vida.

—Seguramente haya perdido todos mis clientes —refunfuña Mariah al oír eso, pensando en su trabajo.

—¿Clientes? ¿A qué te dedicas? —pregunta Ian, levantando las cejas sorprendido de descubrir que es más que una ama de casa.

—Hago esto —responde, confusa en un primer momento y luego señalando hacia la mesa.

Ian se levanta y se queda de pie detrás de su silla. Sobre una toallita de papel hay un abanico de palillos pegados. Al lado hay una pequeña estructura; observa cómo Mariah enrolla el abanico, convirtiéndolo en un techo de paja de una pequeña cabaña. Más que parecer una tontería, como algo infantil, resulta increíblemente realista. Ha pegado trocitos de madera estratégicamente, aquí y allí, para crear una puerta, una ventana, y finalmente una especie de hogar indígena.

—Es alucinante —dice Ian, sorprendido por su talento—. ¿Eres escultora?

—No. Hago casas de muñecas —apunta, jugando con un poco de cola de contacto entre los dedos.

—¿Para qué es la cabaña?

—Para mí —responde Mariah, riéndose—. Estaba aburrida y he encontrado estos palillos.

—Recuérdame que esconda las cucharas de madera —dice Ian, sonriendo.

—¿Quién está haciendo tus programas? —pregunta ella, echándose hacia atrás y mirándolo desde abajo.

—Yo mismo. Estamos poniendo reposiciones mientras estoy aquí.

—¿Lo que estás escribiendo...?

—Es para cuando regrese —dice Ian en voz baja—. Sea cuando sea.

—¿Es sobre Faith?

—Algunas partes sí.

Al decir las palabras, se pregunta por qué narices le ha dicho la verdad. ¿No sería más fácil y más inteligente decirle que ha dejado de centrarse en Faith?

Sin embargo, no puede, porque en algún momento de esa última semana Mariah White ha dejado de ser un sujeto de estudio para convertirse en una persona como él. Sin duda han tenido sus momentos extraños, como cuando Faith tomó los cereales para que su guarda pudiera desayunar, o como cuando Faith se sentó en el porche, manteniendo una conversación con nadie. Sin embargo, Mariah ha intentado ocultar la mayoría de esos incidentes a Ian, aparentemente avergonzada, en vez de hacer alarde de ellos a modo de prueba. Se dice a sí mismo que está actuando tanto como él, que se hace la boba para que Ian se convierta como el resto de los tontos a quien Faith ha embaucado. Se dice todo esto a sí mismo porque la alternativa (¡impensable!) es que su corazonada sobre Mariah es incorrecta; y si no la ha juzgado bien, ¿con qué otras cosas puede haberse equivocado?

—Si te preguntara qué vas a decir de ella, ¿me dirías la verdad? —le pregunta Mariah.

Ian piensa en Michael y en la historia que tendrá cuando todo haya acabado, pero consigue dominar su expresión y dibujar una arruga para mostrar confusión.

—Te lo diría si pudiera, Mariah, pero la verdad es que ahora mismo no sé qué voy a decir —responde, apartando la mirada.

New Canaan, New Hampshire

Joan Standish ha escuchado los informativos; cada vez hablan más sobre la misteriosa ausencia de Faith White de New Canaan. Petra Saganoff empieza cada reportaje de «Hollywood Tonight!» con una cuenta atrás: tercer día sin Faith, cuarto día sin Faith. La filial de la NBC local, un canal respetable, ha emitido un programa en directo en el que ha llamado alguien diciendo que había visto a Faith haciendo cola para ir a ver una película en San José, California... y luego ha acabado con su credibilidad al gritar algo sobre cómo las gasta el humorista Howard Stern. En general, no ha prestado demasiada atención al caso, pero siente compasión por la niña, que se ha visto involucrada en todo esto.

Sin embargo, el prominente bufete de Manchester de Malcolm Metz ha

llamado para decirle que están intentando entregar una documentación a su clienta desde el martes, una petición en nombre de Colin White para cambiar la custodia. ¿Su clienta? No sabía si Mariah White querría que ella la representara. No había hablado con esa mujer desde su divorcio.

Aim así, por razones que no acaba de entender ni quiere analizar, se dirige en coche hacia la casa de los White durante la hora de su almuerzo. Ninguno de los programas que ha visto podía prepararla para esta subida en coche por la larga y accidentada carretera; hay coches a ambos lados con las ventanillas bajadas y picnics improvisados en los maleteros abiertos. La gente está reunida en pequeños grupos: los representantes de los medios y los demás, los que piensan que Faith puede ayudarlos. A lo largo de la pared de piedra que separa la propiedad de los White de la carretera se distinguen cuidadores encorvados sobre las sillas de ruedas de sus protegidos, hombres ciegos con perros guía y cristianos curiosos con cámaras colgadas al cuello que se enredan con las cadenas de sus cruces descomunales.

Dios santo, debe de haber al menos doscientas personas. Joan pisa el freno de su *jeep* cuando llega al pequeño control situado al final de la entrada. Dos policías locales lo custodian; la reconocen como a una de las pocas abogadas del pueblo.

—Paul —lo saluda—. Menudo jaleo.

—¿Hace tiempo que no pasa por aquí, verdad? —le dice el policía—. Tendría que venir después de comer, cuando la secta empieza a cantar.

—Supongo que Mariah White no está en casa, ¿no? —pregunta Joan, moviendo la cabeza.

—No. En ese caso, habría unos cien chiflados más.

—¿Hay alguien en la casa?

—Su madre. Supongo que está guardando el fuerte.

Se aparta para que Joan pueda pasar con el coche. Aparca justo donde empieza el césped y se dirige hacia las escaleras del porche para llamar a la puerta principal. La cara de una mujer mayor aparece tras los cristales laterales; sin duda, está sopesando si tiene que abrir o no la puerta.

—Soy Joan Standish —grita—. La abogada de su hija.

—Soy Millie Epstein. Entre —la invita, abriendo la puerta de golpe.

Cuando Joan entra, Millie no deja de dar vueltas alrededor de la abogada.

—¿Les ha ocurrido algo?

—¿A quiénes?

—A Mariah y a Faith —responde Millie, retorciéndose con las manos, preocupada—. Es que no están aquí.

—No, que yo sepa, pero tengo que ponerme en contacto con su hija.

Joan es una profesional a la hora de interpretar pistas en la cara de una persona, y Millie Epstein le está escondiendo algo.

—Señora Epstein, esto es muy importante.

—No sé dónde están. Se lo juro.

—Pero sabe algo —conjetura Joan después de considerar las palabras un momento.

—No.

—Pues entonces esperemos que Mariah la llame pronto, porque tengo un mensaje para ella. Dígale que su ex marido ha solicitado la custodia de su hija, y por muy nobles que fueran sus intenciones al alejar a Faith de todo esto, el juez sólo verá que se ha rebelado contra el sistema porque se está escondiendo cuando se le entregan los papeles. Y sinceramente, señora Epstein, a los jueces eso les cabrea mucho. Cuanto más tiempo se esconda, más posibilidades tiene Colin White de conseguir la custodia.

La anciana tiene la cara pálida y aprieta los labios.

—Dígame que me llame —dice Joan dulcemente.

—Lo haré —responde Millie, asintiendo.

Lago Perry, Kansas, 24 de octubre de 1999

Mariah no puede dormir. Se da media vuelta y observa el cielo nocturno por la ventana de la cabaña; la luna se está levantando y las estrellas parecen tridimensionales, como si pudiera estirar el brazo y agarrarlas con la mano. Calcula el tiempo basándose en la respiración regular de Faith y permite que las preguntas le den vueltas en la cabeza: «¿Cuánto tiempo podemos quedarnos? ¿Adónde iremos luego? ¿Cómo estará mi madre? ¿Llegará aquí un reportero mañana, o al día siguiente, o al otro?».

Se sienta, colocándose bien la sudadera que ha estado utilizando como

ropa de dormir. Ian le ha comprado a Faith un camisón, pero a ella no. Se lo imagina dudando entre las prácticas franelas y las sedas más sensuales, preguntándose qué escoger. Luego, siente cómo se ruboriza, y se levanta y empieza a caminar. No tiene sentido soñar con cosas que jamás ocurrirán.

Le encantaría ir a dar una vuelta, pero tendría que pasar por el salón, donde Ian está durmiendo, así que se dirige a la ventana y mira fijamente al exterior. Ian está inclinado contra el capó del coche. El brillo cobrizo de su cigarro dibuja el perfil de su cara; tiene los ojos tan abiertos y parece tan preocupado como Mariah. Lo mira descaradamente, preguntándose qué lo mantiene despierto por la noche, deseando que se dé la vuelta.

Al hacerlo, cuando sus ojos se encuentran, a Mariah le da un vuelco el corazón. Aprieta las manos contra el marco de la ventana; la ha sorprendido. No se mueven, no hablan; simplemente dejan que la noche los envuelva. Ian pisa el cigarro con el talón y Mariah se mete en la cama, ambos pensando que no son los únicos que están contando los minutos que quedan para que llegue la mañana.

Atlanta, estudios de la CNN

Larry King se alisa la corbata de color escarlata y mira a su invitado.

—¿Está listo? —pregunta, sin esperar una respuesta.

Luego la lucecita de la esquina de la cámara se enciende.

—Estamos de vuelta con el rabí Daniel Solomon, líder espiritual de Beit Am Hadash, que está afiliado al Aleph o judaísmo reformado.

—Sí —dice el rabí Solomon, aún incómodo después de estar en el aire diez minutos—. Hola.

Lleva una chaqueta negra apolillada (la única que tiene con solapas, en vez de cuello Mao) y su camiseta teñida, marca personal de la casa, pero se siente como si estuviera desnudo. Lo escuchan millones de personas (¡millones!), después de años de luchar por ser oído. No para de recordarse que debe esa entrevista fortuita a Faith White, así como a su congregación. ¿Qué ocurriría si King hubiera traído a un profesor católico mojigato para rebatir lo que dijera Solomon? Incluso David consiguió conquistar a Goliat, con Dios de su lado.

—Rabino —dice King, captando la atención de Daniel—. ¿Acaso es Faith White el Mesías?

—Bueno, está claro que no es el Mesías judío —contesta el rabí Solomon, moviendo los hombros como suelen moverlos en su zona de influencia teológica—. Según la Torà, para ser el Mesías judío debes crear un Estado judío soberano, pero nada de lo que ha oído Faith de Dios apunta en esa dirección.

Se cruza de piernas.

—Es interesante destacar que el Mesías del judaísmo difiere mucho del del cristianismo. Para los judíos, el Mesías no aparecerá hasta que hayamos conseguido librarnos de todo el mal en el mundo y lo preparemos para la llegada de un ser divino. Para los cristianos, según tengo entendido, el Mesías anuncia la edad de la redención, la trae consigo. Los judíos tienen que trabajar para conseguir una era mesiánica; los cristianos tienen que esperar.

—¿Puedo objetar?

Se vuelven hacia el sonido de una voz que proviene de un monitor de televisor que está colgado.

—Sí, claro, adelante —dice King—. Les habla el padre Cullen Mulrooney, profesor de Teología de la Universidad de Boston. ¿Qué decía, padre?

—Pienso que un rabino no debería decir lo que tienen que hacer los cristianos.

—Hablemos de eso, padre —añade Larry King, dando golpecitos con un bolígrafo sobre la mesa—. ¿Por qué está investigando la Iglesia católica las afirmaciones de una niña judía?

—Porque están influyendo en muchos católicos —responde Mulrooney, sonriendo.

—¿No importa el hecho de que sólo tenga siete años?

—No. La Iglesia católica ha reconocido visionarios más jóvenes que Faith White. De hecho, los siete años se consideraban la edad de la razón; cuando una persona era lo bastante madura como para ser moralmente responsable de sus propios actos. Por este motivo se celebra la primera confesión a esa edad.

—Su madre ha reconocido que esa niña no ha recibido formación religiosa en la escuela, de ningún tipo de religión —explica Larry King, frunciendo los labios—. Oigamos ahora a un televidente que nos llama.

Pulsa un botón.

—¿Hola?

—¿Hola? Tengo una pregunta para el rabino. Si no es el Mesías judío, ¿qué es?

—Una niña excepcionalmente espiritual; una niña que quizá sea más capaz de conectar con Dios que todos nosotros —responde el rabí Solomon, riendo.

—Si es judía, ¿por qué presenta las heridas de Cristo? —pregunta la voz de la segunda llamada, llenando el estudio.

—¿Podría responder yo a esa pregunta? —pregunta el padre Mulrooney—. Creo que es importante recordar que el obispo no se ha pronunciado oficialmente sobre los supuestos estigmas. Quizá pasen años o décadas antes de que el Vaticano autentifique la sangre.

—Pero es una observación interesante —dice Larry King—. No estamos hablando de una monja carmelita, sino de una niña, que además no es cristiana.

Se vuelve hacia el rabí Solomon.

—¿Cómo puede ser que una niña judía presente las heridas de un salvador en el que no cree?

—Faith White es como una pizarra en blanco —interrumpe el padre Mulrooney—. Que una inocente, religiosamente hablando, una no cristiana, presente las heridas de Cristo es sin duda una prueba de que Jesús es el único y verdadero Señor.

—No estoy de acuerdo. Creo que Dios ha escogido a una niña judía y ha añadido los estigmas porque es la mejor manera de reunir a mucha gente: cristianos, judíos... todos estamos pendientes de Faith ahora —discrepa el rabí Solomon, sonriendo.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué esperar miles de años y luego aparecer de repente? ¿Tiene algo que ver con el milenio?

—Sin duda alguna —dice el sacerdote—. Durante años el cambio de siglo se ha planteado como el apocalipsis, y la gente busca la redención.

—Olvídese del milenio. Según el calendario judío, aún nos quedan cuarenta y tres años antes del cambio de siglo —responde el rabino, riéndose.

—Tenemos otra llamada —dice King, pulsando otro botón.

—Es la criada del diablo. Es...

—Gracias —dice King, cortando la conexión—. ¿Hola? Diga. Está en el

aire.

—Pues yo aplaudo a Faith White. Aunque se lo esté inventando todo, ya era hora de que alguien sugiriera que Dios es una mujer.

—¿Caballeros? ¿Es Dios un hombre?

—No —dicen el rabino y el sacerdote simultáneamente.

—Dios no es ni una cosa ni otra y es ambas cosas a la vez —dice Mulrooney—. Una visión es mucho más que unos meros atributos físicos. Hay pruebas fehacientes y verificables además de la visión, y la piedad y las virtudes cristianas del visionario...

—Siempre me ha molestado esa idea de que sólo los cristianos tienen virtudes... —murmura el rabí Solomon.

—Yo no he dicho...

—¿Sabe cuál es su problema? —lo acusa el rabino—. Usted se autodefine como liberal, pero sólo si su visionario ve algo que les guste a ustedes. Está en una universidad como miembro del profesorado, pero ni siquiera ha visto a la niña; la criatura está como un pulpo en un garaje y usted se dedica a rebatirla con su teología.

—Oiga, un momento —señala el padre Mulrooney, furioso—. Al menos yo tengo una teología. ¿Qué tipo de movimiento radical *hippy* puede llamarse judío y además utilizar cantos e imaginería del budismo y de los indígenas americanos?

—Mire, en la teología judía hay lugar para un Dios femenino.

—Corríjame si me equivoco, pero ¿no están las oraciones judías dirigidas a *adonai eloheinu*, el *Señor*, nuestro Dios? —dice el sacerdote, meneando la cabeza.

—Sí —contraataca el rabí Solomon—. Sin embargo, existen muchos nombres judíos para Dios. *Hashem*, por ejemplo, que significa «el nombre», es unisex. Existe la presencia de Dios, *Shekhinah*, tradicionalmente considerado un término femenino. Mi palabra favorita para Dios es *Shaddai*. Siempre se conjuga en masculino, y durante muchos años los rabinos lo tradujeron como «la Colina Dios» o «la Montaña Dios». Sin embargo, la palabra *Shaddai* se parece muchísimo a la palabra *shaddaim*, que significa «senos».

—¡Oh, por el amor de Dios! —dice enojado el padre Mulrooney—. Y

«enfermo» suena casi como «infierno».

—¿Por qué...? —responde el rabí Solomon, casi saltando de la silla mientras Larry King lo refrena tocándolo con la mano.

—Faith White, ¿sanadora o timadora? —dice King con mucha labia—. Volvemos dentro de un minuto.

Cuando la luz de la cámara desaparece, el padre Mulrooney está rojo como consecuencia de la ira, y los ojos del rabí Solomon echan chispas.

—Miren, sus contribuciones son geniales, pero intenten no matarse, ¿de acuerdo? Aún nos quedan veinte minutos más de programa.

Lago Perry, Kansas, 25 de octubre de 1999

La luna llena de Kansas es un espectáculo extraordinario; padece en los llanos luminosa y parece a punto de explotar. Es el tipo de luna que engatusa a los animales para que dejen de esconderse, que hace que los gatos bailen sobre las vallas y que las lechuzas griten. Cambia a todo aquel que la contempla, porque hace que la sangre bombee lentamente y la cabeza dé vueltas al ritmo de una canción tocada por las ramas sin hojas y los juncos de las ciénagas. Es el tipo de luna que se mueve hacia Ian y Mariah el lunes por la noche, pocas horas antes de que él vaya a ver a Michael.

Se ha convertido en una costumbre entre ellos; es un momento para relajarse antes de que Mariah se acueste e Ian vuelva a trabajar. En el porche hablan de cosas sencillas: los gansos que han visto volar hacia el sur, la sorprendente cantidad de estrellas, cómo se nota el invierno en el aire de nuevo. Se abrigan con las mantas de cuadros y se sientan uno al lado del otro hasta que se les enfrían las mejillas, les moquea la nariz y el frío los vence. Esa noche Ian ha estado excepcionalmente callado. Sabe lo que tiene que hacer: la interpretación de su vida, en esencia, pero lo está aplazando. Cada vez que abre la boca para empezar, mira a Mariah y se percata de que no quiere iniciar el principio del fin.

—Bueno, creo que voy a entrar —dice Mariah, bostezando.

Mira a su alrededor por el porche en busca de objetos que Faith pueda haber dejado fuera y alarga el brazo para coger un par de zapatos.

—Esa niña va dejando cosas por doquier —murmura, recogiendo una Biblia de piel desgastada.

Es obvio que Mariah da por sentado que Faith la ha encontrado en la cabaña; está intentando meterla entre los pliegues de la manta cuando Ian se da cuenta.

—En realidad, es mía.

—¿La Biblia?

—Es un punto de partida para mis discursos —responde Ian, encogiéndose de hombros—. Es un gran libro, pero por supuesto para mí es ficción, no son hechos.

Cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás.

—Ah, maldita sea. Te estoy mintiendo, Mariah.

Ian siente cómo Mariah se pone tensa y mentalmente se echa atrás.

—¿Cómo dices?

—Te he mentado. Esta noche estaba leyendo la Biblia porque... porque quería, y no es la única mentira que te he contado. Te hice creer que estaba en el avión porque te estaba siguiendo a Kansas City, pero seguramente compré ese billete incluso antes de que tú decidieras huir al aeropuerto. En realidad, vengo aquí bastante a menudo para ver a otra persona.

—A otra persona.

La voz de Mariah es fría y, aunque Ian ya se lo esperaba, le duele igualmente.

Mariah espera que ahora le hable de un productor, un cineasta especialista en documentales u otra persona del gremio que podría sacar a la luz la historia de Faith.

—Vengo a ver a un pariente que es autista. Michael vive aquí, en un centro de asistencia, porque no puede desenvolverse por sí solo en el día a día. Forma parte de mi vida privada, y por eso nadie sabe de su existencia, ni siquiera mi productor ni el personal de mi equipo. Cuando os vi a ti y a Faith en el avión, supe que pensarías que te estaba siguiendo. No te seguía, pero no quería que supieras por qué estaba allí, así que hice lo que esperabas que hiciera: te seguí.

Se pasa las manos por el pelo.

—Sin embargo, no pensé en lo que podía ocurrir al hacerlo —continúa

Ian, mirando hacia otro sitio—. He visto a Faith día tras día, y cuanto más tiempo paso con ella más creo que quizá diga la verdad, que quizá me equivoque.

Ian traga saliva.

—Salgo de día para ver a Michael y luego regreso a casa y veo a Faith, y... Dios mío. Ambos se mezclan y mi cabeza empieza a dar vueltas: «¿Y si...? ¿Y si estuviera diciendo la verdad? ¿Y si pudiera curar a Michael?». Y luego, con la misma rapidez, me avergüenzo de mí mismo (¡yo, el gran descreído!) por pensar algo así.

Ian mira a Mariah con los ojos brillantes y la voz rota.

—¿Puede hacerlo? ¿Puede obrar milagros?

Puede leer el corazón de Mariah en sus ojos; cree que es un hombre que sufre.

—Claro que iremos a ver a tu pariente, Ian —murmura—. Si Faith puede hacer algo, lo hará, y si no puede, confirmará lo que llevas diciendo todo este tiempo.

Sin decir ni una palabra, Ian levanta la mano de Mariah y se la lleva a los labios; es la viva imagen de la gratitud, aunque mientras tanto la pequeña grabadora y el diminuto micrófono escondidos en su ropa recogen la promesa de ella.

26 de Octubre de 1999

Lockwood es un lugar horrible. Los pasillos y los suelos son de color de helado de pistacho. Hay puertas alineadas como si fueran fichas de dominó, y cada una tiene una cajita fuera con una tabla metida dentro. El señor Fletcher los lleva hasta el final del pasillo, donde entran en una habitación mucho más bonita que todo lo que ha visto Faith hasta ahora. Hay libros en las paredes y varias mesitas con juegos de mesa, e incluso se oye música clásica. Le recuerda un poco a la biblioteca de New Canaan, sólo que en la biblioteca no hay enfermeras correteando por allí con zapatillas blancas y blandas.

Su madre no le ha dicho casi nada; sólo que el señor Fletcher tiene un pariente enfermo al que hoy visitarán. A Faith le gusta la idea porque la

cabaña es muy aburrida. Además, ha visto que en algunas de las habitaciones hay televisor. Quizá esa persona tenga el Canal Disney, y Faith pueda ver la tele un poco mientras los mayores hablan.

El señor Fletcher se dirige hacia la esquina de la habitación, donde está sentado un hombre con una baraja de cartas. El hombre ni siquiera se vuelve cuando se acercan, pero dice algo.

—Ian ha llegado. A las tres treinta el martes. Como siempre.

—Como siempre —responde el señor Fletcher.

A Faith su voz le suena rara; es fría y aguda.

Luego el hombre se da media vuelta y Faith abre los ojos sorprendida. Si no fuera porque sabe que el señor Fletcher está allí, habría dicho que era el mismísimo señor Fletcher.

Mariah se queda boquiabierta. ¿Su *gemelo*? Ahora empieza a encajar las piezas del *puzzle*: por qué Ian quería mantener eso en secreto, por qué lo visitaba frecuentemente y por qué tenía un interés tan personal en que Faith conociera a Michael. Retrocede y se queda en un segundo plano, donde Ian le ha pedido que espere con Faith mientras se acerca despacio hacia su hermano.

—Hola, amigo —dice Ian.

—Diez de diamantes. Ocho de tréboles.

Las cartas caen sobre un montón, dispuestas en abanico sobre la mesa.

—Ocho de tréboles —repite Ian, sentándose en la silla.

Ian le ha dicho que a Michael le diagnosticaron autismo severo. Su estrategia de supervivencia en el mundo real es vivir según una rutina. Si no se sigue la rutina, se pone furioso, y la rutina se puede romper con algo tan sencillo como ordenar los cubiertos sobre la servilleta de una manera distinta, o si Ian se queda dos minutos más cuando lo visita. Tampoco puede soportar que lo toquen.

Ian le ha dicho que Michael siempre será así.

—Suéltame —susurra Faith, tirando de la mano de Mariah.

Michael le da media vuelta a la carta y es un as.

—Oh, no.

—Un as en la manga —dicen los hermanos al unísono.

Hay algo de la escena que conmueve a Mariah: Ian está sentado a unos pocos centímetros de un hombre que es su exacto reflejo, intentando comunicarse con él con palabras que no significan nada. Levanta la mano para frotarse los ojos y se da cuenta de que no está sujetando a Faith.

—¿Puedo jugar yo también? —pregunta su hija, dirigiéndose a la mesa de juego.

Helado, Ian espera ver la reacción de Michael. Su hermano mira a Ian, luego a Faith y luego a Ian de nuevo, y empieza a gritar como un loco.

—¡Ian viene solo! A las tres treinta el martes. No lunes ni miércoles ni jueves ni viernes ni sábado ni domingo. ¡Solo, solo, solo! —grita, moviendo la mano y desparramando las cartas sobre su regazo y por el suelo.

—Faith.

Mariah intenta apartar a su hija mientras un miembro del personal llega para tranquilizar a Michael. Faith está gateando por el suelo, recogiendo las cartas que se han caído. Michael se balancea, haciendo caso omiso de las palabras tranquilizadoras de la enfermera, que sabe que es mejor no tocarlo. Faith coloca la baraja de cartas con torpeza sobre *la* mesa, mirando con curiosidad al hombre mayor que tiene mentalidad de niño.

—Creo que es mejor que usted y sus amigas se vayan, señor Fletcher —dice la mujer en voz baja. —Pero...

—Por favor.

Ian se levanta a toda prisa de la silla y sale de la habitación. Mariah coge a Faith y lo sigue, mirando una vez más por encima del hombro y observando cómo Michael coge la baraja de cartas para abrazarla a la altura del pecho.

Fuera de la biblioteca, Ian cierra los ojos y respira lenta y profundamente. Como cada vez que Michael tiene un ataque, está temblando. Sin embargo, de algún modo, esta vez es peor.

Mariah y Faith salen fuera sigilosamente y esperan en silencio detrás de él. Casi no puede ni mirarlas.

—¿Éste ha sido tu milagro?

La ira le fluye con fuerza por las venas, como un veneno que invade todo el sistema. No sabe por qué ni de dónde viene. Al fin y al cabo, ha ocurrido lo

que se imaginaba.

Aunque, no lo que deseaba.

La idea lo coge por sorpresa, abriendo el mundo bajo sus pies. Siente cómo le da vueltas la cabeza y tiene que recostarse contra la pared. Todas las gilipolleces que le había contado a Mariah la noche anterior, todas las pequeñas concesiones que había hecho durante la semana para que pensarán que empezaba a creer en Faith... no eran mentiras en el fondo. Profesionalmente, Ian quería que hoy Faith fracasara, pero personalmente quería que se saliera con la suya.

El autismo no se puede curar en un abrir y cerrar de ojos, o con tan sólo tocar a la persona con la mano; lo sabe. Faith White, a pesar de todo lo que afirma, es una impostora. Sin embargo, esta vez, tener la razón no le hace sentirse satisfecho. Esa niña, que los ha engañado a todos, ha conseguido demostrar a Ian que sólo se ha estado engañando a sí mismo.

Mariah le toca el brazo, pero él se aparta. «Como Michael», piensa él, y se pregunta si su hermano no puede soportar que lo toquen porque no puede aguantar que sientan una pena tan abierta y sincera por él.

—Márchate —murmura mientras se aleja.

Cuando llega a la puerta, está casi corriendo. Rodea Lockwood para dirigirse hacia el pequeño estanque de detrás, donde se bañan un par de cisnes. Luego se arranca el micrófono que lleva bajo la solapa y se saca la grabadora del bolsillo. La cinta aún está grabando. A continuación lanza ambas cosas al agua con todas sus fuerzas.

Son casi las tres y media de la mañana cuando Ian regresa a la cabaña. Mariah sabe exactamente la hora que es; lo ha estado esperando toda la noche, preocupada. Después de marcharse corriendo de Lockwood, Ian se había ido en coche, dejándolas a ella y a Faith sin ningún medio de transporte para regresar a la cabaña. Al llegar allí en taxi y no ver ni rastro del coche, Mariah esperaba que Ian volviera a la hora de cenar. O a las nueve o a medianoche.

Se había imaginado el coche en la cuneta, contra un árbol; era obvio que Ian estaba demasiado alterado para conducir. Aliviada al verlo a salvo, sale del dormitorio para dirigirse al comedor. Mariah huele el alcohol incluso

antes de ver a Ian tumbado en el sofá, con la camisa desabrochada y agarrando una botella de *whisky* por el cuello.

—Por favor, vete.

—Lo siento mucho, Ian. No sé por qué Faith pudo ayudar a mi madre y en cambio no ha podido hacer nada por Michael —dice Mariah, mojándose los labios.

—Te diré por qué —dice firmemente—. Porque es una maldita impostora. ¡No puede curar ni un puto cortecito de nada, Mariah! Deja de actuar, ¿quieres?

—No estoy actuando.

—Sí, siempre estás actuando —responde, moviendo la botella y vertiendo el líquido sobre los cojines del sofá.

—Yo he actuado desde el momento en el que os vi en el avión, y Dios sabe que tu hija va a por un maldito Oscar, y tú... tú...

Se acerca tanto a Mariah que ella puede saborear el *whisky* de su aliento. Mariah duda, y luego se inclina y lo besa.

Es lento al principio; los labios se rozan suavemente. Mariah le pasa la mano por detrás de la cabeza y lo acerca más a ella, besándolo profundamente, sacándole lo que le duele tanto.

—¿Por qué me has besado? —pregunta Ian, después de quedarse sin habla un momento.

—No estoy actuando, Ian.

—Tú no lo entiendes —dice, colocando las palmas de las manos en las mejillas de Mariah y reposando su frente contra la de ella.

Mariah contempla sus rasgos de angustia; sólo puede ver a Ian sentado al lado de su hermano gemelo, intentando jugar según unas raras normas de juego porque es mejor tener eso que nada. Ian se equivoca. Mariah lo conoce mejor de lo que piensa.

—Me gustaría entenderlo —dice.

Ian Fletcher nació dos minutos y medio antes que su hermano Michael: fue más grande, más fuerte y más activo que su gemelo, un hecho por el que ha pagado durante toda su vida. Sin duda, Ian acaparó casi todo el alimento y el

espacio del útero, y aunque ningún médico lo había dicho, se sentía responsable del estado enfermizo de su hermano y su lentitud al responder; quizá incluso del autismo que le diagnosticaron a Michael de pequeño.

Sus padres eran ricos, pertenecían a la *jet set* de Atlanta; se casaron tarde y parecían apreciar más su reactor Learjet, su casa solariega restaurada y su bloque de pisos en Gran Caimán que a sus dos hijos gemelos. Ian y Michael fueron un error, un error del que no hablaban, porque era obvio que uno de sus hijos no estaba bien. Viajaron por todo el mundo durante largas temporadas, dejando a Ian y a Michael en manos del profesor o niñera de turno que hubieran contratado para que los cuidara. Ian sabía que tenía que encargarse de Michael; lo supo en cuanto comprendió que eran distintos. Las clases particulares no le permitieron a Ian tener amigos ni compañeros con los que jugar. Lo que tuvo, y lo que siempre ha tenido, era a su hermano.

Cuando Ian tenía doce años, el abogado de su padre llegó a medianoche con el *sheriff* local. El avión de sus padres se había estrellado en los Alpes, y no había sobrevivido nadie.

De la noche a la mañana, su mundo cambió. Ian descubrió que el estilo de vida al que los habían acostumbrado era cortesía de una inmensa deuda en la tarjeta de crédito, que dejó a los niños en bancarrota antes de considerar siquiera la herencia. Ian y Michael quedaron bajo la custodia reticente de la hermana de su madre y su marido, un celoso creyente de la Biblia desarraigado en Kansas. Sus tíos no quisieron entender los problemas psicológicos de Michael, y no tenían los recursos para contratar a otra persona para que lo hiciera. El sistema educativo estatal hubiera pagado para mandar a Michael a algún centro de Kansas, pero nadie investigó las posibilidades, así que enviaron a Michael a la institución más cercana; un lugar que apestaba a heces y orina, un lugar en el que Michael era el único paciente capaz de hablar.

Ian lo visitaba siempre, incluso cuando sus tíos dejaron de hacerlo. Fue a la biblioteca y se informó sobre los hogares para minusválidos de más reputación, pero nadie lo escuchó. Se pasó seis años preguntándose qué horrores debía de haber sufrido Michael para que retrocediera tanto, porque llegó a no querer vestirse por la mañana, a balancearse más a menudo y en silencio y, lo más significativo, no querer que lo tocaran.

El día que Ian y Michael cumplieron dieciocho años, Ian se vistió con un traje que había comprado en una de esas tiendas que venden ropa de segunda mano con fines benéficos y solicitó al tribunal de Kansas City la custodia de su hermano. Le dieron una beca para la Universidad de Kansas State y trabajó veinticuatro horas al día para pagarse los libros y ahorrar dinero. Se informó sobre todos los centros para autistas adultos y habló con médicos que le dijeron que Michael aún no era capaz de vivir en un entorno tan independiente. Le hablaron de los centros de asistencia. Le dijeron que recibían tanto ayuda federal como estatal y que aceptaban algunos casos de indigentes, pero muy pocos; se trataba de conocer a la persona apropiada en el lugar y el momento adecuado, para evitar la excusa de que no quedaban camas disponibles. Se enteró de que se tenía que pagar por la calidad del cuidado y continuar pagando para que no dieran esa preciada cama a otra persona.

Su hermano avivaba las ganas que Ian tenía de triunfar, y todo se desarrolló con naturalidad porque hacía tiempo que había dejado de creer en Dios. ¿Qué Dios le habría arrebatado a sus padres, habría truncado su infancia? Y sobre todo, ¿qué Dios le habría hecho eso a su hermano? Ian estaba enfadado y, para su sorpresa, la gente quería escucharlo: primero, los maestros de inglés de primaria, luego los profesores de teología, luego los oyentes de radio, y luego los telespectadores y los productores. Cuanto más famoso se hacía, más fácil era pagar los cuidados de Michael en Lockwood. Cuanto más franco era, más rápidamente se abría camino hacia el estilo de vida del que ya casi ni se acordaba.

Cuando Michael cumplió veintidós años, empezó a comer sólo de nuevo. A los veintiséis fue capaz de abrocharse su propia camisa. A los treinta y siete aún no quiere que lo toquen.

De repente Mariah entiende por qué Ian Fletcher es como es. Se había pasado años intentando convertirse en otra persona que no fuera ese niño perdido, en alguien cuya piedra angular fuera sentir incredulidad por Dios, y con razón. Qué doloroso debía de haber sido para él esperar *rezar* para que se cumpliera un milagro.

También se da cuenta de que Ian ha conseguido que Michael esté en

Lockwood y la estabilidad financiera que buscaba para poder pagar el cuidado de su hermano, pero su intuición le dice que Ian no ha conseguido lo que más necesita. Se ha pasado la vida cuidando de Michael, pero seguro que hace años que nadie cuida de él.

Mariah empieza despacio, pasándole la mano por el pelo, y luego girándola para que sus nudillos le rocen la garganta y la mandíbula. Le coloca las palmas en las mejillas y las baja por la pendiente de sus hombros, observando cómo Ian cierra los ojos como un gato al sol. Luego lo rodea con sus brazos con fuerza, apoya su cara contra el cuello de Ian y siente cómo éste se estremece.

Ian la abraza con tanta fuerza que no puede respirar, no puede hacer nada más que capear la tormenta de sus necesidades. Con las manos le resigue la espalda y los hombros, y reposa los labios en la oreja de Mariah.

—Gracias —susurra.

—Es un placer —responde Mariah, apartándose y besándolo.

—Espero que lo sea —dice Ian, sonriendo.

Ian la besa y deja que sus labios recorran su piel. La desviste, busca un condón en su cartera y utiliza las manos y la lengua para navegar por su cuerpo.

¿Es sólo su imaginación o se fija en sus muñecas, esa zona del cuerpo que aún la avergüenza? Mariah se imagina a sí misma encogiéndose, pequeña y maleable bajo las manos de Ian, hasta que siente que podría caber en una de sus casas de muñecas, caminar por sus suelos prístinos y mirarse en sus espejos impecables. Abre los ojos cuando Ian se mueve hacia ella, en ella.

Ha tardado años en descubrirlo, piensa Mariah, pero eso es lo que significa encajar a la perfección.

Ian aumenta el ritmo. Mariah se mueve hacia él, agarrándole los hombros con los dedos, sintiendo la sal de su piel en la boca. Deja de pensar en el pasado de Ian, en el futuro de Faith, en todo, y justo antes de desmoronarse, oye la voz de Ian susurrando cerca de su sien.

—Oh —grita, absorto en ella—. ¡Oh, Dios mío!

—No lo he dicho —dice Ian, riéndose.

—Sí que lo has dicho.

—¿Por qué crees que será? Quiero decir que se dice a menudo, pero si sólo estábamos tú y yo en la cama, ¿por qué iba a llamar a Dios?

—Por costumbre —responde Mariah, riéndose.

—Habla por ti —le dice, rodeándola con los brazos, aún maravillado por el sosiego de paz que siente en su interior, tan firme como una roca—. Creo que tiene que ver con algo divino.

Mariah se acurruca entre sus brazos.

—¿De veras? —dice, apartando la mirada—. ¿Ha estado... bien?

—¿Lo dudas? —pregunta Ian, levantando las cejas.

Mariah se encoge de hombros y el cuerpo de Ian se tensa instintivamente.

—Es que... siempre me he preguntado qué ocurriría si pesara unos quince kilos menos, o si fuera rubia platino, o más *sexy*. Quizá entonces Colin no habría perdido el interés por mí.

Durante un momento Ian parece meditar la respuesta.

—Si pesaras unos quince kilos menos, seguramente se te llevaría el viento. Si fueras rubia platino, no te reconocería, y si fueras más *sexy*, me matarías — responde, besándola en la frente—. He visto tu trabajo. Me has contado cómo haces las casas en miniatura. Has dado a luz a una niña maravillosa. ¿Por qué no iba a ser igual de exquisita cualquier otra cosa que hagas... incluido el amor?

Ian enmarca la cara de Mariah con las manos, deslizándose sin esfuerzo entre sus piernas de nuevo.

—No eres perfecta. Tienes esta peca aquí —le dice, señalándole la clavícula—. Puedes ser realmente tozuda, y tus caderas son...

—¡Tuve un bebé!

—Lo sé —responde, riéndose—. Sólo estoy intentando demostrarte que si quieres ser cínico con la perfección, nadie sería aceptable. Yo el que menos.

Le acaricia el cabello.

—Colín es un idiota, y esta vez sí que voy en serio cuando digo: gracias a Dios.

Mariah sonríe y se acurruca en el montón de mantas que han colocado sobre la alfombra.

—¿Sabes cuál es la palabra más bonita que existe?

—Déjame pensarlo un minuto —responde Ian, arrugando una ceja, concentrado.

—Melifluo.

Mariah mueve la cabeza.

—Adulación —dice en voz baja.

Ian no recuerda haber sentido tanta paz como ahora mismo en toda su vida, allí, en ese infierno de cabaña en Kansas. Es un indulto temporal, lo sabe; su tregua. Mañana tendrá que decirle a Mariah que le ha estado mintiendo, que quiso ganársela desde que bajaron del avión para poderle tender una trampa a Faith. Mañana tendrá que decirle que grabó a propósito la desastrosa reunión de Faith con Michael, aunque ya no tenga la cinta. Mañana tendrá que decidir cuánto revelará a su productor.

Mañana ella lo odiará.

—Daría lo que fuera por saber lo que estás pensando —dice Mariah, bostezando.

«¿Lo que fuera? Si lo supieras...».

—Creo que no escogemos de quién nos enamoramos —susurra Ian—. Creo que lo hacemos y punto.

La respiración de Mariah es uniforme y regular; Ian se da cuenta de que se ha quedado dormida. Saborea el peso de ella entumeciendo su brazo y calentando su piel, y poco después, por primera vez en años, Ian se queda profundamente dormido.

Son poco después de las cinco de la mañana cuando Ian se levanta. Tapa a Mariah con una manta porque no está seguro de que tenga por costumbre dormir desnuda y no quiere que Faith entre saltando y la encuentre despatarrada de esa manera.

Se va a Lockwood. No sabe por qué regresa allí. Está claro que si su hermano sufrió un ataque porque la presencia de Mariah y Faith había interrumpido su rutina habitual, una visita a las seis de la mañana no puede ir bien. Sin embargo, se había marchado demasiado bruscamente; Michael estaba gritando cuando Ian se fue enfurecido... no quiere que pase una semana antes de volverlo a ver. Aunque Michael está durmiendo, Ian sólo quiere entrar,

asegurarse de que esté bien y marcharse.

El personal lo evita cuando entra en la habitación de su hermano y abre la puerta. Michael está roncando suavemente, con la cara relajada, estirado sobre las mantas.

—Hola, amigo —susurra Ian.

Luego duda antes de tocarle el cabello.

—¿Ian? —dice Michael, abriendo los ojos.

—Sí, soy yo.

Retira la mano rápidamente y mira el reloj que hay en la puerta, seguro de que Michael empezará a gritar; sin embargo, en vez de eso, su hermano bosteza y se despereza.

—¿Por qué has venido tan temprano? —pregunta Michael.

Ian parpadea, sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿No tienes ningún sitio mejor al que ir?

Su hermano, quien no le ha hablado de nada más que de cartas en los tres últimos años, le está tomando el pelo. Ian entorna los ojos, asimilando la chispa de comprensión, de conexión, de la mirada de su hermano.

—Dios mío, Ian. Y dicen que tú eres el listo.

Michael alarga los brazos; es una invitación.

—Michael —dice Ian en voz baja, recogiendo a su gemelo en un abrazo.

Cuando las manos de Michael le dan una palmadita en la espalda torpemente, pierde el habla.

Retomando el control, Ian se retira para hablar (¡hablar de verdad!) con su hermano, pero se encuentra con la remota expresión de Michael. Ian lo observa coger la baraja de cartas de la mesita de noche.

—Cuatro de diamantes. Tres de picas. Siete de diamantes. Ian viene a las tres treinta el martes. No el lunes ni el miércoles ni el jueves...

Mudo, Ian se aparta de la cama. Sale de la habitación de Michael antes de que empiece con uno de sus ataques; está seguro de que se ha imaginado todo ese encuentro surrealista, que su hermano en realidad ha estado durmiendo todo el rato. Con un suspiro, Ian mete la mano en el bolsillo en busca de las llaves del coche y saca algo inesperado de su interior: la jota de corazones, metida allí minutos antes por alguien que tenía que estar suficientemente cerca como para haberle podido tocar de verdad.

Nueve

*Dotada ella de gracia y hermosura.
Sobre todo su sexo; ambos dichosos.*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

La primera vez que Colin me besó, era una universitaria de primer año, sentada en un gimnasio vacío, que conjugaba el verbo francés *vouloir*.

—Querer —dije, intentando concentrarme en las duras gradas que tenía debajo en vez de en la luz que reflejaba la cara de Colin.

Era, sencillamente, el chico más guapo que había visto. Era del sur, un miembro del equipo de fútbol de la ciudad, y yo era una judía de las afueras. Su abuelo había fundado una cátedra en el departamento de historia y yo iba a la universidad gracias a una beca. Me había aprendido su nombre de las listas de fútbol americano del sábado: COLIN WHITE, MARISCAL DE CAMPO, un metro setenta y ocho centímetros, noventa kilos, CIUDAD NATAL: VIENA, VIRGINIA. Afrontaba el frío y mi ignorancia futbolística para observarlo pasar como un rayo por el campo verde oscuro, como si de la aguja de un bordador diestro se tratara.

Él sólo era un sueño para mí; nuestros mundos eran tan distintos que encontrar algo en común parecía no sólo improbable, sino absurdo. Sin embargo, cuando el entrenador del equipo llamó al servicio de clases de

refuerzo y preguntó si alguien podía ayudar a Colin a aprobar francés, asumí la misión. Luego me pasé tres días reuniendo el valor para llamarlo y organizar el horario de las clases.

Colin resultó ser siempre cortés; siempre me apartaba la silla para que pudiera sentarme y me abría la puerta. También era el peor estudiante de francés que había visto en mi vida. Destrozaba la melodía del idioma con su voz cansina de Virginia y no entendía la gramática más básica. Mis clases no le servían de mucho, aunque no me importaba. Para mí eran otro día más que podía verlo.

—*Vouloir* —le dije ese día—. Es irregular.

—No puedo. No lo entiendo como tú —respondió Colin, moviendo la cabeza.

Era una de las cosas más bonitas que jamás me habían dicho. Aunque me habría sentido totalmente fuera de lugar en el mundo de los deportes o de las fiestas de Colin, allí estaba como pez en el agua.

—*Je veux* —suspiré, señalando el verbo en el libro para mostrárselo—. Quiero.

Colocó su mano sobre la mía, y me quedé totalmente inmóvil. Como temía mirarlo directamente a los ojos, me quedé observando la página del libro de texto fascinada. Sin embargo, no podía evitar sentir el calor de su cuerpo mientras se acercaba, ni el sonido de sus vaqueros mientras estiraba las piernas, atrapándome. Luego sólo pude ver su cara.

—*Je veux* —murmuró.

Tenía la boca más suave de lo que había soñado; luego se apartó, para ver cómo reaccionaba.

Lo miré un rato y me di cuenta de que el invencible Colin White, el mariscal de campo súper estrella, estaba nervioso. El corazón me latía como si de un timbal se tratara; me latía como en las orejas y tan fuerte que por un momento no oí el sonido distante de los silbidos, de alguien aplaudiendo.

Me levanté y salí corriendo del gimnasio.

27 de octubre de 1999

La noche después de haber hecho el amor con Ian, sueño que nos casamos. Llevo el mismo vestido de boda con el que me casé con Colin y un ramo de flores silvestres. Camino sola por el pasillo y sonrío a Ian, y luego ambos estamos frente a la persona que oficia la boda. Por algún motivo, espero que sea el rabí Solomon, pero luego abro los ojos y estoy de pie delante de Jesús en la cruz.

Faith está acurrucada a mi lado.

—¿Por qué estás desnuda? —pregunta—. ¿Y por qué has dormido aquí fuera?

Sorprendida, echo un vistazo por el salón, buscando a Ian. Cuando me percató de que no está, me asaltan las dudas: está acostumbrado a los ligues de una noche. Se gana la vida seduciendo a la gente de una manera u otra, y yo soy una más, por más de una razón. Recuerdo nuestra charla sobre la tregua; ¿acaso lo que pasó la última noche es una manera de decir que se ha acabado?

—¡Mamá! —gimotea Faith, tirándome del pelo.

—¡Ay! —protesto, frotándome el cuero cabelludo e intentando centrarme en ella—. Tenía calor y me quité el camisón. Y tú roncabas.

Faith parece satisfecha con la respuesta.

—Quiero desayunar —me dice.

—Vístete y encontraremos algo para comer.

Cuando Faith se ha ido, me pasan mil ideas por la cabeza, y ninguna tiene un final feliz. No soy suficientemente sofisticada para alguien como Ian. Se ha marchado porque no me puede mirar a la cara. Ha regresado a New Hampshire, y le va a contar al mundo todo lo que ahora sabe de Faith, desde qué número calza hasta su torpe encuentro con Michael. No recuerda lo que ha ocurrido esta noche. Cierro los ojos, indignada. Ya he pasado por esto. Ya me he enamorado de un hombre al que tenía magnificado hasta tal punto que podía mirarlo directamente a los ojos y aun así no verlo con claridad.

—No quería hacerlo —me dijo Colin hace años, después de nuestro primer beso.

Reconoció que dos de los recibidores se habían apostado veinte dólares a

que no podría seducirme antes de que acabara la primera clase.

—No, retiro lo dicho —dijo, negando luego con la cabeza—. Sí quería besarte. Primero por dinero, pero luego surgió algo, y no lo hice por dinero. Me gustaría mucho que saliéramos juntos.

Fuimos al cine tres noches más tarde, y luego a ver otra película, y salimos a cenar, y pronto, por inverosímil que pareciera, Colin empezó a caminar por el campus conmigo inmovilizada bajo su brazo. Para alguien como yo, pequeña, flaca y lista, alguien que nunca había formado parte de los grupos más populares, era una sensación embriagadora. Fingía no oír las risitas de las animadoras cuando pasábamos por delante ni a los compañeros de equipo cuando le preguntaban cuándo había decidido empezar a follarse niños en vez de niñas.

Yo le gustaba a Colin, decía, porque era dulce y podía hablar de casi todo con conocimiento y convicción, a diferencia de la mayoría de las chicas que desfilaron delante de él en la fiesta de la Reina de la Magnolia. Sin embargo, Colin estaba acostumbrado a ese tipo de chica, y no sé si fue de forma inconsciente o intencionada, pero poco a poco me convirtió en una de ellas; me traía cintas para apartarme el pelo de la cara, me introdujo en el mundo de los bloody marys el domingo por la mañana e incluso me compró un collar barato de perlas de imitación para que lo llevara con todo, desde los polos Izod que le tomaba prestados hasta mis vestidos de pana. Hacía todo lo que me pedía y más, resuelta a ser tan buena estudiante de la conversión al protestantismo anglosajón como lo era en las demás materias académicas. Nunca se me pasó por la cabeza que lo que a Colin le interesaba era en lo que podía convertirme, no lo que ya era. En ese momento simplemente me sorprendió que le interesara.

La noche de la gran cena de gala me puse un vestido negro sencillo, las perlas e incluso un sujetador especial con el que parecía que tuviera más pecho. Íbamos a la hermandad de Colin; estaba obligada y decidida a ser aceptada. Sin embargo, quince minutos antes de la hora a la que se suponía que Colin tenía que pasar a buscarme, me llamó.

—Estoy enfermo. Llevo una hora vomitando.

—Ahora mismo voy a verte —le dije.

—No. Sólo quiero dormir un rato —respondió, dudando un momento antes

de continuar—. Mariah, lo siento.

Yo no lo sentía. Quizá no me sintiera muy segura en un baile de la hermandad, pero sabía cómo cuidar de alguien que estaba enfermo. Me puse los vaqueros descoloridos de nuevo y me fui a la ciudad, donde compré sopa de pollo en el supermercado, flores y un libro de crucigramas. Luego fui a la residencia de Colin.

Pero estaba vacía.

Dejé la sopa de pollo aún humeante en el umbral de la puerta y vagué sin rumbo por el campus. En el fondo sabía que iba a ocurrir. Me lo había dicho a mí misma más de una vez. Empezaba a tener el abrigo cubierto con copos de nieve cuando me dirigí hacia la zona de las hermandades. Oía el ruido y las risas de las fiestas porque muchas ventanas estaban abiertas; el calor y el olor a alcohol invadían la calle. Bordeé la casa de hermandad de Colin hasta la parte trasera, me subí a un cajón de leche y miré en el interior.

Un grupo de jugadores de fútbol y sus chicas formaban una especie de nudo gordiano; los chicos iban todos de esmoquin negro, con toques de satén de colores en los tirantes o en el cuello. Colin estaba delante de mí, riéndose de una broma que yo no había oído. Rodeaba con el brazo la cintura de una pelirroja guapísima. Lo miré fijamente tanto rato que tardé en darme cuenta de que él también me estaba mirando.

Me persiguió por todo el campus hasta mi habitación.

—¡Mariah! ¡Deja que te lo explique!

—Estabas *enfermo* —le dije, abriendo la puerta de mi habitación de par en par.

—¡Lo estaba! ¡Te lo juro! —respondió, bajando luego la voz y continuando con más calma—. Cuando me desperté, intenté llamarte, pero no estabas en casa. Los chicos vinieron y me convencieron para que fuera con ellos un rato. Annette... bueno, Anette no significa nada. Estaba por allí.

¿Yo tampoco significaba nada? ¿Yo también era alguien que estaba por allí?

Colin me sujetó la cara con ambas manos.

—Pero la he dejado para estar aquí contigo —dijo, leyéndome el pensamiento.

Su aliento recayó en mi boca. Era una mezcla curiosa de menta y *whisky*

escocés; recordé que Colin me había explicado cómo amansaba a los caballos en Virginia: soplándoles en los orificios nasales, para que no temieran su olor.

—Colin —le susurré—. ¿Por qué yo?

—Porque eres distinta de las demás. Eres más inteligente y mejor; no sé, no dejo de pensar que si estoy contigo yo también seré distinto.

Era un concepto sorprendente. De algún modo, Colin tenía una nueva explicación de por qué siempre me quedaba al margen: no porque no fuera suficientemente buena para los demás, sino porque esperaba que los demás se reunieran a mi alrededor. Me incliné hacia adelante y lo besé.

Más tarde, cuando estábamos desnudos y Colin estaba encima de mí como un gran pájaro tapando el sol, habló.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Estaba más que segura. Había esperado toda mi vida para hacerlo por primera vez con un hombre que me conociera mejor que yo misma. Asentí y lo atraje hacia mí, esperando algo mágico.

Cuando Ian entra en la cabaña, ambos nos quedamos helados. Con gran precisión, dejó la cuchara al lado del tazón de cereales; él cierra la puerta metódicamente.

«Esta vez —me digo a mí misma— no voy a dejar que ocurra». Junto las manos sobre mi regazo para que Ian no pueda ver cómo tiemblan. No es Colin, pero ahora me siento tan impotente como con él.

De repente, me doy cuenta de por qué no pude rechazar a Colin hace años. Me doy cuenta de por qué me estoy enamorando, otra vez, de un hombre que seguro que me hará daño. Para mí, enamorarse en realidad no es querer a alguien; me resulta mucho más tentador ser querida.

Sin abrir la boca, Ian se encuentra conmigo en medio de la cocina y me atrae hacia sus brazos. Por dentro, me estoy desmoronando. No me besa ni me acaricia ni hace nada más que sujetarme, hasta que cedo ante el deseo de cerrar los ojos y dejar que él continúe.

Ian presta su móvil a Mariah y observa cómo se va a la habitación en

busca de intimidad para hablar con su madre. No la culpa. Por muy maravilloso que sea tocarla, en cierto modo siguen siendo dos extraños. Él no le ha contado nada sobre la visita a Michael de esta mañana; ella prefiere estar sola cuando habla con Millie.

—Bueno —le dice amablemente a Faith—. ¿Qué te parece si jugamos a cartas?

Faith levanta la mirada de su libro para colorear, recelosa. Bueno, esto también lo puede entender. La última vez que había estado con ella, en Lockwood, casi le había gruñido. Dibuja una sonrisa más amplia, dispuesto a derrochar simpatía, aunque sólo sea por Mariah.

De repente, Mariah está en la puerta del salón, pálida.

—Tenemos que regresar a casa —dice.

Boston, Massachusetts

En el Vaticano hay un oficial cuya única responsabilidad es encontrar defectos en cada caso de santidad propuesto. Examina cada acción, escrito y palabra pronunciada por la supuesta persona virtuosa intentando encontrar un desliz, una blasfemia o un lapsus de fe que pueda evitar su canonización. Por ejemplo, podría destapar el hecho de que la madre Teresa se saltó la víspera el 9 de julio de 1947 o que tomó el nombre de Dios en vano cuando le sobrecogió la fiebre. La Iglesia católica incluso tiene un nombre específico para este tipo de cargo: «promotor de la fe» o, más irrespetuosamente, el «abogado del diablo».

Es un trabajo que el padre Paul Rampini piensa que haría estupendamente.

Pero él no vive en Roma, y no es suficientemente importante para realizar un trabajo tan crítico, puesto que sólo ha enseñado en el seminario en Boston durante dieciséis años. Sin embargo, el padre Rampini ha conocido un número considerable de los equivocadamente venerados. Puesto que es uno de los teólogos más destacados del nordeste, le han consultado en muchas ocasiones sobre visionarios que empiezan a hablar incansablemente de lo que ven. De los cuarenta y seis casos que ha examinado, el padre Rampini no ha enviado ni un informe favorable al obispo. La mayoría de los visionarios hablan de lo de siempre: imágenes resplandecientes de María, un crucifijo que aparecía entre

la niebla de un valle y Jesús contándole a la gente que se aproximaba la hora de ajustar cuentas.

Al padre Rampini la idea de un Dios femenino no le gusta nada.

Apaga el motor de su Honda y abre el maletín. El folleto rosa de la Sociedad de la Madre Dios está encima de todos los papeles. Casi no puede ni mirarlo. Una cosa es que alguien como él, un sacerdote que enseña en un seminario, un hombre que ha dedicado su vida a la teología, reconsidere el desfile de personas de esencia divina. Y otra muy distinta que una niña de siete años (¡y además judía!) empiece a proclamar que Dios es una madre.

Se dice de ella que es una sanadora. Bueno, podría aceptarlo si tuviera las pruebas adecuadas. Y que tiene estigmas (de nuevo, tendría que verlo con sus propios ojos). Sin embargo, decir que Dios la visita en una forma claramente femenina... es sin duda una herejía.

El padre Rampini comprueba su reflejo en el espejo retrovisor antes de abrir la puerta del coche. Se coloca la cartera de piel debajo del brazo y baja, alisándose la camisa negra y ajustándose el cuello blanco.

La puerta de la casa del párroco se abre de par en par, y encuentra al padre MacReady de pie en el umbral. Durante un brevísimo momento se evalúan: párroco contra sacerdote de seminario, confesor contra investigador, irlandés contra italiano. El padre MacReady da un paso al frente, ocupando toda la puerta, obstaculizando la entrada al sacerdote que llega de visita.

—Padre —dice, retrocediendo rápidamente y asintiendo—. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Ha llovido un poco cerca de Brattleboro —responde Paul, haciendo que el antagonismo se desvanezca con educación profesional como si de humo se tratara.

—Entre —dice el padre MacReady, mirando a su alrededor—. ¿Puedo ayudarlo con la bolsa?

—No, está bien. No creo que me quede.

Son buenas noticias para el padre MacReady. Aunque no está muy emocionado por tener que compartir su hogar con un pretencioso de St. Joseph, famosillo por haber publicado, sabe que dará una mala imagen si no le ofrece suficiente hospitalidad.

—Si quiere quedarse, no hay problema alguno.

—Ya me lo imagino, pero creo que podré acabar con este caso en unas pocas horas.

—¿De veras? Creo que es mejor que entre —responde Joseph MacReady, riéndose al oír eso.

En el avión de regreso a casa desde Kansas City, Ian se sienta lejos de Faith y de mí, porque no queremos atraer la atención y que nos vean juntos. Cuando llevamos una hora en el avión, y Faith está entretenida mirando la película, me dirijo cautelosa e indecisamente hacia la zona de primera clase y me siento a su lado. Pasa el brazo por encima del reposabrazos y me aprieta la mano.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal va todo por ahí atrás?

—Bien. Hemos tomado cereales para desayunar. ¿Y tú?

—Gofres.

—Ah —respondo educadamente, pensando que no es la conversación que deberían tener dos personas que han hecho el amor de una manera tan mágica la noche anterior.

—¿Has pensado en la vista?

Le he contado a Ian todo lo que mi madre me ha dicho: Joan Standish ha recibido la demanda presentada por Colin para solicitar la custodia de Faith.

—¿Qué puedo hacer? Dirá que Faith no debería tener que vivir con cien personas empujándose para sacarle una foto y hacerle preguntas cada vez que sale de casa. ¿Quién estará en desacuerdo con eso?

—Sabes que haré lo que pueda para ayudar —dice Ian.

Pero no lo sé; realmente no lo sé. Ahora que nos dirigimos a casa, surgen las diferencias entre nosotros; es como un campo de minas que hace que resulte imposible recordar el plácido panorama de la noche anterior. Cuando bajemos del avión, por necesidad, Ian y yo estaremos en dos lados muy distintos de un tema controvertido.

Nos sentamos en silencio, pensando en la situación. Luego Ian busca mi mano y la sujeta en la suya antes de empezar a hablar.

—Tengo que decirte algo, Mariah. Quería que Faith fracasara. Pensaba que habías montado todo este... espectáculo para atraer la atención de la gente. Me propuse ganarme tu simpatía para que la llevaras a ver a Michael.

—Ya me contaste eso el otro...

—Déjame acabar, ¿vale? Hice y dije todo lo que pude para que fuerais allí. Cuando te dije que empezaba a creer en Faith, era mentira; era sólo para asegurarme de que iríais a Lockwood. Esa noche llevaba un micro. Te grabé cuando dijiste que Faith intentaría hacer algo con sus poderes curativos. Luego fuimos a Lockwood y también grabé todo el fiasco. Quería demostrar que erais unas timadoras.

Sorprendida, tengo que esforzarme para mover los labios,

—Bueno, pues ya tienes tu prueba.

—No. Después de que Michael tuvo el ataque y me di cuenta de que Faith no había podido obrar un milagro, estaba furioso. Tenía la historia que quería, pero no estaba satisfecho porque Michael aún seguía balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Te mentí, Mariah, pero también me mentí a mí mismo. No quería que Faith fuera un fraude; no si se trataba de mi hermano —explica, mirándome—. Tiré la cinta al estaque del jardín de Lockwood.

Bajo la vista hacia mi regazo, con una pregunta rondándome por la cabeza. Tengo que saberlo, lo *tengo* que saber.

—Anoche... ¿también me estabas mintiendo?

—No. Si hay algo que quiero que creas de todo lo que te he contado es que anoche no te mentí —responde Ian, levantando mi barbilla.

Suelto el aire que he estado reteniendo y me aparto de él.

—Quiero pedirte un único favor. ¿Puedes aplazar tu programa hasta la vista preliminar?

—No voy a emitir el programa para decir que Faith no pudo obrar un milagro.

Habla tan bajo que me percató de lo que he pasado por alto: cualquier referencia a Faith estará directamente relacionada con el hermano de Ian.

—Quieres proteger a Michael.

—No es eso. Lo que ocurre es que Faith sí obró un milagro.

—No es verdad. Yo estuve allí y te vi salir de la habitación —le contesto atónita.

—Cuando regresé allí esta mañana, Michael y yo tuvimos una conversación de verdad. Se burló de mí, se acercó y me abrazó.

—Oh, Ian.

—No duró mucho, y al principio pensé que lo había soñado, pero no fue un sueño. Tuvo un minuto de lucidez, Mariah. Un minuto en veinticinco años — explica, sonriendo con tristeza—. Un minuto maravilloso.

Su expresión es de certeza cuando me mira.

—El autismo... no es así. No se abre y se cierra como si de un grifo se tratara. Incluso cuando Michael tiene un buen día, siempre está... distante. Sin embargo, esta mañana ha sido el hermano que siempre he querido tener, y este hecho no se puede explicar científicamente. No puedo decirte que crea en Dios, Mariah, pero... sí creo que Faith puede sanar.

La cabeza me da vueltas. Me imagino a Ian saliendo al jardín y convocando a la prensa. Me imagino cómo se creen hasta la última palabra de lo que dice. Me imagino la ola de entusiasmo cuando Ian, el Tomás incrédulo más influyente de todos los tiempos, anuncia que ha encontrado la verdad.

No dejarán a Faith en paz.

—Miente —digo rápidamente—. Diles a todos que Faith no pudo hacerlo.

—Yo no miento. Ésa es la gracia del programa.

—*Tienes* que mentir. *Tienes* que hacerlo —le digo, a punto de llorar.

Ian me coge la mano, se la lleva a la boca y besa cada dedo.

—Vamos, tranquilízate. Nosotros lo solucionaremos.

—¿Nosotros? —digo, moviendo la cabeza—. Ian, no hay un «nosotros». Hay un «tú» y «tu programa» y un «yo» y «la custodia». Si uno de nosotros gana, el otro pierde.

Me coloca la cabeza sobre su hombro, intentando tranquilizarme.

—Vamos. Imaginemos que ya han pasado seis meses, y que ya sé el nombre del instituto al que fuiste, de tu personaje favorito de Disney y cómo te gusta el café.

—Y que los sábados por la noche miramos películas —digo, sonriendo indecisa.

—Y que desayuno en calzoncillos, y que me dejas que te vea sin maquillaje.

—Eso ya lo has hecho.

—¿Lo ves? —dice Ian, rozándome la frente con los labios para borrar mi preocupación—. Ya tenemos mucho ganado.

North Haverhill, New Hampshire

A A. Warren Rothbottam le gusta la música de los programas televisivos y los espectáculos. Le gusta tanto que pagó de su propio bolsillo para que rehicieran la instalación eléctrica de su despacho en el Tribunal Supremo del condado de Grafton; ahora tiene un sistema estéreo de vanguardia y unos altavoces Bose ingeniosamente escondidos, de manera que Carol Channing parece estar cantando enérgicamente detrás de la ordenada hilera de libros de derecho procesal de New Hampshire. Sin embargo, la música es demasiado potente y no queda confinada en su despacho; a menudo traspasa las paredes y llega hasta el salón. A la mayoría de la gente no le importa porque le da una personalidad al palacio de justicia, un edificio desproporcionadamente bajo y ordinario en medio de la nada.

Hoy, antes de ponerse cómodo detrás de su escritorio, el juez Rothbottam ha seleccionado *Evita*. Cierra los ojos y mueve las manos como cortando el aire, tarareando la canción suficientemente alto como para que lo oigan desde el pasillo.

—Señoría.

Una tímida voz interrumpe su orquestación, y Rothbottam frunce el entrecejo. Pulsa un botón de su intercomunicador para responder.

—¿Qué ocurre, McCarthy? Espero que sea algo importante.

El empleado de los tribunales está temblando. Todo el mundo sabe que cuando el juez Rothbottam escucha una grabación original en directo no hay que molestarlo, porque esa música es sagrada, o algo así. Sin embargo, una petición de emergencia es una petición de emergencia, y Malcolm Metz es un abogado demasiado famoso para que le dé largas un empleado del condado.

—Lo siento muchísimo, Señoría. Sólo quería decirle que el señor Metz ha llamado por tercera vez para hablar de su petición de emergencia.

—¿Sabe qué puede decirle que haga con su petición de emergencia?

—Me lo imagino, Señoría. Entiendo que no quiere hablar con él, ¿no? —

dice McCarthy, tragando saliva.

Frunciendo el entrecejo, Rothbottam mete la mano debajo de su escritorio y la gloriosa voz de Patti LuPone desaparece en medio de un do mayor. El juez no conoce personalmente a Malcolm Metz, pero tendría que estar ciego, sordo y mudo para formar parte de la abogacía de New Hampshire y no haber oído hablar de él. Metz es un triunfador bien remunerado de un prestigioso bufete de abogados de Manchester que ha conseguido enrollar el sedal caso a caso, recibiendo una gran cobertura televisiva: la batalla por la custodia de Baby J., que acabó en una desagradable guerra en los tribunales entre una madre de alquiler y una familia adoptiva; el pleito por acoso sexual que una secretaria ganó a su jefe, un senador; y ahora el fiasco de la separación de un capo de la mafia y la mema de su mujer. A Rothbottam no le interesa impresionar a las masas; eso lo deja para el teatro. Si un capullo como Metz profana su sala de audiencia, tendrá que acatar las normas del juez a rajatabla.

—Un segundo —dice Rothbottam al empleado.

Hojea la petición para modificar la custodia que Metz ha presentado esa mañana y el escrito que la acompaña solicitando una vista para conseguir una orden de protección temporal. Según Metz, la niña está en grave peligro y necesita alejarse de la influencia de su madre inmediatamente; quiere abordar la petición de la orden de protección temporal antes de que la demandada se entere de la petición de modificar la custodia.

Es la típica sandez y el típico espectáculo que cabe esperar de Malcolm Metz.

Rothbottam echa un vistazo al escrito. *White contra White*. Hacía un mes que se había presentado el divorcio y no se había hablado de ninguna custodia en esa ocasión. ¿Qué diablos está ocurriendo?

No se da cuenta de que ha hablado en voz alta hasta que oye a McCarthy por el intercomunicador.

—Verá, Señoría, es esa niña, la que sale por la tele.

—¿Quién?

—El padre quiere la custodia de Faith White.

La niña de siete años que resucita a los muertos, habla con Dios y tiene estigmas. Rothbottam refunfuña. Ahora entiende por qué Metz se digna ir a New Canaan, New Hampshire.

—¿Sabe? No conozco a Metz. De hecho, no quiero conocerlo, aunque supongo que no voy a ser tan afortunado. Sin embargo, conozco a Joan Standish; fue ella quien representó a la madre en el divorcio. Llame a Metz y dígame que esté aquí a las tres en punto. Dígame que Joan y su clienta también estarán. Escucharé por qué sostiene que la niña está en peligro y fijaremos una fecha para la vista de la custodia.

—De acuerdo, Señoría.

El empleado apaga el intercomunicador después de decirle al juez que le buscará los artículos más recientes en el periódico sobre Faith White. Rothbottam se sienta en su escritorio un momento, se dirige a la estantería y coge una nueva grabación original en directo de las muchas que hay.

La música de *Jesucristo Superstar* llena su despacho, y Rothbottam sonrío. No hay nada malo, nada en absoluto, en prepararse para lo que lo aguarda.

Manchester, New Hampshire

Malcolm Metz se mueve con tanta elegancia en la silla giratoria de piel que parece una versión del siglo XX de un centauro cuando acompaña con gestos el chiste que está contando a sus tres secuaces.

—Así que san Pedro abre las puertas del paraíso y deja que entren un papa y un abogado. «Entrad», les dice. «Os enseñaré vuestras nuevas habitaciones».

Metz mira a su alrededor. Después de todo, un abogado litigante diestro es, en el mejor de los casos, un actor estupendo.

—San Pedro se detiene delante de un ático dorado extraordinario, construido encima de una nube. Los lleva hacia el interior y les muestra los grifos dorados de los cuartos de baño, las sábanas de seda y las alfombras caras de los pasillos. «Ésta es tu nueva casa», le dice al abogado. Se va con el papa y lo lleva a una pequeña celda con una cama diminuta y un lavamanos. «Y aquí es donde vivirás tú de ahora en adelante», le explica.

Metz imita el tono cantarín del acento italiano.

—«¡Espera un segundo!», grita el papa. «¿He vivido una vida piadosa y he liderado la Iglesia católica, pero tengo que vivir aquí y a ese abogado le dais

un ático?». San Pedro asiente. «Sí», dice. «Es que tenemos a muchos papas aquí arriba, ¡pero ésta es la primera vez que tenemos a un abogado!».

En la sala de conferencias irrumpen las risas; a nadie le gustan tanto los chistes de abogados como a ellos mismos. Sin embargo, Metz es consciente de que si hubiera estado leyendo un estatuto jurídico aburridísimo y hubiera esperado que sus asociados lo encontraran gracioso, se estarían retorciendo por los suelos. Al oír el intercomunicador, levanta una mano, y los jóvenes abogados se callan de golpe.

—Peggy —dice Metz a su secretaria—. Dile que se ponga.

Lo observan con caras expectantes.

—De acuerdo. Sí, entiendo.

Metz cuelga y entrelaza los dedos de las manos sobre la mesa pulida.

—Señores y señora —dice—. La petición de la orden de protección temporal ha sido denegada.

Se vuelve hacia Hunstead, su primer asociado.

—Llama a Colin White. Dile que se ponga un buen traje y se reúna conmigo en el palacio de justicia del condado de Grafton a las dos treinta — ordena; luego, dirigiéndose a otro hombre, añade—: Lee. Da el soplo a los medios. Quiero que sepan que el padre piensa que su hija está en peligro.

Los dos asociados salen corriendo, dejando a Metz solo con la tercera asociada.

—Lo siento, señor Metz —dice Elkland—. No le habría ido mal un poco más de suerte.

—En realidad nunca esperé que el juez fallara a mi favor —responde Metz, encogiéndose de hombros mientras recoge sus papeles y carpetas.

Da unos golpecitos con el borde de las libretas sobre la mesa, para alinearlas.

—Sólo la presenté para que el juez pudiera denegarla y quitársela de encima. Seamos realistas; ningún juez de un pueblo pequeño querría tener a alguien como yo en su sala de audiencia. Prefiero que Rothbottam utilice la petición para que me demuestre quién es el jefe, como si de un concurso de marcación del territorio se tratara, a que la utilice como algo intrínseco al caso.

—¿Entonces sólo se trata de una jugada estratégica? ¿La niña no está en

peligro? —pregunta sorprendida la asociada.

—¿Y quién diablos lo sabe? Presentar la petición hace feliz al padre. Denegarla hace feliz al juez. ¿Y sabes qué me hace feliz a mí?

—¿Saber que va a ganar?

—Sabía que no me equivocaba cuando te contraté —dice Metz, dándole un golpecito en la espalda.

New Canaan, New Hampshire

—La madre no le permitirá que se acerque a Faith —dice el padre MacReady, observando cómo el sacerdote que acaba de llegar se mueve por la pequeña habitación de invitados de la casa del párroco—. Y no la culpo.

El padre Rampini se da media vuelta lentamente.

—¿Por qué no?

—Es judía. No tenemos ningún derecho a estar allí.

—Lo que dice es pura herejía —lo corrige el padre Rampini—. Si no tenemos jurisdicción sobre la persona que afirma estas cosas, como mínimo tenemos que controlar lo que dice, ya que está corrompiendo a los buenos católicos.

Coge una chaqueta y la cuelga en el armario.

—No está de acuerdo con la aparición femenina, ¿verdad?

—No es eso. La Iglesia ha reconocido oficialmente muchas visiones de María.

—¿Estamos hablando de María? No. Hablamos de Dios llevando un vestido, de Dios como madre —puntualiza Rampini, frunciendo el ceño—. ¿Es que no le molesta?

El padre MacReady se da la vuelta. Hizo sus votos para ayudar a los demás durante el resto de su vida, pero eso no le impide sentir el impulso ocasional de provocar. Se sienta en una pequeña mesa y tamborilea con los dedos la superficie, mirando despreocupadamente el montón de libros que Rampini ha colocado allí y el calendario de escritorio de santos, abierto por el 7 de noviembre. *San Albino*, lee. Si la memoria no le falla, san Albino mató a un hombre malvado respirándole a la cara.

—Quizá Dios tenga un aspecto distinto para una niña de siete años —dice el padre MacReady, pensativo.

—Eso cuénteselo a los niños de Fátima —contesta Rampini—. Tres niños que, a diferencia de Faith White, tuvieron todos la misma visión de María. No dijeron que llevaba pantalones o estaba fumando un narguile. Vieron a la Santísima Virgen tal como se representa tradicionalmente.

—Pero no todo el mundo tiene visiones tradicionales. Santa Bernadette dijo que la Virgen le habló en un dialecto francés.

—La resonancia cultural no es parte integrante de una visión. ¿Y qué habría ocurrido si la Virgen hubiera hablado en francés a Bernadette? Era demasiado inculta para saber lo que significaba lo que María decía cuando se refería a sí misma como la Inmaculada Concepción —dice Rampini, cerrando la cremallera de su bolsa de lona y metiéndola debajo de la cama—. Todo lo que me ha contado y todo lo que he leído me sugiere que este caso es una sandez. Es una alucinación que la niña ha conseguido convertir en una especie de historia. Si Faith White ve a Dios, no es posible que se le aparezca en forma de mujer. Una aparición o bien es Jesucristo o bien no lo es.

El sacerdote se encoge de hombros.

—Para mí esas visiones son más satánicas que divinas.

—Hay pruebas concretas y objetivas —explica MacReady, pasando el dedo por el tablero de la mesa y esparciendo una fina capa de polvo.

—Ya. Las resurrecciones y la curación. Le contaré un pequeño secreto profesional: he leído sobre Lourdes y Guadalupe y cientos de lugares más, pero en toda mi vida aún no he visto a una persona que de verdad pueda hacer milagros.

—Puede ser usted un buen católico, padre, pero habla como un fariseo —concluye Joseph MacReady, encontrando su mirada.

Estoy medio dormida cuando oigo a Ian, que está sentado en el avión al lado de Faith.

—Aún no te he dado las gracias.

Logro mantener los ojos cerrados, y me limito a escuchar.

Faith no le contesta.

—Fuiste tú, ¿verdad? —continúa Ian—. Tú le diste a Michael esos minutos.

—Yo no hice nada.

—No me lo creo —responde Ian, moviendo la cabeza.

—Tú no te crees muchas cosas.

—Me gustaría que me llamaras Ian —dice él, sonriendo.

—Vale.

Se miran. Faith se alisa la parte de delante de la camisa, e Ian descruza las piernas.

—Ian, puedes darle la mano a mi madre si quieres.

—Gracias —responde él, asintiendo con seriedad.

Luego duda un momento.

—¿Puedo sujetar la tuya?

Faith extiende la mano lentamente, con la tirita en el centro. Ian desliza los dedos alrededor de los suyos con cuidado. No mira la tirita ni echa un vistazo a los supuestos estigmas.

Quizá, sólo quizá, Faith haya obrado un milagro después de todo.

Millie Epstein abre la puerta principal, esperando encontrarse a Mariah y a Faith de vuelta de su vuelo, pero en vez de eso se encuentra a un hombre que lleva una camisa negra y un alzacuello.

—¿Qué están haciendo en Roma? ¿Los están clonando?

El padre Rampini se endereza, mostrando su altura de un metro setenta y cinco.

—Señora, estoy aquí para hablar con Faith White a petición de Su Excelencia el obispo Andrews de Manchester.

—¿Y a él quién lo ha llamado? —pregunta Millie—. No quiero parecer grosera, pero creo que es muy poco probable que mi hija o mi nieta hayan llamado a su alteza.

—Excelencia.

—Bueno, lo que sea —lo interrumpe Millie—. Mire, por aquí han pasado más sacerdotes que en el desfile del Día de San Patricio en Nueva York. Seguro que uno de ellos tendrá la información que está buscando. Que pase un buen día.

Se dispone a cerrar la puerta, pero el pie del sacerdote lo impide.

—¿Señora...?

—Epstein.

—Señora Epstein. Está interfiriendo con el proceso de la Iglesia católica. Millie lo mira fijamente por un momento.

—¿Y qué quiere decirme con eso?

El padre Rampini ya está sudando. Se pregunta si tendría que haber aceptado la oferta del insoportable padre MacReady y haber permitido que lo acompañara a ver a Faith White. En ese momento, la idea de pasar veinte minutos en carreteras secundarias con ese sacerdote tan absurdamente liberal le había parecido un castigo al que ningún hombre de Dios tendría que someterse. Por supuesto, no se esperaba a ese dragón en la puerta.

—De acuerdo —dice—. ¿Por qué no zanjamos el tema de una vez?

—¿Cómo dice?

—Yo no le caigo bien, señora Epstein. No le gustan los sacerdotes. Bien, dígame por qué.

—¿Lo ve? Oye mi nombre, sabe que soy judía y supone que tengo prejuicios.

—Discúlpeme. ¿Está Faith en casa? —pregunta el padre Rampini, apretando los dientes.

—No.

—Menuda sorpresa —dice con sequedad.

—¿Y ahora soy una mentirosa? Lo siguiente que va a suponer es que soy algún tipo de estafadora, ¿verdad? —ataca Millie, cruzándose de brazos.

—Y seguro que usted piensa que me parezco a Bing Crosby, bebo demasiado y seduzco a monaguillos —dice Rampini firmemente—. Oiga, siempre puedo ir a pedir la cooperación del subjefe de policía que se encuentra al otro lado de la entrada.

—Por suerte, ya hemos librado la guerra de separar la Iglesia del Estado —dice Millie—. Mi nieta no está en casa gracias a todos ustedes.

Rampini siente cómo se tensa el músculo de su mandíbula. ¿Es ésa la abuela resucitada? ¿Y qué ha querido decir con «todos ustedes»? ¿Quién ha ahuyentado a la niña?

La mira la cara, pendenciera y arrugada, y denota, en el parpadeo de sus ojos, una tristeza colosal relacionada con todo eso. Por un momento, incluso

se siente culpable.

—Señora Epstein, quizá si usted estableciera algunas pautas, podría llevárselas al obispo y podríamos llegar a un acuerdo sobre la mejor manera de examinar a Faith sin molestarlas... ni a ella ni a usted.

—¿Usted se cree que soy una cría que se chupa el dedo? —dice, resoplando, la mujer.

—Bueno, podría porque, según me han dicho, renació hace poco.

—¿Dónde está el otro? ¿El sacerdote amable? —pregunta Millie, mirando por el jardín y esperando encontrar al padre MacReady—. A Mariah le gusta.

Entonces entorna los ojos.

—¿Están ustedes dos jugando al poli bueno y al poli malo? Ahora el padre Rampini ya tiene dolor de cabeza. Cree que esa mujer tendría que haber estado de su parte en los tiempos de la Inquisición.

—No somos socios. Se lo juro por Dios.

—¿De veras? —dice Millie—. ¿Por el suyo o por el mío?

Llevamos dos horas conduciendo desde Boston, pero el sistema de calefacción del coche de alquiler plateado no me ha hecho entrar en calor. Por el espejo retrovisor puedo ver el vehículo de Ian, un Taurus negro, justo detrás de mí. Hemos decidido que es mejor llegar por separado. De lo contrario, ¿cómo explicaríamos por qué regresamos a casa juntos?

—Mentiras —murmuro—. Mentiras y más mentiras.

—¿Mamá? —dice la voz de Faith, somnolienta y pesada.

—¿Has dormido bien? —pregunto, captando su atención por el espejo retrovisor y sonriendo—. Hay algo de lo que tenemos que hablar. Cuando lleguemos a casa, tendré que dejarte con la abuela y tendré que ir a ver a un abogado.

—¿Tiene esto algo que ver con papá? —pregunta Faith, enderezándose.

—En cierto modo. Él quiere que vivas con él, y yo quiero que vivas conmigo. Así que un amable juez decidirá dónde deberías ir.

—¿Y por qué nadie quiere saber lo que yo pienso?

—Yo quiero saberlo —le digo.

Sin embargo, ahora que está en el punto de mira, Faith contesta con

evasivas.

—¿Tengo que escoger a uno de los dos para siempre?

—Espero que no, Faith.

Dudando, considero cómo puedo expresar de la mejor manera la siguiente frase.

—Como va a estar viéndonos mucha gente mientras el juez decide, quizá sería mejor que... que le dijeras a Dios... que tendrás que guardar su secreto durante un tiempo.

—¿Como cuando estuvimos en la cabaña?

«No exactamente», pienso. Faith fue incapaz de mantener a su Dios en secreto.

—Dios dice que no es asunto de nadie.

Sin embargo, está equivocada. Es asunto de todos; es un negocio floreciente de donaciones, salvación e incluso ateísmo.

—Hazlo por mí, Faith —le digo, cansada—. Por favor.

Permanece en silencio un rato. Luego siento cómo desliza la mano por el estrecho espacio del reposacabezas para tocarme el pelo y frotarme los músculos de la nuca.

Ian llega a la casa media hora antes que Mariah, porque ha seguido conduciendo cuando ella se ha parado en McDonald's para comprarle a Faith algo para merendar. Gira hacia la calle de Mariah, sorprendido por cuánto ha crecido la multitud. Todos los afiliados a la red tienen sus furgonetas allí, hay varios grupos con pancartas y la secta sigue con su fortaleza alrededor del buzón. Eso sin tener en cuenta la marea de caras entusiastas que han acudido para ser curadas, tocadas o bendecidas.

Se desliza hacia el grupo que le corresponde, donde está su equipo de producción; lo hace discretamente solo porque está lleno de gente. No hay ni rastro de James. Sus ayudantes empiezan a seguirlo, pero los ahuyenta cuando llega a la Winnebago.

—Chicos, ahora no. Dejadme respirar.

En el interior, anda de un lado para otro. Espera hasta que le llega el alboroto de fuera, como si de una corriente de aire se tratara, y luego sale de

la Winnebago y observa, desde lejos, cómo Faith y Mariah salen del coche.

Está aturdida, lo puede ver desde ahí. Empuja a Faith hacia la casa, protegiéndola de lo que puede ver, aunque es imposible desechar el clamor de la muchedumbre que ha estado esperando a la niña toda la semana. Le deja la pequeña a Millie, y luego una mujer desconocida (¿una abogada?) se lleva a Mariah hacia la entrada y ambas suben a un *jeep*.

Ian se abre camino entre la muchedumbre, entre la multitud de gente que toca los guardabarros y las puertas del *jeep*; disminuyen la velocidad hasta pararse al final de la entrada. La policía aparta a la gente, y la camioneta utilitaria deportiva les abre camino. Ian mira fijamente hacia la ventana del pasajero, deseando que Mariah lo mire. Cuando el *jeep* empieza a moverse por la entrada, lo hace. Él le sonrío para darle ánimos, y ella se vuelve mientras el coche avanza, y toca la ventana con los dedos, como si lo tocara a él.

Libro segundo
EL NUEVO TESTAMENTO

Diez

*Cuando la amistad comienza a debilitarse
y a decaer, afecta ceremonias forzadas.
La fe pura y sencilla no admite disfraces.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Julio César*

27 de octubre de 1999

Mariah está al lado de Joan en medio del despacho del juez, aterrorizada sólo de pensar que puede equivocarse en algo. Se siente incómoda porque es consciente de que lleva mallas y una sudadera demasiado grande, y en cambio Joan lleva un traje verde oliva, y tanto Colin como su abogado llevan un traje de Armani. Está de pie erguida como un palo, como si la postura contara para decidir quién se quedará con la custodia de Faith.

—Mariah—susurra Colin detrás de su abogado.

Sin embargo, el hombre lo manda callar.

El juez ha estado garabateando diligentemente en su escritorio, y aunque son más de las tres, ni Joan ni el otro abogado se han movido para recordarle que se supone que la vista tendría que haber empezado. Mariah se da cuenta de que el juez lleva auriculares. Son muy pequeñitos, como los pinganillos que llevan los reporteros, de los que se ponen sobre la oreja, como si fueran audífonos. Mete la mano debajo del escritorio, pulsa algo y a continuación se

quita los diminutos tapones de las orejas.

—De acuerdo —dice, volviéndose hacia el abogado de Colin, a quien Mariah cree haber visto en las noticias regionales—. Señor Metz, ¿qué tiene que alegar?

El hombre se alisa la corbata con un orgullo tal que a Mariah le hace pensar en un hurón.

—Es una cuestión de vida o muerte, Señoría. Mariah White está poniendo en peligro a la hija de mi cliente.

Mariah siente cómo todas las miradas recaen sobre ella. Nota cómo el rubor le sube por el cuello.

—Señoría, mi cliente acaba de darse cuenta del espectáculo de circo en el que se ha convertido la vida de su hija, y del peligro físico que corre constantemente. Ahora puede proporcionarle la seguridad que necesita, y considera que es de suma importancia que salga de la casa de su madre. Por este motivo, creemos que era necesaria una vista para lograr una orden de protección temporal, y por este motivo estamos seguros de que adjudicará la custodia a mi cliente. Sin embargo, por la propia seguridad de la pequeña, queremos que salga de la casa ahora mismo, antes de que los daños sean irreparables.

El juez Rothbottam frunce los labios.

—Hace seis semanas su cliente cedió voluntariamente la custodia a su ex mujer, lo cual me lleva a creer que no la consideraba una amenaza para el bienestar de la niña en ese momento. En mi opinión, lo único que ha cambiado es que hay un poco de actividad mediática en el jardín de la casa. ¿Acaso eso pone en peligro la vida de la niña?

—Además del estrés psicológico de tener que desfilarse delante de los medios a diario, la hija de mi cliente ha sido hospitalizada a causa de fuertes traumatismos en las manos.

—¿Traumatismos? —farfulla Joan—. Señoría, no hay prueba médica alguna de que las heridas de Faith fueran causadas por traumatismos. De hecho, varios médicos así lo han constatado en su historial y, como ya sabrá, aquí hay un tema que el señor Metz está ignorando oportunamente, y es que parece ser que la niña obra milagros y habla con Dios. En cuanto a los medios, el hecho de que hayan ido a su casa no tiene nada que ver con mi clienta. Ha

hecho todo lo humanamente posible para proporcionar a su hija una vida normal a pesar de su presencia. La acusación del señor Metz de que la niña corre peligro es un intento mal disimulado de transformar un caso poco sólido en el tipo de espectáculo dramático en el que le gusta estar involucrado.

Mariah no puede apartar los ojos de Joan Standish. Nunca la ha oído pronunciar tantas palabras seguidas, y de manera tan convincente.

El juez Rothbottam resopla.

—Bueno, señora Standish, usted tampoco se queda corta; usted también intenta impresionar histriónicamente.

Metz se sienta en el borde de la silla, como un terrier a punto de saltar.

—Señoría, el tema que la señora Standish está intentando ocultar es que la niña corre peligro. Hace tres meses, cuando mi cliente se marchó, su hija era una niña equilibrada. Ahora es víctima de alucinaciones psicóticas y de lesiones corporales graves. Insisto en que debería pecar de cauteloso con el tema de la seguridad, y darle a mi cliente la custodia temporal de la pequeña hasta la vista.

—Señor juez, el divorcio ya fue suficientemente duro para Faith. La última vez que vio a su padre, estaba medio desnudo y en brazos de otra mujer —interviene Joan, ignorando a Metz por completo.

—¿Cómo dice? —replica Metz, furioso.

—Digo que el último sitio al que debería ir Faith White es a casa de su padre, Señoría. Le ruego que deje que se quede con mi clienta.

El juez Rothbottam coge sus auriculares, empieza a enrollar los cables laboriosamente y los ata con un nudo marinero corredizo.

—Creo que ya es suficiente por esta tarde. No me parece que la niña esté a punto de sufrir una crisis, señor Metz. Celebraremos la vista de la custodia dentro de cinco semanas. Creo que les doy suficiente tiempo, ¿no?

—Cuanto antes mejor, Señoría —dice Metz—. Por el bien de Faith.

El juez no se molesta en mirar el calendario.

—Nombro a un psiquiatra, al doctor Orlitz, para que evalúe a su cliente, Metz; y a su clienta, Standish; y también a su hija. Es una orden del tribunal, por lo cual espero que todos cooperen. Por supuesto pueden utilizar sus propios psiquiatras, pero también hablarán con el doctor Orlitz. Además, nombro a Kenzie van der Hoven como tutora *ad litem*, y espero que le

proporcionen toda la información que necesite. Si alguien se opone a la señora Van der Hoven, que hable ahora.

—Es buena —susurra Joan a Mariah.

Metz siente cómo la mirada de su cliente recae sobre él y se encoge de hombros. No tiene ni idea de quiénes son los tutores *ad litem* de New Canaan, New Hampshire. En Manchester los conoce, pero en este caso Kenzie van der Lo Que Sea podría ser la hermana de Joan Standish y él no saberlo.

—Estamos de acuerdo, Señoría —anuncia Metz con voz clara y fuerte.

—Nosotras también —añade Joan.

—Perfecto. La vista de la custodia empezará el viernes tres de diciembre.

—Tengo un problema —dice Metz, escudriñando su calendario—. Me han programado una declaración en el caso de un niño cuyos padres se están divorciando.

—¿Se supone que eso debería impresionarme, señor Metz? —pregunta el juez Rothbottam—. Porque no me impresiona. Encuentre a otra persona para que lo haga. Es usted quien quiere que este caso se juzgue rápido.

—Allí estaré —responde Metz, doblando la encuadernación de piel de su agenda de anillas.

—¿Joan?

—No tengo ningún problema.

—Excelente —dice el juez, colocándose de nuevo los auriculares—. Estoy deseando que llegue el día.

Joan se dirige hacia la entrada y le toca el brazo a Mariah.

—Recuerda lo que te he dicho. Esto no es el fin del mundo.

Mariah intenta esbozar una sonrisa.

—Gracias por todo —dice, cruzando las manos sobre su regazo—. Me has impresionado.

—Bueno, y esto es sólo el aperitivo —responde Joan, riéndose—. Podría haber aceptado este caso sin cobrar sólo para hacer frente a Malcolm Metz. Ahora vete con tu hija.

Mariah asiente y sale del *jeep*, estremeciéndose ante las preguntas arrojadas por los periodistas desde lejos, y al ver un póster enorme de la cara

de Faith sujetado por un grupo numeroso de mujeres. Se siente frágil, como un bastón de caramelo, pero recobra la calma al subir las escaleras del porche. En cuanto abre la puerta, su madre y Faith llegan corriendo al salón. Después de mirar a Mariah de forma inquisitiva, Millie se dirige a su nieta.

—Cariño, me he dejado las gafas para leer en el brazo del sofá. ¿Podrías traérmelas?

En cuanto Faith está suficientemente lejos como para no poderla oír, Millie se acerca a Mariah.

—¿Y?

—Dentro de cinco semanas tenemos que ir a los tribunales.

—Ese hijo de puta. Sabía que...

—Mamá —la interrumpe Mariah—. No empieces ahora.

Se sienta en las escaleras y se frota la cara con las manos.

—Esto no tiene que ver con Colin.

—Tampoco tiene que ver contigo, Mariah, pero me apuesto algo a que dentro de cinco semanas, sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que desafortunadamente tu talón de Aquiles es un objetivo tan grande como un granero, y que seguro que Colin y su elegante abogado darán en el blanco.

—Seguro que a Joan se le ocurrirá algo hasta entonces —dice Mariah, sabiendo que está intentando convencerse tanto a sí misma como a Millie.

¿Qué tribunal la escogería a ella como mejor madre?

Quizá Colin tenga razón, quizá sea su culpa. Ya ha tomado decisiones incorrectas en el pasado sobre Faith; esto podría ser una prueba más de que no es la madre apropiada. Quizá tomó una decisión imprudente, actuó de manera egoísta o tuvo una conversación que arraigó en la imaginación de Faith y la llevó hasta ese punto. Al fin y al cabo, hubo ocasiones en las que Colin cuestionó el juicio de Mariah con razón.

—Oh, no —murmura Millie, tirando de Mariah para que se levante—. Vamos, sube y cambia esa cara.

—¿Qué...?

—Dúchate con agua bien caliente. Aclárate las ideas. Ya te he visto así antes; estás dudando y pensando que quizá tengas el sentido común que Dios le

dio a un escarabajo, pero no el de una madre competente. Te lo juro; no sé cómo lo hace, pero Colin te controla totalmente y hace lo que quiere con tu mente.

Empuja a Mariah hacia arriba mientras Faith baja las escaleras hacia el salón con las gafas de su abuela.

—Bien —le dice a la niña—. Veamos si encontramos las tiras cómicas del domingo.

Consciente de que los ojos de Faith la están observando, Mariah sonríe con cada paso. Aparta a propósito las ideas que la atosigan: qué dirá Joan en el tribunal, qué pensará el juez de la huida precipitada de Mariah a Kansas City y qué dirá y hará Ian ahora que han vuelto. Se desnuda y abre el grifo para que una niebla blanca inunde el cuarto de baño. En la ducha, el agua cae con fuerza y está caliente, pero Mariah no puede dejar de temblar. Como el superviviente de un accidente, el susto le ha llegado de golpe, y siente miedo y aturdimiento. ¿Qué ocurrirá si, dentro de cinco semanas, le retiran la custodia de su hija legalmente? ¿Qué ocurrirá si, una vez más, Colin se sale con la suya? Mariah se sienta sobre el suelo embaldosado, cruza los brazos con fuerza y se pone a llorar.

Después de bañar a Faith y acostarla, Mariah se dirige al salón y encuentra a Millie asomándose por la ventana, escondida tras las cortinas.

—Es como la granja de Yasgur —murmura, al oír cómo se acerca Mariah—. Mira hacia el campo; todas estas lucecitas parpadeantes... ¿qué utilizaban entonces? ¿Velas?

—Mecheros. ¿Y cómo sabes *tú* cosas de Woodstock?

—No subestimes a tu madre —responde Millie, volviéndose y sonriendo.

Alcanza la mano de Mariah y la aprieta.

—¿Te encuentras mejor?

Al oír esa simple y dulce pregunta, Mariah casi se desmorona de nuevo. Deja que su madre la lleve hasta el sofá y apoya la cabeza sobre su regazo. Mientras Millie empieza a acariciarle el pelo y a apartárselo de la frente, siente cómo la abandona la tensión, cómo se alejan algunos problemas.

—La verdad es que no me encuentro muy bien. Digamos que estoy

atontada.

—Parece que Faith lo lleva mejor —comenta Millie, sin dejar de acariciar el pelo de su hija.

—No sé si entiende lo que está ocurriendo.

—No es la única —responde su madre después de un momento de silencio.

Mariah se sienta, ruborizándose.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo vas a contarme el resto?

—Ya te he contado todo lo que ha ocurrido en el tribunal.

Millie le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Sabes? Tienes el mismo aspecto que cuando saliste con Billy Flaherty y regresaste a casa dos horas después de lo que habíamos acordado.

—Se nos pinchó una rueda. Ya te lo dije hace casi veinte años.

—Y sigo sin creerte. Dios mío, recuerdo sentarme en la cama, mirar el reloj y preguntarme: «¿Qué diablos le ve Mariah a ese chico tan siniestro y con tan mal humor?».

—Sólo tenía dieciséis años; su padre era un alcohólico y se estaba divorciando de su madre. Necesitaba a alguien con quien hablar.

—El caso es que la otra noche estaba tumbada en la cama mirando el reloj y preguntándome: «¿Por qué diablos se va Mariah con Ian Fletcher?».

Y ahora que has regresado a casa, tienes esa misma expresión que entonces.

Mariah se burla y mira hacia otro lado.

—No tengo ninguna expresión.

—Sí que la tienes. Es esa expresión que dice que ya es demasiado tarde para que pueda impedir que te lances desde el borde del precipicio.

Espera a que Mariah la vuelva a mirar, despacio, y con muchas reservas.

—Bueno, dime —dice dulcemente Millie—. ¿Fue muy dura la caída?

Una calma invade a Mariah cuando se da cuenta de que su madre es tan clarividente como ella. Mariah se ha levantado muchas veces a medianoche justo antes de que los gritos de Faith inunden la oscuridad, y ha mirado muchas veces a su hija a la cara y le ha pillado una mentira con una simple mirada. Ése es el legado de la maternidad: te guste o no, adquieres un sexto sentido para con tus hijos, y sientes visceralmente su alegría, su frustración y un fuerte

golpe en el corazón cuando alguien les hace daño.

—Rápida —suspira Mariah—. Y con los ojos bien abiertos.

Cuando Millie extiende los brazos, Mariah se dirige hacia ellos, recordando el consuelo de la infancia con una gran sensación de alivio. Le habla a su madre de Ian, le explica que no la estaba siguiendo cuando ella pensó que sí y que no era la persona que aparentaba ser. Le describe cómo se sentaban en el porche cuando Faith dormía, y cómo a veces hablaban, y a veces solo dejaban que la noche los abrigara. No le cuenta a Millie lo del hermano de Ian ni lo que Faith pudo o no haber cambiado brevemente en él. No le cuenta a Millie cómo se sintió al tener el cuerpo de Ian pegado al suyo, que fue como una ola de calor que la inundó de la cabeza a los pies, ni cómo le dio la mano toda la noche mientras dormían, como si no pudiera soportar que Mariah se marchara.

Millie no parece sorprendida ni pregunta si están hablando del mismo Ian Fletcher. Se limita a abrazar a Mariah con fuerza y deja que le explique lo que quiera.

—¿Cómo están las cosas ahora entre vosotros después de lo ocurrido? —pregunta con cuidado.

Mariah mira a través de las cortinas vaporosas las luces intermitentes que han atraído la atención de su madre.

—Con él allí fuera y yo aquí dentro —responde, sonriendo con tristeza—. Igual que antes.

A veces, a medianoche, Faith cree que ha oído algo arrastrándose debajo de la cama, una serpiente, un monstruo marino que está fuera del agua, o quizá las patitas ganchudas de alguna rata. Quiere librarse de las mantas y correr hacia la habitación de su madre, pero para ello tendrá que tocar el suelo, y seguramente que lo que esté haciendo el ruido se le enrolle en el tobillo y le muerda con sus hileras de dientes afilados antes de que consiga llegar al pasillo.

Esta noche Faith se despierta, segura de que algo viene a por ella, y grita.

Su madre entra corriendo en la habitación.

—¿Qué te ocurre?

—¡Me están mordiendo! —grita—. ¡Las cosas que viven bajo la cama!

Sin embargo, mientras habla a su madre, el mundo se le aparece de nuevo, y las sombras raras y negras se convierten en lámparas, tocadores y otros objetos corrientes. Se mira las manos; está agarrando las mantas y aún lleva las tiritas que le tapan los agujeritos que tiene en las palmas. Ya no le duelen. Tampoco le sangran. Siente un cosquilleo, como si un perro estuviera metiendo su hocico húmedo allí dentro.

—¿Estás bien?

Faith asiente.

—Pues entonces me voy a dormir.

Pero Faith no quiere que su madre se vaya. Quiere que se quede con ella, sentada en el borde de la cama, pensando solo en ella.

—¡Ay! —grita impulsivamente, agarrándose la mano izquierda.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta su madre, volviéndose rápidamente.

—Me duele la mano —miente Faith—. Es un dolor fuerte y agudo, como si me pinchara una aguja.

—¿Aquí? —le pregunta su madre, apretando la zona.

No le duele nada. De hecho, le gusta.

—Sí —gime Faith—. ¡Ay!

Mariah se mete en la cama y abraza a Faith.

—Intenta descansar —dice mientras se le cierran los ojos a ella.

En la oscuridad, Faith se queda dormida sonriendo.

28 de octubre de 1999

Sin duda, su madre ha estado comiendo como una cerda estos últimos días.

Ésa es la única explicación que tiene Mariah para justificar la escasez de comida que hay en la casa. Tras pasar fuera una semana, pensaba que la fruta y la leche se habrían acabado. Sin embargo, no queda nada, ni siquiera pan, e incluso el tarro de crema de cacahuete está vacío.

—Dios mío, mamá —dice, viendo cómo Faith toquetea un tazón vacío de cereales de arroz—. ¿Has organizado una fiesta estos días?

Ofendida, Millie aspira por la nariz.

—¿Así es como me agradeces que te haya cuidado la casa?

—Bueno, creía que habrías llenado la despensa; eso es todo. Por vuestro propio confort.

—Oh, sí, claro; y por supuesto los buitres que hay ahí fuera se habrían limitado a decirme adiós educadamente y me habrían dejado hacer mi santa voluntad —responde Millie, poniendo los ojos en blanco.

—Si te acosaban, podrías haberles pagado con la misma moneda —dice Mariah, cogiendo su bolso y dirigiéndose a la puerta—. Regresaré en seguida.

Sin embargo, eludir a los reporteros no es tan simple como Mariah imagina. Avanza muy despacio por la entrada, y casi golpea a un hombre que empuja la silla de ruedas de su hija delante del coche. A pesar de la policía, cientos de manos tocan las ventanas, los parachoques y el maletero de su coche.

—Dios santo —dice en voz baja, sorprendida por la cantidad de gente y contenta de poder aumentar la velocidad al alejarse unos cuatrocientos metros de su entrada.

Creía que, sin Faith de remolque, tendría menos posibilidades de que la acosaran, pero tres coches le siguen la pista mientras se dirige a la tienda de comestibles de un pueblo vecino. Sin dejar de controlarlos por el espejo retrovisor, pasa por calles pequeñas en vez de carreteras principales a propósito, esperando perderlos de vista antes de llegar a su destino. Dos de los coches han desaparecido cuando deja las afueras de New Canaan. El tercero la sigue hasta el aparcamiento pero gira hacia otra dirección; Mariah se avergüenza porque se da cuenta de que seguramente se trate de un vecino o un ciudadano corriente, y no de un reportero que le sigue la pista.

En la tienda de comestibles coge cabizbaja unos melones, una lechuga y unas magdalenas, sin establecer contacto visual con los demás clientes. Se mueve por los pasillos con adusta determinación, decidida a llegar a la caja pasando desapercibida. Sin embargo, acaba de abrir una cámara de frío de comida congelada, cuando una mano le agarra la muñeca y la lleva detrás de un expositor alto de cucuruchos.

—Ian.

Lleva vaqueros, una camisa de franela andrajosa y una gorra de béisbol que le tapa la cara. No se ha afeitado.

—¿Es éste tu disfraz? —pregunta Mariah, tocándole la mejilla.

—Quería saber qué ha ocurrido en el tribunal —responde Ian, soltándole la muñeca y tocándole el hombro.

—Oh —dice Mariah mientras se apaga esa chispa que sentía en su interior.

—Y quería verte —añade Ian, apretándole la suave piel del brazo—. Necesitaba verte.

—Volveremos a ver al juez dentro de cinco semanas —explica Mariah, mirándolo.

Se imagina los ojos de Ian debajo de su gorra, de un azul gélido profundo, mirando con una intensidad excepcional, atrapándola como si fuera una mariposa.

Otra compradora pasa por la esquina, con dos gemelos, uno a cada lado del carrito, como si de dos boyas se tratara. Los mira con desdén y continúa caminando.

—No podemos estar aquí —dice Ian—. Pronto nos reconocerán.

Sin embargo, no se mueve; se limita a pasarle los dedos por debajo de la barbilla, haciéndola arquear como un gato.

De repente, se aparta.

—Haré todo lo que pueda para que Faith se quede contigo.

—El juez sólo permitirá que me quede con ella si piensa que su vida es normal y corriente —dice Mariah sin alterarse—. Así que lo mejor que puedo hacer, Ian, es marcharme.

Ella lo mira una última vez, le toca la mano una última vez.

—Lo mejor para Faith, y lo peor para mí.

Luego coge el carrito de la compra y continúa caminando por el pasillo, con el corazón acelerado, pero con expresión serena, como si nunca lo hubiera visto.

El teléfono suena cuando Mariah está casi dormida. Adormilada y aturdida, lo coge, suponiendo que será Ian, pero se da cuenta demasiado tarde de que antes de que la invadan los sueños, Ian ya quiere formar parte de ellos.

—Me alegra saber que aún responde al teléfono.

—Padre MacReady —dice Mariah, incorporándose en la cama—. ¿No es un poco tarde?

—¿Para qué, exactamente? —pregunta él, riéndose.

—Para llamar.

—Me han hecho creer que nunca es tarde para recibir la llamada. A veces te pillan por sorpresa y te tumban como a un defensa —explica MacReady, después de un momento de silencio.

Mariah cuelga las piernas por el borde de la cama y dobla el extremo de la sábana superior.

—Está tergiversando mis palabras de nuevo.

—Por si le interesa, he rezado por usted —reconoce el padre MacReady en voz baja—. He rezado para que usted y Faith puedan marcharse de ahí.

—Me parece que su línea directa está un poco oxidada.

—Quizá sí; por eso quería hablar con usted. Su madre hoy tuvo el placer de rechazar a un compañero mío a quien le gustaría ver a Faith.

—Mi hija no es un espécimen de laboratorio de la Iglesia católica, padre —dice Mariah amargamente—. Dígale a su compañero que se vaya a casa.

—Eso no depende de mí. Es su trabajo. Si Faith dice cosas que no encajan con las enseñanzas de hace más de dos mil años, tienen que evaluarlo.

Al oír esto, Mariah piensa en un viejo adagio: si un árbol cae en el bosque y nadie lo oye, ¿ha hecho ruido? Si no quieres una religión, ¿tienes derecho a rechazarla?

—Sé que esto no le va a gustar, pero me haría un favor si dejara que Faith hablara con el padre Rampini —dice MacReady.

La gente que ahora hay al otro lado de su propiedad se ha reunido en el nombre del cristianismo. Mariah no les ha pedido que vayan allí y, sin duda, quiere que se marchen.

El juez lo consideraría un punto a su favor si consiguiera que se marcharan.

La forma más sencilla de hacerlo es que oigan, directamente de la boca de su Iglesia, que Faith no es quien ellos quieren que sea.

Sin embargo, eso implica explotar a Faith, y Mariah no está segura de querer hacerlo, aunque sea por su bien.

—Faith y yo no le debemos ningún favor. No somos católicas.

—Técnicamente, Jesús tampoco lo era —^responde el padre MacReady.

Mariah se hunde de nuevo en la almohada, sintiendo cómo le acaricia la cara a ambos lados. Piensa en todos los árboles caídos en el bosque,

silenciosos e inadvertidos, hasta que un día llega alguien y se da cuenta sobresaltado de que ha desaparecido el bosque entero.

29 de octubre de 1999

El padre Rampini sabe que hay muchas maneras de que una estatua llore, y que ninguna tiene que ver con Jesús. Se puede frotar el rostro de mármol con cloruro de calcio, para que el agua del aire se condense en forma de lágrimas falsas. Se pueden colocar bolitas de manteca de cerdo en los ojos, que se deshacen al estar a temperatura ambiente. Incluso se puede utilizar la prestidigitación y tocar ligeramente la estatua con una esponja para crear humedad cuando el público está distraído. Ha visto la sangre falsa utilizada en los trucos de magia escondida en una manga y estigmas estallando de repente al mover rápidamente la muñeca. Ha observado cómo los rosarios pasan de ser plateados a dorados, debido a unas reacciones metalúrgicas científicamente explicables.

¿Su intuición? Que la pequeña Faith White sólo dice estupideces.

Al principio, creyó que sería fácil desacreditar a la niña. Pensó que con un par de preguntas discretas conseguiría una confesión emotiva y podría regresar al seminario antes de la cena. Sin embargo, cuanto más sabe de Faith White, más difícil le resulta descartar lo que dice sin más.

Ayer entrevistó a muchos de los reporteros que están en el jardín, para descubrir algún posible acuerdo secreto entre la madre y un periodista sobre la publicación de un libro o una exclusiva televisiva. Históricamente, los verdaderos profetas no ganaban nada, ni dinero, ni aprecio, ni consuelo. Si hubiera encontrado la más mínima pista de autobombo, habría acudido volando a misa esa misma tarde.

Bien, no estaba intentando hacerse rica ni famosa actuando de visionaria, pero tampoco había visto prueba alguna, aparte de la supuesta visión de Faith White, como la fuente en Lourdes que cura enfermedades, o la imagen de la Virgen no realizada por la mano del hombre, ofrecida al Santísimo Juan Diego y que aún cuelga, cuatrocientos años más tarde, en el sepulcro de Ciudad de México. Se lo había contado al padre MacReady, quien, de forma exasperante, ni siquiera había dejado de mirar el sermón que estaba escribiendo en su

oficina.

—Se olvida de que es una sanadora —concluye MacReady.

Esta mañana el padre MacReady lo ha acompañado al centro médico. Mientras el párroco visitaba a los feligreses que se están recuperando en planta, el padre Rampini se ha pasado horas leyendo los informes de Millie Epstein, sin poder llegar a conclusiones definitivas. Médicamente, la mujer había muerto, y sin duda ahora está vivita y coleando. Sin embargo, los rumores dicen que Faith había tocado a la mujer para resucitarla: eso de ponerle las manos encima resulta sospechoso.

La única manera de demostrar que Faith White es una mentirosa redomada es entrevistándola directamente, y eso es lo que hará hoy. El padre Rampini ha decidido atacar por tres flancos. Primero, limitará la verdad de esa visión femenina (quizá se trate de María, pero de Dios seguro que no); segundo, demostrará que la visión no es auténtica; y finalmente, examinará los supuestos estigmas y enumerará las razones por las que no son genuinos.

El padre MacReady le pide que no intervenga mientras habla con Mariah White al principio, y por cortesía profesional el padre Rampini lo acepta.

—Si se espera, llamaré a Faith —le dice la mujer.

El padre MacReady se excusa y le pregunta si puede utilizar el baño (el Señor sabe que come suficientes salchichas para desayunar como para derribar a un caballo, por no hablar de sus intestinos), y mientras tanto Rampini mira a su alrededor distraídamente. Para ser una alquería, está muy bien conservada; las vigas vistas del techo están rectas y lijadas, los suelos están lustrados y bien encerados, y la pintura blanca metálica y el papel pintado de las paredes están meticulosamente cuidados. Parece una residencia de las que se muestran en la revista *Country Home*, excepto que en este caso existen pruebas patentes de que ahí vive gente real: una Barbie metida entre los plátanos de una fuente decorativa para fruta y una manopla de niña colocada como un gorro sobre el pomo de la barandilla. No ve ninguna cruz de Domingo de Ramos colgada tras los espejos ni velas de sabbat sobre la mesa del comedor; de hecho, no ve ningún indicio de religión.

Oye unos pasos en las escaleras y se levanta erguido, dispuesto a mirar fijamente a la hereje.

Faith White baja hasta detenerse a un metro de él y sonrío. Le falta un

incisivo.

—Hola —dice—. ¿Eres el padre Rampene?

—¡Faith! —exclama Mariah White, colorada.

—Rampini —la corrige—. Soy el padre Rampini.

—Bueno, quizá sea mejor que lo llames sólo padre —interviene el párroco, apareciendo por la entrada y riendo.

—Vale.

Faith coge la mano de Rampini y lo lleva hacia las escaleras. Rampini se da cuenta de dos cosas; de la aspereza de la tirita contra su palma y del extraordinario magnetismo que siente cuando se cruzan sus miradas. Le recuerda a cuando de niño vio su primera nevada fuerte en la granja de su familia en Iowa; era tan brillante y pura que no podía dejar de contemplarla.

—Vamos —le dice—. Creía que querías jugar.

—Yo me quedaré aquí. Me tomaré un café con tu mamá —dice MacReady, cruzándose de brazos.

Rampini puede ver por la mirada de la mujer que pensaba que estaría presente durante la entrevista. Bien, mejor. Será más fácil sacarle la verdad en su ausencia.

Faith lo lleva a su habitación y se sienta en el suelo con una muñeca Madeline y toda una colección de vestidos. Rampini saca su libreta y apunta varias ideas. Si no recuerda mal, Madeline vivió en una escuela privada religiosa. Es posible que esa niña, supuestamente inocente desde el punto de vista religioso, sepa más de lo que la gente cree.

—¿Prefieres la ropa de patinaje o el vestido de fiesta? —le pregunta Faith.

Hace tanto que no juega con un niño (no hace nada más que examinar a embusteros y herejes y redactar largos escritos sobre sus conclusiones) que por un momento está desconcertado. Quizá en su día le habría parecido fácil, pero ahora es un hombre completamente distinto.

—Lo que de verdad querría es jugar con tu otra amiga.

—No quiero hablar de ella —responde Faith, apretando los labios.

—¿Por qué no?

—Porque no —contesta mientras introduce la pierna de Madeline en unos leotardos.

«Bueno», piensa Rampini, sorprendido. El visionario que necesita hablar

de lo que ha visto suele mentir. En realidad, a los auténticos videntes normalmente tienen que obligarlos a hablar de sus visiones.

—Seguro que es muy guapa —insiste.

—¿La conoces? —pregunta Faith, mirándolo como a hurtadillas.

—Trabajo en un sitio en el que mucha gente estudia y aprende cosas de Dios. Por eso tenía tantas ganas de hablar contigo, para poder comparar lo que sabemos. ¿Tiene nombre tu amiga?

—Claro: Dios —responde Faith, resoplando.

—¿Tu amiga te lo dijo? ¿Te dijo: «Soy Dios»?

—No —responde Faith, poniéndole un zapato a la muñeca—. Me dijo: «Soy *tu* Dios».

Rampini también anota esta respuesta en la libreta.

—¿Viene a verte cuando tú la necesitas?

—Supongo.

—¿Podría venir ahora?

—No quiere —responde Faith, mirando por encima del hombro.

A pesar de su escepticismo, Rampini mira hacia el mismo lugar. No ve nada.

—¿Lleva un vestido azul? —pregunta, esforzándose para encontrar un término que describa la capa de María de una manera que una niña de siete años pueda entender—. ¿Un vestido con una capucha?

—¿Como si fuera un impermeable?

—¡Eso es!

—No. Lleva siempre lo mismo. Es una falda marrón y una blusa, pero es todo una misma pieza, y se parece a lo que llevaba la gente antiguamente y se ve por la tele. Tiene el pelo castaño y hasta aquí —dice Faith, tocándose los hombros—. Y tiene esos zapatos que puedo llevar en la playa e incluso en el agua sin que mamá se enfade; esos que llevan velero.

—¿Lleva chanclas? —pregunta el padre Rampini, frunciendo el ceño.

—Sí, pero las tuyas no tienen velero y el color parece como de vómito.

—Seguro que, antes de que se te apareciera, habías querido ver a esa amiga tuya durante mucho tiempo, ¿verdad?

Sin embargo, Faith no responde. Hurga en el armario y vuelve con la caja del juego Lumirama. El padre Rampini siente una punzada de sentimentalismo,

puesto que recuerda haberle dado este mismo juguete a su propio hijo, mucho antes de que fuera ordenado sacerdote. ¿Tanto hace que lo fabrican?

—Tú puedes hacer los amarillos —explica Faith, observándolo con curiosidad.

Rampini aleja esas ideas y vuelve a centrarse.

—Así que... ¿pediste verla?

—Todas las noches.

El padre Rampini ha visto suficientes casos de supuestos visionarios para poder compararlos. Los devotos religiosos que rezan para ver a Jesús durante años y luego se les aparece de repente son siempre los que están majaretas; incluso, aunque le entristezca decirlo, en el caso de esa monja viejecita tan dulce de Medford que le mandaron evaluar el invierno pasado. No se puede comparar eso con los niños de Fátima, quienes se estaban ocupando de las ovejas cuando se les apareció María, inesperadamente; o con santa Bernadette, que estaba recogiendo leña cerca de un basurero cuando Nuestra Señora se le materializó.

Las visiones celestiales provienen del paraíso, pero surgen de la nada. Sin embargo, según Faith, había estado pidiendo una visión, religiosamente, podría decirse.

—Tenía muchas ganas de tener una amiga —continúa Faith—. Así que todas las noches le pedía el deseo a una estrella, y luego llegó.

Rampini duda antes de escribir en su cuaderno. Desear a una amiga no es exactamente lo mismo que rezar para experimentar una aparición milagrosa, pero había casos de niños visionarios quienes jugaron, por decirlo de algún modo, en los prados con el Señor. San Herman Joseph corrió alegremente con María y el Niño Jesús, y santa Juliana Falconieri tuvo unas visiones en las que el Niño Jesús le hizo una guirnalda de flores.

Su mirada recae sobre las manos de Faith; está cogiendo las pequeñas piezas y las está metiendo en los agujeros de la rejilla.

—Me han dicho que te hiciste daño.

—No quiero hablar más —dice Faith, escondiendo rápidamente los puños detrás de la espalda.

—¿Por qué? ¿Porque te he hecho una pregunta sobre tus manos?

—Te reirás de mí —susurra.

—En realidad, he visto a otra gente con las mismas heridas que tú —dice con dulzura el padre Rampini.

Este comentario llama la atención de Faith.

—¿De veras?

—Si me dejas verlas, podré decirte si las tuyas son iguales o distintas.

Faith coloca el puño en el suelo, entre ellos, y abre la mano, estirando los dedos como si fueran unos pétalos de rosa abriéndose. Con la otra mano, despega la tirita. En el Centro de la palma tiene un agujerito. La carne de alrededor no está magullada, ni por un lado de la mano ni por el otro, y tampoco lo están las protuberancias, que son como las de san Francisco de Asís; es como si las uñas estuvieran tirando de la piel desde los agujeritos.

—¿Te duelen? —pregunta Rampini.

—Ahora no.

—Cuando te sangran las manos, ¿piensas a veces en Jesús? —pregunta despacio.

—No conozco a nadie llamado Jesús —responde Faith, frunciendo el ceño.

—Es el nombre de Dios —explica el sacerdote.

—No, no lo es.

Una niña de siete años puede ser muy literal. ¿Está diciendo eso porque Dios le ha dicho explícitamente que no es Jesús? ¿O simplemente porque no le ha dicho su nombre? ¿O porque esa visión, más que ser celestial, es satánica?

Rampini quiere preguntarle más sobre el nombre de Dios; hacerle más y más preguntas hasta dar con la respuesta. No es María ni es Jesús. Pero ¿será Belcebú? ¿Yavé? ¿Alá?

—¿Podrías decirme cómo te sientes cuando Dios habla contigo? —se oye decir a sí mismo en cambio.

Faith mira su regazo, sin hablar. El padre Rampini la mira fijamente y piensa en la primera vez que vio a su hijo. Recuerda observar los dedos de bebé sujetándose al pecho de Anna mientras lo acunaba. Aunque en la formación de teología ascética ha aprendido que los sentimientos no son importantes, y que celebrar la misa y administrar el sacramento son los momentos en los que uno está más cerca de Dios, ahora no piensa en ello. Esa plenitud de corazón, como algo divino desbordándose, la ha sentido solo dos

veces en cincuenta y tres años. Una vez observando a su mujer después de haber dado a luz, y luego de nuevo seis años más tarde, cuando el Espíritu Santo lo inundó, como una de esas tormentas de nieve tempranas de Midwestern, para aplacar el dolor que sentía porque un accidente de coche se había llevado a su familia, y dejar un sentimiento de perdón en su lugar.

El padre Rampini necesita un momento para darse cuenta de que Faith ha sacado una de las piezas rojas del juego para metérsela en el agujero de su mano derecha. La pieza le atraviesa la mano. Sin embargo, la herida no se abre de nuevo, y cuando Faith flexiona los músculos de la mano, finalmente se cae. Luego conecta el Lumirama y el padre Rampini se sobresalta con el brillo incandescente de la flor.

—Cuando habla, lo siento aquí —dice Faith, cerrando el puño y llevándolo al corazón de Rampini.

El padre Rampini sabe desde hace tiempo que se mueve en un mundo imposible a los ojos de los escépticos, pero para él el catolicismo (sobre todo, su teología) ha sido un refugio donde reina la lógica. El *mundo* no tiene sentido: ¿qué otra razón podía haber para que el conductor borracho escogiera chocar contra la furgoneta de su familia, en vez de los otros trescientos coches con los que se había cruzado esa noche? La religión, con su divinidad, su orden y su salvación, ha sido literalmente la gracia salvadora de Rampini.

Abre el grifo del lavabo del cuarto de baño y se moja la cara con agua fría. Mientras se seca y se mira en el espejo del botiquín, duda un segundo. ¿Qué va a decir sobre Faith White? Por un lado, tiene la humildad de los santos, y no está ganando nada con todo eso, aparte de una mala fama que no parece querer. Por otro lado, lo que dice es pura herejía.

Empieza a hacer una crónica mental de lo positivo y lo negativo. Rampini aún no ha visto un caso confirmado de estigmas, pero Faith podría sin duda ser el primero.

Sin embargo, también está viendo algo que nadie más ha visto con anterioridad. Técnicamente, Dios no es un hombre, pero eso no significa que sea una mujer.

Se sienta en la tapa del retrete y mira fijamente la colección de Barbies

desnudas que hay en el barreño de la bañera. Faith White es, en efecto, una niña secular perfectamente corriente. No estructura su vida alrededor de la oración; probablemente no sepa qué diferencia hay entre un avemaria y la jura de la bandera. A su favor puede decir que tampoco esperaba que tuvieran visiones visionarios reconocidos como los niños de Fátima y santa Bernadette.

Sin embargo, al menos eran cristianos.

Rampini suspira. El padre MacReady tenía razón: Faith es fascinante en muchos sentidos; pero, en última instancia, su visión no lo es. Dice cosas que están totalmente fuera de lugar.

El padre Rampini abre la puerta del cuarto de baño y se dirige hacia el pasillo, con la decisión ya tomada. Sin embargo, con cada paso, piensa en los santos del siglo XVI que fueron menospreciados y vilipendiados por sus creencias radicales; fueron santos cuyas autopsias, años después de la persecución, revelaron extrañas cicatrices grabadas en las paredes de sus corazones que parecían las letras del nombre de Jesús.

Malcolm Metz mira el Honda desvencijado de Lacey Rodríguez, una excelente investigadora privada, como muchos otros que ha utilizado su bufete a lo largo de los años. Señala una pequeña estatua de María pegada en el salpicadero con un trozo de cinta adhesiva por los dos lados.

—Un toque precioso.

—Sí, bueno —responde Lacey, encogiéndose de hombros—. No sé si alguien verá el coche.

—Por lo que me han dicho, tendrás que aparcar a un kilómetro y medio de la casa. ¿Me llamarás luego?

—Esta tarde, cuando llegue allí; y dos veces al día a partir de entonces.

Metz se apoya sobre el capó oxidado del coche.

—No hace falta que te diga lo fundamental que es que salgan a la luz los trapos sucios de la madre.

Lacey enciende un cigarrillo y le ofrece uno a Metz, pero éste niega con la cabeza.

—¿Tan difícil crees que va a ser? —pregunta, espirando—. La tía estuvo en una institución para enfermos mentales.

—Desafortunadamente, tiene más de media batalla ganada porque la niña aún vive con ella. Quiero saber si la acuesta demasiado tarde, si la alimenta con algo que lleve colorante rojo número dos o habla por el móvil demasiado cerca de la bañera cuando la niña está dentro. Quiero saber qué diablos les cuenta a los sacerdotes y a los rabinos que no dejan de acudir a la casa.

—Tus deseos son órdenes.

—Y utiliza métodos que sean aceptables en los tribunales. No te vistas como la ayudante del fontanero alegando que quieres comprobar las tuberías, sólo para conseguir unas pruebas sin un mandamiento judicial.

—Sólo lo hice una vez —protesta Lacey, disgustada—. ¿Es que me lo vas a recordar toda la vida?

—Quizá —dice Metz, dándole una palmada en la espalda—. Vamos, a trabajar.

Observa cómo el Honda serpentea por la calle, y luego Metz se dirige hacia el edificio que alberga el bufete. Parpadea al ver su nombre tallado en la placa de piedra que está fuera. Las puertas de cristal y cromo se abren de par en par con el sensor, como si lo hubieran estado esperando todo ese rato.

Mariah se refugia en el taller del sótano. Con determinación, coge un trozo fino de arce para convertirlo en una mesa de cocina en miniatura, pero está demasiado distraída para hacerlo bien. Frustrada, se sienta al lado de su casa de muñecas a medio hacer y descansa la cabeza sobre una mano.

Puede ver las pequeñas instalaciones del cuarto de baño, los suelos de madera de pino nudoso de las habitaciones, y el armario de la cocina que aún está entreabierto. Puede ver las zonas más íntimas de la casa sin esforzarse siquiera.

«Esto es lo que debe de sentir Dios», piensa.

Piensa en esa idea un segundo y en todas las jovencitas que juegan a ser un ser divino, dirigiendo las vidas de las familias que habitan sus casas de muñecas. Mariah mira hacia el techo y se pregunta si Dios está haciendo lo mismo con ella y con Faith.

De repente, se acuerda de por qué de niña nunca tenía personas en sus casas de muñecas. El perro de la familia se daba de cabezazos contra la casa y

el bebé en miniatura se caía por las escaleras antes de que Mariah pudiera cogerlo; o la figura que representaba a la madre quedaba boca abajo sobre la cama, y Mariah pensaba que la muñeca había estado llorando como una loca toda la noche mientras ella dormía. La hacía sentirse culpable: no podía jugar con todas las muñecas a la vez; no podía satisfacer todas sus necesidades. No era tan divertido ser divino; no era tan divertido tener el poder de ayudar, calmar y aliviar, y saber que no podía salvar a todo el mundo a la vez.

Así que creció para crear casas de muñecas sin muñecas. Eran hogares en los que los muebles estaban sujetos con tornillos y pegados en su sitio, en los que no se dejaba nada al azar, aunque Mariah se da cuenta de que a pesar de todo quedan cosas fuera de su alcance.

La manipulación, la responsabilidad y la vigilancia. En realidad, no difiere tanto de ser madre.

De la diócesis de Manchester de la Iglesia católica

Manchester, N. H., 29 de octubre de 1999. Su Excelencia el obispo de Manchester ha publicado un anuncio en respuesta a las preguntas de los sacerdotes, los religiosos y los seculares sobre la actividad de Faith White, residente de New Canaan, N. H., quien supuestamente afirma estar oyendo y viendo revelaciones celestiales.

La diócesis ha realizado una investigación serena y atenta del asunto, y se ha dictaminado que las afirmaciones visionarias de Faith White son falsas. Es nuestra labor subrayar un error doctrinal fundamental: el lenguaje erróneo con respecto a Cristo, quien no es y al que no deberíamos referirnos como una mujer ni una madre de ningún tipo.

La Sociedad de la Madre Dios, que ha sido la principal responsable de transmitir el mensaje de Faith White con folletos y predicaciones, está divulgando enseñanzas que no se consideran parte del dogma católico y que deben ignorarse.

Esa noche, cuando las mujeres de la Sociedad de la Madre Dios oyen al obispo Andrews denunciar oficialmente a Faith White por primera vez, reparten manzanas. Reparten más de trescientas manzanas Jonagold de un manzanar local e invitan a la gente a dar un mordisco al mito de la religión

masculina.

—¡El Jardín del Edén fue solo el principio! —gritan—. ¡No caímos en desgracia por culpa de Eva!

La mujer que se ha convertido en su líder, Mary Anne Knight, se mueve entre la muchedumbre agitando las manos. Sabe que no forma parte de un movimiento tan radical y nuevo como la gente cree. Hace veinte años, estudió en la Universidad de Boston con Mary Daly, quien abandonó la Iglesia católica después de afirmar que estaba arraigada en el sexismo. Sin embargo, Mary Anne amaba demasiado el catolicismo para renunciar a la doctrina. «Un día, habrá un lugar para mí en la Iglesia», rezó.

Luego le hablaron de Faith White.

Se pone de pie sobre una caja de manzanas volcada, mientras sus cohortes se apiñan a su alrededor y mueven corazones de manzana medio mordidos con la mano. Al colocarse bien el forro polar, se tapa una camiseta que lleva impreso un mensaje provocador: MI DIOSADIO ALUZ A TU DIOS.

—¡Señoras! —grita—. ¡Aquí está la carta pastoral del obispo Andrews!

Se saca un mechero Zippo del bolsillo.

—¡Y ésta es nuestra respuesta!

Con un ademán ostentoso, prende fuego a la esquina de la misiva y deja que ésta se quemé hasta que las llamas llegan a sus dedos.

Cuando la muchedumbre de mujeres entusiastas la aclaman, Mary Anne sonríe. Si la diócesis de Manchester quiere pensar que sólo se trata de una pandilla de mujeres que quiere mostrar sus enaguas, que lo piense; y si el viejo y remilgado obispo quiere escribir avisos, que lo haga hasta que se harte. Hay cosas que Su Excelencia no ha tenido en cuenta, como que la Sociedad de la Madre Dios aún tiene a Faith White, y a dos representantes camino del Vaticano para presentar una protesta formal.

Por la noche, cuando Mariah se est  lavando los dientes y haciendo zapeo por los distintos canales de la tele, ve la cara de Petra Saganoff y su propia casa como telón de fondo.

—«Hollywood Tonight!» ha destapado una novedad en el caso de Faith White. Inesperadamente, el padre de la niña, Colin White, ha reaparecido en

New Canaan para pedir la custodia de su hija.

Millie, quien lleva crema en la cara y un camisón de franela, entra corriendo en la habitación.

—¿Has visto eso?

La pantalla cambia y muestra imágenes del palacio de justicia, en el que Colin y su abogado aparecen para hablar ante varios micrófonos, con los hombros encorvados por el gélido viento.

—Es terrible —dice Colin ante las cámaras—. Ninguna niña debería crecer en esas condiciones...

Se le entrecorta la voz, como si fuera incapaz de continuar.

—Oh, ¡por el amor de Dios! —exclama Millie—. ¿Ha contratado a un abogado o a un actor?

La cara de Petra Saganoff aparece de nuevo.

—Malcolm Metz, el abogado del señor White, afirma que si la custodia de Faith queda en manos de Mariah White se pondrá en peligro el bienestar físico y psicológico de la niña. Por supuesto, el caso de esta custodia es ahora de dominio público. Los mantendremos informados de las futuras novedades. Petra Saganoff, «Hollywood Tonight!».

Millie se dirige al televisor con paso enérgico y lo apaga.

—Menuda sarta de chorradas. Nadie medianamente inteligente se creerá lo que diga Colin.

Pero Mariah niega con la cabeza y escupe la pasta de dientes en el lavabo.

—No es cierto. Lo verán como a un padre que llora por su hija, y eso es lo que recordarán.

—La única persona que debería preocuparte es el juez, y los jueces no miran telebasura de este tipo.

Mariah finge que no la oye y se enjuaga la boca. Se pregunta si Joan lo ha visto, si Ian lo ha visto, si la doctora Keller lo ha visto. Su madre se equivoca. Se puede llegar a mucha gente, sin ni siquiera quererlo: Faith es prueba de ello. Mantiene el grifo abierto, hasta que oye cómo Millie sale de la habitación.

Sabe cuándo llamarla, porque ha colocado la Winnebago delante del

dormitorio de Mariah. Cuando apaga la luz, Ian cierra los ojos e intenta imaginarse lo que lleva puesto para dormir, si entrelaza las piernas entre las sábanas frías. Luego coge el móvil y llama, con la mirada clavada en el par de ventanitas.

—Enciende la luz —dice.

—¿Ian?

—Por favor.

Oye cómo se mueve, y luego ve cómo un brillo dorado inunda la habitación. No puede verla, pero finge que lo hace; se imagina cómo se sienta y coge el teléfono, pensando en él.

—Te he estado esperando.

Mariah se mete en la cama de nuevo (lo sabe porque oye el suave susurro de las sábanas).

—¿Durante cuánto tiempo?

—Demasiado —responde Ian.

Sus palabras están impregnadas de algo más que un coqueteo superficial. Cuando se alejó de él en la tienda de comestibles y no pudo seguirla, Ian necesitó una buena dosis de autocontrol. Se imagina su pelo, esparcido sobre la almohada como una rociada dorada, y la curva del cuello sobre los hombros, una pieza de *puzzle* creada para encajar perfectamente con él. Acercándose el teléfono, continúa susurrando.

—Bueno, señora White. ¿Va a contarme un cuento para dormir?

Espera oír una voz sonriente, pero en cambio está pastosa por las lágrimas.

—Oh, Ian. Me he quedado sin finales felices.

—No digas eso. Aún queda mucho hasta que empiece la lucha por la custodia.

Se levanta, esperando que ella se acerque a la ventana.

—No llores cuando no puedo estar a tu lado, cielo.

—Lo siento. Oh, Dios mío. ¡Qué debes de pensar de mí! Es que toda esta historia me supera, Ian. Es una pesadilla tras otra.

El respira profundamente.

—No voy a contar ninguna historia sobre Faith, Mariah. He pensado que quizá me vaya de aquí, para que crean que estoy sobre la pista de otra cosa. Al

menos hasta después de la vista.

—Da igual, Ian. Aún quedan muchas personas dispuestas a convertir a Faith en una especie de mártir. ¿Has visto «Hollywood Tonight!»?

—No, ¿por qué?

—Ha salido Colin, llorando y diciendo que Faith no puede vivir de esta manera.

—Quiere que los medios se pongan de su parte, Mariah. Su abogado no es muy inteligente, pero muestra la cara de su cliente en público para que lo comprendan —explica, deteniéndose un momento para luego proseguir—. No es tan mala idea, en realidad. Tendrías que ir a «Hollywood Tonight!» e invitarlos a ver el revés de la medalla. Dale una exclusiva a la buena de Petra.

Mariah se queda callada.

—No puedo hacerlo, Ian.

—¿Por qué no? Claro que puedes. Te enseñaré a hacerlo; igual que ese abogado ha hecho con tu ex.

—No es eso —dice ella con una vocecita de repente distante—. No puedo dejar que un reportero me haga todo tipo de preguntas, porque hay cosas que me han ocurrido que no quiero divulgar; son cosas que no te he contado ni siquiera a ti.

Ian aprendió hace tiempo que a veces lo mejor es callarse. Se sienta en el borde del sofá de la Winnebago y espera a que Mariah le diga lo que ya había descubierto hace semanas.

—Estuve a punto de suicidarme hace siete años, y Colin me mandó a un hospital.

—Ya lo sé —contesta Ian, pensando en *The Boston Globe* y sintiendo retortijones.

—¿Lo... sabes?

—Bueno, claro —dice, intentando sonar despreocupado—. Antes de estar locamente enamorado de tus considerables encantos, estaba investigándote, a ti y a tu hija.

—Pero... pero no dijiste nada.

—No, no en público, ni tampoco en privado, porque me da igual. Mariah, eres la persona más cuerda que conozco, y no dejaré bajo ningún concepto que pienses lo contrario estos días, aunque eso sea lo último que haga.

Luego oye la alegría que inunda su voz.

—Gracias. Muchas gracias por lo que has dicho.

—Es un placer complacerte.

—Si la memoria no me falla, no lo haces nada mal —responde Mariah.

Ambos se ríen.

Luego dejan que un silencio cómodo los envuelva, interrumpido por las llamadas distantes de los búhos y los ladridos de los perros.

—Tendrías que hacerlo —añade Ian después de un rato—. Invita a Petra Saganoff. Es la mejor manera de mostrarle a la gente que tu niña es sólo eso, una niña. Dile a Petra que puede filmar todo lo que quiera y poner su voz en *off* según le convenga, pero que no habrá entrevistas.

Ian sonríe.

—Contraataca, Mariah.

—Quizá lo haga —responde.

—Ésta es mi chica —la anima Ian, vislumbrando una silueta en la ventana de la habitación—. ¿Eres tú?

—Sí. ¿Dónde estás?

Observa cómo se da media vuelta y examina la oscuridad, buscando una cara que no puede ver. Ian hace que las luces de la Winnebago parpadeen.

—Aquí. ¿Lo ves?

Mariah apoya las manos contra el cristal, e Ian las recuerda contra su pecho, frías y curiosas.

—Ojalá pudiera estar contigo ahora —dice él.

—Sí.

—¿Sabes lo que haría si estuviera contigo ahora?

—¿Qué? —pregunta Mariah con la respiración entrecortada.

—Me pondría a dormir —responde Ian, sonriendo abiertamente.

—Oh. Eso no es exactamente lo que yo tenía en mente.

—Bueno, quizá eso otro también, pero no he descansado como lo hice contigo desde... Dios mío, desde hace años.

—Creo... creo que me gustaría despertarme a tu lado —dice Mariah con timidez.

—Eso también estaría muy bien —aprueba Ian—. Bueno, aléjate de esa ventana. No quiero que toda la muchedumbre te vea.

Espera hasta oír el frufrú de la colcha, mientras Mariah se tapa con las sábanas.

—Buenas noches.

—¡Ian!

—¿Sí?

—Sobre lo que has dicho antes... no irás a marcharte ahora, ¿verdad?

—Me quedaré todo el tiempo que quieras —contesta, mientras observa cómo el pequeño cuadrado de luz se queda a oscuras.

Cuando Mariah cuelga el auricular, se da cuenta de que su madre está de pie en la puerta, que está ligeramente abierta. No sabe cuánto ha oído Millie ni cuánto tiempo lleva allí de pie.

—¿Quién llama a estas horas? —pregunta su madre.

—Nadie. Se han equivocado.

Con el peso de la mirada de Millie lanzado sobre ella como otro edredón, Mariah se vuelve hacia un lado, hacia la ventana, hacia Ian.

Por razones que el padre MacReady no puede entender, el padre Rampini no se ha marchado a Boston después de enviar su recomendación esa tarde al obispo Andrews. Se ha pasado varias horas en el cuarto de huéspedes de la casa del párroco, pero no haciendo las maletas, sino monopolizando la línea de teléfono con faxes que manda desde su ordenador portátil. Cuando el padre MacReady baja para beber un vaso de leche antes de acostarse y se encuentra al sacerdote sentado frente a la mesa de la cocina con una botella de vino, se sorprende.

—¿Chianti? —pregunta el padre Rampini, levantando la comisura de la boca y bromeando con acento regional irlandés—. Dígame, Joseph, ¿dónde guarda el buen *whisky* de malta?

—Creo que es útil romper las barreras culturales de vez en cuando —responde el padre MacReady, sonriendo.

—¿Quiere?

Rampini le pasa al otro sacerdote una copa llena hasta arriba de vino, y

luego levanta la suya y se la bebe de golpe.

Bueno, no es leche, pero lo ayudará a dormir de todas formas. El padre MacReady se bebe su copa también de un tirón, hasta la última gota.

—¿Quiere que ahora hagamos una competición de escupitajos? —pregunta Rampini, riéndose.

—No, gracias. Ya me encuentro mal. Es que me enseñaron que no es de buena educación dejar que alguien beba solo.

—Seré un buen invitado. Prometo perder el conocimiento tranquilamente en mi silla —aclara el otro sacerdote, sonriendo.

—¿Cuánto tiempo piensa ser un invitado? —pregunta MacReady, tamborileando con los dedos sobre el tablero de la mesa.

—Si necesita...

—No, no —lo tranquiliza—. Quédese el tiempo que quiera.

—¿Intenta preguntarme educadamente por qué estoy aún aquí? —resopla Rampini.

—Pues sí, me lo estoy preguntando.

—Ya —dice el sacerdote que está de visita, pasándose las manos por la cara—. Yo también me lo pregunto. ¿Sabe qué he estado haciendo toda la tarde?

—¿Aumentar la factura del teléfono?

—Sí, pero la pagará la diócesis. De hecho, he estado leyendo el trabajo de un psiquiatra que habla de la imagen que un niño tiene de Dios. Hay una teoría que dice que las primeras imágenes de Dios están relacionadas con un niño que mira a su madre y sabe que no pasa nada si cierra los ojos y se la imagina, porque cuando los abra aún estará allí.

El padre MacReady asiente con la cabeza lentamente, sin saber muy bien adónde quiere llegar Rampini.

—Entonces el niño cumple seis, siete años. Oye hablar de Dios por la tele y ve imágenes de ángeles. No sabe lo que Dios es en realidad, pero por el contexto sabe que Dios es grande, poderoso y todo lo ve. Hay dos personas que encajan con esta descripción en la vida del niño: su madre y su padre. Así que los utiliza como punto de partida. Si lo abrazaron mucho, puede que se le aparezca una imagen de un Dios afectuoso. Si lo educaron estrictamente, Dios podría ser más severo.

El padre Rampini vierte más Chianti en su copa.

—Del mismo modo, el niño también puede atribuir a Dios las cualidades que desearía que tuvieran sus padres: amor incondicional, protección, lo que sea —continúa, frotando un pequeño círculo de vaho que hay en la mesa—. Volviendo al caso de Faith White, cuya progenitora (y ella misma lo ha reconocido) no siempre ha sido la más abnegada de las madres, ¿qué le ocurre a una niña que siempre ha buscado la atención de su madre, y que luego acaba, milagro de los milagros, con sólo una madre en su vida? ¿Cómo se imaginará a Dios?

—Como una madre cariñosa —murmura el padre MacReady.

Luego coge el Chianti y bebe directamente de la botella. Se limpia la boca con la mano.

—Creía que ya había mandado su recomendación al obispo.

—Sí —constata Rampini con una mueca de dolor—. Sólo que hay... algo...

Se reclina en la silla, vagando con la mirada por las paredes desgastadas de la cocina de la casa del párroco.

—Si pudiera entender por qué ve a una mujer... por qué... eso inclinaría la balanza, ¿sabe? Quiero decir que lo que le acabo de contar... es psicología, pero no teología. Puedo leerlo, pero no me lo creo en el corazón.

—Quizá no sea lo que Faith esté viendo —dice lentamente el padre MacReady—. Quizá sea cómo lo esté interpretando.

—¿No estamos diciendo lo mismo?

—No. ¿Ha visto alguna vez ese dibujo que si lo miras de una manera ves una botella y si lo miras de otra vez a dos personas besándose?

—Creo que ya ha bebido bastante —anuncia el padre Rampini, apartándole el vino.

—Estoy completamente sobrio. Ya sabe... cómo se llama eso... ¡ilusiones ópticas! Bueno, podría ser que lo que no encaje sea el marco de referencia de Faith, no su visión.

Ante la mirada vacía del padre Rampini, MacReady continúa.

—Imaginemos que usted es una niña pequeña que no tiene ni idea de religión, de ninguna religión, y que vive en los años noventa, en un pueblo relativamente conservador, donde la mayoría de la gente piensa lo mismo.

Luego un día alguien aparece de la nada. La persona es así de alta y tiene el pelo largo y castaño, y lleva un vestido y unas sandalias como su madre. ¿Qué piensa que está viendo?

—Una mujer —murmura el padre Rampini—. Sin embargo, es Cristo, quizá de joven y sin barba, vestido con ropa tradicional.

—Una niña pequeña de New Canaan no tiene por qué saber lo que llevaban los hombres en Galilea hace dos mil años.

El padre MacReady sonríe tanto que piensa que se le partirá la cara. Siente cómo el padre Rampini tira de él para abrazarlo con la fuerza de un oso.

—¿Sabe lo que eso significa? ¿Lo sabe?

—Que va a hacer otra conferencia con mi teléfono —dice el padre MacReady, riéndose—. Adelante. Llame al obispo Andrews; invito yo.

Sigue a Rampini hasta el cuarto de huéspedes, donde el otro sacerdote lo revuelve todo en su escritorio atestado, buscando el número de teléfono de Manchester.

—Seguro que en la Conferencia Episcopal dirán que Cristo se daría a conocer como el Señor relativamente rápido, a pesar del vestido... pero al menos lo tratarán en la conferencia —murmura Rampini—. Ah, aquí está. ¿Me pasa el teléfono?

El padre MacReady no está escuchando. Sujeta el teléfono móvil en una mano y el calendario de escritorio de santos del padre Rampini en la otra. Ha arrancado la página, y ya ve el santo de mañana. Sin palabras, se lo da al otro sacerdote.

Santa Elizabeth de Schonau. Murió en 1146. Santa Elizabeth contempló la visión de una joven sentada bajo el sol y le pidió a un ángel que le dijera lo que significaba. El ángel dijo: «La joven es la naturaleza humana sagrada de Nuestro Señor Jesús».

El padre Rampini marca el número.

—Lo sé —dice al poco rato, hablando por el auricular—. Despiértelo.

Once

*¿A qué, pues, haréis semejante a Dios,
o qué imagen le compondréis?*

ISAÍAS 40,18

Cuando tenía la edad de Faith, me contaron lo que era ir al infierno.

Ursula Padrewski se sentaba detrás de mí en el colegio. Era alta para ser una niña de siete años, y tenía unas trenzas largas que su madre le enrollaba sobre la cabeza, como si de una serpiente de cascabel durmiente se tratara. Su padre era ayudante del párroco en la iglesia episcopal. Un día en el recreo cogió las Barbies de todas las niñas y les metió la cabeza en un charco de agua. Vino a mí con las manos en las caderas y dijo que mi Barbie Malibú tenía que bautizarse.

—¿Qué es bautizarse? —le pregunté.

Reaccionó con un grito ahogado, como si se tratara de una palabra que tendría que haber conocido.

—Bueno, cuando te meten bajo el agua en nombre de Dios.

—Dios no me ha metido bajo el agua —le dije.

—Lo hacen en la iglesia cuando eres un bebé —me explicó, retrocediendo luego un paso—. Si no te bautizas, te meten en un foso de fuego y vas al infierno.

Yo era suficientemente mayor para entender que mi familia no iba a la iglesia, con lo cual seguramente no me habrían bautizado. Así pues, me imaginé el suelo abriéndose y las llamas cubriéndome hasta la garganta.

Empecé a gritar tan fuerte que, incluso después de que el monitor del recreo me hubo llevado a la enfermería, nadie pudo calmarme y entender lo que me ocurría. Mi madre, a la que llamaron por teléfono, llegó diez minutos más tarde. Corrió sobre el suelo desgastado hasta detenerse delante de mí, tocándome el cuerpo con las manos para comprobar si me había roto algún hueso.

—Mariah, ¿qué ocurre?

Le pidió a la enfermera que se marchara.

—Mamá —grité, falta de aliento—. ¿Me han bautizado?

—A los judíos no los bautizan.

—¡Entonces iré al infierno! —dije, rompiendo a llorar de nuevo.

Mi madre me rodeó con los brazos, y murmuró algo sobre los oficios en los colegios públicos y el padre Louis Padrewski. Luego intentó explicarme que los judíos son el Pueblo Elegido, que no tenía que preocuparme por nada, y que no había ningún foso de fuego.

Sin embargo, sabía que mi familia no era como la de Joshua Simkis, que también era judío pero lo demostraba con hechos. Joshua, que estaba en tercero, no podía tomar leche cuando en el comedor había hamburguesas, y llevaba un pequeño *yarmulke* de ganchillo al colegio, sujeto al pelo con una horquilla. En mi familia no íbamos a la iglesia, pero tampoco íbamos al templo. No me habían bautizado, pero tampoco pensaba que fuéramos los Elegidos.

Finalmente me calmé y pudimos irnos a casa. De camino al coche, fui con cuidado, intentando no pisar las grietas de la acera, porque pensaba que en cualquier momento se abrirían para revelar el foso de fuego de Ursula. Esa noche, cuando mis padres llevaban un rato dormidos, llené la bañera con agua y metí a Barbie Malibú en ella. Luego también metí mi cabeza y repetí una oración que Laura Ingalls había dicho por la tele, en «La casa de la pradera». Por si acaso.

30 de octubre de 1999

Por la mañana, Joan me llama.

—Sólo quería asegurarme de que aún estás viva —dice, bromeando, aunque ninguna de las dos se ríe—. He pensado que esta tarde pasaré para hablar de una estrategia de defensa.

El concepto en sí me hace pensar en lo que me había dicho Ian la noche anterior, sobre contraatacar. La autodefensa, por definición, implica ponerse en el punto de mira.

—Joan, ¿viste ayer «Hollywood Tonight!»?

—Prefiero depilarme las ingles a tragarme esa basura.

No es la primera vez que me pregunto quién es el responsable de que el programa tenga tantos espectadores.

—Salió Colin. Con Malcolm Metz. Ayer hablaron al salir del palacio de justicia; Colin dijo que Faith está en peligro y luego empezó a llorar.

—Bueno, no tienes que preocuparte si los medios distorsionan tu caso. Gracias a Dios, la única persona que estará en la vista es el juez y...

—Creo que tendría que dejar que los de «Hollywood Tonight!» vengan a mi casa y filmen a Faith.

—¿Cómo?

Joan necesita un rato para recuperarse de la sorpresa, y la noto bastante tensa.

—Soy tu abogada y te recomiendo fervientemente que no realices ese tipo de acciones.

—Ya sé que no tiene nada que ver con la vista, Joan. Sin embargo, el juez tiene que ver que Faith es una niña normal, que juega con muñecas, Legos y esa clase de cosas. En realidad, también tienen que verlo las otras personas que piensan que es una santa. No quiero que parezca que estoy escondiendo algo.

—No deberías mezclar los medios con los tribunales, Mariah.

—Tampoco debería quedarme aquí sentada y dejar que Colin se vaya con mi hija. No quiero que meta ideas raras sobre mí y mi hija en la cabeza de la

gente; somos perfectamente capaces de hablar por nosotras mismas —explico, dudando un momento antes de continuar—. Ya he vivido esto con Colin antes, y no voy a permitirle que me lo haga otra vez.

Oigo cómo algo golpea (¿un dedo?, ¿un lápiz?) contra el teléfono.

—No quiero entrevistas ni contigo ni con Faith —dice finalmente, empezando a disparar una lista de condiciones—. Sólo quince minutos de secuencias, como mucho, y sólo en las habitaciones que se haya acordado de antemano en el contrato. Y no firmes ni un maldito papel antes de que yo lo vea.

—De acuerdo.

—¿Sabes que esto significa que tendré que tragarme el programa?

—Lo siento.

—Sí —responde Joan, suspirando cansada—. Yo también.

Lacey Rodríguez cree que lo mejor es empezar por el principio. Según tiene entendido, la oleada de entusiasmo que rodea a Faith White apareció después del incidente de la resurrección de su abuela. Coge una libretita de su bolso y sonríe al doctor Peter Weaver, el cardiólogo encargado del caso de Millie Epstein.

Es atractivo, aunque muy aburrido. Extiende las manos sobre la superficie de su escritorio y mira a Lacey.

—Entiendo que está haciendo su trabajo, señora Rodríguez, pero usted debe entender que no puedo divulgar información sobre mi paciente.

Lacey ataca con su mejor sonrisa.

—No pretendo que lo haga. De hecho, el abogado para quien estoy trabajando está más interesado en lo que usted sabe de Faith y Mariah White.

El doctor Weaver parpadea.

—No las conozco de nada, a excepción, claro está, de los rumores que todos hemos oído sobre la niña. Sin embargo, médicamente, no puedo corroborar la curación que según dicen tuvo lugar. Para mí lo importante no fue cómo resucitó la señora Epstein, sino que *resucitó*.

—Entiendo —dice Lacey, fingiendo apuntar hasta la última palabra de lo que ha dicho el hombre en su libreta, aunque en realidad no ha dicho nada de

valor.

—Sólo he estado en contacto con la señora White cuando estuvo al lado de su madre en el hospital y en las revisiones posteriores.

—¿Le pareció... frágil, en ese momento? ¿Impulsiva?

—No más que cualquier otra persona en su lugar, dadas las circunstancias. Tengo que decir que en general mi impresión fue que se preocupaba y quería proteger a su madre.

Menea la cabeza, rebobinando sus pensamientos.

—Y también a su hija.

—¿Podría darme un ejemplo?

—Bueno —explica el doctor Weaver—. Durante la prueba de esfuerzo de la señora Epstein hubo un momento en el que el cámara filmó a la niña y...

—Discúlpeme. ¿Usted *filmó* la prueba de esfuerzo?

—No, yo no; Ian Fletcher, el tipo ese de la televisión. La señora Epstein y el hospital firmaron una autorización para permitirlo. Seguro que ya se ha emitido. El caso es que la señora White no quería que filmaran a su hija, e hizo todo lo que pudo para evitarlo. Persiguió al cámara, e incluso le gritó y lo empujó. Fue la viva imagen del instinto maternal feroz, como si de una bestia preparándose para el ataque se tratara.

Sonríe como pidiendo perdón.

—¿Lo ve? No puedo resultarle de gran ayuda.

Lacey le devuelve la sonrisa. «No esté tan seguro», piensa.

2 de noviembre de 1999

Kenzie van der Hoven es descendiente de un gran linaje de hombres con mentalidad de abogado. Su bisabuelo creó Van der Hoven & Weiss, uno de los primeros bufetes de abogados de Boston. Su padre, su madre y sus cinco hermanos mayores son todos socios de la empresa en la actualidad. Ella es la pequeña de seis hermanos, y cuando nació, sus padres estaban tan seguros de que sería otro niño que simplemente le pusieron el nombre que ya habían escogido.

Creció como Kenneth, llevando por el camino de la amargura a los

maestros y haciendo todo lo que podía para acortar su nombre con un diminutivo, aunque sus padres nunca cedieron a sus deseos. Siguiendo la profunda estela de todos los miembros de su familia, fue a la Facultad de Derecho de Harvard y se hizo miembro del colegio de abogados; litigó exactamente cinco juicios antes de decidir que estaba cansada de ser lo que otras personas querían que fuera. Se cambió legalmente el nombre a Kenzie, y dejó de litigar para convertirse en una tutora *ad litem*, una abogada infantil nombrada por el tribunal en los casos de custodia.

Ya ha trabajado para el juez Rothbottam con anterioridad, y lo considera un hombre justo, aunque tiene cierta debilidad por los musicales de Broadway con Shirley Jones como estrella principal. Por este motivo, cuando lo llamó ayer con el caso White, lo aceptó inmediatamente.

—Tengo que advertirle de algo —le dijo el juez—. Es un caso peculiar.

Ahora, mientras Kenzie camina con los ojos bien abiertos por la propiedad de los White, entiende qué quería decir. En ese momento no había relacionado el nombre con el renacimiento religioso de New Canaan, y la mayoría de los documentos que había leído se referían a Faith como a «la niña», intentando de alguna manera proteger a una menor. Sin embargo, esto es indescriptible. Hay corrillos de gente pasando la noche en pequeñas tiendas de campaña y calentando el almuerzo en hornillos de gas. Hay enfermos en sillas de ruedas esparcidos entre la muchedumbre, unos con esclerosis múltiple avanzada, otros arrastrando dispositivos intravenosos y otros con los ojos bien abiertos mirando al vacío. Hay unas monjas con hábitos negros que corretean sobre las hojas caídas como un tropel de pingüinos, rezando u ofreciendo oficios religiosos a los enfermos. Y luego están los reporteros, una raza aparte, con las furgonetas bajas, las cámaras y sus trajes elegantes, tan insólitos como la aparición de una flor en la tierra helada de noviembre.

¿Por dónde se supone que tiene que empezar?

Comienza abriéndose paso a empujones entre la multitud de cuerpos, resuelta a llegar a la puerta principal para poder ver a Mariah White. Después de tropezar durante cinco minutos con sacos de dormir y cables alargadores, finalmente se da por vencida. En algún lugar por allí cerca debe de haber un policía; ha visto su coche al otro lado de la propiedad. No será la primera vez que un representante de la ley la ayude por ser tutora *ad litem*, pero sí que será

la primera vez que la ayude a controlar a las masas.

Kenzie mira a una mujer que está a su lado y se ríe jadeante.

—Menuda movida, ¿verdad? Debe de llevar bastante tiempo aquí, porque ha conseguido un sitio muy bueno. ¿Está esperando a Faith?

La mujer tiene los labios finos, y los aprieta.

—No entender —dice—. *Sprechen Sie Deutsch?*

«Genial —piensa Kenzie—, cientos de personas y voy y escojo a la que no me entiende». Cierra los ojos un momento, recordando el programa del juez. La vista de la custodia empezará dentro de cinco semanas. En ese tiempo, tiene que entrevistar a todos los que hayan tenido contacto con Faith desde agosto y posiblemente antes, tiene que llegar hasta el fondo en el asunto de la resurrección de la abuela, y tiene que ganarse la confianza de Faith y convencerla de que es una aliada.

En definitiva, necesita un milagro.

Mientras meto los zapatos de Faith en el armario, me doy cuenta de que alguien está sacando fotografías por los cristales laterales de la puerta principal.

—Disculpe —le digo, abriendo la puerta de par en par—. ¿Le importaría parar?

El hombre levanta su cámara y me saca una foto.

—Gracias —responde, mientras se va corriendo.

—Dios santo —murmuro, de pie en la puerta abierta.

El coche de mi madre avanza muy lentamente por la entrada; finalmente lo aparca a medio camino, porque la gente empieza a apiñarse demasiado cerca y no puede continuar sin atropellar a alguien. Se ha ido a su casa a hacer las maletas y ahora regresa porque ha decidido que se quedará una temporada. Es más fácil que intentar dar esquinazo a los reporteros que le siguen el rastro durante el corto trayecto a su casa. El hombre con la cámara está justo delante de ella cuando baja del coche. Hay fanáticos que cantan el nombre de Faith. Por algún motivo, hoy están todos mucho más cerca de mi casa de lo que deberían.

Mi madre sube los escalones del porche arrastrando la maleta con

dificultad y se da media vuelta.

—¡Fuera! —grita, agitando las manos ante las masas—. ¡Largo de aquí!

Pasa delante de mí con paso airado, cierra la puerta y echa el cerrojo.

—¿Qué le pasa a esa gente? ¿Es que no tienen nada mejor que hacer?

—¿Por qué han llegado hasta el porche? —pregunto, mirando a hurtadillas por los cristales laterales de la puerta.

—Hay un accidente en el pueblo. He pasado ahora por delante. Un camión que transportaba madera ha volcado en la rampa de salida de la autopista, así que no hay ningún policía al final de la entrada.

—Genial —murmuro—. Supongo que tengo que estar agradecida de que no estén llamando a la puerta.

—Todo llegará —dice mi madre, resoplando.

Proféticamente, llaman a la puerta. En el umbral, con una cara dura impresionante, está Petra Saganoff. Hay un cámara detrás. Antes de que pueda cerrarle la puerta en las narices, consigue meter una zapatilla roja en casa.

—Señora White —dice, con el cámara ya filmando—. ¿Tiene algo que decir sobre lo que opina su ex marido? Dice que Faith corre peligro viviendo aquí con usted.

Pienso en lo que me ha dicho Ian acerca de invitar a esa zorra a mi casa, en mí aceptando la idea con reticencia, y casi me ahogo. Ahora no voy a dejarla pasar: se hará según mis condiciones, Joan me lo ha dejado bien claro. Me vuelvo en busca de mi madre, con quien siempre puedo contar para que ponga a alguien en su sitio, pero ha desaparecido.

—Esto es propiedad privada.

—Señora White —repite Saganoff.

Sin embargo, antes de que pueda acabar, mi madre regresa con el rifle antiguo de la guerra de la Independencia que tenemos colgado encima de la chimenea del comedor.

—Mariah —dice, moviendo imprudentemente el arma ante Petra Saganoff—. ¿Quién es?

Tengo la satisfacción de ver al cámara palidecer y a Saganoff retroceder.

—Oh —dice mi madre agriamente—. Es ella. ¿Qué le estabas contando a la señora Saganoff sobre la propiedad privada?

Cierro la puerta y paso el cerrojo de nuevo.

—Dios mío, mamá —me quejo—. ¿Por qué has hecho eso? Ahora cogerá la cinta, se la llevará al juez y le dirá que la loca de la madre de Faith la apuntó con una pistola.

—La loca de la madre de Faith no ha hecho nada; ha sido la loca de su abuela. Además, si se la lleva al juez, seguro que le preguntará por qué estaba infringiendo una orden de alejamiento impuesta por la policía.

Me da una palmadita en el hombro.

—Sólo quería asustar un poco a una pija de ciudad.

—Es un rifle de pólvora negra que no se ha usado en los últimos doscientos años —respondo, haciendo una mueca.

—Sí, pero ella no lo sabía.

Suena el timbre de nuevo. Mi madre me mira.

—No abras.

Sin embargo, no dejan de insistir; el timbre suena una y otra vez.

—¡Mamá! —grita Faith, corriendo hacia el vestíbulo—. Hay alguien que está haciendo con el timbre lo que me dijiste que no hiciera.

—¡Por el amor de Dios!

Le digo a mi madre que llame a comisaría para que manden a un agente a vigilar la entrada. Le digo a Faith que vaya a jugar a su habitación, donde no pueden verla. Luego abro la puerta de par en par, con tanta fuerza que golpea contra la pared.

La mujer va vestida con un traje conservador y lleva una libreta y una grabadora. No sé a qué periódico o revista representa, pero he visto a muchas personas como ella para reconocer la raza.

—No respetan nada. ¿Le gustaría a usted que me presentara en su casa sin que me hubiera invitado cuando estuviera... cuando estuviera a punto de bañarse? ¿O celebrando el cumpleaños de su hija? ¿O...? Dios santo, no sé ni por qué le estoy hablando.

Cierro de un portazo.

El timbre suena de nuevo.

Cuento hasta diez. Respiro tres veces profundamente. Luego abro la puerta sólo un poquito.

—Dentro de sesenta segundos aparecerá un policía que la meterá en la cárcel por estar aquí ilegalmente —le digo, tirándome un farol.

—No lo creo —responde con tranquilidad, cambiando de mano la grabadora y la libreta para poder saludarme—. Soy Kenzie van der Hoven. La tutora *ad litem* nombrada por el tribunal.

Cierro los ojos y espero que cuando los abra no haya ocurrido nada de todo esto, que Kenzie van der Hoven no esté de pie en mi puerta resintiéndose de toda la retahila que le he soltado.

—Me gustaría hablar con usted, señora White.

Sonrío tímidamente.

—¿Por qué no me llama Mariah? —le sugiero, dejándola entrar en casa tan gentilmente como puedo.

—Faith está aquí —le digo, llevando a la tutora *ad litem* hacia el salón.

Mi hija está viendo la tele; es una recompensa porque ha acabado las hojas de ejercicios de matemáticas que le he preparado. Mi madre está sentada a su lado en el sofá, acariciándole el pelo distraídamente.

—Faith —digo alegremente—. Ésta es la señora Van der Hoven. Se quedará un rato con nosotras.

Mi madre me mira.

—Señora Van der Hoven. Ésta es mi madre, Millie Epstein.

—Encantada de conocerla. Llámeme Kenzie, por favor.

—Y ésta es Faith —añado.

Kenzie van der Hoven supera con creces mis expectativas cuando se sienta en cuclillas al lado de Faith y mira fijamente la televisión.

—Me encanta «Arthur». D. W. es mi personaje favorito.

—A mí también me gusta D. W. —responde Faith, metiendo con cautela las manos con las tiritas debajo de los muslos.

—¿Viste ese capítulo en el que se va a la playa?

—Sí —responde Faith, de repente animada—. ¡Y se piensa que hay un tiburón en el agua!

Ambas se ríen, y luego Kenzie se levanta de nuevo.

—Me alegro de conocerte, Faith. Quizá tú y yo podamos hablar un poco más tarde.

—Quizá —responde Faith.

Llevo a Kenzie a la cocina, pero no acepta el café que le ofrezco.

—Faith normalmente no ve la tele. Sólo dos horas al día; eso es todo. Ve el Canal Disney o PBS.

—Mariah, quiero dejarle algo muy claro. No soy el enemigo. Sólo estoy aquí para asegurarme de que Faith acabe en el mejor sitio posible.

—Ya lo sé. Normalmente no soy... bueno, no he sido muy amable al abrirle la puerta. Es que se supone que tiene que haber un policía para que la gente no se acerque y...

—Estaba siendo cuidadosa. Lo entiendo perfectamente.

Me mira un momento y levanta la grabadora.

—¿Le importa? Tengo que redactar un informe, y me ayuda volver a escuchar las conversaciones que tengo con la gente.

—De acuerdo, adelante —respondo, sentándome delante de ella en la mesa de la cocina.

—¿Qué piensa que debería saber el juez?

Por un momento permanezco en silencio, recordando que hace años tuve mucho por decir y no hubo nadie dispuesto a prestarme atención.

—¿Me escuchará?

Kenzie se sorprende al oír la pregunta.

—Eso quiero creer, Mariah. Hace ya un tiempo que conozco al juez Rothbottam y siempre ha sido muy justo.

Me toqueteo una cutícula que tengo en la mano.

—Lo digo porque hasta ahora no he tenido mucha suerte con el sistema jurídico —explico con cuidado—. Me cuesta decirlo porque usted forma parte de él, y seguramente lo que tengo que decirle le suene a que soy de mal perder. Sin embargo, así es como me siento: es la palabra de Colin contra la mía. Colin es rápido; piensa bien bajo presión. Hace siete años consiguió convencer a todo el mundo de que sabía lo que me convenía, y ahora dice que sabe lo que le conviene a Faith.

—¿Y usted cree que es *usted* quién lo sabe?

—No —la corrijo—. Lo sabe Faith.

Kenzie lo apunta en la libreta.

—¿Así que deja que Faith tome sus propias decisiones?

Inmediatamente me doy cuenta de que me he equivocado con la respuesta.

—Bueno, no. Tiene siete años. No comerá M&M's para desayunar, por mucho que me lo pida, y no puede llevar un tutù puesto para ir al colegio si está nevando. No es suficientemente mayor para saberlo todo, pero es suficientemente mayor para tener un instinto visceral —explico, mirándome el regazo—. Me preocupa que Colin piense que conoce a Faith mejor de lo que ella misma se conoce, porque puede convencerla de que él tiene razón antes de que alguien pueda detenerlo.

—Por eso estoy aquí —dice Kenzie secamente.

—Oh... no quería decirle cómo tiene que hacer su trabajo...

—Relájese, Mariah. No vamos a utilizar en su contra todo lo que diga.

Bajo la mirada y asiento con la cabeza, aunque no me lo acabo de creer.

—¿Qué quiere que ocurra?

Después de todos estos años, finalmente alguien me lo pregunta. Y después de todos estos años, la respuesta sigue siendo la misma. Lo que quiero es una segunda oportunidad, pero esta vez, la quiero con Faith.

De repente me viene a la mente algo que el rabí Weissman me dijo el día que llevé a Faith para que la viera: «Puedes ser una judía agnóstica, una judía no practicante... pero judía al fin y al cabo». Del mismo modo, puedes ser una madre insegura, una madre ensimismada... pero madre al fin y al cabo.

Miro fijamente a Kenzie van der Hoven. Podría venderme como la Madre del Año. Podría decirle lo que quiere oír; o podría decirle la verdad.

—Intenté suicidarme hace siete años, después de encontrar a mi marido en la cama con otra mujer. Sólo podía pensar en que no era una esposa suficientemente buena, que no era una mujer suficientemente guapa, que no... era. Colin me ingresó en Greenhaven alegando ante el juez que ésa era la única solución para que no intentara suicidarme de nuevo. Sin embargo, no sabía que estaba embarazada cuando me mandó allí. Me robó cuatro meses de mi vida, mi casa y mi confianza, pero aún tenía a Faith —explico, ahora respirando profundamente—. Ya no soy una suicida. Ya no soy la mujer de Colin. Y sin duda ya no soy la mujer que estaba tan hechizada por él que dejó que la metieran en un hospital. Ahora soy la madre de Faith. Es lo que he sido durante siete años. ¿Pero puedes ser madre si te quitan a tu hijo?

Kenzie no ha escrito ni una palabra de lo que he dicho, y no sé si eso es bueno o malo. Cierra su libreta, con expresión impávida.

—Gracias, Mariah. Me pregunto si ahora podría hablar con Faith.

Mientras la tutora *ad litem* se dirige al comedor, mi madre entra en la cocina. Intento no observarlas por la puerta, incluso cuando Kenzie se sienta en el sofá al lado de Faith y le dice algo que la hace reír.

—¿Y?

—Bueno —digo, encogiéndome de hombros—. Qué sé yo.

—Bueno, dime qué le has dicho a esta mujer, por ejemplo. Tendrás una idea de lo que piensa de ti, ¿no?

La tengo, claro, pero no se la voy a contar a mi madre. Aunque no le hubiera dicho a la tutora *ad litem* lo de Greenhaven, habría salido a relucir en la vista. Sin embargo, quizá hasta entonces la mujer habría encontrado algo que admirar en mí, algo para equilibrar el hecho de que me mandaran a un hospital. La verdad no siempre te libera; la gente prefiere creer mentiras más bonitas, envueltas con esmero. Kenzie van der Hoven quizá sienta piedad por mí, pero eso no me permitirá quedarme con Faith.

—Voy a perderla, mamá —le digo, cubriéndome la cara con las manos.

Siento cómo me toca la espalda, y luego estoy en sus brazos, donde siempre encajo a la perfección, escuchando cómo late ese increíble corazón que tiene debajo de mi mejilla. De repente, siento su fuerza, como si la resistencia fuera algo que se pudiera transmitir de una persona a otra.

—¿Y quién lo dice? —murmura mi madre, besándome la coronilla.

Kenzie tiene sólo una regla estricta como tutora *ad litem*: no esperar nada. De esta manera, no puede sentirse defraudada. Es muy extraño que un niño sea abierto en la primera entrevista; ha llevado numerosos casos en los que tuvieron que pasar días antes de que el menor murmurara un saludo. Es raro que un niño crea que Kenzie es una amiga si no ha visto ni comprobado sus buenas intenciones.

Sin embargo, una niña que cree que Dios la visita tendría que ser capaz de aceptar que Kenzie ronde por ahí.

Kenzie es suficientemente práctica como para darse cuenta de que hay

pocas posibilidades de que Faith sea la mística que los demás creen que es. A los niños de la edad de Faith les gustan las ballenas y los dinosaurios porque son grandes y poderosos, no como ellos. Jugar a ser Dios tiene las mismas raíces psicológicas.

Faith se sienta a su lado como un corderito que se dirige al matadero, con la cabeza gacha y las manos cuidadosamente escondidas en su regazo. Es evidente que han observado, cuestionado o estudiado a la niña con anterioridad.

—Faith, ¿sabes por qué estoy aquí?

—Sí. ¿Tú no?

—Pues en realidad sí. Alguien me lo explicó —contesta Kenzie, sonriendo.

—Supongo que quieres hacerme algunas preguntas —dice Faith, resignándose y enfrentándose a ella.

—¿Sabes? Si quieres, tú también puedes preguntarme lo que te apetezca.

—¿En serio? —pregunta Faith, abriendo los ojos, sorprendida.

Kenzie asiente.

—Bueno, ¿voy a continuar viviendo aquí?

—¿Es eso lo que quieres?

—Me has dicho que *yo* podía hacer las preguntas.

—Tienes razón; lo siento. No sé la respuesta, Faith. Dependerá de muchas cosas, incluyendo lo que quieras que ocurra.

—No quiero hacer daño a mi mamá —susurra Faith, tan bajo que Kenzie tiene que acercarse—. Y no quiero hacer daño a mi papá.

Faith mira hacia otro lado.

—Quiero...

Kenzie respira profundamente, esperando. Sin embargo, en vez de hablar, Faith mete los puños debajo de las axilas. Kenzie mira fijamente las muñecas de finos huesos, preguntándose si a la niña le duelen las manos, si debería llamar a Mariah, si debería limitarse a regresar otro día.

Ella no sabe nada de estigmas, ni imaginarios ni reales. Sin embargo, sí sabe cómo se siente una niña que es distinta de las demás.

—¿Sabes? —dice Kenzie despreocupadamente—. No quiero hablar más.

—¿Significa eso que puedo marcharme? —pregunta Faith, poniéndose en

pie de golpe.

—Supongo. A menos que quieras salir fuera.

—¿Fue... fuera? —repite Faith con regocijo.

—Hace un día precioso. Hace ese frío que te cosquillea la garganta cuando respiras hondo —explica Kenzie, ladeando la cabeza—. Voy a decirle a tu mamá que salimos fuera. ¿Qué me dices?

Faith mira a Kenzie durante varios segundos, analizando si se trata de una broma cruel. Luego sale volando de la habitación.

—Voy a buscar mis zapatos. ¡Espérame!

Sonriendo, Kenzie coge el abrigo. El miedo que Faith tiene de hacer daño a sus padres puede significar muchas cosas, pero Kenzie sabe que como mínimo sugiere que la niña siente una gran responsabilidad (¿cómo no iba a sentirla?). Su familia se ha desmoronado, y su jardín está plagado de gente que piensa que es el Mesías. Ser la abogada de un niño en este caso significa aligerar la carga, permitir que Faith sienta que puede ser una niña de siete años normal y corriente.

Para ser una corazonada, no está mal. Kenzie tendrá la oportunidad de ver cómo reacciona Faith ante el asedio de la prensa, que sin duda la seguirá desde lejos. Saca la cabeza por la puerta de la cocina y le dice a Mariah lo que quiere hacer, y luego se va al salón antes de que ella pueda rechistar.

—¿Estás lista? —le pregunta cuando Faith regresa.

Luego abre la puerta y sale al porche.

La niña cruza el umbral con vacilación. Con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, da una tímida patada a un montón de hojas. Luego estira los brazos y da vueltas en círculos, mirando al cielo.

Pronto los reporteros se amontonan en la pared de piedra, controlada una vez más por la llegada fortuita de la policía local. Sin embargo, incluso desde lejos, pueden fotografiar a Faith con las lentes de larga distancia, y colocan las manos alrededor de la boca para llamarla. Cuando Faith se dirige hacia los columpios que hay al lado de la alquería, empieza a oír las primeras preguntas, lanzadas como pelotas para alcanzarla cuando no está en guardia.

—¿Es el fin del mundo? ¿Quiere Dios algo de nosotros? ¿Por qué te ha escogido a ti?

Faith tropieza con el agujero de la madriguera de una marmota, y no se cae

porque Kenzie la sujeta.

—¿Podemos volver a casa? —murmura cabizbaja.

—No tienes que responderles —dice Kenzie en voz baja.

—Pero tengo que oírlos.

—Ignóralos.

Coge a Faith de la mano y la lleva a los columpios.

—Juega —la anima Kenzie—. No permitiré que te hagan nada.

Los medios empiezan a reaccionar en masa, haciendo fotos, filmando y lanzando preguntas a gritos.

—¡Cierra los ojos! —grita Kenzie más que ellos—. ¡Inclina la cabeza hacia atrás!

Kenzie le muestra cómo hacerlo en el columpio que está al lado de Faith. Observa cómo ella la mira, y finalmente ve cómo la niña empieza a moverse hacia adelante y hacia atrás tímidamente, con una enorme sonrisa en la cara.

La prensa sigue gritando y una contralto comienza a cantar el himno cristiano *Amazing grace*, pero Faith continúa en los columpios. Luego, de repente, abre los ojos mientras va hacia adelante y hacia atrás.

—¡Kenzie! —grita Faith—. ¡Mira lo que puedo hacer!

En un momento de esos que te dejan sin aliento, suelta las cadenas del columpio y salta en el aire.

Todos dejan de hacer preguntas en el acto y contienen la respiración, incluida Kenzie. Cien cámaras captan a la niña con los brazos extendidos, con el cuerpo en forma de flecha, volando.

Luego, con un ruido sordo acompañado de una risita y un rasguño en la rodilla, Faith se cae, como cualquier otra persona.

Las observo desde el comedor, mirando entre los listones horizontales de la persiana veneciana. Siento algo creciendo en mi interior como si fuera un tumor, algo que no he sentido desde que llegué a casa y encontré a otra persona al lado de Colin, donde debería haber estado yo.

Estoy tan celosa de Kenzie van der Hoven que me cuesta respirar.

—La gente suele utilizar un trapo para limpiar las persianas —apunta mi madre, acercándose por detrás.

Inmediatamente, me aparto.

—¿Ves lo que está haciendo? ¿Lo ves?

—Sí, y te está volviendo loca —añade mi madre, sonriendo—. Piensas que se te tendría que haber ocurrido a ti antes. ¿Por qué no ha sido así?

Se va antes de que pueda dar una excusa. ¿Por qué no he salido fuera con Faith a jugar? Por supuesto, porque obviamente hay una marea de reporteros esperando como barracudas para atrapar el cebo, por pequeño que sea; pero ¿y qué? Han conseguido televisar historias sobre Faith constantemente; haga lo haga sigue el delirio a su alrededor. Emitieron durante toda nuestra ausencia en Kansas City. ¿Cómo se podían transformar las imágenes de una niña comportándose como una niña en algo más insidioso?

Minutos más tarde, Faith está en la puerta corredera. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío, y los leotardos llenos de barro en las rodillas. Me muestra el arañazo de su codo orgullosa.

—Se la devuelvo —dice Kenzie van der Hoven—. Tengo que irme.

—Gracias. Faith lo necesitaba —contesto, aunando todas mis fuerzas para mirarla a los ojos.

—De nada. El tribunal...

—Usted y yo sabemos que lo que acaba de hacer no tiene nada que ver con la orden del juez —la interrumpo.

Por un segundo, veo cómo los ojos de Kenzie brillan, y sé que la he sorprendido. Se le ablanda la expresión.

—Ha sido un placer.

—¿Me has visto? ¿Has visto lo alto que he saltado? —pregunta Faith, tirando de mi suéter.

—Sí. Menudo salto.

—¿No te puedes quedar un poquito más? —le pregunta Faith a Kenzie.

—La señora Van der Hoven tiene que ir a otros sitios —le respondo, retocándole la coleta—. Además, te apuesto lo que quieras a que yo puedo saltar tan alto como tú.

La mirada de sorpresa de Faith es casi cómica.

—Pero...

—¿Vas a discutir conmigo o vas a aceptar el desafío?

Casi no tengo tiempo de darme cuenta de la amplia sonrisa que dibuja

Kenzie antes de que Faith me arrastre hacia el jardín y siga los pasos de mi hija.

Ian está fuera de su Winnebago, atraído por el clamor de la muchedumbre porque Faith ha salido a jugar. La observa saltar en el columpio y sonrío; sea quien sea esa mujer, le está dando a Faith lo que necesita.

—No me sorprende encontrarlo en primera línea.

Ian se vuelve al oír la voz. Hay una mujer a su lado.

—¿Y quién es usted? —le pregunta con sequedad.

—Lacey Rodríguez —responde, tendiéndole la mano—. Otra devota más desde lejos.

—¿En qué bando está? —especula Ian.

—¿Qué le hace pensar que estoy en algún bando?

—Bueno, llámelo presentimiento si quiere... señora Rodríguez, ¿no? La mayoría de los devotos, como dice usted, están demasiado ocupados cantando hosannas para darle a la lengua conmigo. Si no me dice dónde trabaja, seguramente sea de «Hard Copy» o «Hollywood Tonight!»; esos programas tienen a unos subordinados excelentes.

—Vaya, señor Fletcher —dice, alargando las palabras—. Me embriaga tanto halago.

Al oír el comentario, Ian se ríe.

—Me gusta, señora Rodríguez. Seguro que es de «Hollywood Tonight!». Guarde sus armas porque un día podrá destronar a Saganoff.

—No estoy en la industria del espectáculo —dice Lacey tranquilamente—. Negocio con información.

Observa cómo Ian entorna los ojos mientras analiza las opciones: FBI, CIA, mafia. Luego levanta las cejas.

—La ha mandado Metz. Tendría que saber que no estoy dispuesto a compartir.

Lacey se acerca un paso más.

—No le estoy pidiendo que sea un segundón en un magacín. Le estoy hablando de la justicia.

—Gracias, Lois Lane; pero paso. Si decido destapar el caso de Faith

White, será según mis condiciones y cuando yo quiera.

—¿Qué puede darle más credibilidad a su palabra que utilizarla en un tribunal de justicia?

—Lo que quiere decir es que Metz no ha descubierto una mierda y quiere que le demuestre que es una estafadora —la corrige Ian.

—¿Puede demostrarlo? —dice Lacey en voz baja.

—¿Cree que estaría aquí si no pudiera?

Después de un largo momento, Ian mete la mano en el bolsillo, saca una tarjeta y luego garabatea un número.

—Dígale a Metz que quizá esté dispuesto a hablar.

En cuanto Lacey Rodríguez se ha ido, James Wilton se acerca a Ian.

—Dime que no estamos filmando esto por alguna razón —dice despacio.

Sus ojos, como los de los demás, están clavados en la puerta principal, donde Faith está con su madre y la mujer que Ian no conoce. Ian siente cómo empieza a sudar. Su productor, por supuesto, espera que continúe su investigación sobre Faith, independientemente de sus sentimientos. Además, para ser sincero, no quiere sacrificar su programa y su reputación. Mira a James y sonríe.

—Por supuesto que hay una razón. Estoy esperando a que ocurra... esto.

La extraña mujer se mete en el coche, y Mariah y Faith empiezan a bajar los escalones del porche.

—¡Tony! ¿Estás a punto para filmar? —grita Ian, sorprendiendo al cámara.

Ian sabe que Tony nunca se atrevería a contestarle que no lo habían llamado para trabajar. Colgándose la cámara al hombro, sigue a Ian entre la muchedumbre, asintiendo mientras éste le da instrucciones para filmar. Ian mira hacia atrás una vez más, para asegurarse de que James lo está observando, y luego se salta la barricada de la policía y camina velozmente hacia Mariah y Faith, entre los murmullos de sorpresa de la muchedumbre.

Detrás de él, siente cómo la policía se pone en guardia, abriéndose camino entre la masa de cuerpos para intentar atraparlo. Oye a unos reporteros alabando su estilo periodístico de a-la-mierda-con-todo entre murmullos, y ve cómo otros contemplan la posibilidad de seguirlo. Sin embargo, él no deja de

mirar a Mariah, que está de pie al lado del columpio, observando cómo se acerca.

Sorprendida, lo mira primero a él y luego a la muchedumbre que tiene detrás.

—¿Qué estás haciendo?

Ian extiende la mano y la coge del brazo. Sabe que parecerá como si no le permitiera huir. Ahora mismo, sólo se concentra en lo maravilloso que es estar tan cerca de ella como para poder tocarla, como para poder oler el jabón de su piel.

—Nos están mirando —dice en voz baja—. Actúa como si quisieras que me fuera.

Un policía jovencito se detiene a unos pocos pasos de ellos.

—Señora White —jadea—. ¿Quiere que lo detenga por haber entrado ilegalmente en su propiedad?

—No —dice ella, primero con voz temblorosa y luego más fuerte—. Sólo le he pedido al señor Fletcher que abandone mi propiedad, puesto que mi hija y yo no queremos que nos molesten.

—Ya la ha oído —apunta el policía, agarrando el otro brazo de Ian.

Ian clava sus ojos en los de ella.

—No he acabado contigo —dice, hablando más para la cámara que para Mariah—. En absoluto.

Su pulgar, escondido, acaricia el suave brazo de Mariah por debajo, dejándola temblorosa; es la imagen que más tarde los reporteros de varios programas describirán como una indignación justificada.

Estoy durmiendo profundamente cuando el teléfono suena y me despierta; suspiro el nombre de Ian.

—Claro que soy yo —dice él, irritado—. ¿Cuántos hombres más te llaman a medianoche?

Me abrazo a mí misma.

—Cientos —digo, sonriendo—. Miles.

—¿De veras? Tendré que hacer que te olvides de la competencia.

—¿Qué competencia? —susurro.

Es sólo una broma porque cuando Ian me envuelve no pienso en nada más, ni en la prensa que está fuera, ni en Colin y la custodia; ni siquiera en Faith. Amé a Colin porque me hacía sentir segura. Sin embargo, Ian hace conmigo lo que Kenzie van der Hoven ha hecho por Faith. Me lleva a otro sitio.

Siento cómo me hierve la sangre y me hace sentir inquieta.

—Soy demasiado mayor para sentirme así.

—¿Cómo te sientes?

—Como si estuviera a punto de saltar de mi propia piel —contesto, cerrando los ojos.

Por un momento puedo oír su respiración al otro lado del teléfono. Cuando habla, su voz es más fuerte, tensa.

—Mariah, lo de esta tarde...

—Sí. ¿A qué vino eso?

—Es mi productor. Espera que ocurra algo, algo que le indique que aún sigo tras la pista de tu caso.

—¿Aún la sigues? —le pregunto con frialdad.

—Estoy contigo —responde Ian—. También sabía que si me saltaba el cordón policial podría tocarte.

Me vuelvo, esperando ver las luces de su Winnebago, y luego grito bajito porque me caigo de la cama y el teléfono se me cae de las manos.

—Perdona —le explico un segundo más tarde—. Te había perdido.

—Eso nunca —responde Ian.

Como me he quedado sin defensas, lo creo.

Doce

*Desde el siglo he callado, he guardado silencio,
y me he detenido; daré voces como la que está
de parto; asolaré y devoraré juntamente.*

ISAÍAS 42,14

8 de noviembre de 1999

Jessica White ajusta el jarrón de cristal verde pálido un par de centímetros hacia la derecha, moviendo los tulipanes de color violeta al hacerlo. A su lado, Colin White está recostado sobre unos cojines de distintos tonos lilas. «Estoy metida en un catálogo de decoración —piensa Kenzie— y no puedo salir de él».

—Señora Van der Hoven —dice Jessica—. ¿Quiere un poco más de agua de seltz?

—No, gracias. Llámeme Kenzie —apunta, sonriendo a la pareja—. Me han dicho que esperan un bebé.

¿Es su imaginación o Colin se aparta un poco de su mujer?

—Lo tendremos en mayo —informa Jessica, acariciando con la mano su abdomen.

—Esperamos que su hermana mayor esté aquí para verlo —añade Colin. Kenzie sabe exactamente lo que Colin quiere comunicar.

—Bueno, señor White, quizá podría explicarme por qué tiene este repentino interés en la custodia de su hija.

—Siempre he querido la custodia de Faith —dice en voz baja—. Lo que ocurre es que estaba intentando reubicarme primero. No pensé que arrancar a Faith de su hogar después de la conmoción del divorcio fuera apropiado ni inteligente.

—¿Así que tenía el interés de Faith en mente?

Colin le sonríe de forma extraordinaria, y a Kenzie se le dispersan las ideas en la cabeza. Ese hombre podría vender arena en el desierto, podría hechizar las herraduras de un caballo.

—Eso mismo —apunta, inclinándose hacia adelante y soltando la mano de su esposa para juntar las suyas—. Mire. Se trata de una situación caótica, y no voy a parecer un santo. No esperaba que Mariah regresara a casa ese día con Faith, y ya sé que no es una excusa, pero como puede ver es obvio que no se trataba de algo... algo pasajero. Amo a Jessica; me he casado con ella. Tenía problemas de pareja con Mariah, pero no tenían nada que ver con Faith. Soy su padre y siempre lo seré, y quiero darle el hogar que se merece.

—¿Qué le ocurre al hogar que tiene ahora? —pregunta Kenzie, dando golpecitos con el lápiz.

Colin parece momentáneamente sorprendido.

—Bueno, ¡usted misma lo ha visto con sus propios ojos! ¿Cree que es normal que una niña tenga a toda la prensa pisándole los talones cada vez que abre la puerta? Por el amor de Dios... ¿es normal que crea que tiene conversaciones con Dios?

—Tengo entendido que su ex mujer ha intentado alejar a Faith de los medios.

—¿Es eso lo que le ha contado? —pregunta Colin boquiabierto—. Intentó burlar la ley. El día después de decirle que iba a pedir la custodia desapareció.

Kenzie se endereza al oír eso.

—¿Sabía que iba a recibir una citación?

—Le dije que mi abogado se pondría en contacto con ella. Y le faltó tiempo para salir corriendo a esconderse.

Kenzie lo apunta en su libreta. Es una mujer que mamó desde pequeña lo

que significa el valor de la ley, y la mera idea de no acatarla le hace sospechar inmediatamente.

—Sin embargo, Mariah regresó —dice.

—Porque su abogada la asustó muchísimo. ¿Puede entender ahora por qué quiero que Faith no esté con ella? Si las cosas se ponen feas durante la vista, Mariah cogerá todos los bártulos y saldrá huyendo con Faith de nuevo. Mariah no se queda para luchar; no lo lleva en la sangre. De hecho, ha recibido terapia por este motivo durante años.

—¿Es usted partidario de la psicoterapia?

—Sí, si está justificada —responde Colin.

—Sin embargo, su ex mujer dice que no fue una opción que considerara después de su intento de suicidio.

—Discúlpeme, señora Van der Hoven, pero no me parece demasiado objetiva —señala Colin, apretando los labios.

—Mi trabajo es jugar a ser el abogado del diablo —responde Kenzie, mirándolo fijamente a los ojos.

Jessica los interrumpe levantándose de golpe y carraspeando.

—Creo que traeré un poco de pastel.

Ambos miran cómo Jessica se dirige a la cocina. En cuanto la pierde de vista, Colin empieza a hablar, obviamente inquieto.

—¿Cree que no me afectó ingresar a Mariah en Greenhaven? Por Dios, era mí mujer. La amaba. Pero era... era... bueno, de la noche a la mañana se convirtió en alguien a quien no reconocía. No sabía cómo hablar con ella ni cómo cuidarla. Hice lo que pensaba que tenía que hacer para ayudarla, y ahora parece que la historia se repite de nuevo. Mi hija ya no se comporta como una niña, y no puedo soportar ver cómo ocurre otra vez.

Kenzie aprendió hace mucho tiempo que a veces lo mejor es no decir nada. Se recuesta y espera a que Colin White continúe.

—Justo después de que nació Faith, solía pasear por la casa con ella en brazos cuando lloraba por la noche. Era una cosa menudita, con todo en su sitio; a veces dejaba de llorar y me observaba como si ya me conociera —explica Colin, mirando hacia su regazo—. La amo. Ocurra lo que ocurra, diga lo que diga el tribunal, eso no lo cambiará nadie.

Kenzie ha dejado de tomar notas.

—¿Usted no ha cometido nunca un error en su vida, señora Van der Hoven? —pregunta en voz baja.

Kenzie aparta la mirada y se percata de que hay una caja grande escondida detrás de la mesa del comedor. Por la etiqueta, deduce que se trata de un caballete de plástico. Sin duda no es un juguete para el bebé que están esperando, aunque está por estrenar. Colin la observa y se ruboriza.

—Soy optimista —dice, sonriendo tímidamente.

Kenzie se da cuenta de que, como siente compasión por Mariah White, había esperado encontrarse a un monstruo. Sin embargo, ese hombre tiene sus motivos para iniciar una batalla.

No son vengativos ni reivindicativos; simplemente ha visto algo que lo asusta y quiere arreglarlo.

Aunque, claro está, Colin White podría ser un actor consumado.

9 de noviembre de 1999

El padre Rampini está de pie en una bonita oficina de la Cancillería Diocesana con las manos detrás de la espalda, mirando fijamente hacia la estantería y preguntándose distraído por qué tiene Su Excelencia el obispo de Manchester dieciséis copias de la biografía de santa Teresita, la Pequeña Flor. Cuando se abre la puerta, se vuelve, frotándose el sudor de las palmas de las manos a escondidas, antes de asentir con la cabeza ante el obispo Andrews.

—Padre —murmura el obispo, sentándose en una butaca orejera de piel de color burdeos.

—Excelencia.

—Por favor.

Andrews hace un gesto, y Rampini se sienta en una silla más pequeña, fijando los ojos en la cadena de la cruz que se balancea metida en el bolsillo del obispo.

Rampini ha examinado supuestas visiones con anterioridad para asegurarse de que no iban en contra de la fe. En todos los casos hasta la fecha, incluso en aquéllos más prometedores, ha recomendado una política de esperar-y-ver-qué-pasa. Ha sido precavido y no ha querido expresar una

opinión precipitada, para no parecer un insensato.

Ésta, en pocas palabras, es la razón por la que no dejan de temblarle las manos. En este caso está corriendo un riesgo, porque realmente cree que Faith White puede estar viendo a Dios.

El obispo Andrews se quita las gafas y las limpia antes de volver a ponérselas.

—Según el párroco de St. John, es usted el teólogo más reputado del nordeste.

—Si usted lo dice, Excelencia.

—En nombre de la diócesis, me gustaría darle las gracias por haber venido.

—Es un placer —dice Rampini.

El obispo asiente con la cabeza cortésmente.

—Sólo tengo un par de preguntas, padre.

—Con el debido respeto, Excelencia, ya le he entregado mi informe.

—Sí, de hecho... me ha entregado dos. La recomendación original y, ¿cómo lo ha llamado? Ah, sí, la versión actualizada y revisada. ¿Sabe? No acabo de entender por qué un teólogo, el teólogo más reputado del nordeste, manda dos informes completamente contradictorios en un intervalo de pocas horas sobre los milagros de Faith White.

Rampini, ofendido, permanece en silencio, y Andrews se impacienta. Mete la mano en el bolsillo y toca el rosario; las cuentas van muy bien para calmar los nervios.

—Estoy seguro de que a un hombre como usted le han consultado más de una vez sobre casos de visiones religiosas.

—Sí, a menudo.

—Sin embargo, es la primera vez que respalda una visión.

—Es cierto, sí. El informe revisado indica que esta vez la respaldo — responde el padre Rampini, apretando los labios.

El obispo decide hacerse el tonto. Se rasca la cabeza.

—Estoy un poco confundido, padre. No soy ni la mitad de buen teólogo que usted, por supuesto, pero me parece que una niña judía que ve a un Dios femenino va en contra del dogma tradicional católico.

—¿Me está pidiendo que justifique mis conclusiones? —pregunta el padre

Rampini, cruzándose de brazos.

—No, no, pero para... aprender... me gustaría conocer el proceso mental que lo ha llevado a esa conclusión.

Rampini carraspea.

—Existen toda una serie de criterios que confirman la teoría. El hecho de que Faith White no sea católica es heterodoxo, Excelencia, pero eso no significa que sea falso. Se puede recelar de las ancianas que rezan durante dieciséis horas al día y luego confiesan que Jesús se les ha aparecido sobre la mesa de la cocina. Faith no estaba pidiendo la visión, pero se le apareció. También es muy reservada con respecto a sus conversaciones con Dios, e intenta esconder los estigmas.

—Los estigmas —repite el obispo—. ¿Los ha visto?

—Sí. Por supuesto, no estoy familiarizado con las marcas sagradas, pero el consenso general de los médicos es que no son heridas autoinfligidas.

—Podría tratarse de una histérica.

—Podría —aprueba Rampini—. Sólo que, además de las heridas, hay pruebas que no sólo afectan a la vidente. En este caso, hay pruebas de curación.

—Está claro que usted es el experto, pero tengo que reconocer que me molesta saber que va por ahí diciendo que Dios es una mujer.

—De hecho, no lo es. Es la Sociedad de la Madre Dios la que está divulgando esta noción. Faith no dice casi nada, en realidad. Además, como he explicado en mi segundo informe, no ve en Dios a una mujer. Ve a Nuestro Señor Jesucristo, con su forma y vestimenta tradicional, pero lo interpreta como una figura femenina.

—Menudo esfuerzo de imaginación,'hijo —dice el obispo Andrews, levantando una ceja.

—Espero que no me esté diciendo cómo hacer mi trabajo, Excelencia — responde el padre Rampini en voz baja—. Vaya a conocerla y luego hablaremos.

Se miran fijamente en silencio.

—Está muy seguro de todo esto —dice finalmente el obispo.

—Sí.

—¿Piensa que debería llevar el caso a la Conferencia Episcopal de

Estados Unidos?

—No me atrevería a decirle lo que tiene que hacer.

El obispo Andrews une las puntas de los dedos índices de ambas manos y empieza a dar golpecitos.

—Mire, esto no es «Expediente X», padre. Independientemente de lo que quiera el público, contar un relato fantástico no es la manera de hacer que el rebaño vuelva a la iglesia. Aunque podría aceptar su recomendación, desconfío del informe porque lo ha redactado muy precipitadamente. Lo último que querría es que saliera a la luz que soy una especie de chiflado a la caza de un carroñero supernatural; ¿puede imaginarse el impacto que tendría en la diócesis y en el catolicismo en general? Estas evaluaciones requieren años por algo, padre. De hecho, si Faith White es una impostora, usted y yo estaremos muertos y enterrados, y por suerte no nos enteraremos de la violenta reacción de los cristianos.

El obispo Andrews inclina la cabeza.

—¿Ha ido alguna vez esa niña a la iglesia católica?

—No, que yo sepa, Excelencia.

—¿La han educado según la fe judía?

—No. La madre no es judía practicante y pensó que llevar a la niña al templo sería una hipocresía. Sin embargo, he confirmado con un rabino que la madre es judía, y también la pequeña.

—Y esto es un escollo —añade el obispo—. No tenemos jurisdicción alguna sobre una niña que no es católica.

—Entonces, ¿por qué me ha pedido que venga? —pregunta Rampini, notando cómo se tensa el músculo de su mandíbula.

Observa cómo el obispo camina hacia su escritorio, y de repente se da cuenta de que Andrews apostará por todo y no descartará nada. No utilizará el informe en el que Rampini respalda a Faith White, a no ser que cambie la marea y lo necesite. Guardará ambos informes contradictorios, para estar listo para cualquier eventualidad, y el padre Rampini no podrá decir nada al respecto sin que parezca un indeciso. Siente cómo se le congestiona la cara.

—Tiene que hacer caso omiso del primer informe —le ordena Rampini—. Le entrego oficialmente el segundo, y sólo el segundo.

Sin apartar la mirada de la cara del joven, el obispo Andrews mete el

papel que sujeta en un cajón del escritorio.

—Ya no recuerdo cuál era el segundo —dice.

10 de noviembre de 1999

Cuando Ian entra en la oficina de Malcolm Metz, el abogado no se levanta de su asiento.

—Vaya —se limita a decir, reclinándose en la silla—. Es un placer. Soy un gran seguidor suyo.

Ian lo mira fija y directamente.

—Cobro noventa mil. Es lo que me pagan por sacar un anuncio durante mis programas. Para mí su juicio es lo mismo; es una interrupción para presentar las cosas que voy a decir de todas formas.

A su favor, Metz ni siquiera parpadea.

—No creo que suponga ningún problema —dice.

En realidad, no tiene ni idea de si su cliente puede reunir el dinero, pero no está dispuesto a acabar con las negociaciones antes de iniciarlas.

—Pero recuerde que no se trata de un programa de televisión. La vida de una niña está en juego.

—Guárdese estas gilipolleces para el tribunal —responde Ian—. Ya sé lo que quiere.

—¿Y qué es?

—Quiere pruebas de que Faith White es una impostora, e indicios de que su madre es el cerebro que está detrás de la trama.

—Y usted, por supuesto, tiene toda esa información —dice Metz, sonriendo.

—¿Habría acudido a mí si no la tuviera?

Metz considera la pregunta un momento.

—No lo sé. Sólo basándonos en sus índices de audiencia, probablemente podría convencer a un juez de que el sol no saldrá mañana.

—Quizá sí que sea un seguidor después de todo —responde Ian, riéndose al oír el comentario.

—¿Por qué no me cuenta lo que tiene?

—Unas imágenes de una cámara oculta bastante decentes de Mariah White dando instrucciones a la niña antes de mostrarse solícita con la muchedumbre. El testimonio de una mujer que fue a la televisión nacional alegando que Faith había curado a su bebé de sida en el que reconoce que Mariah White le había pagado tres mil dólares para que se inventara la historia. Un par de expertos que han firmado una explicación científica por escrito sobre la resurrección de Millie Epstein; tiene que ver con las corrientes eléctricas y los tejidos del cuerpo humano, o algo así.

—¿Y qué ocurre con las manos?

—¿Los supuestos estigmas? Es una ilusión óptica.

—¿Una ilusión óptica?

—Vamos, hombre. ¿No ha visto nunca tragafuegos en el circo o magos atravesándose los puños con objetos?

—¿Cómo pudieron burlar a tantos médicos?

—Bueno, aún estoy buscando una explicación para eso. Mi teoría es que no lo hicieron; que cuando el personal médico acudió a echar un vistazo, Faith de verdad se pinchó con algo.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer algo así? —pregunta Metz, algo escéptico.

—Me extraña que tenga que preguntármelo, señor Metz. Para ser el centro de atención, por supuesto —responde Ian, reclinándose.

—Espero que no le importe que se lo pregunte, pero ¿por qué no ha mencionado nada de todo esto en su programa hasta ahora? —continúa Metz, entornando los ojos.

—Porque aún hay algo más fuerte que utilizaré para destapar todo este caso, y antes de que me lo pregunte, no es negociable —explica Ian, juntando la punta de los dedos de ambas manos—. Para mí, su sala de audiencia será como uno de mis programas introductorios que me llevará a la gran final. Por los honorarios que le he mencionado, dispondrá de la información y los testimonios que le he comentado, así como mi considerable reputación en el campo y mi presencia en el estrado; pero no dispondrá de nada más.

—Entiendo —dice Metz, asintiendo con la cabeza lentamente.

—Otra cosa que quiero que entienda es que soy un hombre ocupado. No tengo ningún inconveniente en repasar mis declaraciones sobre la información

que acabo de darle... pero lo haremos aquí, y lo haremos ahora.

—De ninguna manera. No estoy listo. Tengo que...

—Ya tiene la mitad del trabajo hecho conmigo. A diferencia de los otros testigos, sé cómo actuar. Lo único que tiene que hacer es poner por escrito los hechos que quiere y en el orden que los quiere.

Por un momento se hace el silencio; son dos hombres poco corrientes compartiendo el mismo espacio.

—Quiero otro repaso el día antes de su declaración —regatea Metz.

—Trato hecho, caballero —responde Ian, sonriendo.

Mariah abre un poco la puerta y ve a Kenzie van der Hoven en el umbral.

—¿Puede salir Faith a jugar?

Mariah no puede evitar reírse.

—Hace un poco de frío. ¿Le importaría entrar a usted?

Esta visita previamente acordada con la tutora *ad litem* es un alivio. Mariah ha estado regañando a Faith todo el día porque no ha dejado de dar la vara, algo totalmente comprensible porque están encerradas en casa todo el tiempo.

Faith entra en la habitación con patines. Mariah observa cómo las ruedas dejan marcas en las baldosas y se muerde la lengua para no gritarle a su hija por milésima vez en un mismo día, sobre todo delante de la tutora *ad litem*. Se limita a mirar a Faith a los ojos, a levantar una ceja y luego a mirar los patines, sin duda enfadada.

—Huy —dice Faith, cayendo de culo al suelo y abriendo el velero de los patines—. Kenzie, ¿has venido a verme?

—Sí. ¿Te parece bien?

—Genial.

—Estaré en la cocina preparando la cena si me necesita —anuncia Mariah, sonriendo.

Kenzie observa cómo se va hacia la cocina, y luego nota cómo cinco deditos le agarran la mano.

—Ven a ver mi habitación —dice Faith—. Es muy guay.

—¿De veras? —responde Kenzie, dejando que la guíe hacia las escaleras

—. ¿De qué color es?

—Amarilla.

Faith abre la puerta de par en par para dejar ver unas alegres paredes y una cama blanca. Se sube a la cama y empieza a saltar, con el pelo ondeando en forma de arco. Luego cae de culo y baja de la cama, para hacer de anfitriona.

—Éstos son mis Legos y aquí están las pinturas que me trajo Papá Noel el año pasado; ésta es una foto que me hicieron cuando sólo tenía dos horas de vida.

Kenzie mira obedientemente la foto de un bebé diminuto, con cara de tomate.

—¿Pasas mucho rato en tu habitación?

—Depende. Mamá no me deja tener tele en el cuarto, así que no puedo ver vídeos ni nada. A veces me gusta pintar en la mesa de la cocina, así que bajo las pinturas allí, y a veces pinto en el suelo.

Faith se coloca las manos sobre la cabeza.

—Antes iba a *ballet*.

Kenzie la observa dar vueltas en círculos lentos, con los brazos en alto, y haciendo una pirueta.

—¿Y por qué ya no vas?

—Pasaron cosas —explica Faith, toqueteando los hilos de la alfombra y encogiéndose de hombros—. Mamá se puso enferma.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Luego vino Dios.

Kenzie se queda inmóvil.

—Ah, ya. ¿Fue algo bueno?

Faith se deja caer hacia atrás y estira los brazos, enrollándose en la alfombra.

—Mira, soy un capullo.

—Cuéntame cosas de Dios —apunta Kenzie.

Faith se revuelca hacia ella. Está enrollada en la tela como una crisálida, como bien ha dicho, y su cara es la única parte visible del cuerpo.

—Me hace sentir bien y calentita, como cuando me siento sobre el montón de ropa que acaba de salir de la secadora; pero no me gusta cuando me hace

daño.

—¿Te hace daño? —pregunta Kenzie, inclinándose hacia adelante.

—Dice que tiene que hacerme daño, y sé que no quiere, porque luego me dice que lo siente.

Kenzie mira fijamente a la niña y las manos con las marcas bien definidas. Como tutora *ad litem* ha visto muchas cosas, la mayoría no demasiado agradables.

—¿Te habla Dios cuando tu habitación está a oscuras? —le pregunta.

Faith asiente.

—¿Puedes tocarlo? ¿O ver su cara?

—A veces; y a veces sé que es ella y punto.

—¿Porque te hace daño?

—No... porque huele a naranjas.

—¿De veras? —pregunta Kenzie, riéndose sorprendida al oír la respuesta.

—Sí —dice Faith, cogiendo una figurilla de su casa de muñecas—.

¿Quieres jugar?

Kenzie mira la réplica de la alquería.

—Es preciosa —dice, pasando el índice por la delicada curva de la barandilla de roble—. ¿Te la ha traído Papá Noel?

—No, la hizo mi madre. Se dedica a esto.

Kenzie sabe por su larga experiencia que lo más probable es que las heridas de Faith sean autoinfligidas o que otra persona cercana se las haya hecho. Tiene que ser alguien que la ha convencido de que la hace sufrir porque la quiere. Kenzie mira fijamente la casa de muñecas, precisa y perfecta, concentrándose en ella. Aunque lo ha visto muchas veces, aún le cuesta creer que los padres que parecen normales puedan hacer monstruosidades con un niño.

—Cariño —dice Kenzie—. ¿Te está haciendo esto tu madre?

—¿Haciendo qué?

Kenzie suspira. Es casi siempre imposible que un niño maltratado delate al autor de los maltratos. En primer lugar, vive con el miedo del justo castigo prometido si rompe el silencio. En segundo lugar, hay un sistema de gratificación retorcido: el niño descubre, aunque sea triste, que los maltratos son una forma de que le presten atención.

Sin embargo, también es cierto que a veces los niños no señalan a nadie porque no hay nada que señalar. Unos pocos realmente chocan contra las puertas y les quedan los ojos morados o se caen de la mesa y sufren una conmoción cerebral, o incluso sangran espontáneamente. Está claro que Mariah no hace daño a su hija de forma evidente; Faith no presenta un comportamiento aversivo hacia su madre. Quizá estar expuesta a la prensa no sea lo mejor del mundo para una niña pequeña, y quizá Faith debería tener un poco más de interacción social, pero eso no es maltratar.

La puerta se abre de repente. Mariah aparece con un montón de sábanas, sorprendida de ver a Faith y a Kenzie.

—Lo siento —dice con torpeza—. Pensaba que estaban en el cuarto de los juguetes.

—No pasa nada. Estaba admirando su casa de muñecas. Nunca he visto nada igual.

Mariah asiente con la cabeza y se sonroja. Luego deja las sábanas en el tocador, y se dirige a la puerta.

—Las dejaré solas.

—De veras, no pasa nada si...

—No —la interrumpe Mariah—. Está bien.

Y se va, dejando una ligera fragancia de un perfume cítrico tras ella.

El último caso de Kenzie fue el de una niña de nueve años que vivía con sus abuelos porque su madre la había abandonado. Era una pareja que iba a la iglesia todos los domingos y se aseguraba de que fuera bien vestida al colegio y desayunara caliente a diario. Sin embargo, más o menos una vez a la semana la niña se despertaba a medianoche porque su abuelo la estaba violando. Le decía que si se lo contaba a alguien, la echarían a la calle.

Piensa en ese caso mientras se dirige a la autopista, después de dejar la casa de los White. Aunque no tiene ninguna prueba de que este nuevo caso sea como el anterior, hay semejanzas en las que Kenzie no puede dejar de pensar.

Esconden algo. Es Mariah White; por eso no puede estar más de cinco minutos en la misma habitación con Kenzie. Suspirando, Kenzie baja la visera para protegerse del sol que se está poniendo. Quizá sea vergüenza porque la

metieron en un hospital. Quizá sea sólo lo que Colin White le dijo, que Mariah se escondió a propósito para evitar el juicio. Sin embargo, si así fuera, ¿por qué regresó? ¿O tal vez huyó por algún otro motivo?

En sus dos sesiones con Faith, a Kenzie le ha parecido que a la niña le gustaría quedarse con su madre, pero no sabe si es porque Jessica White no le cae bien o porque Mariah la ha chantajeado para que se quede.

Por otro lado, quizá Mariah White se marchara de New Canaan sin saber que Colin planeaba pedir la custodia. Quizá huyera porque quería lo mejor para su hija. El personal médico que ha entrevistado no le ha dado a entender que Mariah White fuera la posible catalizadora de los problemas físicos o psicológicos de Faith. Quizá Faith fuera una niña con una imaginación especialmente hiperactiva.

Un coche se interpone en el camino de Kenzie, obligándola a virar bruscamente y mandándola casi a la cuneta. Después de frenar violentamente, se para y se pasa la mano por los ojos. «Céntrate, céntrate. Son demasiados avisos».

Luego vuelve a incorporarse a la autopista con cuidado, preguntándose si lo peor que ha hecho Mariah es creer a pies juntillas que su hija dice la verdad.

14 de noviembre de 1999

En un principio fue idea de James organizar un programa el domingo por la mañana, basándose en el principio de que emitir el punto de vista ateo el día de culto cristiano sin duda iba a crear controversia. Aunque Ian tiene al menos siete guiones a punto, ninguno le parece apropiado. Habla improvisando. Casi cualquier cosa que diga puede ser utilizada contra Faith y Mariah; y por supuesto, si lo que dice es demasiado neutral, acabará levantando sospechas ante su productor ejecutivo.

Siente el calor de los focos en la cara; el gran objetivo de la cámara número uno gira delante de él cuando lanza, a propósito, una Biblia sobre el césped que hay a su espalda. A diferencia de sus grabaciones habituales, hoy tiene público *in situ*. Poco, puesto que la mayoría de la gente congregada

alrededor de la casa de Mariah es creyente entusiasta, más que atea. Por este motivo precisamente ha escogido un texto bíblico como tema de su diatriba.

—Toma ahora a tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas, y... ofrécelo allí en holocausto —dice Ian, mirando a los que le escuchan—. Sí, lo han oído bien. Se supone que Abraham tiene que matar a su hijo, sólo para demostrar que obedece a Dios. «¡Salta!», le ordena Dios. «¿Desde qué altura?», pregunta él. ¿Y qué ocurre? Abraham lo hace. Le coloca un cuchillo en la garganta a Isaac, y en el último minuto Dios aparece y básicamente le dice que era sólo una broma.

Ian resopla.

—¿Es éste el tipo de Dios al que adoran? ¿Un ser supremo que considera que las personas son títeres en sus manos? Pregunten a cualquiera de esos magníficos hombres del clero sobre el más allá y les dirán que se trata de una historia de fe, de ponerse en las manos del Señor y dejar que él solucione las cosas. Sin embargo, no les estoy contando ninguna historia de fe. Ni siquiera se trata de la historia de Abraham; es la historia de Isaac. Lo que quiero saber, y lo que la Biblia no se molesta en contarme, es lo que pensó Isaac cuando su padre lo colocó en ese altar en medio de la nada. Lo que pensó cuando su padre le puso el cuchillo en el cuello. Si lloró, si se mojó los pantalones. La persona de la que no sabemos nada en esta historia es un niño. Bien, como buen cristiano, se supone que hay que respetar a Abraham porque cumplió órdenes, pero les diré algo. Como ser humano, no lo respeto lo más mínimo. Desprecio a Dios por utilizar a un niño de esta manera. Yo preferiría apoyar a un padre que se interpone entre un déspota (aunque supuestamente sea celestial) y su hijo para que no le haga daño.

Levanta la ceja mientras la cámara se acerca para tomarle un primer plano.

—Sólo espero que la señora White, la madre de Faith, lo tenga en cuenta.

Alguien dice «¡Corten!» e Ian se va, cogiendo una toalla de un ayudante y quitándose el maquillaje y el sudor de la cara. Recoge sus apuntes de otro ayudante y se dirige airado hacia la Winnebago, ignorando el murmullo de la gente que lo ha estado escuchando.

Puede que lo hayan entendido.

Hay dos maneras de interpretar el programa, e Ian lo sabe muy, pero que muy bien. La gente puede pensar que su frase final va dirigida a Mariah, para

acusarla de ser como Abraham y prostituir a su hija sólo porque Dios y los medios lo quieren; o puede creer que Ian alaba a Mariah por no ser como Abraham y por llevarse a su hija, aunque fuera fugazmente, para protegerla de esos mismos poderes codiciosos.

En realidad, no le importa cómo lo hayan entendido sus seguidores. Las únicas reacciones que le preocupan son la de Mariah y la de James. Quiere que ella lo interprete de una manera, y James de otra.

Su productor ejecutivo aparece por la puerta y la cierra. James se sienta y apoya los pies sobre la mesa.

—Bonito programa —dice de forma relajada—. Sin embargo, pensé que hablarías más de la criatura.

—¿De Isaac?

—De Faith White —responde James, encogiéndose de hombros—. Es que ya llevamos aquí un par de semanas. Creo que los telespectadores esperan más.

—¿Más qué?

—Más... no lo sé. Más valor. Más agallas. Más pruebas que teatro.

—Ve al grano y dime qué quieres, James —dice Ian, sintiendo cómo se le mueve un músculo en la mandíbula.

—Por el amor de Dios, ahora no la tomes conmigo —responde el productor, levantando las manos.

—¿Sabes ese rumor que dice que soy un capullo temperamental? Pues quiero sacarle partido ahora mismo.

—Lo único que te estoy diciendo, Ian, es que me llamaste cuando estuviste fuera y me insinuaste que estabas tras algo del caso White. Y luego regresas a casa y haces dos programas en directo y casi ni lo mencionas. Aquí, lo que vende es Faith White, Ian. Es el filón de oro. ¿Isaac y Abraham? Sí, no están mal, pero resérvatelos para cuando tengas un contrato renovado con la cadena —dice, escudriñando la cara de Ian—. Espero que tengas algo entre manos que haga que tú y tu programa subáis como la espuma de una botella de champán descorchada.

Ante la impasibilidad de Ian, James frunce el ceño.

—¿Me has oído?

Ian vuelve la cabeza despacio, mirando a James directamente a los ojos.

—¡Bum! —responde.

—Esa roja de allí es la estrella alfa de Orion —dice Faith, señalando la constelación.

Sobre la manta andrajosa, Kenzie parpadea mirando el cielo nocturno. Tapa bien a Faith con su abrigo de invierno.

—Eso es Tauro —añade Faith—. Está así de cerca porque Orion intenta dispararle.

—Sabes muchas cosas sobre las estrellas.

—Las estudiamos en el cole antes de que dejara de ir, y mi papá a veces también me enseñaba las constelaciones.

Es la primera vez que Faith ha sacado a relucir a Colin sin que se lo pidan.

—¿Te gustaba mirar las estrellas con tu padre?

—Sí —murmura Faith.

Kenzie se agarra las rodillas e intenta abordar el tema de otra manera.

—Mi padre jugaba al *hockey* conmigo, a *hockey* sobre hielo.

—¿Tú jugabas a *hockey* sobre hielo? —pregunta Faith, sonriendo sorprendida.

—Sí, ya lo sé. No lo hacía nada bien, pero tenía cinco hermanos mayores, y creo que mi padre no se dio cuenta de que era una niña.

Al oír la risita de Faith, se alegra de haberlo dicho, aunque no alivia el recuerdo punzante que Kenzie tiene de no sentirse querida en su familia.

—¿Hacías de portera?

—Casi siempre hacía de disco —responde Kenzie, sonriendo.

—¿Vive aún tu papá por aquí? —pregunta Faith, inclinándose hacia ella y apoyándose sobre el codo.

—Vive en Boston. No lo veo muy a menudo —explica, dudando un momento y luego continúa—. Lo echo de menos.

—Yo también echo de menos al mío.

Las palabras son tan suaves como la noche, y se las lleva el balanceo de los árboles que las rodean.

—No quiero, pero lo echo de menos.

—¿Por qué no quieres?

—Porque hizo algo horrible —dice en voz baja—. Algo que hizo llorar a mi mamá.

—¿Qué hizo?

Faith no habla. Después de un rato, Kenzie se da cuenta de que está llorando en silencio.

—¿Faith?

La niña se da la vuelta, hundiendo la cara en su propio hombro.

—¡No lo sé! —solloza—. Estaba hablando con él, y había otra mujer en el baño, y se marchó. Se marchó, y creo que fue porque dije algo que no estaba bien.

—Claro que estaba bien, cariño. Eso ocurrió porque tu madre y tu padre tenían un problema.

—No, no quiere vivir conmigo.

—Tu padre sí quiere vivir contigo —le explica Kenzie—. Y tu madre también. Ambos te quieren mucho. Por eso un juez y yo tenemos que decidir a qué casa deberás ir.

Sin querer, recuerda la leyenda del rey Salomón. Dos mujeres afirmaban ser la madre del mismo bebé y el rey sugirió cortar al bebé por la mitad con una espada para descubrir qué madre renunciaría al niño antes de ver cómo le hacían daño. Sabiduría clásica: problema solucionado y no se derramaba ni una gota de sangre. Sin embargo, era sólo una historia. En el mundo real, a menudo ambos padres son totalmente dignos, o totalmente indignos. En el mundo real hay circunstancias atenuantes. En el mundo real, los niños son los que a menudo sufren las consecuencias de lo que hacen los padres.

15 de noviembre de 1999

Malcolm Metz entra en la sala de conferencias en la que ha quedado con Lacey Rodríguez y apoya la cadera contra el borde de la mesa.

—¿Me has traído uno a mí también? —pregunta.

Lacey se detiene, con la boca llena de pavo y ensalada con mayonesa.

—No. De hecho, me lo estás financiando tú.

—¿Qué es negro y marrón y le queda bien a un abogado? —pregunta

Malcolm, gruñón.

—No lo sé. ¿Qué?

—Un dóberman —responde, sonriendo y quitándole el bocadillo de las manos para meterse un trozo en la boca—. Muy bueno. Nunca se me hubiera ocurrido pedirlo de ensalada con mayonesa.

Se limpia los labios con la servilleta de Lacey y le devuelve el bocadillo.

—¿Qué tienes para mí?

—¿Qué sabes de Kansas City? —pregunta Lacey, dejando un fajo de papeles sobre la mesa.

—Pues que allí todo va bien. Diablos, ¡y yo qué sé! ¿No te pago para que me lo digas tú?

—Pues no exactamente, Malcolm —responde Lacey, riéndose—. Mis contactos en las líneas aéreas han dado señales de vida. Adivina dónde estuvo Mariah White cuando se escondió la semana pasada.

Metz coge la lista que le ofrece y mira todos los nombres por encima.

—Ya ves —contesta—. El mundo entero sabe que se fue con la niña.

Lacey se levanta y pasa a la primera página de la lista, la de los pasajeros de primera clase.

—¿Sabe el mundo entero que Ian Fletcher iba en el mismo avión?

—¿Fletcher?

Metz recuerda la reunión que han tenido por la mañana; el teleateo le ha dicho que tenía algo fuerte entre manos, algo que Metz no sabía y que serviría para desenmascarar a Faith. Habían repasado la declaración y Fletcher no había mencionado ese pequeño detalle. Es obvio que ese viaje tiene algo que ver con su gran plan.

Metz sonríe, pensando en esa baza en silencio. Quizá Fletcher se crea que su secreto está a salvo, pero no tiene en cuenta cómo funciona la ley. Cuando Fletcher esté en el estrado, Metz le puede preguntar cualquier cosa. Cuando Fletcher esté bajo juramento, no podrá hacer nada más que decir la verdad.

Mariah se ha propuesto intentar alejarse de Kenzie cuando visita a Faith. Si Kenzie está en la cocina, Mariah encuentra algo para hacer en el comedor. Si se dirigen hacia arriba, Mariah se va al sótano. La tutora *ad litem* la pone

demasiado nerviosa; está demasiado segura de que dirá algo de lo que se arrepentirá más tarde.

Hoy Kenzie ha prometido a Faith que le hará una trenza.

—Hoy jugamos al salón de belleza —le dice a Mariah—. Puede jugar con nosotras, si quiere.

—Oh, no importa.

—No, en serio. Me gustaría que se quedara. Parte de mi evaluación se basa en observar cómo interactúa con Faith.

Mariah agacha la cabeza. Sólo será un ratito, y cree que es mejor no rechazar la oferta.

—De acuerdo —dice, sonriendo luego—. Siempre y cuando no me hagn la permanente.

Kenzie la sigue por las escaleras mientras se dirige a la habitación de la niña. En cuanto llama, la puerta se abre de par en par.

—¡Estoy lista! —grita Faith—. Me he lavado el pelo y me he puesto suavizante y todo.

Kenzie se sienta en la cama y empieza a acariciar el pelo de Faith, que se desliza entre sus manos como si de plata se tratara.

—¿Quieres que te haga la trenza hacia fuera o hacia dentro?

Faith mira a su madre, y ambas se encogen de hombros.

—Estamos en la fase de la coleta —confiesa Mariah—. Cualquier cosa será especial.

Kenzie separa el pelo de Faith desde la coronilla en tres partes.

—Cuando tenía la edad de Faith, llevaba el pelo muy corto, cortísimo.

—Su padre quería que fuera un chico —susurra Faith a Mariah.

—Es cierto —explica Kenzie, asintiendo—. Por supuesto, lo primero que hice cuando crecí fue dejarme el pelo largo hasta el culo.

Faith se ríe.

—Mamá —le dice, susurrando—. Kenzie ha dicho *culo*.

—Huy.

Empieza a trenzarle el pelo, cogiendo el cabello de los lados. Mariah observa atentamente, como si tuvieran que llamarla para recitar el procedimiento de memoria.

—Crecí en Boston —dice Kenzie despreocupadamente—. ¿Has estado en

Boston, Faith?

—No —responde la niña, moviendo los tobillos—. Pero he estado en Kansas City.

Kansas City. Las palabras le golpean como un soplo, tanto que a Mariah le falta el aire. No ha sido deshonesto con Kenzie, pero tampoco le ha comentado que intentó huir con Faith. Está segura de que Kenzie sabe lo que no quiere contarle Mariah porque es como un libro abierto: su relación con Ian, el hermano de Ian y el efecto de Faith en Michael.

—Fuiste a Boston cuando eras pequeña, cariño —dice desesperadamente, intentando cambiar de tema—. Sólo que no te acuerdas.

—Me acuerdo de Kansas City —dice Faith.

—Cariño... no hace falta que aburramos a Kenzie con esto.

—Oh, yo estoy distraída con la trenza. Dime. ¿Cuándo has ido a Kansas City?

—La semana pasada —responde Faith.

Kenzie levanta la cabeza.

—Me la llevé de aquí, de esto —añade Mariah en voz baja.

—¿Por qué se marchó entonces, y no antes? —pregunta Kenzie.

—Llevábamos mucho tiempo así, demasiado, y era hora de irse — responde Mariah, apartando la mirada.

—¿Tuvo algo que ver con el hecho de que su ex marido le pidiera la custodia?

Mariah piensa qué puede decirle a la tutora *ad litem* para que no parezca que haya querido evadir la ley, lo cual, por supuesto, es la verdad. Mira a Faith, intentando reconducir el tema antes de que su hija suelte que se quedaron con Ian.

—No fue intencionado —responde Mariah—. Sólo quería que las cosas fueran más fáciles.

—¿Por qué Kansas City?

—Era el primer avión que salía del aeropuerto.

—Sí. Y adivina quién iba en primera clase —interrumpe Faith, saltando en la cama.

—¡Faith!

Su nombre, pronunciado bruscamente, hace que la niña se calle. Mariah

aprieta los labios, consciente de que Kenzie tiene la mirada clavada en ella, consciente de la confusión de Faith.

—Regresamos; eso es lo que importa. Cuando me dijeron que había recibido los papeles, regresamos.

Kenzie ni pestañea. Mariah siente el sudor debajo del cuello de su camisa; puede leer con claridad lo que dicen los ojos de la tutora *ad litem*: «Esta mujer miente». Sin embargo, contarle más cosas a Kenzie sería reconocer que huyó de la amenaza del juicio de Colin, hacer pública su relación con Ian y violar su intimidad. Mira fijamente a Kenzie, esta vez sin querer echarse atrás.

Para su sorpresa, es Kenzie quien lo hace. No saca una libreta ni hace más preguntas ni reprende a Mariah; se limita a moverse y apartarse un poco de ella sobre la cama de Faith. Luego vuelve a su tarea inicial, tarareando en voz baja y trenzando el precioso pelo de Faith con los dedos, como si de hilo en un telar se tratara. Lo único que puede hacer Mariah es observar a Kenzie atando todos los cabos sueltos.

—Oh, Ian, Dios mío. Qué bien que hayas llamado.

Ian agarra el auricular con fuerza, sonriendo.

—Menuda acogida, cielo.

—Creo que la tutora *ad litem* lo sabe. Hoy estuvo haciendo preguntas y Faith le soltó algo de Kansas City y...

—Mariah, tranquilízate. Respira... eso es. Bueno. ¿Qué ha ocurrido?

Escucha lo que le relata Mariah de la conversación con Kenzie van der Hoven frunciendo el ceño.

—Bueno, no creo que esto sea concluyente. Lo único que sabe es que alguien que atrajo la atención de Faith estuvo en el avión; podría tratarse de uno de los Backstreet Boys o del príncipe William.

—Sí, pero sabe el día que nos fuimos, y cuándo presentó Colin los papeles.

—Eso iba a descubrirlo de todas formas. La mejor defensa que tienes es que regresaste con Faith —explica Ian dulcemente.

Luego duda y piensa en su reunión con Metz.

—Te he dicho que no te preocupes, Mariah. Te he dicho que encontraré la

solución. ¿Es que no confías en mí?

Por un momento horrible, Mariah no responde. Luego Ian siente como una ráfaga de calor que le llega a través del teléfono antes de oír su voz.

—Sí, Ian.

El intenta contestar, pero se da cuenta de que no hay palabras.

—Siento haberte metido en este embrollo —añade Mariah.

—Cielo, es el único sitio en el que quiero estar —responde Ian, cerrando los ojos.

16 de noviembre de 1999

El día que Kenzie conoce a Millie Epstein, el plato especial del día en el restaurante del centro de New Canaan es pescado rebozado con patatas fritas.

—Muy mal —dice Millie, chasqueando con la lengua al mirar el menú—. Ni siquiera sabes si lo hacen con aceite de cañóla o qué.

Le parece una manera perfecta de romper el hielo.

—Supongo que tiene mucho cuidado con lo que come —comenta Kenzie, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos sobre la mesa de la zona reservada.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si estiro la pata de nuevo, llamaré a Faith en vez de a urgencias —dice Millie, mirándola a los ojos.

Al ver cómo la joven mujer se queda boquiabierta, Millie sonrío.

—Es broma. Claro que tengo cuidado. Sin embargo, también llevaba cuidado antes sufrir el ataque al corazón. Comía bien y me tomaba las pastillas como un reloj. ¿Vio mis informes en el hospital? —pregunta Millie.

—Sí.

—¿Cree que me resucitaron?

—No sé si utilizaron la palabra «resucitada» exactamente... —responde Kenzie, sonrojándose.

—¿Y entonces cuál es exactamente la palabra que explica lo que ocurrió? ¿Un milagro?

—Bueno, quizá sería algo así como una respuesta extremadamente irregular del sistema nervioso.

—Ah —murmura Millie—. ¿Cree en Dios, señora Van der Hoven?

—Eso no importa. Creo que soy yo quien tiene que hacer las preguntas, señora Epstein.

—A mí también me pone un poco nerviosa. No soy muy beata, que digamos, y seguramente tampoco lo sería si fuera cristiana —continúa la anciana alegremente.

—El tema de esta vista es cuál es el mejor hogar para Faith, señora, y con el debido respeto, en este contexto Dios no pinta nada.

—Mire, en eso no estamos de acuerdo —apunta Millie, toqueteándose los dientes con la uña del pulgar y moviendo la cabeza—. Una mujer más religiosa diría que Dios siempre pinta algo, pero que no está en un lugar concreto. En mi opinión, no puede hacer su trabajo sin preguntarse si cree en Dios o no, porque si no cree, entonces Faith está mintiendo, y eso influirá en su decisión sobre dónde tiene que estar.

—Señora Epstein, usted no es la tutora *ad litem*.

—No, pero usted no es su abuela —puntualiza Millie, mirando a Kenzie directamente a los ojos.

Antes de que Kenzie pueda responder, llega la camarera.

—¿Qué tal, Millie? —le pregunta con la confianza que hay en los pequeños pueblos en los que la gente te reconoce por la calle.

—Irene, ¿cocináis el pescado y las patatas con aceite de cañóla?

—¿Te crees que esto es The Four Seasons? Que yo sepa, salen de una caja de congelados —responde la camarera, riéndose.

Millie extiende el brazo sobre la mesa y da unos golpecitos sobre la mano de Kenzie.

—Escoja la sopa. Así luego no se encontrará mal.

Sin embargo, Kenzie sólo pide una Coca-Cola.

—Lo que necesitamos aquí es una charcutería —añade Millie, pensativa—. ¿Sabe cuánto hace que no como un buen embutido ahumado?

—¿Toda una vida? —pregunta Kenzie, haciendo una mueca.

—Exactamente —responde Millie, riéndose y pasando el índice por el borde de un sobre de edulcorante—. Cuando Faith tenía tres años, merendábamos juntas a menudo. Venía a casa y sacábamos toda la mantelería de mi abuela. Nos disfrazábamos con albornoces viejos que tenía de los años

cuarenta, los que llevaban esas plumas rosas en los puños y en el cuello. ¿Cómo se llama el pájaro de esas plumas?

—Marabú.

—Eso es. Marabú. ¿No es eso un tipo de reno?

—Eso es caribù —dice Kenzie, sonriendo—. Señora Epstein, entiendo que esté preocupada por su nieta. Sin embargo, quiero que sepa que sólo intento tomar la mejor decisión para Faith.

—Bueno, si piensa que Faith miente, entonces debe de ser patológico y contagioso, porque su madre la cree, y también la creen las quinientas personas que acampan en el jardín, por no hablar del sinfín de médicos que vieron cómo se detenía mi corazón.

—¿Se acuerda de la emisión de *La guerra de los mundos*? —pregunta Kenzie después de un momento de silencio.

—Claro que me acuerdo. Mi marido y yo teníamos tanto miedo como todos los demás.

—A eso mismo voy, señora Epstein. La gente oye lo que quiere oír, y cree lo que quiere creer.

Millie baja el vaso de agua despacio e inconscientemente se pasa la mano por el corazón.

—¿Qué quiere creer usted, señora Van der Hoven?

Kenzie no duda.

—Que lo que recomiende sea lo mejor para Faith. ¿Y usted, señora Epstein? ¿Qué quiere creer?

«Que el tiempo pueda retroceder. Que las pesadillas se detengan. Que Colin nunca entre en la vida de mi hija».

—Quiero creer que existe un Dios —dice Millie con claridad—. Porque estoy segurísima de que existe un diablo.

—Hunstead —ordena Metz desde su trono al final de la mesa de negociaciones—. Tú y Lee tenéis que conseguir la confirmación. Quiero una copia del billete de Mariah a Kansas City.

—Señor —interrumpe un asociado—. ¿Estamos hablando de Kansas City, Missouri, o de Kansas City, Kansas?

—¿Dónde coño has estado esta última hora, Lee? —le pregunta Metz—. Hunstead, pon al día a tu compañero anamnésico de lo que hemos estado hablando mientras estaba soñando con «Los vigilantes de la playa».

—¿Por qué no probamos con las agencias de alquiler de coches? — sugiere Hunstead—. Si fue Fletcher quien se encargó del transporte, seguro que utilizó su nombre o el de la productora; de lo contrario, Mariah White habría usado una tarjeta de crédito.

—Muy bien —dice Metz—. A por ello. También quiero copias de los registros de los hoteles de la zona.

Dos asociados sentados a la derecha de Metz en la mesa de negociaciones de cromo y cristal garabatean la orden en sus libretas.

—Lee, quiero saber todos los casos de los últimos diez años en los que se ha anulado una custodia y se le ha dado al padre, y quiero saber por qué. Elkland, empieza a buscar psiquiatras en nuestras listas de expertos. Necesitamos a uno que esté dispuesto a decir que si alguien ha sido un chalado, lo será toda la vida.

Los mira, tocando con la palma de la mano una manzana que ha estado todo el rato delante de él.

—¿Qué es un abogado metido en un bloque de hormigón en el fondo del mar?

Los jóvenes abogados se miran entre sí. Finalmente, Lee levanta la mano.

—¿Un buen comienzo porque sin abogado no hay problemas?

—¡Excelente! Te has ganado la declaración de esta tarde con el psiquiatra del tribunal que ha evaluado a Colin White.

—¿Qué va a hacer usted?

—¿Qué coño voy a hacer? Arrodillarme y rezar al cabrón de Alá — responde Metz, riéndose.

Apunta varias cosas mientras los abogados más jóvenes se van corriendo para cumplir órdenes, y luego pulsa el botón del intercomunicador.

—Janie, no quiero que me molesten.

Solía ser una broma entre ellos; «No quiero que me molesten a menos que llame Dios», decía normalmente Metz. Por supuesto, lo gracioso era que la mayoría de la gente del bufete no descartaba que algún día eso ocurriera. Sin embargo, desde que ha aceptado el caso White, Metz ha dejado de hacer esa

broma.

No le gusta Colin White, pero tampoco le caen especialmente bien los otros clientes que defiende. Sin embargo, le gusta el caso White porque es un reto para él. Metz tiene una oportunidad de oro para demostrar lo mejor de la ley, algo que no tiene mucho que ver con la justicia, sino con la seducción.

Dentro de un par de semanas entrará en los tribunales, tomará la vida de un mierda como Colin White y la transformará por completo. Recreará tan bien la situación de su cliente que el juez y la prensa, y quizá incluso la otra abogada, creerán lo que dice.

Metz se ríe. Y dicen que son los cirujanos los que tienen complejo de Dios.

No es religioso. De hecho, el último contacto con el culto organizado que recuerda fue su propio *bar mitzvah*. Metz recuerda el vestido rojo que llevaba su madre, el traje amazacotado que llevaba puesto y el sonido sorprendente de su voz mientras cantaba las palabras de la Torà. Pasó tanto miedo que casi se orinó encima, y luego más tarde en la recepción, cuando sus tías se le acercaron entre nubes de perfume para besarlo y darle las *nachas*, estuvo a punto de desmayarse. Sin embargo, valió la pena cuando su padre se lo llevó al cuarto de baño y se quedó de pie a su lado en el urinario. «Ahora eres un hombre», le dijo sin mirarlo a los ojos.

Fue la primera vez que Metz utilizó sus palabras para rehacer a una persona. En este caso, a sí mismo.

Vuelve a centrarse en el archivo que tiene delante. Colin White, Mariah White, Faith White. Éstos son los nombres en los documentos jurídicos; «Dios» no aparece en ningún sitio, y según la interpretación de la ley de Malcolm Metz, así es como debe ser.

18 de noviembre de 1999

Kenzie no ha estado nunca dentro de un templo. Es consciente de que está mirando boquiabierta el Arca de la Alianza lujosamente decorada, los devocionarios judíos y el *bema*.

—Parece una iglesia —afirma, tapándose la boca avergonzada

inmediatamente.

—Decidimos dejar lo de bailar desnudos alrededor del fuego hace más o menos un año —apunta el rabí Weissman, sonriendo.

—Lo siento —responde Kenzie, mirándolo a los ojos—. No conozco demasiado el judaísmo.

—Pues aún puede ser una experta —prosigue, señalando un banco—. Así que quiere saber si Faith White realmente mantiene conversaciones con Dios. Señora Van der Hoven, *yo* tengo conversaciones con Dios. Sin embargo, ya ve que los de «Hollywood Tonight!» no montan guardia enfrente de mi oficina.

—Así que quiere decir que...

—Quiero decir que Dios, en su infinita sabiduría, no ha aparecido travestido para jugar a las damas conmigo —apunta, quitándose las gafas y limpiándose las con la camisa—. ¿No sospecharía usted un poco si una niña sin formación jurídica alguna de repente anunciara que puede ejercer de juez y lo hiciera?

—¿Usted cree que se puede comparar?

—Dígame usted. Dice que habla con Dios, ¿y qué? No veo a Dios diciéndole que los israelitas arrollarán la OLP. No veo a Dios diciéndole que mantenga el kosher. No veo a Dios ni siquiera inspirándola para que acuda a los oficios del viernes por la noche. Me cuesta mucho creer que si Dios decide manifestarse en una forma humana ante una judía, escoja precisamente a una niña que no sigue un modelo de vida judía.

—Según tengo entendido, las apariciones religiosas no ocurren sólo ante gente piadosa.

—¡Ah! ¡Ve que ha estado hablando con los sacerdotes! Mire la Biblia. La gente que ha tenido la suerte de poder hablar con Dios o es muy religiosa o es capaz de hacer el bien por la religión. Coja el ejemplo de Moisés. Moisés no creció como judío, pero abrazó su religión después de hablar con Dios. En este caso, no veo que eso esté ocurriendo —explica, sonriendo—. Aunque nos gustaría alimentar la fantasía de que Dios podría ser el amigo de Paco, un tío normal que no va a la iglesia ni al templo y reza sólo para ganar sus apuestas de la supercopa de fútbol americano, no es realista. Dios perdona, pero también tiene una gran memoria, y los judíos han vivido siguiendo el mismo modelo de vida durante los últimos cinco mil años por alguna razón.

—Sin embargo, he conocido a Faith, y no creo que esté intentando engañar a la gente a propósito —apunta Kenzie, levantando la mirada de su libreta.

—Yo tampoco. No se sorprenda tanto. Yo también la he conocido, ¿sabe? Es una niña muy dulce, lo cual me lleva a pensar que alguien está detrás de todo esto.

Kenzie piensa de nuevo en la habitación de Faith, cuando Mariah hizo que su hija se callara con sólo una mirada.

—Su madre.

—Ésa fue mi conclusión, sí —dice, recostándose en el banco—. Sé que la señora White no es una judía demasiado practicante, pero algunas cosas se llevan en la sangre. Si los traumas de una infancia reprimida pueden perseguirte, ¿por qué no iba a hacerlo la práctica religiosa? Quizá sea algo que esté arraigado en una edad muy temprana de la señora White, incluso antes de que pudiera hablar, y de algún modo se lo ha transmitido a su hija.

—¿Por qué? —pregunta Kenzie, rascándose el mentón con el lápiz.

El rabí Weissman se encoge de hombros.

—Pregúnteselo a ese tipo, a Ian Fletcher. Dios puede ser un socio silencioso muy lucrativo. La pregunta no es *por qué*, señora Van der Hoven. La pregunta es *por qué no*.

19 de noviembre de 1999

—Sin duda es algo que hay que tener en cuenta —dice el padre MacReady.

Camina al lado de Kenzie por los jardines de la iglesia, levantando pequeños remolinos de hojas con la punta de sus botas camperas.

—Sin embargo, también puedo decirle otra cosa que hay que tener en cuenta. ¿Por qué iba a querer una niña, o su madre, como sugiere usted, tener estigmas?

—¿Para que le presten atención?

—Bueno, podría ser. Sin embargo, ver a Elvis resulta mucho más atractivo que ver a Dios, por ejemplo. Además, según la tradición del catolicismo, las visiones de María siempre han atraído a mucha más gente y han sido mucho más emotivas que las de Jesús —explica, mirando a Kenzie mientras el pelo le

ondea al viento—. Los estigmatizados se ven sometidos a un examen detallado por parte de la Iglesia católica, pero supongo que si estás en contacto con Elvis, sólo tienes que responder ante alguien como Petra Saganoff.

—¿No le parece extraño que una niña judía tenga una visión de Jesús?

—La religión no es un concurso, señora Van der Hoven —dice, mirando a Kenzie con atención—. ¿Qué es lo que le molesta realmente de este caso?

Kenzie se cruza de brazos, de repente fría.

—Estoy convencida de que Faith no está mintiendo, con lo cual quizá haya otra persona detrás de todo esto...

—Mariah.

—Sí —suspira Kenzie—. Porque si no es así... realmente está viendo a Dios.

—Y le cuesta aceptarlo.

—Soy bastante escéptica —responde, asintiendo.

—Yo también —dice el padre MacReady—. De vez en cuando, incluso aquí, nos cuentan que una estatua llora sangre o que un hombre ciego de repente ha recuperado la vista, pero eso no ocurre a no ser que seas David Copperfield. Soy el primero en pensar que la fe devota puede cambiar a una persona, pero ¿hacer milagros? De ninguna manera. ¿Curar? No creo. La verdad es que la única devoción que Faith tiene se encuentra en su nombre, que significa fe. No creció creyendo en Dios, y ni siquiera ahora le preocupa quién es Dios. Sólo tiene en cuenta el hecho de que Dios es una amiga.

El padre MacReady mira fijamente hacia el otro lado del jardín de la iglesia. El sol ha conseguido abrirse paso entre las nubes y muestra rayos azules y dorados, como una foto antigua de parafernalia religiosa. Recuerda a su madre parando el coche para suspirar ante la belleza de un momento como ése. «Mira esto, Joseph —le decía—. Es un cielo de Jesús».

—Señora Van der Hoven —dice pensativo, aún mirando fijamente en la distancia—. ¿Ha visto alguna vez una puesta de sol en Nepal?

Kenzie lo imita y contempla la deslumbrante paleta del cielo.

—No.

—Yo tampoco —reconoce el padre MacReady—. Sin embargo, eso no significa que no exista.

Ciudad del Vaticano, Roma

La institución precursora de la sede de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe fue fundada en el año 1231 por el papa Gregorio IX; de vez en cuando, llevó a cabo su misión forzando a los sospechosos en el potro, chamuscándolos con carbón ardiente, flagelándolos y quemándolos en la hoguera. Hace mucho, muchísimo tiempo que existió la Inquisición, y la sede ahora se dedica a promover la correcta doctrina católica más que a censurar la herejía. Sin embargo, el cardenal Sciorro a veces camina por los pasillos y huele a cenizas, y a veces se despierta por la noche porque ha oído gritos.

Al cardenal prefecto le gusta considerarse un hombre sencillo, un hombre santo, pero ante todo un hombre justo. Desde que la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe actúa como tribunal de apelación, sabe que tiene las aptitudes necesarias para ejercer su cargo. Lleva la responsabilidad con tanta seguridad como lleva su *mozzetta*, y ejerce el mismo peso sobre sus hombros.

Está en su oficina, bebiendo a sorbos su chocolate matutino y leyendo por encima el papeleo que se ha ido acumulando, cuando ve la noticia por primera vez.

—La Sociedad de la Madre Dios —lee lentamente, probando cómo suenan las palabras en su boca.

Le dejan un regusto amargo. Echa una ojeada al escrito: un grupo de mujeres católicas considerablemente grande desea apelar contra la censura de Su Excelencia el obispo de Manchester, alegando que las palabras de una tal Faith White, que no es católica, no son heréticas.

El cardenal prefecto llama a su secretario, un monseñor atento llamado Reggie con mirada de sabueso.

—¿Eminencia?

—¿Qué sabe de la Sociedad de la Madre Dios?

—Bueno —responde Reggie—. Se manifestaron ayer en la plaza San Marco.

Esas mujeres católicas militantes cada vez son más poderosas. Por un momento, el cardenal siente una punzada de nostalgia, y piensa en cómo era el mundo antes del Concilio Vaticano II.

—¿Qué es lo que el obispo Andrews consideró herejía?

—Según tengo entendido, la visionaria judía dice que Dios es una mujer.

—Vaya.

El cardenal prefecto espira lentamente, pensando en Galileo, Juana de Arco y otras víctimas de supuesta herejía. Se pregunta si tiene sentido que la Sociedad de la Madre Dios continúe censurada después de esa apelación. Puede impedir que esas mujeres impriman herejía y divulguen un dogma falso, porque son seguidoras del catolicismo.

Sin embargo, Faith White seguirá allí fuera, diciendo lo que quiera.

Lacey Rodríguez se quita los zapatos y mete la cinta en el vídeo. No es la primera vez desde que es investigadora que reflexiona sobre lo desconsiderados que pueden llegar a ser los jefes. Un par de incentivos más, un mejor paquete de beneficios (Dios santo, incluso una felicitación personal de vez en cuando)... cualquiera de esas cosas podrían haber evitado que el cámara de Ian Fletcher le vendiera una copia de la grabación de la prueba de esfuerzo de Millie Epstein por unos miserables diez mil dólares.

Pulsa el botón para avanzar rápido, porque no tiene el más mínimo interés en saber cuál es el ritmo cardíaco de la anciana ni en escuchar sus resoplidos en la cinta de andar. Luego se inclina hacia adelante, paralizada, cubriéndose con la punta de los dedos la sonrisa que dibuja lentamente.

Trece

Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

1 PEDRO 5,8

23 de noviembre de 1999

—Ese tío es un capullo —anuncia Joan, arrojando su cartera sobre la mesa de la cocina.

Ni mi madre ni yo nos inmutamos. Ya hemos oído otras veces a Joan despotricar de esta manera contra Malcolm Metz. Me siento delante de ella mientras revuelve los papeles.

—Lo bueno es que dentro de pocas semanas no tendrás que volver a ver a Metz —digo, con falso ánimo.

—¿Quién está hablando de Metz? —pregunta Joan, mirándome sorprendida.

Se recuesta en la silla, dándose un masaje en las sienas.

—No, hoy tuve el gran placer de tomar declaración a Ian Fletcher. El tío llegó veinte minutos tarde y no quiso responder a nada, aparte de su nombre y su dirección. Seguro que en el colegio le enseñaron a decir «Me acojo a la quinta enmienda», y no había tenido la oportunidad de ponerlo en práctica

desde entonces —explica, meneando la cabeza y dando a Mariah una lista—. Lo único que sé es que ese tío nos lo va a poner muy difícil.

Mariah coge el papel, intentando asimilar el comentario de Joan. ¿Ian, un testigo para Malcolm Metz? ¿Para *Colin*?

—Además de Fletcher, ¿hay alguien más en la lista de testigos de quien puedas darme información?

Intento responder, pero tengo la boca demasiado seca y sólo puedo emitir un resoplido de sorpresa. Soy vagamente consciente de que mi madre me mira con los ojos entornados; del mar de letras en movimiento de los nombres: Colin, el doctor Orlitz, el doctor DeSantis.

—¡Mariah! —me grita Joan, aunque oigo su voz desde muy lejos—. ¿Te encuentras bien?

Me ha dicho, desde el principio, que me ayudará. Me ha dicho que hará lo que esté en sus manos para asegurarse de que pueda quedarme con Faith; y sin embargo aquí está, confabulado con Malcolm Metz, mintiéndome.

¿Qué otras mentiras me habrá contado?

Sintiendo una subida de adrenalina, me levanto, empujando la silla y apartándola de la mesa. Joan y mi madre me observan mientras salgo de la cocina y me siguen hasta el salón. Cuando por fin entienden lo que voy a hacer, Joan interviene a toda prisa.

—Mariah —me advierte—. No pierdas el control.

Sin embargo, no puedo pensar con claridad; no quiero pensar con claridad. No me importa quién me vea cruzando el jardín impulsada por el dolor y la furia. Casi ni presto atención a los medios, electrizados al ver que me acerco a la Winnebago con un único propósito en mente.

Ni siquiera me molesto en llamar. Con el pecho palpitante, me detengo en la puerta y miro fijamente a Ian y a tres de sus empleados, todos alrededor de una mesa con papeles esparcidos. Por un segundo, los ojos de Ian me hablan: sorpresa, placer, confusión y cautela; un sentimiento tras otro.

—Señora White —dice, alargando las palabras—. Qué sorpresa más agradable.

Se vuelve hacia las otras tres personas y les pide que nos dejen solos; salen en fila de la Winnebago, mirándome curiosos.

En cuanto se cierra la puerta, Ian se levanta de la mesa y me coge de los

hombros.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Faith?

—Aún no —respondo enfadada.

Retrocede, distanciado por mi ira.

—Bueno, pues ya me dirás qué es. No puedes ni imaginarte lo que estarán conjeturando todos los reporteros que te han visto venir hasta aquí ahora mismo —explica, cambiando luego la expresión con una sonrisa infantil—. ¿O es que no podías vivir ni un segundo más sin verme?

—¿Por qué no me has dicho que vas a testificar para Metz? —pregunto, tragando con fuerza.

No puedo evitar que la voz se me entrecorte a media frase. Tengo la satisfacción de escuchar cómo Ian empieza a explicarse, y luego, para mi sorpresa, se echa a reír.

—Te lo ha dicho Joan.

Asiento.

—¿Te ha comentado que he estado poco dispuesto a colaborar? —pregunta Ian, acercándose—. Mariah, testificaré a tu favor.

Huelo su camisa. Incluso ahora, cuando debería odiarlo, siento el olor de su piel. Cobrando ánimo, me separo.

—Bueno, quizá no te hayas dado cuenta, pero Malcolm Metz no es mi abogado.

—Lo sé. Fui a verlo y le hice creer que le daría ejemplos hasta el día del juicio final sobre lo mala madre que eres. Sin embargo, cuando me toque testificar en el tribunal, le sorprenderé, porque mi discurso será totalmente distinto.

—Pero Joan...

—No tenía elección, Mariah. Si repaso mi declaración con Metz, y luego me dirijo al estrado y empiezo a hablar en swahili, no supone ningún problema. Al fin y al cabo, soy su testigo y sólo significaría que no me estoy comportando como debería. Sin embargo, si miento a Joan Standish en una declaración jurada y luego me levanto en un tribunal de justicia y digo algo totalmente distinto, cometería perjurio. Hoy tuve que acogerme a la quinta enmienda varias veces, porque así ella no tendrá problemas, yo tampoco, y Metz no sospechará de mí.

Quiero creerlo; Dios mío, cuánto quiero creerlo.

—¿Harás eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti —responde Ian, inclinando la cabeza.

Esta vez, cuando me coge entre sus brazos, no me resisto.

—¿Por qué no me has contado que estabas haciendo esto?

—Cuanto menos sepas, mejor. De esta manera, si me sale el tiro por la culata, a ti no te afectará —explica, acariciándome la espalda suavemente.

Me besa en la comisura de los labios, en la mejilla y en la frente.

—Aún no se lo puedes decir a Joan. Si lo descubre antes del juicio, podría tener muchísimos problemas.

En respuesta, me pongo de puntillas y lo beso. Al principio, es un beso tímido; luego abro mi boca en la suya, identificando café y algo más suave, como un caramelo. Seguro que si Ian me estuviera mintiendo, lo notaría. Seguro que si me estuviera mintiendo, me daría cuenta.

«¿Cómo me di cuenta antes?». Cerrando los ojos, aparto con firmeza el pensamiento de Colin y sus indiscreciones. Siento cómo el calor de Ian crece entre nosotros, cómo empuja sus caderas contra las mías.

Jadeando, se aparta de mí.

—Cielo, allí fuera hay toda una muchedumbre esperando a ver si sales con vida de esta caravana; y si seguimos así, no puedo prometerte nada.

Me besa castamente en la ceja y da un paso atrás a propósito, haciendo un mohín.

—¿Qué pasa?

—Que en realidad no parece que te hayas estado peleando conmigo.

Me sonrojo; me coloco bien el pelo con las manos y me toco los labios con la punta de los dedos. Ian se ríe.

—Pon cara de enfadada y vuelve a tu casa rápidamente. Pensarán que aún estás hecha una furia.

Me acaricia la mejilla con la mano, y me vuelvo para besarle la palma.

—Ian... gracias.

—Señora White —murmura—. Es todo un placer.

Joan y mi madre están cerca de la puerta y acuden a mí en seguida cuando

entro; me recuerdan a los trapevistas de circo que esperan en la alta escalera de cuerda para asegurarse de que su compañero que está en el trapecio vuelve sano y salvo.

—Virgen santa, Mariah —me regaña Joan—. ¿En qué estabas pensando?

Mi madre no dice ni mu. Me mira fijamente la boca, roja y besada, y levanta una ceja.

—No estaba pensando —confieso.

Al menos eso es cierto.

—¿Qué le has dicho?

—Que sea más educado con mi abogada en el futuro —le miento, mirándola directamente a los ojos—. Porque de lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

Unos pocos minutos antes de que Petra Saganoff y su equipo lleguen, hablo con Faith en un rincón al lado del cuarto de baño.

—¿Recuerdas lo que hemos dicho?

Faith asiente con solemnidad.

—No puedo hablar de Dios; y habrá una cámara grande —añade Faith—. Como las que hay fuera.

—Eso es.

—Y no puedo decirle a Petra Saganoff que es eso que empieza por p.

—¡Faith!

—Bueno, tú la llamaste así.

—Pues no estuvo bien.

Suspiro, pensando que si sobrevivo a este día no volveré a quejarme en la vida. A través de Joan, he quedado con Petra Saganoff en casa para que filme lo que ella llama «recursos»; o sea, imágenes de fondo de Faith jugando y de nosotras en casa, que luego utilizará para montar su propio relato, antes de emitir el reportaje final en «Hollywood Tonight!». Joan se ha asegurado de que Saganoff firme una cesión sobre lo que puede y no puede rodar, pero su visita me preocupa de todos modos. Aunque pienso que Faith podrá actuar con normalidad durante media hora, me podría salir el tiro por la culata... de hecho, Joan me lo ha dejado claro desde el primer día que le mencioné la

exclusiva. Nuestras vidas no han sido precisamente previsibles estos últimos meses. ¿Qué ocurrirá si Faith empieza a sangrar de nuevo? ¿Qué ocurrirá si se olvida y empieza a hablar de Dios? ¿Qué ocurrirá si Petra Saganoff decide hacernos parecer idiotas?

—Mamá —dice Faith, tocándome el brazo—. Todo irá bien. Dios se encargará de que todo vaya bien.

—Perfecto —murmuro—. Nos aseguraremos de que pueda sentarse en primera fila.

Llaman al timbre. Paso por delante de mi madre para abrir la puerta.

—Esto sigue sin gustarme ni un pelo.

—A mí tampoco —le digo, frunciendo el ceño—. Pero si no digo algo, la gente pensará lo peor.

Abro la puerta y me obligo a sonreír.

—Señora Saganoff, muchas gracias por venir.

Petra Saganoff, preparada y en persona, es aún más atractiva que en televisión.

—Gracias por la invitación —responde.

Viene con sus otros tres hombres, a quienes presenta como el cámara, el responsable de sonido y un productor. No me mira directamente a los ojos, sino hacia el pasillo, buscando a Faith.

—Está dentro —informo con sequedad—. ¿Por qué no me sigue?

Hemos acordado que podrá entrar en el cuarto de los juguetes de Faith. ¿Qué mejor manera, digo yo, para mostrar que la niña es sólo una niña, que observándola jugar con sus muñecas, puzzles y libros? Sin embargo, cuando el cámara y el productor han decidido dónde colocar la cámara y han dispuesto la iluminación adecuada para la toma, ya han pasado casi treinta minutos. Faith se está poniendo nerviosa; el cámara le da un «filtro», un trozo de plástico de colores que ha pegado a las luces con pinzas de tender la ropa. Lo coge y mira a través de él, haciendo una versión amarilla de su mundo, pero sé que se le ha acabado la paciencia. A este paso, Faith estará lista para dejar sus juguetes y marcharse a otro sitio cuando Petra esté a punto de empezar.

Estoy pensando en la vez en la que Ian filmó a Faith durante la prueba de esfuerzo de mi madre, de cómo incluso con límites bien marcados aún hay muchas cosas que pueden ir mal cuando se funde un fusible.

—Ah, maldición —gruñe el cámara—. Hay sobrecarga en los circuitos.

Diez minutos más para arreglar el fusible. Ahora Faith ya está lloriqueando.

El cámara mira al productor.

—¿Quieres el código de tiempo o prefieres que salga la hora del día?

Luego el responsable de sonido sujeta una hoja en blanco delante de la cara de Faith.

—Dame un poco de tono —ordena el cámara—. Listos.

El productor mira a Petra Saganoff.

—Cuando quieras.

Cuando empiezan a filmar, estoy en el suelo ayudando a Faith a jugar con un tablero de fieltro. Siguiendo las instrucciones de Joan, no hablo ni con Petra ni con el cámara; sólo hago lo que haría normalmente con Faith. Intento que ella no se fije en la lucecita roja que está sobre la cámara, aunque parece no poder dejar de mirarla. Petra observa desde una esquina.

—Tengo hambre —protesta Faith.

Me doy cuenta de que ya casi es la hora de almorzar.

—Ven. Iremos a la cocina.

Bueno, en teoría esto es un dilema, porque técnicamente no hemos filmado durante treinta minutos, pero el equipo no puede filmar nada más de la casa. Les sugiero que hagamos una pausa y continuemos más tarde, cuando Faith ya haya comido. Gentilmente, invito a Petra a la cocina.

—Tiene usted una bonita casa, señora White —dice, dirigiéndose a mí directamente por primera vez desde que ha llegado.

—Gracias.

Voy a la nevera y saco crema de cacahuete y mermelada. Lo pongo sobre la mesa porque a Faith le gusta prepararse sus propios bocadillos.

—Supongo que esto ha sido difícil para usted —dice Petra, sonriendo luego al ver la expresión de mi cara—. ¿Quiere cachearme y comprobar si llevo micrófono?

—No, claro que no.

La última instrucción de Joan: «Mantén la calma». Escojo mis palabras con cuidado, segura de que la voz en *off* que contará el relato de Saganoff retomará partes de lo que digamos en esta conversación que estamos a punto

de empezar.

—Ha sido difícil —reconozco—. Como seguramente habrá visto, a pesar de todo lo que piensa la gente ahí fuera, Faith es sólo una niña. Es todo cuanto quiere ser.

Detrás de Petra, veo a Faith levantando la palma de la mano. Se ha puesto mermelada alrededor de la tirita para que parezca que está sangrando, y está moviendo la mano en el aire, fingiendo gemir en silencio. Mi madre me mira y le limpia rápidamente la mermelada de la mano con una servilleta de papel, agitando firmemente el dedo delante de su cara en señal de advertencia.

—¿Qué estaba diciendo?

—Que su hija es como cualquier otra niña, pero hay mucha gente que no está de acuerdo con usted, señora White.

—No puedo decirles lo que tienen que pensar —respondo, encogiéndome de hombros—. Sin embargo, tampoco tengo que creer lo que crean ellos. Ante todo, Faith es mi hija. Es así de sencillo; lo demás es ajeno a nosotras.

Orgullosa de mí misma, me detengo porque estoy de racha y hasta ahora no he cometido ningún error. Ni Joan podría criticar esta última afirmación; casi deseo que el cámara hubiese estado filmando.

Cojo una lechuga de la nevera.

—¿Quiere almorzar con nosotras, señora Saganoff?

—Sí no es mucha molestia...

Incluso años después, no seré capaz de entender qué me hizo decir lo que digo a continuación. Me sale como un eructo, y me deja igual de incómoda.

—No, en absoluto —bromeo—. Hoy vamos a comer panes y peces.

Por un momento, un instante horroroso, Petra Saganoff me mira fijamente, como si me hubiera salido otra cabeza. Luego empieza a reírse, se acerca a la encimera y me ofrece su ayuda.

24 de noviembre de 1999

El miércoles se anuncia «Hollywood Tonight!», y promete mostrar por dentro el hogar de los White: «En casa con un ángel». Para mi sorpresa, empiezo a ponerme nerviosa por la emisión. Después de todo, no sé lo que Saganoff dirá

de nosotras, y millones de espectadores lo oirán, pase lo que pase.

A las seis de la tarde, cenamos. A las seis treinta, preparo palomitas en el microondas. A las siete menos veinte, mi madre, Faith y yo estamos sentadas en el sofá, esperando a que Peter Jennings deje de hablar para que «Hollywood Tonight!» empiece.

—Oh, miércoles —dice mi madre, tocándose el pecho—. Me he dejado las gafas en casa.

—¿Qué gafas?

—Mis gafas. Ya sabes, las que necesito para poder ver.

—Las llevabas esta tarde —digo, levantando una ceja—. Seguramente estarán en la cocina.

—No las llevaba; te equivocas. Recuerdo habérmelas dejado en la encimera de la cocina de casa —me explica, mirándome—. Mariah, sabes cuánto odio conducir de noche. Tienes que ir a buscármelas.

—¿Ahora? —le pregunto con incredulidad—. No puedo irme cuando el programa está a punto de empezar.

—Por favor. Mi casa sólo está a cinco minutos, incluso menos. Antes de que hayan acabado las noticias, estarás aquí de nuevo, y si no es así, siempre puedes encender mi televisor y ver el programa desde mi casa.

—¿Y no puedes sentarte más cerca del televisor y ya está?

—No, porque le dolerán los ojos —interviene Faith—. Es lo que me dices siempre a mí.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —digo, frustrada y apretando los labios.

—Si no hubieras empezado a quejarte, ahora ya estarías de vuelta.

Levanto las manos y agarro el bolso, saliendo por la entrada tan rápidamente que los reporteros no tienen tiempo de meterse en los coches y seguirme. Surco veloz las calles de New Canaan hasta que llego a casa de mi madre.

No sólo se ha olvidado las gafas; también se ha dejado la luz de la cocina encendida. Abro con llave, entro y veo a Ian.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Un pajarito me ha dado la llave —dice, sonriendo y cogiéndome las manos.

—¿Un pajarito más o menos de tu altura, cincuenta y algo y con el pelo corto y rubio? No puedo creerlo —afirmo, moviendo la cabeza.

—Quería hacer de hada madrina, Mariah. No se lo estropees —contesta Ian, abrazándome por la cintura.

Corro las cortinas, cierro la puerta con llave y compruebo que fuera no haya luces de coches esperando. El coche de Ian no está.

—Pero tengo que regresar a casa... el programa...

—Está en la otra habitación. Tu madre vino ayer a la caravana y me pregunto si me importaría estar aquí, para ver el programa contigo. Supongo que se imaginó que necesitarías apoyo moral.

—Ella podría dármelo —respondo.

—Sí, pero no sería tan divertido —dice Ian con aspecto ofendido.

Me paro en seco.

—Me estás diciendo que mi madre... que quiere que nosotros...

Ian me toca el pelo.

—Te oyó hablar conmigo por teléfono una noche. Me ha dicho que te mereces un poco de felicidad —me explica, sonriendo—. También me ha dicho que acostará a Faith, lo cual suena como si nos diera su bendición, además de dejarnos la casa.

Entrelazando sus dedos con los míos, me lleva al comedor, donde acaba de aparecer en pantalla la presentación de «Hollywood Tonight!».

Casi ni me entero de que Ian se sienta a mi lado en el sofá mientras el televisor se llena de imágenes de mi casa y de mi hija. La voz sonora de Petra Saganoff parece como fuera de lugar, sobrepuesta en la escena en la que Faith dispone figuritas en su tablero de fieltro.

—Durante semanas hemos oído hablar de los milagros obrados por esta niña, Faith White.

Cortan las escenas para mostrar unas imágenes del hospital (en las que Petra menciona la resurrección de mi madre) y un primer plano del niño con sida con el que Faith jugó en el jardín. Luego aparece Faith de nuevo en el suelo del cuarto de los juguetes, pero esta vez yo estoy con ella.

—Qué bien quedas por la tele —me susurra Ian.

—Chis.

Petra continúa.

—Sin embargo, quizá el mayor milagro sea cómo lucha la madre de Faith, Mariah White, por mantenerse serena y crear un hogar acogedor para su hija a pesar del torbellino que hay fuera de su casa.

—Oh —grito, dibujando una sonrisa y empezando a llorar a la vez—. Oh, Ian. ¿Lo has oído?

Abre los brazos y me lanzo en ellos, riendo y llorando y muy, muy aliviada. Ya no estoy escuchando «Hollywood Tonight!»; desaparece en cuanto Ian me pone las manos en los hombros y la espalda para acercarme hacia él. Acariciándole la cara con ambas manos, lo beso profundamente, hasta que acabo tumbada sobre él en el sofá, jadeando como él.

Me desabrocha la camisa y me besa la piel del cuello que queda descubierta.

—Me encanta el efecto que este programa tiene en ti.

Está coqueteando conmigo, pero yo ya estoy en la fase siguiente. Quiero sentirlo, tomarlo, hacerlo mío. Uno las manos temblorosas detrás de su espalda.

Notando el cambio, Ian se aparta lo suficiente como para mirarme a los ojos.

—Te he echado mucho de menos —susurra.

Luego me besa. Con las manos enciende el fuego que hay en mi interior. «Esto es amor», pienso. Un lugar en el que las personas que han estado solas pueden unirse como halcones revoloteando en el aire, mareados por la sorpresa que sienten ante la química. Un lugar al que vas de buena gana y con asombro.

Cuando mis manos lo liberan e Ian se desliza en mi interior, nuestros dedos se entrelazan; dependemos el uno del otro. Es mío, mío, mío. Su pelo me cae sobre los ojos, y cuando me doy la vuelta, huelo mi propio hombro y me doy cuenta de que huelo a él, como si ya hubiera arraigado bajo mi piel.

La televisión zumba; se ve la imagen de la carta de ajuste caleidoscópica por toda la pantalla. Toco la base del cuello de Ian y el pequeño nudo de la clavícula debajo de su camisa; son lugares que empiezo a conocer de memoria.

—Ian... ¿piensas alguna vez en ir al infierno?

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —pregunta, apartándose y sonriendo de manera burlona.

—Dime, ¿lo piensas?

Se pasa la mano por el pelo y se apoya contra la cabecera.

—Crear en el infierno implica creer en alguna interpretación religiosa, así que tendría que responderte que no.

—Tendrías que responderme que no —repito lentamente—. Sin embargo, no me has dicho lo que piensas.

Me cubre con su cuerpo y respira sobre mi cuello.

—¿Qué te ha hecho pensar en el infierno? ¿Ha sido esto? —pregunta, rozándome el hombro con los dientes—. ¿O esto?

No; se lo quiero decir. «Esto es el paraíso. Esto debe de ser el paraíso porque nunca en mi vida me hubiera imaginado que alguien como tú querría estar con alguien como yo, aquí, haciendo esto». Luego, persiguiendo este pensamiento, llega otro: que este placer, sin duda, tiene un precio.

Ian descansa su frente sobre la mía y cierra los ojos.

—Sí —susurra—. Pienso en ir al infierno.

Metz frunce el ceño ante el televisor y lo apaga mientras la cinta sigue en marcha.

—Esto es pura basura —anuncia en una habitación vacía—. ¡Basura!

Mariah White le ha ganado la partida al dejar que los de «Hollywood Tonight!» entraran en su casa y mostraran los entresijos del hogar; sinceramente, está sorprendido porque no encaja con lo que Colin White le ha contado de su mujer. Según él, Mariah se daba media vuelta y fingía no existir ante la primera señal de confrontación. Sin embargo, se ha mostrado a los medios después de estar semanas escondida; es sin duda una estrategia de posicionamiento, y desafortunadamente Metz reconoce que es buena. Con el juicio dentro de una semana, la prensa acreditada enamorada de Faith White y un cliente muy nervioso en la retaguardia, tendrá que trabajar duro.

Alguien llama a la puerta.

—¿Sí?

Elkland, una de sus jóvenes colaboradoras, saca la cabeza por la puerta.

—¿Señor Metz? ¿Tiene un minuto?

Sí tiene un minuto. Tiene toda una tarde llena de largos minutos, y debería utilizarlos para aprovechar las posibilidades que tiene a su favor en el caso White.

—Claro —dice, señalando la silla y pasándose las manos por la cara con cansancio—. ¿Qué hay?

—Bueno, anoche vi ese programa que se llama «Nova» en PBS.

—Felicidades. ¿Quieres ser abogada o tener una familia prototipo?

—Bueno, se lo digo porque hablaron de una enfermedad. Se llama síndrome de Munchausen por poderes. Decían que si la padeces haces que otra persona parezca estar enferma física o mentalmente.

—Dime que los papeles que tienes en la mano son una investigación preliminar —murmura Metz, enderezándose intrigado.

Elkland asiente.

—Es un trastorno clínico. Normalmente la madre se lo hace al hijo en secreto para conseguir atención positiva, para parecer, irónicamente, una buena madre por llevar al niño a urgencias o a un psiquiatra. Por supuesto, como es la madre quien hace que el hijo esté enfermo, es una sandez.

—¿Cómo haces que otra persona tenga una alucinación? —pregunta Metz, frunciendo el ceño.

—No lo sé —reconoce Elkland—. Sin embargo, he encontrado a alguien que sí lo sabe. Me he tomado la libertad de entrevistar por teléfono a un experto en el síndrome Munchausen por poderes. Quiere hablar con usted sobre el caso.

Metz da golpecitos con los dedos sobre la mesa. Las posibilidades de que Mariah White tenga ese trastorno de Munchausen probablemente sean muy limitadas, pero en realidad no importa. Los argumentos de peso que ha utilizado en sus casos normalmente no han tenido nada que ver con la verdad; se trata de ser capaz de echarse un farol correctamente. La mejor estrategia para Colin White será que el juez vea defectos en la madre de Faith, para que no le quede más remedio que conceder la custodia al padre. El caso es que Metz insinúe que Mariah tiene la lepra, esquizofrenia o ese síndrome de Munchausen por poderes; cualquier cosa para que Rothbottam reconsidere la

situación.

En cierto modo, está jugando limpio, porque utiliza la misma táctica que Mariah White ha tenido en mente al invitar a «Hollywood Tonight!» a su casa. En realidad, en este caso la percepción lo es todo. Tradicionalmente, los jueces no conceden la custodia a los padres, a menos que se demuestre que la madre es una adicta a la heroína o una puta. O, quizá, que está loca de remate.

—Me gusta —dice con cautela.

Elkland sonríe.

—Aún no le he contado lo mejor. ¿Sabe qué pasa con esas madres? ¿Las que de verdad tienen el síndrome de Munchausen por poderes? Que son unas mentirosas patológicas; forma parte del síndrome. Si les preguntas si han hecho daño a sus hijos, te dirán que no, responderán indignadas y reaccionarán con hostilidad.

—Lo que ocurrirá con la señora White cuando la hagamos enfadar —añade Metz, sonriendo despacio.

—Exactamente —responde Elkland.

25 de noviembre de 1999

Mi madre decide que ya ha llegado la hora de regresar a su casa. No sé si lo decide porque se acerca el juicio o porque está harta de dormir en nuestra habitación de invitados. La ayudo a meter sus cosas en la maletita que ha tenido desde que tengo uso de razón.

Doblo su camisión en tres partes sobre la cama, y en tres partes de nuevo. Está en el cuarto de baño, recogiendo las cremas, pastas y polvos que conforman un olor que siempre asociaré con ella. Me recuerda a la noche en la que Ian y yo estuvimos en su casa. Creía que ese perfume, que tanto me recuerda a la infancia, no me permitiría hacer el amor con Ian en casa de mi madre, pero estaba equivocada. Era un olor de seguridad y de comodidad, extrañamente seductor tanto para Ian como para mí.

—No te he dado las gracias —digo mientras mi madre sale del cuarto de baño con sus bártulos de tocador.

—¿Las gracias por qué? —pregunta mientras agita la mano—. ¡Ah! De

nada, mujer.

—No, no porque te hayas quedado aquí. Me refería a... bueno, por hacer que me fuera.

—Ah. Me preguntaba cuándo acabaríamos hablando de esto —responde mi madre, levantando la cabeza.

Siento cómo me ruborizo. Después de tantos años, sigo sin poder hablar de chicos con mi madre sin sentirme como si aún fuera una adolescente.

—Fue un gesto bonito —añado diplomáticamente.

—Por el amor de Dios, Mariah; llama las cosas por su nombre, ¿quieres? Fue una cita, un encuentro secreto de amantes, un punto de reunión para que el amor...

—Bueno, déjalo, ¿quieres? —la interrumpo sonriendo—. Está claro que *eres* mi madre.

Me toca las mejillas y me estremezco, como si estuviera sujetando mi infancia en la palma de su mano.

—Sin embargo, en algún momento también me he convertido en tu amiga.

Parece una idiotez, dicho de esta manera, pero es cierto. Las mujeres de mi vida, mis dos mejores amigas, son mi madre y mi hija. Hace unas semanas, casi perdí a una, y dentro de unos días, puedo perder a la otra.

—Está claro que me necesitas, pero sé que también lo necesitabas a él. Y pensé que nadie mejor que yo para hacer que eso ocurriera.

Mi madre empareja los zapatos metódicamente y los mete en la maleta. Es preciosa; es blanda por fuera y dura como el hierro por dentro. De mayor quiero ser como ella.

—La mejor, sin duda —digo en voz baja.

2 de diciembre de 1999

Joan cena con nosotras la noche antes de la vista. Después, mientras mi madre y Faith recogen la mesa, bajamos a mi taller para tener intimidad. Repetimos mi declaración una vez más, hasta que Joan está segura de que no voy a vacilar en el estrado. Luego pasa los pies por detrás del listón del taburete y me mira fijamente.

—Oye, esto no va a ser un paseo para ti.

—Eso ya lo he deducido —respondo, riéndome—. Preferiría estar en cualquier otro sitio antes que en los tribunales.

—No me refiero a eso, Mariah. Me refiero a lo que dirá la gente. Colin será realmente desagradable, y Metz tiene un desfile de testigos listos para intervenir y hacer que parezcas una madre patética.

«Ilan no», pienso, y me pregunto si trato de convencerme a mí misma.

—Por no hablar de lo que te hará cuando estés en el estrado. Intentará tenderte una trampa y confundirte, para que parezcas una majareta y tu perfil encaje con lo que sus testigos hayan dicho en el interrogatorio —explica, inclinándose hacia adelante—. No dejes que te manipule. Cuando llegues a casa por la noche a diario durante este juicio, recuerda que Malcolm Metz no te conoce lo más mínimo. No eres una persona para él; eres un medio para conseguir un fin.

Miro a Joan e intento sonreír.

—No te preocupes por mí. Últimamente ya no soy tan sensible.

Sin embargo, me abrazo a mí misma de todas formas, como si de repente tuviera frío; como si de repente tuviera miedo de desmoronarme.

El timbre suena a las diez y media. Cuando abro la puerta, preparada para ver los rápidos *flashes* de las cámaras, me encuentro con Colin, tan sobresaltado de verme como yo lo estoy de verlo a él.

—¿Podemos hablar? —me pregunta al poco rato.

Aunque quiero rechazar su oferta, o decirle que se ponga en contacto con mi abogada, asiento. Hemos compartido mucho, y en cierto modo pienso que esto es más fuerte que la ira, más fuerte que la hostilidad.

—De acuerdo, pero Faith está durmiendo. No hagas ruido.

Me sigue por el pasillo y me pregunto lo que está pensando: «¿Qué ha hecho con esa fotografía de los Andes? ¿Han sido siempre tan oscuras las baldosas?». ¿Cómo es volver a tu propia casa y no acabar de reconocerla?

Coge una silla de la cocina y se sienta. Me imagino a Joan gritando hasta quedarse afónica, diciéndome que no debería estar aquí sin un abogado delante. Sin embargo, sonrío con poco entusiasmo y agacho la cabeza.

—Bueno, dime.

El aire abandona el cuerpo de Colin con mucha fuerza, como un huracán.

—Esto me está matando.

¿El qué? ¿La silla? ¿El hecho de estar en nuestra casa de nuevo? ¿Jessica?
¿Yo?

—¿Sabes por qué me enamoré de ti, Rye?

Tengo la encimera justo detrás de mí. Intento clavar las uñas allí.

—¿Te ha pedido tu abogado que vengas?

El asombro en la cara de Colin es genuino.

—Por Dios, no. ¿Es eso lo que piensas?

—Ya no sé qué pensar, Colin —respondo, mirándolo fijamente.

Se pone en pie y se dirige hacia el especiero; pasa el dedo por cada bote. Anís, albahaca, cilantro, sal de apio, pimienta roja molida y eneldo.

—Estabas sentada en los peldaños de la biblioteca de la universidad —continúa—. Me acerqué con un grupo de chicos del equipo. Era un día de primavera fantástico, pero tú estabas estudiando. Siempre estabas estudiando. Te dije que íbamos a ir a por unos bocadillos y que si querías venir.

Mira al suelo y sacude la cabeza.

—Y viniste. Dejaste los libros allí, en un montón, como si no te importara que te los robaran, y me seguiste.

Sonrío. Nunca recuperé ese libro de economía, pero conseguí a Colin, y en ese momento pensé que era un intercambio más que justo. Cojo el pequeño bote de hojas de laurel que Colin ha dejado en la encimera y lo coloco de nuevo en su sitio.

—Tendría que haberme quedado estudiando.

—¿De veras lo piensas? —me pregunta Colin, tocándome el brazo.

Tengo miedo de mirarlo a los ojos. Le miro fijamente la mano hasta que la retira.

—No buscabas a alguien que te siguiera, Colin. Buscabas a alguien a quien tuvieras que perseguir.

—Te amaba —dice con fuerza.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto sin pestañear.

Da un paso atrás.

—Estás distinta —me acusa—. No eres como antes.

—¿Quieres decir que no estoy acurrucada en una esquina, llorando? Pues no. Siento decepcionarte.

Al decir esto, sé que me he pasado.

—¿Cuánto tiempo pasará esta vez, Rye? —insiste Colin—. ¿Cuánto tiempo pasará esta vez antes de que empieces a buscar refugio en el botiquín? ¿O a mirar una cuchilla de afeitar durante las seis horas que Faith esté en el colegio? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la abandones?

—¿Acaso no lo has hecho tú?

—No lo haré —dice Colin—. Ahora no. Mira, cometí un error, Rye, pero fue entre tú y yo. Siempre he estado al ciento por ciento con Faith. ¿Qué más da si ahora acaricias a Faith en la cabeza todas las mañanas y le dices cuánto la quieres? Hasta ese día, en agosto, tú no eras el apoyo que tenía en todo momento; era yo. ¿Crees que ha olvidado que cuando era pequeña su madre se pasaba las tardes tumbada con dolor de cabeza o durmiendo la mona del Haldol o hablando con el maldito loquero en vez de llevarla al colegio?

Me señala con un dedo tembloroso.

—No eres mejor que yo.

—La diferencia entre nosotros es que yo nunca he dicho que lo fuera.

Colin me mira tan enfadado que me pregunto si estoy en peligro.

—No dejaré que te la lleves lejos de mí.

Espero que no pueda ver lo mucho que estoy temblando.

—No dejaré que *tú* te la lleves lejos de mí.

Estamos tan furiosos que ninguno de los dos se percató de que Faith está ahí hasta que respira débilmente.

—Cariño, ¿te hemos despertado?

—Cielo —dice Colin, dibujando una sonrisa—. Hola.

Algo en los ojos de Faith me detiene segundos antes de que le toque el hombro. Faith está rígida, con los ojos abiertos por el miedo, los puños cerrados a ambos lados y la cara pálida.

—¿Mamá? —dice con el labio inferior tembloroso—. ¿Papá?

Sin embargo, antes de que ninguno de los dos pueda explicarse o explicar nuestro comportamiento, vemos cómo la sangre brota entre sus dedos.

A los pocos segundos Faith se está retorciendo en el suelo, gritando palabras que no comprendo.

—¡Eli! ¡Eli! —grita.

No tengo ni idea de quién es, pero le digo que ahora viene.

Intento no fijarme en el hecho de que esta vez también sangra por los costados. La sujeto por los hombros para que no se haga daño, y las palmas de las manos no dejan de emanar sangre y manchar las baldosas.

Oigo la voz de Colin, alta y nerviosa, hablando por el móvil.

—Westvaie Hill, número ochenta y seis. Es la primera calle a la izquierda.

Cuando cuelga, se arrodilla a mi lado.

—La ambulancia está en camino.

Coloca la mejilla sobre la de Faith y consigue tranquilizarla un momento.

—Papá está aquí. Papá te cuidará.

Faith se estremece, y luego se retuerce de dolor. Su voz suena como un río; las sílabas y los gruñidos se intensifican hasta convertirse en sollozos.

Colin se queda boquiabierto. Luego pasa a la acción; se quita la chaqueta y envuelve a Faith con ella, protegiéndola entre sus brazos como solía hacer cuando era un bebé. Canta una nana que hacía tiempo que no oía, y para mi sorpresa Faith se queda sin fuerzas, dócil.

Los miembros del servicio de urgencias entran corriendo en casa. Colin se aparta y deja que estudien a Faith. Observo cómo esa gente toca a mi hija y dice lo que ya me temo: que su tensión arterial está bien, que las pupilas responden y que la hemorragia no puede detenerse. Después de todo, ya he vivido esa escena con anterioridad. Siento cómo la mano de Colin se desliza sobre la mía, como si de un guante se tratara.

—Vayamos juntos en la ambulancia —dice.

—Colin...

—Mira —anuncia en un tono que no admite discusión—. No me importa lo que esté ocurriendo en el juzgado. Somos sus padres e iremos los dos con ella.

Quiero hablar con el doctor Blumberg a solas, aunque también quiero que Colin le oiga decir las cosas que ya me ha dicho a mí. Quiero apartar mi mano de la suya y estar completamente sola. Quiero, deseo, hablar con Ian. Sin embargo, Colin siempre ha conseguido que haga lo que quiere, como la luna con la marea, y veo cómo mis pies lo siguen por pura costumbre hacia la parte trasera de la ambulancia, donde me siento mientras el hombro de Colin choca contra el mío y mis ojos se acostumbran a la oscuridad, observando el gota a

gota que le han puesto a mi hija.

Colin y yo nos sentamos uno al lado del otro en los horribles sofás tubulares de la sala de espera de emergencias. Ya han estabilizado la hemorragia de Faith, y se la han llevado a rayos X. El médico de urgencias, al ver su historial, ha llamado al doctor Blumberg.

Colin ha estado ocupado la última media hora. Ha contestado a las preguntas del personal de urgencias y de los médicos, no ha dejado de caminar arriba y abajo, y se ha fumado tres cigarrillos fuera, delante de las puertas de cristal de emergencias, iluminado por la luz de la luna. Finalmente, regresa y se sienta a mi lado; me sujeto la cabeza entre las manos.

—¿Piensas que lo hace para que le prestemos atención? —me susurra, como si poniéndole voz a la idea pudiera hacer que desapareciera por arte de magia.

—¿Hacer el qué?

—Hacerse daño a sí misma.

Al oír eso, levanto la mirada.

—¿Es eso lo que piensas de Faith?

—No lo sé, Mariah. No sé qué pensar.

La llegada del doctor Blumberg nos ahorra una discusión.

—Señora White, ¿qué ha ocurrido?

—Soy Colín White. El padre de Faith —se presenta Colin, tendiéndole la mano.

—Hola.

—Sé que no es la primera vez que examina a Faith —dice Colin—. Le agradecería que me pusiera al día con su historial.

El doctor Blumberg me mira de reojo.

—Estoy seguro de que la señora White...

—La señora White y yo estamos separados —explica Colin sin rodeos—. Me gustaría que me lo contara usted.

—De acuerdo —apunta, sentándose delante de nosotros y apoyando las manos sobre las rodillas—. Ya le he realizado varias pruebas a Faith, pero no he hallado ninguna explicación médica a sus hemorragias espontáneas.

—¿Seguro que es sangre?

—Sí. Lo han confirmado en el laboratorio.

—¿Es autoinfligido?

—En mi opinión, no —responde el doctor Blumberg.

—Entonces, ¿podría ser otra persona? —pregunta Colin.

—¿Cómo dice?

—¿Podría haberle hecho daño otra persona?

—No lo creo, señor White. No como usted imagina —responde Blumberg, negando con la cabeza.

—¿Cómo lo sabe? —grita Colin con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo lo sabe? Mire, vi cómo le cogía una especie de ataque y empezaba a sangrar sin motivo alguno. Tengo un seguro. No me diga que no tiene una explicación médica para esto. ¡Pida que le hagan un maldito escáner TC o análisis de sangre o algo! ¡Usted es el médico! Se supone que tiene que descubrir lo que le ocurre, y quiero que mi hija se quede aquí hasta que lo descubra, porque si le da el alta de nuevo y tiene otro ataque, lo demandaré por negligencia profesional.

Pienso en un trabajo de investigación del que me habló el doctor Blumberg que decía que a finales del siglo pasado unos médicos hospitalizaron a un estigmatizado y le soldaron una bota de hierro en el pie sangrante para asegurarse de que el hombre no se estuviera provocando la herida. Me pregunto cómo puede acusarme Colin *a mí* de arruinar la vida de Faith.

—No puedo hacerle pruebas sin el consentimiento de la madre —responde el doctor Blumberg, dudando.

—Tiene el del padre —responde Colin con frialdad.

—La ingresaré —le concede el médico—. Sin embargo, no espero encontrar nada nuevo.

Satisfecho, Colin se levanta.

—¿Podemos verla ahora?

—Faith estará en el pabellón de pediatría dentro de poco. Se sentirá aturdida porque le he administrado un sedante —explica, mirándome a mí y luego a Colin—. La examinaré de nuevo por la mañana. De acuerdo con las normas del hospital, uno de los dos puede quedarse a pasar la noche en su habitación.

Asiente con la cabeza y se va.

Noto cómo me pongo tensa, preparándome para luchar, pero para mi sorpresa Colin anuncia que se marchará.

—Faith esperará encontrarte a ti. Quédate tú.

Nos dirigimos en silencio hacia el ascensor para subir a la planta de pediatría. La enfermera de la recepción de la planta nos informa de la habitación en la que estará Faith, aunque aún no ha regresado de radiología. Colin y yo entramos en la habitación; él se sienta en la única silla que hay y yo me quedo de pie al lado de la ventana, mirando la pista de aterrizaje del helicóptero del hospital.

A los pocos minutos llega una enfermera con Faith en silla de ruedas y la *ayuda a meterse* en la cama. Tiene las manos envueltas en unas vendas blancas.

—¿Mamá?

—Estoy aquí —respondo, sentándome en el borde de la cama y tocándole la mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Quiero volver a casa —señala, mirando hacia otro lado.

—El médico quiere que te quedes a dormir aquí —le explico, apartándole el flequillo de la cara.

—Hola, cielo —la saluda Colin, inclinándose en el otro lado de la cama.

—Papá.

Le coge la mano vendada con cuidado y le acaricia la piel que queda al descubierto.

—¿Cómo ha ocurrido esto, cariño? —le pregunta—. Puedes contármelo. No me enfadaré. ¿Te lo has hecho tú? ¿Te lo ha hecho otra persona? ¿La abuela, quizá? ¿O ese sacerdote que te visita?

—Oh, por el amor de Dios —me interpongo.

—No estás con ella a cada minuto. Nunca se sabe, Mariah —explica Colin, entornando los ojos.

—Sólo te falta decir que fui *yo* quien se lo hice —digo, enojada.

Colin se limita a levantar las cejas.

Cuando Faith se queda dormida, Colin se levanta.

—Mira, lo siento. Es que me corroe verla así y no saber cómo solucionarlo.

—¿Sabes? Las disculpas no cuentan cuando al mismo tiempo te justificas. Colin me mira un largo momento.

—¿Tenemos que estar siempre así?

—No —susurro—. No.

Poco después estoy en los brazos de Colin, con la cara sobre su cuello. Apoya la frente sobre la mía; es un gesto que me trae un torrente de recuerdos. Es el hombre con quien se suponía que tenía que pasar mi vida, pero al que en cambio me enfrentaré mañana en el tribunal.

—Volveré mañana por la mañana. Estoy seguro de que el juez nos concederá un aplazamiento.

—Seguro —repito sobre su pecho.

—Quiero que sepas que sé que no eres tú —dice, tan bajito que me parece que lo estoy soñando.

Con ese aplomo, Colin me deja de nuevo.

Kenzie introduce en el microondas una *pizza* y se llena la copa de vino tinto antes de sentarse a acabar de redactar la recomendación para el juez Rothbottam. Se imagina comiéndose la *pizza* entera y luego quizá otra, y caminando después metódicamente hacia la nevera y el congelador, y atiborrándose de comida hasta no poder moverse, no poder levantar ni un dedo, no poder escribir ese informe de tutora *ad litem*.

El juez Rothbottam espera ese informe sobre su mesa mañana por la mañana, antes de que empiece la vista por la custodia. Kenzie, la observadora objetiva y la guardiana, tiene que establecer las bases sobre las que pueda comparar los argumentos del demandante y del demandado.

Kenzie bebe un sorbo de vino largo y lento. El caso White está tan lleno de grises que a veces Kenzie duda de su capacidad de poder ver con claridad.

Por un lado, tiene a Colin y a Jessica White, una nueva familia afianzada por un padre que sin duda quiere a Faith. Sin embargo, Kenzie no puede soportar la idea de darle la custodia a un hombre que ha sido tan infiel. Por otro lado está Mariah White, con su bagaje emocional del pasado; Kenzie sabe

(¿está segura de ello!) que Mariah ahora miente; quizá sea a sí misma, a Faith o a la propia Kenzie, pero miente. Si da la custodia de Faith a su madre, lo hará sin conocer toda la verdad. Sin embargo, a Kenzie le resulta evidente que Mariah White, quien se considera a sí misma modelo de inseguridad, ha empezado de veras a cambiar el rumbo de su vida. También está claro que Faith se siente muy vinculada a su madre. ¿Pero se trata de una relación sana o es que Faith necesita cuidar a una madre que no es lo suficientemente fuerte para cuidarla a ella?

Kenzie deja la copa de vino y espera a que el cursor de la pantalla del ordenador esté en la parte superior del documento. Luego lo cierra, deseando que ocurra un milagro.

Un par de familiares afligidos están alrededor de la cama de Mamie Richardson, de ochenta y dos años. Desde que sufrió un derrame cerebral la semana pasada, ha estado comatosa. Los médicos les han explicado el alcance del daño cerebral. La familia se ha reunido para desconectarla.

La hija de Mamie está sentada en el borde de la cama de la UCI; el que ha sido marido de Mamie durante sesenta años está sentado al otro lado. Le acaricia la mano moteada como si se tratara de un hechizo de buena suerte, inconsciente de que sus lágrimas han mojado una pequeña zona de la sábana tejida con forma de gofre que cubre las delgadas piernas de Mamie.

La hija mira al residente que está al lado de la máquina de circulación extracorpórea, y luego a su padre.

—¿Estás listo, papá?

El anciano se limita a inclinar la cabeza.

Ella asiente al médico, pero se detiene al oír la voz estridente de su madre.

—¡Isabelle Louise! —grita Mamie, reincorporándose en la cama—. Por el amor de Dios. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Mamá! —suspira la mujer.

—¡Mamie! —grita su marido—. ¡Dios mío! ¡Dios santo!

¡Mamie!

La anciana se arranca el tubo de respiración de la nariz.

—¿A qué artilugio me tienes conectada, Albert?

—Acuéstate, mamá. Has sufrido un derrame cerebral.

La hija mira al médico, quien primero retrocede sorprendido y luego se

acerca de nuevo para comprobar que Mamie esté bien.

—Vaya a buscar a una enfermera —le ordena el médico a Albert.

Sin embargo, Albert necesita un instante para reaccionar, porque no puede apartar los ojos de la mujer que lo ha definido durante medio siglo, la mujer que si hubiera muerto habría hecho que parte de él muriera también. Luego se dirige corriendo hacia el pasillo con la energía de un hombre de treinta años, agitando los brazos y gritando para que el personal médico acuda allí rápidamente, para que se reúna en la habitación de la UCI que precisamente está justo una pianta por encima de la de Faith White.

A medianoche Faith mueve el brazo y me da en toda la cara. La unidad de pediatría pone a disposición de los padres una cama plegable para quien se quede a pasar la noche; pero he preferido meterme en la estrecha cama de Faith. De este modo, puedo protegerla y estar allí si siente dolor.

Faith se mueve y se da la media vuelta; pongo los labios sobre su frente. Inmediatamente, los aparto. Está ardiendo; no recuerdo que haya estado tan caliente jamás. Embisto contra la cabecera para pulsar el timbre.

—¿Sí?

—Mi hija tiene fiebre.

—Ahora mismo vamos.

Cuando llegan las enfermeras, comienzan a hurgar con termómetros y paños de alcohol, pero Faith ni siquiera se mueve. Hay como una banda sonora extraña que acompaña sus movimientos; al cabo de un rato me doy cuenta de que se trata de un pequeño gemido rítmico y profundo que proviene de Faith.

—¿No pueden llamar al doctor Blumberg?

—Señora White —dice una enfermera—. Déjenos hacer nuestro trabajo, ¿de acuerdo?

Pero yo soy su madre, quiero decirles. ¿Por qué no me dejan hacer el *mío*?

—Está a 40,8 —oigo murmurar a una enfermera.

¿Tiene casi cuarenta y uno de fiebre? Empiezo a pensar en infecciones sanguíneas, meningitis espinal, cánceres metastásicos. Si fuera algo grave, como un alto recuento de leucocitos, ¿acaso no lo habrían detectado las

pruebas de esta tarde? Sin embargo, si no es grave, ¿por qué tiene tanta fiebre?

No quiero dejarla, pero sé que tengo una obligación. Salgo al pasillo y pido en la zona de enfermería que me dejen llamar por teléfono. Hay demasiada gente en la habitación de Faith y no puedo utilizar el que hay al lado de la cama. Hurgo en mi bolso y desdoble un papelito verde con un número de teléfono.

—Jessica, soy Mariah White —consigo decir—. ¿Podrías decirle a Colin que Faith está empeorando?

Cuando Malcolm Metz llega a la oficina, tras la llamada de Elkland deshaciéndose en disculpas (había estado de juerga antes de que Colin White entrara en el vestíbulo hecho una furia), aún tiene el pelo mojado de la ducha y los ojos inyectados en sangre. Está enfadado porque le gusta tener buen aspecto el día que litiga, y cuando vaya al tribunal dentro de cinco horas parecerá que haya estado de juerga toda la noche. Mira detenidamente a su cliente (está despeinado, parece que ha dormido con la chaqueta que lleva y... ¿es sangre lo que tiene en la manga?).

—Dios santo —dice Metz—. Tiene peor aspecto que yo.

—Bueno —empieza a decir Colin, sin molestarse siquiera en mirar a su abogado—. Ésta es la situación. Está sufriendo. Está en el maldito hospital. No me importa lo que diga, porque la gente ve la tele, e influirá en la opinión del juez. ¡Mire el caso de la niñera de Boston! Le estoy pagando una cantidad ingente de dinero para que me consiga un veredicto ganador. Le digo que lo sé, Malcolm; algo ocurre en esa casa. Lo he visto con mis propios ojos. Alguien o algo hace que enferme.

—Un momento —dice Metz—. ¿Quién está enfermo? ¿Quién está en el hospital?

—Faith —responde Colin, mirándolo como si estuviera loco.

—¿Faith está en el hospital? —pregunta Metz, abriendo los ojos sorprendido.

—Empezó a sangrar anoche. Ocurrió delante de mí. Estaba de pie y de repente... —explica Colin, sacudiendo la cabeza—. Dios santo. Hay que poder hacer algo más que sedarla. Quiero decir que... tiene que ocurrir algo

para que sangres.

Metz levanta la mano.

—Su hija está en el hospital —aclara.

—Sí.

—Está en observación.

—Eso es.

—Oh, Dios mío; esto es perfecto —dice Metz, dibujando una sonrisa.

Al ver la mirada de Colin, se apresura a explicarse.

—Hemos estado trabajando en su caso desde un punto de vista concreto, Colin, y por extraño que le parezca, este incidente lo corrobora.

Mientras Elkland resume el síndrome de Munchausen por poderes a Colin, Metz piensa en la petición de orden de protección temporal original que solicitó al juez; sin duda ahora se ha convertido en un golpe de genialidad inconsciente.

—Imágeneselo: entramos en el despacho esta mañana y presentamos una moción de emergencia, suplicándole a Rothbottam que separe a Faith de su madre porque su vida corre serio peligro. La primera vez que lo hicimos, pensó que nos tirábamos un farol, pero ahora la niña está en el hospital por su culpa. Le explico lo de Munchausen y le digo que nuestro experto demostrará por qué necesitamos esta disposición de emergencia. Luego pido un mandato judicial para alejar a Mariah de Faith. El juez se sentirá tan culpable de haber rechazado la primera petición que esta vez hará lo que yo le diga.

—Nunca había oído hablar del síndrome ese de Munchausen —dice Colin, mirándolo y frunciendo el ceño.

—Ni yo —reconoce Metz, sonriendo—. Sin embargo, cuando la vista se haya acabado, seremos partidarios acérrimos del síndrome.

—No lo sé, Malcolm —duda Colin, meneando la cabeza—. Mariah... bueno, a veces puede que se preocupe demasiado por sí misma, pero jamás haría daño a Faith a propósito.

—Señor White —interrumpe Elkland, mordiéndose el labio—. Según lo que he leído, parecer una madre preocupada y mentir sobre lo que haces forma parte de ese trastorno psicológico.

—Estaba a pocos centímetros de Faith anoche cuando vi cómo empezó a sangrar —responde Colin lentamente—. No se pinchó con nada; de hecho, no

tocó nada... Mariah estaba aún más lejos que yo. Sin embargo, está diciendo que piensa... piensa que...

—La cuestión no es lo que *yo* pienso ni lo que *usted* piensa, Colin —dice Metz, negando con la cabeza—. La cuestión es: ¿qué quiere que piense el juez?

Kenzie está dormida al lado de su portátil cuando suena el teléfono.

—¿Señora Van der Hoven? —dice una voz suave cuando coge el auricular.

Sería imposible, incluso en su estado de confusión, no reconocer la voz de Malcolm Metz.

—Se levanta temprano.

—Las cinco de la mañana es la mejor hora del día.

—Pues no le sabría decir...

Metz se ríe.

—Supongo que ya ha mandado su informe.

Con una sensación de desazón, Kenzie mira la pantalla del ordenador, blanca como la pared.

—Supongo que lo mandó anoche por fax a Su Señoría, para que pueda leerlo antes del juicio de hoy. Sin embargo, me siento obligado a comunicarle algo antes de que empiece el juicio.

—¿Y qué es, señor Metz?

—Faith White fue hospitalizada anoche.

Al oír eso, Kenzie se endereza de golpe.

—¿Cómo dice?

—Por lo que me ha contado mi cliente, empezaron a sangrarle las manos de nuevo, y la hemorragia se ha intensificado tanto que ahora está grave.

—Oh, Dios mío. ¿Quién está con ella ahora?

—Su madre, supongo —responde Metz, dudando un segundo al otro lado de la línea—. Sólo quería que supiera que mi objetivo es corregir esta situación. Voy a pedir al juez una orden de alejamiento para apartar a Mariah de la niña. Tengo razones para creer que Mariah hace daño a Faith.

—¿Tiene pruebas? —pregunta.

—He llegado a la conclusión de que la señora White sufre un tipo de

trastorno psicológico. Conozco a un experto que ha revisado el caso y está de acuerdo conmigo.

—Ya veo.

—Bueno, lo verá de todos modos. Sólo quería que lo supiera de antemano —añade Metz.

Luego cuelga. Kenzie mira su ordenador y espera que la pantalla vuelva a iluminarse. Al hacerlo, cierra los ojos; demasiada energía de golpe. Empieza a escribir frenéticamente, esperando poder visitar a Faith antes de que comience el juicio, esperando que si de verdad hay un ser celestial que protege a Faith, pueda estar con ella en la ambulancia, en el hospital y en un nuevo hogar más seguro.

«Recomiendo que la custodia de Faith White sea otorgada a su padre», escribe.

Catorce

A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.

MATEO 27,42

3 de diciembre de 1999, por la mañana

Cuando Faith era un bebé, había momentos en los que Mariah aún se sorprendía al verla durmiendo a su lado o amamantándose de su pecho; en esos instantes se sentía abrumada por el terror. Los años que a Faith le quedaban por delante eran como carreteras rojas en un mapa, llenas de peligros y errores. La vida de Faith, en ese momento, no estaba marcada, no presentaba ningún rasguño. Mariah tenía la responsabilidad de que se mantuviera de aquel modo.

Pronto se dio cuenta de que se trataba de una tarea que jamás podría llevar a cabo correctamente, de que siempre sentiría que hacía algo mal. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía ejercer de madre, si sabía que era tan falible como perfecto era su bebé? En cualquier momento algo podía salir mal: un terremoto, una gripe vírica o un chupete que se cae en la alcantarilla. Al mirar la cara de su hija, sólo podía ver accidentes que aguardaban para hacerse reales. Luego se le aclaraban las ideas y sólo veía amor, una especie de pozo tan profundo que por mucho que lo intentara jamás apreciaba el fondo, una especie de pozo frente al que sólo podía quedarse sin aliento ante su

profundidad aterradora.

Faith se mueve mientras duerme, e inmediatamente Mariah se vuelve. Por voluntad propia, la mano vendada de Faith se mueve entre las mantas de la cama del hospital para meterse debajo de la de Mariah. Al sentir el contacto, Faith deja de moverse y se relaja de nuevo.

De repente Mariah se pregunta si momentos así son los que te hacen ser una buena madre: te das cuenta de que, por mucho que lo intentes, no serás capaz de proteger a un niño de las tragedias, los errores o las pesadillas. Quizá la tarea de una madre no sea proteger sino presenciar cómo el niño se la pega... y luego amortiguar la caída cuando ya ha pasado.

Mariah tiene las manos sobre la boca. Tiene que mantenerlas así, porque si no lo hace sabe que empezará a sollozar con fuerza o a gritar a una de las enfermeras bienintencionadas que se aparte de su hija.

—No lo entiendo —dice Millie en voz baja, de pie al lado de Mariah, a unos pocos centímetros de la cama de Faith—. Nunca ha estado tan enferma. Quizá sea un virus o algo que haya cogido además de la hemorragia.

—No es un virus —susurra Mariah—. Se está muriendo.

—¿Por qué diablos dices eso? —pregunta Millie, observándola sorprendida.

—Mírala.

Faith está tan blanca como las sábanas del hospital. Las manos no han dejado de sangrarle y están apelmazadas con las vendas que aún no le han cambiado. La fiebre ha fluctuado de cuarenta a cuarenta y uno, a pesar de los muchos baños tibios y paños de alcohol y de los muchos gramos de Tylenol y Advil que ha recibido por vía intravenosa. Mariah se pone nerviosa al mirarla, porque se percata de que no deja de observar el ligero movimiento de los orificios nasales de Faith, de contar el sutil ritmo de su corazón.

Millie frunce los labios y abandona la habitación de Faith para dirigirse a la zona de enfermería, que comparativamente está más tranquila.

—¿Ha llamado Colin White? —pregunta, porque sabe que han desviado las llamadas de la habitación de Faith para que pueda dormir.

—No, señora Epstein —responde la enfermera—. Se lo diré en cuanto lo

haga.

En vez de regresar con Faith, Millie camina por el pasillo. Se detiene, se apoya contra la pared y se tapa la cara con las manos.

—¿Señora Epstein?

Se seca las lágrimas rápidamente y se encuentra con el doctor Blumberg de pie ante ella.

—Perdóneme —dice, sorbiéndose la nariz.

Empiezan a andar juntos, disminuyendo el ritmo al acercarse a la puerta de la habitación de Faith.

—¿Ha habido algún cambio desde anoche?

—Yo no veo ninguno —responde Millie, deteniéndose en el umbral—. Me preocupa Mariah. Quizá podría decirle algo...

El doctor Blumberg asiente y entra a la habitación. Mariah levanta la mirada y ve cómo se apartan las enfermeras. El médico acerca una silla.

—¿Qué tal está usted?

—Prefiero hablar de Faith —responde Mariah.

—Bueno, aún no sé exactamente qué hacer por ella. Sin embargo, usted... ¿quiere que le dé algo para que pueda dormir?

—Quiero que Faith se despierte y regrese a casa conmigo —responde con firmeza, mirando fijamente la oreja de Faith.

Cuando Faith era un bebé, Mariah observaba cómo le circulaba la sangre por la fina membrana de piel de la oreja, y pensaba que podía ver las plaquetas y las células, la energía que entraba en su cuerpecito.

—No sé qué le ocurre, Mariah —reconoce el doctor Blumberg, juntando las manos entre las rodillas—. Esta mañana realizaré más pruebas en el laboratorio, y le doy mi palabra de que haré cuanto esté en mis manos para que no sufra.

Mariah mira fijamente al médico.

—¿Quiere saber qué le ocurre? Que se está muriendo. ¿Cómo puede ser que yo lo vea, aunque no esté licenciada en medicina?

—No se está muriendo. Si fuera el caso, se lo diría.

Mariah mira con pasión la cara de Faith, y observa las manchas azules que tiene debajo de los ojos y la pequeña curva de su nariz. Se inclina para acercarse a ella, tanto que sólo Faith es capaz de oír sus palabras.

—No me dejes ahora —susurra—. No te atrevas. Si no lo has hecho durante tantos años, no lo hagas ahora.

—Mariah, cariño; tenemos que ir al juzgado —interrumpe Millie, dando golpecitos a su reloj de pulsera—. Son las diez.

—Yo no voy.

—No tienes elección.

Mariah se vuelve tan de prisa que su madre da un paso atrás.

—Yo no voy. No voy a dejarla —aclara, tocando la mejilla de Faith—. Sí tengo elección.

Joan Standish ha hecho una única concesión por tener que enfrentarse al infame Malcolm Metz en una sala de audiencia: añadir quince minutos de ejercicios de glúteos a su rutina diaria. Los hace entre que se lava los dientes y se bebe el café; es una procesión brutal de movimientos en cuclillas y de fuertes embestidas que la dejan agarrotada y sudando. Le gusta pensar en Metz mientras los hace; se lo imagina mirándole el coño boquiabierto cuando ella gana el caso y se larga por el pasillo del tribunal superior.

La mañana de la vista de la custodia hace sus ejercicios, se ducha y luego saca un traje de lana rojo de su armario. Es conservador, pero alegre, y está dispuesta a utilizar cualquier truco para que la atención no se centre en Malcolm Metz.

Mientras se toma el tazón de cereales recuerda que tiene que poner gasolina en el coche. Joan se da un golpecito en la nuca para recordarse que debe prestar atención a los detalles; quizá Metz llegue diez minutos tarde porque haya olvidado hacerlo. Se lava las manos cuidadosamente para no salpicarse el traje y recoge el maletín que ha preparado la noche anterior.

Se marcha veinte minutos antes de lo previsto, porque cree que está bien llegar un poco temprano; sin embargo, no sabe que el teléfono de su casa sonará justo después de que ella se haya ido.

Joan siente cómo se resquebraja el aura perfecta de calma que ha construido a su alrededor cuando Millie Epstein se dirige corriendo hacia ella,

obviamente inquieta.

—Dígame que Mariah está en el cuarto de baño —dice Joan con cautela.

—Está en el hospital. He intentado llamarla.

—¿Qué?

—No es lo que piensa —explica—. Es Faith. Está muy enferma, y Mariah no quiere dejarla sola.

—Maldita sea —murmura Joan, mientras Malcolm Metz, Colin y una joven abogada se acercan a la mesa del demandante de la sala de audiencia.

—Joan —dice Metz en tono agradable—. Tengo una adivinanza que le gustará: ¿cuál es la diferencia entre un abogado y un siluro?

—Ahora no.

Joan es vagamente consciente de que la galería del tribunal, normalmente desierta en otras vistas de custodias, está tan llena de periodistas que incomoda.

—Que uno se alimenta con la escoria de los fondos y el otro es un pez — responde Metz, riéndose—. ¿Lo capta?

—Hable por usted, Malcolm —dice Joan, sacando unas carpetas.

—¡Todo el mundo en pie! ¡Preside el honorable juez A. Warren Rothbottam!

Joan se pone en pie y no levanta la mirada hasta el último momento. El juez Rothbottam hojea la carpeta que tiene delante, y luego mira a la parte demandante y a la demandada.

—Señora Standish, ¿le falta a usted algo?

—Mi clienta, Señoría. ¿Puedo acercarme al estrado?

—Sabía que este caso no sería fácil. Acérquese —contesta Rothbottam, suspirando.

Metz se coloca al lado de Joan; está tan contento que parece un gato que se acaba de tragar un canario.

—Señoría, ha surgido una emergencia terrible. La hija de mi clienta fue hospitalizada anoche y no quiere dejarla sola para estar presente en el tribunal. Solicito un aplazamiento hasta que den el alta a la niña.

—¿Hospitalizada? —pregunta Rothbottam, mirando a Metz en busca de confirmación, aunque él se limita a encogerse de hombros—. ¿Se está muriendo?

—No lo creo —responde Joan—. Parece ser que Faith sufre una hemorragia médicamente inexplicable.

—Son supuestos estigmas —interrumpe Metz.

—Los médicos aún no han llegado a esa conclusión —responde Joan enérgicamente.

—Ah, tiene razón. Podría ser algo peor.

Rothbottam mira a Metz frunciendo el ceño.

—Si necesito a un intérprete, señor Metz, no dude que lo llamaré —dice, y luego se dirige de nuevo a Joan—: Supongo que la niña está grave, ¿no?

—Eso... eso creo, Señoría.

—Entiendo. Sin embargo, el padre de la niña sí está en la sala de audiencia, y espero que la madre haga lo mismo. Y no piensen que me voy a tragar lo del numerito de la «hermanita de la caridad». Tengo una larga lista de casos pendientes hasta Navidades. Deniego la petición de aplazamiento. Tiene veinte minutos para convencer a su clienta de que acuda al tribunal o le mandaré a un alguacil para que la traiga a la fuerza. Reanudaremos la sesión a las diez y media.

—Antes de que vayan a buscar a la demandada, Señoría, necesito un mandato judicial —añade Metz.

—¿De veras? —pregunta el juez con sequedad.

—Señoría, el tiempo es esencial y necesito que esta mañana falle sobre un tema que puede suponer la vida o la muerte de la niña.

—¿Qué narices es todo esto? —pregunta Joan—. ¿Una vista de emergencia? ¿Ahora?

—Por eso lo llaman de emergencia, Joan —responde Metz, enseñándole los dientes.

—Basta ya —anuncia Rothbottam—. Quiero verlos a los dos en mi despacho. Ahora.

Joan se dirige hacia la mesa de la defensa para recoger su libreta de notas. En cuanto el juez se marcha, va hacia la puerta corriendo por el pasillo y llama a Millie con señas. Como testigo protegida, no está en la sala de audiencia, pero no puede alejarse demasiado.

—Haz lo que sea para que venga —sisea Joan—. Mejor que esté en esta sala cuando salga del despacho porque de lo contrario la policía la traerá por

la fuerza.

Cuando Joan entra en el despacho del juez, Metz ya está sentado en la cómoda silla. Rothbottam espera a que Joan también se siente.

—Malcolm, ¿qué está haciendo? Esto no es Manchester, ni Nueva York, ni un circo de tres pistas para que presente su espectáculo. Esto es New Canaan, hombre; impresionar aquí no le va a servir de nada.

—Señoría, esto no es una estratagema personal. Necesito una orden de alejamiento contra Mariah White, para evitar que visite a su hija.

—Venga ya, Malcolm —interrumpe Joan, riéndose.

—Señoría, no haré ningún comentario sobre este arrebato. Ya estaba preocupado cuando el daño físico de la niña sólo implicaba sus manos, pero ahora la situación ha empeorado; la niña está grave en el Centro Médico de Connecticut Valley. Nos hemos tomado la libertad de ponernos en contacto con un experto de la costa Oeste que está en camino ahora mismo y que nos explicará por qué Mariah White presenta las clásicas características de una persona que sufre el síndrome de Munchausen por poderes; podría ser que estuviera haciendo daño a su hija a causa de esta enfermedad mental.

Joan entorna los ojos, suspicaz. Es suficientemente inteligente para saber que Metz no ha fraguado esa estrategia de la noche a la mañana. Es algo que ha tenido en mente durante un tiempo, sin duda alguna, tiempo suficiente para que Joan pudiera deshacerse del experto. Ese testigo sorpresa no es ninguna sorpresa, al menos para Metz.

Sin embargo, ahora mismo parece la viva imagen de la inocencia y la honradez.

—Se trata de un trastorno complicado. La madre hace que el hijo enferme física o psicológicamente para que se fijen en ella. Si el hijo se deja en manos de la madre, bueno, sólo Dios sabe lo que puede ocurrir al final. Parálisis, coma, incluso la muerte. Está claro que habrá que tener en cuenta la enfermedad a la hora de decidir quién se lleva la custodia del niño, pero ahora mismo, Señoría, le pido que proteja a Faith con una orden de alejamiento contra la señora White durante el juicio.

Joan espera a que acabe de hablar y luego empieza a reírse.

—Señoría, ¿va a permitir que se salga con la suya?

Metz ni siquiera la mira de reojo.

—Escuche al testigo, Señoría. Aislar al niño de la madre es la forma más corriente de detectar el síndrome de Munchausen por poderes utilizada por los profesionales de la salud mental.

Cuando la madre no puede acercarse al niño, la criatura de repente deja de encontrarse mal constantemente —explica, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué puede perder, juez? Es una situación en la que todos salen ganando. Si Mariah White no sufre el síndrome de Munchausen por poderes... bueno, Faith está en el hospital de todas formas, y en buenas manos; pero si la señora White sí sufre dicho síndrome, habrá salvado la vida de la niña. ¿Por qué iba a ser perjudicial una orden de alejamiento temporal para que escuche a mi experto y llegue a sus propias conclusiones?

—¿Tiene algo que objetar, Standish? —pregunta el juez Rothbottam, dirigiéndose a Joan.

Joan mira a Metz y luego al juez.

—Esto es una gilipollez, Señoría. En primer lugar, a diferencia del cliente del señor Metz, quien sin duda antepone sus propios intereses a los de su hija, *mi* clienta no está aquí porque necesita estar al lado de su hija. Eso se merece un elogio, no una orden de alejamiento. En segundo lugar, el señor Metz está intentando desviar la atención de la devoción que mi clienta siente por su hija con esa estratagema de la nueva enfermedad de la semana. No sé qué es ese síndrome; no sé ni cómo se deletrea esa palabreja. El juicio empezará dentro de menos de media hora, y estoy preparada, pero va Metz y entra tan fresco, sacándose de la manga ese retorcido diagnóstico clínico. Además, que yo sepa no tiene ningún título en psicología. Ahora necesito tiempo para investigarlo y poder refutarlo.

—Se escribe M-U-N... —dice Metz lentamente.

—Váyase a tomar viento.

Metz levanta las manos haciéndose el ofendido.

—Sólo estaba ayudándola a deletrear la palabreja.

—No he acabado, Metz —prosigue Joan, mirando al juez—. No puede sacarse un testigo de la manga el día, no, me corrijo, el minuto antes de empezar el juicio. Esto no es justo.

El juez Rothbottam mira a Metz.

—Sin contar todos los soliloquios que estoy seguro de que tiene

preparados, ¿cuánto tiempo necesita para entrevistar a todos sus testigos?

—No lo sé. Seguramente hasta mañana.

Rothbottam considera la situación durante un momento.

—De acuerdo. Por ahora le concederé la orden de alejamiento. Improvisemos sobre la marcha. Empezaremos el juicio y, señor Metz, usted llamará a declarar a su experto en el síndrome de Munchausen al final. Cuando llegue ese momento, levantaremos la sesión y veremos si la señora Standish necesita más tiempo para prepararse.

—Creo que sería beneficioso si todos pudiéramos escuchar al experto sobre el trastorno primero...

—Tiene suerte de que deje que ese hombre suba al estrado. Esto es lo que vamos a hacer y punto. Me gusta. La niña está a salvo, Joan tiene como mínimo un día para prepararse, y sinceramente, Metz, no me importa lo que piense.

El juez hace crujir los nudillos y gesticula hacia la puerta.

—¿Señores?

A primera hora de la mañana el padre MacReady entra en la habitación de Faith. Se detiene un momento en el umbral, sorprendido al ver a Faith, intubada y quieta como un muerto, y a Mariah sujetando el antebrazo de su hija mientras duerme. Quizá no sea el momento adecuado para molestarlas; uno de los feligreses le había contado que se habían llevado a la niña en una ambulancia la noche anterior, y sólo quería visitarla. Retrocede en silencio, pero el sonido de sus botas sobre el linóleo hace que Mariah se despierte de golpe.

—Oh —dice con voz ronca, aclarándose luego la garganta.

Cuando se da cuenta de quién ha venido de visita, cambia su expresión.

—¿Por qué está usted aquí? —pregunta, visiblemente disgustada.

El padre MacReady ata cabos y se da cuenta de que por algún motivo Mariah piensa que lo han llamado para los ritos fúnebres. Es imposible que ocurra, porque Faith no es católica, pero a pesar de ello él ya se ha entrometido en su vida en el pasado. Se sienta al lado de Mariah en una silla.

—Estoy aquí como amigo, no como sacerdote —dice.

Mira la carita de Faith, demacrada, demasiado pequeña para haber

causado tanta controversia.

—¿Han sido las manos de nuevo?

Mariah asiente.

—Ahora también tiene fiebre. Y sufre deshidratación. Y grita y tiene ataques —dice, pasándose las manos por la cara—. Ha sido mucho peor que la primera vez, mucho peor.

—¿Ataques?

—Colin y yo... casi no podíamos sujetarla —explica Mariah, estremeciéndose—. La primera vez que ocurrió, estaba inconsciente. Sin embargo, esta vez... esta vez se ha hecho daño.

El padre MacReady acaricia suavemente la mejilla de Faith con la palma de la mano.

—*Eli, Eli, lama sabachthani* —murmura.

—¿Qué le ha dicho? —pregunta Mariah, quedándose helada al oír las palabras.

MacReady se vuelve, sorprendido.

—En realidad es hebreo.

Mariah piensa en la otra noche, cuando Faith llamó a Eli. No está segura de las otras palabras desconocidas, pero quizá fue lo que Faith dijo entre gemidos. Se lo cuenta al sacerdote.

—Es un verso bíblico —le aclara—. Mateo 27, 46.

—Faith no habla hebreo.

—Sin embargo, Jesús sí. Era su idioma. Las palabras significan «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». San Mateo nos cuenta que Cristo no estaba tan conforme la noche que todo ocurrió. En el último minuto quiso saber por qué Dios le estaba haciendo pasar por todo aquello.

Duda y luego mira a Mariah.

—La hemorragia, el dolor, esa frase... creo que Faith estuvo en éxtasis.

—Parecía agonía más que otra cosa.

—No me refiero al éxtasis que usted conoce. La mayoría de los estigmatizados más reconocidos experimentaron períodos de éxtasis religioso. Sin el éxtasis, se trata sólo de una hemorragia en las manos.

En ese instante, Faith se mueve mientras duerme y se le cae la sábana, descubriendo la herida que tiene en el costado. El padre MacReady se queda

sin respiración.

—¿Y esto también?

Cuando Mariah asiente, MacReady está radiante; sabe que no es la expresión adecuada teniendo en cuenta la gravedad de la ocasión, pero la herida del costado derecho de Faith está casi exactamente donde se supone que estaba la herida del costado de Jesús. Se marea sólo de pensarlo.

Piensa en la situación y recurre a sus habilidades de consejero pastoral.

—Mariah, Faith no está sintiendo su propio dolor. Según todo lo que me ha contado, sólo estaba aliviando a Jesús de su dolor, representando su sufrimiento en la cruz.

—¿Por qué ella?

—¿Por qué Él? —pregunta el padre MacReady en voz baja—. No sabemos por qué Dios nos dio a su único hijo para que muriera por nuestros pecados. Tampoco sabemos por qué Dios permite que algunas personas experimenten la pasión de Cristo cuando hay otras que ni siquiera pueden entenderla.

—Pasión —repite Mariah indignada—. Extasis. La persona a quien se le ocurrieron esas palabras no pasó por esto.

—La palabra pasión viene del latín; *passio*, que significa «sufrir».

Mariah rechaza las fervientes convicciones del padre MacReady. Pasión. Repite la palabra en voz baja para sí misma, y piensa en Ian, en Colin y en Faith, y se pregunta si todo el amor, terrenal o divino, acaba haciendo daño.

Cuando las enfermeras vienen para llevarse a Faith a rayos X de nuevo, Mariah le dice adiós al sacerdote. No le importa demasiado lo que le ocurra al padre MacReady. No le importa si Faith experimenta el sufrimiento de Cristo o el suyo propio. Sólo quiere que desaparezca.

Faith está sentada en una silla de ruedas, dando cabezadas porque está dormida. Mariah le coloca la mano en el hombro mientras la enfermera la lleva hacia el ascensor. Bajan en la tercera planta y esperan en el pasillo mientras la enfermera mira qué sala les han asignado.

Mientras están allí, pasa por delante de ellas un hombre a toda prisa en una camilla, rodeado por un montón de médicos que trabajan frenéticamente para

ayudarlo mientras se dirigen a emergencias. Mariah oye cómo gritan algo sobre la desfibrilación y el quirófano número tres, y se estremece al recordar lo del corazón de su madre. La mano del hombre está colgando de la camilla y roza la rodilla de Faith al pasar.

Sin embargo, Faith, que está gimiendo bajito, no parece enterarse.

—Mariah.

Al ver que no responde, Millie la coge de los hombros y la sacude.

—¿Fias escuchado algo de lo que te he dicho?

—Ve tú, mamá. Yo intentaré ir más tarde.

—¿No lo entiendes? Si no te levantas y sales por esa puerta, la policía te arrastrará hasta los tribunales, literalmente —le explica Millie, inclinándose hacia ella—. Si no vienes a la vista, *Colin se quedará con Faith*.

Esta frase acaba con la confusión de Mariah.

—No puede —dice, poniéndose de pie lentamente—. No puede y punto.

Millie la ayuda a ponerse erguida; se percata de que la situación ha empezado a mejorar. Ayuda a Mariah a ponerse el abrigo con los movimientos hábiles de una madre.

—Pues deténlo —le dice.

—Dejémoslo —suspira el doctor Urquhart.

En el quirófano tres el cirujano cardíaco se quita los guantes y los vuelve del revés, atrapando la sangre del pecho de su paciente. Oye cómo una enfermera dice «nueve cincuenta y ocho», y el débil chirrido del bolígrafo sobre el historial del paciente. A Urquhart le duelen los dedos. Diez minutos de estimulación manual no han sido suficientes para salvar al hombre, pero como ha abierto su pecho de par en par, también sabe que un par de lonchas de beicon más habrían acabado con él. Con una obstrucción del ochenta y el setenta y cinco por ciento, respectivamente, era un milagro que el señor Eversly hubiera llegado tan lejos.

Oye cómo una de las residentes de cirugía empieza a preparar al paciente para que la familia pueda verlo por última vez. Con un gruñido, Urquhart se da

cuenta de que lo peor aún está por llegar. No hay nada peor que contarle a un familiar que un paciente ha muerto en plena operación, justo antes de Navidad.

Coge el historial del paciente para firmar su muerte, hace clic con el bolígrafo para que salga la punta y luego la voz de la residente lo detiene.

—Doctor Urquhart, mire esto.

Le sigue la mirada hasta el monitor, que ya no muestra una línea recta, y luego hasta la cavidad del pecho abierta del paciente, en la que un corazón, sano y sin obstrucciones, está latiendo con fuerza.

—¡Todo el mundo en pie! ¡Preside el honorable juez A. Warren Rothbottam!

La sala de audiencia se llena con el sonido de los pies golpeando el suelo y la calderilla de los bolsillos tintineando cuando todo el mundo se levanta. El juez se dirige con paso airado hacia su asiento, mirando de reojo al grupo de espectadores de la galería. A Rothbottam le han contado que era tanta la gente que quería entrar que los alguaciles han tenido que sortear los asientos no asignados.

Mira hacia la mesa de la demandada y ve a Mariah White (gracias a Dios) donde tendría que estar. Tiene las manos entrelazadas y las mira fijamente, como si en cualquier momento pudieran huir volando y traicionarla.

Rothbottam mira a la galería.

—Dejemos las cosas claras desde un principio. No soy tan estúpido ni tan inocente como para pensar que todos los aquí presentes están interesados en mi trabajo como juez o que existe un interés repentino por parte de los medios en las vistas de custodias corrientes. Sé exactamente quiénes son todos y lo que piensan que hacen aquí. Pues bien, esto no es su cadena de televisión. Es mi sala de audiencia, y aquí, *yo* soy Dios —aclara, apoyando las manos sobre el estrado—. Si veo que entran con una cámara, si los oigo toser demasiado alto, si alguien aplaude o abucea a un testigo, al primer indicio de cualquier gilipollez de ese tipo, los mando a todos a la calle. Y ya pueden citar lo que acabo de decir literalmente, si quieren.

Los reporteros presentes ponen los ojos en blanco y se miran entre sí.

—Abogados —continúa Rothbottam—. Supongo que en la última media

hora no ha surgido ninguna nueva moción de emergencia, ¿verdad?

—No, Señoría —dice Metz.

Joan menea la cabeza.

—Perfecto —dice, asintiendo a Metz—. Puede empezar.

Malcolm se pone en pie, aprieta el hombro de Colin y se abrocha el botón de la chaqueta del traje. Luego se dirige hacia el podio que está al lado del estenógrafo y lo orienta ligeramente hacia la galería.

—Señor Metz —dice el juez—. ¿Qué está haciendo?

—Ya sé que va en contra de lo establecido para una vista de una custodia, pero he preparado una exposición de apertura cortita, Señoría.

—¿Acaso ve usted a un jurado, abogado? Porque yo no, y ya sé todo lo que sabe usted sobre este caso.

Metz lo mira sin alterarse.

—Tengo derecho a una exposición de apertura, y me opondré para que conste en acta, Señoría, si no me lo permite.

El juez piensa fugazmente en lo que podría estar haciendo si se hubiera retirado hace cinco años, como quería su mujer: observar el movimiento de las olas en la playa de Florida, conducir una caravana en un parque nacional o escuchar a Betty Buckley cantando de nuevo en Broadway. En cambio, ahí está, obligado a ver cómo Malcolm Metz interpreta para su público, porque lo último que quiere es que Metz tenga motivos para apelar.

—Señora Standish —dice el juez, resignado—. ¿Tiene algún problema al respecto?

—No, Señoría. En realidad tengo ganas de verlo.

—Que sea breve, abogado —concluye Rothbottam, inclinando la cabeza.

Malcolm Metz se pone de pie detrás del podio en silencio, fingiendo encontrar las palabras que ha memorizado durante la última semana y que tiene preparadísimas.

—¿Saben? Cuando tenía siete años, solía ir a pescar con mi padre. Me enseñaba a escoger la mejor lombriz en la tierra removida, a colocarla en el anzuelo correctamente y a pescar la lubina rayada más hermosa del mundo. Después de pescar, íbamos los dos solos a una cafetería de carretera cerca del estanque; me compraba un refresco y nos sentábamos a contar los coches que pasaban por la autopista. Luego mi padre y yo regresábamos a casa y mi madre

nos tenía preparado un buen almuerzo. A veces era sopa, a veces un bocadillo de jamón... y mientras ponía la mesa, salía a buscar arañas debajo del porche, o me tumbaba boca arriba y miraba fijamente las nubes. ¿Saben qué hace Faith White ahora que tiene siete años? Está tumbada en una cama de hospital, cubierta de tubos intravenosos y dejando que le extraigan sangre de una docena de sitios distintos. Sufre un dolor atroz, tanto mental como físico. Tiene a un batallón de enfermeras y médicos que la observan las veinticuatro horas del día, y a gente reunida en las puertas del hospital que espera tener noticias sobre su estado de salud. ¿Es ésa la manera más adecuada de pasar la infancia? —pregunta, moviendo la cabeza con tristeza—. No lo creo. De hecho, esa niña no ha sido capaz de comportarse como tal desde hace ya un tiempo. Por este motivo, su padre, mi cliente, ha creado un hogar para su hija, dispuesto a acogerla con los brazos abiertos y a protegerla de las indeseables influencias que la han llevado hasta el punto que ahora... que continúan poniendo en peligro su vida.

—¡Bueno! —grita Rothbottam—. ¡Acérquense!

Metz y Joan se acercan al estrado. El juez tapa el micrófono con las manos.

—Señor Metz, permítame que le dé un consejo: no voy a fallar según lo que les diga a los representantes de los medios que están hoy aquí. Le recomiendo encarecidamente que vaya acabando su historia, porque está empezando a cabrearme.

Metz regresa a su podio y se aclara la garganta.

—En conclusión, vamos a demostrar que, sin lugar a dudas, la custodia debería ser para Colin White. Gracias —dice, asintiendo y sentándose al lado de Colin.

—Señora Standish —dice el juez—. ¿Quiere hacer usted también una exposición de apertura?

Joan se pone en pie y se abanica con la mano.

—¿Me permite un minuto, Señoría? Aún me estoy recuperando de la emoción del discurso, con lo de la pesca y todo eso.

Respira profundamente y luego sonrío de forma encantadora al juez.

—Ah, ya estoy mejor. En realidad, no creo que tenga nada que decir ahora mismo que pueda superar esta introducción. Sin embargo, le diré algo: si

siento la necesidad de pontificar, ¿me permitirá hacerlo al principio de mi caso?

—De acuerdo. Señor Metz, puede llamar a su primer testigo.

Mirando de forma alentadora a su cliente, Metz llama a Colin White al estrado. Colin se levanta, consiguiendo parecer avergonzado y refinado a la vez. Sube a la tribuna de los testigos y mira a un escribano del tribunal que está sujetando una Biblia.

—¿Jura solemnemente decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad?

—Lo juro.

Malcolm se acerca a la tribuna y pide a Colin que diga su nombre y dirección.

—Señor White —empieza—. ¿Cuál es su relación con Faith?

—Soy su padre.

—Para ponernos en antecedentes, ¿podría decirnos qué ocurrió el verano pasado?

—Tenía problemas con mi matrimonio —reconoce Colin—. No sabía con quién comentarlo.

—¿Por qué no con su mujer? —pregunta Metz, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, en otras ocasiones había sido emocionalmente frágil, y tenía miedo de su reacción si le decía que pensaba que nuestro matrimonio tenía problemas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hace siete años estuvo interna en una institución por depresión, después de un intento de suicidio.

—Si no le expuso los hechos, ¿qué ocurrió para que iniciara el proceso de divorcio?

—Bueno —responde Colin, poniéndose colorado—. Busqué consuelo en otra mujer.

—Oh, por el amor de Dios... —murmura Joan a Mariah.

Mariah está como pegada a la silla, temiendo respirar o mover un músculo, porque a pesar de que Colin se ha violentado al confesarlo, ella sólo quiere que la tierra se la trague.

—¿Qué ocurrió? —persiste Metz con cuidado.

—Un día esta otra mujer estaba en mi casa, y Mariah lo descubrió.

—Seguro que fue una situación muy incómoda para usted, Colin.

—Lo fue —reconoce—. Dios mío, me sentí fatal.

—¿Qué hizo en ese momento?

—Fui egoísta. Sólo tenía claro que debía rehacer mi vida. Supongo que pensé que Faith estaría bien con Mariah mientras lo hacía... pero en el fondo sabía que en algún momento querría que mi hija volviera a vivir conmigo.

—¿Le pidió que fuera a vivir con usted?

—No en ese momento —responde Colin, haciendo una mueca—. Pensé que desarraigarla de su casa no era lo mejor cuando su familia acababa de romperse.

—Así pues, ¿qué hizo?

—Presenté una demanda de divorcio. Intentaba ver a Faith cuando podía, y le dejé implícitamente claro a mi ex mujer, como mínimo eso creía, que aún quería que Faith fuera parte de mi vida. Después de que me... hube marchado, intenté volver a verla. En una ocasión casi me echó de casa, pero Faith quería verme; lo sé.

—Colin, ¿podría compartir con nosotros algún momento especial que pasara con Faith?

—Oh, teníamos una relación muy estrecha. Hay pequeñas cosas que recordaré siempre... como peinarla después del baño, arroparla al dormir, o cuando me cubría los pies de arena.

—¿Cuál es su estado civil actual?

Colin sonríe mirando hacia la galería, y Jessica lo saluda discretamente.

—Llevo dos meses felizmente casado, y de hecho estamos esperando un bebé. A Faith le encantará tener un hermanito o una hermanita.

—¿No cree que la gente puede preguntarse por qué ha cambiado de opinión sobre la custodia de su hija en apenas dos meses?

—No digo que haya sido el padre perfecto —explica Colin, asintiendo—. Porque no es así. He cometido errores que desearía no haber cometido. Sin embargo, nunca he cambiado mi opinión sobre Faith. Simplemente no estaba dispuesto a sacarla de un entorno familiar cuando el resto de su mundo estaba patas arriba.

Mira a Jessica.

—Amo a mi nueva esposa, y amo la vida que estamos creando. No puedo ser el padre de esta nueva criatura sin ser un padre para Faith. La necesito, y por lo que he podido ver, ella también me necesita.

—Colin, ¿por qué está aquí ahora? —pregunta Metz, pasando por delante del juez.

Colin traga con fuerza.

—Bien, no hace mucho encendí la tele una noche y mi hija era la protagonista de las noticias. Estaba hospitalizada, y contaban una historia descabellada; decían que era una visionaria religiosa y que le sangraban las manos, por el amor de Dios. No podía dejar de pensar que Mariah se había cortado las venas una vez, que estaba sola con mi hija, y que de repente Faith estaba sangrando. Siempre he sabido que mi mujer está loca, pero...

—¡Protesto!

—Voy a ignorar lo que acaba de decir, señor White. Le ruego que se limite a responder a la pregunta —explica el juez, frunciendo el ceño.

Metz continúa lanzando preguntas a su cliente.

—¿Qué le hizo presentar una demanda para cambiar la custodia?

—Hace un par de semanas me di cuenta de que Faith no estaba tan a salvo como creía.

—¿Había tenido algún motivo con anterioridad para creer que Mariah no era una madre apropiada para ella?

—No desde hacía años, cuando le dieron el alta en Greenhaven. En ese momento estaba bastante frágil, y no podía cuidar de una recién nacida porque ni siquiera podía cuidar de sí misma. Sin embargo, las cosas mejoraron mucho, o al menos eso creía —señala Colin.

—¿Cree que usted puede proporcionarle a Faith un hogar más seguro?

—Oh, sí. Vivimos en un barrio maravilloso, con un jardín trasero precioso para que pueda jugar, y no dejaría que los reporteros la acosaran. Cortaría este asunto de raíz, para que pudiera recuperar su infancia.

—Como padre, ¿cómo se siente con la situación que está viviendo Faith?

Colin mira a Mariah a los ojos. Están abiertos, y son sinceros y brillantes.

—Estoy preocupado por ella —dice—. Creo que su vida está en peligro, y creo que su madre tiene la culpa.

Mariah tira de la manga de Joan antes de que se levante para proseguir con su turno de preguntas.

—¿Piensan que hago daño a Faith? —susurra sorprendida—. ¿Piensan que yo le hago eso?

Joan aprieta la mano de su clienta. Había preparado a Mariah para lo peor pero, al igual que ella, había imaginado que lo peor sería hablar de tomar barbitúricos durante la hospitalización; no hablar de ella como si fuera una madre que maltrata a su hija. Como Mariah ha llegado tarde al tribunal, Joan no ha podido prevenirla sobre la estrategia de Metz, y no va a desvelarle ahora a su clienta, en medio del testimonio, que el juez ha ordenado que Mariah no puede estar en contacto con Faith durante todo el juicio.

—Relájate. Deja que haga mi trabajo.

Joan se levanta, mirando a Colin fijamente durante mucho rato, con dureza, para que sepa lo reprehensible que ella piensa que es.

—Señor White —dice fríamente—. Dice que su matrimonio tenía problemas.

—Sí.

—Sin embargo, no lo comentó con su mujer, porque era emocionalmente frágil.

—Correcto.

—¿Podría definirme «emocionalmente frágil»?

—Protesto —dice Metz—. Mi cliente no es un profesional del campo de la psicología.

—Pues entonces no debería haber utilizado el término en primer lugar — responde Joan.

—Protesta denegada —dice el juez.

Colin se mueve en la silla, incómodo.

—Estuvo en una institución para enfermos mentales hace siete años, porque tenía tendencias suicidas.

—Ah, sí. Ha dicho que intentó suicidarse.

—Sí —responde Colin, mirando a Mariah rápidamente.

—¿Intentó matarse así, por las buenas?

—No, estaba muy deprimida en esa época.

—Entiendo. ¿Estaba deprimida por algún motivo en especial?

Colin asiente bruscamente.

—Lo siento, señor White. Tendrá que hablar en voz alta para el estenógrafo del tribunal.

—Sí.

Joan se dirige hacia Mariah, para que la mirada del juez, y por supuesto la mirada voraz de la prensa en la galería, recaiga sobre ella.

—Quizá podría ayudarnos y explicarnos por qué estaba deprimida.

Al ver el movimiento rebelde de la mandíbula de Colin, Joan se cruza de brazos.

—¿Se lo pregunto de nuevo o me lo cuenta, señor White?

—Yo tenía una aventura, y ella lo descubrió.

—Tuvo una aventura hace siete años y eso deprimió a su mujer. Así que hace cuatro meses, cuando estaba teniendo otra aventura, ¿pensó que si lo descubría se deprimiría de nuevo?

—Correcto.

—¿Es ése el único error que ha cometido en su matrimonio? ¿Tener esas relaciones con esas mujeres?

—Eso creo.

—¿Sería correcto decir que esos dos incidentes, el de hace cuatro meses y el de hace siete años, han sido los únicos momentos en su matrimonio en los que, cómo lo ha dicho usted, sintió la necesidad de *buscar consuelo*?

—Sí.

—Entonces supongo que los nombres de Cynthia Snow-Harding y Helen Xavier no le dicen nada.

Mientras Colin se queda tan blanco como su camisa, Mariah se clava las uñas en los muslos. Joan la había prevenido acerca de que esto iba a ocurrir, pero aun así siente la necesidad de salir corriendo de la sala, o quizá ir hacia la tribuna de los testigos y arrancarle los ojos. ¿Cómo había podido descubrir Joan tan rápidamente algo que Mariah no había sabido durante años?

«Porque *ella quería saberlo* —piensa Mariah—. Yo no».

—¿No es verdad, señor White, que Cynthia Snow-Harding y Helen Xavier son otras dos mujeres con las que tuvo una aventura?

Colin mira a Metz, que está furioso detrás de la mesa del demandante.

—Yo no lo llamaría una aventura —responde rápidamente—. Fueron...

contactos esporádicos.

Joan resopla.

—¿Por qué no continuamos? —sugiere—. Cuando su mujer, Mariah, tuvo una fuerte depresión hace siete años después de descubrir que tenía una aventura con otra mujer, ha dicho que fue internada en una institución.

—Sí. En el Instituto Greenhaven.

—¿Vino el equipo médico de Greenhaven a llamar a su puerta?

—No —responde Colin—. Yo lo organicé todo para que fuera allí.

—¿De veras? —dice Joan, fingiendo estar sorprendida—. ¿Intentó que Mariah recibiera primero asistencia psicológica?

—Bueno, brevemente. Parecía que no funcionaba.

—¿Pidió al psiquiatra que medicara a Mariah?

—Estaba más preocupado por lo que podía...

—Limítese a responder la pregunta, señor White —lo interrumpe Joan.

—No, no se lo pedí.

—¿Intentó apoyarla mientras tuvo la crisis?

—Sí lo hice —responde Colin firmemente—. Sé que es fácil que parezca el malo de la película, el que encerró a su mujer para que pudiera continuar convenientemente con su aventura. Sin embargo, hice lo que pensé que era mejor para Mariah. Amaba a mi mujer, pero era... una persona distinta, y no podía hacer que la antigua Mariah volviera. No puede entender lo que le cuento si no ha vivido con alguien con tendencias suicidas: te obsesiona el hecho de no haberlo intuido, te culpas por los días realmente malos, te entra el pánico porque quieres que esté a salvo. Cada vez que la miraba, no podía perdonarme porque, de algún modo, yo la había transformado en eso. No podría haber soportado que hubiera intentado suicidarse de nuevo —explica Colin, con la vista clavada ahora en su regazo—. Era culpa mía. Sólo quería hacer algo bien por una vez.

Mariah siente cómo se le revuelve algo en el pecho. Es la primera vez que considera que haber estado en Greenhaven no sólo le había dolido a ella, sino también a Colin.

—¿Dejó de trabajar para estar en casa con Mariah y poder vigilarla y asegurarse de que estaba bien? —pregunta Joan.

—Lo hice durante un tiempo, pero estaba muy asustado. Tenía miedo de

perderla si me volvía solo un segundo.

—¿Le pidió a su madre, que vivía en Arizona en aquella época, que viniera para estar con Mariah?

—No —reconoce Colin—. Sabía que Millie se imaginaría lo peor. No quería que pensara que Mariah no estaba mejorando.

—¿Así que consiguió un mandato judicial para que internaran a Mariah en contra de su voluntad?

—No sabía lo que quería en ese momento. Ni siquiera podía levantarse de la cama para ir al cuarto de baño, con lo cual no iba a decirme cómo ayudarla. Actué por su propio bien. Hice caso de los médicos cuando me dijeron que lo mejor era controlarla las veinticuatro horas del día —dice, mirando preocupado a Mariah un momento—. Soy culpable de muchas cosas, y puedo ser estúpido e ingenuo, pero no tengo un comportamiento malicioso.

Sacude la cabeza y prosigue.

—No sabía qué más podía hacer.

—Mmm —dice Joan—. Volvamos ahora al presente. Han pasado siete años, y su mujer lo pilla in fraganti de nuevo.

—¡Protesto!

—Se acepta.

—Después de que Mariah descubriera que tenía otra aventura, pensó que podía deprimirse de nuevo. Así que en vez de intentar hablar con ella, ¿se limitó a salir corriendo?

—No fue así. No estoy orgulloso de lo que hice, pero necesitaba rehacer mi vida antes de asumir la responsabilidad de otra persona.

—¿No pensó que Mariah podía estar un poco afectada por haberlo encontrado en la cama con otra mujer, como ocurrió hace siete años?

—Claro que sí.

—¿Intentó que Mariah recibiera ayuda psiquiátrica?

—No.

—¿Aunque la última vez que ocurrió sufrió una grave depresión?

—Ya se lo he dicho; en ese momento sólo pensé en mí mismo.

—Y aun así dejó a su hija con ella —dice Joan.

—Sinceramente, no pensé que Mariah fuera a hacerle daño. Es que, por el amor de Dios, es su *madre*. Supuse que estaría bien.

—Supuso que Mariah estaría emocionalmente estable a pesar de su comportamiento.

—Sí.

—Y supuso que Faith estaría bien bajo la custodia de su mujer.

—Sí.

—¿Pidió a alguien que fuera a la casa para comprobar que todo fuera bien? ¿Llamó a algún médico, a los servicios sociales o a un vecino?

—No. Es un error del que me arrepiento muchísimo, y estoy dispuesto a pagar por ello.

Joan se mueve con brío por delante de la tribuna de los testigos.

—Estamos todos encantados, estoy segura, de que esté dispuesto. Bien, a ver si lo entiendo. Usted mismo reconoce que *supuso* erróneamente que Faith estaría mejor con su ex mujer. Del mismo modo que *supuso* erróneamente que tenía que rehacer su vida antes de pensar en el bienestar de su hija. Del mismo modo que *supuso* erróneamente que su mujer estaría mejor en una institución para enfermos mentales que con una forma distinta de tratamiento para la depresión. Del mismo modo que hoy *supone* erróneamente que usted es mejor padre que Mariah.

Antes de que Colin pueda responder, Joan le da la espalda.

—No hay más preguntas —concluye.

Al doctor Newton Orlitz le encanta la sensación de estar en la tribuna de los testigos. Debe de ser algo relacionado con la suave madera que siente bajo las manos y el olor de mueble pulido que siempre flota en el aire de una sala de audiencia, pero se siente sumamente feliz con su larga experiencia como psiquiatra forense en estos casos. Sabe que la mayoría de las veces su opinión como médico nombrado por el tribunal es repudiada por algún psiquiatra de consulta privada a quien le pagan una cantidad indecente de dinero para decir algo contradictorio, pero aun así se siente feliz. No sólo cree en el sistema judicial, sino que siente humildad al saber que tiene un lugar en él.

También le gusta jugar cuando está en el estrado. A veces observa a los abogados y les diagnostica mentalmente. Cuando observa cómo Malcolm Metz se le acerca para empezar con las preguntas, piensa: «Megalomanía, sin duda.

Quizá incluso complejo de Dios». Se imagina a Metz vestido con una túnica blanca, con una larga barba etérea, y se ríe.

—Me alegra ver que está contento, doctor Orlitz —dice Metz—. ¿Entrevistó a Colin White?

—Sí —responde Orlitz, consultando su libretita blanca y negra, en la que ha anotado sus observaciones para este caso en concreto—. Creo que es emocionalmente estable y perfectamente capaz de proporcionar un buen hogar para un niño.

Metz sonríe de oreja a oreja, y tiene motivos. Orlitz sabe que no todos los abogados acaban oyendo lo que quieren cuando los psiquiatras de tribunal comparten su evaluación con ellos.

—¿Tuvo la oportunidad de entrevistar a Mariah White? —Sí.

—¿Nos podría contar por encima su historial psiquiátrico?

Orlitz hojea sus notas.

—La internaron en Greenhaven durante cuatro meses, por sufrir depresión suicida. Mientras estuvo allí recibió psicoterapia y medicación antidepresiva. Aunque estoy seguro de que ya sabe, señor Metz, que su comportamiento fue la respuesta a una situación extremadamente estresante —dice, sonriendo de manera insulsa—. Parece que su mente eligió enfrentarse a la situación de esa manera. Pensaba que había perdido a su marido y su matrimonio.

—En su opinión de experto, doctor, ¿piensa que Mariah White podría estar atravesando esta crisis psicológica de nuevo?

—Es posible. Es vulnerable a tener ese tipo de reacción —responde Orlitz, encogiéndose de hombros.

—Entiendo. ¿Se está medicando Mariah ahora, doctor?

Orlitz pasa el dedo por la página.

—Sí —responde cuando encuentra la nota—. Ha estado tomando veinte miligramos de Prozac diariamente, durante los últimos cuatro meses.

—¿Cuándo se lo recetaron? —pregunta Metz, levantando las cejas.

—El 11 de agosto. Se lo recetó el doctor Johansen.

—El 11 de agosto. ¿Sabe usted el día que Colin White abandonó a su mujer?

—Creo que fue el 10 de agosto.

—En su opinión, doctor Orlitz, ¿cree que a Mariah White le recetaron esta

medicación porque no podía soportar el estrés de la situación sin un fármaco?

—Seguramente, pero debería preguntárselo a su psiquiatra.

—Doctor, ¿pudo entrevistar a Faith? —le pregunta Metz, mirándolo con dureza.

—Sí.

—¿Parece una niña normal?

—Normal es un término muy relativo —responde el médico, riéndose—. Sobre todo cuando se utiliza para definir a un niño que ha sufrido un divorcio traumático.

—¿Le parece que Faith busca la aprobación de su madre?

—Sí, pero es una respuesta muy común después de un divorcio. El niño tiene tanto miedo de que el progenitor que le queda se vaya también que hace lo que sea para mantener su interés.

—¿Quizá incluso imitar su comportamiento?

—Sin duda —responde Orlitz—. Un progenitor puede, de manera consciente o inconsciente, imponer su comportamiento, enfrentando al niño con el otro progenitor al obligarlo a actuar de una manera en concreto, de forma que el niño acaba convirtiéndose en un mero instrumento. Algunos expertos se refieren a este modelo de comportamiento postdivorcio como el «síndrome de enajenación parental».

—Imponer el comportamiento del niño —repite Metz—. Interesante. No hay más preguntas.

Joan se pone en pie y se abrocha la chaqueta del traje. Sabe muy bien que Metz ha echado los cimientos para ahondar en algún tema con un testigo futuro.

—¿Por qué no empezamos con el tema del comportamiento impuesto? —pregunta—. ¿La entrevista que tuvo con Faith le sugiere a usted que su, digamos, comportamiento reciente más extraordinario está directamente motivado por su madre?

—No.

—Gracias. Bien, doctor, tuvo la oportunidad de entrevistar a los dos progenitores de Faith. Ha dicho que Colin White le pareció emocionalmente estable y capaz de proporcionar un buen hogar para un niño. ¿Le pareció

Mariah White emocionalmente estable?

—Sí, ahora mismo está bien.

—¿Piensa que en la actualidad es una buena madre?

—Sí, Faith la quiere mucho.

—Bien, cambiemos de tema de nuevo, doctor. ¿A cuánta gente en América, diría usted, le han recetado medicación antidepresiva?

—Creo que a casi diecisiete millones —responde Orlitz.

—¿En qué porcentaje funcionan los fármacos?

—Bueno, si los pacientes los toman durante un cierto período de tiempo y siguen una terapia, se recuperan en aproximadamente un ochenta por ciento de los casos.

—¿Afecta el Prozac al rendimiento normal y diario de una persona?

—No.

—¿Diría usted que interfiere con la capacidad de ser madre?

—No.

—Doctor Orlitz, ¿habló con Faith sobre la tarde que su padre la abandonó?

—Así es.

—¿Le afectó de algún modo?

—No entendió la dinámica de las relaciones entre adultos, lo cual es de agradecer, en realidad, pero por este motivo cree que la ausencia posterior de su padre puede ser culpa suya. Necesitará terapia para superar este tema.

—Qué lástima —dice Joan—. Así que, aunque en su opinión, Colin White es un padre competente *ahora*, hizo algo una vez que a Faith le hizo daño.

—Sí.

—¿Encontró alguna prueba de algo que hiciera Mariah que de alguna manera hiciera daño a Faith?

—No. Ha sido una cuerda estable y continua a la que Faith ha podido agarrarse durante la crisis.

—Gracias —concluye Joan, sentándose al lado de su clienta.

El juez Rothbottam anuncia que habrá una pequeña pausa, y los reporteros salen corriendo de la sala de audiencia para llamar a sus redacciones con las

novedades. Metz acompaña a Colin fuera, y ambos desaparecen entre la multitud. Mariah no se mueve de su silla; descansa la cabeza sobre las manos.

Joan le toca el hombro.

—Nos llaman defensa porque luchamos cuando ellos han acabado. No importa lo que digan, Mariah, de verdad. Se lo devolveremos con creces — dice.

—Ya lo sé —dice Mariah, frotándose las sienes—. ¿Cuánto nos queda?

—Lo suficiente para ir al cuarto de baño —responde Joan, sonriendo con dulzura.

Mariah se levanta en el acto; cualquier cosa por salir de allí. Abandona la sala y ve un montón de caras. Su mirada recae sobre Ian, que está sentado en el pasillo esperando su turno como testigo, fingiendo que no la conoce.

Tiene que ser así; ya lo han hablado. Sin embargo, ahora mismo, con su madre al lado de la cama de Faith, a Mariah le vendría bien un aliado firme y fuerte.

Se obliga a dejar de mirar a Ian. Lucha con todas sus fuerzas para pasar por delante de él sin mirar hacia atrás, sólo para comprobar si la observa al marcharse.

La doctora DeSantis es una mujer pequeña con una mata de pelo negro que se mueve cuando habla. Enumera todos los detalles de su impresionante formación al tribunal, y luego sonrío a Malcolm Metz.

—Doctora DeSantis —empieza—. ¿Pudo entrevistar a Colin White?

—Sí. El señor White es un hombre maravilloso, afectuoso y perfectamente estable, y quiere que su hija vuelva a formar parte de su vida.

—¿Entrevistó a Mariah White?

—No —responde la psiquiatra—. Rechazó la oportunidad.

—Entiendo. ¿Pudo revisar las conclusiones del doctor Johansen sobre Mariah White?

—Sí.

—¿Qué puede decirnos sobre su estado de salud mental?

—Esa mujer tiene un historial de depresiones profundas, con lo cual está en situación de riesgo y en el futuro podría tener ataques de inestabilidad más

graves; nadie puede predecir lo que desencadenará el siguiente.

—Gracias, doctora —concluye Metz, asintiendo con la cabeza en dirección a Joan—. Su turno.

Joan se levanta, pero no se molesta en acercarse a la testigo.

—Doctora DeSantis, ¿es usted la terapeuta de Colin White?

Debajo de la mata de pelo, la psiquiatra enrojece con indignación.

—Me llamaron para estudiar su caso.

—¿No es cierto, doctora DeSantis, que la primera y última vez que vio a Colin White fue el 29 de octubre, justo dos días después de que solicitó cambiar la custodia?

—Supongo.

—Ah. Doctora, ¿en cuántos juicios ha prestado declaración?

—En más de cincuenta —dice la psiquiatra, orgullosa.

—¿En cuántos de esos cincuenta juicios le pidió el abogado Metz que testificara?

—En veintisiete.

Joan asiente pensativa.

—¿En alguno de esos veintisiete juicios, doctora, diagnosticó al cliente del señor Metz como mentalmente inestable?

—No —responde la doctora DeSantis.

—Bien, recapitulemos, pues: el señor Metz la ha contratado de nuevo y, corríjame si me equivoco, doctora DeSantis, en su opinión de *experta*, cree que su cliente es perfectamente estable, y que mi clienta en cambio está chalada.

—Yo no usaría esos términos...

—¿Sí o no, doctora?

—Creo que el cliente del señor Metz es más estable que la suya, sí.

—Vaya —responde Joan con sequedad—. Menuda sorpresa.

La capilla del hospital es una pequeña habitación triste que solía ser el almacén de los artículos de limpieza. Hay seis bancos, tres a cada lado de un pequeño podio con una cruz que cuelga en lo alto. La capilla es aconfesional, pero de alguna manera ese símbolo de la cultura cristiana se ha colado. El

padre MacReady está arrodillado, rezando en silencio un padrenuestro mientras el corazón cada vez se le hunde más en el pecho.

Intenta hacer caso omiso de la puerta que se abre, pero el chirrido es extraordinariamente fuerte, y como clérigo siente la obligación de ofrecer apoyo a una alma afligida, si lo necesita. Se pone en pie, se limpia las rodillas de los vaqueros y se vuelve.

Para sorpresa suya, el rabí Solomon está mirando fijamente la cruz como si de una serpiente de cascabel dispuesta a atacar se tratara.

—Menuda capilla aconfesional.

—Rabino —dice el padre MacReady.

Se miran el uno al otro, evaluándose, y aunque no se conocían son conscientes por lo que han oído de que ambos están allí para apoyar a Faith White.

El rabí Solomon asiente.

—¿Tiene noticias?

—He subido a pediatría, pero no me han dejado entrar en la habitación.

Ocurre algo.

—¿Algo bueno?

—No lo creo —responde el rabino, negando con la cabeza.

Los dos hombres se quedan de pie en silencio.

—¿No necesitan los judíos una cantidad mínima de personas para rezar?

—pregunta MacReady al cabo de un rato.

Solomon sonrío.

—En realidad, no es un mínimo. Es un *minyán*, diez hombres. Es el grupo más pequeño que puede haber para rezar unas oraciones concretas.

—Se trata de la presión que puede ejercer un grupo, ¿no?

—Exactamente —dice el rabino.

Sin decir ni una sola palabra más, el rabino y el sacerdote se sientan el uno al lado del otro en el banco, y empiezan a rezar juntos en silencio.

—La situación es la siguiente —explica un joven médico bien afeitado a Millie—. Tiene insuficiencia renal. Si no le ponemos diálisis, es probable que se le intoxique todo el flujo sanguíneo.

Millie mira al hombre un momento, sin entender la situación. ¿Cómo puede ese chaval, más joven incluso que Mariah, decirle lo que tienen que hacer? En la última media hora, en la habitación de Faith ha habido un zumbido constante de enfermeras, médicos y ayudantes llevando de un lado para otro material brillante y desconocido, colocando ganchos, tubos y máscaras a su nieta, como si de un astronauta que se preparase para hacer un viaje a un mundo desconocido se tratara.

No por primera vez, Millie desearía haber resucitado con una nueva mente, y no un nuevo corazón. Mira fijamente a Faith, deseando que abra los ojos, sonría y les diga que no era tan grave como pensaban. «¿Dónde está tu Dios ahora?», se pregunta.

Hacia sólo una hora que Mariah había llamado desde el palacio de justicia, y Millie le había dicho que todo seguía igual. ¿Cómo podían haber ido tantas cosas mal y tan rápido?

—No debería pedírmelo a mí —contesta Millie con evasivas—. Su madre...

—No está aquí. Si no firma el consentimiento, la niña morirá.

Millie se pasa la mano por los ojos, luego coge el bolígrafo que le tiende como si de una pipa de la paz se tratara, y le da su permiso.

Ian sube a la tribuna de los testigos; hay un momento de frivolidad cuando el escribano del tribunal se acerca con la Biblia habitual. Se ríe y luego con cordialidad mira al techo.

—De acuerdo. Prepárense para que me parta un rayo.

Metz se pavonea al dirigirse hacia su testigo.

—Por favor, diga su nombre y dirección para que conste en acta.

—Ian Fletcher, Brentwood, California.

—¿A qué se dedica, señor Fletcher?

—Como sinceramente espero que todos sepan, soy un ateo profesional. Actualmente, coproduzco y soy el protagonista de un programa televisivo que presenta mis puntos de vista. También soy el autor de tres *bestsellers* de no ficción del *New York Times*. Además, ahora que lo pienso, una vez también tuve un papel como estrella invitada en una película.

—¿Podría explicar al tribunal cómo es su programa televisivo, para quienes quizá no lo conozcan?

—Bueno, mi programa se ha descrito como el «anti Billy Graham». Tengo un púlpito de televisión, pero lo utilizo para demostrar que Dios no existe, a través de la teoría y la investigación científica.

—¿Cree usted en Dios, señor Fletcher?

—Eso es difícil si eres ateo.

Se oyen risitas provenientes de la galería.

—En los dos últimos meses, ¿qué supuestos milagros religiosos ha estado investigando?

Ian cruza las piernas.

—Una estatua que sangraba en Massachusetts, un árbol en Main... y, más recientemente, a Faith White.

—¿Por qué quería investigar este último caso en concreto?

—Se suponía que veía a Dios, obraba milagros y tenía estigmas — responde Ian, encogiéndose de hombros—. Quería demostrar que se trataba de un engaño.

Metz se mueve para entrar a matar.

—Señor Fletcher, ¿podría decirnos lo que ha descubierto?

Por un instante, Ian mira al abogado; tiene en mente la declaración que practicó con Metz ayer mismo.

—A decir verdad, señor Metz, no mucho — responde, con una lenta y gran sonrisa que le transforma la cara.

Metz, dispuesto a lanzar su siguiente pregunta como un dardo, vacila al andar.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho: no mucho — aclara Ian, acercándose más al micrófono.

Ian asiente al estenógrafo.

—¿Lo ha oído bien?

La gente en la galería empieza a cuchichear, puesto que se ha percatado de que el abogado del demandante y el famoso testigo no se entienden.

—Lo que me está diciendo es que no ha visto muchos de esos supuestos milagros — parafrasea Metz.

—Protesto — interviene Joan—. Es una pregunta capciosa.

—Se acepta.

—En realidad, señor Metz, lo que estoy diciendo es que no he encontrado nada que apoye la teoría de que Faith White sea una impostora.

Metz empieza a temblar; se pregunta si el juez o Joan Standish se percatan de ello. Recuerda su primera reunión con Fletcher, cuando le dijo explícitamente que tenía un notición sobre Faith White que quería mantener en secreto. Recuerda la declaración de Fletcher, y cómo se había acogido a la quinta enmienda en cada pregunta. En ese momento, Metz lo había encontrado divertido, porque Joan Standish se había puesto nerviosa. Sin embargo, ahora se da cuenta de que Ian se había acogido a la quinta enmienda porque sabía, desde el principio, que no quería jurar en falso, y por eso se había negado a prestar declaración jurada. Fuera lo que fuese lo que le había prometido a Metz que diría en su bufete, era una mentira, y no hay nada que Metz pueda hacer al respecto. De hecho, Fletcher podría levantarse ahora mismo y cantar el himno nacional de Estados Unidos de América si quisiera, porque no podría ponerse en entredicho su declaración; no diría poco a favor de él, sino de Metz, quien había subestimado a su propio testigo.

Aunque le había inquietado, a Metz no le importaba que Fletcher se guardara su gran sorpresa sobre Faith White, siempre que estuviera dispuesto a revelar algunos detalles menos importantes al tribunal. Sin embargo, esta negativa rotunda a cooperar no tiene sentido alguno.

—Seguro que habrá descubierto *algo*, ¿no?

—Letrado, ¿acaso me está pidiendo que mienta ahora?

Metz siente cómo le palpita la vena en la sien. Intenta plantear distintas preguntas, preguntas que ya han ensayado, para ver si Fletcher vuelve al guión.

—¿Vio obrar a Faith White algún milagro?

—No exactamente —responde Ian, dudando un instante.

—¿Dónde estaba la tarde del 13 de octubre?

—Estaba en la propiedad de los White, en la Winnebago.

—¿Qué ocurrió esa noche, sobre las diez?

—Tropecé con Faith. Literalmente. Estaba en el bosque y ya era oscuro.

—¿Sabía su madre que estaba fuera?

—No —reconoce Ian.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba sangrando. Se... desmayó, y la llevé a su casa. Con su madre.

—A ver si lo entiendo. La niña estaba correteando por ahí cuando ya era de noche, sangrando y casi inconsciente, ¿y su madre no lo sabía?

—En cuanto acompañé a Faith a su casa, la señora White reaccionó en el acto —responde Ian, frunciendo el ceño—. Llevó a Faith al hospital para que recibiera atención médica inmediatamente.

—¿Es posible que Faith White estuviera huyendo porque su propia madre le hubiera hecho daño?

—¡Protesto!

—Protesta denegada —dice el juez Rothbottam.

—Yo no vi que su madre le hiciera daño —responde Ian, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿es posible?

—Tampoco lo vi a usted hacer daño a Faith esa noche, señor Metz, pero supongo que también es posible que lo hiciera.

Metz duda. No entiende el juego de Fletcher. Están en el mismo bando (ambos quieren demostrar que la niña es una impostora), aunque deseen demostrarlo por razones muy distintas.

—¿Podría darnos otros ejemplos de que la señora White no es una buena madre?

Ian frunce el ceño, como si se estuviera concentrando mucho. Luego su expresión se suaviza, y sonríe a Metz.

—Pues no. De hecho, sólo tengo pruebas de lo contrario. Durante todo el tiempo que he intentado desacreditar a Faith, me ha parecido que la señora White hace un buen trabajo como madre.

La mirada de Ian flota por la galería, acabando sobre la de Mariah. «¿Lo ves?». Luego Ian vuelve a mirar a Metz, al brillo calculador de los ojos del abogado.

—¿Dice que se pasó dos meses investigando a Faith y a su madre?

—Sí, más o menos.

—¿Nos podría decir algo sobre su investigación?

—Pues ahora no se me ocurre nada —responde Ian, juntando las manos.

—Vaya, qué interesante —dice Metz—. Porque ambos estaban en la misma lista de pasajeros de un vuelo a Kansas City hace un mes.

Presenta como prueba un documento con un logotipo de una compañía aérea en la parte superior.

Ian intenta que el cuerpo no lo traicione; siempre había existido una alta probabilidad de que los investigadores privados de Metz encontraran esa prueba documental. Sin embargo, saber que se hizo el viaje dista mucho de saber por qué se hizo. De hecho, lo que importa de verdad es saber cuánto ha descubierto Metz.

—¿Podría contarnos lo que descubrió en ese viaje de Faith y Mariah White?

Metz mira fijamente a Ian, deseando que le eche una mano, que reconozca que las siguió a Kansas City para investigarlas, y que luego desvele lo que descubrió.

—Vaya —responde Ian, fingiendo sorpresa—. No sabía que iban en ese vuelo. Yo fui en primera clase... y no me dirigí a la parte posterior del avión.

Sonríe a Metz ingeniosamente.

—Menuda coincidencia.

—Si no iba en ese vuelo para investigar a Faith White, pero usted mismo reconoce haber volado a Kansas City durante su investigación de los supuestos milagros, ¿qué *estaba* haciendo en ese avión, señor Fletcher?

—Fui a visitar a unos amigos —responde Ian impávido, como si llevara una máscara inexpresiva.

—¿A qué amigos? —pregunta Metz, ahora tan cerca de él que sus palabras lo golpean.

—Protesto, Señoría —interrumpe Joan—. No sé por qué, pero el señor Metz está acosando a su propio testigo.

—Sí, señor Metz —dice el juez—. El señor Fletcher ya ha respondido a su pregunta.

Metz no puede mirar a Fletcher de nuevo; tiene miedo de no poder controlarse y de estrangularlo por cabrón.

—No hay más preguntas —dice con mucho esfuerzo, sentándose al lado de Colin White.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurra Colin.

Metz observa a Joan susurrar frenéticamente a su clienta.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—¿Qué coño ha sido *eso*? —susurra Joan.

Mariah no dice nada; sólo dobla y desdobla la tela de su falda. Por un momento, cuando Ian se había dirigido a la tribuna de los testigos, se había quedado sin aliento; se había preguntado si, a pesar de lo que él le había dicho en esas últimas semanas, había estado mintiendo, si iba a dejarla como una imbécil.

—Lo sabías —dice en voz baja la abogada—. Por el amor de Dios.

—Quiere ayudarme —responde Mariah bajito—. Pensó que no debías saberlo de antemano.

Joan la mira fijamente un instante.

—Pues respóndeme ahora: ¿hasta dónde está dispuesto a llegar?

Cuando Ian mira a Joan, entre ellos pasa una corriente, un vínculo forjado por un propósito común.

—Dice que pasó un tiempo investigando a Mariah, ¿verdad? —pregunta la abogada.

—Sí.

—Y que ha visto que Mariah es una buena madre.

—Sí.

—¿Podría darme algún detalle al respecto?

Ian se inclina hacia delante en la tribuna de los testigos.

—Nunca he conocido a una mujer que proteja tanto a su hija. La señora White ha hecho todo lo posible por proteger a Faith de los medios, de los fanáticos religiosos que están en su propiedad, e incluso de mí. Como acaba de señalar el señor Metz, intentó huir con su hija lejos de todo, por lo visto a Kansas City. Cuando la acompañé al hospital con su hija, cuando empezaron a sangrarle las manos a Faith, no dejó a la niña ni un segundo. Tengo que confesar que cuando llegué a New Canaan esperaba encontrarme con una bruja, con una mujer que quería ser el centro de atención y que por eso fingía que su hija podía obrar milagros religiosos. Sin embargo, la realidad no concuerda con lo que me había imaginado. La señora White es una buena

mujer y una buena madre.

—¡Protesto! —grita Metz.

—¿Por qué razón? —pregunta el juez.

—Bueno... ¿es mi testigo!

—Protesta denegada.

—Continúe, por favor, señor Fletcher —dice Rothbottam, animando con su gesto a Ian.

—Sólo iba a añadir que crecí en Georgia y de pequeño me dijeron que jamás debía interponerme entre una osa y su cachorro, porque la madre arrasaría con todo, incluso conmigo, para llegar a su bebé. Por aquel entonces ya hacía caso omiso de lo que se suponía que tenía que creer, así que cuando tenía unos ocho años me interpose entre una osa y su cachorro, y me pasé tres horas en lo alto de un árbol hasta que perdió el interés por castigarme. Sin embargo, jamás olvidaré la mirada en los ojos del animal; me di cuenta de que fui un idiota por hacerla enfadar. Ahora, treinta años más tarde, he vuelto a ver esa misma convicción en la cara de Mariah White.

Joan intenta no sonreír. Ante todo, Ian Fletcher es un actor. Sabe cómo vender.

—Gracias, señor Fletcher —concluye, sonriendo—. Y gracias también a usted, *señor Metz*. No hay más preguntas.

A la una y treinta y cinco, Faith abre los ojos por primera vez en doce horas. La enfermera le está dando la espalda, así que no se percata inmediatamente de que los monitores indican que la niña está consciente.

—No intentes quitártelo, cariño —dice cuando Faith empieza a tragar buscando aire—. Tienes un tubo en la garganta.

Llama al doctor Blumberg y al cirujano pediátrico de guardia.

—Respira con normalidad —le ordena.

Sin embargo, Faith continúa abriendo y cerrando la boca; parece que le cueste respirar, pero en realidad está diciendo «mamá».

—Señor Metz —continúa el juez—. ¿Y su siguiente testigo?

Metz levanta la cabeza.

—Señoría, ¿podría acercarme al estrado?

Joan camina a su lado, preparándose para la pelea que se avecina; sabe que Metz querrá que el experto del que ha hablado suba a la tribuna de los testimonios.

—Tengo que llamar a un testigo que no está en la lista.

—Ya he expresado mis objeciones sobre ese testigo, Señoría —reacciona Joan inmediatamente—. No tenía conocimiento del supuesto experto del señor Metz, y necesito tiempo para investigar ese ridículo síndrome psicológico que ha encontrado oculto en la Enciclopedia Británica.

—No estoy hablando del experto sobre el síndrome de Munchausen — responde Metz impaciente—. Es otra persona. De hecho, no es un testigo protegido. Está en la sala.

—¿Por qué se molestó en darme una lista de testigos? —pregunta Joan boquiabierta.

—Oiga, Ian Fletcher se ha convertido inesperadamente en un testigo hostil, y no he cubierto todo lo que quería durante su declaración.

—¿Qué le parece? —pregunta el juez a Joan. —Ni hablar, Señoría.

Metz le sonrío, pronunciando unas palabras en silencio.

—Pues recurra.

—Bueno, vale. Adelante —cede Joan, cerrando la boca y encogiéndose de hombros.

Metz se va, satisfecho. Su siguiente testigo hará que Fletcher parezca un embustero, cuestionando así toda su declaración y su inexplicable defensa de Mariah. Como mínimo, después de esto, Metz podrá deshacer el daño inesperado que Fletcher haya podido causar.

—El demandante llama a Allen McManus al estrado.

Hay un frenesí de confusión en la galería; los reporteros se mueven para permitir que uno de sus propios compañeros suba al estrado. McManus se dirige con vacilación hacia el escribano del tribunal; es obvio que está sorprendido, pero sigue las instrucciones del juramento.

Metz bendice una vez más a Lacey Rodríguez en voz baja por darle más información de la que esperaba utilizar, información que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe (como los registros del proveedor de

telefonía de las llamadas de teléfono entrantes y salientes de las oficinas).

—¿Podría decir su nombre y dirección para que conste en acta?

—Allen McManus —responde el testigo—. Dos, cuatro, siete, ocho, Massachusetts Avenue, Boston.

—¿Dónde trabaja, señor McManus?

—Soy el director de la sección necrológica de *The Globe*.

—¿Cómo supo de la existencia de Faith White? —pregunta Metz, juntando las manos detrás de la espalda.

—Yo, bueno, me asignaron la tarea de ir a un simposio psiquiátrico en Boston. Una psiquiatra habló de uno de sus casos, el de una niña que hablaba con Dios. Sin embargo, en ese momento no sabía que la niña era Faith White.

—¿Cómo lo descubrió?

—Un día, cuando estaba en mi oficina, recibí un fax sobre una mujer muerta que había resucitado después de que su nieta hubiera obrado un milagro. Había ocurrido en el mismo pueblo en el que trabaja la psiquiatra. Luego recibí una llamada anónima en la que me dijeron que pensara en quién se beneficiaría de tener a una niña considerada una sanadora.

—¿Qué hizo después de esa llamada?

McManus levanta la barbilla.

—Llevo muchos años de periodismo de investigación a mis espaldas, así que decidí hurgar en el caso. Investigué a la madre de la niña —dice, sonriendo abiertamente—. Yo saqué a la luz que Mariah White estuvo internada en una institución durante cuatro meses.

—¿Le resultó extraño que le hicieran una llamada anónima?

—Bueno, trabajo en la sección necrológica y no suelo recibir llamadas con una voz misteriosa y profunda muy a menudo —responde Allen, colocándose bien el cuello de la camisa—. En *The Globe* tenemos un identificador de llamadas, así que copié el número, por si tenía que volver a ponerme en contacto con esa persona.

—¿Cuál era el número, señor McManus?

—No puedo revelar una fuente, señor.

El juez frunce el ceño mientras la prensa acreditada de la galería murmura que siente respeto por el testigo.

—Puede y lo hará, señor McManus, o lo acusaré de desacato al tribunal.

Allen permanece en silencio un momento, considerando sus opciones. Luego hurga en el bolsillo hasta encontrar una pequeña libreta y pasa varias páginas.

—310 288 3366.

—¿Lo rastreó?

—Sí.

Malcolm Metz camina frente al banco de la demandada y se vuelve hacia Mariah.

—Señor McManus, ¿de quién era el número?

El juez se aclara la garganta en señal de advertencia, pero ya no hace falta. McManus está mirando fijamente a un hombre; tiene los ojos entornados porque está recordando una humillación del pasado.

—Es un móvil particular —responde—. Está a nombre de Ian Fletcher.

En cuanto Allen McManus sube al estrado, Ian se queda pegado en su asiento, incapaz de moverse, aunque sabe muy bien que eso es lo peor que puede hacer. ¿Cómo pudo haber subestimado a Metz? Ian está dos filas detrás de Mariah, observando cómo se le contraen los hombros al descubrir que Ian fue el responsable de la calumniosa historia publicada sobre ella. «Tendría que habérselo dicho —piensa—. Si se lo hubiera dicho, me habría perdonado».

Desearía que Mariah se volviera. Desearía poder ver su cara.

Hace sólo un momento, cuando acababa de bajar de la tribuna de los testigos, había pasado por delante y le había guiñado el ojo. Estaba radiante, como la luna llena. Ahora está pálida, con los ojos demacrados, evitando a propósito que su mirada se encuentre con la de Ian.

Mira a Mariah fijamente, como cuando no puedes evitar ver cómo se desploma o se quema un edificio, destinado a la tragedia. No parpadea cuando ella se cubre la cara con las manos, cuando empieza a llorar.

Joan se pasa treinta segundos intentando consolar a su clienta, algo que nunca ha sido su fuerte. Luego se levanta, temblando de ira. Si se tratara de un juicio ante jurado, sería totalmente distinto. Podría volver a interrogar a McManus y de alguna manera sembrar la duda de que no era Ian quien tenía el

teléfono en la mano en el momento que se hizo la llamada. Podría haber sido un alumno en prácticas o podrían habérselo robado; ¡existen multitud de posibilidades! Sin embargo, un juez ya ha considerado si Ian Fletcher llamó o no realmente desde su teléfono a Allen McManus, y al igual que los demás ha llegado a la conclusión de que Ian es culpable de varios cargos de traición.

—¿Trabaja en *The Globe*? —pregunta, enfadada.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

—Seis años.

—¿Qué estudió?

—Fui a la Facultad de Periodismo de Columbia y trabajé en *The Miami Herald* como corresponsal local antes de trabajar en *The Globe*.

—¿Quién le asignó este caso en concreto?

—El director de eventos especiales, Uwe Terenbaum. A veces me pide que vaya a simposios y conferencias si en la sección necrológica no hay demasiado trabajo.

Joan se mueve de acá para allá delante de él, como una lanzadera en un telar. Los ojos de McManus la siguen, mareados. No sabe qué puede conseguir de ese gusano, pero tiene la corazonada de que su ego es un talón de Aquiles. Cuanto más estúpido parezca, mejor.

—¿Se considera usted un buen reportero, señor McManus?

—Eso quiero creer —se pavonea Allen momentáneamente.

—¿Tiene una buena reputación entre sus compañeros?

—Sí, claro.

—¿Le asignaron este caso porque es uno de los mejores reporteros del *Globe*?

—Probablemente —responde, irguiéndose en la silla.

—Seguro que se sintió bien al indagar sobre el número y dar con Ian Fletcher.

—Bueno, sí —reconoce Allen—. Porque es una persona muy conocida.

Joan tamborilea con los dedos sobre la baranda del estrado.

—¿Habló con el señor Fletcher después de descubrir que se trataba de su número?

—Lo intenté, pero...

—¿Sí o no?

—No —responde.

—Se limitó a coger su pista y seguirla.

—Sí.

—¿Fue a Greenhaven?

—Sí —dice Allen.

—¿Consiguió ver el historial de Mariah White?

—No. Hablé con un médico que confirmó que había estado en el hospital.

—Entiendo. ¿Se trataba del médico de Mariah?

—Bueno, no.

—¿Había tratado a Mariah en algún momento cuando estuvo en Greenhaven?

—No.

—¿Conocía los detalles de su caso?

—Conocía lo básico.

—Yo no le he preguntado eso, señor McManus —interrumpe Joan, frunciendo el ceño—. ¿Descubrió durante su rigurosa investigación que Mariah estuvo en Greenhaven involuntariamente por culpa de su marido?

—Pues no...

—¿Descubrió que no le dieron la oportunidad de buscar otras alternativas de tratamiento para la depresión antes de que la internaran?

—No.

—¿Descubrió que, como su marido iba por ahí follándose a otras mujeres, Mariah White sufrió lo que popularmente se conoce como una crisis nerviosa?

—No —murmura el reportero.

—¿Descubrió que *ésa* fue la razón por la que intentó suicidarse? —pregunta Joan, mirando fijamente a McManus—. No descubrió ni lo básico, señor McManus. No descubrió nada de nada. ¿Qué le hace pensar que es un periodista de investigación tan maravilloso?

—¡Protesto!

—Lo retiro —dice Joan.

Sin embargo, a Joan no le importa la protesta, porque ya ha demostrado lo que tenía que demostrar.

Cuando es evidente que Mariah no puede dejar de llorar, el juez sugiere suspender la sesión una hora. Antes de que la prensa haya conseguido moverse, Joan se lleva a Mariah volando, lejos de la sala de audiencia, por el pasillo hasta el cuarto de baño. Cuando están dentro, Joan cierra la puerta y la sujeta para que nadie moleste.

—Mariah, la declaración de Fletcher no ha sido tan perjudicial. Ni siquiera el artículo del periódico. De veras. Cuando te toque subir al estrado, nadie lo recordará.

Al ver que Mariah no responde, Joan de repente entiende lo que ocurre.

—No es lo que ha dicho —murmura—, sino que lo ha dicho. Por eso sabías cómo iba a responder a Metz en el estrado. Dios mío, te has enamorado de él.

—No es tan sencillo...

—¡Casi nunca lo es!

—Ahora mismo, creo que necesito estar sola —dice Mariah, haciendo un gesto con la mano para que Joan se calle.

—No sé si es tan buena idea —añade la abogada, mirándola con cuidado.

—¿Temes que lleve una cuchilla de afeitar escondida en la manga? —pregunta Mariah amargamente—. ¿Empiezas a creerte el testigo de esta mañana?

—No me refería a eso. Yo...

—Déjalo, Joan. Vete, por favor.

La letrada asiente y sale del cuarto de baño. Mariah se coloca delante de los lavabos y se mira en el espejo. Tiene los ojos hinchados y rojos; le moquea la nariz. A su lado, en el reflejo del dispositivo de las toallas, ve una imagen distorsionada del espejo, de manera que su cara desfigurada se repite una y otra vez.

Tendría que haberlo sabido. Quizá lo que Metz ha sugerido sea la verdad: cuando has experimentado el dolor, sabe dónde encontrarte. Se abalanza sobre ti en medio de la noche, acercándose sigilosamente cuando menos te lo esperas, y arrollándote antes de que puedas luchar.

Ian debe de haberse reído con ella; ha sido una presa fácil. ¿Cómo podía haber creído que su interés en ella era algo más que una estratagema para acercarse a Faith?

Esas noches extraordinarias con él, esas palabras que la habían hechizado y la habían convertido en la persona que siempre había querido ser... para Ian sólo habían sido palabras, sólo habían sido noches. Todo para conseguir su fin.

Con una resolución tremenda se obliga a mirarse en el espejo de nuevo. Se calmará y regresará a la sala de audiencia. Dirá todo lo que ella y Joan han ensayado. Debe quedarse con la custodia de su hija.

No tiene nada más.

Cuando sale del cuarto de baño, espera ver una multitud de reporteros y fotógrafos, listos para vislumbrar en ella alguna señal de aflicción en la zona del palacio de justicia en la que las cámaras están prohibidas. Sin embargo, la única persona que encuentra allí de pie es Ian.

—Mariah —le dice, dirigiéndose hacia ella.

Mariah pasa por delante de él, rozándolo. Al tocar con el hombro el brazo de Ian, casi rompe a llorar de nuevo.

—En ese momento no lo sabía. No sabía cómo eras.

Mariah se detiene, se vuelve y lo mira fijamente.

—Pues ya somos dos —dice.

Joan está a punto de entrar en la sala de audiencia de nuevo cuando siente cómo una mano la coge del hombro y la aparta a un lado.

—No diga nada —le advierte Ian cuando Joan se dispone a abrir la boca.

—Vaya, pero si aquí tenemos a James Bond. Si me hubiera dicho que iba a jugar al doble agente, quizá podríamos haber evitado toda esta mierda de McManus.

—Le pido disculpas.

—Yo no soy la que está llorando desconsoladamente —responde Joan, cruzándose de brazos.

—Intenté hacerle entender que la historia del *Globe* ocurrió antes de que... bueno, antes. No quiere escucharme.

—No la culpo —responde, mirando hacia la sala, que empieza a llenarse de nuevo—. Mire, hablaré con Mariah más tarde. Ahora mismo no puedo ayudarlo.

—En realidad, sí puede —la interrumpe Ian.

Joan y Metz se acercan al estrado.

—Señoría —dice Metz—. Ya he interrogado a todos mi testigos, salvo al psiquiatra que he mencionado en la vista de emergencia de esta mañana.

—Señor juez —añade Joan—. Como ya le he dicho antes, no puedo distinguir el síndrome de Munchausen de la sinovitis del codo. Necesito tiempo para poder refutar la ridícula teoría que el señor Metz tiene acerca de mi clienta. Además, se trata del segundo testigo que el señor Metz se saca de la manga; el nombre de Allen McManus, sorprendentemente, tampoco estaba en la lista de testigos.

Joan mira al otro abogado.

—Si el señor Metz quiere hacer subir al estrado a ese psiquiatra, yo quiero volver a llamar a Ian Fletcher.

—De ninguna manera. He llamado a Allen McManus al estrado para ilustrar que Ian Fletcher ha mentado durante mi interrogatorio, Señoría. Si la defensa lo interroga de nuevo, no hará más que confundir —responde Metz.

—Creo que seré capaz de no confundirme —dice el juez con sequedad.

Mira hacia la galería.

—Señor Fletcher, ¿le importaría volver a subir al estrado?

Ian sube a la tribuna de los testigos en silencio. Joan lo observa con cuidado, esperando que todo funcione como Ian cree. En realidad, no lo está haciendo por el caso; es un regalo para su clienta. Como bien ha señalado Ian, Mariah aún no ha testificado, y que se calme de nuevo es sin duda lo mejor para el caso.

Joan se dirige hacia Mariah y le aprieta el brazo.

—Siéntate bien y escucha —le susurra, acercándose luego al estrado.

—Señor Fletcher, ¿cuándo llamó usted al señor McManus?

—A principios de octubre.

—¿Por qué lo llamó?

Sus preguntas son cortas, de pocas palabras. Los observadores pensarán que está enfadada con Ian... y con razón.

—Quería desmentir lo que Faith afirmaba poder hacer. De este modo, los

índices de audiencia de mi programa subirían de forma espectacular. No conocía a Faith, ni a su madre, en absoluto —dice, extendiendo las manos—. No es la primera vez que doy pistas anónimas. Lo mejor es que otras personas creen las grietas primero, y luego entre yo y quite las capas para desvelar el fraude. McManus parecía ser un reportero medianamente decente, y creí que podría ayudarme.

—Suenan poco limpio.

—Forma parte de mi profesión —responde Ian—. Mi trabajo implica hacer eso de vez en cuando. A veces recibo pistas anónimas; a veces las doy yo. Los periodistas a menudo lo hacemos entre nosotros.

Ian mira brevemente a McManus.

—A veces incluso nos convertimos en fuentes que otros periodistas se niegan a revelar. No quería hacerle daño a la señora White, no era ella mi objetivo en ese momento. Sólo pensaba en desenmascarar a su hija, a toda costa.

—¿Qué ha cambiado ahora? —le pregunta Joan.

—Ahora la conozco —dice Ian dulcemente.

Joan mira a su clienta y luego a Ian, conteniendo la respiración.

—No hay más preguntas.

Metz ya está de pie a punto para su interrogatorio.

—¿No pudo encontrar nada? ¿Ni un miserable trapo sucio de Faith White?

—Dejé de investigar —responde Ian con una mirada de acero.

—¿Está insinuando que las visiones de Faith White son reales?

Ian piensa en la respuesta con cuidado.

—Estoy insinuando que Faith White es una niña extraordinaria, y no creo que esté mintiendo deliberadamente.

—Pero, señor Fletcher, usted ha dicho repetidas veces que es ateo. ¿Significa esto que ahora cree en Dios?

Ian se queda inmóvil. Se da cuenta de lo que Metz pretende hacer: no puede congraciarse con Mariah de nuevo a no ser que arruine completamente su reputación. Si reconoce que Faith obra milagros, el abogado insistirá, e Ian no tiene ningún interés en divulgar información sobre la alegría que sintió cuando su hermano gemelo tuvo unos pocos momentos de lucidez. Mira brevemente a Mariah, que lo observa fijamente, esperando su respuesta.

«Lo siento», piensa.

—Señor Fletcher. ¿Cree usted en Dios?

Ian levanta las cejas y adopta la expresión encantadora de su personaje televisivo.

—El jurado aún está deliberando este asunto —dice, siguiéndole el juego a su público y observando sus caras sonrientes, en vez de la que más le importa.

Joan pide un breve descanso. Mariah está sorprendentemente tranquila y silenciosa, y por algún motivo a Joan le asusta más que el berrinche incontrolable de antes.

—Puedo intentar pedir un aplazamiento. Puedo decirle al juez que estás enferma.

—Sólo necesito una hora. Tengo que ver a Faith —le explica—. No la he visto en todo el día.

Hasta ese momento, Joan no ha pensado en la orden de alejamiento firmada por la mañana. Con la confusión de los testigos, aún no ha tenido la oportunidad de contárselo a Mariah.

—No puedes.

—Pero si le pides al juez...

—No puedes ir ahora ni más tarde. El juez Rothbottam ha firmado una orden para mantenerte lejos de Faith durante el juicio.

Es como una avalancha a cámara lenta; la calma de Mariah se desintegra gradualmente.

—¿Por qué?

—Porque si mejora mientras has estado lejos de ella, Metz lo utilizará como prueba.

—¿Porque no estoy allí? ¿Porque la abandono cuando más me necesita?

—No, Mariah. Hay un experto que prestará declaración y dirá que si os separan por la fuerza no puedes obligar a Faith a tener alucinaciones ni a sangrar.

—¿Qué piensan de mí? —exclama, cubriéndose la boca con la mano y dándose media vuelta.

Joan frunce el ceño porque no le gusta lo que está pensando. Mariah no le había contado lo de la declaración de Ian Fletcher para Metz; ¿qué más le estará escondiendo?

—Piensan que con el tiempo la matarás —responde.

Quince

Los hijos son las anclas que atan a la vida a las madres.

SÓFOCLES, *Fedra*

Necesito que pasen varios segundos para asimilar las palabras de Joan.

—¿Estás de broma? —consigo decir finalmente.

En realidad, es tan ridículo que tiene gracia, pero yo sólo tengo ganas de llorar.

—¿Creen que voy a matar a mi propia hija?

—Malcolm Metz quiere que parezcas una mujer emocionalmente inestable y en crisis. En teoría, tiene un experto que declarará sobre otras madres que han hecho lo mismo. Hablará de una enfermedad que se llama síndrome de Munchausen por poderes.

En crisis. ¿Y cuánto se supone que puedo aguantar? Mi hija está en el hospital. El hombre de quien me he enamorado me ha estado mintiendo. El hombre a quien amaba piensa que soy capaz de matar a nuestra hija.

—No es verdad —señalo firmemente—. ¿No puedes hacer que lo vean?

—Lo voy a intentar, pero Metz puede decir lo que quiera. Si le apetece, puede inventarse un caso con la idea de que controlas el comportamiento de Faith con muñecas de vudú. Si es cierto o no, no importa. Lo que importa es que podamos levantarnos cuando haya terminado y le hagamos ver al juez que le ha contado una sarta de gilipolleces —explica, deteniéndose para suspirar

—. Mira. Tienes un punto débil. Estuviste en un hospital psiquiátrico. Si yo estuviera en el lugar de Metz, probablemente haría lo mismo.

—Joan —le digo con voz temblorosa—. Tengo que poder ver a mi hija. Sus ojos rezuman tanta lástima que estoy a punto de estallar.

—Llamaré al hospital para saber qué tal está.

Sé que está intentando alentarme, pero sus ánimos se me escurren por el puño como si de arena se tratara.

—Conseguiremos que Faith regrese a casa contigo.

Por su bien, asiento y consigo esbozar una sonrisa. Sin embargo, no le digo lo que pienso de verdad: que luchar por la custodia no sirve de nada si la niña muere.

Cuando Joan regresa a la sala de audiencia, se siente como si acabara de escalar el monte Washington. Lo peor que podía hacer es dejar a su clienta temblando como si fuera gelatina Jelly-O justo antes de tener que subir al estrado y mostrarse coherente. Mira a Metz con todas esas terribles ideas en mente, rezando para que haya un breve momento de telepatía. Está inclinado sobre la baranda de la galería, hablando con su vivo retrato, aunque más pequeño y delgado; sólo puede tratarse de un subordinado de su oficina.

Se vuelve cuando el juez entra y cita a los abogados al estrado.

—Bien, señor Metz. Si no recuerdo mal, acordamos reunirnos de nuevo ahora. Supongo que ya está a punto para interrogar a su experto, ¿verdad?

Antes de que pueda contestar, Joan interrumpe.

—Perdone, Señoría, pero quisiera objetar de nuevo. A mi clienta le acaban de decir que no puede ver a su hija durante todo el juicio y, sinceramente, está muy mal. Son las tres de la tarde y, como no tengo el mismo ejército de recursos humanos que el señor Metz tiene en su bufete de gran ciudad, aún no he tenido la oportunidad de investigar el síndrome de Munchausen por poderes. No conozco al experto, no tengo referencias suyas, y desde luego no conozco ese trastorno esotérico. Para ser justos, si va a permitir que el señor Metz llame a su testigo, creo que yo debería tener al menos el fin de semana para preparar mi contrainterrogatorio.

—Estoy de acuerdo —añade Metz, asintiendo—. De hecho, recomiendo

que lo dejemos por hoy, si Señoría lo cree conveniente, para que la señora Standish tenga el resto de la tarde para empezar su investigación.

—¿De veras? —pregunta Joan, sorprendida.

—Espere un momento —interrumpe el juez Rothbottam, frunciendo el ceño—. Esta mañana habría hecho lo que fuera por conseguir justo lo contrario. ¿Qué ocurre, señor Metz?

—Parece ser que mi testigo ha intentado entrevistar a Faith White varias veces durante el día de hoy, lo cual por supuesto sería muy relevante para su declaración, pero está demasiado incapacitada para hablar —dice, sonriendo conciliadoramente a Joan—. Resulta que yo también necesito un poco más de tiempo.

—Pues mala suerte —responde el juez—. Si se ha lanzado al agua, tendrá que nadar. Como bien ha señalado, son las tres. Tengo la fe suprema de que será capaz de mantener a su experto en el estrado una hora recitando su trayectoria profesional. Haremos todo lo que podamos hoy y reanudaremos la sesión el lunes. Su médico tendrá la oportunidad de hablar con la niña este fin de semana.

Se vuelve para mirar a Joan.

—Y supongo que para entonces ya tendrá sus preguntas preparadas.

—Sí, Señoría.

—Perfecto —dice, mirando a Metz—. Llame a su testigo.

El psicólogo experto de Metz, el doctor Celestine Birch, se parece sin duda a un abedul, tal como su apellido indica en inglés. Alto, cadavérico y pálido como una corteza plateada, se sienta en el estrado con formalidad, con el aire de suprema confianza que uno tiene cuando se sabe figura destacada en su campo.

—¿Dónde estudió, doctor?

—Fui a la Universidad de Harvard y luego a la Facultad de Medicina de Yale. Hice la residencia en el Centro Médico de UCLA y ejercí durante diez años en Mount Sinaí, en la ciudad de Nueva York, antes de tener mi propia consulta privada en California. He ejercido allí durante once años.

—¿Cuál es su principal campo de trabajo?

—Trabajo sobre todo con niños.

Metz asiente.

—¿Conoce usted, doctor, un trastorno psiquiátrico llamado desorden facticio por poderes?

—Sí; de hecho, me consideran uno de los tres principales especialistas de la nación en el trastorno.

—¿Podría describírnoslo?

—Por supuesto —dice Birch—. Según la cuarta edición del manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la Asociación Americana de Psiquiatría, el trastorno facticio por poderes es una enfermedad poco común en la que una persona produce síntomas físicos o psicológicos a propósito en otra persona que está bajo su tutela.

Se nota que el psiquiatra empieza a calentar motores para hablar de su tema.

—Básicamente, se trata de una persona que obliga a otra a parecer o sentirse enferma. A menudo se llama síndrome de Munchausen por poderes (o SMP), por el barón Von Munchausen, un mercenario del siglo dieciocho que se hizo famoso por contar historias muy exageradas. La mayoría de las víctimas de Munchausen por poderes son niños. A menudo, la madre crea artificialmente o exagera unos síntomas en el pequeño, y luego quiere que el niño reciba cuidado médico alegando que desconoce la etiología del problema. La teoría de los profesionales de la salud mental es que esas mujeres no quieren infligir dolor al niño, pero sí adoptar indirectamente el papel de persona enferma, consiguiendo la compasión de los médicos con los que se encuentran cuando llevan a visitar al niño achacoso.

—Vaya —dice Metz—. Vayamos paso a paso. ¿Me está diciendo que la madre hace que enferme su propio hijo sólo para recibir atención?

—Sí, básicamente se trata de eso, señor Metz. De hecho, hacer que el niño enferme es una manera muy sencilla de explicarlo. Algunas madres contaminan las muestras de orina con sangre, rompen los dispositivos del gota a gota o asfixian a los recién nacidos. El síndrome de Munchausen por poderes se considera una forma de abuso infantil, y hay un índice de mortalidad del nueve por ciento.

—¿Matan esas madres a sus hijos?

—A veces sí —responde el doctor Birch—. A menos que se las pueda detener a tiempo.

—¿Puede describir algunos de los achaques que causan esas madres?

—Las hemorragias están presentes en el cuarenta y cuatro por ciento de los casos de SMP. Luego están los ataques, presentes en un cuarenta y dos por ciento de los casos, seguidos de la depresión del sistema nervioso central, la apnea y los trastornos gastrointestinales. Por no hablar de los síntomas psicológicos.

—¿Podría decirnos lo que puede desencadenar ese comportamiento en una madre?

El médico se mueve en la silla.

—Recuerde que esto no les ocurre al noventa y nueve por ciento de las madres; no es como un virus de la gripe que puede tener cualquiera. Esas mujeres están trastornadas. A menudo lo desencadena un factor estresante de algo que les ha ocurrido en su vida, como un conflicto matrimonial o un divorcio. Las responsables también pueden haber recibido malos tratos en el pasado. Además, muchas veces están en contacto con las comunidades médicas, de manera que conocen los entresijos y la jerga. Necesitan, no, disculpe, *imploran* apoyo y atención. Para ellas estar enfermas es una forma de ser amadas y cuidadas.

—¿Ha dicho que el niño también puede presentar síntomas psicológicos? ¿Podría explicarlo?

—Cuando digo síntomas, me refiero a alucinaciones o delirios, pérdida de la memoria o amnesia, o trastornos de conversión, como la pseudoceguera. Es más difícil de entender cómo puede «fingirlos» una madre en un niño, pero fundamentalmente la madre refuerza selectivamente la conducta anormal del hijo. Por ejemplo, cuida mucho al niño cuando éste fantasea clarísimamente y lo ignora o le hace daño cuando está actuando con perfecta normalidad. Con el tiempo, el niño aprende a darle a su madre lo que quiere, por decirlo de algún modo.

—¿Cambia la situación si el pequeño vive solo con uno de los progenitores?

—Sin duda —responde Birch—. En realidad, en este caso la aprobación del progenitor es mucho más esencial.

—Así pues, ¿una supuesta visión es algo que podría reforzarse en el SMP?

—Sí, aunque es más probable que la madre refuerce los delirios y las alucinaciones del niño si ha tenido alguna experiencia personal con ellos.

—¿Cómo una madre que ha estado un tiempo en una institución para enfermos mentales?

—Sí, eso encajaría perfectamente —responde el doctor Birch, asintiendo.

—Doctor, ¿qué ocurre cuando confrontan a la madre con su comportamiento?

—Bueno, estas madres mienten y niegan tener algo que ver. En algunos pocos casos, no son realmente conscientes de su comportamiento, porque hacen daño al niño inconscientemente durante una disociación que ocurre como resultado de un trauma anterior.

—¿Quiere decir que si pregunta a esas mujeres sin rodeos si están haciendo daño a sus hijos le dirán que no?

—Todas dirían que no —responde Birch—. Forma parte de la sintomatología de este trastorno.

—¿Así que una mujer que parece sorprendida, confundida e incluso justamente enfadada cuando la confrontan con este comportamiento, una mujer que no recuerda haber hecho daño a su hija, podría haberlo hecho?

—Sí, así es.

—Entiendo —dice Metz despacio—. ¿Cómo se diagnostica el SMP, doctor?

—Con mucho cuidado, señor Metz, y no lo suficiente —responde el doctor Birch, suspirando—. Recuerde que los que presentan los síntomas son los niños, y no contarán lo que está ocurriendo, porque es lo que compra el amor de la madre. Los padres son la principal fuente de información de los médicos, quienes suponen que les informan con sinceridad sobre la enfermedad de un niño. Sin embargo, la mayoría de los médicos no van más allá para intentar diagnosticar al padre en vez de al hijo. Además, estas madres no llevan precisamente un cartelito pegado en la frente que avisa de lo que hacen. Niegan que hacen daño al niño e irónicamente parecen muy atentas con él. Una forma de que un profesional sanitario detecte el SMP es ver un largo y complicado historial médico, o una descripción de los síntomas que sea casi de libro o, en el caso de síntomas psicológicos, descubrir que dar fármacos no

ayuda lo más mínimo... porque estos niños en realidad no son psicóticos.

Birch se reclina.

—Sin embargo, la única forma concluyente de diagnosticar el SMP es pillar a la madre in fraganti, con cámaras de vídeo dispuestas en las habitaciones del hospital, o alejar al pequeño del cuidado maternal. Es de suponer que, si se trata del síndrome de Munchausen por poderes, la grave enfermedad cese cuando el niño no esté con la madre.

—Doctor, ¿ha visto usted a Faith White?

—No, pero no porque no quiera. Hoy he intentado acceder a su habitación en el hospital tres veces, pero me han dicho que está demasiado enferma para hablar conmigo.

—¿Ha entrevistado a Mariah White?

—No; he revisado la información de cuando estuvo interna y de su salud mental actual.

—¿Encaja Mariah White en el perfil de una madre con el SMP?

—Sí, en muchos sentidos. La conducta anormal de su hija aparece después de un período de gran estrés personal. La señora White parece una madre preocupada; llevó a su hija al hospital para que recibiera tratamiento psiquiátrico (aunque fijese que no respondió a una terapia con fármacos) y a urgencias. Quizá lo que resulta más revelador, en este caso, es la elección de los estigmas como el achaque. Una hemorragia es fácil de provocar en una víctima, sin embargo, los estigmas son una idea brillante. Tiene que ser un síntoma descrito en los libros de texto, porque no hay ningún caso documentado. ¿Qué médico puede decir que la niña no presenta estigmas, si no los ha visto en su vida?

—¿Es eso todo, doctor?

—No. La señora White también tiene un historial de problemas de salud mental. Como consecuencia del estrés matrimonial, intentó suicidarse, y de repente cientos de médicos y enfermeras acudieron en su ayuda. En algún punto, identifica ser amada y cuidada con la atención del personal sanitario, lo cual podría explicar por qué, ante una situación de estrés matrimonial similar, empezó a hacer que su hija enfermara. Cada vez que lleva a Faith al hospital para que la traten, la propia señora White recibe de paso la atención que le proporcionaron los médicos y los psiquiatras hace siete años.

—¿Podría estar haciendo daño a su hija y no saberlo? —le pregunta Metz.

—Sin haberla examinado, es difícil responder a esa pregunta —contesta el médico, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, es posible. La señora White ya sufrió una grave depresión en el pasado, y el golpe de descubrir que su marido tenía otra relación extramatrimonial podría ser suficiente para crear una disociación. En vez de volver a sufrir todo el dolor de nuevo, se ausenta mentalmente. Durante esos momentos se siente muy desatendida, y por tanto es cuando hace daño a su hija.

—¿Qué se imagina que podría pasar si confrontara a la señora White con este comportamiento?

—Lo negaría rotundamente. Le disgustaría mucho que la acusara de algo tan atroz. Me diría que ama a su hija y que sólo quiere que esté sana.

Metz se detiene al lado de la mesa de la defensa.

—Doctor Birch, como sabe, Faith está en el hospital. Si su madre no pudiera estar con ella durante un tiempo, ¿qué cree que ocurriría?

El psiquiatra suspira.

—No me sorprendería en absoluto que Faith White se recuperara de golpe y volviera a estar sana.

3 de diciembre de 1999, a última hora de la tarde

Después de que el juzgado se vacía, Joan y yo nos quedamos solas sentadas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta.

—No iré al hospital, si te refieres a eso.

—No me refería a eso. Solo... bueno, me preguntaba si tenías otros planes.

—Pensaba irme a casa, bañarme en agua caliente y luego meter la cabeza en el horno —contesto, sonriendo.

—No tiene gracia —responde Joan, tocándome el brazo—. ¿Quieres que llame al doctor Johansen? Estoy segura de que, dadas las circunstancias, encontrará un hueco para hablar contigo.

—No, gracias.

—Pues vayamos a beber algo.

—Joan —le digo—. Te lo agradezco, pero ahora mismo quiero estar sola.

—Bueno, pues iré al hospital a ver cómo está Faith. Pondré a tu madre al día con lo de la orden de alejamiento y le pediré que te llame a casa.

Doy las gracias a Joan y le digo que me quedaré sentada un rato; luego oigo cómo el ruido de sus tacones desaparece por el pasillo de la sala de audiencia. Apoyo la cabeza sobre la mesa y cierro los ojos. Intento imaginarme a Faith con todas mis fuerzas. Quizá de este modo sepa que estoy aquí, pensando en ella.

Cuando entra el conserje con la máquina para pulir el suelo, me voy; me sorprendo al ver ajetreo y actividad en los pasillos y en el vestíbulo del palacio de justicia. Que nuestra vista haya acabado por hoy no significa que las demás también. Me apoyo contra la pared y veo a una mujer llorando y a un hombre mayor que le rodea los hombros con el brazo. Hay tres niños pequeños que se mueven de un lado para otro jugando con unas sillas de plástico. Un adolescente está encorvado como si fuera un signo de interrogación pegado al auricular del teléfono público, susurrando con furia.

Aunque no quiero ver a Ian, me decepciona no encontrarlo esperándome.

Ha empezado a nevar; es la primera nevada del invierno. Los copos son gruesos y grandes; se funden al entrar en contacto con la acera, como si sólo hubiera soñado con ellos. Estoy tan inmersa en la belleza de la escena que no me doy cuenta de que Ian está de pie al lado de mi coche hasta que estoy a unos pocos metros de él.

—Tengo que hablar contigo —afirma.

—No, no lo harás.

—¿Es que no vas a hablarme? —pregunta, sujetándome del brazo.

—¿Realmente quieres que lo haga, Ian? ¿Quieres que te dé las gracias por llamar a ese reportero imbécil de *The Globe* y dejarlo hurgar en lo de Greenhaven, para que Malcolm Metz pudiera convertirlo en una especie de trastorno psicológico que hace que mutile a mi propia hija?

—Si no lo hubiera llamado, Metz lo habría descubierto por su cuenta.

—No te atrevas a buscar pretextos —le digo en voz baja.

Entro en el coche e intento cerrar la puerta, pero Ian la sujeta con fuerza.

—Creo que estoy enamorado de ti —señala.

—¿Y eso? ¿No será porque tuve la buena suerte de dar a luz a una niña

extraordinaria que podrías utilizar para subir tus índices de audiencia?

—¿Qué querías que dijera? No sabía nada cuando llamé a McManus. Después, no quise decírtelo, porque pensé que me odiarías por haberlo hecho. En cuanto a lo que he dicho de Faith, bueno, Dios santo, tenía que ser impreciso. Pensé que lo último que querrías es que dijera al mundo que creo que Faith puede curar.

—No sé por qué, Ian, pero me cuesta mucho creer que pensaras en Faith cuando estuviste en el estrado. Me cuesta creer que pensaras en algo más que en tu reputación, tu negocio y tu programa.

A Ian se le tensa el músculo de la mandíbula.

—De acuerdo, quizá tengas razón; pero también estaba pensando en Faith, y en ti. ¿Qué tengo que hacer para convencerte? Pondré el dinero que Metz me ha pagado en un fondo para la universidad de Faith... o se lo daré a los malditos jesuitas. Diré en público lo que quieras. He cometido un error, y lo siento. ¿Por qué no puedes creerme?

«Porque no —quiero decir—. Por lo que le ha ocurrido a Faith. *Ella* creyó, y mira cómo está ahora».

—Mariah —suplica Ian con voz ronca—. Déjame ir a casa contigo.

Tirando con fuerza, consigo apartar la puerta de sus garras.

—No siempre se puede tener lo que uno quiere —le digo—. Ni siquiera tú.

Dejadme que os cuente cómo te sientes cuando sabes que estás lista para morir.

Duermes mucho, y cuando te despiertas lo primero que te pasa por la cabeza es que quieres dormirte de nuevo.

Te pasas días enteros sin comer, porque la comida es una realidad que te mantiene aquí.

Lees la misma página cien veces.

Rebobinas tu vida como una cinta de vídeo y ves cosas que te hacen llorar, cosas que hacen que te detengas, pero nada que te haga pasar la cinta hacia adelante.

Te olvidas de peinarte, de ducharte, de vestirme.

Luego un día, cuando tomas la decisión de que te queda suficiente energía para hacer ese último acto colosal, te invade la paz. De repente cuentas los

momentos como no lo has hecho durante meses. De repente tienes un secreto que te hace sonreír, que hace que la gente diga que tienes muy buen aspecto, aunque tú te sientes como un cascarón quebradizo, capaz de romperse en mil pedazos.

Yo quería morir. Recuerdo cómo sujeté la cuchilla de afeitar, esperando poder hacer un buen corte, limpio y profundo. Recuerdo calcular cuánto tardaría en oír las voces de los ángeles. Lo único que quería era librarme de mí, de este cuerpo y esta persona que no sentía nada más que dolor.

En resumen, lo he vivido. Yo, más que nadie, debería entender la idea de querer darse por vencida cuando el dolor es demasiado fuerte. Sin embargo, siento que tengo que luchar frenéticamente, y me agarro a un clavo ardiente para que Faith consiga lo que yo no conseguí.

—Está a cuarenta y uno de fiebre; esto no me gusta nada.

Como si las palabras del médico lo hubieran provocado, los miembros de Faith se contraen y empieza a moverse de un lado a otro.

—Tiene un ataque —grita el médico.

—Señora, necesito estar aquí —dice una enfermera, apartando a Millie con cuidado de la cama.

El médico sujeta una de las muñecas de Faith. La enfermera sujeta la otra. El cuerpo de Faith continúa sacudiéndose con fuerza, con el ritmo brusco de una atracción.

—Está sangrando de nuevo —murmura la enfermera.

—Necesito presión y elevación —grita el médico mientras la cama levita al pulsar un botón y dos enfermeras empiezan a ejercer presión sobre las manos de Faith.

De repente, unos pitidos agudos rompen el frenesí de la actividad y hacen que Millie se vuelva bruscamente hacia los monitores que están detrás de la cama de su nieta.

—No tiene pulso. ¡Traedme el desfibrilador!

El médico se acerca a la cama y empieza a efectuar la resucitación cardiopulmonar manual.

A los pocos minutos, la habitación está llena de enfermeras y médicos.

—Ressler, enfríala e intubala. Quiero quince compresiones del pecho por minuto.

El médico comprueba el ritmo del latido del corazón de Faith y continúa dando órdenes.

—Wyatt, colócale una vía central y métele Ringer lactado ahora mismo; un litro. Abby, quiero un recuento sanguíneo completo, y manda plaquetas y un coágulo al banco de sangre para ver el tipo y si hay cruce.

—Señora, ¿por qué no viene conmigo, para que podamos ayudarla?

La enfermera se lleva a Millie al pasillo, donde se queda de pie con la cara pegada al cristal de la UCI pediátrica. Millie observa cómo alguien desgarrar la bata del hospital de Faith y sitúa las palas del desfibrilador sobre su pequeño pecho. Sin darse cuenta, Millie coloca la mano sobre su fuerte corazón.

Media hora más tarde

Joan está sentada al lado de Millie en la sala de espera. Nunca le han gustado los hospitales; ese centro no es ninguna excepción... pero hay algo, no sabe exactamente qué es, que le resulta incluso más desconcertante de lo normal. Sonríe con dulzura a la madre de Mariah, alentándola para que continúe explicándole lo ocurrido.

—El médico dice que tiene un pronóstico excelente porque el paro cardíaco ha durado menos de un minuto —explica Millie con lágrimas en los ojos—. Tiene las vías respiratorias despejadas y el ritmo estable.

—No tiene buen aspecto —responde Joan, mirando a la niña, tumbada sin fuerzas en la cama del hospital.

—Sin embargo, su pulso es estable y ya no tiene tanta fiebre. Lo único que no pueden detener es la hemorragia —señala Millie, respirando profundamente—. ¿Cuándo llegará Mariah?

—Bueno, estoy aquí para hablarle de eso. Mariah no puede venir al hospital.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Está bien?

—Está bien, pero tiene que cumplir una orden de alejamiento, cortesía del

juez y de Malcolm Metz. Piensan que ella provoca estos síntomas en Faith.

—¡Eso... eso es ridículo! —farfulla Millie.

—Usted y yo lo sabemos, pero no se juega con una orden de alejamiento. Necesito que se quede con Faith y llame a Mariah para informarle de las novedades.

—¿Ni siquiera puede llamar?

Joan niega con la cabeza.

—Esto debe de estar matándola.

Millie se frota las sienes, obviamente debatiéndose entre vigilar a su nieta o ir con su propia hija para ayudarla emocionalmente.

Joan mira hacia el pasillo. De repente se da cuenta: lo raro de esa UCI pediátrica es que Faith es la única paciente. A excepción de los médicos y enfermeras que atienden a Faith, no hay nadie más.

—Cuando llame...

—No le diré que está tan mal —la interrumpe Millie—. No soy idiota.

Colin entra en la oscura habitación de la UCI y se dirige hacia la cama de su hija.

Tiene los brazos abiertos, ligeramente atados a las barandillas de la cama para evitar que las heridas de las palmas vuelvan a abrirse. Tiene los pies liados entre la sábana. Los ojos de Colin recaen sobre los cables que tiene pegados en el pecho, el tubo de la garganta y las gasas de las manos.

No sabe qué creer. Escucha lo que los médicos le cuentan. Ha escuchado a ese psiquiatra, Birch. También escucha a Mariah cuando jura que jamás haría daño a Faith. Colin se sienta con cuidado en la cama al lado de su hija.

—Tranquila, pequeña, no digas nada. Papá te comprará un ruiseñor.

Presiona su húmeda mejilla contra la de Faith y oye el pitido constante del monitor conectado a su pecho.

—Si ese ruiseñor no canta, papá te comprará un anillo de diamantes.

Los médicos le han contado que a Faith se le había parado el corazón; que como los otros órganos de su cuerpo habían fallado, el corazón había estado sometido a mucha tensión y había dejado de funcionar.

Sabe lo que es. Dejaría el caso de la custodia ahora mismo si Faith

podiera salir del hospital sana y fuerte como cualquier otra niña de siete años.

Se inclina hacia adelante y la rodea con los brazos con torpeza.

—Abrázame —susurra.

Luego insiste más enérgicamente.

—*Vamos*.

Con un leve movimiento estaría contento. La sacude un poco, alentándola para que despierte, pero entonces viene una enfermera y lo aparta de la cama.

—Tiene que dejarla descansar, señor White.

—Quiero que me abrace. Sólo quiero que me abrace.

—No puede —le responde la enfermera—. Tiene las manos atadas.

La enfermera lo hace salir de la habitación mientras a Colin la frase aún le da vueltas en la cabeza.

—¿Seguro que me lo estás contando todo? —le pregunto, agarrando el auricular del teléfono inalámbrico con tanta fuerza que debo de estar dejándolo marcado con las uñas.

—¿Crees que te mentaría? —responde mi madre—. Está durmiendo.

—Así que no ha mejorado, pero tampoco ha empeorado.

Bueno, si está igual, puedo soportarlo. Lo que me volvería loca es tener que quedarme sentada sin hacer nada si Faith tuviera problemas.

—Kenzie van der Hoven está aquí —dice mi madre—. Lleva una hora en el hospital.

—¿Ha aparecido el imbécil del psiquiatra ese?

—¿El que no dejaba de insistir? No.

Mi madre duda; lo noto en su voz.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Nada.

—Me estás ocultando algo —insisto—. ¿Qué es?

—Nada. Sólo que Colin también ha venido.

—Oh —respondo en voz muy bajita—. ¿Se ha despertado Faith?

—No. Ni siquiera sabe que ha estado aquí.

Estoy segura de que mi madre me lo dice para que me sienta mejor, pero no lo consigo. Cuelgo el teléfono, y me doy cuenta momentos más tarde de

que no le he dicho adiós.

Ian lleva tres horas caminando por las calles de New Canaan. El pueblo es pequeño y oscuro, y todas las tiendas están cerradas, a excepción de Donut King, y no puede volver a entrar allí sin parecer un gilipollas. El problema es que no hay ningún otro sitio al que ir.

Se sienta en el bordillo. No quiere volver a la Winnebago y enfrentarse con sus subordinados; seguro que estarán confundidos con su declaración de hoy. No quiere acercarse al hospital, porque seguro que la prensa lo abordará.

Quiere estar con Mariah, pero ella no lo deja.

Ian no sabe exactamente cuándo pasó de creer que Mariah quería ser una especie de «madre del año», obligando a su hija a recibir ese tipo de atención, a creer que Mariah era la víctima de todo ese embrollo. Seguramente fue en Kansas City. Se había esforzado tanto fingiendo que quería ayudar a Mariah que en algún momento se había convertido en una emoción sincera.

Sin embargo, quizá no fuera Mariah quien necesitaba ayuda, sino él mismo.

Nunca se ha preguntado de verdad por qué es ateo, pero la respuesta está ahí por si a alguien le interesa. Derribado de pequeño por el destino, no podía suscribir la idea de un Dios cariñoso. Después de que le hubieron arrebatado a sus seres más queridos, no podía defender la idea del amor, y punto; así que se recreó en alguien que no tendría que hacerlo. Como el Mago de Oz, ha aprendido que si te escondes suficiente tiempo detrás de la cortina de los faroles y los principios, la gente deja de intentar descubrir quién eres.

Quizá haya algo más en una persona que un cuerpo y una mente. Quizá haya otra cosa presente, no un alma, exactamente, pero un espíritu que te insinúa que un día quizá serás mejor, más fuerte de lo que eres ahora. Una promesa; un potencial.

Mariah se desmoronó y se recuperó. Tal vez se tambalee con el viento, pero sigue en pie, con todas sus cicatrices. A diferencia de Ian, ha hecho frente al mismo relámpago que la derribó con anterioridad, dispuesta a arriesgarse de nuevo. En efecto, ella también debería tener miedo del amor, pero no lo tiene, y nadie lo sabe mejor que Ian.

Mariah intentó suicidarse una vez, y es su credibilidad y su estabilidad

mental lo que se está debatiendo en el tribunal de justicia, pero para Ian es una de las personas más fuertes que ha conocido jamás.

Ian se levanta, se sacude el polvo del trasero, y empieza a caminar por la calle.

La última persona a la que espero encontrarme al abrir la puerta es a Colin.

—¿Puedo...? —me dice, indicándome con un gesto que quiere pasar.

Asiento y doy un paso atrás para que pueda entrar en la casa que antes era suya.

Cierro la puerta y me coloco la mano en la garganta, porque físicamente necesito detener todas las cosas horribles que quiero decirle y asegurarme de que no me salten de los labios.

—No deberías estar aquí. Ninguno de nuestros abogados lo permitiría.

—Me importa una mierda lo que piense Metz ahora mismo —responde Colin mientras se dirige a las escaleras, se sienta y hunde la cara entre las manos—. Acabo de ver a Faith.

—Lo sé. Mi madre me ha dicho que has estado allí.

—Está... Dios mío, Rye. Está tan, tan enferma —explica Colin, mirándola.

Después de que la sorpresa y el miedo inicial corran por mis venas, me obligo a relajarme. Después de todo, Colin no estuvo a su lado la primera vez que le sangraron las manos. Seguro que no se esperaba lo que había visto.

—Dicen que su corazón estará bien...

—¿Su corazón? —pregunto con una voz tan seca como la ceniza—. ¿Qué le ocurre a su corazón?

Colin parece sinceramente sorprendido de que yo no lo sepa.

—Se le ha parado. Esta tarde.

—¿Qué se le ha *parado*? ¿Ha sufrido un paro cardíaco y nadie me lo ha dicho? Me voy para allá.

Colin se levanta tranquilamente y me coge del brazo.

—No puedes. No puedes y siento mucho que no puedas.

Miro su mano sobre mi brazo, su piel sobre mi piel, y luego de repente me está abrazando y yo llorando sobre su pecho.

—Colin, explícamelo.

—La han intubado para que pueda respirar. Han utilizado las palas del desfibrilador, ya sabes, esas cosas, para estabilizarle los latidos del corazón, y le han empezado a sangrar las manos de nuevo después del ataque.

Noto las lágrimas en su garganta, y le acaricio la espalda.

—¿Crees que se lo hemos hecho nosotros?

Lo miro, preguntándome si me está acusando, pero parece demasiado alterado; pienso que está realmente afectado.

—No lo sé.

De repente recuerdo la noche en la que nació Faith. Hacía sólo un mes que había salido de Greenhaven y, aún zarandeada por los fármacos que me habían dado, pensé que casi nada parecía real. Ni Colin, ni mi casa, ni mi vida. No me di cuenta de que había regresado hasta que sentí el dolor de una contracción en la cintura.

Recuerdo las luces que colocaron al pie de la cama de partos, como si de una producción de Hollywood se tratara. Recuerdo la máscara de plástico que llevaba la doctora, y el olor de látex cuando se puso los guantes. Recuerdo el sonido de la cabeza de Colin cuando se golpeó con el borde de la mesita de noche al desmayarse, y el alboroto que se montó mientras yo extendía las manos sobre la barriga y esperaba mi turno. Recuerdo pensar en mi corazón, colocado justo encima de los pies del bebé, como una pelota sobre la nariz de una foca entrenada. Luego sentí una fuerza extraordinaria porque me di cuenta de que la única manera de detener el dolor era que saliera de mi interior; se trataba de empujar y empujar hasta estar segura de que estaba todo fuera, incluso cuando sentí cómo su cabeza me ensanchaba y me cambiaba y la pequeña protuberancia de la nariz, el mentón y los hombros, deslizándose uno tras otro, fluyendo entre mis piernas en un torrente estremecedor de aliento, sangre y belleza.

Sin embargo, lo que recuerdo más claramente fue la enfermera que sostuvo a Faith antes de que le cortaran el cordón umbilical.

—¡Qué niña más preciosa!

Me la acercó para que pudiera ver su cara hinchada y las piernas que pataleaban. El bebé, por casualidad, golpeó el cordón umbilical. Lo sentí en mi interior; fue un tirón extraño y tembloroso que siguió su camino hasta llegar

a la barriga de mi hija, de manera que los ojos de Faith se abrieron de par en par. Por primera vez pensé que teníamos un vínculo.

Colin ahoga un sollozo en mi pelo.

—Vamos, no pasa nada —le digo, aunque sí que pasa, y mucho.

Lo abrazo y me percato de que me alegro de que esté aquí; me alegro de que podamos ayudarnos mutuamente.

—Chis —lo tranquilizo, como habría tranquilizado a Faith si hubiera estado a su lado.

4 de diciembre de 1999

Lo primero que hace Joan el sábado por la mañana es pedir una taza de café muy fuerte, de filtro, en Donut King y suficientes brazos de gitano para poder aguantar un largo día, y luego camina unos cuarenta y cinco metros para ir a su bufete. Cuando introduce la llave en la cerradura, se percata de que la puerta ya está abierta. Pensando en vándalos, ladrones y, en realidad, en Malcolm Metz, abre la puerta de par en par.

Ian Fletcher está encorvado sobre el ordenador de su secretaria. Mira por encima de su hombro.

—Ya era hora. He impreso todo lo que he podido encontrar en la web sobre el síndrome de Munchausen por poderes. Creo que lo mejor que podría hacer es señalar lo poco frecuente que es el trastorno. Sólo hubo doscientos casos en todo el país el año pasado. ¿Cuántas posibilidades tiene Mariah de ser uno de ellos? Además, no tiene los antecedentes propios del síndrome. De niña no la maltrataron, y si Millie sube al estrado...

—Un momento. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Qué le parece que estoy haciendo? —pregunta Ian, encogiéndose de hombros—. Soy su ayudante.

—¡Y una mierda! Mariah no quiere verlo ni en pintura, y menos que ayude en el caso. Además, podría volver a jugar al doble agente e intentar derribarnos incluso antes de poder presentar nuestra defensa.

—Por favor —dice Ian seriamente—. Esto es lo que hago para ganarme la vida. Hurgo en las cosas. Las desentierro. Rebato ideas. Si Mariah no quiere

que la ayude, como mínimo deje que la ayude a usted.

Para ser realistas, Joan tiene muy pocas posibilidades de encontrar suficientes argumentos para derribar al doctor Birch si trabaja sola. No dispone del tiempo ni de los recursos que Metz tiene en su gran bufete; además, ni siquiera sabe por dónde empezar.

Presintiendo sus dudas, Ian levanta un fajo de papeles.

—Necesita una defensa contra el síndrome de Munchausen por poderes, así que he estado intercambiando correos electrónicos con un médico en UCLA que es especialista en enfermedades psicosomáticas que se presentan en niños de padres divorciados —explica, levantando una ceja—. El doctor Fitzgerald dice que ha visto incluso casos de hemorragias debidas a razones psicológicas.

Joan le da la caja de brazos de gitano.

—Está contratado —dice.

Cuando mi madre llama a primera hora de la mañana, le echo una buena bronca. Le grito durante tanto rato y tan alto por haberme mentido sobre el estado de Faith que acaba llorando. Cuelga el teléfono, e inmediatamente me siento fatal; ni siquiera puedo volver a llamarla para disculparme.

Colin se ha quedado hasta las cuatro de la mañana. Se me ha pasado por la cabeza que seguramente su nueva mujer estaría intentando encontrarlo, aunque quizá no. Quizá ésa sea la razón por la que es su nueva mujer.

Antes de marcharse me ha dado un beso de despedida. No con pasión, sino con sabor a disculpa; una disculpa que se ha deslizado entre mis labios como el regaliz, y que tenía el mismo sabor amargo.

La casa está silenciosa. Me siento en la habitación de Faith, mirando fijamente su casa de muñecas, sus lápices de colores y sus Barbies, intentando aunar fuerzas para tocarlos. Estoy tan rígida que me duele la mandíbula, de tanto apretarla.

Ahora tendría que estar con ella, como mi madre se quedaba conmigo cuando estaba enferma, llevándome el vaso de zumo a los labios, poniéndome Vicks VapoRub en el pecho, sentándose a mi lado cuando me despertaba, como si no se hubiera movido en toda la noche.

Es lo que hacen las madres. Velan por sus hijos, que siempre son lo primero.

Y eso es exactamente lo que yo no he hecho.

Mi primer acto como madre fue acusar a mi hija nonata por la infidelidad de su padre. Mi segundo acto como madre fue tragarme un montón de pastillas multicolor, aunque los médicos no sabían cuáles serían las consecuencias para el feto. Me dijeron que curar la depresión era más importante que preocuparse por los riesgos del bebé. Tonta de mí, los creí.

Me pasé meses esperando que Faith naciera sana para no sentirme culpable. Luego, cuando así fue, no dejaba de pensar que podría salir mal otra cosa. Sin embargo, ahora veo que fue una pérdida de tiempo. La maternidad no es una prueba, sino una religión: un pacto que has firmado, una promesa que hay que mantener. Es lo mismo para todas y es lo que mejor camufla los errores. ¿Cómo he tenido que llegar a esto para ver que Faith es la única cosa en mi vida que me ha salido bien desde el principio?

Me miro las manos. Sin darme cuenta, he vagado hasta el cuarto de baño, he cogido una cuchilla que utilizo para afeitarme las piernas y he retirado la inofensiva tapa de plástico, así que ahora estoy sujetando su filo mortal.

Con cuidado, la tiro a la basura.

—¿Qué quiere decir que no podemos hablar con ella? —grita Malcolm Metz—. ¿Sabe lo que hemos tenido que hacer para llegar aquí arriba? El vestíbulo es un maldito hervidero.

—¿Qué ocurre? —le pregunta una enfermera al doctor Blumberg.

—Hay unos cuantos pacientes de sida que de repente tienen un recuento normal de células T.

—¿De veras? —dice la enfermera.

—Por mí como si los cadáveres de la puta morgue están comiendo en la cafetería —gruñe Metz—. Quiero que le den permiso al doctor Birch para hablar con Faith White.

—Oh, le doy mi permiso —señala Blumberg—. Pero no espere recabar demasiada información.

Al oír los gritos, Kenzie sale de la habitación de Faith. Le ha estado

leyendo cuentos durante las últimas tres horas, aunque la niña está inconsciente.

—¿Qué ocurre?

—Es la quinta vez que el doctor Birch intenta entrevistar a Faith —indica Metz—. Mi caso se verá gravemente entorpecido si el lunes no podemos presentarnos en el tribunal con esta información.

—Lo siento, pero Faith no puede hacer nada por satisfacerlo —responde Kenzie firmemente—. Está comatosa.

Al oír la respuesta, Metz parece sorprendido.

—¿De veras? Creía que Standish estaba exagerando para conseguir la compasión del juez. Dios santo, lo siento —dice, ahora mirando a Birch—. Quizá sería mejor que hablara con sus médicos.

—Será un placer ayudarlo —responde el doctor Blumberg.

Sin embargo, antes de que él y el doctor Birch puedan marcharse, Millie pierde el equilibrio. Malcolm Metz la coge antes de que caiga al suelo.

—Mille —señala Kenzie—. ¿Cuándo descansó por última vez?

—No lo sé. Supongo que hace ya un tiempo.

—Acuéstese. Hay muchas camas libres por aquí. No dejaré que le ocurra nada a Faith.

—Lo sé, pero no quiero perderme su recuperación. Quizá si cierro los ojos diez minutos...

—Descanse tranquila —le responde Kenzie.

Sin embargo, no le dice lo que está pensando: que quizá Faith no se despierte nunca.

Esa noche sueño que hablo con el Dios de Faith.

Es, sin duda, una mujer. Se sienta al pie de mi cama, y contemplo lo brillante que es su pelo y el resplandor que hay entre sus dedos, como si se tratara de un niño que rodea una linterna con sus manos. Tiene la comisura de los labios inclinada hacia abajo, como si ella también echara de menos a Faith.

Una paz envuelve la cama como si de una manta se tratara, pero no dejo de moverme y de sudar.

—Tú —le digo, sintiendo cómo la ira trepa hacia mi pecho.

—No siente dolor.

—¿Y piensas que porque no siente dolor no pasa nada? —le grito.

—Cree en lo que estoy haciendo.

No puedo fiarme de mí misma y responder inmediatamente. Pienso en Ian, en lo que ha dicho de Dios.

—¿Cómo puedo creer en ti si le haces eso a una niña pequeña? —susurro.

—No se lo hago a ella; lo hago por ella.

—La semántica no tiene demasiada importancia cuando estás a punto de morir.

Durante un rato, Dios se limita a sentarse a los pies de mi cama y a pasar la mano sobre las mantas, dejando un rastro de pátina plateada, como los dorados de antaño.

—¿Has pensado alguna vez que sé lo que es perder a un hijo? —pregunta dulcemente por fin.

5 de diciembre de 1999, dos de la madrugada

Faith sufre un paro cardíaco de nuevo una hora más tarde. Esta vez Kenzie también se queda fuera mirando por el cristal con Millie, observando cómo los médicos luchan para estabilizar a la niña. Después de varios minutos de confusión y de intervenir brutalmente el cuerpo de Faith, el doctor Blumberg se acerca. Sabe lo de la orden de alejamiento y no está de acuerdo. Invita a Millie a apartarse para que puedan hablar en privado, pero ella rechaza la sugerencia con la mano y le dice que puede hablar delante de Kenzie.

—Sigue luchando, pero el corazón ha dejado de latirle un rato y ha estado sin oxígeno. No sabremos si hay daños cerebrales hasta que se despierte.

—¿Qué...?

Kenzie intenta hacer una pregunta, pero se le queda metida en el estómago.

—No estoy muy seguro. Los niños aguantan mucho más que los adultos. Sin embargo, en el caso de Faith, las cosas que le ocurren no siguen una lógica —explica el médico, dudando—. No parece haber una causa médica aparente que explique la fatiga cardíaca de Faith, pero su cuerpo no responde. Está

comatosa. La mantenemos viva con las máquinas, y no sé cuánto tiempo aguantará.

—Me está diciendo que... —intenta decir Millie con voz firme.

Blumberg asiente con la cabeza.

—Le estoy diciendo que su familia y sus amigos tendrían que ir pensando en decirle adiós —dice con dulzura.

Luego mira a Kenzie.

—Y a usted le estoy diciendo que piense si un trozo de papel firmado por un juez es realmente tan importante.

Mientras se aleja, Kenzie se queda helada y clavada donde está. Es domingo, de madrugada. Dentro de veinticuatro horas estarán todos de nuevo en la sala de audiencia. Si es que es necesario.

Al oír un sollozo apagado, se vuelve. La cara de Millie es estoica; incluso ahora intenta ser la más fuerte.

Kenzie la abraza. Ambas saben lo que hay que hacer.

—No llame a Colin —dice Millie de buenas a primeras—. Él ha obligado a Mariah a mantenerse alejada de su hija. No se merece estar aquí.

Observa a la anciana agarrarse a su ira como a una cuerda de salvamento.

—Millie —le dice en voz baja—. Ahora mismo regreso.

Luego Kenzie se va por el pasillo para encontrar el teléfono público más cercano. Hurga en el bolsillo, saca un trozo de papel y marca el número de teléfono que hay escrito en él.

Suena el teléfono a media noche.

—Mariah —dice Kenzie van der Hoven—. Quiero que escuche con atención.

Ahora, casi veinte minutos más tarde, me siento como una tonta entrando en el hospital con las gafas para leer de repuesto de mi madre y una vieja peluca que Faith utilizaba para disfrazarse. Actúo como si supiera dónde voy y, cumpliendo su palabra, Kenzie me está esperando en la zona de los ascensores. Cuando las puertas del ascensor se cierran, abrazo a Kenzie para darle las gracias. Me ha dicho, por teléfono, que Faith no está mejorando. Que su corazón se ha parado de nuevo. Que incluso podría morir.

—Llegados a este punto no me importa lo que diga el juez —le había dicho Kenzie—. Tendría que estar aquí.

No había señalado lo obvio: que alejarme de Faith en principio no le había hecho ningún bien y que, de hecho, desde que había estado lejos de ella, había empeorado más rápidamente.

Camino por los pasillos del hospital en silencio detrás de Kenzie, aterrorizada de que en algún momento salga alguien y me señale con el dedo, me siga y me lleve a la cárcel. Sin embargo, decido calmarme, concentrándome en un punto, como si de una nuececita dura en el pecho se tratara, para no desmoronarme cuando vea a Faith, por muy mal que esté.

En el ascensor me sorprende algo extraño. Casi no hay nadie en ese hospital. Incluso a las dos de la madrugada debería haber médicos con los ojos enrojecidos, familiares cansados y mujeres pariendo. Como si Kenzie pudiera leer mis pensamientos, se vuelve para hablarme.

—Corren rumores de que Faith ha curado a muchos pacientes —explica en términos sencillos—. Sólo por estar aquí.

Por un instante, me pregunto si es cierto. Luego pienso: «¿A qué precio?». Después de devolverle la vida a mi madre, la fuerza de Faith se había debilitado. ¿Cuántos pacientes se habían puesto en contacto con ella en esos dos últimos días? De repente entiendo por qué Faith está mucho peor esta vez.

Curar a los demás la está matando.

Justo antes de que las puertas del ascensor se abran, digo lo que he tenido en mente desde que Kenzie me ha llamado.

—Tiene que llamar a Colin.

—Ya lo he hecho. Me ha dicho que lo llamara.

—Pero...

—A él tampoco le importa la orden de alejamiento. Me ha dicho que usted también tiene que estar aquí.

Estamos en la planta de la UCI pediátrica. Sigo a Kenzie hasta la habitación de Faith; la han cambiado de sitio desde la última vez que estuve ahí. Al verla por el cristal, me detengo. Mi madre está sentada en una silla al lado de la cama de Faith, y me sorprende lo mayor que de repente parece. Faith... bueno, no la habría reconocido. Está llena de tubos, vendas y cables; parece muy pequeña en esa cama estrecha.

Una enfermera se mueve como una sombra cuando entro. Mi madre se levanta y me abraza. Sin hablar, me siento en el lugar que acaba de dejar vacío.

Ahora mismo entiendo a las madres que pueden levantar los automóviles que aplastan a sus hijos, a las mujeres que se interponen heroicamente entre una bala y sus hijos. Daría lo que fuera por ser el cuerpo que está tendido inmóvil. Daría lo que fuera por estar en su lugar.

Me inclino, y mis palabras le caen sobre la cara.

—No te he dicho que lo siento —susurro—. Durante mucho tiempo estuve tan ocupada conmigo misma que no tuve tiempo para ti. Sin embargo, sabía que me esperarías hasta que estuviera lista.

Le toco la mejilla con la mano.

—Ahora te toca a ti. Tómate el tiempo que necesites. Cuando mires por encima del hombro, dentro de unos días, unos meses... bueno, no me iré a ningún sitio sin ti.

Cierro los ojos; oigo el breve y ocasional zumbido de las máquinas que están conectadas a Faith. Una máquina en concreto acelera el ritmo, y empieza a sonar rápido y con regularidad. La enfermera mira hacia la máquina y frunce el entrecejo.

—Algo ocurre —dice, leyendo la copia impresa del electrocardiograma—. Voy a llamar al doctor Blumberg.

Acaba de dejar la habitación cuando los ojos de Faith se abren de par en par. Primero miran a Kenzie, luego a mi madre y finalmente descansan sobre mí. Faith abre y cierra la boca, intentando hablar.

El médico entra volando en la habitación, quitándose el estetoscopio del cuello. Comprueba los signos vitales de Faith y le examina el cuerpo con las manos.

—No hables aún, pequeña —murmura.

Hace una señal a la enfermera, que agarra los hombros de Faith mientras el médico le extrae el tubo endotraqueal. Faith tose y tiene arcadas, y luego se oye su voz, seca como el ruido del papel de lija.

—Mamá —dice con voz áspera, sonriendo y enmarcándose la cara con las manos vendadas.

Dieciséis

*Tan solitaria estuvo que el mismo Dios
apenas parecía estar en aquel sitio.*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE,
Rima del anciano marinero

6 de diciembre de 1999

El frío terrible impide que la nieve cuaje en la acera. Se arremolina debajo del coche de Mariah; cae sobre el camino antes de alejarse de las ruedas.

Mariah mantiene la mirada en la carretera. Se concentra en su destino y en cuándo llegará.

—Doctor Birch —dice Malcolm Metz—. ¿Ha entrevistado a Faith White este fin de semana?

—Fui al hospital y la vi, pero no hablamos.

—¿Por qué, doctor?

—No podía entablar una conversación. Estaba en estado de coma.

—¿Pudo hablar con alguien relacionado con su caso?

—Sí. Estuve hablando un rato con el médico de Faith; me resumió sus síntomas y los resultados de las pruebas.

—¿Podría decirnos lo que ha descubierto?

—La ingresaron para observarla porque tenía una hemorragia inexplicable en las manos. En el hospital, empezó a tener fiebre alta, convulsiones febriles, insuficiencia renal, y sufrió un paro cardíaco. No fue causado por problemas pulmonares ni parece ser un infarto agudo de miocardio, ni miocarditis, ni cardiomiopatía. En resumen, los médicos están tratando los síntomas sin conocer la causa.

—¿Podría la madre de Faith haber causado alguno de esos síntomas?

—Supongo que sí, si las circunstancias fueron las adecuadas —dice Birch—. Por supuesto, en este caso, como la señora White no ha estado al lado de su hija desde el viernes, los síntomas que probablemente haya causado son la hemorragia y la fiebre. No quisiera emitir mi juicio final antes de entrevistar a Faith.

Metz se detiene delante del estrado.

—En su opinión de experto, doctor Birch, ¿cómo resumiría el caso de Faith White?

—Vuelvo a repetir que se trata de una opinión hipotética porque no he tenido la oportunidad de hablar con la niña, pero si la entrevista corrobora mi instinto visceral, es una víctima del síndrome de Munchausen por poderes. A la niña sin duda le falla la salud; hay que separarla inmediatamente y durante un largo período de su madre para que pueda estar sana mental y físicamente. Su padre es la alternativa más evidente; puede proporcionarle un entorno psicológicamente estable, cariño y apoyo. Por supuesto, antes los médicos tendrán que poder restaurar el daño que ya se ha cometido. Sin embargo, si Faith es una víctima del SMP, si supera el coma, si se separa de su madre y si recibe psicoterapia constructiva, puede tener un pronóstico excelente.

—Gracias, doctor —concluye Metz, mirando a Joan—. Su turno.

Joan coloca las manos sobre la mesa de la defensa. Lleva el traje rosa chillón, como le gusta llamarlo, y se siente segura.

—Doctor Birch, ¿está aquí porque el señor Metz se lo ha pedido?

—Sí.

—¿Le ha pagado por estar aquí?

—Protesto —interrumpe Metz—. Ya se lo ha preguntado y se lo ha respondido.

—Lo retiro. ¿Cuántos años lleva ejerciendo?

—Veintitrés.

—En esos veintitrés años, ¿a cuántos pacientes ha tratado?

—Oh... ¿quinientos? ¿Seiscientos?

—Entiendo —asiente Joan—. De esos quinientos o seiscientos pacientes, ¿a cuántos ha diagnosticado personalmente el síndrome de Munchausen por poderes?

—A sesenta y ocho.

—En esos sesenta y ocho casos, ¿realizó una entrevista psiquiátrica con la madre?

—Sí.

—En esos sesenta y ocho casos, ¿realizó una entrevista psiquiátrica con el niño?

—Sí.

—¿Ha realizado una entrevista psiquiátrica con Mariah White?

—No.

—¿Ha realizado una entrevista psiquiátrica con Faith White?

—No. Está en coma, por el amor de Dios.

—Así pues, ¿basa el diagnóstico de este caso, de esta enfermedad tan increíblemente poco común, en artículos de periódico que ha leído, en los informes de los médicos, en un historial de hace siete años de una institución para enfermos mentales... oh, y en rumores?

—No...

—En realidad, no puede diagnosticar esa enfermedad sin entrevistar a Faith y a Mariah, ¿no es así?

—Puedo realizar un diagnóstico provisional. Sólo estoy a un paso — explica el psiquiatra, sonrojándose.

—Entiendo —señala Joan, levantando una ceja—. Así que ha... diagnosticado provisionalmente a Mariah White con el síndrome de Munchausen por poderes. ¿Existen otros diagnósticos que podrían atribuirse a este caso?

—Bueno, siempre hay algo, señora Standish, pero después de haber estudiado este síndrome durante años, diría que se trata de un diagnóstico probable.

—¿Ha oído hablar alguna vez del trastorno de somatización? —pregunta Joan, mirando un cuaderno.

—Por supuesto.

—¿Podría definírnoslo?

—Es cuando un niño manifiesta síntomas que están inducidos psicológicamente; es decir, está enfermo pero es su mente lo que lo hace enfermar. Imagínese a un niño que presenta urticaria cada vez que su padre tiene derecho de visita; el niño expresa un trastorno psicológico interno con síntomas físicos. A menudo se trata de una forma inconsciente de recibir atención.

—¿Ha tenido alguna vez pacientes con trastornos de somatización?

—Muchas veces.

—¿Podemos decir entonces que es mucho más común que el síndrome de Munchausen por poderes?

—Así es.

—¿No es cierto, doctor, que a menudo la víctima de un trastorno de somatización se parece mucho a la víctima del SMP?

—Sí. En ambos trastornos, los síntomas que se presentan no tienen una etiología orgánica. En el SMP porque se fingen, y en el trastorno de somatización porque son psicológicos.

—Entiendo. ¿Cómo se diagnostica el trastorno de somatización, doctor?

—Hay que entrevistar a los progenitores y al niño, y hay que hacer muchas pruebas médicas.

—Entonces se trata de la misma estrategia que utilizaría para diagnosticar el síndrome de Munchausen por poderes, ¿verdad?

—Sí. Sin embargo, en el SMP la separación del progenitor implica la desaparición de los achaques. Si el niño sufre el trastorno de somatización, los achaques continúan.

—¿Podría acercarme al estrado? —pregunta Joan, sonriendo.

El juez Rothbottam hace señas a los abogados para que se acerquen.

—Señoría, ¿me permite que me desvíe un poco? Me gustaría que entrara una prueba instrumental de carne y hueso.

—¿Qué diablos tiene? ¿Una gallina? —pregunta Metz, frunciendo el ceño.

—Lo verá en un segundo. Señoría, le aseguro que no tengo ninguna otra

manera de demostrar lo que quiero.

—¿Señor Metz? —pregunta el juez.

—¿Por qué no? Hoy me siento benévolo.

Después de que Rothbottam lo consiente, Joan asiente a Kenzie van der Hoven, que se dirige hacia las puertas que se encuentran en la parte posterior de la sala de audiencia. Llama a un alguacil, que entra con Faith a remolque.

Faith lleva un vestido rosa de un tono más claro que el traje de Joan. Tiene el pelo brillante y plateado, y su sonrisa es contagiosa. Saluda a Mariah con la mano cuando se acerca, y no parece percatarse de que la prensa está boquiabierta. A excepción de su palidez y las pequeñas vendas que lleva en el cuello y en las palmas, no hay indicios de que horas antes la niña estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte.

Malcolm Metz no da crédito a lo que ve. Se vuelve hacia Colin, quien de repente está muy interesado en su regazo.

—¿Sabías algo de todo esto? ¿Lo sabías?

Sin embargo, antes de que Colin pueda responder, Joan habla.

—Doctor Birch, ¿conoce a esta niña?

—Creo... *supongo*... que es Faith White —responde.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El sábado por la noche. No parecía que fuera a sobrevivir —dice, mirando a Faith con unos ojos como platos, maravillado y fascinado.

—¿Cómo le parece que está ahora?

—Perfectamente normal —responde Birch, sonriendo jubiloso.

—¿Cómo podría explicarlo?

El psiquiatra mira orgulloso a Malcolm Metz, y luego a Joan.

—Es obvio que mi corazonada es correcta. Mariah White sufre el síndrome de Munchausen por poderes. Cuando se ha separado a la niña de la madre con la orden de alejamiento, la enfermedad de Faith, claramente, ha remitido.

Hace un gesto hacia Faith, sentada remilgadamente al lado de la tutora *ad litem*.

—Sólo espero que el tribunal siga manteniendo a la madre alejada de la niña.

—Doctor —dice Joan, sonriendo de oreja a oreja—. No sé cómo

agradecerle sus palabras.

Algo confuso, Malcolm Metz anuncia que la parte demandante ha concluido. No confía en Joan Standish ni un ápice, pero sin duda no va a cuestionarle si quiere hacerle ganar el caso a él. Toca el hombro de su cliente después de que el juez ordena un corto descanso.

—Vamos a por un café —le dice a Colin—. Tiene buena pinta, ¿no crees?

—Joan —dice Mariah en cuanto se quedan solas en una pequeña sala del tamaño de un armario para los productos de la limpieza—. ¿Qué estás haciendo?

—Confía en mí —responde la abogada.

—¡Ahora parece que soy yo quien le hace daño! ¿Por qué no le has dicho a Birch que vi a Faith el domingo?

—Bueno, porque para empezar te meterían en la cárcel ahora mismo.

—Faith tampoco se está provocando ninguna enfermedad, ¿sabes? —explica Mariah, entornando los ojos.

Joan suspira.

—Mariah, hay tres aspectos que debo tratar en tu defensa: demostrar que eres una madre adecuada y digna, demostrar que Faith no es una psicótica y mostrar al juez que puede existir un trastorno distinto, que no sea el síndrome de Munchausen por poderes, que explique lo que está ocurriendo. Mi defensa se basa en sembrar una duda razonable; sólo tenemos que encontrar una alternativa a la historia del demandante, y si nuestra historia es mejor que la suya, ganamos. Es así de sencillo —explica, mirando a Mariah directamente a los ojos—. No estoy intentando echarle la culpa a Faith en vez de a ti. Sólo trato de solucionar las cosas para que puedas quedarte con tu hija.

Mariah levanta la mirada.

—De acuerdo —señala con resignación—. Haz lo que tengas que hacer.

El juez Rothbottam escudriña a Joan por encima de sus gafas de media luna.

—Señora Standish —dice—. Supongo que tiene derecho a hacer una

exposición de apertura, si lo desea.

—¿Sabe, Señoría? No quería hacer ninguna...

—Ah —murmura el juez—. Quizá Dios *sí* que esté presente en este caso después de todo.

—Sin embargo, después de todo lo que ha ocurrido, me gustaría decir un par de cosas.

Se pone en pie y se coloca delante de la mesa de la defensa.

—Éste es un caso confuso —dice terminantemente—. Es confuso porque es un caso de una custodia, pero también hay otro tema relacionado. Además, es inevitable tener presente este otro tema, porque es la razón por la que esta niña ha salido en las noticias. Si leen todos los informes, bueno... Faith White dice que ha visto a Dios. Es de locos, ¿verdad?

Joan sonrío y menea la cabeza.

—El señor Metz dice que todo esto es culpa de su madre. Que de algún modo Mariah White consigue que Faith alucine y vea a Dios, y que además hace daño físicamente a su hija. En realidad, yo pienso que *eso* también es de locos.

Joan mira hacia la ventana, observando lo rápidamente que cae la nieve.

—¿Saben? El otro día leí que los esquimales tienen más de veinte palabras distintas para referirse a la nieve. Hay nieve crujiente, aguanieve, nieve polvo. Yo puedo mirar por la ventana y ver algo hermoso. El señor Metz puede mirar por la ventana y pensar que habrá mucho tráfico. Y, Señoría, usted puede mirar por la ventana e imaginarse lanzándose ladera abajo. Existen muchas formas de ver una misma cosa. Han visto el caso del señor Metz. Ahora les mostraré los mismos hechos, pero vistos desde un prisma ligeramente distinto. En primer lugar, a diferencia del señor Metz, no creo que se trate de un caso sobre Mariah White. Creo que se trata de un caso sobre Faith. Así pues, demostraré en primer lugar que Faith es una niña feliz. No está enferma, no es psicótica y sin duda no está en estado de coma. No voy a demostrar si ve o no a Dios, porque ése no es mi trabajo. Mi trabajo es demostrar que es psicológicamente feliz, que está físicamente bien y que actuará del mismo modo sea cual sea el progenitor con el que viva. La pregunta es: ¿qué progenitor debería ser?

Joan respira profundamente.

—La respuesta es Mariah White. Ésta es la segunda cosa que voy a demostrar. A pesar de lo que ocurrió hace siete años, ahora mismo, el mejor progenitor para Faith es su madre —explica, arrastrando los dedos sobre el borde de la mesa de la defensa—. El señor Metz les ha dado su interpretación de las circunstancias que rodean a Faith White. Les ha mostrado lo que *él* quiere ver. No se fíen de sus ojos.

La doctora Mary Margaret Keller parece nerviosa en el estrado. Sus ojos miran hacia todas las direcciones de la sala de audiencia, como si estuvieran persiguiendo a un ratón que nadie más puede ver. Cruza y descruza las piernas, y cuando Joan le pide que presente su trayectoria profesional, le tiembla la voz.

—¿Cuánto hace que es psicóloga infantil, doctora Keller?

—Siete años.

—¿Y cuál es su especialidad?

—Trabajo mucho con niños pequeños que han sufrido algún trauma familiar.

—¿Por qué la escogieron para ser la psiquiatra de Faith?

—El psiquiatra de la señora White, el doctor Johansen, me remitió el caso. Me llamó y me pidió, como favor, que lo aceptara.

—¿Cuántas veces visitó a Faith?

—Catorce —responde la doctora Keller, juntando las manos sobre su regazo.

—¿Qué hizo con ella?

—Básicamente, la observé jugar. Es una manera excelente de detectar un comportamiento sospechoso.

—¿Qué comportamiento detectó?

—Bueno, había desarrollado un mecanismo de defensa muy fuerte; había creado una amiga imaginaria que podía protegerla. Faith se refería a ella con un nombre concreto: su guarda, creo que decía. Tenía mucho sentido psicológicamente hablando; era una niña que había sufrido varios golpes difíciles y había encontrado a alguien que la protegiera. Pensé que era sano.

—¿Qué ocurrió luego?

—La señora White empezó a preocuparse porque Faith se comportaba de una forma que no era coherente con su educación. Citaba versos de la Biblia, pero nunca había visto una Biblia en su vida. En dos ocasiones, Faith se puso en contacto con una persona enferma, y consiguió que mejorara su estado de salud.

—¿Qué pensó en ese momento, doctora?

—Al principio decidí no precipitarme y no extraer ninguna conclusión — explica la doctora Keller, sonriendo tristemente—. Sin embargo, empecé a preguntarme si en vez de llamar a su amiga imaginaria su «guarda», Faith en realidad quería decir «Dios».

Se quita las gafas y las limpia con el dobladillo de la falda.

—Ver a Dios normalmente es un síntoma de psicosis —continúa—. Sin embargo, a mí no me cuadraba, porque Faith era perfectamente normal en todos los aspectos de su vida, a excepción de esas alucinaciones. Le recomendé a la señora White que Faith probara el Risperdal.

—¿Qué ocurrió cuando tomó el medicamento?

—Estaba atontada y cansada, pero las visiones no cesaban. Probamos otro medicamento antipsicótico distinto, pero siguió manifestando el mismo comportamiento.

—Finalmente, doctora Keller, ¿qué decidió hacer?

—Llamé a un compañero, un especialista en psicosis infantil. Observó a Faith y me corroboró que no parecía psicótica. Sentí que mi teoría tenía validez. Hay muchísimas cosas que no entiendo en este mundo, pero sé cómo se comporta un niño psicótico, y Faith no lo es.

Metz se levanta para iniciar su turno de preguntas y se dirige hacia la psicóloga.

—Doctora Keller —dice—. ¿Sabe usted lo que está sugiriendo?

—Sí —responde, sonrojándose.

—¿No es cierto que fue a un colegio privado religioso durante doce años?

—Sí.

—¿Y que recibió una educación católica muy marcada?

—Sí, es cierto.

—En un simposio, doctora, ¿no es cierto que se atrevió a reconocer que una vez había sentido a Dios a su lado mientras rezaba?

—Era sólo una niña, pero jamás lo olvidaré —responde la doctora Keller, bajando la vista.

—¿No cree usted que quizá esté predispuesta a creer que Faith también está viendo a Dios?

Al oír eso, la psiquiatra la mira con aire frío y profesional.

—Sean cuales sean mis creencias personales, señor Metz, llevé a cabo una serie de pruebas clínicas...

—¿Sí o no, doctora Keller?

—No —responde de forma agresiva.

—Vamos, doctora —insiste Metz, poniendo los ojos en blanco—. ¿Acaso no cree en Dios?

—Sí.

—¿Acaso no va a misa todas las semanas?

—Sí.

—Y la conclusión a la que ha llegado es que Faith ve a Dios. ¿Piensa usted que su conclusión podría ser distinta de la de alguien... digamos... ateo?

Metz se vuelve, mirando fugazmente a Ian, que está sentado en la galería.

—Si fuera atea, seguiría siendo una psiquiatra muy rigurosa —responde—. Y seguiría diciendo que esa niña no es psicótica.

Metz entorna los ojos. El interrogatorio no está yendo como había planeado. Hace cinco preguntas que esa pájara tendría que haberse rendido.

—Doctora Keller, ¿presentó el caso de Faith en un simposio de psiquiatría?

—Sí, así es.

—¿No es cierto que sacó a relucir el caso en el simposio porque quería quedar bien, doctora? —pregunta Metz, acercándose a ella.

—No. De hecho, estaba arriesgando mi reputación —responde, sonriendo tristemente—. ¿Cuántos psiquiatras están dispuestos a declarar en público que una niña está viendo a Dios?

—Sin embargo, acabó siendo el centro de atención, a costa de la confidencialidad de la paciente —repite—. ¿No es eso poco ético?

Sorprendiéndolo de nuevo, la doctora Keller saca un papel de la libreta que tiene sobre su regazo.

—Tengo aquí mismo un documento firmado por Mariah White en el que me

autoriza a llevar el caso de su hija al simposio siempre que el nombre de Faith no se mencione.

—¡Vaya! —dice Metz—. Así que tenemos pruebas de que la señora White estaba intentando prostituir a su hija para tener un público.

—La señora White y yo discutimos eso con detenimiento —responde la doctora Keller—. Esperábamos poder contar con el apoyo de un especialista con más experiencia que yo que pudiera ayudarnos a encontrar la raíz de las visiones de Faith. Como sabe, veinte pares de ojos trabajando en un mismo caso ven bastante más que sólo un par. No buscábamos un público, señor Metz. Buscábamos un remedio.

—¿Entrevistó alguna vez a la señora White como terapeuta?

—No, era la psiquiatra de su hija.

—Entonces, ¿puede afirmar con absoluta certeza que esta madre, con su mente retorcida, no estaba intentando aprovecharse de su hija?

La doctora Keller mira a Mariah y luego a Faith, que está sentada varias filas detrás de ella.

—No —dice en voz baja.

El monosílabo cae suavemente sobre la mano extendida de Metz.

—Estaba en urgencias porque le sangraban ambas manos —dice el doctor Blumberg, respondiendo a la pregunta de Joan—. No consiguieron detenerle la hemorragia con los procedimientos médicos de urgencias habituales, y me llamaron para consultarme el caso.

—¿Qué hizo, doctor?

—Le radiografié las manos —responde, reclinándose en la silla.

—¿Qué vio?

—No había indicios de traumatismo. Era, literalmente, un agujero que le atravesaba la mano. No había tejido desgarrado ni huesos rotos; no había nada que indicara que se trataba de una punción, a pesar de la lenta y constante hemorragia.

—¿Había visto algo así con anterioridad, doctor Blumberg?

—No, nunca. Me dejó perplejo. Llamé a expertos y compañeros especialistas de pediatría, cirugía y ortopedia, y descartamos todas las

posibilidades médicas una a una. Finalmente, me limité a tratar los síntomas y mandé a la niña a casa. Luego regresé a mi despacho y empecé a leer revistas médicas.

—¿Qué descubrió?

—Que, como mucha gente sabe, esto ya ha ocurrido en el pasado, y me refiero al pasado muy pasado. Al principio desconfiaba y no quería creérmelo, pero parece que varios santos católicos mostraron estigmas o hemorragias espontáneas en las palmas, los costados o los pies médicamente inexplicables, pero también médicamente verificables. Se trata de hemorragias que no tienen una causa física.

—¿Cuándo tuvo lugar el último caso documentado? —le pregunta Joan.

—Protesto. Al doctor Blumberg no lo han ordenado sacerdote.

—Protesta denegada —dice el juez—. ¿Doctor?

—Es el caso del padre Pío, que murió en 1968. Sin embargo, el estigmatizado más conocido seguramente sea san Francisco de Asís, que vivió en el siglo doce. Según los informes que he leído, las heridas son bastante reales y dolorosas.

—¿Cuáles son las características principales de los estigmas según las revistas médicas?

—No se pueden curar con los remedios utilizados habitualmente para controlar las hemorragias o provocar la coagulación. Duran meses o incluso años, pero a diferencia de las heridas naturales, a largo plazo no se enconan.

—¿Cómo puede relacionarse esa información con las heridas de Faith?

—Son muy parecidas —responde el médico.

—¿Diagnosticó oficialmente estigmas a Faith?

—No —responde Blumberg, sonriendo—. Soy demasiado escéptico. En su historial escribí que después de sopesar todas las posibilidades médicas, la conclusión a la que había llegado era que era *posible* que Faith presentara estigmas; pero, sinceramente, este diagnóstico no me acaba de gustar.

—¿Cuál era el estado médico de Faith este último fin de semana?

—Estaba muy enferma. Le pusimos diálisis y sufrió dos paros cardíacos; las manos y el costado le sangraban de nuevo, y estaba en estado comatoso. Mi opinión profesional fue que no se iba a recuperar.

—¿Cuál es el estado médico de Faith ahora?

—Está sorprendentemente sana —responde Blumberg, sonriendo—. Los niños suelen recuperarse rápidamente, pero esto es verdaderamente extraordinario. Casi todos los órganos le funcionan al ciento por ciento, o están a punto de hacerlo.

—En su opinión, doctor, ¿provocó alguien intencionadamente el paro cardíaco y la insuficiencia renal de Faith?

—No. Hay demasiado personal médico en una UCI para que eso ocurra. Por no decir que no encontramos en la sangre de Faith rastro alguno de medicamentos que podrían haberle provocado, por ejemplo, el paro cardíaco.

—¿Le provocó alguien las heridas de las manos y el costado?

El médico niega con la cabeza.

—Como ya he explicado, no había ningún indicio de traumatismo. Es sólo como un pequeño túnel... que le atraviesa la piel, el músculo, el hueso y el tendón —responde, levantando la palma de la mano—. Hay más huesos en la mano que en cualquier otra parte del cuerpo, señora Standish. Es casi imposible perforarla sin causar algún tipo de traumatismo. Sin embargo, eso es lo que vi. Faith simplemente... sangraba.

—Doctor, ¿está usted obligado por ley a presentar un informe si sospecha de un posible caso de maltrato infantil?

—Sí, todos los médicos tenemos que hacerlo.

—¿Presentó usted ese informe después de ver a Faith White hace un mes y medio?

—No, no lo hice.

—¿Presentó usted ese informe después de ingresar a Faith White el jueves por la noche?

—No.

—¿Tenía usted algún motivo para presentar ese informe?

—No, ninguno.

—Gracias —concluye Joan—. No hay más preguntas.

—Doctor Blumberg —pregunta Metz—. ¿Cuántos casos de estigmas ha tratado?

—Sólo este caso —responde el médico, sonriendo.

—Sin embargo, parece que se siente capacitado para darnos su opinión de experto. ¿No es cierto que como no podía diagnosticar las heridas de Faith hizo lo que pudo con la información de la que disponía?

—En primer lugar, deje que le cuente lo que descarté, señor Metz. Consideré todos los posibles traumatismos, tanto directos como indirectos. Examiné la posibilidad de que se tratara de secreciones cutáneas o de que los nervios contiguos a la piel liberaran algún tipo de sustancia, Sin embargo, el líquido se estudió en el laboratorio, y sin duda era sangre. El estigma fue el único diagnóstico que encontré que podía explicar mis observaciones clínicas.

—¿Puede afirmar sin lugar a dudas que se trata de estigmas?

—Por supuesto que no; no es mi trabajo. Supongo que es el del papa. Lo único que puedo decirle es que Faith White estaba sangrando, y que su hemorragia no tenía explicación médica alguna.

—¿Podría tener una explicación psicológica?

Blumberg se encoge de hombros.

—En las revistas médicas leí que intentaron reproducir estigmas en pacientes que estaban bajo los efectos de la hipnosis. En un par de casos muy excepcionales, los psiquiatras consiguieron inducir una especie de sudor de colores... pero no sangre. No existe prueba científica alguna de que la imaginación pueda producir estigmas, a no ser que se trate de una explicación religiosa.

—¿Podrían haberse producido las heridas durante un episodio de sonambulismo?

—Lo dudo. Como ya he explicado, no eran heridas causadas por una punción.

—¿Puede concluir que las heridas de Faith no fueron provocadas por la niña ni por otra persona?

—A mí no me lo pareció —dice Blumberg con cuidado—. Desde luego no puedo negárselo rotundamente, pero sin duda no se trataba de un caso de maltrato infantil. La señora White no quiso dejar sola a su hija ni un momento, estaba muy preocupada por el pronóstico de Faith, y cuando sugerí el diagnóstico de los estigmas se inquietó muchísimo.

—¿Ha visto algún caso de maltrato infantil, doctor Blumberg?

—Por desgracia, sí.

—¿Hizo daño el progenitor al niño delante de usted en alguno de esos casos?

—No.

—¿Parecía el progenitor preocupado por el pronóstico de su hijo en alguno de esos casos?

—Sí —reconoce el médico.

—¿Fue el progenitor que maltrataba quién llevó al niño al hospital para que lo trataran en alguno de esos casos?

—Sí —responde Blumberg, aclarándose la garganta.

—No hay más preguntas —concluye Metz, dando media vuelta.

Faith se inclina hacia la derecha.

—Kenzie —susurra—. Tengo que hacer pis.

—¿Ahora? —pregunta la tutora *ad litem*.

—Sí. Ahora mismo.

Kenzie coge a la niña de la mano y pide disculpas a la gente que está sentada en su fila. Fuera de la sala de audiencia, se dirige hacia la izquierda, hacia el servicio de señoras. Espera a que Faith acabe, salga del cubículo y se lave las manos. Luego le pasa la mano por el pelo.

—¿Qué tal estás?

—Esto es muy aburrido —gimotea Faith—. ¿Podemos comprar una Coca-Cola?

—Es importante que regresemos. No falta mucho para que se acabe.

—Vamos... sólo una Coca-Cola. Cinco minutos.

Kenzie se estira para aliviar la contractura que tiene en la espalda.

—De acuerdo. Cinco minutos.

Lleva a Faith a las máquinas expendedoras que están en el vestíbulo principal del palacio de justicia. Es un hervidero de gente: testigos protegidos que esperan ser el centro de atención, abogados con sus móviles, hombres uniformados que colocan nuevas alfombras para el barro en el suelo. Kenzie mete setenta y cinco centavos y deja que Faith pulse los botones para que la lata se precipite por el tobogán.

—Mmm. Qué bien —dice Faith, después de tomar un sorbo.

Hace una pirueta para comprobar que aún tiene piernas después de haber estado sentada tanto rato, y luego se detiene de golpe al mirar hacia las puertas de cristal del palacio de justicia. En los peldaños, en el césped cubierto de nieve, hay cientos de personas. Algunas sostienen pancartas con su cara; otras sujetan rosarios en el aire. Sus gritos de apoyo crecen como un tsunami cuando la vislumbran.

No los había visto al entrar; Kenzie la había llevado por la puerta trasera para evitarlo.

—Coge mi bebida, por favor —dice Faith, dándole la lata de Coca-Cola a Kenzie.

—Faith, no... —grita.

Sin embargo, es demasiado tarde.

Faith ya ha abierto las puertas y está de pie sobre los peldaños de piedra del palacio de justicia. Después de despertar una ovación entre sus seguidores, Faith levanta las manos, y gritan aún más fuerte. Pasmada, Kenzie se queda inmóvil.

—Hola —dice Faith, saludando con la mano.

Sonríe cuando sus oraciones la envuelven, aceptando su deber como si de una reina se tratara.

—Hace siete años que atiendo a Mariah White —dice el doctor Johansen—. Desde que salió de Greenhaven.

—¿Qué opina usted de que la internaran en una institución?

—No tendrían que haberlo hecho —responde el médico—. Existían varios tratamientos alternativos para la depresión que habrían funcionado igual de bien.

—¿Podría haber evitado Mariah que la hospitalizaran?

—No. Su marido creía que era la mejor opción. Su madre estaba en Arizona en ese momento, y no sabía nada del proceso judicial. Mariah recibía mucha medicación; era tan ajena a la realidad que no podía valerse por sí misma.

—¿Cuál fue su opinión sobre el estado mental de Mariah White cuando le dieron el alta en Greenhaven?

—Era emocionalmente frágil, pero receptiva a aprender a enfrentarse a situaciones difíciles —explica el doctor Johansen, frunciendo el ceño—. Además, estaba muy preocupada por su embarazo, por supuesto.

—¿Presentaba síntomas de psicosis en aquel momento?

—No.

—¿Delirios o alucinaciones?

—Nunca los presentó. Ni siquiera cuando la hospitalizaron; la internaron por depresión.

—Doctor Johansen, ¿cuál es su opinión sobre el estado mental de Mariah White hoy en día?

El psiquiatra mira fijamente a su paciente, como si adivinara sus pensamientos.

—Creo que cada vez es más fuerte —dice solemnemente—. Prueba de ello es que ha renunciado a la confidencialidad entre el médico y el paciente, aquí, en el tribunal, para poder mantener la custodia de su hija. Analice además lo que ocurrió en agosto: se enfrentó a una situación muy parecida a la que una vez casi la llevó al suicidio, pero reaccionó de una manera mucho más sana. Se tranquilizó, cuidó de su hija y continuó con su vida.

—Doctor, ¿en su opinión existe alguna posibilidad de que esta mujer haga daño a su hija?

—No.

—En estos últimos siete años de terapia, ¿ha reconocido, ha pensado o ha tenido Mariah una predisposición a hacer daño a su hija?

—No, jamás.

—¿Le ha contado Mariah cuáles son las circunstancias actuales de Faith?

—¿Se refiere a las visiones y los medios? Sí.

—¿Cree Mariah que su hija es de veras una visionaria?

El doctor Johansen se queda callado durante tanto rato que Joan empieza a repetir la pregunta.

—Mariah cree que su hija dice la verdad, aunque quizá no sirva de mucho —responde.

—¿Qué ocurre para que ingresen a alguien en una institución para

enfermos mentales? —empieza Metz.

—Es un proceso judicial —responde Johansen—. Un psiquiatra evalúa al paciente y el juez revisa los expedientes.

—Así que hay varias personas implicadas en la decisión. —Sí.

—¿Funciona el sistema?

—Casi siempre —dice el psiquiatra—. Es útil en los casos en los que no te puedes fiar del criterio de la persona en cuestión. —Mira directamente a Metz—. Sin embargo, en este caso en concreto el sistema no funcionó. Mariah White estaba muy deprimida y sobremedicada, y no respetaron sus deseos.

—Si el juez hubiera considerado que la señora White no necesitaba ser internada, ¿se habría aprobado la orden judicial?

—No.

—Si el psiquiatra hubiera considerado que la señora White no necesitaba ser internada, ¿se habría aprobado la orden judicial?

—No.

—Entiendo. ¿Así que sugiere que se deberían haber dejado a un lado las observaciones de esas personas y se tendría que haber escuchado la opinión de una mujer que se había cortado las venas la semana anterior?

—Eso no es...

—¿Sí o no, doctor?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo —señala el psiquiatra, asintiendo con firmeza.

—Continuemos. ¿Qué le recetó a Mariah White cuando le dieron el alta en Greenhaven?

—Prozac —responde el doctor Johansen, mirando sus notas.

—¿Se lo ha recetado siempre?

—Durante un tiempo. Sin embargo, después de un año dejó de tomarlo y le sentó muy bien.

—¿Consideró que era emocionalmente estable?

—Sí, sin lugar a dudas —responde Johansen.

—¿Le ha pedido Mariah White que se lo vuelva a recetar?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses —contesta el psiquiatra—. En agosto.

—¿Cuándo la abandonó su marido? Entonces no es tan estable como usted pensaba, ¿no es así, doctor?

—Había ocurrido exactamente lo mismo que la había destrozado hacía siete años, señor Metz —explica el doctor Johansen, enderezándose—. En esta ocasión, en vez de intentar suicidarse, me llamó y me dijo que necesitaba ayuda. Cualquier psiquiatra del país interpretará esa reacción como un indicio de estabilidad mental.

—¿Tiene el Prozac efectos secundarios?

—Ocasionalmente.

—¿Qué tipo de efectos?

—A veces la fluoxetina puede causar cefaleas, escalofríos, nerviosismo, insomnio, somnolencia, ansiedad y mareos. También hipertensión, sarpullidos, náuseas, diarrea, pérdida de peso, dolor pectoral y zumbidos en los oídos.

—¿Y alucinaciones?

—Sí —reconoce el doctor Johansen—. Sin embargo, son muy poco frecuentes.

—¿E ideas suicidas?

—Muy de vez en cuando. No obstante, debe recordar que he atendido a esta paciente con este fármaco en concreto a una dosis de veinte miligramos por orden facultativo durante un año. Sé cómo reacciona su cuerpo al fármaco. Si se tratara de una nueva receta, señor Metz, quizá tuviera razón, pero no en el caso de la señora White.

—¿Dejó de tomar el fármaco durante varios años, doctor?

—Sí.

—¿No existen efectos adversos asociados a una interrupción?

—Sí.

—¿Cómo intentos de suicidio, psicosis, delirios y alucinaciones?

—Sí, pero una vez más se está refiriendo a un porcentaje mínimo —le advierte Johansen.

—¿Pero *podría* haber sufrido algún efecto adverso debido a la interrupción?

—No me informó de ninguno, señor Metz.

El abogado se vuelve.

—Doctor Johansen, ¿qué probabilidad hay de concluir un tratamiento de

depresión con éxito y volver a sufrir la enfermedad?

—No tengo las estadísticas.

—Sin embargo, ocurre bastante a menudo, ¿no es así?

—Sí, pero normalmente los pacientes equilibrados saben volver a un psiquiatra, si lo necesitan, en busca de ayuda.

—Entiendo. Así que básicamente nos está diciendo que alguien que ha estado loco una vez tiene muchas posibilidades de volver a estarlo.

—¡Protesto!

—Lo retiro —dice Metz—. No tengo más preguntas, doctor.

Joan ya está en pie antes de que Metz acabe de pronunciar las últimas palabras.

—Me gustaría volver a hacerle unas preguntas —dice de repente—. Me gustaría matizar los términos «trastorno mental» y «depresión». ¿Son lo mismo?

—Por supuesto que no.

—¿Cuál fue el diagnóstico de Mariah?

—Depresión suicida —responde Johansen.

—¿Ha oído usted hablar del síndrome de Munchausen por poderes?

—Sí.

—¿Se puede decir que una persona diagnosticada y tratada por depresión suicida podría desarrollar siete años más tarde el síndrome de Munchausen por poderes? ¿Existe una relación directa?

—Eso es como decir que si desayunas por la mañana es probable que lleves ropa interior —responde el doctor Johansen, riéndose.

—Gracias, doctor —dice Joan—. He concluido.

Cuando Millie sube a la tribuna de los testigos decide que ya se ha mordido la lengua durante demasiado tiempo. Siempre que Joan quiera que sea una testigo de solvencia moral para Mariah, Millie aprovechará la ocasión para expresar su opinión. Se sienta en la silla y asiente a la abogada, dispuesta a empezar.

—Señora Epstein, ¿cada cuánto ve a Faith?

—Al menos cada dos días.

—¿Cada cuánto ve a Faith relacionándose con Mariah?

—Pues con la misma frecuencia.

—En su opinión, ¿es Mariah una buena madre?

Rebosando orgullo de madre por todos los poros, Millie sonríe satisfecha.

—Es una madre maravillosa. Se esfuerza el doble que cualquier otro progenitor porque quiere hacerlo lo mejor posible.

—¿Cómo ha encajado Mariah el hecho de que los medios acosaran a Faith estos días?

—¿Cómo lo encajaría usted? —dice Millie—. No lleva a Faith al colegio; la esconde de las cámaras. Hace todo lo que puede para que tenga una vida normal.

Ya está. Ya ha cumplido con su obligación para con Joan; lo que han ensayado hasta la saciedad. Sin embargo, continúa hablando, obligando a Joan a detenerse y a mirarla, sorprendida por el cambio de guión.

—Todos piensan que es Mariah quien tiene que estar a la altura. Sin embargo, ¿de quién es la culpa en realidad? —dice, señalando con un dedo tembloroso hacia Colin—. Él es quien le hizo esto a mi hija. Él la internó, pero es *él* quien debería estar internado, por no ser capaz de mantener la bragueta cerrada.

—Señora Epstein —interrumpe Joan con firmeza—. Le ruego que se ciña a mis preguntas.

Joan se aclara la garganta y le lanza una mirada penetrante.

—No, ahora que estoy aquí arriba, quiero hablar. ¿No estaría usted deprimida si su marido empezara a acostarse con otras a sus espaldas? No sé por qué...

—Señora —le advierte el juez Rothbottam—. Le ruego que se controle.

Joan se dirige hacia el estrado durante esta digresión, con una sonrisa forzada.

—Basta ya —le dice con los dientes apretados, murmurando algo sobre las bombas de relojería mientras se aleja—. Señora Epstein, existen varias razones para apoyar legalmente un cambio de custodia. En su opinión, ¿ha abusado sexualmente Mariah de Faith?

—No, Dios mío, no.

—¿Ha pegado alguna vez a su hija?

—Ni siquiera le da un cachete en el culo cuando se está pasando.

—¿Ha maltratado emocionalmente alguna vez a Faith?

—¡De ninguna manera! —responde Millie—. Apoya mucho a su hija.

—¿Trabaja Mariah fuera de casa o pasa gran parte del día lejos de su hija?

—Está con ella en todo momento —dice Millie, mirando con amargura al juez—. Cuando se lo permiten.

—Gracias —concluye Joan, sentándose antes de que Millie tenga la oportunidad de añadir algo más.

Metz mira detenidamente a Millie Epstein. Sabe muy bien por qué Joan ha acabado tan rápido; la vieja está chiflada. Al igual que Joan, quiere evitar las preguntas relacionadas con la reencarnación y la resurrección; esas preguntas sólo convertirían en el blanco de todas las bromas de su sector. Sonríe, cogiendo a Millie desprevenida. Seguro que con lo que le ha contado Joan, se imagina que es una especie de piraña.

—Señora Epstein, quiere mucho a Mariah, ¿verdad?

—Oh, sí —responde Millie, dulcificando la expresión de su rostro.

—Supongo que creció muy unida a usted.

—Sí.

—¿Estuvo en su ceremonia de graduación del instituto? —pregunta Metz, apoyándose en el estrado.

—Fue la mejor de la clase y la encargada del discurso de despedida — responde Millie, orgullosa.

—¿Y en la facultad? ¿Se graduó con magna *cum laude*?

—*Summa cum laude*.

—Vaya, sorprendente. Yo casi no apruebo ni lengua en el instituto — bromea Metz—. Seguro que también estuvo presente el día de su boda.

—Sí —responde Millie, bajando la comisura de los labios.

—Seguro que le enseñó todo lo que ella sabe sobre ser una buena madre.

—Bueno —responde Millie, ruborizándose con modestia—. Eso nunca se sabe.

—Seguro que le enseñó cómo ayudar a Faith en estos momentos difíciles. ¿Me equivoco?

—Se lo he dicho una y otra vez: cuando eres madre, defiendes a tu hijo. Es así y punto —sentencia Millie, levantando la barbilla.

—¿Es eso lo que Mariah ha hecho por Faith?

—¡Sí!

—¿Y es eso lo que está haciendo usted ahora por Mariah? —pregunta Metz, lanzándole una dura mirada.

Millie mira al juez.

—Bueno, ¿ya está?

El juez Rothbottam da golpecitos con los dedos sobre la mesa.

—¿Sabe, señora Epstein? En realidad, yo también tengo un par de preguntas —dice, mirando primero a un abogado y luego a la otra—. Por lo visto nuestros apreciados abogados se han vuelto un poco tímidos.

—Adelante, Señoría —dice Millie, enorgulleciéndose bajo la mirada del juez.

—Bueno, he leído en algunos periódicos que... ¿la resucitaron?

—Oh, sí —responde Millie, hurgando en su enorme bolso—. De hecho, tengo mi certificado de defunción aquí, en algún sitio.

—No necesito verlo —le dice, sonriendo—. Sin embargo, ¿podría explicármela?

—¿El certificado de defunción?

—Bueno, no. La resurrección. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo estuvo clínicamente muerta?

—Más o menos una hora —responde Millie, encogiéndose de hombros—. Firmaron el certificado, lo sellaron y lo mandaron.

—¿Qué ocurrió?

—Empecé a pelearme a grito pelado con Ian Fletcher. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbada en el suelo y no podía respirar. Después de eso, no recuerdo nada —explica, deteniéndose de forma teatral e inclinándose hacia adelante—. Luego de repente estaba en la habitación de un hospital, con Faith inclinada sobre mí.

El juez sacude la cabeza, sorprendido.

—¿Existe alguna explicación médica de lo ocurrido?

—Que yo sepa, Señoría, los médicos no pueden explicarlo.

—Señora Epstein, ¿qué piensa *usted* que ocurrió?

—Creo que mi nieta me devolvió la vida —responde, mirándolo seriamente.

—¿Qué opina de las visiones de Faith?

—La creo. Por el amor de Dios, si no la creyera ahora, sería idiota, ¿no? —dice, sonriendo—. O aún peor. Estaría *muerta*.

—Gracias, señora Epstein. Señor Metz, ¿tiene más preguntas?

El abogado niega con la cabeza.

—Bueno —dice Rothbottam—. Creo que yo necesito un descanso.

Mariah observa cómo su hija abandona la sala de audiencia con Kenzie. Aún no le permiten estar cerca de Faith, y es sorprendente, pero le cuesta más mantener la distancia ahora que sabe que Faith ya no está enferma. Estira el cuello para ver cómo Faith desaparece por el pasillo.

Espera que Kenzie la esté cuidando bien.

Por el rabillo del ojo ve a Ian. Inmediatamente, desvía la mirada.

—Mariah —dice Joan, interrumpiendo sus pensamientos—. Te toca después del doctor Fitzgerald.

—¿Tan pronto?

—Sí. ¿Estás bien?

Mariah se aprieta el estómago con el puño.

—No lo sé. No eres tú quien me preocupa; es Metz.

—Escúchame. Cuando estés ahí arriba, te diga lo que te diga, tú mira allí —responde Joan, señalando la fila en la que se sienta Faith—. Ella te ayudará a superarlo.

En cuanto el doctor Alvin Fitzgerald sube al estrado, Metz se levanta.

—Pido permiso para acercarme al estrado.

Ambos abogados se dirigen allí.

—Quiero saber si este hombre ha entrevistado a Faith.

—No, porque sabía que protestaría sí lo hacía —responde Joan sin

molestarse en mirarlo—. Si hace falta hacer una entrevista para otro día, ambos expertos tendrán la oportunidad de hacerla. Sin embargo, puedo demostrar lo que quiero sin que el doctor Fitzgerald entreviste a Faith.

Al oír esto, a Metz se le bajan los humos.

—De acuerdo —señala firmemente.

—Doctor Fitzgerald —empieza Joan—. ¿Podría presentarnos su trayectoria profesional para que conste en acta?

—Estudí en la facultad de Medicina de la Universidad de Chicago, hice la residencia y obtuve una beca de investigación en psicología infantil en UCSF; también fui el investigador principal de un proyecto financiado por una importante beca que estudiaba el síndrome de fatiga crónica y los trastornos de somatización.

—Hemos oído hablar mucho del síndrome de Munchausen por poderes. ¿Podría decirnos si este caso en concreto encaja con las características de ese trastorno?

—Bueno, existen muchos elementos que encajan con las cuatro características básicas del manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales —responde el psiquiatra, encogiéndose de hombros.

Joan observa cómo Metz se queda boquiabierto y sorprendido cuando el psiquiatra repite los aspectos más interesantes de la declaración del doctor Birch.

—¿Hay algún elemento de este caso que *no* encaje con el SMP? —pregunta luego.

—Sí. Para empezar, los síntomas de Faith son reales y extraños. Es mucho más sencillo fingir náuseas que estigmas. En cuanto a las alucinaciones, no estoy de acuerdo con el doctor Birch. El hecho de que Mariah White estuviera en una institución para enfermos psicóticos no implica que pueda hacer que Faith simule una alucinación de forma convincente. Es como decir que si te subes al autobús de los Bulls acabarás jugando como Michael Jordan —aclara, sonriendo—. Otra discrepancia es que el síndrome de Munchausen por poderes es crónico. Los padres van de urgencias en urgencias a distintos centros para que los médicos no descubran lo que están haciendo. Sin embargo, la señora White ha llevado a Faith reiteradamente al mismo médico, el doctor Blumberg. Incluso le ha pedido que examine a la niña varias veces.

—¿Es eso todo, doctor?

—Oh, no. Aún hay más. Las personas que sufren el síndrome de Munchausen por poderes suelen tener una infancia distante emocionalmente hablando, y sabemos que no es el caso de Mariah White. Sin embargo, lo que menos me cuadra con el diagnóstico del SMP es que existen otros diagnósticos alternativos que explican este caso igual de bien.

—¿De veras? ¿Como cuáles? —pregunta Joan, fingiendo estar sorprendida.

—El trastorno de somatización, por ejemplo. Básicamente, se trata de un paciente que experimenta una aflicción emocional de forma física. Es como una niña que siente varios calambres fuertes en el estómago cada vez que tiene que hacer un examen porque el colegio la angustia mucho. Le duele de verdad, pero no puede explicar por qué. ¿Recuerda a las pacientes histéricas de Freud? Son las tatarabuelas de los pacientes del trastorno de somatización de hoy —explica el psiquiatra, levantando las manos para dibujar una especie de escala—. Existe una gama de estos trastornos y se pueden clasificar. En un extremo está el que finge estar enfermo; es algo que todos hemos hecho: finges tener la gripe para no tener formar parte de un jurado, por ejemplo. Los síntomas se simulan intencionadamente para conseguir un objetivo deseado. En el otro extremo está el trastorno de somatización; en este caso, una paciente se provoca un síntoma involuntariamente que parece y siente como real; no sabe que se lo está provocando, ni mucho menos por qué. Entre estos dos extremos se encuentra el síndrome de Munchausen por poderes; en este caso los síntomas pueden fingirse intencionadamente... pero por motivos involuntarios.

—Así pues, doctor, la diferencia radica en el propósito.

—Exactamente. Por lo demás, esos dos trastornos se parecen mucho. Como en el síndrome de Munchausen por poderes, el médico que examine a la niña con el trastorno de somatización no será capaz de encontrar ninguna etiología orgánica para el síntoma. Quizá someta a la pequeña a escáneres TC, resonancias magnéticas y docenas de pruebas, pero será en vano, porque el problema no tiene que ver con la fisiología. Sin embargo, en un trastorno de somatización, el síntoma lo desencadena el estrés. En el SMP, el síntoma lo desencadena mamá. En los trastornos de somatización, el síntoma es real. En el SMP, se finge. A menudo decidir de qué enfermedad se trata depende de la

conciencia de cada uno y requiere el conocimiento del contexto de la enfermedad, la gente implicada y qué ha podido conseguir con el trastorno.

—Entonces parte del diagnóstico se basa en saber quién intenta hacerse notar, si la madre o la hija.

—Exactamente.

—¿Encajan los síntomas de Faith con los del trastorno de somatización, doctor?

—En primer lugar, el problema que se presenta no es orgánico. Le sangran las manos, pero el tejido no está mutilado por dentro; resulta bastante difícil fingir una herida de ese tipo. Quizá tenga alucinaciones, pero no es psicótica. Además, se puede sostener que el estrés desencadenó la enfermedad y que cree inconscientemente que al estar enferma el factor estresante desaparecerá.

—¿Podría considerarse un divorcio un factor estresante?

—Veo que lo capta rápido, señora Standish —constata Fitzgerald, sonriendo—. La niña piensa inconscientemente: «Si enfermo, mis padres no se separarán para cuidar de mí». No es consciente de que lo hace, pero la niña se obliga a enfermar y atrae la atención. Como en realidad no he conocido a Faith, por supuesto, esto sólo son conjeturas, pero una hipótesis es que su mente obliga a su cuerpo a enfermar con la esperanza de que su familia permanezca unida. De hecho, miren: funciona. Ambos progenitores están aquí hoy, ¿verdad?

—Si eso fuera cierto, ¿estaría la señora White de algún modo implicada en la enfermedad de su hija?

—Oh, no. Ocurre todo a nivel psicogénico, en la mente de Faith.

Joan se detiene.

—¿Cómo podría determinar si los achaques de Faith fueron provocados por su madre o por su propia mente?

—Por defecto. Alejaría a la señora White de su hija para ver si los síntomas remiten.

—¿Qué me diría si le cuento que una niña comatosa cuyos órganos estaban flaqueando se recuperó totalmente en una hora al volver a reunirse con su madre después de una larga separación?

—Bueno —indica el doctor Fitzgerald—. Sin duda descartaría el síndrome de Munchausen por poderes.

—No está seguro al ciento por ciento, ¿verdad? —pregunta Metz—. ...
¿Será el trastorno de somatización el que atormenta a Faith... o será el
síndrome de Munchausen por poderes el que atormenta a su madre?

—Bueno...

—¿Desarrollan siempre los niños trastornos de somatización después de
un divorcio turbulento?

—No —dice el doctor Fitzgerald—. Pueden presentarse otras conductas
anormales.

—¿Podría enumerárnoslas, doctor?

—A veces los niños modifican su comportamiento o su conducta sexual.
Dejan de sacar buenas notas en el colegio. Aumentan o disminuyen el apetito.
Pueden ocurrir muchas cosas, señor Metz.

—Entiendo. Sólo se denuncia un pequeño porcentaje de casos de síndrome
de Munchausen por poderes, ¿verdad?

—Sí.

—Así pues, aunque se trata de un trastorno poco común, puede estar más
extendido de lo que imaginamos, ¿no?

—Exactamente.

—¿No es cierto que la mayoría de los pacientes diagnosticados con SMP
son mujeres, con una media de treinta y tres años de edad?

—Sí.

—¿Podría decirnos la edad y el sexo de Mariah White?

—Es una mujer de treinta y tres años.

—¿Es cierto que las personas que sufren el SMP normalmente son madres?

—Sí.

—¿Es Mariah White la madre de Faith White?

—Sí.

—¿Experimentan la mayoría de las personas que sufren el SMP una
situación considerablemente estresante en su vida, como un divorcio?

—Sí.

—¿Acaba de divorciarse Mariah White?

—Sí.

—La mayoría de la gente que sufre el SMP tiene experiencia en el ámbito

sanitario, ya sea como paciente o como profesional. ¿Es esto cierto?

—Sí.

—¿Se pasó Mariah White varios meses en una institución para enfermos mentales?

—Sí.

—¿No es cierto que en el SMP los progenitores parecen muy interesados en el tratamiento del niño?

—Sí —responde el doctor Fitzgerald con sequedad—. Sin embargo, la mayoría de los padres con un niño enfermo, tengan o no el SMP, suelen estar interesados en el tratamiento del niño.

Metz hace caso omiso de la respuesta.

—¿Ha estado Mariah White muy interesada en el tratamiento de su hija?

—Eso es lo que tengo entendido.

—¿No es cierto que la mayoría de los síntomas presentados en los casos del SMP no suelen responder al tratamiento médico convencional?

—Sí.

—¿Se han resistido las heridas de las manos de Faith White a responder a los fármacos convencionales que actúan sobre la coagulación?

—Sí.

—¿Han persistido las alucinaciones de Faith White a pesar de los fármacos antipsicóticos?

—Sí.

—¿No es cierto que los pacientes con el SMP quieren inconscientemente ser el centro de atención?

—Sí.

—¿Se presta mucha atención al caso de Faith White?

—Sí —responde el médico, suspirando.

—¿No es cierto que las madres que sufren el SMP niegan lo que hacen, ya sea porque son mentirosas patológicas o porque se disocian del comportamiento?

—Sí.

—¿Ha reconocido Mariah White que hace daño a Faith?

—No, que yo sepa.

—¿No encaja todo esto con el perfil del SMP?

—Sí —responde el médico, levantando una ceja—. Sin embargo, también encaja con el perfil de una madre que *no* ha hecho daño a su hija.

—En cualquier caso, doctor, me acaba de dar usted diez razones concretas para que este caso se parezca a un caso de síndrome de Munchausen por poderes. Si se parece a una mofeta, huele como una mofeta y actúa como una mofeta... bueno, no va a decirme que éste es un caso obvio de trastorno de somatización, ¿verdad?

—Eso es lógica engañosa —responde el doctor Fitzgerald, apretando los labios.

—Sí o no —insiste Metz, moviendo la cabeza.

—No.

—¿Y entonces qué nos queda?

El psiquiatra mira al abogado directamente a los ojos.

—Si no se trata de un trastorno de somatización, supongo que siempre podría tratarse de una niña de siete años que ve a Dios —responde, sonriendo lentamente.

Diecisiete

La mujer, en el mejor de los casos, es una contradicción.

ALEXANDER POPE

6 de diciembre de 1999

—¡Ha sido increíble! —le digo a Joan, feliz.

Siento cómo bulle en mi interior. Abrazo a Joan con fuerza.

—¿Dónde has encontrado al doctor Fitzgerald?

—En Internet —responde, mirándome con cuidado.

Bueno, la verdad es que no me importa dónde lo ha encontrado; como si lo ha encontrado debajo de una piedra. Este psiquiatra no sólo ha sentado las bases de una explicación alternativa de los síntomas de Faith, sino que también se ha enfrentado a Malcolm Metz y le ha ganado.

—Gracias. El viernes estabas tan preocupada por lo del síndrome sorpresa que no pensé que pudieras desarrollar una estrategia de defensa tan buena y tan rápidamente.

—No lo he hecho yo, así que no me des las gracias a mí.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, sonriendo con vacilación.

—No tengo ni el equipo ni los recursos que tiene Metz, Mariah. En circunstancias normales, no habría podido ayudarte. Habría entrado en la sala esta mañana guiada únicamente por mi instinto. Sin embargo, Ian Fletcher se

ha pasado todo el fin de semana en mi oficina: ha encontrado al doctor Fitzgerald, le ha escrito varios correos electrónicos y ha estado cavilando sobre esta defensa.

—¿Ian?

—Lo ha hecho por ti —responde Joan prosaicamente—. Haría cualquier cosa por ti.

La tribuna de los testigos es un lugar pequeño. Te sientes rodeado. Transmiten todo lo que dices a través de un micrófono. La silla es tan incómoda que lo único que puedes hacer es sentarte erguido y mirar a la gente que está en la galería directamente a los ojos. Empieza a latirme el corazón en el pecho como si fuera una luciérnaga atrapada en un tarro, y de repente entiendo por qué se lo llama *juicio*.

Joan clava los tacones en el suelo de madera.

—¿Podría decir su nombre en voz alta para que conste en acta?

Me acerco el micrófono con cuello de cisne a los labios.

—Mariah White.

—¿Qué relación tiene con Faith White?

—Soy su madre.

Esta palabra es como un bálsamo; se desliza entre mis labios y me llega a la garganta, al estómago.

—¿Puede decirnos cómo se encuentra hoy, Mariah?

—En realidad, me siento muy bien —respondo, sonriendo al oír la pregunta.

—¿Por qué?

—Porque mi hija ha salido del hospital.

—Tengo entendido que ha estado muy enferma este fin de semana, ¿verdad? —pregunta Joan.

Por supuesto, Joan sabe que Faith ha estado enferma; la ha visto varias veces. Esta formalidad me parece ridícula. ¿Por qué tengo que caminar por el arduo camino de las teorías y las hipótesis cuando podría dirigirme a la galería, abrazar a Faith y acabar con esto de una vez?

—Sí —me limito a responder—. Sufrió dos paros cardíacos y entró en

coma.

—Sin embargo, ya ha salido del hospital, ¿verdad?

—Le dieron el alta el domingo por la tarde, y está muy bien —digo, mirando a Faith.

Aunque sé que va contra las normas, le guiño el ojo.

—El señor Metz afirma que usted sufre el síndrome de Munchausen por poderes. ¿Entiende lo que significa eso?

—Que le estoy haciendo daño —respondo, tragando con fuerza—. Que hago que enferme.

—¿Es consciente, Mariah, de que dos expertos han afirmado en este tribunal que la mejor manera de determinar el síndrome de Munchausen por poderes es mantener a la madre alejada del niño para ver si la criatura mejora?

—Sí.

—¿Podía ver a Faith este fin de semana?

—No —reconozco—. Una orden de alejamiento me lo impedía. No podía estar en contacto con ella.

—¿Qué le ocurrió a Faith entre el jueves y el domingo?

—No dejaba de empeorar. El sábado, a medianoche, los médicos dijeron que no sabían si sobreviviría.

—¿Cómo lo sabe, si no estaba allí? —pregunta Joan, frunciendo el ceño.

—Mi madre me llamó; y también Kenzie van der Hoven. Ambas estuvieron con Faith mucho tiempo.

—Así que desde el jueves por la noche hasta el domingo por la mañana Faith empeoró, hasta tal punto que estaba en coma y se debatía entre la vida y la muerte. Sin embargo, hoy está sana y aquí presente. Mariah, ¿dónde estuvo usted desde las dos de la madrugada del domingo hasta las cuatro de la tarde de ese mismo día?

Miro a Joan directamente a los ojos, como hemos practicado.

—Estuve en el hospital con Faith.

—¡Protesto! —grita Metz, levantándose y señalándome con el dedo—. ¡Esto es un desacato a los tribunales!

—Acérquense.

No tendría que poder oír su conversación, pero están tan enfadados que

gritan.

—¡Ha incumplido una orden de alejamiento! —dice Metz—. ¡Quiero una vista sobre este asunto hoy mismo!

—Por el amor de Dios, Malcolm. Su hija se estaba *muriendo* —explica Joan, dirigiéndose ahora al juez—. Sin embargo, luego apareció y no murió, ¿no? Señoría, esta declaración demuestra mi teoría.

El juez me mira.

—Quiero saber adónde quiere llegar —dice en voz baja—. Señora Standish, puede continuar; hablaremos del incumplimiento de la orden de alejamiento más tarde.

—¿Qué ocurrió cuando usted llegó al hospital? —pregunta Joan, dirigiéndose a mí de nuevo.

Pienso en el momento en el que vi a Faith, conectada a las máquinas y los tubos.

—Me senté a su lado y empecé a hablarle. La máquina que estaba conectada a su corazón empezó a sonar, y una enfermera dijo que tenía que llamar al médico. Cuando abandonó la habitación, Faith abrió los ojos.

Pienso en cómo se le sonrojaron las mejillas cuando le retiraron el tubo de la garganta y en su voz cuando me llamó, que sonó a hojas quebradizas.

—Los médicos empezaron a hacerle pruebas. Todo, el corazón, los riñones, e incluso sus manos, había vuelto a la normalidad. Fue... bueno, fue sorprendente.

—¿Tuvo este episodio una explicación clínica?

—¡Protesto! —dice Metz—. ¿Acaso la testigo ha estudiado medicina?

—Protesta denegada.

—Los médicos me comentaron que a veces la presencia de un miembro de la familia actúa de catalizador con los pacientes comatosos —respondo—. Sin embargo, también me explicaron que sólo habían visto una recuperación tan espectacular con anterioridad.

—¿Cuándo fue?

—Cuando mi madre resucitó.

—Debe de ser cosa de familia —comenta Joan, sonriendo—. ¿Presenció alguien más esta recuperación extraordinaria?

—Sí. Había dos médicos y seis enfermeras. También estaba mi madre y la

tutora *ad litem*.

—Todos están en mi lista de testigos, Señoría, por si el señor Metz necesita hablar con ellos.

Sin embargo, Joan ya me ha explicado que no lo hará, porque a Metz no le ayudará tener a ocho personas declarando que ocurrió un milagro.

—Mariah, en esta sala han dicho varias cosas sobre usted; quizá el juez quiera escuchar su versión de los hechos. Empecemos con su hospitalización hace siete años. ¿Podría decirnos algo al respecto?

Joan me ha entrenado. Hemos ensayado estas preguntas hasta el amanecer. Sé lo que tengo que decir, lo que quiere comunicarle al *juez*. En resumen, estoy preparada para todo lo que está a punto de ocurrir; sin embargo, no sabía cómo me sentiría al contar mi historia delante de toda esa gente.

—Estaba muy enamorada de mi marido —empiezo, tal como hemos practicado—. Y lo encontré en la cama con otra mujer. Me rompió el corazón, pero Colin decidió que lo que se tenía que arreglar era mi cabeza.

Me muevo en la silla para mirarlo directamente a los ojos.

—Era obvio que Colin no me quería. Me deprimí mucho y pensé que no podría vivir sin él, que no *quería* vivir sin él —explico, respirando profundamente—. Cuando estás deprimido, no prestas atención al mundo que te rodea. No quieres ver a nadie. Hay cosas que quieres decir, cosas ciertas, sinceras, pero están tan profundamente enterradas que te cuesta demasiado sacarlas a la superficie.

Ablando mi expresión facial.

—No creo que Colin sea un tirano por internarme. Seguramente estaba aterrorizado, pero ojalá hubiera hablado conmigo antes. Quizá, aunque no hubiera sido capaz de decirle lo que quería, me habría gustado saber que estaba intentando escucharme. Luego, de repente, me encontré en Greenhaven, y estaba embarazada. Aún no se lo había dicho a Colin y se convirtió en mi secreto —digo, ahora mirando al juez—. Seguramente no sepa lo que es estar en un lugar en el que perteneces a todo el mundo. La gente te dice lo que tienes que comer y beber, cuándo tienes que levantarte y acostarte, te pincha con agujas y te mete en sesiones de terapia. Mi cuerpo y mi mente les pertenecía pero, por un tiempo, ese bebé fue mío. Por supuesto, al final mi embarazo quedó reflejado en los análisis de sangre y los médicos me dijeron que a pesar

de mi estado tenía que continuar con mi medicación. Dijeron que al bebé no le serviría de mucho si me suicidaba antes de dar a luz, así que les permití que me atiborrasen de fármacos, hasta que no me importó el riesgo que comportaba para el bebé, hasta que no me importó nada. Después de salir de Greenhaven, empecé a sentir pánico por lo que le había hecho al bebé al intentar salvarme. Hice un trato conmigo misma: podía no ser una esposa perfecta, pero tenía que ser una madre perfecta.

Joan cruza su mirada con la mía.

—¿Ha sido una madre perfecta?

Sé lo que se supone que tengo que decir: sí, tan perfecta como he podido. Nos reímos porque parecía un viejo lema del ejército, pero ni Joan ni yo pudimos encontrar una respuesta mejor. Sin embargo, ahora que estoy aquí, sé que no me saldrán esas palabras. Miro hacia abajo y lo único que se me ocurre es la verdad.

—No —susurro.

—¿Cómo?

Intento no mirar la expresión de enojo de Joan.

—He dicho que no. Después de tener a Faith, íbamos a los parques y observaba a las otras madres. Podían con los biberones, el cochecito y el bebé sin ningún esfuerzo. Sin embargo, yo me olvidaba de su comida cuando iba al colegio, o tiraba un trozo de papel garabateado que se suponía que era una tarjeta del día de San Valentín. Son cosas que seguramente hayan hecho todas las madres, pero a mí me hacían pensar que yo no era tan buena como las demás.

Joan me interrumpe con una pregunta discreta.

—¿Por qué es tan importante para usted ser perfecta?

Dicen que hay momentos que revelan tu vida del mismo modo que se revela el interior de una nuez partida, que cambian tu punto de vista de tal manera que nunca vuelves a ver las cosas de la misma forma. Mientras concibo la respuesta en mi boca, me doy cuenta de que se trata de algo que siempre he sabido, pero nunca había entendido.

—Porque sé lo que es no ser suficientemente buena —digo en voz baja—. Por este motivo perdí a Colin, y no quiero tener que pasar por eso nunca más en mi vida.

Entrecruzo los dedos sobre mi regazo.

—¿Sabe? Si soy la mejor madre, Faith no querrá buscar a otra persona.

Percatándose de que quiero salir de esa situación, y rápidamente, Joan me echa un cabo de salvamento.

—¿Podría decirnos lo que ocurrió la tarde del diez de agosto?

—Estaba en casa de mi madre con Faith —relato, agradecida de perderme en los detalles—. Tenía que ir a clase de *ballet*, pero me di cuenta de que se había olvidado las mallas, así que dimos media vuelta y al llegar a casa encontramos el coche de Colin en la entrada. Había estado fuera de viaje de negocios, así que entramos para saludarlo. Faith subió corriendo por las escaleras primero, y encontró a Colin en el dormitorio, preparándose para ducharse. Entré para decirle a Faith que se diera prisa en coger la malla y luego se abrió la puerta del cuarto de baño y... Jessica salió envuelta en una toalla.

—¿Qué dijo Colin?

—Salió corriendo detrás de Faith. Más tarde me dijo que hacía unos meses que salía con Jessica.

—¿Qué ocurrió luego?

—Se marchó. Llamé a mi madre. Me sentía abatida, me hundía con rapidez, pero esta vez no estaba sola. Sabía que ella cuidaría de Faith por mí mientras intentaba rehacerme.

—Así pues, aunque estaba disgustada, se encontraba con fuerzas para asegurarse de que Faith estuviera cuidada.

—Sí —respondo, sonriendo fugazmente.

—¿Qué más hizo después de que Colin se marchó?

—Bueno, hablé con el doctor Johansen para que volviera a recetarme Prozac.

—Entiendo —dice Joan—. ¿Continuó con su medicación para controlar sus emociones?

—Sí, así es. La medicación me ayudó a enfrentarme a la situación.

—¿Cómo reaccionó Faith ante tanto trastorno?

—Estaba muy distante. No quería hablar. Luego, de repente, apareció una amiga imaginaria. Empecé a llevarla a la doctora Keller.

—¿Le preocupaba su amiga imaginaria?

—Sí. No era sólo una amiga con quien jugar. De repente, Faith empezó a decir cosas que no tenían sentido. Citaba versículos de la Biblia. Mencionó un secreto de mi infancia del que nunca he hablado con nadie. Además, luego, aunque parezca de locos, resucitó a su abuela.

En la mesa del demandante, Malcolm Metz tose.

—¿Y después?

—Se publicaron unos cuantos artículos en la prensa local —explico—. Ian Fletcher apareció, junto con una secta, y luego unos diez reporteros más de televisión. Luego Faith curó a un bebé que tenía el sida, llegaron más reporteros y más gente que quería tocar a Faith, o rezar con ella.

—¿Cómo se sintió al respecto?

—Fatal —respondo en el acto—. Faith tiene siete años. No podía salir y jugar sin que la acosaran. Se mofaban de ella en el colegio, así que decidí no llevarla más y empezamos a dar clases en casa.

—Mariah, ¿alentó a Faith de algún modo para que tuviera alucinaciones sobre Dios?

—¿Yo? Colin y yo éramos un matrimonio de religión mixta. Ni siquiera tenemos una Biblia en casa. No puedo haberle metido esa idea en la cabeza porque desconozco la mitad de las cosas que dice.

—¿Ha hecho daño alguna vez a su hija para que le sangren las manos y el costado?

—No. Yo nunca haría eso.

—¿Qué cree que le ocurriría a Faith si fuera a vivir con Colin?

—Bueno —digo lentamente—. Él la quiere. No siempre tiene en cuenta sus intereses, pero la quiere. No es Colin quien me preocupa, sino Faith. Tendría que enfrentarse a la situación de tener un nuevo hermano, y una madre que en realidad no es su madre; ahora mismo no creo que sea justo pedirle que cambie su mundo de nuevo.

Miro a Colin y frunzo el ceño.

—Faith obra milagros. Alejarla de mí no lo cambiará. Tampoco cambiará el hecho de que vaya donde vaya la gente querrá seguirla o conseguir algo suyo.

Siento cómo la mirada de mi hija recae sobre mí, como el sol cuando te toca la coronilla al salir a la calle.

—No puedo decirle por qué Faith es como es —concluyo en voz baja—. Pero es así. Tampoco puedo decirle por qué me merezco vivir con ella. Pero me lo merezco.

A Metz le gustar llamarlo su ataque «serpiente en la jungla». Con una testigo como Mariah White, tiene dos posibilidades: puede salir y apalearla desde el principio, convirtiéndola en víctima de su propia confusión, o puede parecer agradable y plantearle preguntas amablemente y luego, cuando menos se lo espera, atacarla mortalmente. Lo más importante es hacer que Mariah dude de sí misma, y que lo reconozca; es su talón de Aquiles.

—Debe de estar cansada de hablar de esta depresión de hace siete años.

Mariah le sonrío un poco, educadamente.

—Supongo.

—¿Fue ésa la primera vez en su vida que estuvo tan enferma?

—Sí.

La voz de Metz rezuma compasión.

—Ha sufrido otras depresiones repetidamente desde entonces, ¿verdad?

—No.

—Sin embargo, se ha estado medicando —la reprende Metz, como si no hubiera respondido correctamente.

Mariah parece confusa por un momento, y por dentro Metz sonrío.

—Bueno, sí. Eso ha sido lo que ha evitado que volviera a deprimirme.

—¿Qué fármacos toma usted ahora?

—Prozac.

—¿Se lo recetaron para aliviar los cambios de humor bruscos?

—No tengo cambios de humor bruscos. Sufro depresión.

—¿Recuerda la noche que intentó suicidarse, señora White?

—En realidad, no. En Greenhaven me dijeron que probablemente lo había apartado de mi mente.

—¿Está deprimida ahora mismo?

—No.

—Si no estuviera tomando la medicación, seguramente estaría muy deprimida.

—No lo sé —contesta Mariah con evasivas.

—¿Sabe? He leído que en algunos casos la gente que tomaba Prozac

perdía la cordura. Se vuelve loca e intenta suicidarse. ¿Le preocupa que esto pueda ocurrirle a usted?

—No —dice Mariah, mirando a Joan un poco nerviosa.

—¿Recuerda haber enloquecido mientras tomaba Prozac?

—No.

—¿O hacer daño a alguien mientras tomaba Prozac?

—No.

—¿O reaccionar de forma violenta?

—No.

—¿No? ¿Diría entonces que se considera una persona emocionalmente estable? —pregunta Metz, levantando las cejas.

—Sí —responde Mariah, asintiendo con fuerza.

Metz se dirige hacia la mesa del demandante y coge una pequeña cinta de vídeo.

—Me gustaría presentar la siguiente cinta como prueba.

Joan ya está en pie, acercándose al estrado.

—No puede dejarlo hacer eso, Señoría. Se está sacando una prueba de la manga. Tengo que conocer las pruebas de antemano.

—Señoría —responde Metz—. Ha sido la señora Standish quien ha sacado el tema de lo estable que es la señora White bajo la influencia del Prozac durante su interrogatorio.

El juez Rothbottam coge la cinta de las manos de Metz.

—Miraré la cinta en mi despacho y tomaré una decisión. Hagamos un breve descanso.

Los abogados se dirigen a sus asientos. En el estrado, sin saber lo que está ocurriendo, Mariah está paralizada, hasta que Joan se da cuenta de que está en un apuro y se acerca tranquilamente a la tribuna de los testigos para ayudarla a bajar.

—¿Qué hay en la cinta, Mariah? —me pregunta Joan en cuanto nos hemos sentado a la mesa de la defensa.

—No lo sé, de verdad.

Aunque en la sala de audiencia hace frío, noto cómo las gotas de sudor me

resbalan entre los pechos y por la espalda.

El juez entra por una puerta lateral, se sienta en la silla y me pide que vuelva al estrado. Por el rabillo del ojo, veo al alguacil empujando un carrito con un televisor y un vídeo.

—Mierda —murmura Joan.

—Permitiré que la cinta conste como prueba —dice Rothbottam.

Metz continúa con el proceso y luego se dirige a mí.

—Señora White, voy a ponerle esta cinta.

Le da al botón de *play* y me muerdo el labio. La pequeña pantalla se llena con una imagen de mí arremetiendo contra el cámara de tal manera que mis rasgos se extienden y quedan borrosos. Estoy gritando tanto que las palabras no han quedado grabadas, y luego levanto la mano, obviamente queriendo pegar a la persona que ha estado filmando.

A continuación, la cámara se mueve de un lado a otro violentamente, tomando una panorámica y enfocando brevemente a Faith, muerta de miedo en un rincón; a mi madre en una camilla del hospital; a Ian y a su productor.

Es la cinta de la prueba de esfuerzo, las imágenes que Ian había dicho que no utilizaría.

Me ha mentido de nuevo. Miro hacia la galería, buscándolo con los ojos hasta que lo encuentro; está sentado tan inmóvil y tan pálido como yo debo de estar.

La única forma de que esta cinta haya podido llegar a las manos de Metz es, de algún modo, a través de Ian. Sin embargo, él parece tan sorprendido de que haya salido a la luz en el tribunal como yo.

Antes de que pueda considerar la idea, Metz empieza a hablar.

—Señora White, ¿recuerda este incidente?

—Sí.

—¿Podría hablarnos del día que filmaron esta cinta?

—A mi madre le hacían una prueba de esfuerzo después de haber resucitado. El señor Fletcher tenía permiso para filmarla.

—¿Qué ocurrió?

—Me había prometido que no filmarían a mi hija, y cuando lo hicieron... reaccioné.

—Reaccionó. Vaya. ¿Lo hace a menudo?

—Estaba intentando proteger a Faith y...

—Con un simple sí o no basta, señora White.

—No —digo, tragando saliva con fuerza—. Al contrario; diría que normalmente pienso demasiado las cosas antes de actuar.

Metz camina por la sala.

—¿Diría que esta cinta la muestra como «una persona emocionalmente estable»?

Dudo mientras escojo mis palabras con cuidado.

—No es uno de mis mejores momentos, señor Metz. Sin embargo, en general soy una persona emocionalmente estable.

—¿En general? ¿Y qué me dice de esos extraños accesos de furia? ¿Es entonces cuando hace daño físicamente a su hija?

—No hago daño a Faith. Jamás le he hecho daño.

—Señora White, usted misma ha dicho que es una mujer emocionalmente estable; sin embargo, esta cinta sin duda desmiente su afirmación. Así pues, nos ha mentado estando bajo juramento, ¿verdad?

—No...

—Vamos, señora White...

—¡Protesto! —grita Joan.

—Se acepta la protesta. Ya lo hemos entendido, letrado.

—¿Dice que jamás haría daño físicamente a su hija? —me pregunta Metz, sonriendo.

—De ninguna manera.

—¿Tampoco le haría daño psicológicamente?

—Tampoco.

—Es una mujer inteligente y ha podido seguir las declaraciones que se han hecho en esta sala, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Así pues, si tuviera el síndrome de Munchausen por poderes y yo la acusara de hacer daño a su hija, ¿qué me diría?

Lo miro fijamente y siento cómo me arde la bilis en la garganta.

—Que no lo hice.

—Y estaría mintiendo, como ha mentado cuando ha dicho que es emocionalmente estable, como ha mentado cuando ha dicho que protege a

Faith.

—No miento, señor Metz —digo, luchando para mantener el control—. No miento. He protegido a Faith. Eso es lo que me ha visto hacer en el vídeo; de una forma primitiva, quizá, pero la estaba protegiendo. Por este motivo dejé de llevarla al colegio cuando los otros niños empezaron a mofarse de ella. Por este motivo me la llevé, en secreto, antes de que empezara esta vista.

—Ah, sí. Se fue a hurtadillas. Hablemos de eso. Desapareció la noche después de que su marido le informó de que presentaría una demanda para cambiar la custodia, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces tuvo la desgracia de descubrir que su gran fuga no era tan grande después de todo. Ian Fletcher la había seguido. Ya hemos demostrado que el señor Fletcher ha sido menos que sincero en el estrado, y ahora hemos visto que usted también nos ha mentado. Quizá quisiera explicarnos, sinceramente, para variar, lo que ocurrió en Kansas City.

¿Qué ocurrió en Kansas City?

Ian sabe que ahora Mariah puede vengarse. Primero el incidente de McManus, y ahora el vídeo; a pesar de que no ha tenido nada que ver con esto último, no va a ablandar el corazón de Mariah. Además, la mejor manera de recuperar su credibilidad es demostrar que Faith es una verdadera sanadora con una prueba que está relacionada con la historia del hermano de Ian.

Ojo por ojo. Al oírse decir esto, Ian casi se ríe. Es realmente irónico que lo derribe la justicia bíblica precisamente a él. Sin embargo, del mismo modo que él explotó la intimidad de Mariah, ahora ella tiene la oportunidad de desvelar la suya.

Ian se agarra con las manos al asiento de madera y se prepara para el día del Juicio Final.

¿Qué ocurrió en Kansas City?

Malcolm Metz está justo delante de mí. A su derecha, sé que Joan está intentando que la mire desesperadamente para indicarme que no diga nada estúpido. Sin embargo, a la única persona a quien puedo ver es a Ian, clavado en su asiento en medio de la galería de la sala de audiencia.

Pienso en el doctor Fitzgerald y en su declaración. En Joan dirigiéndose a su oficina y encontrándose a Ian, esperándola, listo para ser su ayudante. En la mirada de Ian cuando Allen McManus subió al estrado, cuando esa horrible cinta empezó a mostrar imágenes.

No es perfecto, pero yo tampoco lo soy.

Miro a Ian, preguntándome si puede adivinar lo que estoy pensando. Luego me dirijo a Malcolm Metz.

—Nada en absoluto —respondo.

La muy zorra está mintiendo. Lo lleva escrito en la cara. Metz apostaría los ahorros de su vida a que, de algún modo, la llegada de Fletcher a Kansas City está relacionada con la prueba directa de que todo el alboroto que se ha formado alrededor de Faith es sólo eso, un alboroto, y que por consiguiente las alucinaciones milagrosas y las heridas físicas en realidad están provocadas por Mariah. Fletcher ha mantenido el pico cerrado porque no quiere revelar su gran historia; Mariah está callada porque de lo contrario su credibilidad quedaría por los suelos. Sin embargo, no puede hacer mucho más que acusarla de inventarse su declaración de nuevo.

Metz se toma un momento para serenarse.

—Quiere a su hija, ¿no es así?

—Sí.

—¿Haría cualquier cosa por su hija?

—Sí.

—¿Daría su vida por ella?

Metz casi la ve imaginándose a Faith en esa penosa cama de hospital.

—Sí.

—¿Daría su custodia por ella?

—No lo entiendo —dice Mariah, vacilando.

—Lo que quiero decir, señora White, es si dejaría que Faith se marchara con Colin si una serie de expertos demostrara que él es mejor progenitor para Faith.

Mariah frunce el ceño y luego mira a Colin. Al cabo de un rato mira al abogado de nuevo.

—Sí.

—No tengo más preguntas.

Furiosa, Joan pide permiso para interrogarme de nuevo.

—Mariah —dice—. Primero quiero volver al tema de las imágenes de la cinta. ¿Podría decirnos qué había ocurrido antes del arrebató que hemos visto en ella?

—Ian Fletcher me había jurado que no filmaría a Faith. Era la condición para que pudiera grabar la prueba de esfuerzo de mi madre. Cuando me volví un momento, su cámara estaba centrándose en Faith, y me interpuse entre ella y el objetivo.

—¿Qué le pasó por la cabeza en ese momento?

—Que no filmara a Faith. Lo último que quería era que más medios se interesaran por ella. Es sólo una niña pequeña; debería poder vivir como tal.

—¿Piensa que estaba emocionalmente inestable en aquel momento?

—No. Tenía una idea fija. Sólo quería que Faith estuviera a salvo.

—Gracias —dice Joan—. Ahora me gustaría que considerara de nuevo la pregunta final del señor Metz. Si viviera con Colin, Faith estaría en un nuevo entorno. Viviría con la mujer a quien ha pillado en una situación comprometida con su padre. Habría un nuevo hermano en camino. No estaría en un entorno conocido. Por no hablar del hecho de que todos los seguidores que ahora están en el jardín de su casa probablemente cruzarían el pueblo para instalarse en su nuevo hogar. ¿Le parece una descripción precisa de la situación?

—Sí —dice Mariah.

—Bien. Durante este juicio, ¿la ha convencido Colin de que es mejor progenitor que usted para Faith?

—No —responde Mariah, confundida.

—¿La ha convencido el doctor Orlitz, el psiquiatra nombrado por el

Estado, de que Colin es mejor progenitor que usted para Faith?

—No —dice un poco más alto.

—¿La ha convencido la doctora DeSantis, la psiquiatra particular del demandante, de que Colin es mejor progenitor que usted para Faith?

—No.

—¿Y qué me dice de Allen McManus?

—No.

—¿Y el señor Fletcher?

—No.

—¿Y qué me dice del doctor Birch? ¿La ha convencido él de que Colin es mejor progenitor que usted para Faith?

Mariah sonrío a Joan y se acerca un poco más el micrófono. Su voz es fuerte y segura.

—No. No lo ha hecho.

Después de la intervención de la defensa, el juez anuncia un descanso. Espero en la pequeña sala de conferencias que Joan y yo hemos estado utilizando, y al cabo de un par de minutos la puerta se abre y entra Ian.

—Joan me ha dicho que te encontraría aquí —dice en voz baja.

—Le he pedido yo que te lo dijera.

Parece que Ian no sabe cómo reaccionar.

—Gracias por encontrar al doctor Fitzgerald.

—Pensé que te lo debía —responde Ian, encogiéndose de hombros.

—No me debías nada.

Separándome de la mesa, me levanto y camino hacia él. Tiene las manos hundidas en los bolsillos, como si le asustara tocarme.

—Quizá yo también debería darte las gracias —murmura—. Por lo que no has dicho.

Muevo la cabeza. A veces las palabras sobran. El silencio entre nosotros es tan vasto como un océano, pero consigo atravesarlo para rodearlo con mis brazos.

Une sus manos detrás de mi espalda; al sentir su respiración se me eriza el pelo de la nuca. Estará conmigo. Ahora mismo, eso me basta.

—Mariah —dice—. Quizá tú seas mi religión.

El juez llama a la tutora *ad litem* al estrado.

—Los abogados y yo hemos leído su informe. ¿Quiere añadir algo más?

—Sí, quiero —responde Kenzie, asintiendo enérgicamente—. Pienso que el tribunal debe saber que yo permití que Mariah White entrara en el centro médico a las dos de la madrugada del domingo.

En la mesa del demandante, Metz se queda boquiabierto. Joan mira su regazo. El juez le pide a Kenzie que se explique.

—Señoría, sé que puede detenerme por desacato a los tribunales y mandarme a la cárcel. Sin embargo, antes de que lo haga, me gustaría que me escuchara, porque me he encariñado con la niña de este caso, y no quiero que se cometa un error.

—Continúe —señala el juez, mirándola con cautela.

—Como sabe, ya he mandado mi informe. Hablé con mucha gente y en un principio concluí que si la vida de la niña podía correr peligro lo mejor era alejarla de dicha situación. Así pues, en el informe que sostiene en la mano, recomiendo que la custodia se conceda al padre.

Metz da una palmada en la espalda de su cliente y sonríe.

—Sin embargo, el sábado por la noche tomé una decisión, después de que un médico le dijo a la señora Epstein que Faith podía morir. Pensé que el sistema de justicia americano no tenía derecho a impedir que una madre diera el último adiós a su hija, así que llamé a la señora White y le dije que acudiera al hospital. Pensé, Señoría, que simplemente estaba siendo amable... y que mi informe hablaría por sí solo. Sin embargo, ocurrió algo —explica Kenzie, moviendo la cabeza—. Ojalá pudiera explicarlo, de veras. Lo único que sé es que vi, con mis propios ojos, cómo una niña que estaba en coma y debatiéndose entre la vida y la muerte se recuperó de golpe cuando su madre acudió a su lado.

Duda un momento.

—La sala de audiencia no es un lugar para observaciones personales, Señoría, pero quiero compartir con ustedes una historia porque es pertinente a mi decisión. Mis tatarabuelos estuvieron casados sesenta y dos años. Mi tatarabuelo murió de un derrame cerebral, y mi tatarabuela, que estaba perfectamente sana, murió dos años más tarde. En mi familia siempre decimos

que la abuela murió porque le habían roto el corazón. Quizá no sea médicamente preciso... pero los médicos se concentran en los cuerpos de las personas, no en sus emociones. Si es posible morir de pena, juez Rothbottam, ¿por qué diablos no iba a curarse una persona de alegría? —dice Kenzie, inclinándose hacia adelante—. Señoría, hace diez años, antes de ser tutora *ad litem*, era abogada y pienso bastante en términos jurídicos. He intentado abordar el tema desde un punto de vista racional, pero no funciona. Unos me han contado cosas sobre visiones, estatuas que lloran y el dolor de la pasión de Cristo. Otros me han contado cosas sobre engaños religiosos. He visto cómo gente muy enferma se curaba del todo después de rozar a Faith en el ascensor del hospital. He presenciado muchísimas cosas inexplicables últimamente, pero nada que me indique que Mariah White esté haciendo daño a Faith. De hecho, creo que le salvó la vida. Apartar a esa niña de la influencia de su madre no la va a ayudar.

Se aclara la garganta.

—Lo siento, Señoría, pero me gustaría que hiciera caso omiso de mi informe.

La sala de tribunal estalla en confusión. Malcolm Metz susurra furioso a Colin. El juez se pasa la mano por la cara.

—Señoría —dice Metz, levantándose—. Me gustaría poder acabar con un resumen final.

—¿Sabe, señor Metz? Estoy seguro de que le gustaría —dice Rothbottam, suspirando—. Sin embargo, no es a usted a quien quiero escuchar. Ya lo he escuchado, tanto a usted como a la señora Standish, y a la señora Van der Hoven, y no sé qué diablos creer. Necesito una pausa para almorzar, y me gustaría estar con Faith.

Mariah mira a su hija. Tiene los ojos abiertos por la sorpresa y la confusión.

—¿Qué me dices? —pregunta el juez Rothbottam, bajando del estrado y dirigiéndose a la galería—. ¿Te gustaría almorzar conmigo, Faith?

Faith mira a su madre, que asiente imperceptiblemente. El juez le tiende la mano. Faith se la coge y sale de la sala a su lado.

A Faith le gusta la silla del juez. Da vueltas y vueltas, más rápido que la de la oficina de su padre. También le gusta la música que pone. Faith mira la colección de CD que hay en el estante.

—¿Tienes cosas de Disney?

El juez Rothbottam coge un CD, lo introduce en el dispositivo y los compases de la grabación en directo de Broadway de *El Rey León* inundan la habitación. Al quitarse la toga, Faith da un grito ahogado de asombro.

—¿Qué ocurre? —le pregunta.

Mira hacia abajo, sintiendo cómo se le encienden las mejillas, como cuando la pillan cogiendo un pastelillo de chocolate y nueces antes de cenar.

—No sabía que llevabas ropa debajo.

Al oír la respuesta, el juez se ríe.

—La última vez, lo comprobé —dice, sentándose delante de ella—. Me alegro de que estés mejor.

Faith asiente delante del bocadillo de pavo que le ha colocado sobre el enorme escritorio.

—Yo también.

—Faith, ¿con quién quieres vivir? —pregunta el juez, acercando la silla.

—Quiero que estén juntos —responde—. Aunque supongo que eso no puede ser, ¿no?

—No —responde el juez Rothbottam, observándola—. ¿Te habla Dios, Faith?

—Sí.

—¿Sabes que hay mucha gente interesada en ti por eso?

—Sí.

—¿Cómo sé que me dices la verdad? —pregunta el juez, dudando.

—Cuando estás en el tribunal, ¿cómo lo sabes? —dice Faith, mirándolo fijamente.

—Bueno, la gente jura que dice la verdad. Sobre la Biblia.

—Si no estuviera diciendo la verdad... ¿no estarían diciendo sólo palabras sobre un libro?

El juez sonrío. No hace falta preguntarse si Dios está en la sala de

audiencia o no; siempre está ahí.

Sin embargo, el Dios de Faith, según los medios, es una mujer.

—Durante muchos años la gente ha pensado que Dios es un hombre — señala.

—Mi profesora de primero nos contaba que hace tiempo la gente creía muchas cosas porque había muchas cosas que no sabían; creían que no debías bañarte porque podías enfermarse, y luego alguien vio gérmenes bajo un microscopio y empezó a pensar de forma distinta. Puedes creer algo de verdad y aun así equivocarte —explica Faith.

Rothbottam la mira fijamente y se pregunta si esa niña no es una profeta después de todo.

El juez Rothbottam se coloca las gafas sobre la nariz y mira al demandante, a la demandada y a la galería llena de reporteros.

—Me levanté hace unos días y les dije que en un juicio sólo hay un Dios, que es el juez. Una jovencita muy sabia me ha recordado que eso no es necesariamente cierto —empieza el juez, sosteniendo una Biblia—. Como señaló el señor Fletcher tan elocuentemente durante su juramento, en un tribunal aún contamos con los convencionalismos, sin reparar en las tendencias religiosas. Bien, no estoy aquí para hablarles de tendencias religiosas. Estoy aquí para hablarles de Faith White. Los dos temas están relacionados, pero no se excluyen mutuamente. En mi opinión, se han tratado dos temas: ¿le habla Dios a Faith? ¿Y hace daño Mariah White a su hija?

Se reclina en su silla y junta las manos sobre el estómago.

—Empezaré con la segunda pregunta. Entiendo por qué está preocupado el padre de Faith. Yo también lo estaría. He oído cosas sorprendentes del señor Metz y todos sus expertos, y de la señora Standish y sus expertos, e incluso de la tutora *ad litem* nombrada para este caso. Sin embargo, no creo que Mariah White sea capaz de hacerle daño a su hija, ni intencionadamente ni sin querer.

En la galería se oyen gritos ahogados de asombro, y el juez se aclara la garganta.

—Bien... en cuanto a la primera pregunta. Todos acudimos a esta sala, incluido yo, preguntándonos si esta niña podía obrar milagros de verdad. Sin

embargo, el trabajo de este tribunal no es preguntarse si las visiones y las heridas de las manos de Faith son de origen divino. No deberíamos preguntarnos si es judía, cristiana o musulmana; si es el Mesías o el Anticristo. Tampoco deberíamos preguntarnos si Dios tiene algo importante que contarle a una niña de siete años. Lo que este tribunal debe preguntarse, y responder, es lo siguiente: ¿quién escuchó a esta niña de siete años cuando tuvo algo importante que decir? —explica el juez Rothbottam, cerrando el expediente que tiene abierto delante de él—. Basándome en todas las declaraciones que he escuchado, creo que Mariah White fue la única que aguzó el oído.

Dieciocho

*Porque donde esté vuestro tesoro,
allí estará también vuestro corazón.*

MATEO 6,21

6 de diciembre de 1999, a media tarde

—¿Quién diablos soy yo para decirles lo que deberían o no deberían pensar?
—pregunta Ian.

Su voz resuena entre las vigas del techo del ayuntamiento, desconcertando al pájaro del viejo nido que ha estado allí desde tiempos inmemoriales. Delante del podio improvisado, dos cámaras se mueven de un lado para otro. Un conjunto de focos y reflectores decora los lados del escenario en el que normalmente se colocan las cabinas para votar en noviembre. Agrupados y dándose empujones están los representantes de más de doscientas cadenas y periódicos.

El auditorio del ayuntamiento es el único lugar suficientemente grande en New Canaan para celebrar la rueda de prensa abierta de Ian. Anunciada dos horas antes en el vestíbulo del palacio de justicia, allí no cabe ni un alfiler. Los medios quieren oír lo que Ian Fletcher tiene que decir, ahora que la custodia finalmente está en manos de Mariah.

—¿Por qué están aquí? ¿Qué importa lo que tenga que decir? —pregunta

Ian, sonriendo.

—¿Porque nos dan café gratis? —grita un reportero del fondo.

La risa se contagia entre los representantes de los medios, e incluso Ian acaba riéndose.

—Quizá —dice, echando un vistazo a toda la multitud—. Durante años me he creado una reputación condenando a Dios y a la gente que creía en Él. He intentado ganar adeptos a mi filosofía. Sé que todos quieren saber lo que tengo que decirles sobre Faith White, pero les voy a decepcionar. Le conté la verdad al señor Metz en el estrado: en Kansas City no ocurrió nada. No voy a decir que esa niña lleva a Dios en su bolsillo trasero. Voy a decir que no es asunto mío, ni tampoco asunto suyo.

Da media vuelta.

—Menuda sorpresa, ¿no? Después de construir todo un imperio valedero sobre el ateísmo, ahora voy y digo que las creencias religiosas son un asunto privado de cada uno. Ya los veo moviendo las cabezas, diciendo que los periodistas pueden hacer que cualquier cosa sea de su incumbencia, pero no es así. Existe una diferencia entre un hecho y una opinión; un periodista lo sabe, y una religión, por muy provocadora que sea, no sólo tiene que ver con lo que cree la gente; también tiene que ver con el simple hecho de creer. Del mismo modo que tengo el derecho de salir de aquí y decir que Dios es una farsa, Faith White tiene el derecho de gritar por la ventana de su habitación que Dios está vivita y coleando. Es mi opinión contra la suya, pero en ningún lugar de esta maraña existe un hecho irrefutable. Así pues, ¿quién tiene razón? La respuesta es que... no lo sé, y no debería importarme. Mi madre me decía que no se puede cambiar lo que la gente piensa de Dios o de la política, aunque en los dos casos ha hecho sudar la gota gorda. Sin embargo, ¿saben qué? Quizá acabe viviendo al lado del papa algún día, o en la misma calle que Faith, o en una habitación de hotel al lado del Dalai Lama. Ir de puerta en puerta intentando convencerlos de que soy yo quien tiene la razón sería una pérdida de tiempo. No, puntualizo: *ha sido* una pérdida de tiempo. No tenemos que aceptar las creencias de unos y otros... sino aceptar el derecho de unos y otros a tener esas creencias.

Asiente, mirando hacia la parte trasera del auditorio.

—Bueno, como ya he anunciado se abre la veda, y cumplo lo prometido.

¿Hay alguna pregunta?

—Sí, Ian —dice un reportero del *Time*—. Éste es un discurso bonito y políticamente correcto, pero ¿qué descubrió sobre los milagros de la niña?

—Supongo, Stuart, que en realidad me está preguntando si Faith es una sanadora —aclara Ian, cruzándose de brazos.

El reportero asiente.

—Bueno, vi cosas que jamás había visto y que dudo que vuelva a ver, pero supongo que lo mismo podría decirse de sobrevivir a una guerra mundial, observar la aurora boreal o estar presente en un parto de hermanos siameses; aunque ninguna de estas cosas, por definición, es un milagro.

—¿Así que ve a Dios?

—Creo que eso tendrán que decidirlo ustedes mismos —responde Ian, negando con la cabeza—. Para algunas personas, Faith dice la verdad, y para otras, es una mentirosa redomada.

Se encoge de hombros, para concluir de manera eficaz su comentario.

—A mí me parece que está respondiendo con evasivas —dice una reportera en primera fila.

—Pues mala suerte —señala Ian, mirándola—. Les estoy dando mi opinión, pero quizá no quieran escuchar lo que tengo que decir.

—¿Desaparecerá Pagan Productions? —grita alguien.

—Espero que no —responde Ian—. Aunque quizá tengamos que reescribir los objetivos de la empresa.

—¿Está saliendo con Mariah White?

—Bueno, Ellen —reprende Ian a la reportera del *Washington Post*—. Si estoy aquí subido arriesgándome y diciéndoles que Dios no es asunto de nadie más que de cada uno, ¿qué cree que le voy a decir sobre una relación personal?

Mira hacia la parte trasera de la muchedumbre y finalmente señala a un joven que lleva una gorra de béisbol de CBS News.

—Dígame.

—Señor Fletcher, si no va a contarle a la gente que lo de Dios es una sandez, ¿qué hará?

—Pues no lo sé. ¿Quiere contratarme alguien? —pregunta, sonriendo.

—Deja que te invite a cenar —digo impulsivamente.

Sin embargo, Joan niega con la cabeza.

—No. Creo que tienes que asistir a tu propia fiesta.

Por acuerdo tácito, deja que la acompañe hasta el coche mientras mi madre lleva a Faith al cuarto de baño.

—Tú también tendrías que estar allí.

—Yo celebro las victorias llenando la bañera de burbujas y tomándome una enorme copa de vino —apunta Joan, sonriendo.

—Pues te mandaré una botella de jabón.

—Vale —dice, riéndose.

Hemos llegado al coche. Joan mete el maletín en la parte trasera y luego se da media vuelta con los brazos cruzados.

—¿Sabes? Esto no es el final. En absoluto.

—¿Crees que Colin apelará?

Niega con la cabeza, pensando en las miles de personas que han oído hablar de Faith, que aún quieren estar con ella.

—No estoy hablando de Colin —responde.

En la Ciudad del Vaticano, el cardenal Sciorro se ha pasado la mañana organizando su escritorio en la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Coloca los decretos en archivadores formales, revisa la información de las declaraciones, amontona y organiza. Tira a la basura varios casos.

Coloca el de Faith White en el montón de los «abiertos», bajo una gran pila de otros temas que la oficina está estudiando, como hace siempre.

Entro con prisas en el palacio de justicia para encontrarme con Faith y mi madre, cuando Colin me detiene.

—¡Rye! —me dice, agarrándome por los hombros antes de que choque con él—. Hola.

Inmediatamente, siento cómo me invade una oleada de triunfo, seguida de un sentimiento de culpabilidad.

—Colin —le digo serenamente.

—Quería... quería despedirme de Faith. Si no te importa.

Se está mirando los zapatos y puedo imaginarme lo difícil que debe de ser esto para él. Me pregunto dónde estará Jessica. Me pregunto, poco caritativamente, si regresará a casa y acariciará la barriga de su nueva mujer y pensará en reemplazar a Faith.

—Claro, pero no sé dónde está.

Sin embargo, antes de que tenga ocasión de empezar a buscarla, sale corriendo de la esquina, con el vestido arremangado por el culo. Tiro de la tela y sonrío mientras le coloco el pelo detrás de la oreja.

—Papá quiere decirte adiós.

Su expresión se desmorona.

—¿Para siempre?

—No —responde Colin, arrodillándose—. Ya has oído al juez. Te veré los fines de semana; cada dos fines de semana.

—O sea, ¿éste no pero sí el siguiente?

—Exactamente —responde, apoyando su frente contra la de Faith.

Podría ser yo. Colin podría estar llevándose a Faith a casa y podría ser yo la que le suplicara un minuto de su atención. Podría ser yo la que estuviera arrodillada, intentando no llorar.

Nunca he entendido cómo los niños saben mejor que tú que deben tocarte cuando más lo necesitas o distraerte cuando lo último que quieres es centrarte en tus problemas. Faith acaricia la mejilla de su padre.

—Estaré todo el rato contigo —le dice, metiéndole la mano en el bolsillo de su camisa—. Aquí.

Se inclina hacia adelante, cierra los ojos y le besa en los labios para sellar el pacto.

Malcolm Metz está sentado en el aparcamiento de su bufete en Manchester, pensando si debería irse a casa. Sabe que habrá corrido la voz. Quizá incluso ya lo hayan rebajado sutilmente de categoría y esté condenado a negociar transacciones inmobiliarias o a validar testamentos en caso de controversia.

—Vamos, con dos cojones —se dice a sí mismo, mirándose en el espejo retrovisor—. Tarde o temprano tendrás que entrar.

Se dirige hacia las escaleras, que curiosamente están casi vacías, y hacia el vestíbulo, que curiosamente está casi vacío. Normalmente cuando regresa (mejor dicho, siempre que regresa) hay una multitud de reporteros esperando a que suelte un comentario ingenioso sobre lo fácil que le ha resultado ganar. Ni siquiera el guardia jurado que está al lado del ascensor lo saluda en voz baja, y Metz se lo toma como un presagio de lo que aún está por venir.

—Señor Metz —dice la recepcionista cuando cruza la puerta de cristal doble—. Lo han llamado del *Newsweek*, del *New York Times* y Barbara Walters.

Al oír eso, casi se detiene. ¿Acaso hablan siempre también con los perdedores?

—Gracias.

Saluda con la cabeza a los compañeros con los que se cruza, fingiendo estar absorto. Ignora por completo a su secretaria y entra en su despacho, que está en la esquina, como si de un león herido buscando refugio en su guarida se tratara. Cierra la puerta con llave, algo que no hace jamás. Luego cierra los ojos y descansa la cabeza sobre el escritorio.

Ma nish-tah-naw ha-lié-law ha-zeh me-call ha-lay-los.

¿Por qué es esta noche distinta del resto de las noches del año?

Metz parpadea. Son palabras de la Pascua judía, palabras que pronunciaba cuando tenía la edad de Faith White; era el niño judío más joven de la familia. Son palabras que, hasta ahora, no recordaba.

Con movimientos lentos y temblorosos, se levanta, abre la puerta de su despacho y la deja abierta.

Mi madre es la primera en darse cuenta.

—¿Por qué iban a desaparecer?

Detengo el coche justo delante de la entrada. Faith ha vuelto, está sana y empezamos de nuevo. Sin embargo, los seguidores, la prensa y los miembros de la secta siguen ahí, más numerosos que nunca. La policía no está, puesto que no hay nadie a quien despejar el camino y ayudar a entrar en casa sano y salvo. Cuando toco la gravilla, la gente se abalanza sobre el coche, presionando las palmas de las manos contra la ventana de Faith, dando

golpecitos suaves.

—Para —dice Faith en voz baja desde el asiento trasero.

—¿Qué ocurre? ¿Te has hecho daño?

Cuando el coche se detiene, la gente salta sobre el capó. Se abalanza sobre el parabrisas. Raspa la pintura, intentando entrar.

—Voy a ir andando —dice Faith.

Al oír eso, mi madre se planta.

—No lo creo, jovencita. Esos chalados te acabarán pisoteando y ni se darán cuenta.

Sin embargo, antes de que mi madre y yo podamos detenerla, Faith abre la puerta trasera y desaparece entre la multitud.

Inmediatamente, me entra el pánico. Me desabrocho el cinturón a toda prisa y salgo del coche, apartando a la gente para intentar salvar a Faith. Me preocupa más ahora que cuando estaba en el hospital, porque esta gente no quiere que mejore, sólo quiere que Faith sea suya.

—¡Faith! —grito, aunque mi voz se pierde entre el rugido—. ¡Faith!

Luego la muchedumbre se aparta a un lado y a otro; se separa para formar un camino estrecho que llega hasta la puerta principal. Faith se detiene a medio camino.

—¿Lo ves? —me dice, saludando con la mano.

Veo su silueta recortada a la luz de la luna; parece que las estrellas lo rodeen.

—¡Vaya! —digo, cuando Ian entra en casa—. Has utilizado la puerta principal.

—De hecho, he subido los peldaños de la entrada, y he apartado a unas diez personas que se interponían en mi camino.

Al pasar al salón, me rodea la cintura con los brazos, de manera que nuestras piernas y nuestras frentes quedan pegadas.

—Debes de estar muy contenta.

—Sí, mucho.

—¿Está durmiendo?

—Sí.

Deslizo mi mano por su brazo y lo llevo hacia las escaleras.

—He visto tu rueda de prensa en las noticias. Eso sí que es ser evasivo.

—Dios mío —indica Ian, riéndose—. Nunca llueve a gusto de todos.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Has... insinuado que había algo entre nosotros.

—Bueno, tenemos que hacerlo. Después de todo, me has dejado entrar por la puerta principal.

—En serio, Ian —le digo en voz baja—. ¿Qué vas a hacer?

Se inclina; aún puedo oler la noche sobre su piel. Me besa en la mejilla.

—Estar contigo.

Siento cómo me ruborizo.

—No me refería a eso.

La boca de Ian resigue el perfil de mi cuello y de mi oreja. Luego se separa y me mira fijamente, hasta que nos quedamos inmóviles.

—¿Por qué no te referías a eso? —me pregunta, sonriendo.

Su madre cree que está dormida. Lo sabe porque nota cómo la casa se pone cómoda, como una señora entrada en carnes alisándose la falda, moviéndose nerviosa, crujendo y suspirando a su alrededor. Faith se incorpora en la cama y enciende la lucecita de su mesilla de noche. Se levanta la parte de arriba del pijama y examina críticamente la delgada escalera de sus costillas y los moratones de todos los colores que están donde le pincharon y conectaron los tubos. Luego coloca una palma debajo de la lámpara y siente el trocito de piel que hay donde antes estaba el agujero. Se ha ido; sólo se aprecia la piel suave y rosada de su mano.

—¿Dios? —susurra en voz alta.

Nada.

Mira desde el alféizar de la ventana hasta la lamparilla y el tocador.

—¿Dios?

Laith aparta las mantas y se arrodilla en el suelo. Mira debajo de la cama, y luego se arma de valor y abre la puerta del armario oscuro, oscurísimo, de par en par. Sólo oye el ritmo de su propia respiración, y luego el ventilador del cuarto de baño, que está en el otro extremo del pasillo. También oye las

suaves voces de su madre e Ian, que están abajo hablando.

—¿Dios? —la llama, intentándolo de nuevo.

Sin embargo, del mismo modo que está segurísima de que el sol saldrá dentro de pocas horas, Faith sabe que está sola entre esas paredes blancas.

De repente siente mucho frío, y un poco de miedo. Se sumerge entre las mantas, haciendo un ruido sordo al correr por el suelo, aunque es suficientemente fuerte para que su madre suba a investigar. Oye sus pasos en las escaleras, oye cómo el peldaño número siete rechina y el sonido sordo de sus zapatos al caminar sobre la alfombra. Adivina cuánto le queda a su madre para estar cerca de su habitación.

—Me hicieron muchas preguntas —dice Faith suficientemente alto para que se oigan sus palabras, con los ojos clavados en el renglón de luz que proviene de la puerta entornada—. Aunque nunca te han visto.

Aguanta la respiración. Por el rabillo del ojo ve cómo su madre esboza una sonrisa cansada.

Con el corazón latiéndole violentamente y agarrando el edredón con los puños, Faith continúa hablando sola, hasta que oye la voz de su madre de nuevo abajo, hasta que está segura de que nadie la escucha.



JODI PICOULT se licenció en Escritura Creativa por la Universidad de Princeton y también realizó un máster en Educación en la Universidad de Harvard. Ha publicado catorce novelas. En 2003 recibió el galardón New England Book en la categoría de ficción por toda su carrera. También ha recibido, entre otros, el premio Alex de la Young Adult Library Services Association, el Book Browse Diamond y el Lifetime Achievement de la Romance Writers of America. Según *The New York Times*, que la tiene en la lista de sus autores de más éxito, «Jodi Picoult es una escritora sólida y apasionada». Vive en New Hampshire con su marido y sus tres hijos.

Sus libros se centran en las relaciones familiares, de amistad y amorosas, con el objetivo de plantear y dilucidar cuestiones y temas éticos y de actualidad que inciten al lector a la reflexión durante la lectura y después de haberla finalizado.

Editorial Planeta ha publicado anteriormente con gran éxito los siguientes títulos de Jodi Picoult: *Compasión* (Booket, 2006), *La decisión más difícil* (Zenith, 2006) y *Diecinueve minutos* (Zenith, 2007).